

CAMPO JURÁSICO

Un mundo perdido de chacareros bonaerenses
(Saladillo, 1960-1980)

Hugo Quintero

COLECCIÓN UAI – INVESTIGACIÓN

UAI EDITORIAL

teseo 

CAMPO JURÁSICO

Hugo Quintero

Campo Jurásico

**Un mundo perdido de chacareros bonaerenses
(Saladillo, 1960-1980)**

Colección UAI - Investigación

UAI EDITORIAL

teseo 

Quinterno, Hugo

Campo Jurásico: un mundo perdido de chacareros bonaerenses (Saladillo, 1960-1980) / Hugo Quinterno. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo; Universidad Abierta Interamericana, 2021. 492 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-723-316-2

1. Economía Agraria. 2. Industria Agropecuaria. I. Título.
CDD 338.1098212

© UAI, Editorial, 2021

© Editorial Teseo, 2021

Teseo – UAI. Colección UAI – Investigación

Buenos Aires, Argentina

Editorial Teseo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra,
escribanos a: info@editorialteseo.com

www.editorialteseo.com

ISBN: 9789877233162

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

Autoridades

Rector Emérito: Dr. Edgardo Néstor De Vincenzi

Rector: Dr. Rodolfo De Vincenzi

Vice-Rectora Académica: Dra. Ariana De Vincenzi

Vice-Rector de Gestión y Evaluación:

Dr. Marcelo De Vincenzi

Vice-Rector de Investigación: Dr. Mario Lattuada

Vice-Rector de Extensión Universitaria:

Dr. Fernando Grosso

Vice-Rector de Administración: Dr. Alfredo Fernández

Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas:

Dr. Marcos Córdoba

Comité editorial

Lic. Juan Fernando ADROVER

Arq. Carlos BOZZOLI

Mg. Osvaldo BARSKY

Dr. Marcos CÓRDOBA

Mg. Roberto CHERJOVSKY

Dra. Ariana DE VINCENZI

Dr. Roberto FERNÁNDEZ

Dr. Fernando GROSSO

Dr. Mario LATTUADA

Dra. Claudia PONS

Dr. Alejandro BOTBOL

Los contenidos de los libros de esta colección cuentan con evaluación académica previa a su publicación.

Presentación

La Universidad Abierta Interamericana ha planteado desde su fundación en el año 1995 una filosofía institucional en la que la enseñanza de nivel superior se encuentra integrada estrechamente con actividades de extensión y compromiso con la comunidad, y con la generación de conocimientos que contribuyan al desarrollo de la sociedad, en un marco de apertura y pluralismo de ideas.

En este escenario, la Universidad ha decidido emprender junto a la editorial Teseo una política de publicación de libros con el fin de promover la difusión de los resultados de investigación de los trabajos realizados por sus docentes e investigadores y, a través de ellos, contribuir al debate académico y al tratamiento de problemas relevantes y actuales.

La *colección investigación TESEO* - UAI abarca las distintas áreas del conocimiento, acorde a la diversidad de carreras de grado y posgrado dictadas por la institución académica en sus diferentes sedes territoriales y a partir de sus líneas estratégicas de investigación, que se extiende desde las ciencias médicas y de la salud, pasando por la tecnología informática, hasta las ciencias sociales y humanidades.

El modelo o formato de publicación y difusión elegido para esta colección merece ser destacado por posibilitar un acceso universal a sus contenidos. Además de la modalidad tradicional impresa comercializada en librerías seleccionadas y por nuevos sistemas globales de impresión y envío pago por demanda en distintos continentes, la UAI adhiere a la red internacional de acceso abierto para el conocimiento científico y a lo dispuesto por la Ley n°: 26.899 sobre *Repositorios digitales*

institucionales de acceso abierto en ciencia y tecnología, sancionada por el Honorable Congreso de la Nación Argentina el 13 de noviembre de 2013, poniendo a disposición del público en forma libre y gratuita la versión digital de sus producciones en el sitio web de la Universidad.

Con esta iniciativa la Universidad Abierta Interamericana ratifica su compromiso con una educación superior que busca en forma constante mejorar su calidad y contribuir al desarrollo de la comunidad nacional e internacional en la que se encuentra inserta.

Dra. Ariadna Guaglianone
Secretaría de Investigación
Universidad Abierta Interamericana

Índice

Presentación, aclaraciones y agradecimientos	15
Prólogo	19
<i>Mario Lattuada</i>	
Introducción	31
1. Vicisitudes y vaivenes de la producción agropecuaria pampeana en el siglo 20.....	53
2. Cara y cruz de dos variables condicionantes: la cuenca del Salado y la infraestructura de transporte	97
3. La evolución de la propiedad en el partido de Saladillo: de las estancias a las chacras (1863-1980).....	139
4. Un recorrido histórico por la población y la producción del mundo rural saladillense.....	183
5. ¿El huevo o la gallina? La pequeña ganadería y su importancia en Saladillo.....	215
6. Más allá del dinero: escenas y retratos sociales del mundo chacarero	283
7. La Escuela 40: sueño, realidad y agonía de una comunidad.....	365
8. Senderos y experiencias de un acopiador: los recorridos por las chacras y el mercado del huevo	405
9. El fin de una era: una lluvia de asteroides sobre el mundo chacarero.....	425
Conclusiones	441
Anexos	463
Bibliografía.....	469

Presentación, aclaraciones y agradecimientos

Pensé este trabajo en 2013 y lo hice como una forma de acercarme a una parte de la vida de mi padre, que había cumplido sus ochenta años un tiempo antes. Luego de dedicarme a otras cuestiones y temáticas, que por fortuna también pudieron ser publicadas, volví hace unos años sobre aquella idea postergada. Creo que fue parte –tanto entonces como ahora– de ese momento vital en que la edad madura (o el inicio del envejecimiento, como se lo quiera llamar) nos lleva a revisitarse y repensar la relación con los progenitores.

En lo referente a los aspectos formales del texto, mantengo la tendencia de expresar los siglos en números arábigos, excepto en los casos de citas textuales. También restringo de la mayor forma posible el uso de las mayúsculas, a fin de evitar ahondar en esa fuente de caos ortográfico.

Es necesario expresar que gran parte de esta investigación fue posible gracias a la atención recibida en las bibliotecas Nacional Mariano Moreno, de la Academia Nacional de la Historia, del Instituto Ravignani, del Instituto de Geografía Romualdo Ardiszone, de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, del Congreso de la Nación, de los Ministerios de Economía y de Agroindustria, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, del Instituto Nacional de Estadística y Censo, y de los repositorios en Internet de distintos centros académicos de la Universidad Nacional de La Plata. Vaya mi reconocimiento al personal de todas y cada una de ellas.

Por otra parte, este trabajo no se hubiera materializado sin la ayuda, el aporte, la colaboración, la información,

los consejos y la paciencia de un grupo de gente de Saladillo. En especial, deseo destacar a Marcelo Pereyra, quien, desde su lugar en el Museo de Saladillo y a través de su portal de historia local, se sumó fervoroso al proyecto y me facilitó un sinfín de posibilidades, además de ilustrarme sobre muchos aspectos del pasado del municipio y rescatarme de la ignorancia y desconocimiento sobre cosas del viejo Saladillo. Asimismo, también del Museo quiero agradecer a Claudia Caicedo, Romina Virgili, Juan Manuel, Natalia y Margarita, y en especial a Silvina Krupitzky.

Deseo dejar constancia del apoyo brindado por parte del intendente municipal, el ingeniero José Luis Salomón. Recibió mi iniciativa con calidez y sinceridad y me contagió su entusiasmo. Por otra parte, ese sostén no ha significado comprometer recursos públicos.

La profesora Soledad Cadavieco, en su carácter de docente de la Escuela 40, fue fundamental para poder acceder a los archivos de ese establecimiento. No podría haber escrito el capítulo correspondiente sin su notable predisposición. Manifiesto asimismo mi reconocimiento a Carlos Ripoll. Una charla de vereda me sirvió para enfocar el valor de rescatar la historia (poco transitada) de algunos parajes del partido. También agradezco a Lorenzo Espíndola por una agradable conversación telefónica que resultó fructífera para algunas secciones del trabajo.

Deseo recordar sobremanera a Oscar Luque, quien se desempeñó hasta su muerte como director de Catastro del municipio. Él me facilitó el acceso a materiales y allanó varias consultas sobre el área de su competencia. Además, a través de su persona, manifiesto mi homenaje a quienes perdieron la vida por consecuencias de la pandemia de SARS-CoV-2.

Quiero saludar también a la Biblioteca Popular Bartolomé Mitre y su personal. Me resultó muy grato volver

a las mesas de esa querida institución donde empezó mi amor por la lectura.

Seguramente, me olvidaré de algún nombre, pero a todas las personas con las que conversé acerca de esta pesquisa quiero decirles, simplemente, una cosa: muchas gracias, cada una hizo su aportación.

Desde ya, para que este proyecto haya llegado a puerto, debo destacar la confianza y el estímulo de Mario Latuada y Ariadna Guaglianone, quienes, en su carácter de vicerrector de Investigaciones y de responsable de la Secretaría de Investigación de la Universidad Abierta Latinoamericana (UAI), respectivamente, oyeron en su momento la idea, pensaron en su viabilidad e hicieron posible la edición y publicación de este libro.

Por supuesto, en cada instante del proceso de construcción de este texto, tuve a mi lado el soporte de mis dos grandes afectos: mi hija Mercedes y mi esposa Marisa. Además, Mercedes leyó y revisó los borradores e hizo valer sus comentarios como correctora de estilo. Las imperfecciones que, a pesar de todo, perduran recaen en manera exclusiva bajo mi responsabilidad.

Dedico este trabajo a dos personas que no se conocieron entre sí, pero que comparten el desasosiego producido por no haber podido despedirme de ellas.

En primer lugar, lo hago a la memoria de Rogelio Paredes. Nos dejó demasiado temprano y con tantas cosas por hacer, por discutir, por compartir, por enseñarnos. Por fortuna, y como me pasó en el transcurso de esta labor, la luz de sus ideas, la fuerza de sus escritos, la claridad de su pensamiento siguen mostrando el norte a quienes solemos perdernos en los laberintos del pasado.

En segundo término, comparto esa dedicatoria con el recuerdo de Fernando Volonté. Siempre supe de su capacidad, honestidad y nobleza. El solo hecho de haber sido

testigo de la forma en que él y su esposa Maux acompañaron a mi familia en la hora más oscura fue una muestra fenomenal de integridad. Pero puedo decir que, por uno u otro motivo, no lo había valorado con justicia hasta que pude sumergirme en los ejemplares de los periódicos que legó al Museo. Gracias a eso, la historia de Saladillo podrá ser escrita y reescrita una y otra vez. Cada investigador o investigadora que fatigue esos materiales y los ponga en valor a través de una monografía le estará haciendo un homenaje y –aunque ignore totalmente su nombre y trayectoria– lo mantendrá en la posteridad.

Finalmente, como señalé en el primer párrafo, esta investigación es un homenaje a mi padre. Pensaba culminarla para poder entregársela como una ofrenda, pero la situación sanitaria demoró por varios meses la recolección de una buena parte de los datos. Por desgracia, nos dejó cuando la confección del trabajo había ingresado en el tramo final. Antes, me contó un sinfín de cosas importantes para este estudio. Muchas de ellas aparecerán a lo largo de los capítulos, junto a personas que le eran conocidas. Es la evocación y conmemoración de la gente que formó parte de ese mundo perdido, al que intentaré presentar en las páginas siguientes.

Buenos Aires, julio de 2021

Prólogo

MARIO LATTUADA

Los antecedentes personales y profesionales del autor, así como el de sus obras previas publicadas por nuestra universidad, auguraban un recorrido potencialmente interesante para elaborar el prólogo de este libro. Pero, luego de su lectura, debo reconocer que estaba equivocado.

La obra supera con creces los buenos antecedentes y ubica a Hugo Quintero entre los mejores especialistas en microhistoria que tiene la Argentina. Nos entrega en una escritura amena, sin dejar de ser académicamente rigurosa, la pintura de una población del interior pampeano desde la fundación del partido por el gobernador Juan Manuel de Rosas en 1839 hasta la década de 1980, a partir de una urdimbre de los principales hechos políticos, económicos y sociales de la Argentina, los acontecimientos internacionales que en algunos casos sirvieron de condicionantes y las extraordinarias crónicas locales aportadas por fuentes escritas y orales.

El arduo y sistemático trabajo de archivo realizado sobre fuentes primarias y secundarias, y principalmente sobre el periódico local *El Argentino*, a partir de sus editoriales, noticias, avisos publicitarios y parroquiales y sus ricos obituarios, junto con los recursos etnográficos de ciertas historias de vida de conocidos y familiares, es enhebrado con particular maestría literaria con datos censales, actas de cooperadoras escolares y otras fuentes para trasladarnos en un viaje temporal de más de un siglo en el que podemos ver la construcción y desvanecimiento de un

mundo rural compuesto por hacendados y chacareros, no solo en cuanto a los grandes trazos de la historia, sino también en los pequeños detalles de la vida rural cotidiana.

De este modo, Quinterno nos ofrece un recorrido sobre los orígenes y la posterior evolución del partido de Saladillo, de algo más de 268 mil hectáreas en el centro norte de la Provincia de Buenos Aires, en la zona de pampa deprimida que comprende la cuenca del río Salado. Un territorio condicionado desde sus inicios por inundaciones frecuentes y suelos salitrosos, pero también por sequías, y cuyas posibilidades de desarrollo estuvieron acotadas por las idas y venidas de las obras públicas proyectadas para solucionar sus problemas hídricos y la infraestructura de transporte, especialmente en sus inicios a partir del tendido ferroviario y luego vial.

Estas características, junto con la distribución original y evolución posterior de la estructura de tenencia de las tierras conquistadas en esta zona de frontera, acotaron las actividades productivas a una producción ganadera extensiva predominante y en menor medida combinada con agricultura en las zonas donde los suelos lo permitían.

La evolución de la estructura fundiaria en los orígenes del partido puede observarse con detalle a partir del entramado de relaciones entre la política, la milicia y el comercio, así como su posterior evolución hacia fines de siglo XIX, cuando la llegada del ferrocarril les agregaba valor a estas, pero a la vez daba inicio al proceso de la incorporación de inmigrantes, de forma que se duplicaron los habitantes del campo y se cuadruplicaron los del pueblo y, de esta manera, se posibilitó una progresiva desconcentración de la tenencia de la tierra y una mayor diversificación productiva.

El libro describe el proceso iniciado en el decenio de 1820 con el proyecto de enfiteusis de Bernardino Riva-

davía, que distribuyó enormes parcelas y que más tarde daría lugar a los campos medianos y a las chacras. En los inicios participaron quienes anclaban sus fortunas terratenientes en los orígenes mercantiles de la época borbónica, los extranjeros o inmigrantes rápidamente asimilados a la sociedad local cuyos recursos originales procedían del comercio de exportación e importación, los provincianos que incorporaron a sus patrimonios tierras bonaerenses, los propietarios que, a partir de su participación como agentes financieros, multiplicaron luego sus posesiones, los referentes de la milicia local, los jueces de paz y los operadores políticos del mitrismo y el alsinismo que fueron actores fundamentales para la construcción del orden público bonaerense. Un entramado social en el que la élite de grandes propietarios ocupaba distintos cargos políticos locales, provinciales y nacionales, participaba en la dirección del Banco Provincia, se desempeñaba a cargo de los juzgados de paz, actuaba como agentes financieros o comerciales, y ocupaba puestos de jerarquía en la milicia. No obstante, la evolución de la propiedad agraria saladillense progresó en forma rápida, diversa y compleja, siendo temprana la división de grandes propiedades y el acceso de los arrendatarios a la propiedad de la tierra en el primer cuarto del siglo xx.

Si bien, como afirma el autor, Saladillo no era todavía un paraíso *farmer*, las pequeñas y medianas propiedades mostraban un proceso incipiente y temprano de acceso a la tierra, principalmente de los sectores inmigrantes, y llegaron a mediados del siglo xx a registrar 2,245 establecimientos agropecuarios, la cifra más alta de la historia local, de los cuales más del 70 % tenían una superficie que no superaba las 50 hectáreas y fueron la base de la producción de cerdos, aves y huerta de la zona. Un universo que, a partir de la segunda mitad de la década de 1970, fue

desintegrándose al desaparecer el 60 % de los establecimientos, con particular impacto en los de menor dimensión, pero también en las grandes extensiones mayores a 2,500 hectáreas, que dejaron de existir, lo que dio fin de este modo a la historia de un grupo de clanes y apellidos tradicionales de Saladillo.

El detallado análisis que Quinterno realiza de Saladillo nos permite transformar la imagen homogénea y compacta de una zona ganadera extensiva de cría asociada al oeste bonaerense y las tierras del Salado en un colorido caleidoscopio en el que es posible observar la organización de las producciones de granja y la importancia de la agricultura y, sobre todo, de la pequeña ganadería porcina y avícola de la región, poco o nada conocida para quienes no son locales.

En los inicios el saladero, los cueros y el sebo fueron las primeras actividades productivas del territorio, para luego dar paso a partir de 1850, durante la *fiebre del lanar*, a la práctica habitual que combinaba prioritariamente la cría de ovejas y, en forma secundaria, la de vacas. Con la llegada del ferrocarril, el ingreso de un contingente creciente de inmigrantes europeos, la valorización de la tierra junto a la especulación que la acompañó y la práctica extendida del arriendo posibilitaron un sostenido avance de los cultivos. Chacras exclusivamente agrícolas y establecimientos mixtos conformaban una parte importante del territorio hacia 1937, en las que se producían una serie de bienes a los que suele prestarse poca atención en la historiografía rural: papas, productos de huerta, montes frutales y cáñamo, además del tambo. Como se mencionaba más arriba, medio siglo después ese mundo ya no existía. El número de explotaciones había caído a niveles de 1914, y las tierras dedicadas a los cultivos se retrajeron al menor porcentaje del siglo, ocupando la quinta parte del partido. Solo el

maíz y el girasol resistieron, y en tercer lugar se ubicaba por primera vez una oleaginosa que recién comenzaba a difundirse. La soja marcaría la recuperación agrícola de Saladillo, pero también la pérdida de la diversidad productiva previa.

No obstante esta diversidad, como nos muestra Quinterno, el peso de la ganadería en la producción rural de Saladillo ha sido históricamente dominante. Antes de iniciar el siglo xx, la ganadería vacuna había desplazado en importancia a la ovina, con el predominio de animales de raza Shorthorn, que más tarde serían reemplazados por Aberdeen Angus siguiendo las indicaciones del mercado. A partir de ese momento, las existencias ganaderas continuaron incrementándose, a diferencia de las tropillas de caballos, que fueron suplantados de forma progresiva por las máquinas, y de la ganadería destinada al tambo, cuya actividad declinaría a partir de la década de 1960, cuando las exigencias de pasteurización y sobre todo el traslado de residencia de la población del campo a los centros urbanos clausuraron definitivamente las tareas que requerían la presencia continuada en la explotación (huerta, tambo, pequeña ganadería porcina y avícola). Las estadísticas confirmaron este proceso de crecimiento del *stock* vacuno hasta la segunda mitad de la década de 1970, pero también la tendencia a la concentración de la actividad.

El inicio de un largo período de liquidación de existencias a partir de 1977, la combinación de pérdida de mercados externos, la caída del consumo interno y las inundaciones que azotaron la provincia en la década de 1980-1990 se reflejaron en el censo nacional agropecuario de 1988. Los propietarios medianos pudieron resistir mejor la situación a partir de una combinación de extensiones viables para la supervivencia de los emprendimientos. Surgió un nuevo mundo marcado por la soja y el engorde a

corral, con poco o escaso lugar para la pequeña ganadería que fuera durante años un motor importante de la economía rural de partido y, en algunos momentos, el orgullo de Saladillo, que lideró durante décadas las estadísticas bonaerenses de producción de ganado porcino y aves de corral.

Como advierte el autor, existe una subvaluación económica y comercial de esta pequeña ganadería en la bibliografía sobre la producción agropecuaria pampeana y bonaerense. Sin embargo, en Saladillo, una zona considerada marginal dentro del complejo productivo de la provincia, los productos de estas actividades como los de huerta superaban con creces el destino del autoconsumo familiar o la subsistencia. En la década de 1940, la rama aviar exhibía una dinámica muy intensa, e incluso durante el período de la Segunda Guerra Mundial tuvo un aumento notable de las exportaciones de huevos y aves congeladas. A ello se sumó el crecimiento constante de la demanda del mercado interno, debido a los efectos de la urbanización y las posibilidades que brindaba el ferrocarril para colocar en pocas horas los productos en los mercados del cinturón bonaerense y la capital provincial. Aun así, las propuestas gubernamentales para intensificar este tipo de producciones a niveles industriales y masivos no encontraban la respuesta buscada en tiempos no tan lejanos (1970), en los que el precio del kilogramo de pollo eviscerado era equivalente al internacional y, en el mercado interno, similar al del lomo de novillo, y duplicaba el del asado. Una bonanza que terminó cuando los sistemas industriales integrados se generalizaron en la producción aviar, lo que transformó a los productores prácticamente en jornaleros y al pollo, en un producto sustituto de consumo masivo de menor valor.

Por su parte, el ganado porcino se duplicó entre 1916 y 1930 en la zona del Salado, concentrándose mayoritaria-

mente en las chacras que no superaban las 100 hectáreas, de forma que convirtió a Saladillo en el primer productor provincial, al que solo superaban los tradicionales departamentos cordobeses de Río Cuarto y Marcos Juárez a nivel nacional. En 1947 se inició una larga declinación, originada sobre todo por la baja de los precios internacionales desde el fin de la Segunda Guerra.

Quinterno nos recuerda que ese mundo de la avicultura y los porcinos, así como el de la huerta y los frutales, fue el universo de pequeños productores chacareros de Saladillo cuyas estrategias de diversificación productiva eran posibilitadas por la residencia en el campo y el trabajo de la familia. Un espacio en que lo productivo y lo doméstico eran permeables entre sí, pero también atravesados por los “núcleos de sociabilidad” en los que participaban, como las asociaciones corporativas, la política, la religiosidad, el universo amplio de la recreación y la escuela. A partir de un minucioso análisis microhistórico, nos introduce en postales temporales que describen buena parte de la vida cotidiana, en las que podemos observar tanto las difíciles condiciones del ámbito rural, como los ingentes esfuerzos de los miembros de la comunidad por superarlas.

Probablemente, una de las expresiones más gráficas de los rigores de la vida rural sean las viviendas y los servicios. En los inicios, la vigencia de los arrendamientos de corto plazo y su movilidad se consideraban un obstáculo para levantar viviendas con materiales nobles. Sin embargo, la construcción precaria (ranchos de adobe y retretes externos, cuando los había) no era una condición exclusiva de los arrendatarios, sino extendida aun en los establecimientos de propietarios, a los que se sumaba una carencia absoluta de comodidades domésticas. A ello se agregaba el retraso en la llegada de los servicios más elementales, como la electricidad. Para 1960, el 70 % de las casas de

campo no contaba con electricidad: la electrificación rural del distrito se inició en marzo de 1973, y recién en 1998 pudo arribar la luz eléctrica a las zonas más postergadas.

Aun en estas condiciones y a pesar de las distancias existentes entre los establecimientos y las localidades cercanas, la vida social era muy activa, con participación en numerosas instituciones y actividades locales, entre las que se destacaban aquellas vinculadas a la actividad productiva como las cooperativas y la Sociedad Rural. La primera surgió en el gran impulso recibido para la creación de estas asociaciones durante el primer peronismo. Fueron muchas las que se formaron, pero solamente dos sobrevivieron al tiempo: la Cooperativa Eléctrica y la Cooperativa Agrícola Ganadera y de Consumo Limitada. Por otra parte, en 1964, se fundó la Sociedad Rural de Saladillo, con la participación fundacional de 80 productores, en su mayoría terratenientes importantes, consignatarios de hacienda y profesionales relacionados con la ganadería. La Sociedad Rural, como otras similares de la provincia, se sumó como entidad de base a la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), que a su vez integra Confederaciones Rurales Argentinas (CRA).

En cuanto a la participación política, superada la etapa previa que se extendió hasta el fraude patriótico, en la que los grandes propietarios ponían a los subalternos (peones, arrendatarios) al servicio de sus intereses tanto en la milicia como en las urnas, las preferencias de aquellos se volcaban a los partidos conservadores, y la gran mayoría de los chacareros dividían sus lealtades partidarias entre peronistas y las diversas fracciones radicales, pero también existían productores que optaban por expresiones minoritarias del arco partidario nacional (socialistas y comunistas).

Como era de suponer, las actividades religiosas ocupaban un lugar importante en el pueblo y la campaña de

Saladillo, como lo ha sido en general en las localidades del interior del país. El aumento demográfico de fines de siglo XIX resultó tan significativo que requirió la importación de clérigos de las regiones de donde provenían los inmigrantes, y con ellos vinieron los santos y ritos de las zonas de procedencia, de los cuales tuvieron especial importancia en Saladillo los provenientes del pueblo de Teggiano en Salerno (Italia), lo cual generó una fuerte devoción local por San Cono, un santo poco conocido fuera de sus límites. Los representantes de la Iglesia tendrían en diferentes momentos de la historia local activa participación e incidencia en aspectos políticos institucionales, como en la defensa de los chacareros desalojados en la década de 1930, o en la injerencia en las escuelas estatales a partir del período de la Revolución argentina bajo el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía.

Entre los núcleos de socialización del Saladillo rural, ocupaban un lugar importante, además de las fiestas religiosas, los espacios de recreación y divertimento, entre los que el almacén ocupaba un lugar destacado. Ubicados cerca de las estaciones de tren o en encrucijadas de caminos rurales, estos negocios eran centros de abastecimiento y recepción de bienes producidos por los chacareros de la zona, de información sobre precios, expectativas y condiciones del mercado agropecuario, de reunión política, ámbito para los juegos por dinero, lugar para cierre de un trato, o simplemente un lugar para beber y de encuentro social. Junto con los clubes, los almacenes daban movimiento a una vida rural que estaba lejos de la imagen del aislamiento que la geografía imponía.

Las reuniones bailables, por su parte, fueron un clásico del mundo rural durante largo tiempo, las que se llevaban a cabo en los salones de las escuelas rurales, los clubes y algunos almacenes. Estas, así como las *kermeses*

y carreras varias (pato, cuadreras), formaban parte también de las herramientas que diferentes instituciones de la comunidad utilizaban para obtener recursos con el objeto de realizar obras o fines específicos, como por ejemplo infraestructura o insumos de las escuelas.

Un párrafo aparte se llevan los clubes de fútbol y la Liga Agraria en la que competían. Es de destacar el comienzo muy temprano (1904) en Saladillo de esta actividad deportiva originada en Inglaterra en 1863, que, como allí en sus inicios, fue un juego donde participaban la flor y nata de la sociedad local, desde hijos de estancieros hasta los notables del pueblo. Un juego que luego se generalizó y popularizó en numerosos clubes que integraban la Liga Agraria, con partidos que convocaban hasta 4,000 espectadores, y en el que las condiciones para formar parte de los equipos eran el nacimiento o la residencia rural. Pero otro hecho extraordinario, adelantado por mucho a su época en cuanto a reivindicaciones de género, ha sido la formación de un equipo femenino de fútbol, que participó en el torneo llevado a cabo en la Exposición de la Sociedad Rural local de 1974.

El libro da cuenta de una vida rural de Saladillo bastante animada en su faceta social, y gran parte de esas actividades de recreación y esparcimiento se organizaron en torno a las escuelas rurales, las que en buena medida las promovían como fuente de ingresos para mejorar sus instalaciones y adquirir insumos.

En 1872 funcionaban algunos colegios en la zona de chacras y en unas pocas estancias, y maestros en forma individual daban clases en ciertos latifundios. Las escuelas rurales tuvieron una expansión progresiva, con especial intensidad en el período 1920-1930 y posteriormente en la década de 1940. Pero muchas de ellas solo aportaban alfabetización básica, al no ofrecer clases desde cuarto a sexto grado. A ello se agrega-

ban como dificultad adicional las grandes distancias que separaban las escuelas de los hogares de los alumnos. Para 1948 solo el 9 % de las 10,335 escuelas rurales argentinas ofrecían los siete años de educación primaria. En este contexto, más allá de la voluntad estatal, la comunidad local tuvo un rol central en promover la instalación y mejora de las escuelas en el territorio, las cuales debían conseguir los fondos para la construcción o ampliación de las aulas y los materiales para los alumnos, lidiar con la veloz rotación de docentes, para quienes la asignación de un puesto en una escuela del campo era comúnmente el primer paso de una carrera profesional, y ser muy creativos para brindar a los alumnos y sus familias los estímulos y las ayudas necesarios para que concurrieran a las aulas y no abandonaran sus estudios. En esos años la iniciativa le perteneció a la comunidad, que presionaba a los gobiernos provincial y municipal a involucrarse y comprometerse, mientras que desde 1973 en adelante se produjo una inversión de sentido con un predominio casi absoluto de los actores e instituciones oficiales.

Quinterno, a partir del análisis de los libros de la Asociación Cooperadora y los registros del Club de Madres de la Escuela rural n.º 40, da cuenta de esos esfuerzos personales e institucionales de la comunidad, y, salvando las diferencias, aun para aquellos que hace más de medio siglo hemos cursado el ciclo primario en escuelas urbanas, genera imágenes que nos traen la nostalgia de haber tenido clases en tranvías convertidos en aulas o participado de las distintas actividades de las kermeses escolares para la recaudación de fondos con el fin de mejorar las instalaciones escolares.

En síntesis, el libro nos lleva a recorrer la conformación de una estructura productiva y social de la población rural saladillense que hasta los años sesenta daba lugar también a una intensa actividad social, política y cultural,

expresada en la constitución y acción de los partidos políticos, asociaciones económicas (cooperativas) y gremiales, clubes, almacenes, y las escuelas, en las que los esfuerzos y la participación de la comunidad para su instalación y crecimiento superaban ampliamente al Estado.

Un mundo rural que tuvo su desvanecimiento en los términos de Balsa y que tan minuciosamente describe Quintero para Saladillo a partir de avanzada la década de 1960; un desvanecimiento a causa de tendencias tecnológicas, el cambio de producciones, la urbanización y migración rural en busca de mejores condiciones de vida, el cierre de ramales ferroviarios, y políticas públicas altamente perjudiciales para la economía local a partir de 1975, que, como una lluvia de asteroides, en palabras del autor, transformaron definitivamente el universo construido durante más de un siglo y medio. Un espejo en el que bien pueden reflejarse las historias de numerosos pueblos del interior rural pampeano.

Rosario, julio de 2021

Introducción

En la madrugada de cada lunes, martes y viernes, entre los años 1960 y 1980, mi padre trajinó los caminos rurales de un sector del partido de Saladillo, en especial los parajes de La Barrancosa, La Mascota y La Razón. Muchas veces –en tiempos de recesos escolares u oportunidades particulares–, pude acompañarlo en ese recorrido, que lo llevaba a recoger los hoy día denominados “productos de granja”, en un conjunto de chacras agrupadas por itinerarios previstos, precisos y rutinarios.

Este trabajo tiene entonces por lo menos tres vectores para desplegar miradas: por una parte –y este es el objetivo central de la investigación–, el colectivo de las familias chacareras involucradas en estas actividades comerciales y sociales; por otra, el papel protagónico de un modesto agente económico que interactuaba entre el sistema productivo rural, el mercado de consumidores urbano de la ciudad cabecera del partido y los acopiadores que trasladaban esos bienes hacia el Área Metropolitana de Buenos Aires; y, por último, intenta ser una interpretación de un segmento concreto y específico del pasado saladillense, desde la lente de quien pretende conjugar recuerdos vivenciales de la niñez con el oficio de historiador.

El texto no aspira a explicar el funcionamiento de la economía agraria bonaerense en el período seleccionado, ni se aboca a un análisis exhaustivo de la propiedad rural, ni da cuenta de las modificaciones de la estructura productiva del sector en cuestión, ni busca exponer las formas de vida de los chacareros desde la perspectiva de la historia social clásica. Aunque todas esas cuestiones aparecerán, para ellas ya hay trabajos de gran porte, páginas muy útiles

para hacerse una buena idea del problema, ya sea en términos generales o como estudios particulares por sectores productivos, regiones, grupos sociales, etc.

Es claro que todo ese soporte estará presente aquí, como notará quien revise la bibliografía utilizada. En ciertas oportunidades, algunos de los casos comprendidos entre el conjunto demarcado cumplirán con las categorías o tipologías construidas por quienes han estudiado el agro bonaerense y a los chacareros en particular. En otras ocasiones, tal vez las experiencias puntuales no se ajusten demasiado a los manuales.

En todo caso, mi pretensión principal no es hacer una verificación a escala mínima de las distintas hipótesis acerca de los desarrollos y las crisis del agro pampeano, sino anexarle cierta complejidad al examen de un mundo a cuyo actor principal –el chacarero– mayormente se lo aborda y define por su carácter de productor agropecuario, sin detenerse demasiado en otras connotaciones ni en las modificaciones del significado del vocablo a lo largo de las distintas etapas históricas.

Asimismo, opino que la preeminencia de los análisis con base económica, productiva y comercial dejan como resultado que el chacarero raras veces sea interpelado como sujeto sociocultural y portador de un modo de vida particular. En este sentido, pretendo recuperar otros aspectos de la vida en el campo (la casa misma, los vecinos, el entretenimiento) y ahondar en actividades como las fiestas, el fútbol agrario, la acción cooperativa, la política partidaria, la religiosidad, o la relación con la escuela rural.

Dada la extrema limitación del área física sujeta a revisión, esta investigación ni siquiera podrá leerse en las claves de la “historia local” (al menos no es la motivación central). Antes bien, la indagación –que, anticipo, se caracterizará como claramente recortada– tiene inspiración y

puntos de contacto con los denominados “microanálisis históricos”, originados en el grupo de historiadores culturales italianos de los *Quaderni Storici*, que han sido ampliamente difundidos, discutidos y reformulados en las últimas décadas, y de manera habitual se definen dentro de la categoría historiográfica de la “microhistoria”.

Vale la pena explicar brevemente cuáles pueden ser los aportes de esta corriente, así como el modo en que usé sus herramientas. En términos generales, según la cita de Giovanni Levi, “la microhistoria en cuanto práctica se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental”. Pero no puede confundirse tamaño con densidad analítica, ya que, “para la microhistoria, la reducción de escala es un procedimiento analítico aplicable en cualquier lugar, *con independencia de las dimensiones del objeto analizado*” (Aguirre Rojas, 2003: 287).¹

En este sentido, el propio Levi definió que la ventaja de una exploración de estas características es la de proporcionar la sugerencia de que “existen multiplicaciones en redes más complejas de los modelos del Estado a utilizar” (Beltrán & otros, 1993: 24). Por ello, en los textos de los microhistoriadores italianos, parece primar que una “defensa analítica de la realidad histórica se puede organizar mejor integrando el estudio de las formas con el análisis histórico social”, para así volver a “reconstruir los procesos cuya acción y expresión son componentes fundamentales: una imagen no es sólo hija de otra imagen, está también conectada con una situación que expresa y organiza”.

En este caso, el camino es alejarse de criterios basados en el “individualismo metodológico” y partir, sobre todo, de rela-

¹ La cursiva proviene del original.

ciones interpersonales que se expresan en redes, grupos, instituciones, etc. (Bragoni, 1998: 140). Además, como señaló Carlo Ginzburg, “cada configuración social es el resultado de innumerables estrategias individuales: una trama que sólo la observación muy cercana permite reconstruir” (Ginzburg, 1996: 68).

Por otra parte, una de las imágenes más comunes sobre las pequeñas comunidades rurales es la del aislamiento con respecto a las urbanas, así como la prevalencia de los intereses personales o familiares, que antepone las cuestiones del grupo íntimo a la voluntad de la sociedad o el bien general. El mismo Perón lo remarcó en un discurso sobre el campo, emitido el 29 de marzo de 1947: “El problema del agro no es en la República Argentina un problema aislado, aunque muchos chacareros creen que el mundo gira alrededor de sus chacras.”²

Sin embargo, si algo me ha dejado esta pesquisa, es la confirmación de lo observado por Susana Marini al estudiar el mundo campesino italiano:

Una comunidad rural pequeña no es casi nunca un mundo aislado ni termina en sí misma, aunque ciertamente existen realidades cerradas, sin reportes externos, pero son casos muy raros. En general, los contactos han existido siempre, ya sea con un foco urbano más o menos vecino e importante, ya sea con otra región donde se iba a desempeñar un trabajo estacional, a visitar un famoso santuario, o a encontrar un mercado periódico. En efecto, aquel pequeño mundo del que se ocupa la microhistoria es una pequeña estructura inserta en una más amplia y más compleja, y esta última –por ejemplo el centro urbano más vecino– es solo aparentemente externa y totalmente separada del contexto rural con el que, de todas formas, estrecha las relaciones, pero manteniéndola asimétricas. Por estos motivos, la evolución de las comunidades rurales debe ser estudiada sin perder de vista la evolución de la sociedad urbana con la que entra en contacto (Marini, 1991: 219-220).

² Presidencia de la Nación (1953): *El campo recuperado por Perón*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, p. 75.

Por ello, como se apreciará en las próximas páginas, si bien el trabajo no se desvía del universo de la campaña, muchas veces estarán presentes elementos de la vida pueblerina saladillense, seguida principalmente en la prensa local y, con particular énfasis, a través del semanario *El Argentino*. Es notorio que podrá objetarse la desproporción en la utilización de esta fuente periodística por sobre los otros periódicos que aparecían en Saladillo, y acerca de esto quiero hacer algunas aclaraciones.

En primer lugar, es el único medio exclusivo del distrito que cubrió la totalidad del período temporal de la investigación, fuera del pequeño intervalo de casi cinco meses producido entre la muerte de Miguel Ángel Volonté, a fines de junio de 1966, y la asunción de la dirección editorial por su hijo Fernando, en noviembre de ese año. En segundo término, la calidad de su información social me parece inmejorable. Dado que esta obra trata de reconstruir algunas historias de vida de personas que mayormente no trascendían de forma pública, el detalle informativo exhibido en los obituarios resulta el único modo de descubrir ascendencias, parentescos, derroteros, o logros materiales. La tercera explicación es que, como dije en la presentación, esta labor es un homenaje a Fernando Volonté, ya que, sin su oportuna donación, el Museo local no dispondría de los valiosos materiales que preserva.

Dicho esto, en los ricos artículos de ese periódico familiar, pude comprobar también otra de las afirmaciones de Susana Marini, aquella donde sostiene que en las crónicas locales

hay muchas noticias sobre el trabajo, libre, asalariado o servil, sobre los modos de apropiación de la tierra, sobre los sistemas culturales, sobre las innovaciones técnicas, sobre los trabajos artesanales, sobre el pasaje del autoconsumo a la economía de mercado (Marini, 1991: 219).

Precisamente, esta autora coronó su artículo en la *Revista di Storia dell'Agricoltura* recuperando la interesante tipología creada por el mexicano González y González sobre tres modelos posibles de historiadoras e historiadores del ámbito local: el microhistoriador hormiga, un positivista que presenta hechos tomando distancia y, aunque puede ser un buen compilador y es laborioso, no formula explicaciones ni agrega nada de su imaginación; el microhistoriador araña, que, a partir de su ideología, crea redes y puede dar explicaciones creativas, pero sin sustento, debido a que antepone su imaginación a la investigación; y el microhistoriador abeja, que recorre, extrae, toma elementos de distintos orígenes, los procesa y deja un producto final que no es esclavo ni de sus herramientas, ni de sus prejuicios (Marini, 1991: 221-222). Mis simpatías con este último modelo son obvias, y espero haberlas dejado formuladas de manera inequívoca.

En torno a la voz “chacarero”: en persecución de una palabra esquivada

Esta investigación tiene por objeto el mundo chacarero de Saladillo, de modo que no podría adentrarme en sus contenidos sin hablar de este sustantivo que, dentro de los sujetos de estudio del cosmos rural, es una de las voces más complicadas para definir. En este sentido, vale la indicación hecha por Juan Manuel Palacio: “El apelativo *chacareños* con el que se engloba a esa variedad de actores sociales es, como todo concepto simplificador, una ayuda a la vez que un problema” (Palacio, 2006: 10). En efecto, es una palabra que tiene el beneficio de permitir la caracterización de un tipo determinado de agente económico y social de la campaña, distinto del campesino y del hacendado. Una muestra de esta flexibilidad es la definición de un

trabajo clásico acerca del mundo rural donde, para salir de esta disyuntiva, se manifestó que “la palabra ‘chacarero’ no designa un modo de producción, sino una actividad productiva, una ocupación” (Archetti & Stølen, 1975: 148).

En cambio, resulta conflictivo si se busca a rajatablas encajarlo en categorías del enfoque clasista tradicional, si no se distinguen las diferencias regionales entre emprendedores familiares que operan dentro de las disímiles zonas productivas de la región pampeana (y aun dentro de cada una de esas áreas), si se restringe su análisis a cuestiones económicas o de tenencia de la tierra, o –y esta me parece la tensión más común en los trabajos sobre los chacareros– cuando no se presta la atención necesaria a la evolución del vocablo en el largo plazo.

Esta última es una cuestión central. En 1887 el publicista francés Charles Lemée publicó un libro llamado exactamente *El chacarero*. Para él, este individuo era un inmigrante, preferentemente con familia constituida, dedicado a la agricultura en calidad de colono a través de un arrendamiento. Su objetivo debía ser la propiedad de la tierra, por pequeña que fuera la parcela anhelada. La ganadería no estaba en su repertorio y, de hecho, no le dedicó ninguno de los capítulos de un texto en el cual explicaba con detalle las características de los territorios agrícolas argentinos, los tipos de suelo que podían encontrarse, los mecanismos de siembra y cosecha, y la correcta utilización de los animales y útiles de laboreo y exaltaba las ventajas de la asociación de los labriegos. Luego, ofrecía secciones específicas a los cereales, las pasturas, los cultivos industriales y la huerta. Un punto esencial era que, dada la escasa mecanización de la agricultura en esa época, el capital principal de una familia chacarera era su prole, el único recurso capaz de brindarle los brazos necesarios para evitarle contratar un personal al que no podría pagar. Como

conclusión, sintetizaba una serie de consejos que garantizarían el éxito económico (Lemée, 1887). Esa descripción era válida y útil para el momento, pero no es posible sostenerla casi un siglo y medio después.

Sin embargo, como muy bien advirtió Alfredo Pucciarelli, la mayoría de la historiografía creó con los chacareros una tipología rígida, en especial para el periodo comprendido entre 1880 y 1930:

Empresa familiar pasó a ser, de ese modo, sinónimo de campesino pobre, de colono extranjero improductivo y descapitalizado, expropiado, tanto por el dueño de la tierra como por las variadas formas del capital vinculadas al proceso de circulación del excedente agrícola. Todo lo cual es verdadero cuando se refiere al grupo más numeroso de las explotaciones familiares, pero no tanto cuando se engloba en la misma caracterización a los diferentes estratos de ese conglomerado relativamente heterogéneo que hemos denominado genéricamente la pequeña producción mercantil (Pucciarelli, 1986: 105).

Por fortuna, en las últimas décadas, esta idea de darle mayor amplitud al examen del asunto fue ganando terreno. En su tesis doctoral, Javier Balsa mencionó a los varios autores que hicieron hincapié en la “heterogeneidad social presente en el agro pampeano”. Para él, esos “matices y las situaciones diversas han sido una medida saludable frente a la abundancia de simplificaciones que terminaban imponiendo visiones estereotipadas”. Por supuesto, concluyó advirtiendo que esas distinciones no eximen “de buscar conceptualizaciones que sintetizen las características centrales del desarrollo agrario pampeano, sin que esto implique negar la diversidad” (Balsa, 2006: 12).

Un aporte fundamental de estas nuevas interpretaciones fue trasponer la limitación de los estudios rurales a la ecuación simple de chacarero = productor, que a lo sumo se aventuraba en la cuestión de la explotación familiar y

su especificidad. Waldo Ansaldi, por ejemplo, incorporó a sus reflexiones de tiempos anteriores una mirada más amplia al afirmar que, en la diferencia entre campesino y chacarero, “la definición de clase de unos y otros no está dada solamente por la propiedad o no propiedad de la tierra: ella debe resultar de un conjunto de atributos, entre los cuales son muy importantes los de orden cultural”. De todos modos, remarcaba como relevante la cuestión de la “geografía social chacarera”, que, nacida de la oposición o el conflicto de intereses con los terratenientes, “reduce su alcance a la región pampeana y quizás a algunas áreas agroindustriales” (Ansaldi, 1998: 19-20). En ese mismo momento, Marta Bonaudo y Élidea Sonzogni plantearon que

hablar de la identidad del *chacarero* pampeano no sólo implica discutir un modo de acercamiento a la tierra y consecuentemente determinar las relaciones sociales que se gestan en torno a la misma, sino también apelar a un universo cultural que opera como su espacio de pertenencia y de referencia, en el que se autodefine y se diferencia de los otros actores que comparten esa compleja trama social (Bonaudo & Sonzogni, 1998: 3).

Esta renovación de los estudios agrarios no negó las continuidades con líneas de investigación y preocupaciones de las décadas anteriores, pero conformó una nueva agenda de temas para ser abordados, menú ampliado a cuestiones como el comercio rural, la producción familiar, o las condiciones materiales de vida y de trabajo de asalariados y agricultores. A través de estas entradas, se puede pensar el pasado del campo como algo complejo y diverso, con matices que evitan “las construcciones polarizadas, monolíticas y generales” (Graciano & Lázaro, 2007: 10-11).

Bajo este prisma, los chacareros no perdieron su condición de agentes económicos, pero podían ser interpelados como “portadores de un modo específico de organizar

la producción –signada por el compromiso de la familia con el trabajo directo y/o la gestión de la empresa–, y de entender su práctica social” (Gras & Bidaseca, 2010: 26). De esta manera, el ámbito rural escapa de un abordaje que los pensaba como algo fijo, cerrado, arcaico, inmóvil y socialmente homogéneo. Aparte de ser una entidad real, se integra la subjetividad de los actores, y para ello resulta provechosa la contribución de pensadores como Raymond Williams, quien considera el campo no como una categoría sociológica, sino como un espacio cultural, construido por operaciones simbólicas que remiten a un imaginario social, lo que atribuye importancia a lo cultural como un elemento configurador de las relaciones sociales (Salomón, 2011: 3).

Este incremento del enfoque permite también repasar mejor las relaciones entre el mundo rural y el urbano, donde obviamente están presentes las diferencias, pero en las que también existen articulaciones y complementaciones. Como bien señalan María Isabel Tort, Sílcora Bearzotti y Guillermo Neiman, al mirar la agricultura familiar, es necesario prestar atención a su conformación histórica y a las “pautas culturales transmitidas intergeneracionalmente (responsables de su comportamiento social antes que económico-productivo)”, elementos que introducen la noción de la existencia de un estilo de vida propio de esos sujetos. Esa ruralidad de los productores indica por lo menos dos cosas: por un lado, lo más nítido, es decir, el ámbito geográfico donde residen los productores; pero, por otro, también un espacio donde las relaciones sociales adquieren un carácter distintivo con respecto a los grandes centros urbanos y a la población más dispersa (Barsky & otros, 1988: 567).

Más arriba planteé la importancia de darle densidad histórica al vocablo “chacarero”, ya que la palabra mutó

de significado con el curso de las décadas y los cambios económicos, productivos y sociales, tanto los propios del país como los internacionales. Una apreciación empírica de esta transformación la brinda Guido Gandolfo, quien, a pesar de escribir un relato autobiográfico ambientado en San Francisco (este de Córdoba), expresó con claridad el alcance y la modificación de la voz.

En el inicio de un apartado denominado “La familia chacarera”, comenzaba expresando: “La familia chacarera abarca una organización de producción agrícola-ganadera constituida por la chacra, el chacarero y su familia”. Es decir, reconocía al menos tres elementos de importancia. Para él, la chacra debía generar recursos suficientes para “cubrir las necesidades del grupo familiar. Su explotación comprende las tareas agrícola-ganaderas incluyendo el tambo, la cría de ganado menor y huerta” (Gandolfo, 1995: 23).

De todos modos, Gandolfo sostenía que, tras el crítico período comprendido entre 1929 y 1939, surgió un mundo chacarero distinto. Los elementos de la vieja generación eran la pertenencia extranjera y el mantenimiento de las costumbres de las regiones originarias, la austeridad, el autosostén, la autoridad de las mujeres con hijos (madres y suegras), el papel reservado al primogénito, los matrimonios jóvenes entre vecinos, y la profesión de la fe católica romana, o al menos la observancia de sus rituales más significativos, como el bautismo y el matrimonio. Para él, la extensa crisis económica y de rentabilidad fue la causante del cambio de muchas de tales costumbres (Gandolfo, 1995: 23-24).

Además, en ese largo período caracterizado por la autosuficiencia, el chacarero cumplía una gran cantidad de papeles dentro de su explotación. Una obra clásica ya citada determinaba –entre otros aspectos– que el sistema

de producción familiar de una chacra contenía dos ciclos: uno de subsistencia, donde se generaban valores de uso (huerta, quinta, aves, porcinos y ganado vacuno), destinados al autoconsumo y a la disposición de recursos para atender gastos corrientes; y un ciclo agrícola, en el que se producían los valores de cambio (cultivos, ganadería mayor), utilizados para sostener la renta y la capitalización (Archetti & Stølen, 1975: 70-81).

En general, en los ciclos económicos no se contabilizaba como gasto el trabajo de los miembros del grupo doméstico, una prueba adicional de la tendencia al ahorro de la compra de trabajo de terceros. Ello convertía a un colono (y a un chacarero) en agricultor, mecánico, carpintero, albañil, ganadero, etc., un simple hecho que, en la opinión de esta pareja de investigadores, no era compatible con un comportamiento capitalista.

Fuera de esta discusión sobre su ubicación en el mercado, también hay que considerar que, en muchos casos de las generaciones de productores arribados con la inmigración europea que llegó hasta 1914, los individuos no se convertían automáticamente en chacareros o arrendatarios al pisar suelo argentino. En las historias de vida insertas en el capítulo 3, podrán apreciarse recorridos en los cuales las personas se dedicaron a distintos oficios antes de trabajar una parcela. Eran trayectorias que, más allá de cualquier recurso literario, son factibles de rastrear en uno de los poemas camperos de mi abuelo, quien, al evocar su propio camino vital, escribió lo siguiente: "Fui peón de mano, resero / cocinero, esquilador, / capataz, alambrador, / emparvador, chacarero, / acopiador, carnicero, / de todo un poco aprendí" (Quinterno, 1973: 56). Curiosamente, pasó por todas esas profesiones, excepto la de chacarero, aunque en este caso la palabra le facilitó la rima de la décima.

Esas características de las viejas familias agrícolas también fueron detalladas por Adolfo Coscia, para quien, hasta mediados del siglo 20, conservaban “muchos de los rasgos y modalidades de sus países de origen”.

Sus costumbres eran austeras, hasta simples, y con una marcada propensión al trabajo y al ahorro. En muchos productores, especialmente en los que se decidían a radicarse definitivamente en el país, la meta ambicionada era llegar a constituirse en propietarios de la tierra que trabajaban (Coscia, 1983: 10).

Pero, como observaron en carne propia Gandolfo y, a través de la observación científica, la mayoría de los estudios, las transformaciones operadas desde la década de 1950 (de las que me ocupo con cierta profundidad en el capítulo 1) produjeron también un desplazamiento, tanto en términos productivos como sociales y culturales. Así,

la forma “chacarera” de producción que se consolida durante los años '60, se refiere a un estrato mayoritariamente propietario de la tierra, predominantemente dedicado a la actividad agrícola (dependiendo de las áreas de la región) sobre la base de una dotación tecnológica relativamente simple y con una estructura ocupacional caracterizada por un compromiso generalizado de la familia en las tareas de la explotación en producciones de orientación comercial y para el consumo de los residentes de la finca (Barsky & otros, 1988: 599).

La tecnología simplificó las faenas y convirtió en una carga intolerable la descendencia demasiado prolífica. En el curso de dos generaciones, las familias pasaron de diez o más hijos a cinco o seis, en primera instancia, para disminuir a dos o tres en la segunda. Pude observar con claridad este fenómeno entre aquellos clientes de mi padre de quienes conseguí información acerca de sus ancestros, para después constatarlo con el elenco de los repartos: de casi cincuenta familias, solamente una tenía cuatro hijos.

La mayoría estaba entre dos y tres, pero no eran raros los casos del vástago único.

Asimismo, como dice Javier Balsa, tras los críticos años 30 y 40, aunque “muchos chacareros, especialmente los más pequeños, se habían ido del campo (voluntariamente o expulsados), aquellos que lograron permanecer habían afianzado su posición. Para fines de la década de 1960, la gran mayoría eran propietarios y de importantes extensiones”. En definitiva, las innovaciones productivas consolidaron “las bases materiales del mundo chacarero”, pero se aproximaban más a lo que en otros lugares se denominaba “granjero” o *farmer*, algo que tuvo “profundas consecuencias en la redefinición del mundo rural bonaerense” (Balsa, 2006: 130).

Por supuesto, como pasa casi siempre con el lenguaje, estas gentes siguieron utilizando la palabra “chacarero” para identificarse, e incluso buena parte de ellos mantuvo esa denominación con un marcado orgullo. En la misma forma actuaron quienes interactuaban con ellos, que mantuvieron este sustantivo para ubicarlos económica o socialmente, ya fuera como valoración positiva o negativa.

En este orden de ideas, creo que los chacareros, en particular los bonaerenses y sobre todo los de esta investigación, conformaban una comunidad social. Uso este sintagma en un sentido que combina elementos estructurales y funcionales, sobre la base de lo expuesto por Mercedes Causse Cathcart, donde lo “estructural está dado por la consideración de un grupo enmarcado en un espacio geográfico delimitado [el campo y la chacra, en este caso], y lo funcional está presente en los aspectos sociales y psicológicos comunes para ese grupo”. Este último aspecto proporciona un sentido de pertenencia, compuesto por “historia común, intereses compartidos, realidad espiritual y física,

costumbres, hábitos, normas, símbolos, códigos” (Causse Cathcart, 2009).

Por tal motivo, coincido con Coscia en que el chacarero tenía características que lo diferenciaban del hombre del medio urbano, y agrego que eso era perceptible aun con respecto a quien habitaba las ciudades chicas o medianas como Saladillo. Para el autor citado:

[...] el aislamiento en que vivían, la dureza de las labores que realizaban, su acentuada propensión al ahorro, su natural desconfianza hacia las personas que no eran de su medio, la escasa escolaridad e imperfecto dominio del idioma castellano en los no descendientes de españoles, en suma su limitado “pulimiento” social los segregaba en alguna medida de la población urbana, especialmente en su clase media (Coscia, 1983: 108).

Sin embargo, en la materia que examino, disiento con él acerca de la desaparición de esas distinciones para inicios de los años 80 del siglo pasado. La mayoría de aquellos chacareros que conocí a partir de las actividades de mi padre mantenían unas costumbres y comportamientos muy disímiles a los de quienes habitábamos en la ciudad, y seguían asemejándose a los descritos en el párrafo anterior.

Sin ir más lejos, en una de las últimas oportunidades en que acompañé a mi padre a hacer unas compras, nos encontramos con un veterano exchacarero de San Benito, integrante de una familia muy conocida de esa zona. Algo que me impactó fue observar que, a principios de 2021, una persona que desde hace años vive en la ciudad se presentara en un negocio no solamente ataviado con ropas camperas de faena (bombachas, alpargatas, gorra y faja en la cintura), sino que ostentara en la parte trasera de la faja un cuchillo dentro de su vaina de alpaca labrada.

Este ejemplo puntual ratifica lo apuntado por Hugo Ratier sobre cómo los vestigios de un modo de vida chacar-

rero sobreviven en las ciudades de la pampa bonaerense. Conforme él lo destaca, en una

cola de jubilados que esperan la paga, en las ciudades regionales, [se] advertirá un tipo de vestimenta peculiar. Boinas, bombachas y botas prolíferas, así como los ponchos en invierno y algunas rastras. Mucho rostro surcado de arrugas, mucha mano curtida testimonia un pasado campestre innegable (Ratier, 2009: 64).

Un breve recorrido por la obra

El resultado final de esta investigación está presentado, a grandes rasgos, sobre un recorrido que va desde lo general a lo particular, aunque mi ambición ha sido la de entablar un diálogo permanente entre las unidades de análisis mayores (la región pampeana bonaerense), las medianas (la depresión del Salado, por ejemplo), las menores (el partido de Saladillo), y las mínimas (el área de actuación de mi padre).

Así las cosas, y más allá de la utilización de herramientas de microanálisis histórico, el objeto de la indagación se encuentra dentro de un espacio geográfico de referencia determinado, y transcurre en un momento específico del acontecer nacional y mundial. Por ello, en el capítulo 1 reviso lo acontecido con el agro pampeano en el siglo 20. Si bien se trata de un análisis somero de una cuestión sobre la que hay excelentes materiales producidos, introduje ciertos datos o notas relacionadas con la zona rural saladillense, de forma de ir haciendo esos ajustes entre el marco amplio y la realidad más pequeña.

En la sección siguiente, restrinjo el área de pesquisa a lo regional para detenerme en dos asuntos estructurales que considero de suma importancia. El primero es el problema de la cuenca del río Salado, con sus ciclos de

inundaciones y sequías. Es un dolor de cabeza de larga data para un territorio significativo de la Provincia de Buenos Aires, sin solución hasta la fecha. Dada la situación de Saladillo, fue (y es) un factor altamente condicionante para el desarrollo del sector agropecuario local. El segundo tema es el análisis de la red ferroviaria y caminera del distrito, en cuanto constituye un elemento nodal para la producción local. En este apartado traté de prestarles bastante atención a los caminos rurales, el verdadero nervio comunicante del mundo chacarero.

El capítulo 3 se ocupa de la evolución de la propiedad rural en el partido. Por agotador que resultara, tuve la necesidad de arrancar ese viaje a mediados del siglo 19, cuando estas tierras entraron de lleno en un mercado mundial en clara expansión. En tributo a la línea de investigación abierta por Rogelio Paredes, creo que cualquier análisis sobre el poder en el entramado bonaerense debe considerar, antes que nada, que el proceso de apropiación de la tierra “estuvo lejos de ser unívoco y unidireccional”, que la mejor mirada para entender las relaciones entre la clase dominante bonaerense y los municipios debe hacerse “desde los municipios mismos”, y que es inevitable considerar en manera conjunta tres factores: tierras, dinero y política (Paredes, 1995: 7-13).

Por ello, la primera parte de la sección aspira a dar cuenta de este proceso a partir de historias vitales que muestran el paso de las grandes estancias a las chacras, desde la reseña de las grandes familias terratenientes que concentraban la propiedad hasta las no menos interesantes vidas de individuos anónimos para los diccionarios biográficos, pero que fueron quienes conformaron un patrón de propiedad local donde prevaleció la pequeña tenencia, una característica que Saladillo aún no ha perdido y que lo distingue de otros municipios bonaerenses.

En tal sentido, es bueno señalar que, en el censo agropecuario de 2002, el partido ocupaba el segundo puesto provincial en cantidad de explotaciones (1,244), apenas superado por Bolívar (1,484), pero con una superficie total por distrito mucho menor.³ Para una mejor comprensión de este entramado, el segundo apartado del capítulo repasa ese cambio en el registro propietario a partir de los datos de los censos nacionales y provinciales, hasta el de 1988 inclusive.

El capítulo 4 habla de la población y la producción rurales. En la primera parte, hago una exploración del problema poblacional, con su rápido crecimiento entre el último cuarto del siglo 19 y al menos 1914, hasta el estancamiento del número de habitantes total del distrito, que se extendió hasta 1980. Dentro de esta cuestión, sobresale el impresionante aumento de la población rural en la primera etapa, y su no menos impactante descenso desde 1947 en adelante. En la segunda sección, me detengo en la producción del campo. Mi objetivo no es solamente mostrar cómo fue cambiando esta matriz con el paso del tiempo y la demanda internacional y del mercado local, sino exhibir que, al menos hasta bien entrada la segunda mitad del siglo pasado, y más allá de la primacía de la actividad de cría de ganado bovino en forma extensiva, existía una diversidad en la generación de riqueza agropecuaria que al menos relativiza la etiqueta colocada en los estudios rurales sobre Saladillo, donde se ha menospreciado el valor de su agricultura y de otras ramas poco examinadas, como la ganadería menor del porcino y las aves.

Justamente, este es el contenido del capítulo siguiente. Por desgracia, casi no existen trabajos sobre estos sectores pecuarios, de modo tal que, en primer lugar, presento

³ El partido de Bolívar posee una superficie de 5,027 km², en tanto que la de Saladillo no llega a los 2,700 km².

una sección dedicada al análisis histórico de la economía del cerdo y las aves, con sus vicisitudes, aceleraciones y crisis a nivel nacional. Luego me encargó de estudiar su importancia en el partido, ya que Saladillo fue una plaza muy importante en materia porcina y aviar, y esta última era la ocupación de mi padre, a través de la cual pude internarme en el mundo chacarero.

Deseo formular aquí algunas aclaraciones. Uno de los motivos por los que la avicultura resulta un objeto de escrutinio bastante difícil es la ausencia de datos confiables acerca de ella. Baste para justificar esta afirmación el siguiente párrafo de la primera editorial de la revista *Orientación Avícola*, donde se sostenía:

En avicultura es notoria la falta de información estadística. Esto ha sucedido a través de todas las épocas, y si en otros tiempos el nivel de la actividad podía permitirse esa carencia, hoy, dado el carácter empresarial de la mayoría de las explotaciones, es imprescindible contar con ella.

Y en efecto, uno de los objetivos principales declamado por el consejo de redacción de la revista era la confección y sistematización de información relacionada con la actividad.⁴

Pero, por otro lado, no era un secreto que este subsector de la ganadería representaba una parte significativa de la riqueza pecuaria. En 1975, por ejemplo, y a pesar de la enorme cantidad de operaciones transadas de manera informal (entre ellas las de mi padre y las de los demás acopiadores de Saladillo), las ventas de aves y huevos registradas alcanzaron los 8,777 millones de pesos, equivalentes al 6.5 % del producto bruto agropecuario, y al 16 % del producto bruto ganadero.⁵

⁴ *Orientación Avícola*, año I, n.º 1, agosto de 1976, p. 7.

⁵ *Orientación Avícola*, ejemplar citado, p. 19.

A partir de entonces, este trabajo va posando su lente sobre universos cada vez más pequeños. En el capítulo 6, intento presentar al mundo chacarero fuera de los circuitos económico y productivo. Si bien es cierto que el primer apartado tiene que ver con condiciones materiales de vida, el punto que me preocupa es la vida social de las comunidades rurales saladillenses entre 1960 y 1980, la cual abordo mediante la elección de una serie de aspectos puntuales como la política, el asociacionismo, la religiosidad, el entretenimiento (en particular, los bailes y el fútbol agrario) y el papel de las escuelas de campo, lugares con más funciones que impartir una instrucción básica.

Pienso que esta sección es la que justifica sobremaneira el título del texto, ya que es ese mundo el que desapareció casi por completo, o al menos ya no resulta reconocible. Siguen existiendo productores, la propiedad saladillense aún conserva un alto grado de subdivisión, algunos equipos de la zona rural participan de los torneos de fútbol local, se mantienen con vida varias capillas o templos en la campaña, y todavía en el censo poblacional de 2010 se registraron más de 4,000 habitantes rurales dispersos en la jurisdicción del municipio; pero ese retrato que ofrezco a lo largo del capítulo más extenso de este libro es verdaderamente algo tan lejano como el período jurásico, y no faltan incluso los restos fósiles de dinosaurios sociales, como las penosas ruinas de la Escuela 31 en La Mascota.

Si justamente en esta sección me detengo mucho en las escuelas, es porque las considero una pieza medular del paisaje social del campo. Por eso, en el capítulo 7 hago un estudio de caso sobre la Escuela 40, favorecido por el acceso a un grupo de fuentes que me permitió una reconstrucción de la vida comunitaria y educativa de ese colegio desde el momento mismo de su creación, en 1963.

Del mismo modo, en el capítulo que le continúa, repongo buena parte de la vida de mi padre o, al menos, de su desempeño laboral como acopiador. Divido este segmento en dos apartados: el primero revive sus itinerarios y presenta algunos datos de quienes eran sus clientes y sus familias, tomados de la tradición oral, pero también de la prensa, y en especial de las necrológicas, ese instante postero en el que hasta personas anónimas tenían al menos unas líneas periodísticas que les devolvían cierta notoriedad. En el anexo, adjunto un cuadro descriptivo de tamaños de propiedades, detalles de confort, movilidad y producción de la mayoría de esos clientes, presentado de forma anónima y sin correspondencia con el desarrollo de los recorridos. La segunda parte exhibe algunos datos cuantitativos y cualitativos sobre el negocio familiar, el papel de un acopiador (que excedía claramente lo comercial), y sus relaciones con los mercados, ya fueran el urbano local o el del Gran Buenos Aires.

Finalmente, el capítulo 9 expone una serie de factores que contribuyeron al colapso de ese cosmos chacarero, cuyo resultado fue la aceleración final del despoblamiento rural, la crisis del modelo productivo de pequeños y medianos productores y el hundimiento de la pequeña ganadería saladillense. Muchos de esos elementos disruptivos tenían raíces estructurales (las transformaciones agropecuarias, por ejemplo), y otros derivaron del desastro rumbo que tomaron la economía y la política a partir de 1975, primero en democracia y luego en dictadura. Además, no poco contribuyó la naturaleza (con el auxilio humano, claro está), que, con inundaciones como la de 1980, golpeó con dureza un sector ya con enormes dificultades.

Como corolario, dejo algunas breves consideraciones en las conclusiones, donde vuelvo inevitablemente sobre

argumentos del último capítulo, pero me detengo para reflexionar acerca del desplazamiento de un modelo productivo por uno especulativo, los ricos debates sobre la despoblación de la campaña y la paralización del número de habitantes del partido, y la crisis profunda del subsistema escolar rural.

Soy plenamente consciente de las omisiones que puede haber en este texto, así como de la discrecionalidad con que elegí ciertas variables de análisis y descarté otras. Pero, al final de este viaje, sentí el placer de recuperar lugares y sensaciones que pensaba perdidos, o que al menos estaban olvidados, y que afloraron al sumergirme en las páginas de los periódicos, o al transitar por caminos dejados atrás desde mi infancia. Casi puedo decir que me devolvieron percepciones mínimas de quien conoció ese mundo chacarero cuando todavía existía, como el olor característico de las cocinas de las casas de campo, con sus notas de ahumado, paja y humedad.

Bajo todo punto de vista, fue una experiencia formidable. Para expresarla con las palabras que dejó Luis González tras efectuar un estudio de microhistoria en su pueblo natal de México, me consintieron “volver por vía de la memoria a las raíces perdidas, como una manera de reintegrarme al terruño” (González, 1991: 23).

Vicisitudes y vaivenes de la producción agropecuaria pampeana en el siglo 20

Este trabajo trata sobre chacareros de Saladillo, en general, y sobre un grupo aún más localizado espacial y temporalmente, en particular. Sin embargo, y más allá de las especificidades de las explotaciones locales, no creo posible encarar una investigación –aunque sea de alcance local o con elementos de microanálisis histórico– sin tener en cuenta el contexto en que se desarrollaron las acciones de los sujetos estudiados. En ese sentido, este capítulo está destinado a revisar las características del agro de la región pampeana en la centuria pasada de la forma más sintética y sencilla posible.

Como queda dicho, no voy a referirme a los avatares agropecuarios nacionales, sino que he de restringirme a la zona comprendida por las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y La Pampa, en cuanto comparten ciertas particularidades ecológicas que determinan tipos productivos y concurren durante el siglo 20 a generar más del 80 % de la riqueza agrícola y ganadera del país, así como más del 70 % de las exportaciones primarias. Además, la mayoría de la abundante y buena bibliografía sobre el tema se refiere de manera exclusiva a esta área geográfica.

Por otra parte, considero que cualquier referencia al cambio de siglo en la historia de Occidente debe tomar 1914 como fecha divisoria de aguas. Esta datación fue

popularizada por Eric Hobsbawm y obtuvo un amplio consenso dentro de la historiografía, pero merece ser explicada a quien tal vez no se encuentra familiarizado con las reyertas propias de la tribu que integro. Se puede afirmar que, hasta el comienzo del conflicto bélico en Europa, el mundo mantuvo una marcada continuidad con el período iniciado a partir de la “doble revolución” (política francesa e industrial británica, ambas a finales del siglo 18). Más allá de las fluctuaciones propias del comercio, las ideologías y la política mundiales, las cosas no se hacían en 1906 de manera muy distinta a 1898, por poner dos fechas cualesquiera.

Podían presentarse situaciones de zozobra –como las acontecidas en Argentina en el quinquenio 1890-1895–, pero las reglas del juego seguían siendo las mismas y resultaban igualmente claras. Incluso en momentos de incertidumbre económica o financiera, existían tres certezas inalterables: el intercambio internacional era regido por el patrón oro, referenciado con la libra esterlina; Gran Bretaña continuaba siendo la principal potencia del planeta y su gran árbitro; y nuestro país estaba ligado al Reino Unido por una relación bilateral especial.

En contraposición, en diciembre de 1914, la situación era totalmente diferente a la imaginada apenas unos meses antes. No solamente los ingleses se encontraban empantanados en el fango de las trincheras, sino también otros clientes importantes para los productos nacionales, como Alemania, Francia y Bélgica. La guerra afectaba asimismo a Rusia, Canadá y Australia, competidores directos del trigo pampeano. Los trabajadores italianos y españoles –que constituían el grueso de la mano de obra inmigrante– no estaban movilizados militarmente (aunque Italia se sumó a la masacre en 1915), pero no podían cruzar fácilmente el océano aunque lo desearan. En 1914, por ejemplo, el saldo migratorio fue negativo en 265,000

personas, lo que significaba más de un 3 % de la población argentina del momento.⁶

En conclusión, con el estallido de la guerra, se detuvieron bruscamente los tres motores del crecimiento argentino: el comercio exterior, la inmigración y las inversiones externas. Ninguno de ellos desapareció por completo –no lo hizo siquiera con la gran crisis de 1929–, pero todos sufrieron un marcado retroceso primero y unas transformaciones profundas luego que los hacían irreconocibles veinte años más tarde. Como sostiene Luis Alberto Romero: “Con la Primera Guerra Mundial –muchos más que con la crisis de 1930– terminó una etapa de la economía argentina: la del crecimiento relativamente fácil, sobre rumbos claros” (Romero, 1999: 66).

El agro bajo el peso de la guerra y la crisis (1914-1939)

El ciclo traumático empezado con la Gran Guerra no supuso tampoco el fin de la expansión, ya que el crecimiento siguió, aunque a tasas menores, al menos hasta 1930, e incluso se reanudó, más moderadamente todavía, después de 1933. El cambio central fue que las crisis iniciadas en 1914 mostraron un ritmo más rápido de presentación y una profundidad mayor a las anteriores, e instalaron la presencia definitiva de la incertidumbre de los negocios. Al

⁶ Este último dato refleja que, en realidad, las dificultades para la economía argentina habían comenzado en 1913. En ese año se frenó el flujo de las inversiones británicas hacia el país, debido al aumento de las tasas de interés en Londres, por el temor a las consecuencias de las guerras balcánicas. En este sentido, Argentina no solamente dejó de recibir libras esterlinas, sino que debió afrontar servicios de la deuda y salida de capitales. Por otro lado, un ciclo de grandes inundaciones iniciado en 1912 y continuado durante el año siguiente provocó una severa caída de la producción de granos y una baja sensible en las exportaciones. Por supuesto, el inicio de la guerra agudizó la situación.

mismo tiempo, se acompañaron de un sostenido deterioro de los términos del intercambio.

En definitiva, por conformar la base de la riqueza nacional y su única usina de divisas, el sector agropecuario resultó también el más afectado por las inclemencias globales. Si el estallido de las acciones bélicas produjo un freno de las exportaciones de granos, dada la falta de medios para transportar el trigo y el maíz al otro lado del Atlántico, favoreció por su parte, hasta 1918, al sector ganadero, que sí pudo seguir consiguiendo bodegas para enviar carne enlatada al frente de batalla; la dura paz de 1919 implicó primero una recesión, y luego una inversión de los perjuicios: las carnes retrocedieron, mientras que los cereales recuperaron terreno. Cuando la situación parecía estabilizarse, después de una cierta normalidad recobrada en 1925, el derrumbe del mercado estadounidense y la internacionalización de la crisis asestaron un nuevo golpe a todo el complejo agropecuario, aunque nuevamente más a los granos, cuyos precios cayeron de forma nunca vista.

En medio de este cuadro, no faltaron los conflictos. Algunos ya habían aflorado antes de 1914, como las protestas de los chacareros y arrendatarios de 1912, que, bajo el denominado Grito de Alcorta, se levantaron contra los abusos de propietarios, acopiadores, financistas y proveedores (también conocidos como “rameros”, ya que eran los dueños de los almacenes de ramos generales). Las manifestaciones contra esos sectores tuvieron cierto eco y llevaron al dictado de una ley para regular el sistema de arriendos menores a las 300 hectáreas, cumplida de forma muy relativa. Más exitoso fue el remplazo de los prestamistas particulares por los bancos oficiales, que permitió a muchos chacareros convertirse en propietarios en la década de 1920.

Estas acciones señalaron asimismo el comienzo de la intervención estatal en áreas donde los poderes públicos casi no habían incursionado. A través de la legislación sobre arriendos, colonización de tierras, creación de juntas nacionales para el manejo de las políticas agrícola y ganadera, organización de un sistema bancario más centralizado, y regulación de ciertos aspectos de los circuitos productivos y comerciales del sector primario, el antiguo modelo liberal, propio del siglo 19, fue sustituido por uno con mayor injerencia gubernamental.

En el universo de los ganaderos, el fin de las exportaciones de carne enlatada y la vuelta del negocio de colocación de reses enfriadas (*chilled*) en el mercado británico marcó una separación más taxativa entre los criadores y los engordadores o invernadores. Aunque esta división y sus conflictos tal vez fueron exagerados por la historiografía más allá de su verdadero impacto, las tensiones aumentaron de forma proporcional a las dificultades. El cierre del mercado estadounidense, bajo la coartada de la fiebre aftosa, y el derrumbe general de precios y volúmenes negociados, después de 1929, produjeron un divorcio real en 1932, cuando un grupo de hacendados de la región pampeana, mayormente criadores, se alejó de la Sociedad Rural Argentina para fundar la Corporación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP).

En 1933, la polémica escaló cuando se firmó el tratado Roca-Runciman, ya que se acusó a un grupo de grandes frigoríficos, estancieros y miembros del gobierno conservador de favorecerse de los cupos de exportación impuestos por los ingleses, en detrimento de los criadores y los productores medianos y chicos. La discusión llegó hasta el Senado de la Nación y culminó de forma violenta en 1935, cuando un matón del oficialismo disparó contra Lisandro de la Torre y asesinó a uno de sus colaboradores.

De todos modos, las enseñanzas –por duras que fueran– dejaron como resultado la necesidad de mantener la mayor flexibilidad posible a la hora de elegir las opciones productivas. La estancia mixta se impuso como modelo, y el norte de cualquier emprendedor no fue tanto maximizar las ganancias, sino minimizar las eventuales pérdidas. Al “poner los huevos en varios canastos”, como reza el famoso adagio de la diversificación especulativa, quienes podían se cubrían de potenciales desastres. Como es lógico, las posibilidades de variar las opciones eran más sencillas para aquellas explotaciones con tierras suficientes, en cantidad y calidad, capaces de combinar agricultura, forrajes y ganadería (Palacio, 2000).

Los pequeños chacareros con propiedades mínimas o tenencias con limitaciones ecológicas para posibilitar la producción conjunta carecían de estos mecanismos defensivos. Más desprotegidos aún estaban aquellos arrendatarios de las grandes estancias, candidatos principales a ser las víctimas de la reconversión productiva y a terminar precarizados en sus relaciones contractuales o, directamente, expulsados de sus parcelas.

Para completar este escenario difícil, en la década de 1920, llegó a su límite la frontera agrícola, uno de los elementos dinámicos que explicaba la expansión agropecuaria nacional, incluso en tiempos complicados, como durante la larga recesión mundial de 1873-1896. Las hectáreas disponibles en las zonas más aptas para la agricultura se acabaron y, con la tecnología con la que todavía se contaba, las cosechas de cereales encontraron el techo de la superficie disponible. A su vez, la recuperación del comercio de los granos, operada gracias al repunte de los precios a mediados de la década de 1930, se detuvo nuevamente con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que volvió a privilegiar los envíos cárnicos.

Cuadro 1.1. Cantidad de explotaciones agropecuarias

Censo Año	Explotaciones Total nacional	Explotaciones Prov. de Buenos Aires	% del total
1914	257,450	78,668	30.56
1937	452,007	108,649	24.04
1947	471,389	122,480	25.98
1952	564,891	129,973	23.01
1960	471,756	101,493	21.51
1969	538,430	113,774	21.13
1974	509,817	93,441	18.34
1988	421,221	75,479	17.92

Fuente: elaboración propia, con información proporcionada por los censos nacionales, disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadística y Censo (INDEC).

Estancamiento y transformaciones (1939-1960)

A finales de los años 30, el sector agropecuario entró en un período de largo estancamiento. No existe consenso entre los autores sobre el momento preciso en que empezó este aletargamiento, ni tampoco sobre cuándo las variables dieron señales de despabilarse. En principio, concurren dos situaciones para explicar la compleja datación del inicio y cierre de esta meseta productiva. En primer lugar, no existe otro modo de revisar los ciclos que la interpretación de datos censales, y, por ello, muchas investigaciones se ajustan a las fechas de los censos agropecuarios nacionales (1937 y 1960) que abarcan el segmento. En segundo término, la aparición de problemas o la adopción de medidas para intentar resolverlos no generan efectos inmediatos.

Así, se reconoce que, desde el principio de la década de 1950, había un diagnóstico sobre las dificultades y se llevaron a cabo acciones para corregirlas, pero las sequías de 1950-1951 las retrasaron.

A la vez, fueron veinte años de grandes transformaciones políticas, económicas, demográficas y sociales en el país. Durante su transcurso, la nación asistió a los años finales del régimen conservador, conoció la experiencia peronista, fue testigo de los intentos para borrar al justicialismo del registro público, vio cómo se dividía (nuevamente) el radicalismo, y finalmente experimentó el intento desarrollista de Frondizi.

Debido a la Segunda Guerra Mundial, la Argentina aceleró el proceso de sustitución de importaciones iniciado, con timidez, en 1914. Se desarrolló así una importante industria liviana, que desplazó en relevancia a la producción primaria. Como consecuencia de esto, la demografía cambió de forma sustancial, con el exponencial crecimiento de las áreas urbanas, en especial las cercanas a las ciudades más populosas. El cinturón de partidos que rodeaba a la Capital Federal incrementó su población de forma notable. El aumento de habitantes y las mejoras salariales de los sectores populares crearon un verdadero mercado de consumo, que absorbió una buena parte de los bienes antes dedicados al comercio internacional.

Por otro lado, las dos décadas de atasco productivo no afectaron a todos los sectores por igual. La agricultura sufrió más que la ganadería vacuna, capaz de compensar los problemas del mercado externo con una demanda doméstica en aumento sostenido. De hecho, desde 1914 el sector agrícola venía siendo postergado contra el pecuario. Como decían los responsables del censo de 1937, desde la primera fecha no existían datos fehacientes sobre la evolución de la agricultura, excepto las estimaciones del

ministerio. Asimismo, en 1939, y debido al inicio del conflicto bélico, se paralizó la importación de maquinarias e insumos vitales para el agro, situación que no se había normalizado todavía en 1950. Como resultado de ello, el censo de 1947 mostró un retroceso de las hectáreas sembradas, que cayeron a niveles inferiores a los de 1914, y a la mitad del período 1939-1943.⁷

En cambio, el sector ganadero logró movilizar mejor a las autoridades, que antes de 1930 ya habían realizado al menos tres mediciones importantes: el censo ganadero de la Provincia de Buenos Aires de 1916, y los censos ganaderos de alcance nacional de 1922 y 1930. El primero fue obra de un gobernador conservador, pero a los otros dos los mandó a levantar el presidente radical Hipólito Yrigoyen, quien durante décadas fue hacendado, con propiedades o arriendos en las cercanías de Saladillo.

No obstante, este período de retracción agropecuaria también dejó elementos positivos. Como señalan Barsky y Murmis:

[...] se fortaleció el rol de las cooperativas en el proceso de comercialización, donde también participó el Estado debilitando un sistema de intermediación con una cúspide comercializadora que absorbía fuertes excedentes a los productores, se democratizó el acceso al crédito eliminándose un viejo sistema usurero articulado entre los bancos oficiales y privados y la cadena de propietarios de la tierra, acopiadores, almaceneros y rematadores que expoliaban duramente a los chacareros y pequeños ganaderos (Barsky & Murmis, 1986: 104-105).

⁷ En 1947 la superficie sembrada fue de unos 11 millones de hectáreas, mientras que en 1914 había sido de 13 millones y, en el segmento 1939-1943, de 21 millones. Véase la editorial "Situación de la agricultura," *El Argentino*, 15/04/1950. El artículo atribuía el descenso de la producción a la fijación de precios y la política monopólica para las exportaciones del gobierno peronista, así como al aumento de los costos.

Una parte importante de esas acciones se orientaron al abordaje del problema de los arrendamientos. Después del intento inicial de 1921, en 1932 se sancionó la primera de una serie de leyes para regularizar la cuestión. La norma ampliaba el universo de arriendos afectados, consagraba plazos más largos para los alquileres, y obligaba a poner los contratos por escrito y a registrarlos en los juzgados de paz. Como su antecesora, su éxito fue modesto. Según el censo de 1937, la mitad de los arrendatarios no tenían contratos firmados (Balsa, 2015: 96-97), pero en el partido de Saladillo, por ejemplo, este número alcanzaba a casi al 70 % de las explotaciones en alquiler.

De este modo, muchos propietarios siguieron teniendo la puerta abierta para deshacerse de sus inquilinos y reconvertir sus estancias hacia la ganadería, aunque, como también enfatiza Javier Balsa, este golpe de timón no era tan sencillo, ni tampoco resulta posible medirlo en términos estadísticos. Pero, como sea, en toda ciudad bonaerense se conocían los casos de expulsiones, y, fuera de su real dimensión aritmética, crearon un verdadero mito, perfectamente compatible con una época recordada como cruel.

En atención a ello, desde 1940 empezó a plantearse alguna solución de fondo al problema de los arrendamientos y los desalojos. Mario Lattuada reseñó las distintas medidas adoptadas: la Ley 12,636 abrió el camino para las colonizaciones o expropiaciones de grandes extensiones, con la división y la salida al mercado de tierras de parcelas de tamaño mediano. En 1942 se prorrogaron los contratos y se tomaron medidas para sostener el precio de los cereales (Ley 12,771). El gobierno surgido de la revolución de junio de 1943 dictó un decreto-ley que dispuso la baja de los arrendamientos, extendió la prórroga de los contratos y suspendió los desalojos. También desde el Consejo Agrario Nacional (creado en 1940, pero activo recién en 1943) se

tomaron medidas para favorecer a los chacareros, algunas de ellas en el marco de la campaña electoral de 1946, y con el claro objetivo de seducir al electorado de minifundistas, arrendatarios y pequeños productores (Lattuada, 1986).

Así parece indicarlo el discurso de Perón del 8 de agosto de 1945, en el que pedía al Consejo Agrario dar tierra a quien deseara trabajarla

a fin de que ningún hijo de chacarero se [viera] obligado a desertar de los campos, encandilado por las luces engañosas de la ciudad, donde la lucha es áspera y sin las compensaciones espirituales que proporciona la labor ruda pero fresca y sana del campesino.

No había mucho espacio para otro tipo de compensaciones materiales, e incluso más adelante hablaba del hambre de tierras del habitante rural, que siempre estaba dispuesto a “sacrificar las condiciones de vida propias y de los suyos en el afán de encontrar una chacra donde levantar su rancho”⁸

De todas formas, no se produjo nada parecido a una reforma agraria. Si bien se llevaron a cabo expropiaciones y hubo varios desarrollos colonizadores, su impacto real fue bastante moderado. Un estudio exhaustivo sobre la cantidad de tierras expropiadas y colonizadas en el área pampeana, y específicamente en la Provincia de Buenos Aires, demuestra que no involucraron a mucho más que el 2 % de la superficie total (Balsa, 2015: 104-106). Igualmente, el temor a la intervención estatal, la incertidumbre sobre el derecho a la propiedad, una cierta presión impositiva sobre las grandes tenencias, y el desaliento de la actividad agrícola movieron a muchos terratenientes a dividir

⁸ Presidencia de la Nación (1953): *El campo recuperado por Perón*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, p. 12. También citado por Lattuada, 1986: I, p. 57.

sus latifundios o a vender partes de ellos a chacareros. Es más, Noemí Girbal-Blacha destaca en su historia del Banco Provincia que, para asegurarse buenos precios, no fueron pocos los estancieros que se presentaron ante los gerentes locales de los bancos oficiales con el objeto de facilitar la gestión de los créditos a favor de sus potenciales compradores (Balsa, 2015: 113). Varios de ellos tenían, a su vez, intereses en la industria, y era una buena forma de moverse hacia inversiones más rentables.

Otros terratenientes se inclinaron por fragmentar sus enormes unidades y colocarlas bajo la titularidad de personas jurídicas para evitar ser alcanzados por las leyes de colonización o tributos patrimoniales; además, debe tenerse en cuenta la división de las grandes propiedades entre herederos. Por unas u otras causas, y como señala Alfredo Pucciarelli, el fenómeno de desaparición de las grandes estancias de más de 10,000 hectáreas resultó sorprendente por su magnitud: en 1923 controlaban más de 9 millones de hectáreas, pero, para fines de la década de 1950, poseían solo 850,000, es decir que “en menos de sesenta años habían liquidado o subdividido el 91 % de su patrimonio original y entrado en un franco proceso de descomposición”.

Tomados en conjunto, los latifundios mayores a las 5,000 hectáreas cedieron 1.8 millones de hectáreas entre los años 1920-1940. En los dos decenios siguientes, hasta 1960, las grandes propiedades se retrajeron casi 8 millones de hectáreas, es decir, “el 70 % de la superficie controlada en 1939”. En un tercer momento, comprendido entre 1960 y 1980, la desconcentración avanzó más lentamente, pero de todos modos las tenencias mayores a las 5,000 hectáreas perdieron 1,200,000 (Pucciarelli, 1991: 87-88).

Todos estos movimientos fueron acompañados por un proceso llamado “presión nacional sobre la tierra”, según

la denominación de Antonio García. Este concepto, que va más allá del hambre de tierras de los no propietarios, en realidad interpela el papel de la producción agrícola en la conformación de la riqueza nacional y su capacidad para alimentar a la población y –sobre todo– para generar saldos exportables, destinados a sostener el crecimiento del sector industrial:

La presión nacional sobre la tierra, no debe entenderse como una presión campesina en busca del acceso a la tierra, sino como una creciente presión desde fuera de la estructura agraria, desde el sistema global, que exige a aquella una alta producción de alimentos y materias primas a bajos costos, empleo y un mercado que absorba parte de la producción de la industria nacional, ahorro interno para cubrir las necesidades del presupuesto público, y fundamentalmente divisas obtenidas por los productores agropecuarios de exportación que sirvan para financiar las importaciones y el desarrollo de otros sectores de la economía (Lattuada, 1986: I, p. 31).

En este orden de ideas, el problema central del modelo sustitutivo ligero radicaba en la necesidad de importar insumos y combustibles para las industrias, y en su incapacidad para exportar los productos terminados, orientados casi de manera exclusiva al mercado interno. De forma casi contradictoria, en la medida en que el crecimiento industrial era más sostenido, reforzaba su dependencia de las divisas que solamente la producción agropecuaria podía generar. Además, el campo no disfrutaba de la riqueza que sustentaba, al ser pocos los bienes durables fabricados por la industria nacional que llegaban a las chacras.

Por otra parte, el auge del consumo obligó a controlar ciertos precios para evitar los desbordes inflacionarios, sobre todo el de los alimentos, y esto desalentó, por ejemplo, la producción de trigo, lo que hizo descender los saldos exportables. La ganadería bovina pudo adaptarse

mejor para atender un mayor consumo interno, que pasó a estabilizarse por sobre el 70 % del total de la carne vacuna producida, gracias a un aumento de su ingesta, que, para inicios de la década de 1950, llegó a superar los 100 kilos por habitante.

Las dificultades fueron apreciadas por las propias autoridades justicialistas y, después de 1949, Perón dejó atrás las tácticas de enfrentamientos con las corporaciones agrarias para dar lugar a un período de convivencia. Las expropiaciones disminuyeron de manera significativa y la gran propiedad dejó de ser estigmatizada. Asimismo, se buscó relanzar una agricultura muy deprimida, aunque las condiciones climáticas no colaboraron en un primer momento. También trató de limitarse la caída de las existencias ganaderas al instalarse en febrero de 1952, de manera inédita en la historia nacional, una veda parcial, que consistió en la prohibición de venta de carnes vacunas en todo el país y durante un día a la semana (Reca & Gaba, 1973: 336).

Una vez asegurada la reelección, la modificación del rumbo se hizo más notable con la elaboración del Segundo Plan Quinquenal. Durante el ciclo de conferencias radiales destinado a presentar los objetivos de este programa, en febrero de 1953, Perón habló concretamente de “elevar el índice de vida y la seguridad social en el campo”. Para tal fin, el gobierno utilizaría el crédito agrario planificado, orientado hacia las nuevas determinaciones en materia de vivienda rural y propiedad de la tierra. Junto con ello, presentó iniciativas para sostener los precios de los cereales y oleaginosas, desarrollar la mecanización rural, brindar apoyo técnico y fomentar el desarrollo cooperativo.

También el problema habitacional en el campo mereció un apartado especial. Se pensaba impulsar la construcción de viviendas rurales tendiendo a convertir el resultado

de las cosechas en bienes inmuebles, con el objetivo de capitalizar las explotaciones. La solución a este problema ayudaría –en opinión del primer mandatario– al arraigo de la población agraria, un aliciente para descongestionar las grandes ciudades, desbordadas por los efectos industrialistas del Primer Plan Quinquenal (Lattuada, 1986: I, 52-54).

Con todo, las expectativas del régimen no pudieron cumplirse. Cuando fue desalojado del poder por el golpe militar de septiembre de 1955, aunque algunos resultados ya podían verse (el aumento del parque de tractores y los subsidios agrícolas, por ejemplo), muchas de sus nuevas ideas estaban a medio camino, como la radicación de fábricas de automóviles, la apertura a las empresas petroleras y el impulso a la industria pesada.

Pero ni el gobierno militar surgido de la revuelta, ni sus continuadores después de 1958, ni la oposición al peronismo y al desarrollismo (los radicales del pueblo) tenían recetas tan distintas para el sector agropecuario. El gobierno de la autodenominada “Revolución Libertadora”, si bien ayudó al campo con una importante devaluación, en 1956 aplicó por primera vez en la controvertida historia tributaria argentina un impuesto a las exportaciones primarias, luego popularizadas como “retenciones”, a fin de evitar que los beneficios de la depreciación de la moneda se trasladaran a los precios del mercado interno. La obra más importante de este interregno militar resultó sin dudas la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), una agencia estatal llamada a efectuar un aporte extraordinario para salir del atolladero productivo, financiada con un pequeño porcentaje de las retenciones a las exportaciones.

Por el lado de los radicales, el programa aprobado en la convención nacional en 1956 no difería de forma significativa del peronista, incluso con ciertos aspectos de la

versión anterior a 1952: oposición al latifundio, desinflación de los arrendamientos, colonización de tierras públicas, intervención estatal sobre los esquemas de precios, soporte crediticio, mecanización, impulso de las cooperativas, mayor cobertura de seguros, mejora de las condiciones laborales, salariales, previsionales y de seguridad social de los trabajadores rurales, etc.

Como novedad, agregaba la “transformación industrial de las materias primas agropecuarias por los productores organizados y en los propios centros de producción, a fin de reactivar económicamente y repoblar el interior del país”, un supuesto plan orgánico de construcción y mejora de las viviendas rurales, la electrificación del campo y la expansión de un sistema de escuelas especializadas. Según se aprecia, ya estaba presente la problemática del despoblamiento rural, que poco después sería ratificada por el censo de 1960 (Carrera, 1956: 58-60).

Esta cuestión apareció asimismo en la agenda del secretario de agricultura de la administración desarrollista. En 1959, Bernardino Horne enfatizó que el objetivo último de la política agraria del gobierno sería

[...] el afianzamiento de la familia, eje sustancial de nuestra manera de vivir, ofreciendo justos alicientes a todos sus componentes, con una diversificación adecuada de actividades, [que] nos llevará a alcanzar niveles de vida y de productividad como los que hemos señalado, de manera de hacer un campo que sea centro de arraigo y de progreso (Horne, 1959: 14).

La revolución agrícola y el subibaja ganadero (1960-1975)

Desde 1960 se inició una época de recuperación de la producción agropecuaria, marcada especialmente por el gran crecimiento de la agricultura, visible de manera más

notable en al área pampeana. Los cambios que impulsaron esa transformación fueron el desarrollo de las técnicas agronómicas, la mecanización agrícola, la difusión de las semillas híbridas, las mejoras efectuadas en la producción, el uso de fertilizantes y la ampliación de las políticas crediticias gubernamentales iniciadas durante el peronismo. Todo ello se conjugó para poner en marcha un proceso que ha sido incluso denominado como la “segunda revolución agrícola pampeana” (Obschatko, 1988; Coscia, 1983; Sábato, 1980).

La primera de las variables resultó de la combinación del accionar estatal a través de INTA y otros organismos y la investigación privada nucleada en instituciones como los grupos CREA (Consortio Regional de Experimentación Agrícola). El primero de estos pequeños colectivos fue fundado por Pablo Hary, en 1957, en la ciudad bonaerense de Daireaux, donde un grupo de estancieros se reunió para analizar los problemas derivados de la erosión de los suelos. Con el paso de los años, la idea se divulgó por gran parte de la zona pampeana, y se constituyó una asociación nacional de grupos CREA.

Las estaciones experimentales del INTA, que crecieron en cantidad y dotación de especialistas, al menos hasta mediados de la década de 1970, contribuyeron con un soporte científico que resultó determinante para la mejora de muchas especies agrícolas, en la lucha contra la aftosa y en el favorecimiento del tránsito de la avicultura desde la producción básica hacia una actividad industrial moderna. De este último aspecto, me ocuparé con mayor detalle en el capítulo 5, a causa de la importancia que tuvo para Saladillo. Pero las agencias tuvieron además el mérito central de llegar directamente hasta los chacareros, escuchar sus problemas y capacitarlos con las posibles soluciones.

En el caso saladillense, los recurrentes pedidos de las autoridades, representantes agrarios y otras instituciones lograron la instalación de una delegación, que finalmente comenzó a funcionar en marzo de 1976, bajo la denominación de Agencia Cooperativa de Extensión Rural INTA Saladillo.⁹ Desde sus inicios, esta dependencia tuvo un plan de actividades importante y, a mediados de 1978, comenzó a publicar un boletín mensual, donde se reproducían artículos y trabajos regionales, así como noticias del ámbito agrario local.¹⁰ A diferencia de muchas publicaciones de corto alcance, el boletín continuó apareciendo con regularidad con el paso del tiempo. Asimismo, también se realizaban reuniones en los parajes y zonas rurales del partido, con frecuencia casi semanal, y en general utilizando como sede las escuelas de campo.¹¹

A la acción del INTA, debe agregarse la del SELSA (Servicio de Luchas Sanitarias Animales), organismo creado con rango de dirección general dentro del Ministerio de Agricultura en 1963, que sistematizó y mejoró el combate contra la fiebre aftosa mediante planes piloto de vacunación obligatoria, iniciados a principios de la década de 1950 y fuertemente ampliados en el decenio siguiente (Pecker, 2007). Según puede verse en la prensa de Saladillo, el SELSA también tuvo una acción importante en la contención del “mal de los rastrojos”, e hizo una gran contribución contra la aftosa en las zonas ganaderas. Incluso, en diciembre de 1968, Saladillo fue elegido como una de las diez zonas del país para implementar un plan piloto de inoculación contra esa epizootia.¹²

⁹ “Agencia Cooperativa de Extensión Rural del INTA de Saladillo”, *El Argentino*, 11/03/1976.

¹⁰ “Boletín”, *El Argentino*, 24/08/1978.

¹¹ “Plan de reuniones del INTA Saladillo para 1979”, *El Argentino*, 05/04/1979.

¹² “Ha sido designada Saladillo zona piloto de vacunación antiaftosa”, *El Argentino*, 12/12/1968.

En cuanto al aporte de los grupos de productores, su expansión numérica y geográfica permitió la elaboración de diagnósticos regionales precisos, vitales para encarar soluciones sectoriales y proyectos de escala pequeña y mediana. Así, en el orden local, en 1967 se conformó un grupo denominado CREA “Arroyo de Las Flores”, que se integró por trece productores de los partidos de Saladillo, Alvear y Las Flores, “cuyos campos se encuentran vinculados con el arroyo del que toma su nombre”. Al igual que todas las entidades de base de esta iniciativa, reunía además el apoyo de instituciones técnicas y profesionales del sector, con el objeto de promover métodos experimentales en las explotaciones agroganaderas. Unos meses más tarde, esta nueva formación pudo participar del congreso CREA desarrollado en Mar del Plata, entre el 3 y el 7 de octubre de 1967.¹³

La segunda pieza para la reactivación fue la mecanización del agro. Adolfo Coscia resalta el aumento del parque vehicular y su amplio acceso por parte de los chacareros como uno de los elementos centrales de esta revolución, ya desde mediados de la década de 1950 (Coscia, 1983: 69-70). En efecto, el número de tractores en el país subió de los 29,150 censados en 1947 a los 49,759 que se registraron en 1952. Pero, además del aumento en la cantidad, desde inicios de la década del sesenta creció la potencia y calidad de los tractores. En gran medida, la “tractorización” del campo fue impulsada por los subsidios indirectos para su compra, formados por la desgravación impositiva y la abundancia de créditos a tasa negativa, sobre todo en el período 1963-1977. Para tener idea de esa evolución, basta precisar que solamente en la región pampeana la

¹³ “Se ha constituido el C.R.E.A. ‘Arroyo de Las Flores’”, *El Argentino*, 06/04/1967; “Se realiza el v Congreso anual de los C.R.E.A.”, *El Argentino*, 05/10/1967; y “v Congreso Anual de los C.R.E.A.”, *El Argentino*, 23/11/1967.

flota de tractores subió de 86,061 en el período 1960-1963 a 142,840 para los años 1970-1973, y 160,215 en 1980-1983 (Obschatko, 1988: 42).¹⁴

El *boom* de los tractores tuvo un gran impacto en Saladillo. Los avisos de las casas dedicadas a su venta ocupaban grandes espacios en los semanarios locales, en especial en *El Argentino*, donde llenaban las páginas centrales, reservadas únicamente para publicidades. Además, con el correr de los años sesenta aumentó el número de comercios de venta de tractores y maquinaria agrícola, y se abrieron representaciones de las marcas disponibles en el mercado, tanto nacionales como extranjeras. En 1961, por exponer una muestra, la casa Tordó Hermanos & Cía convocaba a los chacareros a adquirir los tractores fabricados por Concord Argentina en Córdoba (de marca Fiat y Someca), bajo el lema “Compre ahora con nuestra financiación complementaria a los Bancos Oficiales”.¹⁵

Sin embargo, estas supuestas facilidades (que alcanzaban hasta el 80 % del precio de venta de una unidad, y hasta el 70 % para una segunda, siempre a cinco años de plazo) fueron refutadas por la CRA (Confederaciones Rurales Argentinas) en el invierno de ese mismo año. Los ruralistas sostenían que la medida era impulsada por los propios fabricantes, “ya que [era] público y notorio que sus playas [estaban] repletas de tractores, que no [podían] vender debido al exagerado precio de los mismos”. Para la CRA, desde 1958, el Banco Nación había destinado la preferencia de su cartera crediticia al comercio y la industria (un 74 %), mientras que en los años anteriores los préstamos agrarios superaban los del sector secundario y terciario por 55

¹⁴ De acuerdo con el Censo Nacional Agropecuario de 1960, había en todo el país 104,184 tractores. En 1988 se censaron 267,782. Por desgracia, ningún censo desagregó las cantidades por partido.

¹⁵ *El Argentino*, 09/02/1961.

% contra 45 %. En defensa de sus intereses –que no eran los de los agricultores, claro está–, la corporación reclamaba menos plata para tractores y más créditos blandos y largos para “compras de hacienda y reproductores, retención de vientres, siembra, transportes, etc.”¹⁶

De todos modos, los argumentos de las federaciones ganaderas no hicieron mella en los vendedores de tractores, que competían con ahínco para ganar el favor de los chacareros. Así, y en un hecho inédito para la época, John Deere Argentina SA anunció, en abril de 1964, la presentación simultánea en todo el país del “tractor diésel ‘445’, de 41 HP que ha fabricado especialmente para la agricultura argentina”. En Saladillo, los interesados debían darse cita en la concesionaria de Dabel Valsecchi.¹⁷ Un año más tarde, la empresa Pedro J. Grecco y Hermanos presentó el tractor Fiat 450, “con potente motor diésel de inyección directa, de 4 tiempos, arranque instantáneo y otras características, que lo convierten en inestimable colaborador para las tareas del campo”. Según el anuncio, la firma de Turín ya llevaba entregadas 56,000 unidades en el país.¹⁸

El progresivo aumento del número de tractores y maquinaria agropecuaria llevó asimismo a que organismos provinciales, el municipio, la Cooperativa Agrícola y algunos de los concesionarios locales dedicados a su venta organizaran cursos gratuitos para el mantenimiento de esos equipos, con la presencia de técnicos y asesores de las empresas fabricantes, como el que se llevó a cabo en Polvaredas, entre el 16 y el 18 de octubre de 1969.¹⁹

¹⁶ *El Argentino*, 20/07/1961.

¹⁷ “Presentación del nuevo tractor John Deere”, *El Argentino*, 30/04/1964.

¹⁸ *El Argentino*, 29/07/1965.

¹⁹ “Cursos gratuitos sobre mantenimiento de tractores y maquinaria agrícola de todas las marcas”, *El Argentino*, 09/10/1969.

La mecanización agrícola implicó también novedades en los hábitos urbanos municipales. En mayo de 1965, la filial local de la Federación Agraria Argentina dirigió una nota al Concejo Deliberante, con copia a los periódicos para garantizar una mayor difusión. La misiva criticaba la actitud policial por lo siguiente: “[Invocando] obedecer órdenes de la intendencia, advierte a los tractoristas que no pueden entrar en la planta urbana, ni menos estacionarse en las calles, haciendo una excepción cuando sea para cargar o llegar a un taller de reparación”. Los agrarios resaltaban la mecanización de las tareas rurales y el esfuerzo hecho por los agricultores para adquirir esos equipos. A la vez, esto producía la falta de caballos para *sulkys* y, como no todos podían comprar una camioneta, debían “utilizar el tractor para llegar al pueblo, no para pasear, sino para surtirse de las mercaderías o para cumplir con las varias disposiciones legales o compromisos bancarios”.²⁰ Esas restricciones al tránsito de maquinaria agrícola en el casco urbano de Saladillo se formalizaron finalmente en 1971, con el dictado de un reglamento de tránsito, que establecía las limitaciones, excepciones y sanciones para la circulación vehicular.²¹

Fuera de los vigilantes del tráfico urbano, la difusión masiva de los tractores en los campos saladillenses llevó a muchos nostálgicos del pasado a evocar los tiempos de la tracción a sangre y las bondades del caballo, dejados de lado por los jóvenes chacareros, que preferían el volante y la caja de cambios a las riendas y la montura. Osmar Paliero lo dijo con vehemencia al prologar *De mi tierra*, el libro de poemas de mi abuelo, pero él le dedicó una estrofa de su décima “Recordando la tradición”, donde escribió: “Ya

²⁰ *El Argentino*, 13/05/1965.

²¹ “Comenzará por fin a aplicarse el Reglamento de Tránsito para Saladillo”, *El Argentino*, 15/04/1971.

no hay quien ate un arao' / con seis caballos como antes; / hoy andan lo más campantes / sentaos en un buen tractor / con más pinta que un doctor / arando con finos guantes" (Quinterno, 1973: 14).

El tercer motor de la renovada expansión fueron las semillas híbridas. Esta búsqueda se había iniciado en todo el mundo, aunque especialmente en Estados Unidos, a principios del siglo 20, pero, desde la década de los cincuenta, las investigaciones tuvieron grandes avances. A las compañías privadas que, como Dekalb, Klein, Cargill y Morgan, ya operaban en Argentina, se les sumó el INTA, que relanzó con gran éxito los saberes preexistentes de los centros experimentales en funcionamiento desde varias décadas antes, al absorberlos bajo su dependencia (Gear, 2010).

Un buen ejemplo de esto fue el resultado para recuperar las áreas sembradas con girasol que, tras un arranque prometedor a principios del decenio de 1930, se desplomaron dos décadas después, por efectos de la baja del precio primero y por las plagas, a partir de 1955. Las investigaciones del INTA lograron la primera semilla híbrida en 1960, que se difundió con rapidez y mostró un éxito formidable en sanidad y rendimiento. Ello trajo una mejora productiva para zonas ecológicas como aquellas donde se encuentra Saladillo, a punto tal que entre 1960 y 1985 estas áreas superaron el incremento nacional y el de la región típico (Obschatko, 1988: 55).

Así, en el otoño de 1962, *El Argentino* dio cuenta del notable rendimiento de la cosecha de girasol de esa campaña. El semanario remarcaba como principales indicadores el alto nivel de rinde (veinticinco bolsas por hectárea) y el peso de las pepitas. Para lograr esto, habían contribuido las lluvias escasas –que, por otro lado, arruinaron la ganadería vacuna y la siembra de maíz en ese año– y el uso de

una nueva sementera. La nota culminaba explicando las razones de la superación:

El empleo de la nueva variedad de semilla -Manfredi Inta SAG- ha sido de capital importancia y es el resultado de prolongados trabajos de investigación de la reproducción genética iniciados por los técnicos Jorge Báez y Héctor Bauer el año 1947, continuados por el Dr. Julio Mácola, quienes recurrieron a especies silvestres y a otros cruzamientos interespecíficos, en la Estación Experimental que el INTA posee en Manfredi.²²

El nivel de mejora de la cosecha de girasol volvió a destacarse en 1968, cuando se informó de resultados superlativos en campos saladillenses, como el de Justo Larrea, donde la variedad de sementera Guayacán ofreció 50.5 bolsas por hectárea.²³

El INTA logró asimismo grandes avances en la formulación de maíces híbridos de resistencia al vuelco, raíz profunda, tallo grueso, maduración pareja y adaptación a la sequía. Una de sus mejores muestras fue el maíz colorado "Abati INTA", desarrollado en 1963. Estas propiedades facilitaron la mecanización de su cosecha y acabaron con la tradicional recolección manual.²⁴

Los fertilizantes y agroquímicos, cuarto elemento de la aceleración productiva agrícola, tampoco constituían ninguna novedad. Si bien hasta finales de los años setenta la mayoría de los fertilizantes eran importados, en la década de 1930 ya estaban instaladas en Argentina las empresas Compañía Química (del grupo Bunge y Born) y Atanor, fundada en 1938 como empresa mixta, a la que en 1944 se asociaron Fabricaciones Militares y las familias Braun Menéndez Behety y Roberts. La difusión de los fertilizantes

²² *El Argentino*, 12/04/1962.

²³ "Récord de Girasol", *El Argentino*, 11/04/1968.

²⁴ "Temas rurales. La cosecha de maíz", *El Argentino*, 15/04/1971.

contribuyó a la recuperación de los suelos, facilitó el control de las malezas y llevó a la eliminación de muchas de las plagas y patologías de los cultivos, aunque en esos primeros años no hubo demasiadas alertas sobre los eventuales daños que su utilización podía causar al medio ambiente y, en especial, a la salud de las personas. Para 1976, la Argentina ya importaba unas 7,500 toneladas de fitosanitarios para satisfacer la demanda interna, “de las cuales el 45 % correspondía a insecticidas, un 30 % a fungicidas y un 25 % a herbicidas” (Romero, 2014: 71).

Finalmente, el quinto factor para tener en cuenta fue la política estatal de préstamos blandos –respaldada con incentivos fiscales sectoriales–, garantes de créditos con tasas negativas, que en realidad operaron como subsidios. De acuerdo con las estimaciones de Graciela Rodríguez, en el caso de la adquisición de tractores, estos subsidios implícitos dados por el Banco de la Nación a los productores rurales entre 1956 y 1975 –sin contar las desgravaciones impositivas– se mantuvieron siempre por encima del 25 % (a excepción de 1967, que fueron del 19 %) y, en algunos años, como en 1974, llegaron al 78 %. El cálculo de estos alicientes se hizo sobre la relación entre el monto finalmente pagado por el productor en moneda real y el precio nominal del tractor en el año de su venta (Sábato, 1980: 91).

Incluso en ese año de 1967, cuando los subsidios fueron ligeramente menores, la entidad también lanzó una línea de créditos para la adquisición de tractores usados, de hasta \$500,000, y con límite del 50 % del precio de la unidad. Los plazos de cancelación eran de tres años, y la amortización estaba vinculada con los ingresos del productor. Además, debía acreditarse la relación entre la potencia del equipo y la explotación a la que estaría afectado.²⁵

²⁵ “Tractores”, *El Argentino*, 23/02/1967.

En lo concerniente a la infraestructura agrícola, en el otoño de 1967 el Banco Nación hizo pública una nueva reglamentación de los créditos para construcción de silos en chacras y elevadores de campaña. Según la entidad oficial, desde los inicios de ese programa, en 1964, “se habían acordado prestamos por un importe total de \$3,480,000,000 para financiar instalaciones con una capacidad de almacenamiento de más de 1,000,000 de toneladas”. Las condiciones de los créditos eran muy ventajosas (hasta el 80 % del monto de la inversión y diez años de plazo), y permitirían “controlar la humedad y temperatura de los granos almacenados y su preservación contra el ataque de insectos, sin perjuicio de continuar concediendo créditos para la instalación de silos aislados, galpones-silos y baterías de silos”.²⁶

Pero también el banco oficial contribuyó a mejorar las viviendas de los chacareros. Destinó a este fin una línea específica de créditos blandos, cuyo objeto era la mejora de los hogares rurales. El banco partía del supuesto de que “gran parte de las viviendas rurales existentes en el país” necesitaban “ser ampliadas, refaccionadas o acondicionadas”. En tal sentido, tendía sus préstamos a pequeños y medianos propietarios que habitaran las tierras con sus propias familias. Como siempre, las condiciones de otorgamiento eran muy buenas, con tasas pasivas, cinco años de plazo y cuotas relacionadas con la productividad de las explotaciones.²⁷

Aunque con mayores intermitencias, el Banco Provincia también sostuvo la política de tasas negativas. Si bien, durante los primeros años de la dictadura surgida

²⁶ “Banco de la Nación Argentina. Préstamos para construcción de silos en chacras y elevadores de campaña”, *El Argentino*, 04/05/1967.

²⁷ “Préstamos con destino a la ampliación y refacción de la vivienda rural”, *El Argentino*, 26/10/1967.

en 1966, este mecanismo se morigeró bastante, en 1970 la entidad bonaerense decidió bajar las tasas de los créditos otorgados y por otorgar para la compra de tractores y maquinarias, rebaja que luego agregó a otras líneas de créditos destinadas a los productores agrarios. En general, con esos recortes ninguna de las tasas de interés superaba el 10 % anual, bastante por debajo de la inflación de ese año (13.6 %), y mucho menor a lo que sería el alza de precios del año siguiente, cercana al 35 %.²⁸ El subsidio se hizo más evidente en 1972, cuando la inflación anual se disparó hasta el 58.5 %. En mayo de ese año, el Banco Provincia bajó la tasa de intereses para adquirir fertilizantes del 20 al 14 %, es decir, a menos de un cuarto del incremento de los precios. Poco después, una publicidad de esta entidad exponía un panel de esas tasas subvencionadas para el agro: electrificación rural, 8 %; créditos para vivienda rural, 16 %; compra de forrajeras, 18 %; compra y mejora de reproductores, 19 %; compra de vacuna de invernada, 21 %. Indicadores que hablaban por sí mismos.²⁹

Esa política se sostuvo incluso en los primeros tiempos del “Proceso de Reorganización Nacional”. Así, el Banco Provincia anunció una línea de créditos a corto plazo (180 días con tasa del 48 % anual en un contexto inflacionario del 444 % anual), destinados a superar la emergencia sectorial y a espolear la cría de bovinos, actividad afectada por el desplome de las exportaciones y los bajos precios relativos existentes en el mercado interno desde 1975. El estímulo también alcanzó al financiamiento de la compra de reproductores de raza de vacunos, lanares y equinos. La ayuda se continuó con el lanzamiento de préstamos dirigidos al sector agrícola, para el establecimiento de silos,

²⁸ “Reduce tasas de interés el Banco de la Provincia”, *El Argentino*, 02/07/1970.

²⁹ “Intereses”, *El Argentino*, 18/05/1972 y aviso publicitario oficial en la edición del 03/08/1972.

elevadores, equipamiento y accesorios para tratamiento de granos, y el desarrollo de criaderos y semilleros.³⁰

De lo expuesto, se aprecia que los factores capaces de romper el estancamiento tuvieron más éxito en relanzar la agricultura que la ganadería. Si el sector pecuario no había sido tan afectado por la larga retracción productiva del período anterior, en compensación, tampoco pudo beneficiarse de los cambios en igual proporción que la rama agrícola, al menos en los primeros tiempos. Igualmente, entre los años 1950-1960, la ganadería vacuna también acusó una desaceleración, y esa pérdida relativa de importancia ya era apreciable a inicios de los años sesenta. Así, en 1964, el INTA preveía que, de no estimularse la producción y las existencias, Argentina dejaría de ser país exportador en poco tiempo. Este fenómeno sobresalía por su intensidad en el territorio bonaerense. Según la agencia, en la década 1953-1962, el número de cabezas apenas había aumentado de 6,993,900 a 7,006,400, un escaso 0.2 %.³¹

Según señalé más arriba, buena parte de la dirigencia corporativa de los emprendedores vacunos se quejaba de la discriminación que supuestamente recibían en la política crediticia, en medio de uno de los ciclos ganaderos de liquidación de existencias. Esa situación empezó a modificarse en 1964, cuando nuevamente se instauró una veda de venta de carne bovina y mejoraron los precios. Entre ese año y 1967, hubo cierta recomposición de los rodeos, hasta que, entre 1967 y 1970, se produjo una nueva etapa de liquidación, que llevó a su vez a la vuelta de las vedas de consumo desde 1971.

30 "El Banco de la Provincia de Bs. As. prestará apoyo a criadores de bovinos de carne", *El Argentino*, 27/05/1976; "El banco de la Provincia de Buenos Aires actualizó los préstamos para compra de reproductores", *El Argentino*, 01/07/1976; "Nuevos créditos para el sector rural implementó el Banco de la Provincia de Buenos Aires", *El Argentino*, 24/06/1976.

31 "Carne vacuna: producción estacionaria ante una creciente demanda", *El Argentino*, 17/12/1964.

En medio de tales vaivenes, el mecanismo estatal del financiamiento se fue extendiendo también a la ganadería. A inicios de 1967, *El Argentino* daba cuenta de una línea de créditos especiales del Banco de la Nación, destinado a la implantación de pasturas mejoradas. Los préstamos podían cubrir hasta el 80 % del gasto total, que incluía la preparación de la tierra, la compra de semillas, la siembra, cortes y la limpieza, y podían tramitarse con la sola firma del productor, ya fuera este propietario, arrendatario o aparcero. A mediados de ese año, se anunció el lanzamiento de una nueva etapa de créditos de este programa, iniciado en la primavera de 1966. Cada fase contempló la implantación de alrededor de 700,000 hectáreas, con tasas de interés del 12 % anual y asesoramiento técnico.³²

Por otra parte, en los primeros años de la década del 70, la ganadería vacuna se favoreció por el aumento sostenido de la demanda de Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y Japón, lo que elevó los precios en el mercado mundial y, por acto reflejo, también en el local. Para citar datos concretos, el incremento de las exportaciones de carnes vacunas, principalmente hacia los mercados europeos, se sintió con fuerza en el primer trimestre de 1972, cuando se registraron envíos por más de 94,000 toneladas, contra las 34,000 del mismo período en el año anterior.³³ En enero de 1973, las exportaciones argentinas de carnes alcanzaron toques máximos con 60,909 toneladas, lo que significó un incremento del 45 % con respecto al mismo mes del año anterior.³⁴

Ello puso en marcha una nueva fase de aumento de las existencias, inusualmente extensa, que se prolongó hasta 1977 y no fue afectada por la caída de las exportaciones derivada de la crisis petrolera que empezó a sentirse con

³² "Nuevo crédito para pasturas otorga el Banco de la Nación", *El Argentino*, 26/01/1967; y "Créditos para implantación de pasturas", *El Argentino*, 13/07/1967.

³³ "Las Exportaciones de Carnes", *El Argentino*, 11/05/1972.

³⁴ "Las exportaciones de carne registran un marcado repunte", *El Argentino*, 22/03/1973.

fuerza ya en 1974, cuando las exportaciones de carne bovina bajaron de las 352,600 toneladas del año anterior a solamente 164,154, lo que significó una pérdida de más de 320 millones de dólares en remesas del exterior.³⁵

Un trabajo puntual sobre este tema calcula que las tasas negativas llegaron a representar un subsidio del 35 % en 1975, lo que favoreció la capitalización del sector. Después de 1974, y a pesar de la baja generalizada de los precios de la carne y las restricciones impuestas a las importaciones por los europeos, los productores no liquidaron sus planteles, ya que la depreciación del peso tras el Rodrigazo hizo conveniente mantener los activos antes que cambiarlos por papel moneda (González & Pagliettini, 1984).

Más allá de los aspectos particulares desarrollados anteriormente, la actividad agropecuaria no fue para nada ajena a los avatares políticos del período 1960-1975. Dentro de la experiencia desarrollista, por ejemplo, convivieron un gobierno nacional que rápidamente se desmarcó de los viejos postulados sostenidos por Frondizi en los años anteriores a 1958 (que hablaban de una “reforma agraria inmediata y profunda”) y una administración provincial que, en manos de Oscar Alende, mantuvo la cuestión de la redistribución de la tierra como una de sus banderas, aunque logró avances mínimos en esa materia (Lázaro, 2013; Balsa, 2006: 105-106).

Dentro del ciclo político caracterizado por la proscripción del peronismo, las políticas agrarias aplicadas por el denominado “radicalismo del pueblo”, cuando tuvo su oportunidad con Arturo Illia en la presidencia, entre 1963 y 1966, se conservaron en el llamado “plano industrialista”. Esto consistía en impulsar el crecimiento productivo agropecuario –en especial de la región pampeana– a fin

³⁵ “Carnes”, *El Argentino*, 06/02/1975.

de satisfacer la demanda del consumo interno y, a la vez, producir saldos exportables destinados a generar divisas para financiar la importación de bienes de capital. Por otra parte, para alcanzar estos objetivos, era necesario sostener los incentivos de la llamada “etapa transformista”, que estaba dejando atrás la época de declinación productiva (Lattuada, 1988: 31-41; Lázaro, 2003; Lázaro & Galafassi, 2005: 204-205).

Ese rumbo produjo malestar en las corporaciones agrarias. Sus principales factores de irritación con el gobierno fueron:

[...] la fijación de precios máximos para la carne y de días de veda para su consumo; el restablecimiento del control de cambios en noviembre de 1964, permitiéndole al gobierno quedarse con una parte de la renta diferencial de los exportadores; y las disposiciones tributarias de emergencia de 1963 y de 1965, así como el mantenimiento de los derechos de exportación, por más que, de todos modos, la presión fiscal sobre el sector resultó relativamente baja (Nun y Lattuada, 1991: 11).

El gobierno de los radicales del pueblo dio continuidad a la política de prórrogas de los arrendamientos, iniciadas en los tiempos de los conservadores y seguidas por todas las administraciones siguientes. Buena parte de esas normas otorgaron además la ventaja de la opción de compra a los arrendatarios, por lo que muchos de ellos no vacilaron en adquirir sus chacras, y los censos muestran el sostenido crecimiento del número de hectáreas en propiedad, así como el consecuente descenso de los arriendos, aunque esto no significó la promoción de todos los arrendatarios a la liga de los propietarios.

En el otoño de 1964, *El Argentino* puso en su tapa la noticia del tratamiento parlamentario de la que, a las postres, sería una de las últimas leyes sobre alquileres rurales. La iniciativa empezaba a debatirse en la Cámara de

Diputados, con media sanción del Senado, e incluía la enésima renovación de la legislación sobre contratos de arrendamiento y aparcería, así como la suspensión de los desalojos, algo que el semanario calificó como “un tema básico para el campo argentino” y que, según el periódico de la familia Volonté, recogía “las aspiraciones de los agricultores federados y en general la necesidades más perentorias del trabajador rural”.³⁶ También el gobierno provincial, encabezado por Anselmo Marini, lanzó a principios de 1964 un programa de colonización denominado “Más propietarios y menos arrendatarios”. La provincia planeaba adquirir 40,667 hectáreas en diez partidos para destinarlos a colonos, mayormente en las zonas sur y oeste del territorio, aunque también las había en el partido de Esteban Echeverría, en el mismísimo conurbano bonaerense.³⁷

Fuera de los anuncios, los planes colonizadores no lograron dar pasos firmes y la UCRP fue expulsada del poder en junio de 1966. El golpe de Estado abrió la puerta a un nuevo gobierno militar, que tomó el pomposo nombre de “Revolución Argentina”. Bajo la conducción de Juan Carlos Onganía, la gestión retomó ciertos aspectos de la vieja “Revolución Libertadora” y, como ella, devaluó un 40 % el peso, pero impuso retenciones a las exportaciones para transferir recursos a la industrialización pesada. De los desarrollistas recogió el deseo de convertir el país en un imán para las inversiones extranjeras, y del peronismo, el más austero legado del apoyo brindado en un principio por buena parte del sindicalismo, soporte que, por otro lado, no consiguió la venia del líder, y resultó efímero.

En lo relacionado con el sector agropecuario, las retenciones se compensaron con la continuidad de las

³⁶ “Trata el Congreso la nueva ley de arrendamientos rurales”, *El Argentino*, 02/04/1964.

³⁷ *El Argentino*, 26/03/1964.

ayudas crediticias (aunque en 1967 las tasas resultaron positivas por la baja de la inflación) y siguieron también las desgravaciones impositivas particulares, pero en 1968 el gobierno impuso un impuesto de emergencia sobre la tenencia rural, en busca de bajar los altos niveles de evasión fiscal y equilibrar el presupuesto.

Sin dudas, el hecho más saliente de ruptura con el pasado fue el final de las prórrogas a los arrendamientos, sancionadas con el decreto-ley 17,427 en abril de 1967. Aunque hubo protestas, como la de diciembre de 1967, oportunidad en que la Federación Agraria Argentina publicó una solicitada contra la decisión de finalizar el sistema de prórrogas de arrendamientos y aparcerías y habilitar los lanzamientos judiciales de quienes no pudieran cumplir sus contratos o adquirir la tierra,³⁸ para finales de 1968 quedó clausurado un proceso extendido por más de un cuarto de siglo (Lázaro & Galafassi, 2005: 220-224; Balsa, 2006: 109).

El proyecto económico, social y político (esos eran los tiempos de acción declamados por Onganía) fue herido de muerte en 1970, y, de allí a 1973, se limitó a tratar de reducir los daños institucionales que produjo a las fuerzas armadas. Desde los levantamientos populares de Córdoba y Rosario, su existencia no pasó de ser penosa, en medio de un ascenso notable de la violencia política, un drama que había llegado para quedarse. El corolario del experimento fue la vuelta definitiva de Perón y el categórico triunfo electoral del justicialismo.

La nueva etapa peronista ya no pensó tanto en el problema de la propiedad, ni en una reforma agraria, sino en la productividad. Su iniciativa más importante fue la sanción de un impuesto a la renta potencial de la tierra,

³⁸ *El Argentino*, 21/12/1967.

que tenía como enemigo a los campos ociosos antes que al latifundio propiamente dicho. Esta ley tuvo la contundente aprobación en las cámaras, de las corporaciones sectoriales (hasta la Sociedad Rural le dio su apoyo) y de la opinión pública en general, y una no menos contundente dificultad para su aplicación, que terminó convirtiéndola en algo simbólico.

También se sumó a los productores rurales a la firma de un acta de concertación para articular políticas comunes, se potenció la intervención estatal en las exportaciones a través de las Juntas Nacionales de Granos y de Carnes, se fijaron precios al sector agropecuario mediante la aplicación de retenciones, se usó el control del tipo de cambio para favorecer las exportaciones, se sancionó una ley para suspender los juicios de desalojos, y se aprobó una ley crediticia favorable a los pequeños productores.

Pero el supuesto consenso dentro del justicialismo era un equilibrio inestable y delicado, que estalló definitivamente con la muerte de Perón, el 1.º de julio de 1974. De allí en más, las diferencias internas hicieron inviable cualquier intento reformista, como la ambición de dictar una ley agraria pensada por Horacio Giberti y su equipo para encarar transformaciones estructurales, que fue rechazada en estado de anteproyecto (Lattuada, 1988; Balsa, 2006: 141-142; Raccolin y otros, 2012: 227-235).

Penurias en dictadura y democracia (1975 y después)

El último recorrido de esta sección se inició en 1975, cuando la descomposición del gobierno peronista y de la economía argentina entró en una etapa de aceleración, que llevaría, a partir del 24 de marzo del año siguiente, a los tiempos más tenebrosos de la historia nacional. Por

desgracia, la restauración democrática acaecida en 1983, si bien cerró el ciclo autoritario y consiguió un funcionamiento institucional que al menos dejó de lado la violencia como mecanismo de resolución de los disensos, no logró torcer el rumbo de una larga decadencia. Debido al segmento temporal comprendido en esta investigación y la complejidad de los acontecimientos, no me extenderé sobre la situación agropecuaria más allá de mediados de la década de 1980, aunque necesariamente deba citar referencias bibliográficas y datos relacionados con el censo agropecuario de 1988.

En términos generales, las complicaciones que ya mostraba el rumbo económico del gobierno justicialista desde 1974 (caída de exportaciones, cierre de mercados, inflación, puja salarial) se desbordaron por completo tras la adopción de medidas drásticas por el entonces ministro de Economía, Celestino Rodrigo, quien, a pesar de haber transitado de manera fugaz por el Palacio de Hacienda, dejó su nombre grabado a fuego en la memoria colectiva. En efecto, el “Rodrigazo” se convirtió en un sustantivo que define la presencia conjunta de una devaluación brusca, aumentos feroces de las tarifas y los combustibles, aceleración de la inflación (en 1975 llegó al 777 % anual), desabastecimiento y caída del salario.

Sus consecuencias liquidaron la poca credibilidad y capacidad de manejo de la gestión justicialista y, junto con ello, de la democracia argentina. El golpe militar que le siguió confió el manejo de la economía a José Alfredo Martínez de Hoz, quien anunció el inicio de un nuevo modelo de acumulación regido por el “mercado”, con el consiguiente desmantelamiento de la injerencia y el control estatales. Sus primeras medidas para el sector agropecuario fueron: la eliminación de las retenciones a la exportación; la reducción de los aranceles para la importación de

maquinaria agrícola; y la liberación de los precios internos y de los mercados financiero y cambiario.

Estas medidas despertaron “la euforia de los productores agropecuarios de la pampa húmeda. A esto, se agregó el establecimiento de un tipo de cambio muy favorable, que prometía un rendimiento importante para la actividad agrícola” (Raccolin y otros, 2012: 236-237). A los pocos meses de iniciada la dictadura, por ejemplo, una solicitada de la Cooperativa Agrícola de Saladillo reprodujo el comunicado final de la 19.º Convención de la Federación Argentina de Cooperativas Agrícolas, realizada en Mar del Plata, en octubre de 1976. El segundo punto de la declaración sostenía: “Creemos en el acierto y la autenticidad de los lineamientos de la política agropecuaria formulada por el Gobierno y explicitada por sus máximas autoridades económicas”.³⁹

No obstante este comienzo visto como promisorio por muchos productores y por la mayoría de las corporaciones agrarias, la situación cambió en 1977, cuando el gobierno priorizó el combate contra la inflación y efectuó una reforma financiera que acabó con las tasas negativas y puso un freno al proceso de capitalización del agro. Al mismo tiempo, para contener la inflación, se manipuló el tipo de cambio, que rápidamente quedó atrasado y perjudicó las exportaciones. Para bajar los precios, incluso se facilitó la importación de productos alimenticios, que imposibilitaron el traslado de los productores hacia un mercado interno que, además, se achicó por efectos de una política recesiva, con caída de los ingresos de los consumidores.

Estas medidas tuvieron como complemento el desmantelamiento del aparato estatal de apoyo a la producción y el control. Se eliminó el Consejo Agrario Nacional, se

³⁹ *El Argentino*, 25/11/1976.

limitaron las funciones de las juntas reguladoras, se quitó la autonomía presupuestaria del INTA, y se sancionó un decreto-ley de arriendos que acortaba los plazos de los contratos y ponía a buena parte de las relaciones laborales (como los contratos accidentales y algunos de pastoreo) fuera de ese marco normativo. Muchos desarrollos tecnológicos y genéticos fueron abandonados, en especial a instancias de empresas privadas competidoras.

El desfinanciamiento y la pérdida de autonomía del INTA reconocieron un antecedente importante en la dictadura de Onganía, cuando, bajo la consigna de la racionalización, se produjeron una serie de ajustes que motivaron la desintegración de equipos y un importante éxodo de profesionales y técnicos hacia el sector privado. En su momento, este intento motivó incluso una fuerte preocupación de la Sociedad Rural Argentina, que llevó sus planteos críticos ante la Secretaría de Agricultura.⁴⁰ Por supuesto, no tuvo las características atroces desarrolladas entre 1976 y 1983, que impulsaron una persecución ideológica cuyo resultado fue la expulsión de gran cantidad de profesionales y expertos, que fueron cesanteados. Además, no faltaron entre ellos quienes pasaron a engrosar las nóminas de las personas desaparecidas (Lattuada, 2002; Balsa, 2006: 144; Gárgano, 2014).

En realidad, la aparente bonanza de los primeros años del Proceso tuvo que ver con cuestiones ajenas a las medidas gubernamentales. Desde 1974 comenzaron a verse con mayor claridad los resultados de la revolución agrícola antes aludida. Si, en la década del 60, ya se había vuelto a las 16 millones de toneladas de producción agrícola de las décadas del 20 y el 30, como muy bien señala Javier Balsa en su tesis doctoral:

⁴⁰ "La jerarquización del INTA," *El Argentino*, 31/10/1968.

[...] fue en los convulsionados años de la década de 1970 cuando se produjo un vertiginoso incremento de la producción agrícola regional, con un aumento del 60 %. Este ritmo de crecimiento fue mayor aun durante los primeros cinco años de la década de 1980, hasta alcanzar la cosecha récord de 1984-1985: 36 millones de toneladas de cereales y oleaginosas en la región pampeana y 44 millones de toneladas en el conjunto del país (Balsa, 2006: 134).

Susana Torrado coincide con Felipe Solá en que, a partir de mediados de la década de 1970-1980, se asistió a una nueva fase en la formación de tipos socioeconómicos agrarios en la región pampeana, cuando se dio inicio a la denominada “expansión agrícola con especialización productiva”. La modernización y el crecimiento generados por el cambio tecnológico en la agricultura tuvieron como agente del auge al contratista “tantero”, un sujeto productivo, muchas veces proveniente de esas familias de chacareros sobremecanizados durante la etapa de la capitalización, que puso nuevamente en actividad una importante cantidad de tierras antes dedicadas a la ganadería u ociosas, ya que una de las causas del importante aumento del tonelaje de las cosechas fue la ampliación de la superficie sembrada, que no había dejado de caer desde 1937 (Torrado, 1992: 167-168; Solá, 1985).

La expansión agrícola, que desplazó a los bovinos de forma lenta pero constante hacia zonas marginales, se sumó a otras causas que explican el deterioro sistemático de la ganadería vacuna. Un motivo estructural –y hasta el momento irreversible– lo constituyó el inicio de la merma del consumo de carnes rojas en general y vacuna en particular. La vinculación entre su ingesta excesiva y ciertas patologías cardiovasculares y digestivas ha hecho mella en la demanda. Relacionado con esto, pero a la vez un fenómeno independiente, se produjo la pérdida de mercados internacionales por parte de Argentina, que, ya a principios del decenio de 1970, cedió el liderazgo mundial como

exportadora de carnes bovinas. Desde la crisis de 1974 hasta 1990, los envíos no pararon de descender. Por otra parte, la ganadería vacuna no tuvo la capacidad de la agricultura y de otros sectores para incorporar tecnologías de punta, lo que condicionó la mejora de su productividad (Raccolin y otros, 2012: 95-102).

También la expansión de la agricultura encontraría un límite a mediados de la década de 1980. Después de esa cosecha récord de la campaña 1984-1985, las hectáreas sembradas disminuyeron de manera significativa y el volumen de las campañas siguientes cayó de forma drástica por la combinación de la baja de los precios internacionales y las complicaciones climáticas. La democracia recuperada se encontró con enormes dificultades con respecto al desempeño del sector primario, pero tampoco halló las respuestas para superar los inconvenientes.

En un momento difícil para el país como fue 1982, Lucio Reca concluyó su análisis del sector agroganadero pampeano con un párrafo que, a pesar de todo, transmitía un tono esperanzador:

En resumen, el sector agrícola-ganadero pampeano ha emergido en los últimos años como un elemento dinámico, materializando parte de su vasto potencial de crecimiento mediante el empleo de tecnologías adecuadas. El acceso a estas tecnologías ha sido, en parte, posible por la labor de investigación agropecuaria llevada a cabo en la Argentina desde fines de la década del cincuenta y por la aplicación de políticas –en particular precios, créditos e impositiva–, que, en términos generales, reconocieron el valor de los incentivos económicos con instrumentos para lograr incrementos de producción (Reca, 1982: 38).

Esa visión optimista –acaso uno de los problemas con que el gobierno radical encaró su accionar desde diciembre de 1983, del que Reca fue secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca hasta 1987– iba a contrastar con los

indicadores obtenidos en el censo agropecuario de 1988, que, además de devolverle al país precisiones estadísticas de las que se carecían desde 1960, visibilizó las dimensiones de las crisis en que se encontraba el sector en ese momento.

A excepción del censo de 1914, la cantidad de explotaciones a nivel nacional era la más baja del siglo. Con respecto a 1969, habían desaparecido más de 110,000 unidades, lo que significaba un retroceso del 21.77 %, pero en la Provincia de Buenos Aires el número de establecimientos era más bajo que en 1914 y, en comparación con 1969, ya no existían más de 38,000 productores, lo que representaba una merma del 33.66 %.

Además, al comparar determinados datos de 1960, 1974 y 1988, puede verse con claridad el nivel de deterioro de la producción agropecuaria. En la parte agrícola, la superficie total implantada con cereales en la Provincia de Buenos Aires en 1988 era apenas superior a la de 1960. En efecto, y a pesar de la revolución analizada con detalle más arriba, solamente había en actividad unas 300,000 hectáreas más (5 millones y medio de hectáreas). En cambio, en 1974, en plena expansión, la superficie cultivada se calculó en casi 7 millones de hectáreas. Asimismo, las superficies cultivadas con trigo eran prácticamente idénticas en 1960 y 1988 (alrededor de 2.3 millones), aunque las de maíz crecieron desde 730,000 en 1960, a poco más de 900,000 en 1988, las de girasol se duplicaron (1,166,000 contra 567,000 de 1960), y ya aparecían más de un millón de hectáreas sembradas con soja. Sin dudas, fueron el resto de los cereales los que pagaron la cuenta de la disminución.

Los números de la retracción eran más elocuentes en la ganadería bonaerense. La cantidad de explotaciones y cabezas de bovinos, que en 1960 eran respectivamente 80,800 con 17.5 millones de animales, habían mermado

hasta 56,153 productores con 16.8 millones de cabezas (en 1974, en pleno incremento de los rodeos, se registraron casi 75,000 establecimientos con 21.5 millones de vacunos). Más grave todavía era la baja en unidades productivas y ejemplares de los porcinos: de los 42,721 productores bonaerenses que poseían poco más de un millón de cerdos en 1960, quedaban en pie 17,257, con unas 860,000 cabezas. Antes de ese derrumbe final, en 1974, la ganadería porcina ya mostraba indicadores preocupantes, pero relacionados con la concentración productiva, ya que 31,000 explotaciones criaban más de 1,200,000 animales.

Dentro de estos pésimos guarismos, las chacras pequeñas y medianas llevaron la peor parte. La disminución de las unidades productivas de entre 26 y 100 hectáreas en la Provincia de Buenos Aires fue dramática entre 1960 y 1988: de las 30,407 registradas en 1960, solamente sobrevivían 19,852 en 1988 (Pucciarelli, 1991: 91).

En realidad, este fenómeno con las explotaciones más chicas ya se había iniciado en la década de 1950 y obliga a pensar con más detenimiento el proceso de acceso a la tierra observado en la segunda mitad del siglo 20. Como muestra Ignacio Llovet, entre 1947 y 1960 el marcado descenso del número de arrendatarios bonaerenses no significó una conversión directa de esas personas en propietarias. Además de las diferencias intercensales, que registraron menos hectáreas, y del crecimiento del Gran Buenos Aires –algo que también convirtió zonas rurales en espacios urbanizados–, una buena cantidad de explotaciones dejaron de existir: más de 20,000 arrendatarios no pudieron devenir en dueños de la tierra y ni siquiera lograron mantenerse en el negocio agropecuario (Llovet, 1986: 21).

Ese sumario de conmociones y crisis, que significó la desaparición de miles de unidades productivas de tipo

familiar, tuvo una expresión fuerte en la década de 1950 y se reanudó en la de 1970. La opinión de Llovet –compartida al menos para el área bonaerense por otros autores– es que no produjo la aparición de bolsones de pobreza debido a la capacidad de crecimiento de las zonas urbanas cercanas a las explotaciones, capaces de absorber la mano de obra ociosa, de manera que “este camino de salida de la población activa hacia ocupaciones no agropecuarias evitó que la estructura social agraria adoptara cortes y desigualdades más llamativas” (Llovet, 1986: 67-68).

En este sentido, continúan siendo muy válidas las preguntas formuladas hace más de tres decenios por Barsky y Murmis acerca del bajo nivel de conflicto social que supuso el quebranto y desarraigo de muchos pequeños productores familiares pampeanos, así como la caída del número de peones y asalariados agrícolas. Por otro lado, y como ellos advirtieron, siempre debe tenerse en cuenta la heterogeneidad del campo al momento de tomarlo como una unidad investigativa, y esto es válido no solamente para la región pampeana tomada como conjunto, sino también cuando se examina a la Provincia de Buenos Aires como un distrito único. Así, la “concentración de los análisis en zonas especialmente expansivas puede llevar a dejar de lado la existencia de grandes contingentes de unidades cuya situación económica puede ser desfavorable, aun en momentos en que zonas de diferente aptitud muestran indicadores boyantes” (Barsky & Murmis, 1986: 101-102).

Por eso, y aunque nadie puede dudar del valor de las observaciones generales y del poder explicativo de los contextos macroanalíticos, pienso que vale la pena revisar las realidades de distritos más pequeños, o de aquellos considerados marginales. Desde la difusión de los medios de comunicación masiva (sobre todo de la radio), cualquier productor de Saladillo, por aislado que estuviese,

escuchaba los informes del agro antes de tomar alguna decisión importante. Del mismo modo, el chacarero más modesto de La Barrancosa, La Razón o La Mascota recogía diversas informaciones, fueran estas acercadas por acopiadores o vecinos, que le permitían decidir las estrategias de expansión (o supervivencia) más aptas para sus recursos.

Esas determinaciones podían encajar en los patrones generales o no. Y, aun cuando se ajustaran a las grandes orientaciones de su tiempo y un mercado determinado por los intereses principales, podían contener matices o mutaciones. Muchas veces, uno de los aspectos interesantes de los análisis microscópicos es mostrar cómo lo que parece idéntico a simple vista puede esconder enormes diferencias en la visión de acercamiento. Esa lente también consiente el observar vidas, movimientos y conductas de organismos demasiado chicos para la mirada a distancia. Será el viaje por emprender en las próximas páginas.

Cara y cruz de dos variables condicionantes: la cuenca del Salado y la infraestructura de transporte

Según los datos oficiales de la Dirección Provincial de Geodesia, recogidos por la empresa que efectúa la cartografía rural bonaerense, y actualizados hasta 2015, Saladillo ocupa 268,518 hectáreas en el centro-norte de la Provincia de Buenos Aires. Como bien informa la página web del propio municipio, el partido fue fundado por el gobernador Rosas “el 25 de diciembre de 1839, como una razón política por los acontecimientos de la Revolución de los Estancieros del Sur”.⁴¹

Asimismo, y de acuerdo con la clasificación de Gustavo Moscatell –sobre la base del informe edafológico del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) de 1977–, los suelos de Saladillo son parte de la denominada “Pampa Deprimida”, que comprende toda la cuenca del río Salado. “La característica más notable de toda la región es la de tener una muy exigua pendiente, y agudos problemas de escurrimiento de las aguas superficiales que sólo alcanzan a desaguar en el Atlántico merced a obras artificiales”.

Por otra parte, este autor destaca la presencia de sales de sodio en porcentajes perjudiciales para la estructura del suelo y la absorción de nutrientes. En el área específica

⁴¹ Ver bit.ly/3itUS6x, consulta efectuada el 07/04/2020.

ocupada por el partido de Saladillo, además, los inconvenientes de drenaje, al producir anegamientos frecuentes, “depositan en ocasiones capas lino-arcillosas portadoras de sales perjudiciales”. “La anegabilidad, sodicidad, baja permeabilidad, influencia de la capa freática, escasa profundidad, y en muchos sectores condiciones desfavorables del horizonte superficial debido a su delgado espesor y pobreza de nutrientes minerales y orgánicos” determinaron la predominancia de la actividad ganadera, excepto en las zonas onduladas (Barsky y otros, 1988: 28-30).

Las tierras agropecuarias del distrito se dividen en dos zonas claramente diferenciadas por el Canal 16: al norte existen unas 120,000 hectáreas de aptitud agrícola ganadera, con predominio de esta última actividad; al sur (donde más se detiene este trabajo), hay 148,000 hectáreas que ofrecen un panorama variado, de un lado unas 70,000 de aptitud ganadero-agrícola y de otro, unas 72,000 de zona exclusivamente ganadera, con suelos que agregan un grado mayor de salinización a las dificultades de escurrimiento ya mencionadas. Las 6,000 hectáreas restantes de esta sección se ubican en el este del partido, en torno a la laguna de Los Toldos, y tienen aptitud agrícola plena (Tauber, 1996: 120).

Un estudio de campo bastante exhaustivo, llevado a cabo a principios de la década de 1970 por investigadoras del INTA, determinó los enormes desequilibrios químicos en esos suelos alcalinos y los problemas derivados de ello en términos de nutrición vegetal y animal. El estudio señalaba que, además de la reducción de los niveles de oxígeno, hierro y manganeso en los suelos, el mal escurrimiento provocaba que el subsuelo permaneciera inundado, aunque la superficie no lo estuviera (Lurati de Paoli & Femia, 1974: 7).

Con tales antecedentes, en este capítulo voy a revisar con cierto detalle dos elementos que, entiendo, son ineludibles para entender tanto los condicionamientos como las posibilidades para la producción agrícola en Saladillo: por una parte, el problema de la cuenca del Salado y los continuos ciclos de exceso e insuficiencia hídricos. Esta cuestión no es solamente estructural, sino que refleja de manera cabal el fracaso provincial (y nacional, si se tiene en cuenta la importancia económica de la región) para encarar políticas de largo plazo, capaces de afrontar la adversidad de la naturaleza; por otro lado, es necesario prestar atención a la evolución de la infraestructura de las comunicaciones, es decir, las redes ferroviarias y el entramado vial, constituido por las rutas y los caminos rurales.

Uno y otro han sido factores de singular gravitación para posibilitar o inhibir el desarrollo agropecuario del partido, favorecer unos distritos en detrimento de otros, influir en el precio de la tierra, o determinar distintas estrategias de crecimiento o supervivencia de los emprendimientos agropecuarios.

El problema de la cuenca del Salado y los ciclos de inundación y sequía

El fenómeno de las inundaciones no solamente ha sido recurrente, sino que se encuentra presente en todos los trabajos historiográficos sobre Saladillo. Un ejemplo temprano es rememorado por Manuel Ibáñez Frocham, sobre hechos acontecidos en 1856, cuando:

[...] sufrió Saladillo una de las más grandes inundaciones que de antiguo se tengan noticias. Según documentación y relaciones verbales de la época, los arroyos y cañadones estaban todos a nado; las tierras cubiertas casi totalmente por aguas livianas

emergiendo únicamente las crestas de las lomas como verdaderas islas. Las pérdidas de hacienda fueron de bastante importancia aunque atenuada[s] porque careciendo de cercas los campos, la misma hacienda lograba su salvación huyendo hacia donde encontraba medios de subsistencia (Ibáñez Frocham, 1963: 90).

Periodista y apasionado por el antiguo Saladillo, Miguel Ángel Volonté contó que en 1862, en cambio, se presentó una sequía extraordinaria. Asimismo, expuso contratiempos propios del fenómeno, en una época en que todavía no se utilizaba el alambrado para delimitar las propiedades. En aquella oportunidad, el ganado de Domingo Olivera se movió en busca de agua hasta la estancia Toldos Viejos, de José Díaz de Bedoya. Como buena parte de esos vacunos estaba aún sin marcar, el beneficiario del éxodo bovino comenzó a cuerear las haciendas, con el argumento de que era ganado orejano. El asunto terminó ante el juez de paz, quien determinó que Díaz de Bedoya debía cesar con la práctica hasta la normalización de la situación climática, cuando las vacas de Olivera volverían “a sus respectivas querencias”.⁴²

En 1876, Estanislao Zeballos abordó el problema en su *Estudio geológico de la Provincia de Buenos Aires*, para reiterarlo luego en la primera parte de su *Viaje al país de los Araucanos*, escrito en 1880. En esta última ocasión, Zeballos hizo sus reflexiones a la luz de la gran inundación de 1877. En un tono pedagógico, y a partir de una ficticia charla con un supuesto inglés dueño de una estancia ovejera en la zona sur, el autor explicaba que, a las dificultades naturales del Salado para transportar las aguas hasta el mar, se les debía sumar la (todavía incipiente) transformación fitográfica de la pampa, donde las necesidades del pastoreo ganadero remplazaban los pajonales por los

⁴² “Estampas del pasado local”, *El Argentino*, 17/03/1966.

pastos blandos destinados a bovinos y ovinos. Así, postuló como solución la plantación de arboledas, hasta que se hicieran estudios e inversiones serias y costosas para canalizar y mejorar la nivelación de la gran depresión central bonaerense.⁴³

Con todo, las autoridades provinciales relativizaron el fenómeno. Al publicarse el censo de 1881, el apartado relacionado con la hidrografía bonaerense decía lo siguiente:

En la región Central, hay una gran parte, aproximadamente mil quinientas leguas cuadradas, ó sea unos cuarenta mil kilómetros cuadrados, que están propensos á inundarse, cuando, de tarde en tarde, vienen de golpe lluvias densas y sostenidas. Este inconveniente, como se comprende, es del todo localizado, y á más, puede decirse que una misma generación no alcanza á verle sino dos veces.⁴⁴

No obstante, cada una de las generaciones que ha pasado desde entonces lo sufrió más de una o dos veces. Basta contactarse con varios de los artículos publicados por Marcelo Pereyra en su portal de historia local para anoticiarse de la magnitud y las consecuencias de inundaciones como las de 1884, 1913 o 1967.⁴⁵ También Adolfo Borracer señaló la dimensión de las inundaciones por lluvias que se sucedieron entre 1912 y 1914, y una por escurecimiento de los arroyos Vallimanca, Saladillo y Las Flores, producida en 1919 (Borracer, 1984: 147).

Justamente después de una inundación extraordinaria como la de 1919, Carlos Wauters publicó su obra sobre

⁴³ *Descripción amena de la República Argentina. Tomo I: Viaje al país de los Araucanos*, Buenos Aires, Imprenta de Jacobo Peuser, 1881, pp. 17-23.

⁴⁴ *Censo General de la Provincia de Buenos Aires. Demográfico, Agrícola, Industrial, Comercial. Verificado el 9 de octubre de 1881*, Buenos Aires, Imprenta de El Diario, 1883, p. 74.

⁴⁵ Véanse los siguientes artículos: "La llegada del primer tren y una fiesta que se agitó", "La inundación de 1913" y "Con el agua en las casas (1967)", todos ellos disponibles en bit.ly/3Bah90h.

la problemática del río Salado, que recogía asimismo los debates generados en torno a ello en la Legislatura provincial. Para comenzar, este publicista reseñó lo actuado desde finales del siglo 19. Así, reconoció que la primera propuesta merecedora de consideración fue la de un ingeniero neerlandés, Juan Waldorp, quien, sobre la base de su experiencia en los Países Bajos, recomendó el dragado permanente del río para agilizar la circulación de las aguas hacia el mar.

Ya en 1884 hubo un par de intentos serios para atender el problema de la depresión del Salado, producto de las grandes inundaciones del año anterior. Por un lado, un proyecto de los ingenieros italianos Lavalle y Medicis proponía mejorar los canales existentes, trazar nuevos aliviadores del río y crear un sistema de compuertas, para vincularlo mejor con los arroyos tributarios y las lagunas que atravesaba a su paso. El estudio aspiraba además a vehicular el escurrimiento del agua en momentos de exceso hídrico y almacenar los sobrantes para capear las épocas de sequía. Además, señalaba la rectificación del cauce o su dragado como algo demasiado caro para los beneficios que proveerían estas soluciones, pero consideraba positivo levantar diques en los márgenes (Wauters, 1920: 11-13).

Asimismo, en 1884 también se editó un trabajo de Florentino Ameghino sobre el tema. Este estudioso coincidía con el diagnóstico de los italianos: sacar el agua rápido era una parte del problema, la otra cara de la moneda era disponer de ella en los tiempos de sequía. Ameghino no renegaba de los canales como forma de drenaje, pero se oponía a los planes para evacuar el agua por cañadas artificiales con mucha celeridad, porque el aumento de la velocidad de los caudales agravaría la denudación de los suelos. Una de las soluciones presentadas, además de generar lagunas de retención del agua de lluvia en las zonas altas (lo

que evitaría el escurrimiento violento, o avenida), era la forestación en gran escala, como forma previa al remplazo de los pajonales por los pastos tiernos que necesitaba la ganadería. Retomaba de esta forma algunas de las ideas expuestas poco antes por Zeballos (Ameghino, 1984).

En 1890, a diferencia de lo escrito unos años antes, los redactores de la memoria del censo provincial sí hablaron de la cuestión. Al describir la denominada “región central bonaerense”, comprendida entre el sur del río Salado y las estribaciones de las sierras, reconocieron que en “las épocas lluviosas puede anegarse” a causa de su horizontalidad y la falta de obras para desaguar, lo que limitaba su desarrollo, “en tanto que no se abra una red de canales que den fácil salida á las aguas que periódicamente la inundan, y sirvan de vías de comunicación para el transporte de sus productos.”⁴⁶

A partir de entonces, las autoridades bonaerenses prestaron atención al proyecto de Lavalle y Medicis, pero lo consideraron muy costoso. Así, en 1892, el Departamento de Ingenieros de la Provincia de Buenos Aires desarrolló un proyecto de desagüe más modesto: solamente preveía trazar un gran canal aliviador y rectificar algunos de los numerosos meandros del río, para agilizar el escurrimiento y ampliar la cantidad de metros del caudal. Los diques se dejaban de lado por onerosos y además existían dudas acerca de su utilidad. El proyecto fue corregido por la Dirección de Desagües, que construyó un aliviador superior capaz de derivar los afluentes de la zona sur hacia el mar y mandó a excavar varios canales con ese fin.

Con estos antecedentes, la legislatura sancionó en 1893 la primera de una serie de leyes para autorizar la

⁴⁶ *Censo General de la Provincia de Buenos Aires levantado el 31 de enero de 1890*, La Plata, Dirección General de Estadística de la Provincia de Buenos Aires, 1890, p. 47.

ejecución de un plan de desagües, sobre la base de los trabajos del Departamento de Ingenieros provincial. Además, se creó la Dirección y Administración de los Desagües de la Provincia, una comisión compuesta por once grandes propietarios de las zonas bajas, que debía implementar la ley. Para financiar esta empresa, se votó una contribución directa que pagarían los predios comprendidos en la zona por intervenir (Pujol, 1980: 38-39).

Apenas sancionada esta norma, comenzaron las discusiones para modificarla; debates que concluyeron en 1895, cuando una nueva ley dividió la zona en siete áreas, se fijó el monto del impuesto a los desagües, y se incluyó a las empresas ferroviarias como contribuyentes (Pujol, 1980: 39). De acuerdo con los datos disponibles, se calculaba un costo de 14 millones de pesos, que, según la prensa nacional, no alcanzarían a cubrirse con recursos genuinos.⁴⁷ Esta nueva norma levantó una ola de críticas, en especial de dueños de estancias de Tapalqué y General Alvear, y motivó la publicación, en 1897, de un libro del presidente de la Comisión de Desagües, Ezequiel Ramos Mejía. En ese trabajo se defendían las iniciativas oficiales bajo el ropaje de explicaciones técnicas. Uno de los puntos centrales de este texto era la justificación del financiamiento por vía impositiva, que generaba fuertes rechazos.

En realidad, como el autor explicaba, lo ideal hubiera sido la gestión de un empréstito, pero en 1895 la reputación de la Provincia de Buenos Aires como deudora internacional era desastrosa:

⁴⁷ *El Diario* estimaba el déficit en cuatro millones de pesos en su edición del 29 de mayo de 1895. Para *La Nación*, en cambio, la brecha entre gastos y recaudación del impuesto era de dos millones, sobre todo porque sostenía un costo menor para los trabajos. Artículos publicados en *Desagües del Sud*, pp. 87-137 (ver bibliografía).

[...] las cédulas hipotecarias provinciales, con la garantía del estado, arrastraban una existencia vergonzante en las plazas comerciales de todo el mundo; los títulos de deuda pública no se servían desde mucho tiempo, porque la provincia no tenía con que hacerlo; hoy mismo si renuevan los servicios será por la quita que le hagan los acreedores y la garantía del Gobierno Nacional que ella les ofrece. No tiene crédito alguno el estado, y solo mueve á risa que alguien pueda invocarlo con seriedad (Ramos Mejía, 1897: 77).

En ese marco de polémicas, en 1900 se votó una nueva ley que autorizaba el inicio de las obras de canalización, pero siguiendo un proyecto del sueco Carlos Nyströmer, que no coincidía con el preparado por los ingenieros. Esos trabajos fueron nuevamente ampliados por una ley de 1905. En 1900, Nyströmer calculó el costo de las obras en poco más de 21 millones, pero, cuando se discutió sobre el funcionamiento del sistema, tras la inundación de 1913, Julián Romero, un consultor técnico más que reconocido, sostenía que se llevaban gastados 49 millones, y todavía faltaban trabajos por 8,5 millones.⁴⁸

La obra recibió muchas críticas, sobre todo porque agregaba más caudal de agua que la desalojada, y esto colmaba muchas de las lagunas cercanas a los canales y afluentes del Salado. En particular, Wauters hizo una revisión muy negativa de la obra del Canal 16, que, en su intento de volcar las aguas del Vallimanca en la boca del arroyo de Las Flores, provocaba “en el grupo de lagunas allí existentes una más rápida subida de las aguas, e inundaciones mayores que antes y también más frecuentes” (Wauters, 1920: 16).

Tras una nueva inundación en 1922, el tema volvió a ser objeto de discusiones legislativas y ocupó a la máxima

⁴⁸ *Informes sobre Desagües en el Sur de la Provincia*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1913: p. 46.

autoridad provincial, a punto tal que Valentín Vergara, a poco de asumir la gobernación en mayo de 1926, mandó a reunir una comisión de notables para preparar un informe meticuloso y proponer vías de acción, tarea culminada en 1929. Un hecho que demuestra las cuantiosas intervenciones y debates sobre el asunto y la bibliografía acumulada por entonces acerca del tema es que el primer capítulo del texto final enumeraba 40 compendios de normativa, informes, trabajos y publicaciones técnicas que los especialistas habían examinado para efectuar sus consideraciones.

Luego, el grupo de consultores expuso todos los proyectos y obras realizadas desde finales del siglo 19, un acopio de información que ocupó 179 páginas de la obra, a las que podían sumarse las 66 de las revisiones críticas de las principales iniciativas. Como conclusión, y al ponderar los aspectos técnicos y el costo, la comisión pensaba que solamente las proposiciones de los ingenieros Romero y Mercau eran viables.

En cumplimiento de sus cometidos, los peritos también hicieron una serie de viajes de reconocimiento por las zonas involucradas, que incluyeron una visita de cuatro días al partido de Saladillo, donde llegaron el 25 de mayo de 1927, en un trayecto que se inició en la estancia La Dulce de la familia Posadas. Al día siguiente, se constituyeron en las estancias La Barrancosa y 7 de Diciembre. El 27 de mayo, viajaron a la zona oriental del municipio, para pernoctar en el establecimiento San Felipe, de Juan José Blaquier. Finalmente, en la última jornada, recorrieron el Canal 16 y el arroyo Las Flores y, por la tarde, regresaron a Buenos Aires.⁴⁹ Más allá del esfuerzo de recolección de datos y del proyecto definitivo elevado por la comisión,

⁴⁹ Dirección de Desagües de la Provincia de Buenos Aires: *Dictamen de la Comisión Asesora designada para estudiar los distintos desagües existentes e Informe del Ing. Agustín Mercau (Director de la Oficina Técnica) sobre el mismo. Año 1929,*

nada pudo hacerse. Con la llegada de la crisis y el golpe militar de 1930, las obras quedaron en los papeles y no serían retomadas hasta unos años más tarde.

En 1933, en plena depresión económica, se publicó la imponente obra de un hijo de Saladillo: el ingeniero Carlos Posadas.⁵⁰ Este autor repasó todo lo actuado hasta ese momento y agregó una gran cantidad de mediciones, muchas hechas en los campos de propiedad de su familia, contiguos al arroyo Saladillo, en la localidad de Del Carril. Al igual que Wauters y Romero, fue un detractor del manejo hecho hasta entonces por los funcionarios, pero además aportó tres datos muy significativos: en primer lugar, consideró injustificada la teoría de las avenidas de agua desde las zonas altas hacia las bajas, que era uno de los principios sostenidos desde finales del siglo anterior; en segundo término, demostró que la cuenca del Salado, en condiciones normales, podía absorber y escurrir lluvias intensas de hasta 300 milímetros sin muchas dificultades; finalmente, sostuvo que los problemas principales de las grandes inundaciones estaban muy relacionados con la seguidilla de varios años lluviosos (como pasó entre 1912 y 1919), que poco a poco saturaban los suelos, hasta provocar que cualquier precipitación deviniera en un anegamiento extraordinario (Posadas, 1933).

En el plano operativo, y de acuerdo con un resumen de actuación confeccionado por Manuel Fresco al finalizar su mandato, entre 1936 y 1940 se llevaron a cabo algunas intervenciones en la “zona inundable”, como la llamaban los textos oficiales. El gobernador conservador afirmaba haber con-

Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Tomás Palumbo, 1930, pp. 21-23 y 139-140.

⁵⁰ Carlos Posadas nació en Saladillo, en 1881, y murió en Buenos Aires, el 15 de noviembre de 1969. Era ingeniero, docente universitario, miembro de la Comisión de Desagües de la Provincia y fue un ensayista prolífico sobre el problema de las inundaciones en el Salado, pero nunca descuidó la actividad agrícola de su familia. Más detalles de su vida pueden leerse en su obituario, en *EL Argentino*, 27/11/1969.

tinuado con el mantenimiento de la red de canales y mandado a estudiar soluciones definitivas para el área, incluido un proyecto referente al arroyo Saladillo, amén de publicitar la realización del “canal de la zona Saladillo-Cazón-Desvío Álvarez de Toledo al arroyo Saladillo” y el desagüe “en la zona comprendida entre Roque Pérez y del Carril”⁵¹

Sin embargo, esas obras fueron nuevamente insuficientes frente a la naturaleza, ya que otro crédito de la historia saladillense, en este caso Alberto Benítez, anotó en su cronología unas inundaciones producidas en el invierno de 1940, que causaron graves pérdidas en la cosecha gruesa, al afectar el 70 % de los cultivos de girasol y el 50 % de los maizales (Benítez, 2000: 88). En esa misma década, el censo nacional de 1947 consignó la suma de 21,248 hectáreas como “superficie de desperdicio” de las 244,363 relevadas, lo que equivalía al 8.70 % de las tierras productivas de Saladillo, un guarismo superior al anotado en 1937, cuando fueron señaladas como “inaptas” 17,567 hectáreas.

El recurrente flagelo del exceso hídrico se manifestó otra vez en 1959. El 29 de junio, hubo fuertes precipitaciones que anegaron gran parte de la superficie del partido. En esa oportunidad, señalaba *El Argentino*: “La insuficiente y deficiente canalización no permite al agua de superficie desplazarse con la rapidez deseada hacia sus cauces naturales y la mayor parte de los caminos están obstruidos”. Con respecto a sus consecuencias económicas, el semanario agregaba: “Grandes extensiones de pasturas han quedado inutilizadas y la siembra del trigo quedará reducida a un área muy pequeña.”⁵²

Como era lógico, la preocupación ganó espacio en la agenda corporativa del mundo agrario local, que se reunió

⁵¹ Provincia de Buenos Aires: *Cuatro años de Gobierno. 1936-1940*, Volumen v. Hidráulica - Pavimentación · Obras Sanitarias · Geodesia y Catastro, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Guillermo Kraft Limitada SA, 1940, pp. 12-13.

⁵² *El Argentino*, 09/07/1959.

el 17 de julio de 1960, en los salones del Club Huracán, para constituir la Asociación de Productores de Campo de Saladillo. Entre los objetivos básicos de esta fugaz institución, se destacaba en tercer término el impulso de los “actos y gestiones necesarios para el mejoramiento vial e hidráulico del centro de la Provincia de Bs. As.”⁵³

Por su parte, la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo emitió un documento tras su asamblea anual de 1960 en el que alertaba sobre la disminución del movimiento económico en el ejercicio anterior. El fenómeno era atribuido a lo siguiente: “[...] exceso de lluvias que ha disminuido la producción agrícola en nuestro partido de dos o tres años a esta parte y a la caída de los precios de la ganadería, especialmente los porcinos, que no resultan compensatorios”⁵⁴ Tales inconvenientes quedaron expuestos en el censo agropecuario de 1960, que, en el cuadro de destino de la superficie, mostró la existencia de 33,138 hectáreas ociosas, ya fuera porque no estaban siendo aprovechadas, o bien figuraban como desperdicio.

En 1963, nuevamente las lluvias trajeron el fracaso de las cosechas (fina y gruesa debido a que fueron muy copiosas entre fines del invierno e inicios de la primavera) y sus consabidas consecuencias. *El Argentino* puso una extensa nota en su tapa donde describía los inconvenientes. Allí se podía leer lo siguiente: “Las aguas desbordadas de los arroyos Las Flores y Saladillo cubrieron vastas extensiones y obligaron en algunos casos al retiro de las haciendas.”⁵⁵

A principios de 1964, el mismo periódico publicó una estadística de lluvias, sobre la base de registros llevados por un “caracterizado ganadero” en su campo, a unos tres kilómetros de la planta urbana. Las anotaciones comprendían

⁵³ *El Argentino*, 07/07/1960.

⁵⁴ *El Argentino*, 08/12/1960.

⁵⁵ “Temas rurales. El exceso de lluvias ha perjudicado a la agricultura”, *El Argentino*, 07/11/1963.

desde 1953 hasta 1963 y mostraban que, en tres años (1956, 1958 y 1963), las lluvias habían superado los 1,000 milímetros anuales (en 1963, por ejemplo, cayeron 1,223), mientras que en 1954 y 1962 habían caído menos de 600 milímetros. Solamente había en ese listado dos años “normales”, 1960 y 1961, cuando las lluvias habían oscilado entre los 750 y los 900 milímetros.⁵⁶ En efecto, según se comenta en un texto de mediados de la década de 1990, unos de los fenómenos climáticos apreciables en la zona de Saladillo durante el siglo pasado fue el aumento progresivo de las precipitaciones, que, a principios de la centuria, tenían una media anual de 800 milímetros (Tauber, 1996: 119).

El ciclo de lluvias de 1963-1964 arruinó por enésima vez las cosechas locales de trigo, maíz y girasol. Mientras que en el resto del país se obtuvieron rindes altos, *El Argentino* sostenía: “En un cuadro de suerte general para la agricultura, Saladillo ha quedado convertido en campo marginal”.⁵⁷ La editorial de este periódico del 11 de junio de 1964, a la vez que describía los efectos de esta nueva inundación, recordaba la letal combinación del flagelo sequía/inundación en la cuenca del Salado.

En aquella oportunidad, el exceso hídrico –tanto por las abundantes lluvias como por el drenaje de aguas provenientes del oeste– llegó incluso al casco urbano y cubrió sus partes más bajas. Miguel Ángel Volonté escribió: “El espectáculo no es nuevo, sino una repetición periódica de fenómenos que están conocidos y estudiados, pero a los que no se les pone remedio”. Luego, reponía los argumentos de Florentino Ameghino sobre procedimientos para aprovechar las aguas y hacer un sistema de canalización racional, a fin de no expulsar toda su demasía al mar, sino

⁵⁶ “Un estudio comparativo del régimen de lluvias en Saladillo”, *El Argentino*, 06/02/1964.

⁵⁷ “Una escasa cosecha de maíz y girasol”, *El Argentino*, 14/05/1964.

también de almacenar los sobrantes en lagunas artificiales, y solicitaba la confección de un plan integral para resolver este problema estructural.⁵⁸

Poco después, una nueva editorial reclamaba abordar en forma conjunta el problema de los desagües, tanto rurales como urbanos, y, unas semanas más tarde, el reconocido dirigente agrario Isidoro Medina envió una carta de lectores al semanario en que se apoyaba esta preocupación de su director, así como las quejas efectuadas desde las columnas de opinión del semanario, a la vez que planteaba formar una mesa de trabajo sobre el tema, apoyado en el hecho de la inusual representación parlamentaria de Saladillo, que en ese momento contaba con cuatro legisladores nacionales y provinciales.⁵⁹

La cuestión del ciclo inundaciones/sequía de la cuenca del Salado fue presentada ante el gobernador Francisco Imaz por las instituciones rurales en ocasión de una reunión de intendentes de la región central, celebrada en Saladillo el 17 de marzo de 1967. Un día antes de ese encuentro, el periódico (ya dirigido por Fernando Volonté) editorializaba una vez más los planes de Ameghino y de Carlos Posadas, destinados a trazar un plan amplio para solucionar el problema.⁶⁰

Justamente en la columna de opinión del último ejemplar de *El Argentino* de 1967 –y al referirse a la producción agropecuaria–, se sostenía lo siguiente: “Este fue un año en que el hombre de campo se vio muy castigado, primero sequía, luego inundación”⁶¹ En efecto, las lluvias llegaron con renovada intensidad en invierno y llevaron a

⁵⁸ “Saladillo bajo una grave inundación”, *El Argentino*, 11/06/1964.

⁵⁹ “Obras de desagües que constituyen una prioridad”, *El Argentino*, 27/08/1964 y “Cartas de lectores”, *El Argentino*, 10/09/1964.

⁶⁰ “Inundación y sequía”, *El Argentino*, 16/03/1967.

⁶¹ “1967. Un año para ser olvidado”, *El Argentino*, 28/12/1967.

que, en el mes de noviembre, la Sociedad Rural local pidiera al Banco Provincia una ampliación de créditos, con el fin de paliar las consecuencias de la inundación y poder encarar la cosecha gruesa, ante las dificultades de los productores para financiar insumos y mano de obra.⁶²

Apenas dos años después, en 1969, nuevas inundaciones y los desbordes de los arroyos Vallimanca y Saladillo provocaron la inclusión del municipio como zona de emergencia.⁶³ Por eso, en la inauguración de la sexta muestra de la Sociedad Rural de Saladillo, en septiembre de ese año, el presidente de esa entidad reclamó una vez más la atención del problema de los excesos hídricos. Allí señaló un dato importante: que, fuera de la inundación de 1967, que se debió a las intensas lluvias caídas en el distrito, las de 1964 y 1969 se debían al avance de aguas “provenientes de los partidos más altos”, que rebotaban los arroyos y anegaban campos a su paso. Sin embargo, también se permitió anunciar la promesa del ministro de Asuntos Agrarios bonaerense, quien le comunicó la decisión de conformar una comisión multisectorial dedicada al estudio y resolución del problema: “Confiemos en que todos esos proyectos pasen a ser realidad”, dijo Lorenzo Lenzi, lleno de un optimismo que (nuevamente) se mostraría injustificado.⁶⁴

Por otra parte, los datos aportados por Lenzi tenían anclaje en la realidad. A pesar de las recurrentes inundaciones, de acuerdo con una medición de la Cooperativa Agrícola, en el quinquenio 1966-1970 llovió en Saladillo 4,097 milímetros, lo que daba un promedio de 819.4, una

⁶² “Se solicitan al Banco Provincia créditos para la cosecha gruesa”, *El Argentino*, 23/11/1967.

⁶³ “Saladillo ha sido incluido en la zona de emergencia”, *El Argentino*, 28/08/1969.

⁶⁴ “Con todo éxito se realizó la 6ta. Exposición de la Sociedad Rural”, *El Argentino*, 02/10/1969; y “La Sexta Exposición Rural de la Sociedad Rural de Saladillo”, *El Argentino*, 09/10/1969.

cantidad ajustada a la media anual. Como bien se sostenía, solo en 1967 hubo un exceso de precipitaciones, con 1,060 milímetros, buena parte de los cuales cayeron en octubre, cuando se registró un acumulado mensual de 324 milímetros.⁶⁵

De todos modos, mientras se requería la intervención del gobierno provincial, muchos chacareros entendieron que debían poner manos en el asunto para evitar daños mayores. En este sentido, no faltaron las propias comunidades que se hicieran cargo del problema del mantenimiento de caminos y la limpieza de arroyos. En noviembre de 1969, por ejemplo, la prensa informaba sobre la conformación de una “Comisión Pro Limpieza del Arroyo Vigilante, Construcción de Puentes y Caminos”, cuyo primer objetivo era mantener el drenaje de ese curso de agua, entre la laguna Centinela y su vertedero en el Canal 16, en el Cuartel 11 del partido, ya que, “en época de grandes lluvias”, solía “inundar más de 15.000 hectáreas de tierra ocupadas por chacareros”.⁶⁶

Además, lejos de solucionarse el problema de las inundaciones por la acción estatal, este se iba a incrementar en la década siguiente. En parte, la situación se retroalimentó con los avances de la agricultura en la zona pampeana. Como ha explicado Edith de Obschatko, un factor que contribuyó a la explosión productiva de la agricultura pampeana en la década de 1970 fue el sostenido aumento de los promedios de precipitación, en especial en la zona oeste de la Provincia de Buenos Aires, el norte de La Pampa y el sur de Córdoba. De acuerdo con las mediciones del Servicio Meteorológico Nacional, al comparar las lluvias de ese decenio con las del anterior en las estaciones

⁶⁵ “Registro de lluvias”, *El Argentino*, 21/01/1971.

⁶⁶ “Se ha constituido una Comisión Pro Limpieza del Arroyo Vigilante”, *El Argentino*, 13/11/1969.

de Pergamino, Marcos Juárez, Río Segundo, Laboulaye, Pehuajó y General Pico, se observaba un total de precipitaciones de 5,695 milímetros contra 4,715 de la década previa. Esto significaba 980 milímetros más sumando las seis estaciones, equivalente a un incremento de 20.78 % interdécadas, y representaba una cantidad significativa para una zona donde el escurrimiento de las aguas constituyó un problema histórico (Obschatko, 1988: 127).

Todo ello contribuyó a que los intervalos entre ciclos de exceso hídrico se hicieran más cortos y devastadores. En el invierno de 1973, el intendente Delía y los diputados provinciales Volonté y Lissalde solicitaron nuevamente la declaración de estado de emergencia para el partido. En la nota elevada al Ministerio de Agricultura, explicaban que a esa altura del año “las lluvias sobrepasaban los 900 mm (promedio anual de las mismas en los años normales)”. Estas precipitaciones produjeron pérdidas del 80 % de la cosecha de girasol, e impidieron la recolección de lo que asomaba como una muy buena cosecha de maíz, al tiempo que bloqueaban la renovación de pasturas y la siembra de trigo.⁶⁷

La inspección enviada por la repartición superó aun la descripción de los funcionarios mencionados, al calcular que al 20 de junio las lluvias acumuladas llegaban a 1,200 milímetros y el 65 % de la superficie del municipio estaba anegado, aunque en los Cuarteles II, VIII, IX y la mitad del VII las zonas inundadas eran del 90 %.⁶⁸ Como conclusión, poco después el gobierno bonaerense decretó el estado de emergencia agropecuaria, hasta el 31 de enero de 1974.⁶⁹

⁶⁷ “Solicitud para que Saladillo sea incluido en la zona de emergencia”, *El Argentino*, 12/07/1973.

⁶⁸ “Informe sobre la situación del partido de Saladillo”, *El Argentino*, 26/07/1973.

⁶⁹ “Emergencia agropecuaria en Saladillo”, *El Argentino*, 09/08/1973.

Casi un año después de este fenómeno, el empadronamiento agropecuario de 1974 señaló que en Saladillo existían 6,555 hectáreas de campo aptas para la producción, pero inutilizadas debido a las inundaciones; mas esa situación se agravó el año siguiente, cuando, entre el 17 y 18 de marzo de 1975, cayeron alrededor de 300 milímetros en 48 horas, lo que obligó inmediatamente a la Liga Agraria a suspender su torneo preparatorio, que se iba a jugar entre marzo y abril, por estar casi todas las canchas anegadas.⁷⁰

En mayo, el partido de Saladillo volvió a ser declarado zona de emergencia hasta el 31 de octubre de ese año, medida que fue acompañada por el Banco Provincia, a fin de paliar los compromisos financieros de los productores afectados. Además, la Cooperativa Agrícola, la filial de la Federación Agraria y la Sociedad Rural local pidieron la exención al pago del impuesto inmobiliario. Como en otras oportunidades, los requirentes argumentaban que las lluvias de finales del verano arruinaron la cosecha gruesa, impidieron el laboreo de los campos para la cosecha fina y el pastoreo, y llevaron a muchos productores a “malvender su hacienda.”⁷¹

En ese contexto, en el invierno de 1975, *El Argentino* publicó una extensa y muy interesante nota acerca del problema de las inundaciones en el centro y noroeste de Buenos Aires. Allí, por primera vez el semanario introdujo otros elementos que los citados en cada evento hídrico anterior, como el descubrimiento de una intrincada red de ríos y arroyos subterráneos que alimentaba la cuenca del Salado desde Córdoba, San Luis y Santa Fe, los efectos

⁷⁰ “Fútbol Agrario”, *El Argentino*, 27/03/1975.

⁷¹ “Se realizaron las sesiones preparatoria y primera ordinaria del Honorable Consejo Deliberante de Saladillo”, *El Argentino*, 29/05/1975; “El Banco de la Provincia de Buenos Aires incluyó en zona de emergencia agropecuaria a diversas áreas bonaerenses”, *El Argentino*, 05/06/1975; “Solicítase la exención del impuesto inmobiliario al sector rural”, *El Argentino*, 30/07/1975.

del trabajo intensivo por el desarrollo de la agricultura, la sobrecarga animal en zonas pobres donde las pasturas eran afectadas por plagas, y otros aspectos técnicos que se sumaban a los ya conocidos sobre el difícil drenaje de la zona ante grandes precipitaciones, del tipo de las producidas durante ese año.⁷²

Si bien es cierto que el presupuesto bonaerense votado por la Legislatura para 1975 incluía una importante cantidad de obras en la red vial y los canales que atravesaban Saladillo (desde puentes de hormigón sobre el canal Vigilante hasta la realización de obras de admisión y la mejora de los terraplenes del Canal 16),⁷³ la cada vez más difícil situación política y económica imposibilitó su concreción. Tal inacción impidió atemperar futuros excesos y, de hecho, en el verano de 1977 volvieron a presentarse lluvias muy copiosas, acompañadas de vendavales, que produjeron anegamientos y plantas de girasol volteadas.

Los graves daños de estos sucesos fueron calculados por la agencia local del INTA “en muchos casos hasta el 50 % y en algunos casi total”. Además, aunque en muchos campos los rindes no eran malos, las máquinas no podían acceder para cosechar por el estado de los suelos.⁷⁴ Así las cosas, en marzo la Comisión de Emergencia Agropecuaria recomendó la declaración de emergencia por inundaciones en un grupo de distritos de la provincia en el que se incluyó a Saladillo.⁷⁵ En el mismo sentido, y ante el pedido formal del Centro Juvenil Agrario, la intendencia postergó

⁷² “Cielo, tierra y hombre asociados para un gran desastre”, *El Argentino*, 30/07/1975. Vale la pena recordar que el ingeniero Fernando Volonté, dentro de su sólida formación profesional, había realizado una especialización en hidráulica.

⁷³ “Obras para Saladillo incluidas en el Presupuesto de la Provincia”, *El Argentino*, 06/03/1975.

⁷⁴ “Informe sobre la Situación Agropecuaria”, *El Argentino*, 07/04/1977.

⁷⁵ “Emergencia”, *El Argentino*, 21/04/1977.

el pago de la primera cuota de la tasa de conservación de la red vial hasta mediados de año.⁷⁶

El ciclo de excesos se prolongó en el invierno de 1978, cuando nuevamente se produjeron inundaciones que llevaron a la recurrente declaración del estado de emergencia, en este caso hasta el 15 de octubre de ese año, en varios partidos bonaerenses, incluido Saladillo, donde solo los Cuarteles VII y VIII quedaron fuera de la medida. Sin embargo, en noviembre la emergencia debió ser ampliada a la totalidad del distrito y prorrogada, en principio, hasta el 31 de diciembre, aunque al final la situación especial se extendió hasta el 15 de mayo de 1979.⁷⁷

Pero estos meteoros serían casi una anécdota al compararlos con la tremenda inundación producida en 1980, a la que me dedicaré en el capítulo 9.

El papel de la infraestructura: ferrocarriles, rutas y caminos

Cuando hubo que definirse la locación del centro del pueblo de Saladillo, en 1863, las disputas se saldaron privilegiando el sitio desde donde resultaban más fáciles las comunicaciones hacia las localidades vecinas. Así, Mariano Acosta eligió la cresta de una loma en la que el camino real al Fortín Esperanza (actual avenida Rivadavia) ofrecía una bifurcación a su izquierda y permitía llegar al partido de Las Flores (la avenida Moreno de hoy día). Como reza la famosa frase del pato y la gallareta, fue esa encrucijada el lugar determinado para la plaza central (Pereyra, 2018h).

⁷⁶ “El Centro de Juventud Agraria solicitó se postergue el vencimiento del pago de la Tasa por Conservación de la Red Vial Municipal” y “Por Decreto Nro. 52/77 fue prorrogada la Tasa Vial Municipal”, *El Argentino*, 05/05/1977.

⁷⁷ “Estado de emergencia agropecuaria”, *El Argentino*, 03/08/1978; “Saladillo fue declarado en estado de emergencia agropecuaria”, *El Argentino*, 16/11/1978; “Emergencia”, *El Argentino*, 07/12/1978.

Dos décadas más tarde, en 1884 y en plena euforia de la especulación de tierras, el Ferrocarril del Oeste arribó a Saladillo. Del mismo modo que en otras líneas y en casi todos los lugares, antes de llegar a la cabecera del partido el tren se detenía en paradas intermedias, en este caso Del Carril y Cazón, donde estaban las grandes propiedades de esas familias, que se apuraron a “donar” los solares destinados a las estaciones. El simple paso del ferrocarril por sus campos era una enorme ventaja, pero que hiciera una escala allí era un beneficio extraordinario.

En una época de expansión de la frontera agrícola y acceso de la Argentina a los mercados internacionales de materias primas e inversiones, bien definida por Rogelio Paredes como el “banquete de tierras” de la oligarquía nacional conformada después de 1880, la valorización de la propiedad rural por efectos de vías férreas conectadas al puerto adicionaba un valor singular a esas formidables fortunas, que hasta se permitían disponer de una playa de cargas propia para despachar sus productos (Paredes, 1995: 118-126).⁷⁸

Una vez superado el difícil quinquenio de 1890-1895 –con su explosivo cóctel de crisis financiera y revoluciones políticas–, desde 1897 se continuó el trazado hacia General Alvear y se agregaron las paradas de La Barrancosa y José María Micheo, mientras que el posterior desvío hacia San Enrique (partido de 25 de Mayo) recalaba en Esther y San Benito. Como puede verse, las humeantes locomotoras surcaban las pampas polvorientas, pero no dejaban de pasar (y sobre todo detenerse) por los grandes latifundios. Bien lo observó Orlando Sanguinetti en un breve pero

⁷⁸ En este sentido, Rogelio Paredes señala incluso cómo Andrés Vacarezza forzó a los directivos del Ferrocarril del Oeste (actual línea Sarmiento) a detenerse en la cabecera del partido de Alberti, algo que no estaba en los planes de la empresa. Por supuesto, también “donó” el terreno donde se iba a edificar la estación, que, vale la pena recordarlo, se denomina Vacarezza y no Alberti (Paredes, 1995: 124).

esclarecedor artículo: fuera de Emiliano Reynoso, todas las estaciones ferroviarias rurales del partido llevaban los apellidos de los dueños de las estancias donde se ubicaban, o el propio nombre de los campos (Sanguinetti, 1939).

Este formidable periodista y ensayista local –parte de cuya obra se resguarda en la Biblioteca Nacional– ya anexaba al trazado del entonces Ferrocarril del Sud el del Ferrocarril Provincial. Pensado en 1904 por el gobernador Marcelino Ugarte como parte de su proyección política nacional, no pudo lograr su realización hasta inicios de la década de 1910, para llegar a Saladillo en 1912. Marcelo Pereyra no solamente cuenta sus antecedentes, diseño y ejecución, sino que exhibe además en uno de los artículos dedicados al Provincial cómo era el recorrido en el plano original de principios de 1904, reproducido oportunamente por el diario *El Pueblo*. Si se presta atención a este proyecto, puede verse que las vías corrían de forma exclusiva por grandes extensiones de tierras, a punto tal que ni siquiera iban a cruzar el casco urbano de Saladillo.

La demora en iniciar las obras permitió un cambio en la trayectoria. El ferrocarril siguió pasando por latifundios, pero no por los originales, sino por la gigantesca tenencia de los Álvarez de Toledo y por la estancia Santa Isabel, propiedad de la familia del entonces ministro de Obras Públicas provincial, José Tomás Sojo. Para unir estos últimos dos puntos, se obligaba al tren a hacer un giro bastante pronunciado, que fue luego conocido como “la curva de Sojo” y que dio origen a una frase popular acerca de algo demasiado extenso.⁷⁹ Es más, Sojo consideró que la estación de su campo debía llevar el nombre de su padre, y es así como se la denominó. Asimismo, en ese parador se construyó

⁷⁹ El dicho popular era “más largo que la curva de Sojo”. Esta frase tenía todavía mucha circulación en Saladillo en los años setenta y ochenta de la última centuria.

uno de los tres galpones mayores que tenía la línea de casi 1,000 kilómetros de extensión, con una superficie de 600 metros cuadrados, y destinados a alojar “coches de pasajeros, locomotoras y anexos” (Pereyra, 2018a y 2018i).

Ambos ferrocarriles, que dividieron al partido en cuatro sectores bastante proporcionales, aportaron la ventaja de la cercanía a vías y estaciones y dieron a Saladillo un gran impulso, tanto a nivel del crecimiento poblacional como productivo, como mostraré en el capítulo 4. Según el censo agropecuario de 1937, que midió la distancia de los establecimientos hasta las estaciones ferroviarias, 1,216 de las 1,724 chacras y explotaciones mixtas relevadas se hallaban ubicadas a menos de 10 kilómetros de una de esas paradas (un 70.53 % de los casos), mientras que casi el 53 % de los emprendimientos ganaderos de cría e invernada se hallaban en ese mismo rango.

Pero, en los años treinta del siglo pasado, cuando la crisis económica se hizo sentir, los servicios ferroviarios perdieron calidad. En forma paralela, y justamente para ensayar una recuperación de la depresión, desde el Estado se priorizó la obra pública en carreteras. En 1933, el gobierno nacional creó la Dirección Nacional de Vialidad y puso en marcha un ambicioso programa de construcción de caminos. En espejo de esta iniciativa, el Ejecutivo bonaerense también reemplazó el antiguo departamento de caminos por una moderna agencia vial en 1936, aunque Saladillo no se benefició particularmente de estos proyectos.

Un cuarto de siglo después, se produjo la concurrencia de dos situaciones contradictorias. Por una parte, el gobierno nacional de entonces, encabezado por Arturo Frondizi, reforzó la apuesta por las carreteras y los camiones, e impulsó algunas obras de importancia, como avanzar con la pavimentación de la ruta nacional 205 hasta

Saladillo, que estaba pendiente desde tiempo atrás y era fuertemente reclamada por las autoridades locales ante Vialidad desde 1950.⁸⁰ Pero, por otro lado, el desarrollismo inició un proceso de cierre de aquellos ramales ferroviarios considerados deficitarios o de importancia relativa, iniciativa que luego fue irreversible y se aceleró desde 1966. Una de esas víctimas fue el antiguo Ferrocarril Provincial.

El Ferrocarril Provincial, Meridiano v, o de Fomento, como también se lo llamaba, fue traspasado por la administración bonaerense a la jurisdicción nacional el 31 de diciembre de 1951, poco tiempo después de las elecciones que consagraron como gobernador a Carlos Aloé, y en medio de la embestida final de Perón contra Domingo Mercante, que terminó con la caída en desgracia de este último. La medida fue entonces crudamente criticada por *El Argentino*, que enfatizaba en una entrega de ese patrimonio sin discusión previa, consulta, respaldo de una ley, o participación de la legislatura, algo calificado como un acto arbitrario de quien “regala una cosa de su propio peculio y de la que no debe rendir cuenta a nadie”.⁸¹

Tras unos años en el ámbito de los ferrocarriles nacionales, luego de ser absorbido por la línea Belgrano, su funcionamiento se desactivó en 1961. Si bien los trenes del Provincial dejaron de correr en esa fecha, la agonía de la línea fue bastante larga. Desde el cese de la prestación, los intendentes municipales demandaron la vuelta del servicio con mayor o menor fuerza, pero siempre con la misma falta de éxito. A ello se sumó el intenso reclamo y movilización de las instituciones urbanas y rurales y del vecindario de las siete estaciones del partido. Basta revisar los periódicos de la época para ver cómo se repetían las peticiones, y

⁸⁰ “Comunicado referente a la pavimentación de la ruta 205”, *El Argentino*, 24/02/1950.

⁸¹ “La transferencia del Ferrocarril Provincial”, *El Argentino*, 10/01/1952.

se formaban y reformulaban comisiones que trajinaron los despachos de los funcionarios nacionales y provinciales en busca de una solución.

En noviembre de 1967, los pedidos para rehabilitar el Provincial todavía estaban muy activos. En esa oportunidad, la Sociedad Rural de Saladillo sumó su voz a la de otras entidades que peticionaban a las autoridades para rever el desmantelamiento del ramal. Los ruralistas expresaban que el transporte por tren era el único medio eficaz en esta zona de la cuenca del Salado, “de tierras inundables, que exigen medios rápidos para que emigren sus haciendas [...], pues el agua no impide su funcionamiento, como sucede con los camiones.”⁸² Sin embargo, estas manifestaciones no evitaron el levantamiento definitivo de la línea, decidido por el gobierno de Onganía a principios de 1968.⁸³

En respuesta a esta drástica medida, en octubre de 1968 se creó la Comisión Pro Rehabilitación del ex-Ferrocarril Provincial, un colectivo integrado por todos los municipios otrora recorridos por este tren, que realizaba reuniones periódicas y unificaba las peticiones. La comisión saladillense sostuvo un sinfín de encuentros con funcionarios nacionales y bonaerenses, e incluso obtuvo una promesa fuerte de restablecimiento del servicio por parte del gobernador Llorente, pero sus esfuerzos resultaron vanos. A principios de 1969, y ante la falta de respuestas, se encomendaron al mismo presidente de la nación.⁸⁴ Por supuesto, la única respuesta fue un acuse de recibo de la carta a las autoridades, y luego lo que *El Argentino* llamó

⁸² “Nuevas gestiones en favor del ex F. C. Provincial”, *El Argentino*, 23/11/1967.

⁸³ “Ha sido clausurado definitivamente el ramal del ex F.C.P.B.A.”, *El Argentino*, 11/01/1968.

⁸⁴ “Se dirige al Presidente de la Nación la Comisión Pro Rehabilitación del ex F.C.P.B.A.”, *El Argentino*, 23/01/1969.

una “pausa silenciosa”, que daba a entender lo definitivo de la situación, como bien sospechaba el semanario.⁸⁵ En efecto, en febrero, la comisión volvió a escribir (esta vez al administrador de Ferrocarriles Argentinos), y seguiría insistiendo todavía hasta 1974.

Pero, mientras la comisión recorría oficinas y recogía promesas, las autoridades ferroviarias daban señales claras de que no habría vuelta atrás. Por ejemplo, unos días después de la infinita entrevista con el ministro de gobierno bonaerense, los administradores entregaron a particulares terrenos e instalaciones de la estación Álvarez de Toledo, “inclusive todo lo clavado y plantados, es decir rieles, molino, embarcadero, etc.,” al tiempo que se les negaba a los productores locales la posibilidad de depositar su cereal en los galpones del parador, algo que era una práctica habitual, aunque poco después esta última medida fue revertida.⁸⁶

Además, desde 1969 se había iniciado el desmantelamiento de las instalaciones y el levantamiento de vías. Este lastimoso proceso fue incluso motivo de una extensa nota en la edición del 1.º de abril de la revista *Gente*.⁸⁷ Así, cuando en 1972 se completó con el abandono final de las estaciones y las residencias de empleados y depósitos y con el retiro de los rieles, las gestiones de las autoridades comunales se dirigieron a pedir la donación o cesión de las viviendas de los ferroviarios, el traspaso de galpones y terrenos, y la consolidación de un camino mejorado de tierra allí donde antes habían corrido los trenes. El final de la historia del Provincial se convirtió así en una

⁸⁵ “Sobre el ex Ferrocarril Provincial”, *El Argentino*, 27/02/1969.

⁸⁶ “Extraña medida adoptan las autoridades del Ferrocarril Belgrano”, *El Argentino*, 29/05/1969; y “Novedades de la Comisión Pro Rehabilitación del ex F.C.P.B.A.”, *El Argentino*, 12/06/1969.

⁸⁷ “Sobre el ex Ferrocarril Provincial”, *El Argentino*, 08/04/1971.

competencia de los municipios (y también de muchos de los propietarios linderos) para quedarse, al menos, con los despojos del viejo ferrocarril de fomento.⁸⁸ Agotadas todas las súplicas, en agosto de 1974 Fernando Volonté presentó un proyecto de ley para construir una ruta pavimentada sobre esa traza abandonada.⁸⁹

También el Ferrocarril Roca sufrió el embate del denominado “Plan Larkin”, destinado a suprimir ramales y desarticular la red ferroviaria argentina. Durante toda la década de 1960, pudo verse el deterioro del servicio, la falta de inversiones y la indolencia oficial. Basta con leer las abundantes cartas de lectores en la prensa local para tomar conocimiento de la degradación sistemática de la prestación, que se aceleró a partir de la gestión de Onganía.

Así, en agosto de 1970, Ferrocarriles Argentinos sacó de circulación las antiguas locomotoras a vapor, y, con ello, dejaron de correr dos de las formaciones que vinculaban a Saladillo con Plaza Constitución, ya que no se reemplazó las viejas máquinas por otras de propulsión diésel. De a poco, las frecuencias del Roca iban siendo recortadas hasta una expresión mínima y las estaciones comenzaban a languidecer, en especial aquellas de las localidades y parajes.⁹⁰

Como lo sostuvo un lector del semanario de los Volonté, en 1970 se volvía a la cantidad de servicios de 1931, pero el viaje a Buenos Aires demoraba media hora más que en ese año.⁹¹ El ataque definitivo se reinició con la dictadura surgida en 1976, cuyos funcionarios eliminaron en abril de 1977 uno de los servicios que unía Saladillo con Cañuelas, para trasbordar luego hacia Constitución, que corría desde

⁸⁸ “Sobre el futuro destino del ex Ferrocarril Provincial. Pedido de la Municipalidad local”, *El Argentino*, 29/06/1972.

⁸⁹ “El Diputado Volonté presentó un proyecto de ley propiciando la construcción de una ruta en las tierras del ex Ferrocarril Provincial”, *El Argentino*, 29/08/1974.

⁹⁰ “Eliminación de trenes y nuevos horarios”, *El Argentino*, 06/08/1970.

⁹¹ “Cartas de Lectores”, *El Argentino*, 03/09/1970.

1912.⁹² Finalmente, el 19 de diciembre de 1977, se suprimió el único tren que comunicaba en forma diaria Saladillo con Plaza Constitución. Con esa simple decisión administrativa, se cerraba toda una época de la historia local.⁹³

La política de recortes liquidó además al ramal del Roca que unía Saladillo con San Enrique. Los rumores del cierre de ese tráfico tomaron fuerza en 1968, y se materializaron en enero del año siguiente con la baja de categoría de la estación San Benito, que pasó a funcionar como apeadero, es decir, un lugar donde el tren se detenía, pero sin que hubiera personal a cargo.⁹⁴ En noviembre de 1970, una cuadrilla del ferrocarril comenzó a desarmar la estación, muestra categórica de la decisión de avanzar con la eliminación final del ramal.⁹⁵ El certificado oficial de defunción se libró el 21 de marzo de 1977, cuando fue anunciado su cierre definitivo por levantamiento de las vías.⁹⁶

Mientras las locomotoras iniciaban su proceso de desaparición, durante la gobernación de Oscar Alende (1958-1962) se intentó definir un rumbo diferente al nacional para la provincia, en especial por la gestión del economista Aldo Ferrer. El objetivo de las políticas de esa administración era la recuperación y modernización de la matriz productiva de la provincia, gracias a tres ejes de acción: energía, caminos y reforma agraria. En el capítulo 1, ya señalé que en este último punto no logró avanzar demasiado, pero, en lo referente a la mejora del sistema vial del distrito, hizo una importante diferencia para Saladillo, al licitar la continuación del asfaltado de la ruta

⁹² "Pasos Atrás", *El Argentino*, 14/04/1977; "Carta de Lectores", *El Argentino*, 05/05/1977.

⁹³ "Adiós al Ferrocarril", *El Argentino*, 29/12/1977.

⁹⁴ "La estación San Benito ha sido convertida en 'Apeadero'", *El Argentino*, 20/02/1969.

⁹⁵ "Desmantelamiento", *El Argentino*, 12/11/1970.

⁹⁶ "Clausura Definitiva", *El Argentino*, 24/03/1977.

provincial 51 para el tramo 25 de Mayo-Azul e iniciar los estudios preparatorios para la pavimentación de la ruta 63 hacia Las Flores.

La primera de las obras era un viejo anhelo de las ciudades y áreas económicas involucradas en su traza y en particular para Saladillo. Por esto, la prensa local enfatizó la presencia de las autoridades provinciales en la zona, en diciembre de 1960, quienes inspeccionaron el estado de los trabajos. El desarrollo y asfaltado de esta carretera, que una vez finalizada uniría los puertos de San Nicolás y Bahía Blanca tras correr de forma transversal por una buena parte del territorio provincial, alentaba a *El Argentino* a sostener que, entre sus logros, estaría el de unir las áreas de cría ganadera con las de invernada, amén de permitir al municipio “salir del aislamiento vial en que permaneció durante tanto tiempo”, ya que de forma contemporánea se estaba culminando la pavimentación de la ruta nacional 205.⁹⁷

El 24 de junio de 1962, con un “asado a la criolla”, se festejó la finalización del tramo 25 de Mayo a Saladillo. Esta buena noticia quedaba ligeramente empañada por las informaciones que daban cuenta de la disminución del ritmo de las labores para llegar hasta Azul, pero estos inconvenientes se solucionaron al cabo de un tiempo, a pesar de la aparición de denuncias sobre deficiencias severas en la calidad de la carpeta asfáltica en el segmento General Alvear-Tapalqué.⁹⁸ La trascendencia de la obra excedió de todas formas la alegría local, a tal punto de ser destacada por la revista oficial del Automóvil Club Argentino (*Auto-club*), que le dedicó un artículo relevante en la edición de febrero de 1964.⁹⁹

⁹⁷ *El Argentino*, 17/12/1960.

⁹⁸ “Terminó el tramo pavimentado de la ruta 51 entre 25 de Mayo y Saladillo”, *El Argentino*, 05/07/1962.

⁹⁹ “La ruta 51, un camino para el turismo”, *El Argentino*, 16/04/1964.

Las obras viales de enlace de Saladillo con las localidades vecinas siguieron a buen ritmo durante toda la década de 1960-1970. Tras la pavimentación de las rutas 205 y 51, a finales de 1965 comenzó el proceso de asfaltado de la ruta provincial 63 hasta Las Flores. Este nuevo avance era saludado con euforia por el periódico de la familia Volonté, al considerar que la nueva carretera le permitiría “afirmar que Saladillo [estaba] unido por caminos seguros hacia los cuatro rumbos”, después de que “solamente seis años atrás” se hallaban “faltos de comunicación por rutas pavimentadas en todas las direcciones”.¹⁰⁰

Entusiasmados por el éxito, en el verano de 1966 un gran número de instituciones y asociaciones saladillenses relacionadas con la producción, el fomento, el deporte, el mutualismo y el sindicalismo (es decir, las denominadas “fuerzas vivas” comunales) pidieron a las autoridades nacionales la prolongación del asfaltado de la ruta 205 hasta Bolívar, ya que abriría la conexión de Saladillo con la región patagónica.¹⁰¹ Este reclamo fue enseguida acompañado por los intendentes y entidades de los partidos de General Alvear, Tapalqué y Bolívar, y generó un sinfín de pedidos y comunicaciones ante los responsables de Vialidad Nacional.

La inquietud por la demora en el llamado a licitación de la pavimentación recibió una respuesta oficial el último día de 1969, cuando sus autoridades comunicaron la inclusión de la obra en el plan de trabajos 1970-1974, con la previsión de haberla completado durante 1973.¹⁰² A las dificultades presupuestarias que pospusieron una y otra vez la realización de las tareas, se les sumaron, en

¹⁰⁰ *El Argentino*, 04/11/1965.

¹⁰¹ *El Argentino*, 03/03/1966.

¹⁰² “Ruta Nacional 205. En 1973 será pavimentado el tramo Saladillo - Bolívar”, *El Argentino*, 15/01/1970.

este caso, innumerables disputas sobre modificaciones al trazado caminero. Según Adriana Pereyra, la presión de los grandes estancieros consiguió finalmente la sustitución del trazado original, que, de pasar bordeando los centros urbanos, se desplazó a los linderos de sus establecimientos (Pereyra, 2005: 77).

Tras tantas idas y vueltas, en abril de 1977, los responsables de Vialidad Nacional anunciaron la obtención de un crédito internacional para financiar el inicio de las obras, estimado esta vez para 1978, y a realizarse en cuatro etapas.¹⁰³ El primero de esos tramos (35 kilómetros) se licitó en abril de 1979,¹⁰⁴ y los restantes, durante 1980. Por desgracia, y a pesar de su singular importancia para la zona, hubo que aguardar bastante para verla finalizada, ya que la ruta se liberó al tránsito solo en 1983.

Es que disponer de caminos asfaltados realmente significaba un antes y un después. Un censo efectuado por Vialidad Nacional en marzo y junio de 1970 mostraba con números concretos su importancia: mientras que, por el tramo Cañuelas-Río Salado de la ruta 205, circularon 3,012 vehículos en el mes de marzo y 2,893 en junio, el sensor instalado en el kilómetro 190, a inicios del segmento Saladillo-Bolívar, apenas registró 205 y 253 rodados en cada uno de esos meses. Además, casi el 80 % de los vehículos censados eran autos y camionetas, y solamente un 6 % eran camiones con acoplado.¹⁰⁵

Por otra parte, el incremento del tejido carretero se vio reflejado en el aumento del parque automotor. Según un relevamiento de la Asociación de Fabricantes de Automotores, al 31 de diciembre de 1968 Saladillo tenía patentados

¹⁰³ "Ruta", *El Argentino*, 14/04/1977.

¹⁰⁴ "Licitación", *El Argentino*, 08/02/1979.

¹⁰⁵ *Censo Nacional de Tránsito. Realizado en marzo y junio del año 1970*, Buenos Aires, Dirección Nacional de Vialidad, 1971, p. 10.

3,471 vehículos, de los cuales 1,755 eran automóviles particulares y taxis, y 1,718, rodados comerciales (camiones, camionetas, colectivos). Lo destacable era que la proporción de vehículos por habitante local era de 6.6, mucho mejor que la media provincial y porteña (un automotor cada diez pobladores y uno cada nueve, respectivamente).¹⁰⁶

En lo concerniente a la injerencia de la Dirección Provincial de Vialidad, la mejora de la red vial no solo involucró la apertura y el mantenimiento de rutas jurisdiccionales. Junto con ello, esta dependencia también llevó adelante la construcción o ampliación de puentes sobre arroyos y canales, algo que mejoró sobremanera la circulación dentro del partido. En abril de 1968 –para citar un dato relevante–, se licitó la ampliación del puente de la ruta provincial 63 sobre el Canal 16 y el levantamiento de otro totalmente nuevo en el tramo de enlace entre esta última carretera y la ruta 51, mientras que en ese mismo momento se suscribió el contrato para tender un puente de hormigón sobre el arroyo Los Toldos, en el camino de Polvaredas a Blaquier, la zona del distrito con más dificultades de comunicación y mayores distancias a la ciudad cabecera.¹⁰⁷ En 1971, entre otras obras, Vialidad Provincial anunció la finalización del puente de cemento sobre el camino a La Razón, en remplazo del “viejo y peligroso puente de madera”.¹⁰⁸

No menos importante fue la realización de otras obras menores, como el alcantarillado de los caminos rurales, algo que preservaba esas vías de comunicación interior contra los desbordes hídricos. En este sentido, se puede

¹⁰⁶ “Cifras ilustrativas sobre el parque automotor”, *El Argentino*, 25/03/1971.

¹⁰⁷ “La D.v.B.A. licitó dos puentes sobre el Canal 16” y “Se construirá un puente en el camino Polvaredas-Blaquier”, ambas notas en *El Argentino*, 11/04/1968.

¹⁰⁸ “Municipales”, *El Argentino*, 16/12/1971.

leer una nota de 1964 sobre la construcción de “una alcantarilla de hormigón armado, de tres metros de luz, en el camino a La Razón y Estrugamou, en el paraje denominado el Capricho”;¹⁰⁹ o la noticia difundida en la primavera del año siguiente, cuando se licitó la construcción de otras dos alcantarillas de hormigón armado en el camino desde La Campana a La Razón.¹¹⁰

Ambas publicaciones son simples muestras de las múltiples contrataciones acometidas por el departamento zonal de la vialidad provincial, continuadas con buena frecuencia en los años siguientes, y fueron escogidas de manera discrecional solamente por el hecho de estar vinculadas con parajes revisados en esta investigación. Incluso en los primeros tiempos de la última dictadura, y en medio de la crispación generada por el anuncio del desmantelamiento de la delegación local de Vialidad, este organismo continuó licitando obras de alcantarillado y construcción de terraplenes en la zona rural del partido, al tiempo que elevó a las autoridades provinciales un plan de mejoramiento para 257 kilómetros de caminos de tierra.¹¹¹

Pero, si el asfaltado de las rutas mejoraba la conectividad de manera notable, el tránsito por los caminos rurales todavía no era nada sencillo hasta avanzada la década de 1960. Según los planos de Edelberg de la primera mitad del siglo 20, las vías camineras interiores del partido no eran demasiadas. En general, acompañaban los límites de las grandes estancias y cruzaban algunas de las más grandes de ellas. Sin dudas, fuera del alcance de estos agrimensores, existía una vasta trama de callejones y huellas, pero no hay que hacer un gran esfuerzo para imaginar las

¹⁰⁹ “Se construirá una alcantarilla en el camino a La Razón”, *El Argentino*, 12/11/1964.

¹¹⁰ *El Argentino*, 07/10/1965.

¹¹¹ “Obras por contrato de la Zona Sexta de Vialidad”, *El Argentino*, 21/07/1977.

complicaciones de transitar por allí en momentos de lluvias intensas, o las dificultades para su mantenimiento.

En un trabajo donde recuerda sus tiempos de muchacho, Osmar Pallero evocaba esos caminos de campaña,

andados a uña de caballo, polvorientos en verano, llenos de barrizales en invierno, con lagunas pacíficas que atravesar mientras descansa la cabalgadura, llenos de sol y pastos, con tres huellas a veces en el centro, señal de poco andados por algunos sulkys (Pallero, 1981: 15).

Fuera de las mejoras que seguramente se derivaron de la subdivisión de la propiedad y la difusión de los vehículos a motor, circular por ellos seguía siendo un deporte de alto riesgo, como podía leerse en un suelto de octubre de 1960, cuando el estanciero Pedro Mario Saralegui dejó en las oficinas de *El Argentino* una chapa patente recogida en el camino a su establecimiento (El Capricho), para que el propietario pudiera acercarse a recuperarla.¹¹²

La mejora de estos tortuosos e inhóspitos senderos recibió un gran impulso a partir de la renovación de equipos por parte de la Dirección Provincial de Vialidad y la transferencia de las motoniveladoras usadas a los municipios, en condiciones muy ventajosas. En tal sentido, en septiembre de 1961, esta dependencia adquirió 200 máquinas de última generación y puso a disposición de las comunas un número casi similar de las unidades remplazadas, que podían pagarse a tres años de plazo deduciéndolo de los porcentajes recibidos como coparticipación vial.¹¹³

A pesar de los cambios de mando producidos en La Plata, derivados de la convulsionada política argentina,

¹¹² *El Argentino*, 06/10/1960.

¹¹³ "Las comunas podrán disponer de máquinas motoniveladoras", *El Argentino*, 07/09/1961.

este rumbo se mantuvo. Cuando los radicales del pueblo llegaron al gobierno provincial, el proceso de renovación de equipos y cesión a los municipios no se modificó en absoluto. En efecto, a inicios de 1965, la Dirección de Vialidad anunció un plan de licitaciones para adquirir una gran cantidad de maquinaria vial que incluía 85 palas de arrastre, 70 niveladoras, 69 tracto-cargadoras, 150 camiones y 130 tractores. El destino de ese importante parque era su transferencia a los municipios, a fin de afectarlos a la conservación y el mantenimiento de los caminos de tierra.¹¹⁴ Poco más tarde, para el beneplácito local, se confirmó que una de las máquinas motoniveladoras se destinaría a Saladillo.¹¹⁵

Esta política de equipamiento continuó aun durante la dictadura surgida en 1966. Entre 1968 y 1970, la Dirección de Vialidad Provincial adquirió 440 tractores John Deere 730-I, destinados a la construcción y el mantenimiento de la red caminera provincial, muchos de los cuales también fueron asignados a los municipios.¹¹⁶ Uno de esos tractores, acompañado de una niveladora de arrastre, llegó a Saladillo en septiembre de 1970 para contribuir a la mejora de los senderos rurales.¹¹⁷ En 1971, los fondos del plan vial sirvieron también para comprar dos motoniveladoras y un tractor.¹¹⁸ Por otra parte, en esos años el municipio trabajaba con representantes agrarios en una comisión vial, que proponía mejoras y hacía planes para presentar ante las agencias camineras estatales.¹¹⁹

¹¹⁴ *El Argentino*, 07/01/1965.

¹¹⁵ *El Argentino*, 25/03/1965.

¹¹⁶ "La Dirección de Vialidad de la Pcia. de Bs. As. Adquirió 292 tractores John Deere", *El Argentino*, 16/07/1970.

¹¹⁷ "Municipales. Nuevo equipo", *El Argentino*, 24/09/1970.

¹¹⁸ "Municipales", *El Argentino*, 08/04/1971.

¹¹⁹ "Caminos de Fomento Agrícola", *El Argentino*, 06/05/1971.

La llegada de estos equipos hizo posible la mejora de la intrincada red caminera saladillense. Entre 1962 y 1963, el intendente de facto Fernando López (“comisionado municipal” era la denominación dada a esta autoridad) impulsó una amplia intervención del renovado plantel mecánico comunal en los caminos rurales secundarios, es decir, aquellos que no eran mantenidos por la vialidad provincial.

El resumen de esa iniciativa apareció en una extensa nota de *El Argentino*, en mayo de 1963. En la reseña podía leerse el amplio detalle de las tareas, que para la zona de este estudio incluían mejoras en el camino a Estrugamou, desde El Capricho hasta La Mascota, en la zona de la Escuela 4, desde el paso a nivel hasta el campo de Nazareno Magi, la construcción de un tramo de 2,500 metros que unía el acceso desde la ruta 51 con el cruce del camino a La Mascota pasando por el campo de Mengoni, y la construcción de un abovedado de 200 metros con desmantelamiento de terraplén en La Barrancosa, junto a los campos de Mario Candia y Wuiovich, entre otra gran cantidad de obras.¹²⁰

Si bien la ampliación de la red vial rural fue notable desde la década de 1960, algunas zonas permanecieron retrasadas en su conectividad. Fue el caso de la localidad de Juan Blaquier. Al dejar de correr el Ferrocarril Provincial, el desplazamiento a Saladillo se hizo difícil, ya que debían trajinarse 61 kilómetros de caminos de tierra. A finales de 1975, 68 vecinos de esa localidad pidieron al diputado Fernando Volonté que gestionara ante Vialidad Provincial la apertura de un enlace de 1,500 metros a través de un campo privado (con la anuencia de su propietario, claro está) y la habilitación como carretera del puente

¹²⁰ “Una importante obra vial está realizando la comuna”, *El Argentino*, 09/05/1963.

ferroviario sobre el arroyo de Las Flores, de modo de alcanzar la ruta 63 a la altura del paraje El Trigo, y facilitar la movilidad hacia Saladillo y Las Flores.¹²¹

Para tener una magnitud de la extensa red vial, vale citar que, en 1973, y cuando Fernando López finalizaba otro período como intendente de facto, el mandatario presentó una especie de balance de gestión, hizo un resumen sobre el problema del mantenimiento de estos caminos y resaltó el incremento de la maquinaria vial durante su mandato. Según el funcionario, en ese momento debían atenderse “1,500 kilómetros de caminos comunales, que por ser de tierra” estaban “en constante deterioro”.¹²²

Las mismas complicaciones financieras y políticas que afectaron al país y a la gobernación bonaerense también estorbaron a la gestión municipal peronista entre 1973 y 1976. La desatención de la conservación de los caminos de tierra se fue agudizando, a punto tal que, en octubre de 1976, el intendente de facto designado por las autoridades militares justificó las dificultades para cumplir con esas tareas diciendo que el 24 de marzo, al momento del golpe de Estado, solamente funcionaba una máquina motoniveladora de las cinco disponibles en el corralón municipal.

En tal sentido, en una nota de opinión publicada en la portada de *El Argentino* en el invierno de 1976, Lorenzo Espíndola se quejaba de la escasa atención brindada a la red vial rural y al bordo del Canal 16 en Santa Elina, la zona donde tenía una finca. Para este chacarero, él y sus vecinos debían pagar fletes más caros por el estado de los caminos, a pesar de abonar una tasa de mantenimiento nada despreciable. Incluso Espíndola agradecía la falta de

¹²¹ “Se gestiona la apertura de un camino en Juan Blaquier”, *El Argentino*, 26/12/1975.

¹²² “Municipales”, *El Argentino*, 26/04/1973.

lluvias en esa estación, la cual hubiera agregado un “más triste panorama”.¹²³

El asunto escaló unos meses más tarde, cuando, en octubre de 1976, el semanario dedicó su editorial al problema de la conservación de los caminos de tierra. Además de resaltar la importancia de su mantenimiento, Volonté reprodujo una nota presentada en junio al intendente por cuarenta vecinos de José María Micheo, quienes reclamaban el arreglo del trazado entre la ruta 51 y la estancia Los Tilos, con comunicación a la estación Micheo del Ferrocarril Roca, que hacía cuatro años no conocía reparaciones y se encontraba en un estado deplorable.¹²⁴

Esta nota generó una respuesta descomedida del jefe comunal. En primer lugar, en su intervención enunció el listado de aquellos firmantes que no estaban al día con el pago de la tasa vial. Luego, cargó las culpas sobre la magra herencia de la administración, algo a lo que me referí más arriba.¹²⁵ Además de la crítica del periódico ante estas contestaciones, poco después otra carta –en este caso, de uno de los propietarios denunciados como morosos– no solamente demostraba que ese listado de deudores incluía a contribuyentes cumplidores (como él y dos familiares), sino que los propios chacareros, cansados de esperar la atención de su petición, habían arreglado una buena parte del camino.¹²⁶

Para complicar este cuadro, a comienzos de 1977, el gobierno militar bonaerense decidió iniciar el traspaso a los municipios del mantenimiento de todos los caminos de tierra y el consecuente desmantelamiento de varios de los doce distritos zonales de Vialidad Provincial. El conoci-

¹²³ “Obligaciones y Derechos”, *El Argentino*, 08/07/1976.

¹²⁴ “La conservación de los caminos de tierra”, *El Argentino*, 14/10/1976.

¹²⁵ “Carta de Lectores”, *El Argentino*, 21/10/1976.

¹²⁶ “Carta de Lectores”, *El Argentino*, 04/11/1976.

miento de la iniciativa produjo una fuerte movilización de la mayoría de las instituciones locales y las entidades agropecuarias, culminada con la presentación de un petitorio ante el propio gobernador Ibérico Saint Jean.¹²⁷

Estos rumores fueron confirmados por el ministro de Obras Públicas de la provincia en abril, en el acto de asunción de un nuevo administrador de la vialidad provincial, cuando el funcionario sostuvo que esta agencia solamente se concentraría en los caminos pavimentados de la geografía bonaerense.¹²⁸ La drástica decisión se formalizó con el decreto 343/1978, dictado en abril de ese año, que redujo las dependencias provinciales a ocho y eliminó cuatro, entre ellas la que funcionaba con cabecera en Saladillo. Ello significaba lisa y llanamente que la conservación de todos los caminos comunales pasaba a ser responsabilidad de la comuna.¹²⁹

Tal delegación no era una carga menor. La contracara del esfuerzo municipal sobre la red caminera interior fue el peso que esas faenas adquirieron dentro del presupuesto municipal. En 1964, el intendente Valerio de Iraola (de la Unión Cívica Radical del Pueblo) consiguió la sanción de una ordenanza que grababa con una tasa “todas las propiedades rurales, ya sean quintas, chacras o campos de jurisdicción del partido”. Según la norma, el destino de los recursos era el arreglo y la conservación de

caminos, desagües, adquisición de maquinarias, medios de transportes, construcción de obras y caminos, reparación de maquinaria, pago de personal caminero mensual, por día o por

¹²⁷ “Fue elevado al Gobernador un petitorio en favor del mantenimiento de la Zona VI de Vialidad en Saladillo”, *El Argentino*, 07/04/1977.

¹²⁸ “A la transferencia de los caminos de tierra se refirió el Ministro de Obras Públicas”, *El Argentino*, 21/04/1977.

¹²⁹ “Adiós a la Zona Sexta de Vialidad”, *El Argentino*, 20/04/1978.

tanto, cancelación, amortización y/o intereses de los implementos adquiridos que [fueran] necesarios para estos fines.

La retribución se fijó en \$5 por hectárea y por año. Además, el canon se percibía por propietario y no por lote.¹³⁰ Por efectos de la inflación, ese monto se fue actualizando desde fines de la década de 1960. Para poder ilustrar su evolución, podemos decir que en 1974 ya era de \$30 por hectárea, subió a \$40 en 1975 y trepó a \$150 para 1976, siempre con sumas expresadas en moneda nacional.

Fuera de la impostergable necesidad de mejorar las comunicaciones de la zona rural en un partido donde la producción y el dinero generado por el campo eran casi el único recurso genuino que mantenía la buena salud de la economía municipal, no se puede soslayar tampoco que en esos años el volumen de la población rural (y, en consecuencia, el voto de las localidades) tenía todavía una importancia significativa, como se verá en el capítulo 6.

No en vano, en el verano de 1962, los candidatos a concejales por la Unión Cívica Radical Intransigente pagaron un aviso de página entera en *El Argentino*, incluso a sabiendas de las escasas simpatías del semanario para con la UCRI. En la imponente publicidad, podía leerse como saldo positivo de la gestión del intendente Carlos Arros-pide: la creación de cinco escuelas, cuatro de ellas en la zona rural; el inicio y avance de la pavimentación de las rutas 205 y 51; el estudio para la licitación de la ruta 63; y la inversión en el mantenimiento y mejora de los caminos vecinales. De todos modos, los logros esgrimidos no resultaron suficientes. Al abrirse las urnas, se anoticiaron de la categórica victoria de los radicales del pueblo. Igualmente, los electos no tuvieron tiempo para festejar: el 29 de marzo

¹³⁰ "Una tasa por hectárea cobrará la intendencia para arreglo de caminos", *El Argentino*, 06/02/1964.

de 1962, las autoridades constitucionales fueron depuestas por un golpe cívico-militar y, en definitiva, vencedores y vencidos se marcharon juntos a sus respectivas casas.¹³¹

En la misma orientación, en 1973 los radicales inscribieron en su plataforma municipal el objetivo de desarrollar un “intenso plan de conservación de caminos agrícolas”. Al igual que con sus primos intransigentes once años antes, tampoco este señuelo fue suficiente para seducir al electorado rural.¹³²

¹³¹ *El Argentino*, 22/02/1962.

¹³² “Plataforma de la Unión Cívica Radical para Saladillo”, *El Argentino*, 11/01/1973.

3

La evolución de la propiedad en el partido de Saladillo: de las estancias a las chacras (1863-1980)

En un principio eran solo las estancias. Aunque, a decir verdad, la génesis de la propiedad rural en el partido de Saladillo tiene una precuela: aquellos tiempos en que todavía los blancos no habían logrado hacer pie al sur del río Salado, y ese enorme espacio austral era lugar de tránsito de los sujetos nómadas a los que los “huincas” denominaban “naturales” o “indios”. En estas partes de la pampa, el “desierto” –como lo ha llamado la vieja historiografía– solamente cedió paso a la ocupación de la tierra después de 1820, pero su asentamiento no llegó hasta que dieron frutos las campañas de Juan Manuel de Rosas, poco más de una década después.

Sin embargo, en el decenio de 1820, y muy especialmente con el proyecto de Rivadavia, a través de la enfiteusis comenzó la distribución de enormes parcelas. De hecho, el registro histórico de catastro de la provincia tiene anotaciones de mensuras efectuadas desde 1827, en lo que luego sería el partido de Saladillo. Asimismo, se conoce la lista de los primeros enfiteutas beneficiados por la iniciativa, que incluía a Juan Varela, Domingo Arévalo, Julián Rodríguez, Ramón Gallegos, los sucesores de Felipe López, Félix Frías, Juan Millán y las varias sucesiones gestionadas por la Sociedad Rural, entidad

sin parentesco con su más célebre homónima, fundada en 1866 (Levene, 1941:584).

En los tiempos de Rosas, el plantel se reforzó con allegados y simpatizantes del entonces gobernador. Varios de esos estancieros del partido contribuían con el abastecimiento de ganado a la guarnición del Fortín Mulitas y –por la cantidad de cabezas movilizadas– probablemente también al negocio de indios. De acuerdo con los vales extendidos en 1847, todos los propietarios importantes de la región acreditaban haber enviado vacunos, desde Casimiro Villegas hasta Bonifacio Alisal, incluidos, entre otros, Cascallares, Ortega, Atucha, Justo Villegas, Máximo Terreiro, Prudencio Arnold y el mismísimo “restaurador de las leyes”.

Al año siguiente, el partido fue dividido en cuatro cuarteles que se turnaban para enviar mensualmente 150 animales cada uno. La mayoría de las cabezas era de marcas desconocidas (orejanas), pero los ganaderos debían completar el número y recibían a cambio una papeleta extendida por cada alcalde de cuartel. De 1848 a 1850, figuraban en esa nómina Andrew Dick, los Galíndez, los Villegas, Alisal, Cascallares, Huergo, Manuel Paz, Nicolás Anchorena, la sucesión de Basualdo, varios nombres más y el propio gobernador provincial.¹³³

A su vez, Marcelo Pereyra aporta un reparto del período que se extiende entre la batalla de Caseros y la fundación del pueblo de Saladillo. En él se encuentran María Dolores Balbastro, el ya presentado Dick, Salomé Cascallares, viuda de Casimiro Villegas e integrante de una de las familias de mayores propietarios de la provincia, muy vinculados a la expansión del ganado ovino, Carlos Camilión, Benito Galíndez, Rosario Acosta, dueño de la estancia

¹³³ “Crónica histórica de Saladillo”, *El Argentino*, 27/04/1967.

El Mangrullo, José María Barrera, Ana Byrne, los señores Ardoy y Frías, antiguos dueños de Polvaredas Grandes, y Joaquín Cazón, quien ya estaba a cargo de Polvaredas Chicas (Pereyra, 2015c).

En 1863, la Provincia de Buenos Aires sancionó una ley para determinar el pago de la contribución directa sobre la propiedad. La reglamentación de la norma facultó al juez de paz de cada partido para efectuar el relevamiento correspondiente. En esa obligación, la autoridad local remitió al Ministerio de Hacienda el listado de las personas alcanzadas por el tributo, así como el monto anual a abonar por cada uno de ellos. Los contribuyentes no eran demasiados por una razón: no se contaba entre ese elenco a quienes tenían tierras en enfiteusis, o eran arrendatarios del propio Estado provincial, que al año siguiente fueron obligados a comprar o marcharse de los campos. De acuerdo con esos registros, los principales propietarios eran Federico Álvarez de Toledo, Alejandro Mena, Joaquín Cazón, Pedro Frías, Tomás Varela, Manuel Paz, Decoud y Bedoya, José Atucha, José Bedoya, Santos Casavalle, Bernabé Hernández, Mariano Cascallares, Pedro Rojas, Félix Ferreira, Ángel Cascallares y Manuel Atucha, todos ellos dueños de más de una legua cuadrada, a quienes se agregaban un grupo de diez propietarios de media o un cuarto de legua.¹³⁴

Las leyes de enajenación de la tierra pública bonaerense transfirieron grandes extensiones a favor de particulares. Según Marta Valencia, entre 1864 y 1867 se vendieron en el partido de Saladillo 184,064 hectáreas, y este proceso tuvo otra oferta de tierras entre 1871 y 1876 (Valencia, 2005: 305 y 310; Balsa & Colombo, 2007: 5).

¹³⁴ *Contribución Directa. Registro Catastral de la Provincia de Buenos Aires. Con exclusión de la Capital. Año 1863*, Buenos Aires, Publicación Oficial, pp. 123-129, en adelante CD-RC: 123-129.

Para 1871, en cambio, se puede disponer de una radiografía de increíble precisión. Se trata de los famosos cuadros estadísticos confeccionados por José Antonio Rossi, quien no solamente ofreció el listado completo de los propietarios, con la extensión de sus estancias y las existencias de hacienda, sino que también consignó a cada uno de sus arrendatarios y puesteros, detalló las chacras del partido y transcribió mucha más información relevante sobre la riqueza y potencialidad del Saladillo de ese momento.

Además, desde 1869 comenzaron con cierta regularidad las mediciones censales. Más allá de la exactitud de cada una de ellas, de las diferentes categorías y tipificaciones usadas y de su carácter anónimo, la información de esos censos permite construir una secuencia bastante completa de la evolución de la propiedad rural.

Para ponerles nombre a las estancias, resultan mucho mejores las distintas capturas realizadas por los agrimensores que dibujaron la cartografía catastral desde inicios del siglo 20. En primer lugar, y aunque la obra no reflejaba de manera precisa el estado de la propiedad rural al momento de su realización, el monumental atlas catastral del país publicado en 1905 por Charles de Chapeaurouge sí permite observar la distribución de los mayores latifundios. Más fiable es, en cambio, el paisaje rural mostrado por las diversas ediciones de los planos catastrales preparados por Gregorio Edelberg entre 1919 y 1939.

Asimismo, hay varios otros caminos para rastrear a los personajes que irán surgiendo en este derrotero, incluso a pesar del relativo anonimato de algunos de ellos. En este sentido, a los buenos aportes de los historiadores locales, se debe adjuntar la contribución de los periódicos saladiellenses (en especial sus formidables obituarios), y los diccionarios biográficos de Vicente Cutolo y Jorge Newton.

En definitiva, el ejercicio no es solamente exponer en listados quiénes eran los terratenientes, sino cómo se fue modificando la geografía de la posesión, de qué manera se dieron algunos de esos cambios (por lo menos, aquellos de los que existen evidencias) y, sobre todo, la forma en que esos grandes fundos dieron lugar a los campos medianos y las chacras.

Para evitar convertir el texto en una galería interminable de biografías o en una colección de anécdotas, es razonable sistematizar los datos con algún criterio. En este sentido, me parece oportuno seguir los lineamientos que Rogelio Paredes desplegó en su obra *Origen y poder* (ver bibliografía), donde le dio vida al entramado entre fortunas y dominio político en algunos municipios de la Provincia de Buenos Aires.

Como señaló este autor, en el acceso a la gran propiedad bonaerense, se vivencia lo que él denominó “la flexibilidad de la riqueza”, que permite distinguir al menos tres grupos muy dinámicos del proceso:

- a. quienes anclaban sus fortunas terratenientes en los orígenes mercantiles de la época borbónica;
- b. los extranjeros o inmigrantes rápidamente asimilados a la sociedad local, cuyos recursos originales procedían del comercio de exportación e importación; y
- c. los provincianos que incorporaron a sus patrimonios tierras bonaerenses.

Junto con ellos aparecieron poco más tarde los “terratenientes banqueros”, gentes que ya disponían de campos, pero que, gracias al control de las instituciones financieras de Buenos Aires o de la entonces flamante República Argentina, multiplicaron luego sus posesiones (Paredes, 1996: 75-82).

Dado que Saladillo era el caso de una frontera reciente hasta bien entrado el siglo 19, mi intención es anexar a estos colectivos a los referentes de la milicia local y los operadores políticos del mitrismo y el alsinismo, piezas fundamentales para la construcción del orden público bonaerense surgido tras la revolución del 11 de septiembre de 1852, y consolidado con el éxito de Pavón, cuando este proyecto logró nacionalizarse.

Un acercamiento a la propiedad a través de las biografías (grandes o pequeñas)

Presentada la cuestión, y para comenzar este análisis por alguna parte, se puede citar a Andrew (o Andrés) Dick, quien no figuraba en el listado de esos enfiteutas originales, pero que sí fue uno de los primeros grandes propietarios locales. Por caso, tampoco aparece como terrateniente o estanciero en el diccionario biográfico de Vicente Cutolo, sino como un personaje curioso: “Médico. Era nacido en Inglaterra. Llegó a Buenos Aires en 1807, y a poco de su arribo se preocupó por la enseñanza de la educación física a través de movimientos y del desarrollo de los músculos”. Fue pionero en esa disciplina y “fundó el atletismo” (Cutolo, 1971: III, 569). Pero en un tono menos romántico, y según el catálogo provincial de mensuras, el galeno británico mandó a hacer varias mediciones en sus campos en 1827, las primeras a cargo de T. Schuster y otra con José Antonio Conesa, y una posterior en 1845, a cargo del agrimensor M. Chiclana.¹³⁵

¹³⁵ *Catálogo general de mensuras de la Provincia de Buenos Aires. Existentes en el Archivo de la Repartición desde 1824 al 30 de junio de 1944*, La Plata, Ministerio de Obras Públicas Archivo de la Dirección de Geodesia, Catastro y Tierras, 1945, p. 326. En adelante: *CGM-PBA*: 326.

A esta última propiedad debe referirse Miguel Ángel Volonté al sostener que “el ciudadano inglés Andrés Dick adquirió a Rosas 18 leguas y media de campo en 1845” (el equivalente a poco más de 46,000 hectáreas).¹³⁶ Ese enorme territorio –que ocupaba la mayor parte del actual cuartel 2.º de Saladillo– fue traspasado en 1861 a la sociedad de Jorge Atucha, Federico Álvarez de Toledo y Lauro Galíndez. En 1872, Atucha vendió su parte a los otros dos, y en 1882 se disolvió la sociedad de Toledo y Galíndez. Álvarez de Toledo conservó la parte noroeste, cuya estancia principal era Los Tres Bonetes, mientras que Galíndez mantuvo la fracción suroeste, que dio origen a La Barrancosa y otros establecimientos. Ambas parcelas se dividieron en partes iguales (Volonté, 2013: 48-49).

Otra fracción del pantagruélico territorio de Dick pasó a Bonifacio Alisal. De acuerdo con lo aportado por Manuel Ibáñez Frocham, este súbdito español, nacido en 1805, vivió largos años en Lobos, donde ejerció funciones de alcalde. Devoto de Juan Manuel de Rosas, se trasladó al recién creado partido de Saladillo y, entre 1846 y 1849, ocupó el cargo de juez de paz local. Asimismo, era el propietario de la estancia Leonchos, de cuatro leguas y media de superficie (unas 11,250 hectáreas). Ibáñez Frocham agrega además que su sucesor en el cargo entre 1849-1850, Casimiro Villegas, poseía diez leguas cuadradas (25,000 hectáreas), parte de las cuales acabaron luego como ejido del pueblo (Ibáñez Frocham, 1963: 65-66).

¹³⁶ La República Argentina no adoptó el sistema métrico hasta 1878. En general, para expresar la extensión de las estancias, parcelas, lotes y distancias, a lo largo del siglo 19 se mantuvieron en uso las viejas medidas castellanas de longitud y superficie. Sin embargo, no eran regulares en todas las regiones, ni siquiera dentro de las mismas provincias. El Estado de Buenos Aires, por ejemplo, las determinó en 1857 y estableció la paridad 1 legua = 6,000 varas. Al simple efecto de facilitar la lectura, utilizo la siguiente conversión: 1 legua cuadrada equivale a 2,500 hectáreas; a su vez, una hectárea es igual a 14,400 varas cuadradas.

Así, en los renglones precedentes se han introducido los apellidos de algunos de los más importantes estancieros del Saladillo del siglo 19, catálogo que se irá enriqueciendo con el correr de la centuria.

En su obra biográfica sobre los terratenientes argentinos –escrita para conmemorar el centenario de la Sociedad Rural Argentina–, Jorge Newton cita a muy pocos nombres, ya fueran contemporáneos o históricos, vinculados al partido de Saladillo. Forman parte de ese selecto contingente: Mariano Acosta (miembro fundador de la Sociedad Rural y presidente de la institución entre 1882 y 1885); los Federico Álvarez de Toledo, padre e hijo; Carlos Antonio Arrospide, intendente municipal durante el período 1958-1962; los Jorge de Atucha (bisabuelo, abuelo, padre e hijo), a quienes el autor califica como una “dinastía”; los Del Carril; Joaquín Cazón; José Tomás Sojo; Nicolás Bruzzone, dueño de la estancia Esther; y Benjamín Butteler (Newton, 1972).

A diferencia de muchas de esas personas, Benjamín Butteler (1824-1891) ya había nacido hacendado. Poseía fortuna y tierras por herencia, pero las incrementó notablemente a partir de su ascenso político. Tuvo altos cargos en el Banco Provincia (primero llavero del tesoro y después director). Luego fue comandante de milicias en los tiempos del conflicto entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación, y operador del mitrismo y juez de paz de Saladillo, entre 1858 y 1861. Según Rossi, tenía en enfiteusis la estancia El Mangrullo, de unas 5,000 hectáreas (Rossi, 1871: 62 y 76), pero debe haberla adquirido en propiedad en algunas de las ventas masivas señaladas más arriba, porque en 1872 encargó una mensura al agrimensor González.¹³⁷ Cuando murió, sus restos fueron despedidos por el propio Bartolomé Mitre (Cutolo, 1971: I, 584). Sin embargo, en

¹³⁷ CGM-PBA: 327.

el atlas de Charles de Chapeaurouge, su nombre aparece todavía con una gran fracción de tierra en el ángulo occidental del partido, que, en uno de sus extremos, contenía una parte de la laguna El Potrillo Chico, en coincidencia geográfica con lo apuntado por Rossi.

Como puede apreciarse, a medida que avanza la lectura, el plantel de estancieros se hace más amplio y su seguimiento es más complejo. La nómina se acrecentó siguiendo la lógica de incorporación planteada por Paredes y, tal como se verá en algunos de los ejemplos seleccionados, en buena medida ese incremento se nutrió de la combinación entre las vicisitudes de la política local y los flujos del mercado internacional, tanto de bienes, como de capitales y personas.

En su reseña sobre las primeras elecciones municipales en el partido de Saladillo, Orlando Sanguinetti expuso con claridad el solapamiento entre poder político y poder económico. Los jueces de paz del partido eran los estancieros, y los despachos estaban en sus propios establecimientos. Esos mismos personajes formaban parte de las listas de legisladores anteriores a 1854 y de las autoridades municipales habilitadas por la Constitución del Estado del Buenos Aires a partir de esa fecha, aunque, por supuesto, los más poderosos de ellos jugaban (o aspiraban a hacerlo) en el tablero provincial. Este autor también señala que en 1856 el juez de paz de Saladillo era Antonio Bozán, y la sede judicial funcionaba en la estancia de su propiedad, la Santa Isabel, que a su muerte pasó a manos de José Ramón Sojo. Por distintos motivos, tanto provinciales como locales, las elecciones municipales no se hicieron efectivas hasta febrero de 1867 y, desde ya, confirmaron al mismísimo Bozán y a otros ganaderos en los principales cargos (Sanguinetti, 1949).

Pero hay otro artículo de este notable periodista y ensayista que echa todavía más luz sobre el asunto. Se trata del estudio del origen del nombre de la estancia 7 de Diciembre, cuya lectura es un ejercicio formidable. En sus inicios, este campo de unas 5 leguas cuadradas (unas 12,500 hectáreas) era parte de otro mayor, obtenido en enfiteusis antes de 1841 por José María Ezcurra, pariente del gobernador Rosas. El establecimiento original se llamaba La Barrancosa y tenía doce leguas cuadradas de superficie, o sea, unas 30,000 hectáreas (sin dudas, la mitad sur-oeste del viejo campo de Dick).

En esa división, la futura 7 de Diciembre pasó a Miguel Fuentes, hasta que, en 1853, el gobernador Pastor Obligado adoptó medidas punitivas contra los antiguos federales no redimidos. En ese momento aparecieron los Aguilar: Eulalio atendía la hacienda y Joaquín, la pulpería. La historia personal de los tres hermanos Aguilar (los dos ya nombrados y Victorino) está enraizada con la defensa de Buenos Aires contra el ataque de las fuerzas de Urquiza. Allí actuaron a las órdenes de Mitre y se destacó especialmente Victorino, coronel de las milicias porteñas, quien tuvo un papel estelar en el combate librado el 7 de diciembre de 1852, en el Retiro. De ahí proviene –según Sanguinetti– la denominación de la estancia.

En cuanto a la tenencia, el campo estaba a nombre de Eulalio Aguilar, quien figuraba como arrendatario de la provincia y aparentemente no pudo comprarlo cuando, en 1864, el Estado bonaerense liquidó muchos de esos alquileres. Allí la propiedad pasó a Benito Galíndez, terrateniente local y juez de paz, mientras que los Aguilar se mudaron hacia Olavarría, que en ese momento era una frontera recién afirmada, y, años más tarde, Eulalio se convirtió allí en juez de paz y referente municipal.

Benito Galíndez, en cambio, era un antiguo poblador del partido de Saladillo. Al menos en 1845, en sus años jóvenes, habitaba en la estancia Polvaredas, propiedad de Salomé Cascallares de Villegas. En 1852 el gobernador Vicente Fidel López lo nombró juez de paz, en remplazo del antiguo funcionario rosista Casimiro Villegas (arrendatario de la estancia Leonchos y gran propietario del partido). Ocupó ese cargo nuevamente en 1866-1867 y 1871-1872. Ya en 1851 su nombre aparece encargando una mensura, a cargo del agrimensor Eguía.¹³⁸ La adquisición de la estancia 7 de Diciembre resultó posible gracias a su asociación con uno de los más importantes financistas y terratenientes bonaerenses, Santos Unzué, quien lo ayudó a pagarla al precio de \$150,000 la legua cuadrada, a cancelar en siete cuotas anuales al gobierno provincial.¹³⁹ Su actuación continuó en ascenso al convertirse en el primer presidente de la municipalidad de Saladillo, tras las elecciones locales de 1867, y permaneció como un personaje local destacado hasta su muerte.

A su vez, Domingo Ayarragaray se convirtió en nuevo propietario de la 7 de Diciembre en 1880, para dejar la posesión en manos de su familia durante largas décadas. En 1919, según el plano catastral de Edelberg, la gigantesca estancia se había dividido en tres partes. La sección norte mantuvo la denominación del establecimiento, tenía 7,000 hectáreas y figuraba a nombre de Domingo Ayarragaray. Una fracción central de 3,500 hectáreas quedó en manos de María Ayarragaray de Navarro Viola, y el campo más austral, también de 3,500 hectáreas, pertenecía a Samuel Ayarragaray, que fue asimismo juez de paz e intendente de Saladillo en tiempos de los conservadores. La familia

¹³⁸ *CGM-PBA*: 326.

¹³⁹ De hecho, José Antonio Rossi indica que la estancia era propiedad de Galíndez y Unzué.

también tenía otra estancia, La Razón, a pocos kilómetros de distancia, en este caso propiedad de otra hija de don Domingo (Isabel), con una extensión de 2,699 hectáreas, siempre según los mismos registros catastrales.

Los enlaces entre política, descendencia, gran propiedad y topografía pueden verse también en el caso de la familia Cazón. Como decía el periódico de los Volonté:

La estación Cazón debe su nombre a José María Cazón, que integró la comisión fundadora del pueblo y era dueño de la estancia Polvaredas, de 8 leguas [cuadradas de extensión, unas 20,000 hectáreas], donde residía transitoriamente. Fue varias veces senador provincial y murió en 1880 a la edad de 71 años. Sus padres eran Joaquín M. González Cazón y Rafaela Pereyra Lucena, habiendo casado con una hija del prócer Nicolás Rodríguez Peña.¹⁴⁰

Joaquín Cazón (1809-1880) provenía de una familia porteña del patriciado. Una madre de abolengo y una esposa hija de egregio. Tenía dos hermanos: Cayetano, quien tuvo una larga carrera política en la Ciudad de Buenos Aires y era estrecho colaborador de Mitre y Alsina; y Vicente, legislador y funcionario de alto grado de la provincia y presidente del Banco Provincia entre 1860 y 1865. A diferencia de ellos, Joaquín se dedicó a la actividad rural, aunque, luego de la construcción institucional del municipio de Saladillo, ocupó varias veces una banca en la legislatura provincial (Cutolo, 1971: II, 259-260). Si bien en 1858 estaba listado como contribuyente directo de un campo de seis leguas (unas 15,000 hectáreas),¹⁴¹ su nombre apareció por primera vez en el catálogo de mensuras de la provincia en 1860, en este caso asociado a "Atucha, Jorge y otros". Luego se lo inscribió (esta vez en soledad y a pesar de

¹⁴⁰ *El Argentino*, 01/11/1962.

¹⁴¹ "Crónica histórica de Saladillo", en *El Argentino*, 04/01/1968.

haber muerto poco antes), en 1883, en una medición de Muñiz, al que se agregó, entre paréntesis, la leyenda “después Riglos, E. M.”¹⁴²

Ese campo de Riglos en Saladillo era solamente una de las tenencias de esta familia, a pesar de figurar aún a nombre de su antiguo titular en los planos de De Chapeaurouge, quien en cambio ubica a un Miguel Riglos con una gran estancia en 25 de Mayo, cerca del actual deslinde de ese partido con el de Roque Pérez, y otra de 16,550 hectáreas en jurisdicción de General Alvear, junto al arroyo de Las Flores y vecina a la estancia El Quemado, de los Cambaceses. En los planos de Edelberg de 1919, 2,728 hectáreas que habían sido propiedad de los Cazón ya aparecen a nombre de Esteban M. Riglos.

Los Riglos pertenecían a una antigua familia virreinal. Un primer Marcos Riglos figuraba como alcalde, juez y síndico procurador a inicios del siglo 18. Luego se emparentaron con otros patricios: los Lezica. Uno de sus miembros (José María) tuvo una disputa con los Anchorena, en la que ambos clanes hicieron valer sus relaciones políticas. Opositor al rosismo, fue apuñalado cuando estaba a punto de emigrar a Montevideo.

Otra rama de la parentela, originada en el teniente coronel Miguel Fermín (hijo de Marcos), aportó linaje con Miguel, quien también tuvo una significativa inserción política y social en Buenos Aires hasta su muerte en 1843. Justamente, Miguel fue parte de la Sociedad Rural, formada en 1829 para la colonización de campos bajo el régimen de enfiteusis en la zona sur, con la dirección de Gaspar Campos. Un hermano de Miguel (José) jugó un papel importante en las guerras de Independencia y murió como cónsul en Lima, en 1829.

¹⁴² CGM-PBA: 326 y 328.

Por supuesto, resulta impensable hablar de Saladillo sin citar a Mariano Acosta (1825-1893). El fundador del pueblo reunía muchas de las condiciones señaladas por Rogelio Paredes, como la pertenencia al patriciado, las funciones políticas y el papel de agente financiero. Para empezar, integraba una familia porteña tradicional, ya que su madre era una Santa Coloma. Tras estudiar abogacía, y dadas sus desavenencias con el rosismo, se exilió en Europa hasta su regreso en 1853. Tras su vuelta, se convirtió en un importante referente bonaerense: participó en la redacción de la Constitución de 1854, luego fue diputado del Estado porteño por la campaña, y formó parte de la comisión revisora que estudió la adecuación de la Constitución Nacional, en 1860. Finalizada esta tarea, se tomó un pequeño descanso en su estancia La Constitución, situada en Lobos, antes de retornar al gobierno provincial, convocado por Mariano Saavedra.¹⁴³

Tal es sabido, ocupaba el puesto de ministro de gobierno cuando fundó Saladillo, para pasar posteriormente a la presidencia del Banco Provincia, en el momento exacto en que se estaban vendiendo los viejos campos públicos arrendados. Su actuación política vivió un permanente ascenso: diputado nacional y gobernador provincial entre 1872 y 1874, saltó ese año a la vicepresidencia de la república, como compañero de Nicolás Avellaneda.

En su carácter de terrateniente, en 1881 figuraba mandando a efectuar una mensura en Saladillo, a cargo de Meyrelles.¹⁴⁴ En el compendio de De Chapeaurouge, aparece al menos dos veces: con la estancia citada más arriba (una buena fracción al sur del partido de Lobos, sobre la ribera del río Salado) y, lo más importante, en carácter de propietario de la estancia La Barrancosa, a pesar de haber

¹⁴³ "Quién fue Don Mariano Acosta", *El Argentino*, 31/07/1974.

¹⁴⁴ *CGM-PBA*: 328.

fallecido unos años antes. De hecho, en 1919 Edelberg señaló como titular de esa estancia a Dolores Anchorena.

La vertiente de los comerciantes españoles de los tiempos borbónicos también tuvo representación en Saladillo. Voy a citar a dos de importancia excepcional. En primer término, se encuentra la llamada “dinastía Atucha”, cuyo recorrido permite ilustrarse sobre la formación de una trayectoria aristocrática. Fue inaugurada por Jorge (1810-1872), el primero de su familia nacido en el Río de la Plata. Hijo de un inmigrante vasco radicado en 1789 en Buenos Aires y dedicado al comercio, desde joven se volcó a las tareas rurales. Tuvo establecimientos en Tandil y Zárate y se destacó como cabañero, ya que fue uno de los introductores de la raza Shorthorn.

A pesar de ser un ferviente opositor a Rosas, no se inmiscuyó en las reyertas civiles previas a 1852 y pudo prosperar como estanciero. Tras la batalla de Caseros y el sitio de Buenos Aires, ocupó un juzgado de paz y luego fue legislador del Estado de Buenos Aires, hasta 1864, en que se retiró para dedicarse a la actividad privada y recreativa (principalmente, las carreras de caballos) en su quinta de Belgrano, donde falleció en 1872.

Su hijo, por lo contrario, se ocupó de obtener recursos de la venta de sus estancias para volcarlos a la especulación inmobiliaria urbana hacia mitad del siglo 19, cuando Buenos Aires empezó a vivir su transición de gran aldea a ciudad moderna, y ya antes expresé que se deshizo de la parte familiar de Tres Bonetes en el mismo año de la muerte de su padre. El tercer Jorge de Atucha hizo el camino inverso: liquidó los bienes urbanos, adquirió 37,000 hectáreas y a su muerte, a mediados de la década de 1930, legó al cuarto Jorge de Atucha una gran cantidad de tierra y una posición social prominente, que lo llevó a ser miembro de la Comisión Directiva de la Rural entre 1944-1946

y director de la revista *Anales de la Sociedad Rural*. Pero, para esa época, esta rama de la familia ya había perdido sus vínculos con Saladillo (Cutolo, 1971: I, 263; Newton, 1972: 50-51).

El segundo caso es el de los Álvarez de Toledo, quienes remontaban su prosapia a España, donde sostenían estar emparentados con el duque de Alba. Todo indica que llegaron al Río de la Plata a finales de la época colonial. De un poco conocido Joaquín, nació Federico padre (1826-1923), exiliado en Chile en tiempos de Rosas; allí conoció a Sarmiento e hizo amistad con él. Regresó tras Caseros e inició una carrera política en la Legislatura bonaerense y en el Banco Provincia, del que fue director. También estuvo en el Ferrocarril del Oeste y fue fundador de la Sociedad Rural Argentina.

Tras la ya presentada compra de sus campos en Saladillo, fue parte activa de las comisiones municipales desde entonces, sobre todo en la que determinó la fundación e instalación del pueblo. En 1894, Toledo padre “trasladó el casco de la estancia y le puso el nombre de María Antonieta, en homenaje a su esposa, María Antonieta Faix” (Pereyra, 2015c). Según el plano de Edelberg de 1919, esta monumental posesión alcanzaba 25,089 hectáreas, lo que significaba casi el 10 % de la superficie total del partido, cantidad que el grupo familiar superaba al sumarle la estancia San Juan y San Pedro de su hijo homónimo, de 3,852 hectáreas.

En las administraciones rural y pública, le siguió el joven Federico, ingeniero agrónomo de profesión y político de vocación. En “Saladillo ocupó sucesivamente los cargos de Comandante Militar, Presidente de la Municipalidad, Juez de Paz, Intendente y Presidente del Consejo Escolar”, pero trascendió al campo nacional al convertirse primero en ministro de Marina y luego embajador en París y

Londres del gobierno de Yrigoyen (Pereyra, 2015d). Federico hijo se retiró de la política en 1928 y falleció en su estancia saladillense, el 13 de febrero de 1939.¹⁴⁵

Desde el Interior llegaron en cambio los Del Carril. Esta estirpe era originaria de la provincia de San Juan, donde nació Salvador María (1798-1883). Tras recibirse de abogado, inició una fructífera carrera política en su terruño, donde fue secretario del gobernador a los 24 años y primer mandatario local en 1823. Simpatizante de Rivadavia, luego apoyó y asesoró a Lavalle en la deposición y el fusilamiento de Dorrego. Con el ascenso de Rosas, se exilió primero en Uruguay y luego en el sur de Brasil. Después de Caseros, se vinculó con Urquiza y la causa de la Confederación, de la que fue vicepresidente entre 1854 y 1860.

Tras la batalla de Pavón, Salvador María del Carril se pasó al bando vencedor y entró en la Corte Suprema de Justicia de la Nación, en la que permaneció hasta 1877, para retirarse tras haber ejercido la presidencia desde 1870. Tuvo dos hermanos de actuación también destacada. Uno de ellos era Federico (1818-65), militar que peleó con Lavalle y que estuvo en Caseros, pero que en 1852 se unió a la causa porteña y por ella combatió durante el sitio, en Cepeda, Pavón y Cañada de Gómez. Como jefe de milicias, estuvo en Tandil y Campana y marchó con Paunero a las campañas contra el interior federal. En reconocimiento, Mitre lo hizo teniente coronel en 1863. El otro hermano, José María, había nacido en el exilio familiar en Uruguay y volvió a San Juan para hacer carrera política, hasta convertirse en gobernador en 1869.

Un hijo de Salvador María, Víctor del Carril, nació en Brasil durante el exilio paterno y militó en política desde muy joven. Su primer punto destacado fue la participación

¹⁴⁵ *La Semana*, 18/02/1939.

en la revolución de 1874, en la que se mantuvo leal al gobierno y desairó a Mitre al aportarle tropas al general Arias para la batalla de La Verde. Luego fue juez de paz de Saladillo, en 1874-1875, 1877-1878 y 1883-1884, senador provincial entre 1880 y 1890 y vicegobernador desde esa fecha hasta la intervención federal que sucedió a la revolución de 1893. Su nombre está anotado por lo menos cuatro veces en el registro provincial de mensuras: entre 1887 y 1888, el agrimensor Dodds realizó varias labores a su nombre, una primera asociado a José Sarasola, otras con José Viale y dos más sin acompañantes.

En el atlas de De Chapeaurouge, su nombre aparece una y otra vez, en general junto a Pedro del Carril. Figura en el oeste del partido de Saladillo, justo en el triple límite con los municipios de General Alvear y 25 de Mayo, donde poseía en soledad una parcela no menor a las 5,000 hectáreas, que se expandía por los tres distritos. Era vecino de sí mismo, con una fracción algo menor a nombre suyo y de Pedro, con quien gozaba de otros dos campos en jurisdicción de General Alvear, uno de ellos muy extenso y lindero al del gran terrateniente José Crotto. Por supuesto, su tenencia central era la gigantesca estancia del norte del partido, que abarcaba las actuales localidades de Del Carril y Polvaredas y se encontraba entre los cinco campos más grandes de Saladillo.

De todos modos, los efectos sucesorios fueron dividiendo esos latifundios. En el plano de Edelberg de 1919, la vieja propiedad ya aparece separada en fracciones de unas 2,000 hectáreas cada una, entre Ofelia del Carril, Emilio del Carril, A. T. del Carril de Güiraldes, Carlos Federico del Carril, Ramiro del Carril y el Banco el Hogar Argentino (tenedor de dos fracciones que sumaban más de 3,200 hectáreas). Asimismo, el campo del oeste había cambiado de manos: una gran parte fue absorbida por la estancia El

Mangrullo, y otra menor pasó a formar parte de la imponente hacienda de los hermanos Sojo.

El nombre de esta última familia pertenece a la temprana historia saladillense. Según se ha escrito, el fundador del clan fue José Ramón Sojo, un comerciante español de origen vasco, nacido en 1840. De acuerdo con los datos aportados por Marcelo Pereyra, se radicó en el partido en 1859,

con un comercio que instaló en el campo de un señor Rodríguez, en las inmediaciones de Cazón. Desde entonces, su nombre estuvo ligado a Saladillo, que lo tuvo como uno de sus más activos impulsores en los años de la fundación.

En efecto, fue censado por el juez de paz como contribuyente en 1863, aunque con una valuación pequeña de \$7,000.¹⁴⁶ Conoció a quien sería su esposa en un viaje a España, en 1869, y al regresar se instaló en la Ciudad de Buenos Aires, donde se dedicó también al comercio. No obstante, nada indica un descuido de sus intereses al sur del Salado, ya que, en 1877, junto con los señores Dalto y Holze, encargó una mensura al agrimensor Cassier.¹⁴⁷ En 1897 se retiró de sus negocios para instalarse en su estancia, la Santa Isabel.

Dos de sus descendientes (Enrique T. y Ángel Sojo), juntos con José Salaberry y Pedro Bercetche, confiaron al agrimensor Edo la mensura del campo Santa Rita en 1918.¹⁴⁸ Justamente la hermandad de los Sojo había devenido en 1919 en dueña de cantidades imponentes de tierras. En el catastro de Gregorio Edelberg de ese año, se consignan a su nombre los campos: El Carmen, de 2,755 hectáreas; El Bañadero, de 2,179; La María, de 1,631; San

¹⁴⁶ *CD-RC*: 123.

¹⁴⁷ *CGM-PBA*: 327.

¹⁴⁸ *CGM-PBA*: 330.

Víctor, de 2,342; San Ignacio, de 2,130; y la ya nombrada Santa Rita, de 1,400; todas ellas colindantes. A eso debe sumarse la originaria estancia Santa Isabel, ubicada en la zona centro-oriental del partido, de 1,610 hectáreas, que en ese momento se hallaba en trámite sucesorio. Como puede apreciarse, acumulaban un total de más de 17,500 hectáreas, a las que solo el fraccionamiento hace figurar en los censos como campos menores a 3,000 hectáreas. El vástago más reconocido de don José padre fue José Tomás Sojo, ingeniero y ministro provincial, que murió el 13 de junio de 1938.

Otro hijo célebre de Saladillo fue Alejandro Posadas (1870-1902). En este caso, no por su trayectoria política, sino por sus excepcionales dotes en el campo de la medicina argentina, disciplina que lo considera uno de sus padres. Por desgracia, murió de tuberculosis a los 31 años, no sin antes convertirse en maestro de varios de los nombres grandes de esa ciencia. Era hijo de don Alejandro Posada (aparentemente así el apellido original, sin la S final), un inmigrante gallego que arribó al Río de la Plata en 1854.¹⁴⁹

Posadas padre se dedicó al comercio, y en 1863 lo registraron para la contribución directa, con una base tributaria de \$11,000, un capital todavía modesto. Pero apostó también por las actividades agropecuarias, y ya en 1871 Rossi lo señaló como propietario de un campo de 832 hectáreas y arrendatario de seis puestos en la estancia Tres Bonetes, donde pastoreaban 16,000 ovejas y 180 vacunos (Rossi, 1871: 61 y 70). Los negocios debían ir bien, porque Alejandro hijo pudo marcharse a Buenos Aires en 1888 a realizar sus estudios universitarios y, en efecto, De Cha-peaurouge nominó para la familia dos parcelas de la zona

¹⁴⁹ "Así fue la primera operación filmada en la historia de la medicina: se hizo en Buenos Aires, hace más de 130 años", *Infobae*, 05/01/2020.

norte del partido: una vecina a la laguna del Indio Muerto, no muy lejos del actual paraje San Blas, y la otra junto al arroyo Saladillo, de la orilla que hoy día pertenece a Roque Pérez.

Los planos dibujados por Edelberg en 1919 y 1939, cuando las propiedades se habían fraccionado por efectos de la sucesión, aportan mayor certeza: el primero de los campos se extendía por 2,361 hectáreas y el segundo alcanzaba las 3,232. A la muerte del padre y el primogénito, todo indica que la administración de esas estancias recayó en los otros hijos, en especial en Carlos Posadas, a quien ya me referí en el capítulo 2.

Como dije más arriba, a las tipologías presentadas por Paredes, es bueno sumarles los casos de quienes se hicieron importantes propietarios desde el servicio de armas, pero empezando como soldados-colonos en la mitad del siglo 19. Dionisio Pereyra (1823-1871) es el caso de un miliciano que recibió tierras por sus tareas y luego se forjó un nombre dentro del padrón saladillense. Había nacido en Buenos Aires, en el seno de una familia unitaria que debió exiliarse durante el rosismo.

Después de Caseros, participó en la lucha contra los malones, y, en 1855, el gobernador Pastor Obligado lo designó como jefe del fortín El Mangrullo, en la estancia homónima, propiedad entonces de Roque Carranza. Allí levantó ese sitio destinado a vigilar posibles invasiones y asegurar la línea de frontera, además de intervenir en la construcción de otra fortificación con destacamento de tropas, en el margen del arroyo Las Flores. En esos avatares, en 1856 fue hecho prisionero por Calfucurá, durante su famosa invasión.

Una vez recuperada la libertad, lo nombraron comandante del Regimiento 6 de Caballería de Guardias Nacionales y se le encargó la construcción del fortín Las Parvas

(futuro Regimiento 9 de Guardias Nacionales). Mientras tanto, se había convertido en estanciero, ya que el agrimensur Hudson le practicó una mensura en 1863, pero Rossi solamente lo menciona como enfiteuta de unas 2,500 hectáreas. En 1867 obtuvo el ascenso a teniente coronel y la designación de comandante militar de Saladillo. Era el titular de la estancia El Porvenir, donde criaba unas 5,000 ovejas y 1,200 vacunos, y del campo La Fortuna, sitio en el que falleció el 11 de octubre de 1871 (Rossi, 1871: 62 y 80; Cutolo, 1971: vi, 180).¹⁵⁰

Su hija se casó con un primo, Aureliano Roigt, otro prohombre local que debió su ascenso social a la milicia. Sobrino de Pereyra, Roigt se radicó en Saladillo en 1869, para sumarse a la defensa del fortín El Mangrullo. En 1874 participó de la batalla de La Verde como jefe del batallón Saladillo. Como premio por la victoria, le otorgaron el grado de mayor, se convirtió en referente local del alsinismo y ejerció el puesto de juez de paz entre 1879 y 1880. En 1890 se sumó a la Unión Cívica y tres años más tarde fue parte de la revolución radical de 1893, junto a Emiliano Reynoso. Falleció en la Capital Federal, a finales de 1920.¹⁵¹

Si bien sus propiedades no figuran en el atlas de De Chapeaurouge de 1905, en 1919 Edelberg demarcó a la familia Roigt-Pereyra con varias parcelas en el sur del partido, entre la estancia La Barrancosa por el oeste y el arroyo de Las Flores por el este. La suma de sus fracciones, que incluía los campos La Armonía y La Agripina, pasaba las 2,000 hectáreas.

Un antecedente miliciano también estaba en el origen del fundador de otra familia de notables locales: los Bustingorri. El primero de la progenie, don Miguel, nació en 25 de Mayo, el 30 de marzo de 1865. Su padre (también

¹⁵⁰ "Don Dionisio Pereyra. En el centenario de su muerte", *El Argentino*, 14/10/1971.

¹⁵¹ "D. Aureliano Roigt. Centenario de su muerte", *El Argentino*, 23/06/1945.

llamado Miguel) era un migrante vasco y “pertenecía a la guarnición del Fortín Mulitas desde 1850, los años en que Calfucurá reinaba soberano en la extensión de la pampa y adelantarse a la línea de fronteras era un acto de genuino heroísmo”. Con todo, Miguel padre poseía una estancia llamada Santa Juana.

Miguel hijo vivió allí hasta que se trasladó a la estancia La Carolina. Desde ese lugar se mudó, en 1905, al campo San Patricio, cercano a Mamaguita, “en calidad de arrendatario primero y propietario después”. En 1897 hizo un buen casamiento con María Basabe, “perteneciente a una de las familias más tradicionales de 25 de Mayo”, con quien tuvo diez hijos. El éxito empresario lo llevó a disponer de dos grandes establecimientos: Las Dos Marías, en 25 de Mayo, y San Miguel, en Saladillo, entre los que reunía 3,000 hectáreas de campo. En 1928 se radicó en la planta urbana de Saladillo, donde murió el 7 de mayo de 1945.¹⁵² Por supuesto, en la búsqueda de elevar la situación social de su descendencia, su primogénito Miguel fue enviado a estudiar al Colegio del Salvador primero, luego al Nacional de Buenos Aires y posteriormente a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde se graduó como abogado (Bustingorri, 1953).

Ciertamente, no todas las historias de búsqueda de ascenso económico y social concluyeron de manera exitosa; ni tampoco en todos los casos los herederos de esas primeras generaciones de emprendedores lograron mantener las posiciones (y sobre todo los bienes) de sus ancestros; ni son las trayectorias de sujetos poseedores de grandes parcelas las únicas en que vale la pena detenerse. Lejos de ser lineal, la evolución de la propiedad agraria saladillense presenta diversidad y complejidad.

¹⁵² “Don Miguel Bustingorri. Se cumple el centenario de su nacimiento”, *El Argentino*, 25/03/1965.

Una historia con altibajos es la de otro clan local de gran ascendencia: la familia Cabral. Máximo fue uno de los fundadores del pueblo, juez de paz entre 1864-1865 y de nuevo en 1869 y 1883. El registro de contribuciones directas no lo nombra, aunque figuran en él tres personas de apellido Cabral, todos con capitales menores, pero Rossi lo cita como arrendatario del campo San Alejo, que, en sus cinco puestos, albergaba a 14,500 ovinos, 240 bovinos y 275 equinos, y formaba parte de la estancia Santa Rosa, de Páez y Rosales, ubicada junto al arroyo Las Flores, en el actual Cuartel v, cerca de Blaquier (Rossi, 1871: 80).

Don Máximo estaba (aparentemente) relacionado con el célebre sargento de San Lorenzo y con las familias Montegudo y Del Valle, en tanto que su esposa, Matilde Fernández Mansilla, era pariente del general Mansilla y del mismísimo Rosas. El matrimonio tuvo una abundante descendencia, entre ellos Carlos, octavo en orden de llegada y nacido en 1864. El joven Cabral no sintió la comezón por el negocio agropecuario, sino que se dedicó a la educación, y llegó a ser un maestro rural muy reconocido. En 1892 se casó con Emilia Thompson, propietaria de un campo en la zona de El Parche, donde Carlos fundó una escuela rural y continuó con la enseñanza. En 1906 volvió al pueblo, pero no pudo poner en marcha la escuela particular que tenía en mente. Como decía *El Argentino* al recordarse el centenario de su natalicio, “las condiciones económicas adversas, y también influido por la bohemia de su carácter independiente, lo llevan a ejercer uno de los aspectos más sacrificados de la enseñanza, el de maestro particular rural”, tarea desempeñada hasta su muerte, en 1935.¹⁵³

En la otra vereda, es interesante revisar un caso afortunado de ascenso social como el de Santiago Cartier. Hijo

¹⁵³ “Hoy se cumple el centenario del nacimiento de D. Carlos Cabral”, *El Argentino*, 16/07/1964.

de inmigrantes franceses, nació en Saladillo el 31 de julio de 1875. Su padre (también llamado Santiago) figura en el censo de Rossi como arrendatario de Galíndez y Atucha en Tres Bonetes, con cuatro puestos y 9,500 ovejas en su campo (Rossi, 1871: 74). El joven Santiago trabajó en sus años mozos en estancias de Lamadrid, Córdoba y Santa Fe. En el trabajo de Charles De Chapeaurouge, un Santiago Cartier ya figura como propietario de un campo mediano, justo en el límite de las estancias La Barrancosa y la citada Tres Bonetes, y, en los planos de Edelberg de 1919, la sucesión de esa propiedad entre los Cartier y sus parientes sumaba más de 1,000 hectáreas, ubicadas entre las estancias Leonchos y las dos ya mencionadas.

Una curiosidad anexa de Cartier era la de haber formado parte de la primera conscripción en Curamalán, en 1896. En 1907 se casó con una prima suya y, con una posición hecha, fue presidente del Club Social en los años veinte. También tuvo cargos en la Sociedad Francesa, la Sociedad Rural e Hipódromo de Saladillo y algunos puestos políticos menores en representación del radicalismo local. Como muchos hijos de inmigrantes, era “un acendrado cultor del criollismo” y cerró su trayectoria de notable saladillense como miembro de la Comisión de Festejos del Centenario, organizadora de las celebraciones del 31 de julio de 1963. En muestra del reconocimiento público, su largo obituario no se publicó en la sección necrológica, sino en la primera página de *El Argentino*.¹⁵⁴

Como las de Sojo y Posadas, muchas de las fortunas rurales de Saladillo tuvieron origen en el comercio local, aunque no alcanzaran igual magnitud. Lucas Mañana, por ejemplo, hijo de un padre homónimo, “había nacido en Las Flores [...] y desde niño se radicó en nuestro pueblo,

¹⁵⁴ *El Argentino*, 23/07/1964.

donde su padre ejerció el comercio y luego se estableció en el cuartel 7°, con un importante establecimiento de campo”. Si bien el joven Lucas hizo carrera como empleado bancario, luego regresó a vivir en la estancia familiar, hasta que falleció a los 82 años, a causa de un incidente de tránsito.¹⁵⁵

No muy disímil fue la trayectoria de Manuel Villanueva, legendario comerciante de Saladillo nacido en 1886. Empleado de comercio en el almacén de Oliver en su primera juventud, luego hizo la misma actividad en la ciudad de San Fernando, lo que le permitió juntar el capital para abrir, en 1914, el almacén El Globo, en la esquina de las actuales Mitre y Sojo. Más tarde se expandió, con la apertura de un almacén rural en El Parche, y, en paralelo a esto, comenzó “a dedicarse a las actividades agropecuarias, tareas que siempre desarrolló con mucho placer”, aun cuando cerró su primera tienda, en 1947. Devenido en ciudadano ilustre, fue elegido para presidir la Comisión del Centenario. Murió a los 81 años, el 9 de marzo de 1967.¹⁵⁶

Es que, a principios del siglo 20, la zona rural de Saladillo podía ofrecer las posibilidades para un rápido progreso, desde inmigrante reciente a propietario, en un tiempo relativamente breve. Una de esas historias de vida es la de don Juan Ferro. Nacido en la provincia de Salerno, hacia 1879, de adolescente fue a “hacer la América” a Estados Unidos. Volvió a su original *paese* de Sassano para casarse con Filomena de Lucca. Llegó a Argentina en 1905 y se avecindó en las estancias San Miguel y El Capricho de la familia Saralegui, asociado a su hermano Francisco. En 1924, en cambio, pudo adquirir “una importante extensión de campo en Cazón, donde se estableció con su familia”

¹⁵⁵ *El Argentino*, 17/03/1966.

¹⁵⁶ “Don Manuel Villanueva”, *El Argentino*, 16/03/1967.

(compuesta por once hijos), para poner en marcha un establecimiento modelo, al que denominó "San Juan".¹⁵⁷

Contrariamente a la idea historiográfica común sobre la dificultad, la casi imposibilidad o la inconveniencia de los arrendatarios bonaerenses para acceder a la propiedad, en Saladillo abundan ejemplos en sentido contrario y las fuentes muestran que la circulación, el aprovechamiento de oportunidades y la posesión de la tierra como coronación del trabajo podían ser más habituales de lo pensado. El caso de Pascual Puricelli lo grafica muy bien. Había nacido en Las Flores, en 1879. Luego su familia pasó al partido de General Belgrano y en 1903 se radicó en Saladillo, en la estancia La Materna. Tras casarse, pudo adquirir su propio establecimiento de campo, "contiguo a Álvarez de Toledo, donde ha vivido desde entonces", como se leía en su necrológica.¹⁵⁸

Justamente la estancia de los Toledo fue la puerta de entrada de otro inmigrante italiano, Cesare Benigni, quien llegó de Osimo, provincia de Ancona (región de Le Marche), en 1906, cuando contaba con 19 años. En un principio, el joven Cesare se radicó en la estancia La María Antonieta, y para 1921 ya era capataz del establecimiento. En 1925 se abrió camino como arrendatario de esos terratenientes, hasta que en 1933 se trasladó a la zona de La Campana. Allí, fue parte del grupo fundador de la Escuela Láinez 186 del paraje, y presidente de su cooperadora. Pero su sueño se haría realidad poco más tarde: "Corría el año 1937 cuando cumplió el gran anhelo de su vida: adquirir una fracción de campo, que luego de haber construido en ella una casa habitación y una capilla, se instaló para vivir allí en 1945". Permaneció al frente de ese establecimiento

¹⁵⁷ *El Argentino*, 09/08/1962.

¹⁵⁸ *El Argentino*, 24/12/1964.

hasta 1975, cuando, ya con 88 años, decidió establecerse en el pueblo.¹⁵⁹

Algo similar ocurrió con Manuel Martínez Revaldería, quien arribó desde Lugo, Galicia, en septiembre de 1906. Con veinte años, se instaló en Del Carril para dedicarse a las faenas rurales. Primero fue arrendatario, pero un tiempo después ya era propietario, y en 1929 pudo darse el gusto de volver a España para poder pasar un año entero en su patria de origen.¹⁶⁰ Y debe tenerse en cuenta que Toledo, La Campana y Del Carril habían sido zonas de estancias enormes hasta la década de 1910, según reseñé antes, y puede contrastarse sin inconvenientes al mirar los planos de De Chapeaurouge y Edelberg.

En efecto, basta revisar rápidamente la prensa saladiñense para encontrar ejemplos del proceso de división de propiedades grandes y medianas en predios menores. Así, en abril de 1927, se anunció la venta en remate público del campo Santa Rosa de Juan Moreno, cerca de Micheo. Esas 680 hectáreas se fraccionaban en nueve lotes de 73 a 80 hectáreas y podían financiarse “con préstamos de colonización del Banco Hipotecario Nacional”.¹⁶¹

Poco más tarde, se ofreció una de las subdivisiones de la herencia de Víctor del Carril, identificada como estancia La Revancha. Este caso se aprecia en un afiche que está resguardado en el museo local, de 1929, donde se publicitaba la salida al mercado de una fracción de 1,024 hectáreas y diecisiete lotes que, en superficies desde 41 hasta 115 hectáreas, totalizaban 944 hectáreas. Como rezaba el aviso, estas parcelas menores aspiraban a que “los trabajadores rurales que [dispusieran] de algunas economías o de un pequeño crédito [pudieran] adquirir un pedazo de tierra”,

¹⁵⁹ “Don Cesare Benigni”, *El Argentino*, 16/08/1979.

¹⁶⁰ *El Argentino*, 05/03/1964.

¹⁶¹ “Campo ‘Santa Rosa’. Su venta en lotes”, *El Argentino*, 28/04/1927.

algo para lo que incluso contarían con el apoyo financiero del Banco Provincia.¹⁶² Aun en plena crisis, en el invierno de 1930, también se comunicó la subasta de 440 hectáreas pertenecientes a Samuel Ayarragaray, junto a la estación San Benito, fraccionadas en fincas de 12 a 24 hectáreas, también con financiación de esa entidad.¹⁶³

¿Qué pasó en esa misma época en la zona sur del partido, que es el foco de esta investigación? Aquí van algunos ejemplos. Ernesto Arbeloa, un navarro nacido en Eibar, probablemente en 1895, llegó a Saladillo todavía adolescente. “Trabajó primero en la colonia del campo de Gorchs y luego se estableció en Barrancosa, a partir de 1925, donde años después iba a adquirir la tierra regada con el sudor de su frente”.¹⁶⁴ También Joaquín Ripoll pasó por Gorchs, antes de recalar en La Barrancosa. Nacido en España, probablemente en 1893, además de dedicarse al cuidado de su chacra en compañía de su familia, fue asociado de la Federación Agraria y miembro fundador de la Cooperativa Agrícola. La muerte lo sorprendió a los 58 años, “mientras se hallaba en la feria, entregado a sus habituales ocupaciones de hacienda”.¹⁶⁵

Aunque sus campos no estaban tan cerca, Ripoll compartió muchos intereses con Ángel Abarca, cuyo deceso aconteció el 3 de diciembre de 1957, a los 72 años. Español de nacimiento, llegó al país en 1903, a los 18 años, para radicarse “primero en Sojo, luego en Toledo y finalmente en Barrancosa, de la cual fue vecino destacado, fundador y primer presidente del Club Carlos Calvo”. A pesar de haberse afincado en el pueblo desde 1943, Abarca “continuó

¹⁶² Museo de Saladillo, afiche publicitario sin catalogar. Agradezco su localización a Romina Virgili.

¹⁶³ “440 hectáreas de campo serán loteadas en Saladillo”, *El Argentino*, 13/09/1930.

¹⁶⁴ *El Argentino*, 18/07/1963.

¹⁶⁵ *El Argentino*, 19/04/1951. Agradezco la localización del aviso fúnebre a Silvina Krupitzky.

apoyando el movimiento de agricultores federados y, al fundarse la Cooperativa, fue uno de sus miembros más entusiastas”.¹⁶⁶

Según puede verse, la cuestión de la posesión de la tierra fue apenas una faceta de las vidas de estas personas, a pesar de que esa complejidad y riqueza queda muchas veces oculta bajo el rótulo que tipifica a muchos chacareños como gente “simple y sencilla”. Un ejemplo de esta afirmación es el formidable obituario que *El Argentino* dedicó a don Santos Capponi, fallecido el 22 de noviembre de 1961, a los 82 años. Nacido en 1879 en Ancona (región de Le Marche, Italia), llegó al país en 1903, ya casado con Enriqueta Ciampichini. En 1906 el matrimonio se instaló en Saladillo, como uno de los primeros pobladores de la colonia agrícola fundada por Rafael Domínguez en la estancia La Barrancosa. Además de colono, se empleó “en el movimiento de bolsas del galpón de la misma estación”, y en 1910 se radicó “con chacra propia en el campo 7 de Diciembre de don Domingo Arrayagaray”. Más allá de las alegrías y los sinsabores de las faenas agrícolas y de una familia con nueve descendientes, el periódico lo recordaba también como “un factor de progreso, tanto en el vecindario donde actuara por tantos años, como en el medio rural que fue practicando luego los sistemas cooperativos, a los que prestó un decidido apoyo”.¹⁶⁷

Unas semanas más tarde, se produjo la defunción de Nazareno Ciampichini, cuya historia personal estaba muy entrelazada con la de Capponi, de quien era casi contemporáneo y cuñado. También era nativo de la región de Le Marche (en este caso, de la provincia de Macerata) y arribó a Argentina en 1907, casado con Asunta Bellesi y ya con un

¹⁶⁶ *El Argentino*, 12/12/1957. Agradezco la localización del aviso fúnebre a Silvina Krupitzky.

¹⁶⁷ *El Argentino*, 30/11/1961.

hijo. Se asentó asimismo inicialmente en Barrancosa, pero luego pasó por Micheo y Pueblitos, para afincarse definitivamente en Leonchos, en 1919.¹⁶⁸

Agustín Baiocco, en cambio, era un marchegiano de Osimo, donde había nacido, probablemente, en 1873. Ingresó a Argentina en 1896, ya casado, y se estableció en Roque Pérez (en ese entonces partido de Saladillo). En 1907 se ubicó en La Barrancosa, para pasar luego a San Benito, siempre como arrendatario. En “1926 pudo alcanzar la satisfacción de adquirir la tierra propia, al producirse la subdivisión del campo La Mascota”.¹⁶⁹ Cerca de esa chacra, se localizó Víctor Pérez, fallecido el 4 de noviembre de 1965. “Había nacido en el pueblo de Criales de Losa, provincia de Burgos, en 1900, y trece años después llegó en compañía de su madre a este pueblo, donde ya estaba radicado su padre, trabajando en las faenas rurales”. Tras casarse en 1926, se instaló en la estancia Los Puestos, hasta que pasó a La Barrancosa, en 1941, “al campo que luego habría de adquirir en propiedad”.¹⁷⁰

Pero no todos pasaron directamente del barco al campo. Por lo contrario, Pedro Fasano nació en el pueblo de Saladillo, en 1885. Trabajó en la construcción junto a su padre y luego se radicó en su chacra de La Razón, “a cuya labor dedicaría más de 40 años de su vida, y fruto de la misma fue el acrecentamiento de su patrimonio”. Se había casado con la hija de inmigrantes irlandeses (María Inés Killian), de lo que tal vez derivó el apodo de “el Inglés”, con el que se conocía a su hijo.¹⁷¹ Su parcela no era muy grande, pero parece que incluso tenía al menos un peón en el establecimiento. Así lo informaba también *El Argentino*,

¹⁶⁸ *El Argentino*, 04/01/1962.

¹⁶⁹ *El Argentino*, 12/03/1964.

¹⁷⁰ *El Argentino*, 11/11/1965.

¹⁷¹ *El Argentino*, 01/10/1959.

que recordó la muerte del jornalero Juan Antonio Rivero, a los 48 años, el 30 de abril de 1962.¹⁷²

Mientras las chacras remplazaban las viejas estancias, los antiguos apellidos del catastro de inicios del siglo 20 vinculados a esos latifundios se iban apagando en su segunda mitad. Algunas de esas personas hacía tiempo se habían mudado de Saladillo, como Isabel Ayarragaray, que murió en la Ciudad de Buenos Aires, en julio de 1959, a los 85 años. Su obituario recordaba que era hermana del “extinto don Samuel Ayarragaray”, y que “poseía en la estación Barrancosa una importante extensión de campo heredada de su padre, don Domingo Ayarragaray”.¹⁷³

No todos los retoños de los antiguos terratenientes partían de este mundo rodeados de la vieja fortuna y de las amistades de sus pasados vínculos sociales. Una necrológica muy breve anunció, en diciembre de 1960, la prematura muerte de la integrante de una de esas grandes castas ya presentadas:

Recibieron sepultura en nuestra necrópolis, el sábado por la mañana, los restos de la señora Julia Ofelia Riglos, fallecida en su domicilio de Del Carril, a los 42 años de edad. Era hija de quien fue propietario del conocido campo entre Cazón y Del Carril, aunque actualmente carecía de todo bien de fortuna.¹⁷⁴

Tal vez más desahogada en términos financieros, pero casi en soledad, se apagó el 5 de febrero de 1964 la vida de María Ofelia Roigt, en la Capital Federal, “donde residía desde [hacía] muchos años”. Era la hija “de don Aureliano Roigt y de doña Agripina Pereyra, era nieta del teniente coronel Dionisio Pereyra, jefe del cantón en El Mangrullo y uno de los fundadores de Saladillo”. *El Argentino* dijo lo

¹⁷² *El Argentino*, 10/05/1962.

¹⁷³ *El Argentino*, 20/08/1959.

¹⁷⁴ *El Argentino*, 15/12/1960.

siguiente sobre ella: “[En su juventud] destacóse netamente en nuestro medio social, por su cultura y distinción, que le eran proverbiales”. Pero, cuando sus restos fueron trasladados para ser sepultados en el cementerio de Saladillo, apenas formaban el cortejo su hermano Luis María y “un puñado de fieles amigos”.¹⁷⁵

La evolución de la propiedad, medida a través de los censos y las encuestas

Cuando la Provincia de Buenos Aires mandó a levantar un registro de propietarios a fin de calcular el importe que debía percibir cada uno de ellos en concepto de contribución directa inmobiliaria, el entonces juez de paz de Saladillo informó la existencia de un grupo pequeño de propietarios rurales que disponían de poco más de 240,000 hectáreas. Como he dicho, muchos terratenientes eran en realidad arrendatarios del Estado provincial o viejos enfiteutas, situación que empezó a ser saneada al año siguiente.

A pesar de esto, todavía en 1871 Rossi diferenció los “campos de propiedad” de los “campos enfiteúticos”. Los primeros comprendían unas 274,000 hectáreas, y los segundos, alrededor de 70,000. Además, en su trabajo mencionó la existencia de 111 propietarios, quienes concentraban cerca de 384,614 de las 442,459 hectáreas que él calculó como superficie de un partido que todavía contenía al actual de Roque Pérez. De esos terratenientes, seis poseían más de 5,000 hectáreas, y otros ocho, más de 10,000 (Rossi, 1871; Balsa & Colombo, 2007: 5-6).

También individualizó a los arrendatarios (sin señalar las superficies ocupadas) y a un buen número de puesteros, encargados, medieros, habilitados y dependientes de las

¹⁷⁵ *El Argentino*, 13/02/1964.

estancias para completar ese retrato del antiguo Saladillo. Una década después, el censo provincial de 1881 consignó mucha información sobre población y efectuó cálculos acerca de la riqueza agrícola, ganadera, industrial y comercial del distrito, pero no echó luz alguna sobre la cuestión de la propiedad: no figuraron en sus páginas ni propietarios, ni arrendatarios.

En 1888, todavía fue bastante escueta la información acerca del tema de la tenencia de la tierra, pero este primer censo agropecuario reportó la presencia de 365 arrendatarios, que laboraban 165,694 hectáreas. Es bueno recordar que el relevamiento tuvo como destino la presentación de información estadística en la exposición internacional de París de 1889 y, en tal sentido, buscaba atraer inversores e inmigrantes para desarrollar la potencial riqueza del país. Por eso, tenía un especial énfasis en mostrar las leyes de colonización agrícola sancionadas poco antes, en medio de la onda especulativa. Según el censo, Saladillo participaba de ese jolgorio con una colonia de 2,719 hectáreas, aunque, en realidad, en el registro de mensuras se anotaron cuatro probables colonias, bajo las denominaciones de Centro Agrícola, a saber: La Fortuna (1888), Ayarragaray (1889), Oficial (1889) y Caminos Arévalo (1890).¹⁷⁶ Para desgracia de los mentores de estas iniciativas, esa burbuja inmobiliaria explotó en 1890 y, por unos años, la Argentina ya no apareció ante los mercados internacionales de crédito como un destino deseado, sino como un deudor insolvente.

A partir del censo nacional de 1895, puede disponerse de información más precisa y de mayor calidad analítica, a pesar de no consignarse en esta medición la escala de extensión de las explotaciones, y de presentarse los datos en una división taxativa entre agricultura y ganadería, que no permite ver la superposición de actividades (explotaciones mixtas). En esa oportunidad, en Saladillo (Roque Pérez incluido) fue-

¹⁷⁶ RGM-PBA:328/329.

ron comprobadas 964 explotaciones dedicadas a la agricultura, 286 de las cuales estaban a cargo de sus propietarios, 563, en manos de arrendatarios, y 115, bajo el régimen de mediería o aparcería.

Cuadro 3.1. Evolución de la propiedad en el partido de Saladillo

Año	Tipo de Censo	EAP (a)	Propietarios	Hectáreas	Arrendatarios	Hectáreas	Otros (b)
1871	Rossi	390	111	347,000	N/I	N/I	279
1888	Nacional	N/I	N/I	N/I	365	165,694	N/I
1895	Nacional	964	286	N/I	563	N/I	115
1908	Nacional	1,277	N/I	N/I	N/I	N/I	N/I
1914	Nacional	1,212	334	N/I	700	N/I	178
1916	Ganadero	1,878	858	95,331	1,020	66,825	N/I
1937	Nacional	1,903	658	N/I	1,172	N/I	73
1947	Nacional	2,245	896(c)	101,294	1,068	105,151	281
1960	Nacional	1,790	N/I	147,083	N/I	66,548	27,436
1969	Nacional	1,840	N/I	194,145	N/I	44,663	20,445
1974	Nacional	1,556	N/I	203,655	N/I	33,232	19,068
1988	Nacional	1,318	1,218	193,916	64	30,149 (d)	9,495

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Las cifras de 1871 corresponden a las informadas por José Antonio Rossi y comprenden a los enfiteutas (véase bibliografía).

(a) Explotaciones agropecuarias.

(b) En otros incluyo medieros, aparceros, ocupantes de tierras fiscales, ocupantes con permisos, ocupantes gratuitos, tierras de propiedad estatal y demás categorías que aparecen en los distintos censos, siempre que no sean propietarios ni arrendatarios.

(c) En este censo se consignaron categorías que combinaban propiedad con otras formas de regímenes legales de ocupación de la tierra. El principal era "Propietarios y Arrendatarios", que señala a 114 explotaciones con 28,294 hectáreas. Ese número está agregado al de propietarios, pero no puede precisarse la cantidad de hectáreas en propiedad o en arriendo, por no estar discriminado.

(d) Dentro de esta columna, quedan consignadas hectáreas cuyos arrendatarios también eran propietarios. Las tierras exclusivamente en arriendo eran 13,460 hectáreas.

Nota: hasta el censo nacional de 1914, los datos de Saladillo incluyen los del actual partido de Roque Pérez. El censo ganadero de 1916 solamente registró datos de ese sector. Para la tenencia, el número indica la cantidad de propiedades, no de propietarios. En cambio, para las explotaciones, esta medición informó los propietarios de ganado, no las propiedades.

De acuerdo con este cuadro, es sencillo apreciar el incremento sin pausa, entre un censo y otro, del número de propietarios o de las explotaciones de propiedad de quienes las trabajaban. Por desgracia, las mediciones dan cifras que nunca se perfeccionaron hasta 1988, cuando se consignó el número de cada categoría y las hectáreas correspondientes a esa situación. Asimismo, la baja de la cifra de hectáreas en el último registro se relaciona con la menor superficie censada (poco más de 233,000), con respecto al empadronamiento de 1974, que alcanzó a casi 260,000.

Esta tabla puede combinarse con una que indica las cantidades de explotaciones por escala de su extensión, aun con el riesgo de extraer datos que no son necesariamente complementarios. Igualmente, y en concordancia con lo acontecido en la región pampeana, el acceso a la propiedad tuvo una línea ascendente suave desde fines del siglo 19 hasta 1937, y se aceleró desde 1947 en adelante. Incluso en Saladillo hubo una fuerte suba en el corto

segmento que va desde 1960 a 1969, cuando los propietarios sumaron poco más de 47,000 hectáreas, una cifra equivalente al 17.53 % del total de la superficie del partido.

Cuadro 3.2. Explotaciones por escala de extensión

Año	Total de EAP	Hasta 25 ha	Hasta 100 ha	Hasta 200 ha	Hasta 1000 ha	Más de 1000 ha	Sin espec.
1908	1,277	-	839	203 (a)	159	76	0
1914	1,212	301	469	-	393	49	0
1916	858	161 (b)	487	80	141	69	0
1937	1,903	596	787	285	198	19	18
1947	2,245	747	869	281	181	40	127
1960	1,790	514	798	258	187	30	13
1969	1,840	525	777	284	220	34	0
1988	1,318	209	621	231	193	26	38

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC).

(a) Incluye explotaciones de hasta 300 hectáreas. La categoría correspondiente indicaba las explotaciones de entre 101 y 300 hectáreas, la siguiente iba desde las 301 a las 500 hectáreas.

(b) Expresa propiedades de hasta 20 hectáreas. La categoría siguiente incluía propiedades de 21 a 40 hectáreas y forma parte de la columna "Hasta 100 ha".

Nota: en el mismo sentido de lo expuesto en la nota al cuadro 3.1, el censo de 1908 incluye al actual partido de Roque Pérez, y el censo ganadero de 1916 indica cantidades de propiedades, no de propietarios.

De todos modos, los incrementos registrados entre los censos de 1914 y 1947 no son despreciables y acompañan los ejemplos de trayectorias de vida seleccionadas en el apartado anterior. Así, entre 1914 y 1937, los propietarios casi se duplicaron, para subir un 36.17 % en la

década que separó esa encuesta de la efectuada en 1947. Por supuesto, con estas fuentes no es posible saber las dimensiones físicas de estas nuevas tenencias. Tampoco se pueden conocer las condiciones del acceso, porque es factible que, entre muchos de los nuevos propietarios, existieran quienes heredaron fincas por efectos de las divisiones de bienes, ya que es obvia la relación directa entre la ampliación del número de propietarios –y el consecuente descenso de los arrendatarios– y la división o liquidación de los grandes latifundios del partido, algo también señalado más arriba.

El censo que permite ver una foto superpuesta de propiedad y extensión de las tenencias es el de 1916, ya que, al tomar como base el registro de propiedad del fichero de la oficina provincial de rentas, confeccionó una escala segmentada de la superficie de las parcelas rurales del partido. Por supuesto, el número total de propiedades no indica el de propietarios, ya que había casos de tenencias múltiples (por caso, ya mostré el de los Sojo), pero igualmente aporta datos interesantes: de las 161 parcelas de entre 1 y 20 hectáreas, 57 eran de menos de 10 hectáreas, y 487 propiedades eran chacras de 20 a 200 hectáreas; 33 estancias se hallaban en el segmento de 1,000 a 2,000 hectáreas; y existían 36 grandes extensiones de más de 2,000 hectáreas (véase el cuadro 3.2). Como se observa, no era todavía un paraíso *farmer*, pero la cifra de pequeñas y medianas propiedades mostraba un proceso incipiente y temprano de acceso a la tierra.

Otro buen indicador del arribo a la propiedad de sectores nuevos iniciados desde abajo es el número de inmigrantes señalados por los censos como dueños de sus parcelas. En 1908, por ejemplo, 94 italianos y 45 españoles tenían sus propias chacras, condición que alcanzaba además a 100 argentinos. Incluso en las explotaciones

ganaderas, donde primaban los nativos, 22 italianos y 10 españoles ya se habían convertido en propietarios. Lamentablemente, este dato no se repitió en los censos siguientes, al informarse nacionalidad de los productores sin discriminar su condición de propietario o arrendatario.

En 1927, Orlando Sanguinetti señaló la existencia de 670 fracciones de campo, 774 chacras y 344 quintas, es decir, un total de 1,788 unidades agropecuarias, una evolución perfectamente compatible con las 1,212 explotaciones de 1914, las cifras de propietarios de ganado de 1916 y los 1,903 productores de 1937. Asimismo, indicó la venta anual de 14,600 hectáreas, por poco más de 3.5 millones de pesos, o sea, a un promedio de casi \$240 la hectárea (Peyra, 2014). En la misma línea, el censo de 1937 mostró que, durante el año anterior a ese relevamiento, en Saladillo hubo 6 ventas de campos de más de 625 hectáreas, por un total de 8,767 hectáreas (a \$100 la hectárea), mientras que se transaron 68 compras de lotes de 26 a 625 hectáreas, por un total de 6,500 hectáreas, a \$265 cada una. En definitiva, y junto con las ventas de quintas de menos de 25 hectáreas, en el período se habían negociado 129 propiedades rurales, equivalentes a 15,806 hectáreas.

Debe tenerse en cuenta, además, que esa encuesta se llevó a cabo en un período particularmente difícil para la economía en general, y para el sector agropecuario en particular. Aunque en 1937 el precio de los cereales se estaba recuperando (luego de tocar fondo en 1933), fueron años muy malos para los agricultores, pero un poco menos complicados para la ganadería vacuna, lo que empujó a muchos estancieros a decidir su vuelta a la explotación extensiva, a costa de la expulsión de sus inquilinos, favorecida asimismo por que muchos de ellos no tenían contratos firmados, como los 801 del total de 1,072 arrendatarios de Saladillo.

Este cambio de matriz productiva tuvo un peso social muy significativo. Fueron los tiempos de los desalojos compulsivos, durante tantas décadas recordados por la memoria colectiva como parte integrante de la denominada Década Infame, vinculados además al fraude político, la violencia y la injusticia. Eran los años en que el entonces párroco de Saladillo, José Raed, se ganó la devoción de gran parte de la comunidad local y una merecida fama de defensor de los débiles, al oponerse con ahínco a los lanzamientos de las familias chacareras, como en el caso de los arrendatarios del campo de los Díaz Vélez (Pereyra, 2017a; Benítez, 2000: 87).

No obstante, por esas resistencias y otros motivos, también fue la era en que se inició el dictado de leyes y decretos para prolongar los arrendamientos, congelar o retrotraer sus precios y suspender los desalojos de arrendatarios, extendido con variantes durante casi tres decenios más (ver capítulo 1). Ello, junto con las modificaciones de producción y consumo derivadas de la Segunda Guerra Mundial y los cambios políticos ocurridos en Argentina tras la revolución de junio de 1943, puso en marcha un nuevo escenario del mundo rural.

Así, en el censo de 1947, se registró la cifra más alta de explotaciones agropecuarias en la historia local: 2,245. Lo más destacado al descomponer esta cantidad es la impactante suma de pequeñas explotaciones, que representaban casi el 72 % del total, con la preeminencia de las fracciones de entre 26 y 50 hectáreas (376 casos), seguidas por las de entre 11 y 25 hectáreas (318), las parcelas comprendidas entre 51 y 75 hectáreas (299), y los minifundios de menos de 5 hectáreas (263). En el capítulo 5, me detendré en la relación clara de este universo de pequeños productores con el desarrollo de la ganadería porcina y la avicultura.

La postergación de la agricultura frente a la ganadería, al menos hasta 1952, el crecimiento poblacional del área metropolitana y las migraciones que produjo, el aumento del consumo interno de alimentos y la aceleración de la liquidación de los grandes latifundios se vieron reflejados en los datos entregados por el censo agropecuario de 1960. En Saladillo, las propiedades de menos de 5 hectáreas (149) disminuyeron un 43.35 % con respecto a 1947. En cambio, las explotaciones de entre 5 y 25 hectáreas se mantuvieron casi sin variables (365, apenas 13 menos que en 1947), y las comprendidas entre las 25 y las 100 mermaron un 8.17 %. En esta medición se eliminaron las categorías de 25-50 y 50-75 hectáreas, por lo que es imposible saber cómo fueron los movimientos entre esas porciones, pero sí se registró el número de hectáreas totales de cada categoría y gracias a eso se puede establecer un promedio de superficie de 59 hectáreas para las 798 explotaciones de entre 25 y 100, mientras que las 258 parcelas del rango siguiente (hasta 200 hectáreas) presentaban un promedio de 141, con una caída en cantidad del 8 % en comparación con 1947.

En el otro extremo, la gran propiedad disminuía, pero muy lentamente. Si en 1914 existían 69 campos de más de 1,000 hectáreas, con dos estancias de más de 3,000 hectáreas, cuatro de más de 5,000 y otros cuatro de más de 10,000 (el censo ganadero de 1916 daba también esas cifras para las grandes propiedades de más de 5,000 hectáreas), no resultan tan sencillos de interpretar los números del censo de 1937, ya que apenas 19 explotaciones de las 138 calificadas como de “ganadería” poseían más de 1,000 hectáreas, una cifra que no es compatible con los mapas catastrales de Edelberg de 1939. Pero, en la categoría de explotaciones mixtas, se anotaron 26 unidades de más de 625 hectáreas, y, además, hubo 18 establecimientos más

cuyo destino productivo no se calificó, lo que elevaría la cantidad definitiva a un número intermedio entre las anteriores 69 y las 40 explotaciones de 1947.¹⁷⁷

A su vez, este último relevamiento determinó que en Saladillo ya no existían latifundios de más de 10,000 hectáreas, y solamente había dos estancias con extensiones superiores a las 5,000, mientras que –siempre sobre esa barrera– el censo de 1960 anotó una sola propiedad de 6,800 y otra de 10,150. A pesar de esto, los 12 establecimientos de más de 2,500 hectáreas concentraban todavía 51,733, poco menos del 20 % de la superficie del partido. Poco había cambiado en 1969, cuando las 13 explotaciones de más de 2,500 hectáreas sumaban 50,836, aunque ya no existían propiedades por sobre las 10,000.

Este censo de 1969 mostró también pocas variaciones en las otras categorías, más allá del aumento de 50 explotaciones con respecto a 1960. Por un lado, hubo una recuperación de los minifundios de hasta 5 hectáreas, que se incrementaron para llegar a 164 explotaciones; una ligera baja de los establecimientos de hasta 100 hectáreas, sin que se modificara casi el promedio de las tenencias (58.77 hectáreas); y una suba consistente del rango de más de 100 y hasta 200 hectáreas, cuya cantidad creció hasta las 284 chacras, con un promedio de 137 hectáreas cada una.

Finalmente, el censo agropecuario de 1988 solo trajo malas noticias. El número de explotaciones decreció de forma significativa, para quedar en 1,318 unidades, casi un 40 % menos que en 1969, y una baja del 18.25 % con respecto a los resultados del empadronamiento de 1974. La cantidad de minifundios de hasta 25 hectáreas se desplomó desde las 525 de 1969 a 209 (poco más del 60 %), pero

¹⁷⁷ El censo dividió las explotaciones por destino. Las categorías eran chacra, ganadería (cría, invernada, cabaña y tambo), huerta, frutales, forestal y mixta (agricultura con ganadería).

las explotaciones de menor tamaño (hasta 5 hectáreas) casi desaparecieron del radar. De hecho, el relevamiento no consignó cantidades, sino que su total ocupaba 99.4 hectáreas, aunque puede suponerse que las 38 explotaciones sin determinar debían estar en esa columna. Las chacras de hasta 100 hectáreas –que comprendían 261 de entre 25 y 50 hectáreas, y 360 de 50 a 100– cayeron un 20.07 %, y se perdieron 53 parcelas del grupo de 100 a 200 hectáreas, es decir, una baja del 18.66 %. Incluso el lote de campos de entre 200 y 1,000, que fue el más resistente a los efectos de la crisis, tuvo una importante disminución al dejar en el camino a 43 explotaciones (un 12.27 %).

Hasta la gran propiedad con tenencias superiores a las 1,000 hectáreas sufrió las vicisitudes de esos tiempos turbulentos, al reducirse las 34 explotaciones de 1969 a 26 (un 23.53 %), al tiempo que la superficie controlada por estos terratenientes se contrajo hasta las 41,614 hectáreas, cuando en 1969 sumaban 81,271 hectáreas. Además, y teniendo en cuenta que este recorrido empezó hablando de estancias gigantescas, el censo de 1988 entregó un dato lapidario: las últimas dos columnas de la escala, destinada a explotaciones de entre 2,500 y 5,000 hectáreas y de más de 5,000, estaban marcadas con una raya. Un signo mínimo, casi imperceptible, que borraba de cuajo los 150 años de la historia terrateniente de Saladillo y, con ello, marcaba la desaparición definitiva de un grupo de clanes y apellidos. Aquellos con mayor suerte en la consideración de la memoria local apenas se perpetúan en los nombres de un puñado de calles del casco urbano.

4

Un recorrido histórico por la población y la producción del mundo rural saladillense

La cuestión de la población: crecimiento, estancamiento y cambios

De acuerdo con los datos del censo de la campaña del Estado de Buenos Aires, realizado en 1854, el partido de Saladillo no llegaba al millar de habitantes. En general, hay ciertas dudas sobre el procesamiento de los datos obtenidos en esa medición, y, en cambio, son más aproximadas las cifras de los conteos posteriores, ya que desde 1869 comenzaron a usarse procedimientos estadísticos modernos. A continuación, puede verse una tabla que señala los años, el tipo de censo y las cifras correspondientes:

Cuadro 4.1. Evolución de la población en el partido de Saladillo

Censo año	Censo tipo	Población total	Población rural	% del total	Población urbana	% del total
1854	Provincial	995	995	100.00	0	0.00
1869	1.º Nacional	7,341	6,704	91.32	637	8.68
1871	J. A. Rossi	7,750	5,238	67.59	2,512	32.41
1881	Provincial	9,635	8,114	84.21	1,521	15.79
1890	Provincial	10,237	6,335	61.88	3,902	38.12
1895	2.º Nacional	15,209	12,467	81.98	2,742	18.03

1910	Municipal	19,418	15,460	79.61	3,958	20.39
1914	3.º Nacional	19,024	12,860	67.60	6,164	32.40
1922	Est. Provincial	23,263	16,263	69.91	7,000	30.09
1924	Municipal	24,851	12,713	51.16	11,868	48.84
1927	Sanguinetti	26,370	S/D	-	S/D	-
1938	Provincial	25,353	S/D	-	S/D	-
1947	4.º Nacional	24,591	17,005	69.15	7,586	30.85
1960	5.º Nacional	23,554	10,261	43.56	13,293	56.44
1970	6.º Nacional	23,214	9,397	40.48	13,817	59.53
1980	7.º Nacional	24,727	8,708	35.22	16,019	64.78
1991	8.º Nacional	26,136	7,027	26.89	19,109	73.11

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales y provinciales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Las cifras de 1871 corresponden a las informadas por José Antonio Rossi (véase bibliografía). Para el censo municipal de 1910 y las estadísticas provinciales de 1922 y 1924, tomo los datos aportados por Ibáñez Frocham (1963). Para 1927, véase Pereyra (2014), sobre la base de lo publicado por el periódico *Las Noticias*. Existen otras cifras muy superiores publicadas por Levene (1941), Borracer (1984) y Benítez (2000), pero no consignan su origen y no resultan del todo consistentes al efectuar su comparación con censos cercanos u otros datos aportados por los dos últimos autores en esos mismos textos.

Nota: hasta el censo nacional de 1914, los datos de Saladillo incluyen a los del actual partido de Roque Pérez.

Como se aprecia, el primer censo nacional de población anotó para el partido 7,341 habitantes, de los cuales 6,704 habitaban en la zona rural y los 637 restantes, en el

pueblo, fundado apenas unos años antes. La certeza relativa de esos datos fue contrastada dos años después por José Antonio Rossi, quien sumó un total de 7,750 pobladores para todo el partido. En sus datos estadísticos, señaló la presencia de 5,238 personas que vivían en el área rural, en tanto consignó a 2,512 pobladores de la zona urbana. Esa ostensible diferencia entre la población del pueblo entre una encuesta y otra se debe a que Rossi englobó en un solo concepto a los moradores del pueblo y su ejido, de modo que ese ítem comprendía a los habitantes de las quintas y chacras cercanas al casco urbano. En la campaña vivían 4,583 personas de nacionalidad argentina, incluidos los doce indios que encontró, quienes seguramente no figuraban en el censo de 1869, cuando no se mensuró a la población de naturales (Rossi, 1871: 31-32 y 107).

Pasada una década, cuando la Provincia de Buenos Aires levantó el primer censo moderno llevado a cabo en forma exclusiva en su territorio, la población rural era de 8,114 personas, lo que equivalía al 84.12 % de la totalidad del distrito y representaba un aumento del 21.03 % con respecto a 1869, cifra que expresa un notable incremento poblacional. Por otra parte, en 1888 se efectuó el primer censo agropecuario nacional. Más allá de la forma en que se tabularon los datos y del hecho de anotarse mucha información de manera parcial, allí se calculó la población económica rural del partido en 3,277 trabajadores, de los cuales 2,005 eran argentinos. Lo saliente con relación a los censos anteriores fue el aumento de la presencia de la inmigración europea: ya había por lo menos 525 italianos y 476 españoles trabajando en los campos del distrito.

La siguiente medición con datos significativos remite al censo nacional de 1895, cuando Argentina estaba dejando atrás el difícil lustro de crisis y revoluciones, y permite además medir mejor el impacto de la llegada del ferrocarril

a Saladillo, así como el crecimiento del modelo agroexportador. Sus resultados son contundentes: mientras que la población total creció en un 57.85 % con respecto a 1881, el área rural congregaba a 12,467 almas, es decir, un 81.97 % del total del partido, con un incremento del 53.65 % por sobre la cifra de 1881. En el cuarto de siglo entre un censo nacional y otro, los habitantes del campo casi se habían duplicado, y los del pueblo se cuadruplicaron con holgura.

El último relevamiento que comprendió a Saladillo junto con Roque Pérez no fue nacional ni provincial, sino municipal, y lo llevó adelante Manuel Ibáñez Frocham, en 1910, por pedido de la Intendencia. La población total alcanzaba los 19,418 habitantes, de manera que era un 26.35 % superior a la de 1895. El incremento del sector rural, en cambio, solo alcanzaba al 13.83 % en los 15 años entre censos, una cifra bastante modesta, pero no es posible determinar cuál fue el criterio utilizado para con quienes vivían en quintas y chacras del ejido, ya que, según los guarismos, el pueblo figura sumando un 90 % más de población.

De todos modos, esas cifras globales pueden ser analizadas mejor con el aporte del censo agropecuario efectuado en 1908. En sus tres volúmenes, desplegó una gran cantidad de variables, además de tener una ostensible mejora en la recolección de fichas y haber sido el primero que enfatizó en la utilización de las escuelas rurales como medio de difusión y concienciación de la población del campo. El primer tomo estaba dedicado de manera solitaria a la ganadería, y allí se puede encontrar que esta actividad empleaba a 5,690 personas en el partido, entre ellas 781 niños. A su vez, todavía podía notarse la importancia de la hacienda ovina, que movilizaba a casi 2,000 trabajadores temporarios en las tareas de esquila. Por otra parte, la población económica total dedicada a faenas agrarias

ascendía a 6,887 trabajadores: 3,074 estaban empleados en forma fija, mientras que 3,813 lo hacían en manera temporaria durante las cosechas.

Cuatro años después, y con la división del territorio del municipio ya consumada, el censo nacional consignó datos concretos y exclusivos sobre Saladillo que facilitan la realización de comparaciones más certeras. Por una parte, sobresale la incidencia de la población extranjera en el total, que con 4,687 inmigrantes representaban casi un cuarto del total de los habitantes del partido. Pero estos números, además, se superaban en la zona rural, ya que, por ejemplo, en el Cuartel IX pasaban del 45 % de los vecinos, en el Cuartel II eran poco más del 36 %, y en el Cuartel IV sumaban casi un tercio de los pobladores.

Por otro lado, no había dudas del valor de estos extranjeros en la generación de la riqueza agropecuaria: los italianos encabezaban la administración del 47 % de las explotaciones calificadas como agrícolas (460 de 977) y rebasaban por 100 a los argentinos (360), mientras que también se destacaban 116 españoles y 23 franceses. Por supuesto, en el mundo de las estancias ganaderas, los argentinos mantenían la supremacía, con 127 de los 235 administradores censados, pero, aun así, se contaba a 54 españoles y 34 italianos. Estos números fueron confirmados dos años más tarde por el censo ganadero que, en la discriminación de tenedores de ganado por nacionalidad, indicaba 882 argentinos, 644 italianos y 251 españoles de un total de 1,878 propietarios.

En buena medida, podría ser el punto de partida para un seguimiento ajustado del Saladillo moderno, pero hubo que esperar 33 años para la realización del siguiente censo nacional, lo que resulta un hecho desgraciado en términos estadísticos, ya que las mediciones efectuadas entre 1914 y 1947 tuvieron alcance municipal o provincial, o, peor aún, son solamente estimaciones.

El censo de 1914 dedicó asimismo secciones especiales a la geografía humana de la agricultura y la ganadería. Según lo informado, en la zona rural de Saladillo, había 9,132 personas ocupadas en el sector agropecuario. Al igual que en 1908, la gran mayoría correspondía a miembros de las familias de dirigentes de los establecimientos, que totalizaban 7,628 personas, entre los cuales se señalaban 3,529 menores, en tanto los censados como empleados eran 1,504.

No obstante los reparos formulados más arriba, las cifras de población total de los registros de 1922 y 1924 citadas por Ibáñez Frocham parecen consistentes,¹⁷⁸ aunque la cantidad de población rural para el segundo relevamiento es demasiado baja (100 personas menos que en 1914), mientras que la planta urbana casi parece haber duplicado sus habitantes. Una explicación plausible es que, al publicar las cifras de 1924, Ibáñez Frocham –como antes Rossi– agrupara a los habitantes del pueblo con los moradores de quintas y chacras del ejido dentro del Cuartel I, y que por eso las diferencias sean excesivas para un período tan corto de tiempo. Con todo, la población total del partido había crecido un 27.98 % con respecto a 1914.

Por otro lado, hay algunos datos interesantes dejados por este autor para el área rural, sobre todo en comparación con los de 1914, que fue el último en medir la población por cuarteles: entre los censos municipales de 1910 y 1924, por ejemplo, los habitantes del Cuartel IX pasaron de los 1,114 relevados en el año del Centenario a 900 en la segunda fecha, mientras que en 1914 eran 689, de los cuales 313 eran extranjeros. Estos guarismos marcan una población bastante inestable, justificada tal vez por la presencia de trabajadores temporarios que circulaban con las cosechas o la esquila. En cambio, en el Cuartel II

¹⁷⁸ En efecto, a fines de 1926, la Dirección de Estadística de la Provincia de Buenos Aires estimó la población de Saladillo en 24,117 habitantes, pero esos datos no discriminaban entre población urbana y rural. Los datos pueden verse en "Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires", *El Argentino*, 30/12/1926, p. 1.

hubo un incremento constante: de los 770 de 1910, los habitantes subieron a 898 en 1914 (572 argentinos y 326 extranjeros), para ascender a 1,173 pobladores en 1924 (Ibáñez Frocham, 1963: 150-151).

Justamente en ese segmento temporal de oscuridad estadística nacional, es el momento en que aparecen las menciones sobre una población saladillense superior a los 30,000 habitantes. Es posible que esas cantidades se apoyaran en las optimistas proyecciones hechas con base en el crecimiento del período intercensal 1895-1914, que fueron publicadas en su momento por un anuario del diario *La Razón* (31,045 habitantes), así como las cifras consignadas por el Anuario Estadístico oficial de la provincia (32,471 personas). No resulta un número sencillo de creer y, si bien es cierto que entre 1930 y 1950 hubo un importante éxodo hacia el Área Metropolitana de Buenos Aires, La Plata e incluso ciudades como Mar del Plata, el censo provincial de 1938 contó poco más de 25,000 pobladores en el partido, aunque no discriminó entre el pueblo y las áreas rurales. Los resultados preliminares de esta medición se dieron a conocer a inicios del año siguiente y, según la prensa local, causaron cierta sorpresa al resultar en “varios miles inferior a la que se daba como población de Saladillo”.¹⁷⁹

Los cómputos definitivos se publicaron en 1942, momento en el cual una actualización calculaba a la población saladillense en 26,810 habitantes. Apenas más tarde, la policía provincial presentó en su estadística de la década una estimación de 27,230 personas que vivían en el partido al inicio de 1943.¹⁸⁰ De hecho, el efecto migratorio se ve reflejado en la medición de 1947, que colocó a la población

¹⁷⁹ “La población de Saladillo”, *El Argentino*, 04/02/1939.

¹⁸⁰ *Estadística Policial. Decenio 1934-1943*, La Plata, Dirección de Identificación Civil y Estadística General, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, 1943, p. 14.

por debajo de los 25,000 habitantes y exhibió, por primera vez en la historia del municipio, una tasa de crecimiento demográfico negativa.

Asimismo, el muy completo censo agropecuario de 1937 dejó dos datos muy valiosos en cuanto a la población rural. En primer término, señaló la presencia de 1,556 productores con descendencia directa y familia. Sus hijas e hijos eran 7,225, a quienes se debían sumar 930 de la categoría “otros familiares”, para totalizar 9,311 personas. Esto significa que cada productor tenía un promedio de 4.65 hijos. En segundo lugar, el relevamiento determinó 8,320 personas ocupadas en el sector agropecuario. De ellas, 6,460 eran integrantes de la familia de quien dirigía el establecimiento censado, entre los cuales figuraban 1,564 menores de edad. También se consignaron 1,860 asalariados rurales, discriminados en 882 empleados en condición permanente y 978 en forma temporal. Por otra parte, 824 de los productores contados (un 44.16 % del total) eran inmigrantes europeos, dentro de los que se destacaban 629 italianos y 170 españoles.

Estos números son interesantes en comparación con los de 1914. Tal vez por efectos de la crisis económica, con sus bajas de precios y rentabilidad, pero quizás debido a los primeros resultados de la mecanización temprana del agro (con la misma consecuencia de caída de la mano de obra, o de menor necesidad de trabajadores familiares), casi 800 personas menos laboraban en el sector rural en 1937. Sin embargo, mientras que la cifra de empleados creció en poco más del 20 %, los miembros de familias dedicados a las faenas descendieron en 1,168 personas, a pesar de existir un mayor número de productores.

Según las cifras del cuadro de población, en 1947 se registró el número absoluto de población rural más alto de toda la serie estadística, en plena correspondencia con los

datos nacionales, que también mostraron ese fenómeno (poco más de seis millones de habitantes de los quince que conformaban el total del país). A partir de esa medición, el proceso de despoblamiento del campo fue permanente, con momentos de descenso extraordinario, como el que va desde 1947 a 1960, cuando los habitantes del sector rural cayeron casi un 40 % (de 17,005 a 10,261 personas), a la baja escalonada que se observa hasta 1991.

El nivel de pérdida de gente en la campaña saladi-llense fue de tal magnitud que resultó impactante para los contemporáneos, al punto tal de emerger como el dato más contundente extraído por los censistas de 1960:

La primera conclusión y sin duda la más llamativa, que debe mover a reflexión, determinada por el censo de población que acaba de practicarse, es la creciente despoblación de las zonas agropecuarias, mientras acrece el conglomerado del Gran Buenos Aires. Esta atracción originada por la actividad fabril, queda probada por la circunstancia de que las ciudades del interior donde se ha registrado un descenso de la población, son aquellas donde no existen industrias de alguna importancia.¹⁸¹

Como se ve en el cuadro 3.3, entre 1947 y 1991, la población rural del partido cayó del 69.15 % al 26.89 % del total. La planta urbana absorbió una buena parte de esa migración, en un traspaso sencillo de apreciar, en virtud del estado de casi congelamiento del número de habitantes del distrito, al menos hasta 1980, cuando se inició una lenta recuperación. Otro segmento de esa fuga del campo se marchó hacia los grandes centros poblacionales, junto con aquellos moradores del pueblo que también escaparon en busca de un trabajo y unas oportunidades que Saladillo no podía ofrecerles. Entre unos y otros explican esas cuatro décadas

¹⁸¹ *El Argentino*, 20/10/1960.

de crecimiento poblacional cero: en 1980 había en el partido solamente 136 habitantes más que en 1947.

Por otra parte, el censo nacional de 1960 presentó como curiosidad un listado de centros poblacionales con más de 100 habitantes. En esa compaginación figuraban diez localidades del municipio: la propia ciudad de Saladillo y otras nueve de la zona rural, que sumaban 7,599 personas. El criterio de agrupamiento de esos nueve sitios respondió a la denominada “fracción de censo”, el territorio en que se dividió a los partidos, cuyo alcance no coincidía exactamente con un cuartel, sino que combinaba el radio de acción de las escuelas usadas como asientos de la encuesta, con superficie, densidad habitacional, accidentes geográficos naturales y estaciones ferroviarias.¹⁸²

Debido a esto, se consignó a más de una localidad para algunos cuarteles y en el caso del Cuartel VIII (El Mangrullo) a ninguna, mientras que la única estación de trenes no considerada fue Sojo. De resultas, en la lista figuraban Del Carril, la más poblada, con 1,717 moradores, seguida de La Barrancosa (1,174), Toledo (1,040), Cazón (999) y Polvaredas (862). No deja de llamar la atención que, según el censo, en Esther vivieran 330 habitantes y en Blaquier, 547. La lista se completaba con Emiliano Reynoso (572) y San Benito (358).

En contraste, en el censo de 1970, hubo una importante depuración metodológica y se determinó con precisión qué era una localidad. Así, se establecieron tres atributos necesarios: más de una vivienda por hectáreas, trazado regular de calles y manzanas, y que no incluyera

¹⁸² IV Reunión Nacional de Estadística. *Censo 1960*, Buenos Aires, Secretaría de Estado de Hacienda, Dirección Nacional de Estadística y Censo, 1958, p. 3.

a zonas destinadas a la explotación agropecuaria.¹⁸³ Con estos nuevos criterios, las localidades se redujeron a seis y todas mostraban un descenso marcado en su población con respecto a lo escrutado diez años antes. El nuevo listado incluía a Del Carril (1,029 habitantes), Toledo (356), Polvaredas (355), Reynoso (280), Cazón (215), Sojo (86) y Blaquier (40).

Por otro lado, entre las pocas cifras útiles procesadas por el frustrado censo agropecuario de 1969, se puede nombrar la del personal ocupado en las explotaciones. Según ese cuadro, en Saladillo alcanzaba a 5,128 individuos, de los cuales 4,314 eran no asalariados que correspondían a los productores y sus familias, 168, a familiares asalariados, y apenas 646, a asalariados fijos y permanentes ajenos a la familia. Como se nota, la baja con respecto a 1937 era más que significativa.

En confirmación de la tendencia descendente, en el censo de 1980, Reynoso y Sojo salieron de la lista de localidades. Del Carril apenas había sumado 18 habitantes en una década (subió a 1,047), en tanto que Cazón registró un crecimiento del 29.77 % (gracias al vivero, sin dudas), al llegar a 279 personas. Polvaredas solamente perdió 5 habitantes (250), Toledo, 26, para quedar en 324, y Blaquier se convirtió en una verdadera curiosidad demográfica: apenas la poblaban 16 personas, pero tenía 18 viviendas, como si se tratara de una exclusiva villa turística.

Por lamentable que fuera, el fenómeno estuvo lejos de ser un problema local. De acuerdo con Susana Torrado, a pesar de acompañar nuestro país la tendencia mundial hacia la urbanización, la disminución de la población rural argentina sorprende por su impacto, al desplomarse desde

¹⁸³ *Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas. 1970. Resultados Provisionales. Localidades con 1.000 y más habitantes*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Estadística y Censo, 1973, p. 4.

el 37.8 % al 17 % de la población total del país entre 1947 y 1980. Esta autora, al analizar las migraciones internas desde las zonas rurales a las urbanas, marca que, en el período 1947-1960, los principales flujos de desplazamiento de población –en valores absolutos– se originaron además en las áreas agrarias de la región pampeana. La disminución se hizo más lenta en el segmento temporal 1970-1980 y, sobre todo, mostró una menor asimilación de esos movimientos hacia el Gran Buenos Aires y un incremento de la recepción de población en los centros urbanos medianos (Torrado, 1996: 78, 85 y 88-89).

La producción rural: ganadería extensiva y algo más

Apenas la campaña de Rosas de 1833 logró asegurar las condiciones mínimas para el establecimiento de las estancias, las nuevas explotaciones fueron llenando el territorio con ganado vacuno, destinado principalmente a la actividad del saladero, los cueros y el sebo. Pero, desde inicios de la década de 1850, los campos empezaron a poblarse también de ovejas. La denominada “fiebre del lanar” llegó con fuerza a la zona meridional del río Salado, aunque con características ligeramente diferentes a las señaladas por Hilda Sabato en su célebre trabajo, ya que parecen haber sido menos relevantes la explotación familiar y la aparcería como motor de esa expansión (Balsa & Colombo, 2007: 16).

Justamente estos dos autores han hecho un exhaustivo análisis de los datos aportados por José Antonio Rossi en sus *Cuadros estadísticos*. En ese texto se aprecia que, si bien la importancia del ovino era central, la práctica habitual combinaba la cría de ovejas con la de vacas. Así, y teniendo en cuenta la carga animal por hectárea, han señalado una proporción de dos tercios de producción ovejera y un

tercio bovina. Sin dudas, la posesión de cabezas de vacunos se concentraba en los grandes campos, algo lógico al considerar la disponibilidad de superficie y organización social del trabajo de la ganadería extensiva. Como bien concluyen estos investigadores: “[...] hacia 1870, la gran ‘estancia tradicional’ (entendida como la dedicada casi exclusivamente a la cría del vacuno) ocupaba un lugar muy secundario en Saladillo” (Balsa & Colombo, 2007: 21).

El algo más de la agricultura

Desde ya, poco y nada decía Rossi de la producción agrícola. En la misma línea, pero dos años antes, y al hablar de la riqueza bonaerense, el superintendente del primer censo nacional sostuvo lo siguiente: “La agricultura puede considerarse naciente y aún precaria en su desarrollo, pues á pesar de ser Buenos Aires el primer productor de cereales, estos no alcanzan, por lo general, á cubrir las necesidades del propio consumo”¹⁸⁴.

En efecto, el censo provincial de 1881 indicaba que, en el partido de Saladillo, las tierras dedicadas a labranza eran unas escasas 2,050 hectáreas. Sin embargo, antes de finalizar ese decenio, la agricultura comenzó a ganar espacio dentro de la producción primaria y el universo agropecuario empezó a tornarse cada vez más rico. El impulso fue rápido, porque en el censo de 1888 se contabilizaron un total de 18,342 hectáreas sembradas con los principales cereales, incluidas 718 con alfalfa.

La expansión de la frontera agrícola, la llegada del ferrocarril, el ingreso de una legión cada vez más grande de inmigrantes europeos, la valorización de la tierra junto a la especulación que la acompañó, y la práctica extendida del

¹⁸⁴ *Primer Censo de la República Argentina. Verificado en los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869*, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1872, p. 6.

arriendo de chacras empujaron en Saladillo un sostenido avance de los cultivos, al menos hasta la década de 1930, como se observa en el cuadro siguiente, y sin menosprecio de la importancia central de la ganadería en el partido.

Cuadro 4.2. Hectáreas dedicadas a ganadería y agricultura

Año	Tipo censo	Hectáreas ganadería	Hectáreas agricultura
1881	Provincial	No informada	2,050
1888	Nacional	No informada	18,342
1895	Nacional	No informada	46,810
1908	Nacional	349,914	74,278
1914	Nacional	198,296	87,098
1916	Ganadero	162,156	60,754
1937	Nacional	117,584	104,490
1947	Nacional	137,567	72,098
1960	Nacional	146,616	56,300
1969	Nacional	133,431	97,796
1974	Nacional	147,189	88,412
1988	Nacional	94,883	47,978

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales y provinciales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Los censos anteriores a 1914 incluyen al actual partido de Roque Pérez.

A principios de la centuria pasada, gran parte de lo producido en las chacras se comercializaba a través del ferrocarril. Según los datos estadísticos del entonces Ferrocarril del Sud, en 1906 los vagones que pasaban y se abastecían en las cinco estaciones del distrito (Roque Pérez,

Del Carril, Cazón, Saladillo y La Barrancosa) despacharon más de 11,000 toneladas de trigo, 40,000 de maíz, 3,480 de lino, así como casi 6,600 toneladas de avena, 240 de otros cereales diversos y alrededor de 6 toneladas de frutas. Sin dudas, las locomotoras conducían vacas, ovejas y otros productos de la ganadería, pero esta no era su única carga (Pereyra, 2015e).

Cuadro 4.3. Hectáreas dedicadas a los principales cultivos

Año	Exp.	Maíz	Exp.	Trigo	Exp.	Girasol	Exp.	Avena	Exp.	Lino
1888	N/I	11,665	N/I	4,202	N/I	N/I	N/I	20	N/I	1,288
1895	N/I	32,348	N/I	9,705	N/I	N/I	N/I	N/I	N/I	388
1908	N/I	23,657	N/I	10,064	N/I	N/I	N/I	13,044	N/I	7,507
1914	N/I	27,834	N/I	6,532	N/I	N/I	N/I	5,251	N/I	1,645
1927	N/I	N/I	N/I	33,000	N/I	N/I	N/I	12,800	N/I	12,800
1937	1,505	46,000	1,047	35,000	669	8,190	560	15,000	334	6,000
1947	1,542	25,946	655	14,368	1,252	20,682	383	4,916	17	306
1960	1,433	22,227	771	14,753	572	13,009	298	7,572	15	303
1988	N/I	16,824	N/I	1,735	N/I	8,300	N/I	2,196	N/I	500

Fuente: Elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Los censos anteriores a 1914 incluyen al actual partido de Roque Pérez. Para 1927, son las cifras ofrecidas por Orlando Saguinetti en *Las Noticias*, citadas por Marcelo Pereyra (2014).

En 1914, en un año en que la cosecha fina sufrió las consecuencias de las inundaciones, ya existían 929 explotaciones abocadas a la agricultura, además de otras ocho que se ocupaban exclusivamente de frutales y hortalizas, variedades que también ganaban interés gracias al crecimiento demográfico del casco urbano. Además, 720 de ellas correspondían a productores que trabajaban menos de 100 hectáreas. Dos años más tarde, en plena guerra europea y en medio de los problemas generados por el

conflicto para la agricultura argentina, el censo ganadero de 1916 señaló que un 27.23 % de la superficie de Saladillo estaba reservada a cultivos para cosecha, tanto en propiedad como en arriendo.

Con la recuperación de los precios de los granos y la crisis más recostada sobre el sector ganadero, en los años 20 del siglo pasado los números de las áreas de labranza recuperaron su importancia, al menos hasta el colapso generado en 1929, que produjo una caída excepcional de los precios internacionales de los cereales, en especial del trigo y el maíz. Aun así, los agricultores no abandonaron sus faenas (es más, muchos las intensificaron para compensar el menor precio con mayor volumen, algo que favorecía el aumento de la demanda y acentuaba las bajas en las cotizaciones).

Según el trabajo de Ricardo Levene sobre la historia de los pueblos bonaerenses, publicado en 1940, una característica destacada de la economía de Saladillo era el constante incremento de la agricultura, que, hasta el cambio de siglo, había sido insignificante, pero décadas después se había vuelto relevante ya que, en la campaña 1935-1936, “el área sembrada con maíz abarcaba 55,000 hectáreas”. El texto destacaba datos de la cosecha fina de 1939, que comprendía 19,600 hectáreas de trigo, 8,000 de lino, 9,450 de avena, 3,450 de cebada, 1,650 de centeno y 250 de alpiste (Levene, 1940: 591).

De hecho, el censo agropecuario de 1937 contó 1,119 chacras, categoría solo reservada para la producción agrícola, y 601 explotaciones mixtas, es decir, aquellas que combinaban agricultura con ganadería. Las cifras de superficie están consignadas en el cuadro 3.5, por lo cual no tiene sentido repetir las, pero sí vale señalar lo siguiente: el más del millar de explotaciones que sembraban trigo obtuvieron rindes promedios de 1,600 kilos por hectáreas (kg/h), y cosecharon 52,800 toneladas; los todavía más numerosos productores de maíz alcanzaron

un rendimiento de 1,560 kg/h, con una cosecha de casi 60,000 toneladas, a pesar de haber perdido 8,000 hectáreas de producción por problemas climáticos. Completaban el cuadro de cereales y oleaginosas las 10,400 toneladas de avena, el aún vigente lino y –por primera vez en un registro censal– los 669 chacareros que habían apostado por el girasol y recogieron casi 8,200 toneladas.

Pero ese cuadro se enriquecía con otro tipo de productos, al que rara vez se presta atención en los trabajos de historia agropecuaria. Ya el censo de 1888 había señalado en el partido la existencia de 156 hectáreas sembradas con papas, y el relevamiento de 1908 indicó la presencia de 3,204 hectáreas de montes frutales, pero en 1937, cuando los censistas se presentaron con cuestionarios más amplios, dejaron constancia de la existencia de 590 explotaciones con huerta, que ocupaban 344 hectáreas, de 875 productores de duraznos, con 52 toneladas cosechadas en sus 89 hectáreas, de 659 dueños de perales que trabajaban 58 hectáreas y recolectaban 58 toneladas, así como de los más modestos 324 poseedores de plantas de mandarinas, con sus 38 toneladas de producción. Incluso, ese universo de diversidad tenía lugar para cultivos que hoy resultarían casi extravagantes en la geografía local, como las 41 hectáreas dedicadas a la obtención de cáñamo, acaso destinadas a la célebre fábrica de alpargatas de los hermanos Martínez.¹⁸⁵ Por desgracia, el censo de 1947 solamente ofreció datos por provincias y territorios de estos bienes, sin discriminarlos por partidos o departamentos.

¹⁸⁵ Pereyra, Marcelo (2017). “La alpargatería de los hermanos Martínez”, en bit.ly/3afsnVC.

Cuadro 4.4. Otros productos en hectáreas o plantas

Censo año	Papa hectáreas	Huerta hectáreas	Durazno plantas	Pera plantas	Mandarina plantas
1914	44	48	N/I	N/I	N/I
1937	41	344	38,000	26,000	2,282
1960	1,410	61 (a)	9,212	3,496	5,470
1988	25	797 (b)	600	0	0

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC).

(a) Aproximada por suma de los cultivos censados (no incluye batatas).

(b) Incluye 736 hectáreas dedicadas a la producción de choclos, cultivo no registrado anteriormente.

A pesar de los altibajos derivados de la Segunda Guerra Mundial y el relativo paso a segundo plano de la producción de cereales durante el primer peronismo, en el censo de 1947 volvió a notarse la fuerza relativa de la agricultura. Solamente los cinco cultivos principales ocupaban más de un cuarto de la superficie total del partido. Como novedad, el girasol se había convertido en el principal desafío de los labradores, con 1,256 explotaciones que habían sembrado casi 30,000 hectáreas. Para su infortunio, los recurrentes inconvenientes climáticos les permitieron cosechar solo la mitad de esa extensión.

A continuación, seguía el maíz, un grano muy vinculado a la pequeña ganadería que he de revisar en la próxima sección, con un área sembrada sensiblemente menor a la de 1937 (un 43.60 % inferior a la del censo anterior), a pesar de haberse incrementado ligeramente el número de productores. Más marcada todavía fue la merma del trigo: la cantidad de hectáreas en producción en 1947 estaba por debajo de la mitad con respecto a la década anterior y lo

cultivaban muchos menos labriegos, quienes además apenas pudieron recoger la mies de 10,000 hectáreas. También los registros marcaron un claro retroceso de las explotaciones de avena y cebada, mientras que el lino comenzó su larga agonía, al quedar circunscripto a 17 explotaciones.

En 1960, el relevamiento censal coincidió (otra vez) con una situación climática difícil. Como mostré en el capítulo 2, más de 30,000 hectáreas habían quedado sin trabajar por los acumulados hídricos generados desde el invierno de 1959. Esa situación se reflejó en la baja generalizada de explotaciones dedicadas a la agricultura (excepto las de trigo) y de la superficie sembrada, que, con todo, superaba en la suma de las cinco mayores especies el 22 % de la superficie del distrito. En cambio, en esa medición se registró una notable expansión de la siembra de papas que, con 335 productores y 1,410 hectáreas, significó un dato tan inédito como anómalo, en cuanto, en todas las demás mediciones desde 1914, este tubérculo nunca había pasado de las 50 hectáreas activas.

Justamente en la década de 1960-1970, nadie dudaba en Saladillo acerca del cuantioso aporte del campo a la economía municipal. En una editorial escrita con sumo optimismo en la primavera de 1964, *El Argentino* citaba las cifras de un estudio sobre la riqueza de los distintos partidos bonaerenses, que destacaban a Saladillo como uno de los mejores en cuanto a la renta per cápita. Con escasa presencia de industrias, esta prosperidad provenía básicamente de la producción rural, e incluso daba como resultado “el alto precio” que tenían “las tierras en Saladillo, muy superiores a los que [era] posible obtener en otras zonas donde los campos” se tenían “por mejores”.¹⁸⁶

¹⁸⁶ “Saladillo en marcha”, *El Argentino*, 24/09/1964.

Al menos para el director del periódico, la fuerza dinámica de esa riqueza era la subdivisión de la tierra, y de hecho volvió sobre esas ideas poco más tarde, cuando publicó los auspiciosos resultados de la primera exposición de la novel Sociedad Rural local. La tapa de la edición del 8 de octubre de 1964 se distribuía en tres grandes notas relacionadas con el campo: una larga y emotiva editorial (“Un campo unido y fuerte”) en la que resaltaba el potencial productivo del partido, arengaba a dejar atrás las antiguas divisiones del mundo agrario (terratenientes vs. colonos, ganaderos vs. agricultores), y esperaba la conversión definitiva de los arrendatarios en propietarios; una nota sobre la colocación de los remanentes exportables de la cosecha de trigo en la China comunista; y la publicación de un conjunto de premios de la muestra de la Rural.¹⁸⁷

Los buenos presagios se confirmaron en el otoño de 1965, cuando comenzó la cosecha de girasol. Más allá de algún retraso por los fríos tempranos de ese marzo, los chacareros esperaban resultados satisfactorios en los rindes y el peso de las semillas, y calculaban que el área sembrada alcanzaba “a unas 40,000 hectáreas, que, sin ser un récord”, señalaba “un considerable avance sobre los últimos años, en que el exceso de agua impidió realizar esta cosecha”. A ello se le agregaban unas 15,000 hectáreas de maíz, de rendimientos mediocres por la falta de lluvias del verano anterior.¹⁸⁸

En febrero de 1966, *El Argentino* volvió a dedicar su tapa al año agrícola:

El tiempo, supremo juez de la agricultura, resolvió sonreír este año a nuestros colonos, que habiendo contado con un régimen de lluvias tan oportuno como de una frecuencia moderada, aún

¹⁸⁷ *El Argentino*, 01/10/1964 y 08/10/1964.

¹⁸⁸ *El Argentino*, 01/04/1965.

durante el mes de enero, han asegurado cosechas óptimas de un volumen como hace muchos años que no se conocían.

El artículo estimaba en 35,000 las hectáreas sembradas de trigo, que habían tenido rindes de hasta 60 bolsas por hectárea, mientras que calculaba al área sembrada con maíz “entre las 15 y 20 mil hectáreas, pero tan pródigo en espiga, que los productores” no recordaban “un rendimiento igual”. También eran muy buenos los resultados para las 20,000 hectáreas de girasol y sorprendentes en lo concerniente a las papas, que según el periódico arrojó “no menos de cien mil bolsas”.¹⁸⁹

En el censo de 1969, la superficie sembrada o en preparación dedicada a la agricultura alcanzaba al 36.5 % del total del partido. Cinco años después, el empadronamiento de 1974 daba una cifra un poco menor pero parecida: el 33 %, a pesar de que esta última encuesta se llevó a cabo en un período particularmente bueno para la ganadería.

Veinte años más tarde, esas crónicas parecían extraídas de otro mundo. Cuando, después de la enésima inundación, por fin se efectuó un censo nacional, las cifras agropecuarias eran desgarradoras. No solamente el número de explotaciones había caído casi hasta los guarismos de 1914 (1,318 en 1988 y 1,212 setenta y cuatro años antes), sino que las tierras dedicadas a los cultivos exhibían el menor número de hectáreas del siglo, y apenas llegaban al 17.93 % de la superficie del partido.

Todos los cultivos tradicionales quedaban en sus mínimos históricos de superficie de siembra, a excepción del girasol –que, por lo demás, apenas estaba un centenar de hectáreas por sobre las cifras de 1937– y del lino, cuyos volumen e importancia eran intrascendentes; pero el trigo

¹⁸⁹ “El resultado del año agrícola en Saladillo puede estimarse en mil millones de pesos”, *El Argentino*, 24/02/1966.

se llevaba las palmas, con sus escasas 1,735 hectáreas. La huerta y los frutales habrían desaparecido de las estadísticas, de no ser por la irrupción de la producción de choclos, que, medidos por primera vez de manera separada, mostraban más de 700 hectáreas cultivadas.

En realidad, detrás del maíz y el girasol, el tercer lugar por extensión laborada correspondía a una oleaginosa que recién empezaba a difundirse y marcaría, en su lado positivo, la recuperación agrícola de Saladillo y, en el negativo, la pérdida de esa paleta productiva variopinta que he presentado hasta aquí. En efecto, el relevamiento de 2,809 hectáreas plantadas con soja anunciaba a las viejas y jóvenes generaciones de agricultores la llegada de una nueva era, afortunada y despiadada al mismo tiempo.

La ganadería extensiva: de vacas de cría, estancieros y chacareros

Fuera de todo lo apuntado, es indudable el peso de la ganadería en la producción rural saladillense. Si todavía hasta 1881 las ovejas tenían el claro liderazgo como especie más difundida, antes del comienzo del nuevo siglo se había iniciado el cambio de matriz ganadera. Por una parte, estaba decayendo el negocio de las exportaciones de lanas, pero, por otra, despegaba la actividad frigorífica y el imán del mercado británico por las carnes vacunas argentinas aceleraba las mejoras de los planteles y la rentabilidad de este sector. Asimismo, el aumento del precio de las tierras bonaerenses culminó el desplazamiento de las grandes majadas hacia el territorio austral. En 1888, si se aplica el coeficiente de carga animal sobre la tierra utilizado por Balsa y Colombo, los vacunos ya superaban a los ovinos en importancia relativa dentro de la producción ganadera.

Cuadro 4.5. Evolución de la ganadería

Censo	Año	Exp.	Vacunos	Exp.	Ovinos	Exp.	Equinos
J. A. Rossi	1871	254	149,814	332	1,917,036	384	58,172
Provincial	1881	N/I	58,113	N/I	1,836,921	N/I	51,712
Agropecuario	1888	N/I	183,634	N/I	1,217,641	N/I	40,190
2.° Nacional	1895	N/I	129,566	N/I	665,559	N/I	23,653
Agropecuario	1908	N/I	189,003	N/I	385,895	N/I	38,444
3.° Nacional	1914	N/I	74,195	N/I	90,660	N/I	40,061
Ganadero	1916	1,014	71,939	307	46,310	1,774	40,832
Ganadero	1930	N/I	87,172	N/I	68,828	N/I	41,064
Agropecuario	1937	1,531	103,639	757	95,360	1,810	32,634
Complementario	1938	N/I	108,726	N/I	104,604	N/I	34,690
4.° Nacional	1947	1,572	113,872	689	98,581	2,036	30,457
Ganadero	1952	N/I	152,012	N/I	106,438	N/I	N/D
5.° Nacional	1960	1,527	139,127	641	91,987	N/I	19,782
Encuesta MAA	1964	N/I	130,977	N/I	111,750	N/I	14,407
Ganadero	1974	1,344	174,176	443	44,899	1,225	6,605
Agropecuario	1988	1,147	138,386	341	20,078	86	4,103

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales y provinciales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Para 1871, son las cifras publicadas por José Antonio Rossi. Los censos anteriores a 1914 incluyen al actual partido de Roque Pérez. Los datos de 1964 corresponden a la Encuesta Anual de la Dirección de Estadística del Ministerio de Asuntos Agrarios, publicada por *El Argentino*, el 5 de noviembre de 1964. No agregó los datos del censo ganadero de 1977, cuyas cifras son desaconsejadas para tomarse en cuenta.

Como puede verse, más allá de los vaivenes derivados de los ciclos ganaderos, las crisis puntuales, las vicisitudes del mercado internacional, las diferentes épocas en que se levantaron los censos (si eran en primavera, contenían los aportes de las pariciones anuales, por ejemplo), las vacas han tenido un desempeño bastante homogéneo, en especial al compararlas con la agricultura y las otras especies animales.

Sin dudas, la partición de Roque Pérez supuso un impacto considerable en los números de vacunos y ovinos, mientras que los caballos no sufrieron ese fuerte descenso

en el período 1908-1914, probablemente porque en buena parte constituían la fuerza motriz de la agricultura de las chacras. Según esos datos, las cabezas de bovinos y ovejas bajaron respectivamente a bastante menos de la mitad y a un cuarto de las existencias de la primera de las mediciones. En buena medida, puede decirse que la ganadería extensiva del antiguo Saladillo se nutría bastante con las estancias roqueperenses.

Así, en 1908 existían 76 establecimientos con extensiones superiores a las 1,000 hectáreas que concentraban más de 100,000 cabezas de ganado vacuno de las 189,003 censadas, y 227,359 ovinos de los 385,895 totales. El principal aporte de ese selecto grupo de hacendados lo efectuaba la monumental estancia de los Álvarez de Toledo, que poseía 6,847 vacas, 23,040 ovejas y apenas 68 cerdos.

Seis años después, la medición de 1914 no registró a los poseedores de ganado de la misma forma, pero sí introdujo el cálculo de la riqueza supuesta por cada subsector de la ganadería. Las cifras eran concluyentes: de los 15 millones de pesos estimados para el valor de todas las haciendas, los vacunos se llevaban más de 9 millones, seguidos por los equinos, que alcanzaban a casi 3.2 millones de pesos. No cabían dudas sobre la pérdida de relevancia económica de los lanares, que, con 1.17 millones de pesos, eran superados por el precio calculado para los porcinos.

En cambio, existen elementos más finos para el análisis en el censo ganadero de 1916. Los rodeos tuvieron bajas en casi todas las categorías, y, si en algunas la merma fue bastante relativa, ello puede atribuirse a la fecha de encuesta (19 de marzo). Pero, en el caso de las ovejas, resultó muy significativa, al registrarse casi la mitad de los animales que dos años antes. A su vez, fue el primer censo que consignó la cantidad de poseedores de ganado, en el que destacaban los 1,014 propietarios de vacu-

nos, de los cuales 670 tenían menos de 25 cabezas. Además, la tabla de nacionalidad de los ganaderos informaba que los argentinos solo predominaban en la tenencia de ovejas, donde concentraban el 61 % de las cabezas. En cambio, poseían poco más del 40 % de los vacunos y el 48 % de los equinos. Los españoles, con 22,781, y los italianos, con 11,152, sumaban en conjunto un 47.17 % de las vacas y el 43.88 % del ganado yeguarizo, lo que vuelve a subrayar la capacidad de tracción de los inmigrantes en las actividades agropecuarias.

Hasta los críticos años 30 –y también durante ellos–, los rodeos no dejaron de incrementarse, con excepción de las tropillas de caballos, que desde 1930 comenzaron a sentir su remplazo por las máquinas, aunque al principio de manera lenta. En lo concerniente al ganado vacuno, entre 1916 y 1930 hubo un aumento del 21 %, para registrarse una nueva suba del 19 % entre esa última fecha y 1937; pero los ovinos se recuperaron a un ritmo todavía mayor, al incrementarse un 48.62 % de 1916 a 1930, y un 38.55 % en los siete años siguientes. Además, los censos mejoraron la calidad de la información, al comenzar a discriminar entre razas, edades y categorías de los distintos ganados.

La resultante de esa mayor densidad informativa no era ninguna sorpresa, ni para los contemporáneos, ni para los historiadores: Saladillo era una región de cría, con más del 40 % del ganado vacuno catalogado como vacas de vientre de dos o más años, y la raza Shorthorn o Durham tenía una supremacía casi absoluta (en 1930 más del 82 % de las cabezas y en 1937 más de 94,000 de las 103,000 contadas).

Junto con las cantidades absolutas de cabezas vacunas, también ascendió el número de productores, que superaban el millar y medio en 1937. Lo más interesante de esa cifra era su composición según el régimen legal de la tierra: 559 de estos ganaderos eran propietarios, 843,

arrendatarios, y 129 tenían otro tipo de vinculación. Por otro lado, 1,091 explotaciones disponían de menos de 25 cabezas, pero eran 1,290 si se computaban hasta 50 ejemplares y llegaban a 1,411 (un 92 % del total) al adjuntarles los rodeos de hasta 100 vacas. En el otro extremo, había 17 productores con más de 1,000 cabezas y concentraban el 34 % de los vacunos, pero entre ellos se contaban cuatro arrendatarios.

La etiqueta de zona de ganadería extensiva para cría ya estaba tan colgada que, en 1946, el investigador estadounidense Carl Taylor eligió un establecimiento emblemático de Saladillo para ejemplificar la tipología. En su famosa recorrida argentina de poco más de tres meses, el antropólogo se hizo tiempo para visitar la estancia Los Puestos. Como muestra de su revista, dejó un formidable croquis con el detalle de la distribución de las instalaciones del establecimiento, la división de los arriendos, el número y la clase de ganado en cada parcela, y los distintos tipos de cereales existentes (Taylor, 1948: 219, figura 28).

Asimismo, los resultados arrojados por el censo del año siguiente confirmaron esa elección, ya que casi el 69 % del total de los vacunos del distrito fue clasificado como vacas de vientre y terneros de menos de un año. Por otro lado, esta medición marcó un nuevo aumento de las existencias bovinas, aunque de solamente un 10 % en la década intercensal. Por desgracia, fue limitado el fraccionamiento para indicar la cantidad de cabezas en propiedad de los productores, de modo que la primera columna iba desde 1 hasta 100 ejemplares. Esa categoría comprendía a 1,375 explotaciones (un 87.47 % del total), con una posesión de alrededor de 32,000 animales (un 28 % del *stock*), mientras que los 16 estancieros con más de 1,000 cabezas sumaban unas 40,000 (el 35 %). Así, en tanto los ganaderos medianos y pequeños exhibían un ligero retroceso,

los grandes apenas incrementaban su participación porcentual.

El dato más sobresaliente del censo de 1947 fue el notorio inicio del proceso de desplazamiento del Short-horn como raza más difundida. En apenas diez años, la primera especie importada por los cabañeros había caído al 58 % de las existencias (unos 66,000 animales), en detrimento de la ascendente Aberdeen Angus, que, de ser mínima en los años treinta, saltó al 19 %, con 21,500 cabezas. Esa tendencia se ratificó un lustro después, cuando el censo ganadero de 1952 –que no publicó la desagregación de estos datos por partido– señaló el sostenido retroceso de los Durham en la Provincia de Buenos Aires, que en solo cinco años habían perdido 2 millones de unidades, mientras que los Angus ganaron 2.2 millones.

El proceso de sustitución, derivado de las exigencias del mercado internacional de carnes, era claro e irreversible en 1960: solamente quedaban 36,500 Shorthorn, en tanto se contaban unos 61,000 Angus entre las casi 140,000 cabezas de ganado vacuno del partido. El censo de ese año, a pesar de las dificultades climáticas de la campaña 1959-1960, dejó cifras en general alentadoras para la ganadería, con la obvia excepción del ganado caballar, que, bajo las ruedas de los tractores y la maquinaria agrícola, cayó en más de un tercio con respecto a 1947. De una raza u otra, el perfil de Saladillo como zona de cría permaneció inalterable en cuanto a los porcentajes retenidos por las vacas de cría con sus terneros (un 71 %).

El primer elemento que resalta del relevamiento sobre los bovinos fue el aumento de las existencias totales de vacunos, que, si bien mostraban un retroceso con respecto a 1952, se habían acrecentado en más de un 22 % contra 1947. Luego, se notaba la pérdida de importancia relativa de las explotaciones medianas y chicas: no solamente bajaron en 99 productores el número absoluto de explotaciones (1,276), sino que exhi-

bían un incremento menor al global y una cantidad de cabezas (34,159) que representaba un 24.5 % del total. En tercer término, la expansión afirmó a los grandes ganaderos, quienes aumentaron su selecto club de 16 a 21 estancieros, y controlaban en conjunto casi 50,000 cabezas de ganado, equivalente al 35 % de las existencias. Dentro de ellos, el censo señaló la presencia de dos rodeos imponentes: uno con 6,007 animales y otro con 7,400.

De todos modos, desde 1962 la ganadería entró en un ciclo relativamente virtuoso, con políticas de estímulo y mejora de precios que también parecen haber alcanzado a los productores saladillenses y les permitieron dejar atrás los años complicados del lustro anterior. Por lo menos, en el mismo sentido que lo expresado para la agricultura, la prensa local se hacía eco de resultados positivos extraídos de una encuesta ganadera llevada a cabo por la Dirección de Estadística del Ministerio de Asuntos Agrarios el 30 de junio de 1964, donde se indicaba que en Saladillo había 241,092 hectáreas en explotación, es decir, un 88.12 % de la superficie total del partido.¹⁹⁰

En contraste con esa expansión, un sector de la ganadería vacuna que había tenido cierta importancia gracias al crecimiento urbano sufrió en esos años un golpe mortal: la actividad tampera. Osmar Pallero, quien, bastante antes de ser poeta, periodista y dueño de una imprenta, supo ser tambero y acopiador de huevos, rememoraba en uno de los relatos de sus años jóvenes el oficio de la leche, que daba sustento a muchas chacras de la zona periurbana (sobre todo el área vecina a la Escuela 4). En 1963, se hizo obligatoria la pasteurización, y la mayoría de los tambos, incluido el suyo, fueron forzados a cerrar. Él lo consideraba otro motivo más de despoblación en Saladillo, “donde las chacras eran el recurso primordial de una economía, que

¹⁹⁰ “Se advierte un comienzo de recuperación de nuestra ganadería”, *El Argentino*, 05/11/1964.

junto con la gallina a campo y el cerdo, permitía hacer rentable las pequeñas extensiones” (Pallero, 1981: 23-25).

Por desgracia, la frustrada experiencia del censo agropecuario de 1969 no permite medir con certeza el volumen de esos cambios. De todas formas, la encuesta ganadera de 1974 confirmó la sustancial suba de las existencias vacunas por sobre las de la década anterior, ratificó la agonía de la cría de ovinos en Saladillo, con majadas cada vez más reducidas y solamente orientadas al sacrificio dentro de los establecimientos, para destinarlas a la alimentación de las familias y empleados de las chacras y estancias, y señaló la casi desaparición de los caballos, antiguo símbolo mismo de las pampas.

Por lo demás, los resultados procesados de esta medición no ofrecieron demasiado detalle sobre la composición de las haciendas por su grado de importancia numérica, y se limitaron a indicar cifras totales de cabezas, con un único desagregado de “sexo y edad”, del que se colige únicamente la vigencia de la cría, al mantener las vacas de más de dos años y los animales de menos de uno su histórico porcentual (esta vez el 68 %) con respecto a los guarismos globales. Pero el relevamiento también dejó en claro que el negocio se estaba concentrando y que algunos sectores pecuarios iban quedando de lado: el número de explotaciones ganaderas descendió hasta 1,344, una cifra bastante más baja que la de 1937 y un 12 % menos que los productos censados en 1960. Es cierto que este empadronamiento, a diferencia del método de entrevista directa del censo, se basó en la participación de encuestados que remitían sus declaraciones, pero aun así la diferencia en menos era relevante. De todas formas, y aunque los contemporáneos (tal vez) no podían verlo, lo peor estaba todavía por venir.

El inicio de un largo período de liquidación de *stocks* a partir de 1977, la combinación de problemas de los que

hablaré en el capítulo 9, la pérdida de mercados externos, la caída del consumo interno y las inundaciones que azotaron la provincia en la década de 1980 se reflejaron en el censo nacional agropecuario de 1988. En paralelo a la agricultura, los indicadores de la ganadería vacuna fueron decididamente desastrosos: las unidades productivas estaban apenas arriba de las de 1916 y exponían una baja de casi un 15 % en comparación con 1974. En otras palabras, desde 1960 unas 380 familias chacareras se habían retirado de este negocio. Las existencias también se hallaban por debajo de las registradas en 1960, con una merma del 20 % con relación a 1974, ya que los datos del censo de 1977 no pueden tenerse en cuenta por su descrédito.¹⁹¹

La mayoría de las ausencias entre esos registros provenían del segmento de poseedores de hasta 100 cabezas de bovinos. Entre los 645 que tenían hasta 50 animales, y los 239 de entre 51 y 100 ejemplares, totalizaban 884 propietarios, es decir, 392 menos que en 1960 (un 30 %), aunque el porcentaje de hacienda con que contaban se mantenía en torno al 25 % del total (33,378 cabezas). La decadencia alcanzó igualmente a los estancieros con más de 1,000 vacunos, que, a pesar de aumentar su grupo a 23 productores, sufrieron una baja de casi 8,000 ejemplares sobre las cantidades de 1960 y redujeron su participación en el total al 30.7 %. El nuevo colectivo de relevancia eran las explotaciones con más de 200 y menos de 500 unidades, que pasaron a reunir el 30.21 % de las existencias (41,808 cabezas).

¹⁹¹ Según este censo ganadero, en 1977 había en Saladillo 206,672 vacunos, más de 32,000 que los relevados por el empadronamiento de 1974, lo que daba un aumento del 18.65 % en menos de tres años. En equinos y porcinos no existían casi diferencias con la medición anterior. En cuanto a los ovinos, se contaron casi 36,500, poco más de 12,000 menos que en 1974.

Por uno u otro motivo, este sector logró sobrellevar mejor la dureza de los tiempos, del mismo modo que, en la agricultura, los propietarios medianos pudieron recortar el volumen de los daños. Sin dudas, fue una combinación de una extensión de tierra más viable para la supervivencia de los emprendimientos, con la adopción de estrategias de gestión (productivas y técnicas) más aptas para un capitalismo agrario de carácter moderno y competitivo. Un sistema productivo (y social) donde resultaría más correcto identificar a sus exponentes como pequeños empresarios que como chacareros.

Un nuevo mundo marcado por la soja y el engorde a corral, con poco o escaso lugar para la pequeña ganadería, esa que, más allá de todo lo dicho en este capítulo, fue durante años un motor importante de la economía rural del partido, y en algunos momentos el orgullo de Saladillo, que lideró durante décadas las estadísticas bonaerenses de producción de ganado porcino y aves de corral. Ese universo perdido al que voy a dedicar las próximas palabras.

¿El huevo o la gallina? La pequeña ganadería y su importancia en Saladillo

La subvaluación económica y comercial de la pequeña ganadería, en especial de las actividades porcina y aviar, es una constante que recorre casi todos los trabajos sobre la producción agropecuaria pampeana y bonaerense. Con contadas excepciones, la mirada se ha posado casi siempre en la agricultura de los cereales y las oleaginosas, y la ganadería mayor, sobre todo la del bovino. Es innegable que, hasta la difusión de la soja, el trigo, el maíz, el girasol y las vacas llenaron los grandes números de la riqueza de la región pampeana.

De todas formas, desde los inicios de las estadísticas agropecuarias, los censos recogieron información sobre cerdos y aves de corral, aunque en muchas oportunidades no la desagregaron por partidos. Sin embargo, en Saladillo, una zona considerada de cierta marginalidad dentro del complejo productivo provincial, estas especies eran más que elementos de subsistencia, como las califica Adolfo Coscia, quien las igualaba con los productos de la huerta y los agrupaba a todos bajo el destino del autoconsumo familiar (Coscia, 1983: 138-139).

Un rápido recorrido histórico por gallineros y porquerizas

Según la bibliografía disponible sobre el tema, más allá de que las distintas variedades se hayan introducido por los colonizadores españoles, no fue hasta 1857 que la avicultura tomó

algún tipo de importancia, con el establecimiento de la colonia San José, por Justo José de Urquiza. En ese año, el entonces presidente de la Confederación estableció la explotación “de las aves en su colonia, formada por familias suizo-francesas, de indudable tradición granjera, y al importar de Francia ejemplares para la reproducción y mejoramiento de los planteles”, inauguró la futura industria avícola nacional (Álvarez & Gobbi, 1961:7).

Luego, comenzó un impulso privado para la cría y la multiplicación de las razas puras desde la Sociedad Rural Argentina, que inició la difusión sobre el asunto. La creación del Ministerio de Agricultura, en 1898, marcó el comienzo de la actividad oficial, a través de campañas de fomento y circulación de artículos y bibliografía especializada. A principios del siglo 20, la creación de las carreras de grado específicas relacionadas con la agricultura y la ganadería permitió la inclusión de la cuestión en los programas académicos de las universidades nacionales y los institutos provinciales. Más adelante aún, las tareas de fomento continuaron con las empresas comerciales del sector (sobre todo en lo concerniente a las cuestiones técnicas de la alimentación y la sanidad) y el periodismo especializado.

La avicultura ya apareció con cierta entidad en el trabajo dedicado por el emprendedor francés Charles Lemée a los inmigrantes que llegaban al país y se instalaban como arrendatarios o pequeños productores en la región pampeana. En 1887, este prolífico publicista aconsejaba a los chacareros “tratar de desarrollar con empeño en su casa varias pequeñas industrias”, que ocupaban a la familia y dejaban “mucho utilidad, como la cría de aves, la venta de huevos, de manteca, de quesos y en ciertos casos, de legumbres” (Lemée, 1887: 23).

Poco más tarde, en 1895, el director del segundo censo nacional, Gabriel Carrasco, fue muy somero en el análisis

de la información sobre las aves de corral, de las que indicaba solamente las cantidades absolutas de las gallinas (sin discriminar pollos o gallos), y de una segunda categoría que agrupaba a patos, pavos, gansos, etc. Debajo del cuadro comparativo, una escueta frase señalaba “un aumento de 87 % en la primera clase de aves y de un 15 % en la segunda” con respecto a 1888.¹⁹² En cambio, al referirse a la ganadería, y en la sección descriptiva en la que comparaba los resultados de esa medición con la anterior, dejó un pequeño apartado relacionado con los porcinos. Allí, remarcaba el aumento del 66 % entre un relevamiento y otro, y concluía lo siguiente:

El aumento de esta clase de ganado puede considerarse como un progreso de mucha importancia, puesto que, dada la manera de alimentarlos y de criarlos [a los cerdos], se demuestra que comienzan á utilizarse los residuos de la agricultura y de la alimentación del hombre, produciendo una nueva fuente de riqueza que está sin duda destinada á un poderoso desarrollo.¹⁹³

En el siguiente censo agropecuario, levantado en 1908, el estanciero Godofredo Daireaux se ocupó del papel del cerdo en los grandes establecimientos argentinos. En su reconocido ensayo, agregado dentro del tomo de monografías especiales que integraban la publicación de los resultados de la encuesta, Daireaux se lamentaba de la poca atención brindada hasta ese momento por las estancias a la especie: “El cerdo es hacienda agrícola, diremos, y demasiado poco hace que nuestros hacendados se van volviendo agricultores, para que todavía se hayan dignado echar una mirada sobre este interesante animal. Interesantísimo en esta pampa, maicera por excelencia”.

¹⁹² *Segundo Censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, tomo III, 1898, p. LXXXV.

¹⁹³ *Ídem*, pp. LXXXIII/LXXXIV.

Para este autor, en los albores del siglo 20, las publicaciones técnicas y la bibliografía circulaban bastante y se difundían de forma superior a las prácticas ganaderas porcinas. Sin embargo, y a pesar de estos comentarios, según los cuadros estadísticos la existencia de cerdos se había más que duplicado entre 1895 y 1908, mientras que en la Provincia de Buenos Aires no estuvieron lejos de triplicarse. De todas formas, Daireaux confiaba en lo siguiente:

[Cuando] nuestros agricultores se hayan cansado de vender á precios tirados sus buenas y abundantes cosechas de maíz, para engordar en Europa cerdos, que nos devolverán en forma de salazones y jamones de altísimo precio, empezará el negocio á tomar forma.

Asimismo, él reconocía que la calidad de los animales había mejorado mucho desde los tiempos pasados, pero todavía se estaba lejos de disponer de establos e instalaciones que hicieran racional la explotación: hasta ese momento, el consumo interno era muy bajo, y nula la demanda para exportación.¹⁹⁴

También expresó su parecer sobre las aves de corral. Al respecto, pedía “organizar su cría y su refinamiento con el mismo cuidado que si se tratase de animales mayores”. Igualmente, y fuera de lo visto en las exposiciones de la Sociedad Rural, era una rama productiva a la que muy pocos hacendados le prestaban atención. Como en el caso de los cerdos, había un gran potencial de cría y un mercado europeo formidable para sus productos, pero la actividad no despegaría jamás en la forma en que se la desarrollaba en las estancias:

¹⁹⁴ *Censo Agropecuario Nacional. La Ganadería y la Agricultura en 1908*, Buenos Aires, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina, tomo III, 1909, pp. 47-48.

[...] generalmente, se crían en absoluta libertad, es decir, con la mayor dejadez, bastantes gallinas, muchas de ellas de origen catalán y que podrían ser otra cosa de lo que son, si se cuidasen; pero muchas veces, ni gallinero tienen. Ponen en cualquier parte, duermen en los árboles, si lo hay, ó en el techo de algún galpón; comen lo que encuentran, y el resultado es que se pierden los huevos, que las comadreas y otros bichos se comen los pollos, y que las gallinas, flacas y vagabundas, no dan ningún producto al amo.

Las esperanzas de Daireaux estaban puestas en la capacidad femenina para sacar adelante este sector postergado de la pequeña ganadería:

El pato, el ganso, la paloma, también podrían abundar. Pero no abundan las aves y en la misma capital, cuestan un precio loco, cuando deberíamos abastecer á Europa entera con nuestras gallinas y nuestros pavos. Creemos que así sucederá cuando las mujeres, en las estancias, así lo quieran; pues en gran parte de ellas depende crear esta riqueza.¹⁹⁵

En el volumen dedicado a la ganadería del censo de 1914, Alberto Martínez hizo consideraciones generales sobre cada uno de los sectores mensurados. Mientras que guardó silencio sobre los porcinos, escribió un extenso apartado acerca de la avicultura. La primera conclusión era que su existencia no marcaba “el progreso acentuado” que el país reclamaba. En opinión del funcionario, el problema principal era la preponderancia de la gran propiedad, a diferencia de lo que acontecía en Estados Unidos o Canadá.

Resultado de ello era la escasez de granjas, aquella “pequeña explotación agropecuaria, donde familias trabajadoras e industriosas cultivan productos agrícolas, manipulan otros de origen animal y crían aves de corral por

¹⁹⁵ Ídem, p. 49.

métodos y procedimientos adelantados". Esta deficiencia del modelo agrícola argentino tenía consecuencias económicas muy claras:

El hecho innegable es que, bajo este punto de vista, nos encontramos en una situación muy desventajosa si nos comparamos con otros países que han multiplicado el número de granjas. Esta situación de inferioridad se comprueba de manera elocuente, consultando los renglones de nuestras importaciones. Representa muchos millones de pesos el valor de los productos de granja que el país importa cada año del exterior y que podrían obtenerse entre nosotros, si existiese una buena organización agraria y agrícola; y si se descongestionase la población de nuestras ciudades, principalmente la de la Capital Federal, encaminando hacia la campaña un número considerable de familias necesitadas, que llevan una vida precaria y estrecha, en lucha permanente con la miseria, cuando por medio del trabajo agrícola podrían encontrar bienestar, independencia económica y llegar, tal vez, a la fortuna dentro de un porvenir no muy lejano.

Martínez enfatizaba que, en 1913, y justo antes del estallido de la guerra europea, la Argentina había importado frutas naturales y en conserva, limones, naranjas, manzanas, pasas de uva y de higo, pimientos al natural y pasta de tomate. También ese año se introdujeron huevos extranjeros por \$1,380,600 y -en el país de las vacas- quesos y leche condensada por más de \$4,500,000. Para solucionar esta cuestión, proponía estimular la fundación de granjas, en especial en los alrededores de la Ciudad de Buenos Aires, donde todavía se practicaba la ganadería mayor. Al redactar ese informe, cuando ya estaba en su pleno apogeo la lucha armada, pensaba que el conflicto ofrecía una buena oportunidad, y la posguerra podía convertirla en un gran negocio.¹⁹⁶

¹⁹⁶ *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1° de junio de 1914. Censo Ganadero*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso & Cía, tomo VI, 1917, pp. LIV-LIX.

Con todo, el número de aves de corral no dejaba de crecer entre un censo y otro. Las poco más de 4 millones de unidades no discriminadas de 1888 se acercaron a los 8 millones en 1895, y prácticamente se volvieron a doblar para 1908. En 1914, aunque el ritmo de incremento se redujo, superó igualmente el 60 % entre los dos censos. También los porcinos duplicaron sus totales entre 1908 y 1914, pero tuvieron un fuerte descenso en 1922, cuando regresaron a las cifras de 1908. En esa oportunidad, los censistas explicaron que el importante retroceso se debía a la existencia de “un porcentaje de esta especie ubicado en los radios urbanos”, que había “escapado en gran parte al recuento”, ya que los encuestadores se enfocaron en las zonas rurales.¹⁹⁷

A pesar de no ser el objeto central de la ley que lo autorizó, el censo ganadero de 1930 recabó asimismo las existencias de gallinas, pavos, patos, gansos, gallinetas, faisanes y conejos con la excusa de su “gran valor económico actual” y los agrupó bajo la tipología de “animales de corral”. Luego, dedicó un apartado conceptual a las gallinas, donde las autoridades sostenían lo siguiente:

La crianza de aves en nuestro país es una industria que recién se inicia con verdadera orientación científica y práctica, debido al esfuerzo oficial y privado, tendiente a encaminar este negocio, complemento obligado de la granja, por el verdadero camino racional.

A continuación, se desplegaban las expectativas por su fomento, con la esperanza de poder compararla con los Estados Unidos, donde “su importancia comercial” era “tan grande como la del trigo”. El texto resaltaba las buenas condiciones geográficas del país para el desarrollo de la

¹⁹⁷ *Extracto Estadístico del Censo Ganadero Nacional*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura, 1923, p. 10.

avicultura, y hacía votos para que contribuyera a “mejorar el estado económico de nuestra gente de campo, dedicada [...] a las explotaciones de carácter unilateral, con resultados casi siempre infelices”, pues no tenía “a su alcance medios de defensa en los casos de pérdida de la cosecha”, o cuando “los cereales” no tenían “valor compensador para el productor”.

En el texto se lamentaba el escaso avance de los planteles de gallinas entre las mediciones de 1914 y esa de 1930, como un reflejo de la falta de adelanto en la industria avícola nacional, aunque reconocía que, al haberse efectuado el censo en junio, no se había iniciado todavía la crianza anual, razón que seguramente incidía en no menos de un 10 % de las verdaderas cifras del sector. Más allá de los números, para los responsables de la encuesta, la nota positiva era el avance en la mestización, producto de la introducción de reproductores de raza pura importados de los Estados Unidos y el Reino Unido, “mejoramiento traducido en aumento de peso de nuestra gallinita criolla, capacidad productora de huevos y mejor calidad de carne”.

Al mismo tiempo, el atraso productivo podía apreciarse en las importaciones de huevos, que superaban en proporción de 10 a 1 las exportaciones del producto. A pesar de existir un mercado como el inglés, con capacidad para recibir unas 30 millones de docenas de huevos por año, la avicultura argentina no podía llenar ese espacio por falta de cantidad y calidad. Para la comisión del censo, esta era la explicación: “[...] la explotación avícola está, entre nosotros, en manos del chacarero, quien la explota con el máximo de descuido, y también a los medios de transporte que son demasiado deficientes, causas ambas que atentan contra la bondad del producto.”¹⁹⁸

¹⁹⁸ *Censo Ganadero Nacional de 1930. Leyn.° 11.563. Existencia al 1° de julio de 1930*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1932, pp. xvii, xxxii-xxxiii.

Las reflexiones que precedían a los cuadros estadísticos de ese censo también se enfocaron en los porcinos, sobre quienes se afirmó que “su rubro” había “entrado definitivamente en la balanza comercial del país”. Por desgracia, las buenas condiciones naturales para el desarrollo de la actividad del sector (clima, pasturas, abundancia de cereales y granos) y el atractivo de los mercados internacionales de Europa y el Pacífico oriental quedaban postergados por la crisis mundial.

Al igual que en la avicultura, podía destacarse el avance en la calidad de las piaras, donde se observaba el desplazamiento del antiguo cerdo criollo en beneficio de las razas Duroc Jersey, Berkshire y Poland China, preferidas por los frigoríficos y estimuladas por estos con tanta determinación que, según el informe, los propios mataderos traían reproductores de pedigrí para mejorar los planteles. En el pasivo, todavía quedaba pendiente la cuestión sanitaria, en la que ni el empeño de los criadores había evitado las grandes pérdidas por cólera porcino y tuberculosis.¹⁹⁹

Poco después de este censo, en 1932, Adolfo de Bruyn publicó un trabajo en el que intentaba alentar a los estancieros (al menos a los del oeste bonaerense) a impulsar la explotación porcina. En su opinión, esta zona tenía los elementos vitales para el éxito:

[...] el clima benigno y tierras que pueden producir alfalfa y maíz; un mercado como el Imperio Británico, del que sólo satisfacemos el 0.6 [%] de sus pedidos y con medios de comunicación tan rápidos que, en 15 días, recibe nuestros productos.

Para alcanzar esos objetivos, recomendaba organizar crianza e invernada en un mismo lugar y con cercanía a

¹⁹⁹ *Ídem*, pp. XIV-XVII.

las áreas lecheras, de ahí su recomendación para la zona occidental de Buenos Aires (De Bruyn, 1932: 95).

De acuerdo con los cálculos de De Bruyn, hechos sobre la base de estimaciones mundiales de principios de 1930 del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, Argentina era un productor menor y periférico, con menos de 1.5 millones de cabezas de ganado porcino, cifra insignificante en un universo de más de 282 millones de animales. En ese momento, Brasil contaba con más de 16 millones de cerdos, y China, el primer productor, tenía al menos 76 millones. De allí que se permitiera hablar de una industria totalmente descuidada.

No obstante, la situación cambió en pocos años, en medio de la tremenda crisis económica mundial de los años 30. En la introducción del censo agropecuario de 1937, ya se podía leer lo siguiente:

La cría del ganado porcino ha aumentado en un 5.2 % durante los últimos años. A pesar del desconcierto económico de este último tiempo como ya se ha señalado, las exportaciones de carne porcina aumentaron notablemente; llegando de esta manera a pesar sobre la balanza comercial y a conservar en parte las disminuciones que se produjeron en los valores de otras especies. La rapidez con que el capital evolucionó durante su explotación, despierta interés y sea posiblemente una de las causas por la cual se intensifique su cría.²⁰⁰

En efecto, mientras que los precios de la mayoría de los bienes primarios exportables argentinos sufrieron bajas de consideración en volúmenes y precios, los cerdos, tras perder el 50 % de su valor entre 1928 y 1933 (de 44 centavos a 22 el kilo vivo, pagado por frigorífico), habían recuperado gran parte de los precios para 1937, al negociarse

²⁰⁰ *Censo Nacional Agropecuario de 1937. Ley n.º 12343. Levantado el 30 de junio de 1937. Ganadería, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1939, p. LXV.*

a 38 centavos el kilo vivo. Pero, además de esto, las de carnes congeladas de porcinos fueron las únicas exportaciones que aumentaron, e incluso lo hicieron a un ritmo impropio de una era de crisis: las 3,858 toneladas despachadas en 1928 se dispararon a 15,099 en 1934, cuando todavía el colapso del comercio internacional estaba en un punto álgido. Por cierto, bajaron cuando los otros bienes recuperaron terreno, pero se estabilizaron por sobre las 9,000 toneladas, un piso muy superior al de la década anterior. Asimismo, para satisfacer esa demanda, los frigoríficos más que duplicaron sus adquisiciones en ese período: de las 430,000 cabezas comercializadas en 1928, llegaron a más de 1,000,000 en 1937.²⁰¹

Eso explica que, a mediados de la década de 1940, Roberto Müller Defradás insistiera con argumentos muy parecidos a los De Bruyn y además agregara nuevas posibilidades. Para este autor, a la cría intensiva vinculada a las cremerías y al aprovechamiento de remanentes de la industria lechera –más relacionada con la producción en granjas y chacras, que al parecer en ese momento era también sostenida por el propio Ministerio de Agricultura–, deseaba asociarle el desafío de la explotación extensiva, para tratar de transformar “los cereales y pasturas en carne, a un precio más elevado y menos variable, así como a un flete menor”. Desde ya, debía lucharse contra los prejuicios de los ganaderos para con los cerdos, quienes –en su opinión– consideraban al ganado porcino en un cuarto orden, detrás de vacunos, equinos y ovinos, y, en consecuencia, lo relegaban a los peores sectores de sus propiedades, como los “campos más bajos, pantanosos y con las peores condiciones para la procreación” (Müller Defradás, 1946: 268 y 565).

²⁰¹ Ídem, p. LV.

En realidad, tras el impulso recibido durante los años 30 y la Segunda Guerra Mundial, el censo de 1947 demostró un marcado descenso de las existencias porcinas, que exhibían una merma de un cuarto con respecto a las cifras de 1937. Si bien según el censo ganadero de 1952 los rodeos porcinos se habían recuperado hasta los 4,000,000 de cabezas, de allí en adelante se estabilizaron sin exhibir grandes diferencias, al menos hasta la década de 1980, cuando retrocedieron de manera acentuada.

Es probable que ese estancamiento haya llevado a poner al desarrollo de la producción porcina entre las propuestas presentadas por el radicalismo para el agro. En 1956, el dirigente Rodolfo Carrera pedía dinamizar este sector. Entre los datos más significativos que destacaba, se encontraba la marcada diferencia entre los cerdos y los ganados vacuno y lanar: mientras que estos últimos estaban caracterizados por la concentración de grandes rebaños en manos de terratenientes importantes, el grueso de la cabaña de porcinos (un 68.6 %) descansaba en chacareros de hasta 100 hectáreas (Carrera, 1956: 35).

Según este dirigente de la UCR, su partido aspiraba a poner en marcha una política de colonización de los grandes latifundios –una idea ya sostenida en 1948– para llevar la cifra de productores agropecuarios desde los 450,000 existentes en ese momento a “varios millones” y, de paso, repoblar el campo. Con estas medidas, se buscaba generar una multitud de chacras familiares con estos objetivos:

[...] se trabajaría para una producción diversificada, a base de un cultivo científico e intensivo de la tierra, que permitirá que cada empresa agraria familiar produzca maíz, cerdos, cereales, aves, productos de granja, y también un tipo de vacuno especial que se puede criar en predios de mediana superficie, para el consumo nacional o de los países vecinos (Carrera, 1956: pp. 49-51).

Cuadro 5.1. Evolución de las existencias de ganado porcino

Censo	República Argentina		Provincia de Buenos Aires		
Año	Explotaciones	Cabezas	Explotaciones	Cabezas	% del total
1881	-	-	No informa	155,134	-
1888	No informa	403,203	No informa	208,888	51,81
1895	No informa	652,766	No informa	248,720	38.10
1908	No informa	1,403,591	No informa	711,241	50.67
1914	No informa	2,900,585	No informa	1,394,042	48.06
1922	No informa	1,436,638	No informa	621,544	43.26
1930	No informa	3,768,738	No informa	1,838,491	48.78
1937	242,317	3,965,945	66,593	1,712,067	43.17
1947	198,075	2,930,793	54,112	1,082,862	36.95
1952	249,433	4,023,558	63,393	1,392,769	34.62
1960	194,862	3,880,675	42,721	1,063,372	27.40
1974	151,102	4,126,686	31,306	1,201,840	29.12
1988	89,459	3,210.153	17,257	861,112	26.82

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). El censo de 1881 fue de carácter provincial, por lo cual no se consignan cifras nacionales.

Fuera de los cerdos, Müller Defradás también había manifestado sus opiniones acerca de las aves de corral. En un apartado de su texto sobre administración de estancias, explicó que las consideraba apenas como “un agregado

de las grandes explotaciones en las que la crianza de aves sólo interesa para el consumo interno de pollos y huevos". Igualmente, y con acierto, advertía que "las razas destinadas a la alta postura desmerecen como aves de consumo y, en cambio, las razas destinadas a consumo no responden como ponedoras", por lo que recomendaba inclinarse por las aves de propósito dual, como las gallinas Rhode Island Red, o la Plymouth Rock (Müller Defradás, 1947: 275).

A pesar del atraso en las técnicas y las prácticas, y a diferencia de lo ocurrido con sectores como la agricultura, la producción avícola vivió un *boom* exportador con la Segunda Guerra Mundial, en especial desde 1943, hasta quintuplicar el monto de los negocios en 1945, con respecto a los años inmediatos a la salida de la crisis de 1930. En términos de volumen, en 1944 Argentina exportó 28.46 millones de docenas de huevos, 31 millones en 1945 y todavía 23.37 millones en 1946, cuando el conflicto había concluido. En cambio, en 1947 la cifra se desmoronó a 2.12 millones de docenas y, posteriormente -excepto en 1959 y 1961, cuando se exportaron más de 5 millones-, las ventas de huevos a los mercados externos ya no pudieron recuperarse (CONADE, 1969a: 67 y 86).

A fines de la década de 1970, una publicación especializada en avicultura reseñaba que, hasta el decenio de 1950, "cuando la producción avícola era casi exclusivamente de chacra, la Argentina exportó grandes cantidades de aves congeladas y de huevos en cáscara y deshidratados", principalmente con destino al Reino Unido, pero también a otros países limítrofes y europeos. La facilidad para el comercio con los británicos era la utilización de los mismos barcos de línea regular que llevaban las carnes congeladas y enfriadas. Esa ventaja se perdió poco más tarde, cuando los antiguos compradores se sumaron a la revolución tecnológica aviar y lograron autoabastecerse

primero, y tener superávit productivo luego. Por supuesto existían mercados alternativos, ya fuera en Asia, África o Europa Oriental, pero la necesidad de buscar otras líneas mercantes encarecía los fletes de tal forma que los productos argentinos se tornaban poco o nada competitivos.²⁰²

Mientras tanto, la búsqueda para conseguir animales destinados al doble propósito reconoció varias etapas, un proceso que da cuenta del aporte fundamental de la ingeniería biológica en la mejora productiva de la avicultura y que no pasó con la misma intensidad en la ganadería porcina. Como reseñaba un estudio del INTA fechado en 1964, en los años treinta se percibió el desarrollo de dos clases de criadores de aves: los de doble propósito y los de producción de huevos exclusivamente. Sobre la base de la progenie, se utilizaron machos de familias con elevada postura para aparearlos con hembras de mayor producción. Con este método, en Estados Unidos consiguieron elevar los promedios de postura hasta 150 huevos anuales, pero nunca pudieron superar la falta de uniformidad en sus plantales y enseguida notaron la imposibilidad para sobrepasar ese número siguiendo ese sistema de selección.

En conclusión, ya antes del fin de la Segunda Guerra algunos criadores norteamericanos se convencieron de la inconveniencia de continuar apostando en las razas de doble propósito, al comprobar que ambas características estaban negativamente correlacionadas. Por eso, en la década de 1950, se diferenciaron definitivamente los criadores dedicados al mejoramiento de la raza Leghorn (gallina de alta postura, con 250 huevos anuales de promedio y con una conversión de 2 kilos de alimento por docena de huevos) de los cabañeros orientados hacia la producción de carne, quienes se dedicaron tanto a los pollos parrilleros

²⁰² *Orientación Avícola*, año 1, n.º 8, marzo de 1977, p. 5.

(raza Cornish), como a las gallinas de raza Plymouth Rock Blanca (Bonino, 1964: 6).

Lo que estas líneas anteriores exponen con claridad es la transformación profunda sufrida por la avicultura en un par de decenios, que generó asimismo una importante literatura técnica y comercial. Uno de los primeros trabajos en ese sentido fue el de Carlos Henin. El primer párrafo de su análisis de la avicultura nacional decía lo siguiente:

La actividad avícola se desarrolló originariamente en la República Argentina como complementaria de las explotaciones agrícola-ganaderas, pero en la actualidad es encarada en forma preponderante con las características de un rubro de granja y constituye la principal, y en muchos casos la exclusiva, fuente de recursos de un sector de la población.

Para este autor, existían dos elementos que contribuían a explicar esa elección: por un lado, la subdivisión de la tierra operada en las décadas anteriores; por otro, “la aparente simplicidad de su funcionamiento y el escaso capital inicial necesario, sin olvidar tampoco el convencimiento muy generalizado [de] que proporciona grandes y fáciles beneficios” (Henin, 1960: 9).

Según su estudio, uno de los problemas existentes en la avicultura argentina era la baja producción anual por ave, que en 1956 se calculó en 57 huevos. La cifra era de las mejores para Latinoamérica, pero resultaba irrisoria en comparación con los Estados Unidos, Bélgica y Japón (entre 170 y 156 unidades), y se hallaba muy por debajo de Australia, Reino Unido, Países Bajos, Alemania Federal y Francia, que conseguían más de 100 huevos por gallina (Henin, 1960: 19).

Al año siguiente, la Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico (CAFA-DE), creada por el gobierno de Frondizi y con dependencia de la propia Presidencia de la Nación, encargó a Enrique

Álvarez y Erasmo Gobbi la confección de un diagnóstico sectorial. El texto comenzaba explicando las dificultades e incertidumbres estadísticas que desde siempre conllevó la avicultura (de hecho, han sido reconocidas tanto por las fuentes oficiales como por las privadas hasta al menos el fin del siglo pasado) y posteriormente examinaba el desempeño avícola argentino desde sus inicios.

En opinión de estos autores, la política económica seguida desde 1946 determinó “bajos precios para el huevo y una significativa elevación del precio de los granos, alimento básico de las aves. Esto produjo una profunda perturbación en el desarrollo de la avicultura, que debió soportar un período francamente crítico”. De todos modos, en 1947 se restableció la libre exportación de productos avícolas, con sistema de cupos, y se flexibilizaron las medidas sobre el mercado interno, con una consecuente recuperación sectorial, que sobrellevó incluso la intervención oficial sobre los precios iniciada a principios de los años cincuenta. Después de 1956, con la liberalización de la economía, los autores creían que la avicultura se encontraba ante un contexto claramente favorable (Álvarez & Gobbi, 1961: 10-12).

El trabajo también examinó el valor de las mejoras en los planteles y en las técnicas de manejo, y su correlato en los índices de postura. Si en 1937 una gran mayoría de gallinas eran aves criollas, o comunes, que ponían entre 60 y 70 huevos por año, en 1947 se notó un aumento importante de las razas mejoradas, un descenso de las livianas al 75 % de las existencias y un promedio de postura de 75 huevos por animal.

Como en toda actividad, los años críticos sirvieron para depurar la producción, racionalizarla y corregir las deficiencias de la cría. Así, se perfeccionaron las prácticas alimenticias y sanitarias, se reemplazaron los ejemplares criollos, se difundieron las gallinas de doble propósito y comenzaron a verse los resultados de medidas oficiales, como la creación de los regis-

tros genealógico y de productores, el control de los balanceados, las campañas de lucha contra algunas enfermedades y, poco más tarde, los primeros efectos de la creación del INTA. De resultas, en 1960 el estudio estimaba ya la postura anual promedio en 110 huevos por gallina.

Del mismo modo, pudo verse un aumento muy significativo de la producción de pollos parrilleros, que, a inicios de esa década, superaban los 15 millones permanentes de cabezas. Aun así, eran los huevos los que hacían el gran aporte al peso productivo dentro del sector avícola, con un 68.51 % de los \$9,400,000 anuales generados por el total de la avicultura, que remitía más del 90 % de su producido al mercado interno, más allá de observarse un aumento de las exportaciones de huevos con cáscara a finales del decenio de 1950, principalmente a Europa y Venezuela. En gran medida, este crecimiento estaba respaldado por la expansión de las fábricas de alimentos balanceados: en 1961 ya funcionaban 66 plantas productoras, que volcaban en el mercado más de 150,000 toneladas anuales (Álvarez & Gobbi, 1961: 19-31).

Las conclusiones de esta investigación oficial eran una serie de medidas para impulsar el sector. Entre ellas se destacaban: el incremento productivo por animal, a través de la incorporación de híbridos; la mejora de las instalaciones, la sanidad y la alimentación; el fomento de la investigación en materia de reproducción, veterinaria, difusión, capacitación y organización de los productores; la modificación de los sistemas comerciales, a fin de evitar la intermediación; la tipificación de los productos; el avance de las redes de transporte; el requerimiento de compilar cifras estadísticas nacionales y provinciales; y la necesidad de “interesar al público en un mayor consumo de aves y huevos, mediante planes adecuados de difusión”. Este es probablemente el esbozo del primer programa para utilizar la recién descubierta capacidad de la avicultura y, así, liberar

recursos de la ganadería vacuna volcados en el mercado interno y redirigirlos al comercio internacional (Álvarez & Gobbi, 1961: 125-126).

Cuadro 5.2. Evolución de la avicultura (gallinas, gallos y pollos)

Censo	República Argentina		Provincia de Buenos Aires		
	Explotaciones	Cabezas	Explotaciones	Cabezas	% del total
1881	-	-	No informa	732,979	-
1888	No informa	4,249,754	No informa	2,324,799	54.70
1895	No informa	7,886,354	No informa	3,315,094	42.04
1908	No informa	15,213,771	No informa	5,556,838	36.53
1914	No informa	24,691,286	No informa	10,186,795	41.26
1930	No informa	37,428,427	No informa	15,260,203	40.77
1937	392,990	42,988,840	99,085	16,186,325	37.65
1947	381,133	29,410,762	106.744	10,632,992	36.15
1952	434,362	43,646,360	102,457	14,943,472	34.24
1960	316,220	29,299,139	72,096	8,541,475	29.22
1969	No informa	44,727,029	No informa	19,341,748	43.24

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). El censo de 1881 fue de carácter provincial, por eso no se consignaron cifras nacionales. Los censos posteriores a 1969 no relevaron existencias de aves de corral.

Durante toda la década de 1960, las investigaciones y monografías se prodigaron y dieron origen a una gran cantidad de publicaciones, generadas tanto por organismos vinculados a la Secretaría de Agricultura, las cámaras sectoriales de productores de aves y huevos, como por el INTA. Justamente la Estación Experimental Agropecuaria Pergamino organizó una primera prueba de postura con muestras al azar, en la que participaron diez líneas de gallinas de origen argentino, norteamericano y europeo. El testeó se inició en octubre de 1962, en las instalaciones de la Estación Experimental Agropecuaria Oliveros, y concluyó el 20 de febrero de 1964. En octubre de 1963, y en cumplimiento de los planes de trabajo oportunamente trazados, la agencia de Pergamino inició dos pruebas más de este tipo en sus nuevas instalaciones. La primera de ellas, para líneas de postura, y la segunda, para líneas madres de pollos parrilleros (Bonino, 1964: 11).

Por su parte, el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) publicó entre 1964 y 1969 al menos tres trabajos sobre la situación y las posibilidades del sector avícola. Todos ellos compartían el interés gubernamental por ampliar la producción para hacerle un lugar mayor en el mercado interno. Según ya he dicho, aspiraban a sustituir -o, al menos, a reducir- la presencia de los cortes vacunos en las mesas de las familias argentinas, a fin de disponer de mayores saldos exportables, en un momento en el que, además, se volvió al recurso de la veda parcial para ayudar a la recuperación de las existencias bovinas, inmersas en un ciclo ganadero de liquidación.

Años más tarde, y como es bastante habitual en nuestro país, se discutían cosas más o menos parecidas. En esa oportunidad, una de las revistas del sector avícola sostenía lo siguiente en su editorial de marzo de 1977:

Un retraimiento circunstancial de la oferta de carne vacuna ocurrido en los primeros años de la década del '60 hizo que su precio relativo se elevara y determinó que el gobierno, para contrarrestar esta tendencia, decidiese alentar la producción y el consumo de sustitutos. Lo hizo poco y mal. Pero así y todo esas medidas, aunque fueron insuficientes para obtener el buscado incremento de las existencias de ganado porcino, bastaron para que los productores de carne de pollo parrillero conquistasen su lugar en el mercado, colocando a la avicultura argentina entre las diez mayores y más integradas del mundo occidental.²⁰³

El primero de los trabajos colectivos realizado para el CONADE incluyó asimismo un apéndice con la traducción de un estudio de los aspectos económicos de la producción argentina de pollos, firmado por Morris Moses, y llevado a cabo entre 1963 y 1964. En este texto se exponían las principales dificultades para la expansión de la carne aviar: “La carne de pollo es, en Argentina, un alimento de lujo”, sostenía el autor, para quien la preferencia por las carnes de vaca estaba dada –antes que nada– por la relación de precios. Según sus observaciones, mientras que el precio del kilo de corte bovino más costoso era de \$190, el kilo de pollo listo para cocción oscilaba entre los \$180 y los \$215, sin contar además con el rendimiento mucho más favorable de las primeras. Moses enfatizaba que, en ese momento, el kilo de pollo en Estados Unidos costaba 5.71 veces menos que el de carne bovina. Por ello, en Argentina el pollo se dejaba para “ocasiones festivas”, u ocupaba un “lugar prominente en el menú de los restaurantes más caros” (CONADE, 1964: anexo, 3).

Las esperanzas estaban puestas entonces en la capacidad ya probada por la avicultura de transformarse gracias a técnicas industriales, que le permitirían multiplicar su producción y, consecuentemente, bajar los precios. Este

²⁰³ *Cátedra Avícola*, marzo de 1977, p. 7.

potencial, así como los peligros que podían traer aparejados, fue expuesto por el secretario de Agricultura del gobierno radical, Walter Kugler, el 11 de julio de 1964, al inaugurar el Centro de Actividades Agrícolas de la Estación Experimental de Pergamino del INTA. En esa ocasión, el funcionario señaló la “transformación espectacular operada en la actividad avícola con la aplicación de nuevas técnicas para producir carne y huevo”. Pero, mientras que recordó el valor subsidiario de la actividad granjera en la economía chacarera, advirtió que el veloz pasaje de este rubro hacia un sistema industrial, con fuertes tendencias a la integración vertical, podría empujar al pequeño productor a “convertirse en un simple asalariado de los grandes consorcios”, en caso de no contarse con una contención técnica estatal y el accionar cooperativo de los interesados (Kugler, 1965: 179-183).

Junto con la genética, uno de los aspectos que más contribuyeron a los cambios en la avicultura fueron los avances en la fabricación de alimentos balanceados. Según un periódico sectorial, a partir de 1940 surgieron los primeros fabricantes de estos productos, en pequeña escala, que promovieron su colocación entre los productores avícolas. En 1948 ya se habían instalado las primeras plantas elaboradoras, lo que llevó al Ministerio de Agricultura a reglamentar la actividad en 1950 y a abrir la inscripción oficial para fabricantes de balanceados, un año más tarde.²⁰⁴

Este despegue se había confirmado en el decenio siguiente. En el primero de los estudios del Consejo Nacional de Desarrollo, se calculaba que, para 1963, los alimentos balanceados ya tenían un 30 % de penetración en el mercado de crías de pollos. Esto y los avances en genética anticipaban “que la mayor parte de la producción futura de

²⁰⁴ *Orientación Avícola*, año 1, n.º 11, julio de 1977, p. 38.

pollos” sería “criada a galpón y en consecuencia” requerirían “únicamente alimentos del tipo balanceado”. Los técnicos esperaban un espiral de tal magnitud que, según sus estimaciones, para 1973 proyectaban una injerencia directa en el mercado del 90 % (CONADE, 1964: 37).

La realidad se acercó bastante a esos pronósticos. En 1977, un mensuario vinculado a las cámaras de productores aviares estimaba la existencia de cuarenta empresas, con capacidad para producir 220,000 toneladas mensuales. Pero apenas cuatro de estas firmas liberaban más de 20,000 toneladas al mes cada una. Entre 1967 y 1976, la fabricación anual de balanceados aumentó un 307.2 %, desde las 585,000 toneladas del primer año hasta las 2,382,000 del último registro. El grueso de estos alimentos se destinaba al sector avícola (siempre más del 90 %), aunque desde 1974 se notaba un sostenido incremento de los balanceados para otros animales.²⁰⁵

Además del precio y la poca participación de las carnes aviares en el mercado interno, otra preocupación permanente de las dependencias y agencias estatales fue la baja productividad y las dificultades en los circuitos comerciales del subsector de los huevos, en una época en la que aún el negocio no estaba demasiado concentrado y podían distinguirse varios tipos de productores.

Cuando el sector agropecuario del Consejo Nacional de Desarrollo publicó su más exhaustiva investigación acerca de la actividad avícola, en 1969, tipificó tres categorías de criaderos de huevos: las dos primeras correspondían a las mayores empresas integradas y a los grandes criadores; y la tercera era la de aquellas explotaciones pequeñas y medianas relacionadas con el mundo chacare-ro. Además de ser exactamente el grupo sobre el que versa

²⁰⁵ Ídem, p. 42.

mi pesquisa, el propio estudio calculaba que esta tercera categoría representaba un 70 % de los productores del país, que se distinguían por las siguientes características:

[Poseen] por lo general cualquier tipo de aves y con cruces de distintas variedades; la alimentación es a base de granos de su producción y en cantidades reducidas; el alojamiento de las aves es al aire libre o a lo sumo en galpones tipo tinglado y por último, este tipo de establecimientos no llevan ningún tipo de control ni emplean técnica alguna, es decir hacen la explotación totalmente a campo (CONADE, 1969a: 10).

Aunque esta descripción se parece un poco más a la situación de los años cincuenta, o tal vez se ajusta mejor a zonas marginales antes que a los chacareros de la Provincia de Buenos Aires, que, entre otras cosas, rápidamente incorporaron a la dieta de sus gallinas los alimentos balanceados, los niveles de postura por animal eran indudablemente bajos.

Ese dato intentó ser sostenido con una serie de gráficos publicados en otro texto del CONADE, también de 1969, y confeccionado con información proporcionada por operadores privados, lo que tal vez exagere los malos resultados. Allí se ilustraba que, en los criaderos de tercera categoría (de chacras pequeñas y cría a campo), el pico de postura se alcanzaba en septiembre, momento en que se obtenían 65 huevos cada 100 gallinas; entre enero y julio no se logran más de 25 huevos por 100 gallinas; y en los meses de postura mínima (febrero a julio), un centenar de aves apenas ponía 10 huevos (CONADE, 1969b: figura 6, s/n).

Por otro lado, una característica común de todos los textos sobre la avicultura era el reconocimiento de la debilidad de las cifras. Como decía el diagnóstico de 1969, aunque en general se podían sacar conclusiones más precisas sobre los precios (en especial en años de escasez

del producto, como en 1967, cuando, en la época de baja postura, los huevos aumentaron hasta “límites exageradamente altos”), se carecía, en cambio, de “estadísticas fehacientes sobre la producción”. La incertidumbre era tal que incluso las propias agencias estatales divergían sobre sus cálculos: por ejemplo, en cuanto a la existencia de pollos parrilleros en el segundo lustro de la década de 1960 (el momento en que explotó la producción), mientras que la Secretaría de Agricultura sostenía una cifra fluctuante en torno a los 60 millones de ejemplares, el INTA la colocaba por sobre los 70 millones, con picos de casi 80 millones de pollos en 1967 (CONADE, 1969a: 24 y 31). De todos modos, no existían dudas de la velocidad con que se poblaban los criaderos. Para dar una cifra, en 1977 un especialista del INTA estimó que la producción nacional de pollos parrilleros pasó de unos 65 millones de ejemplares en 1965 a 155 millones en 1974 (Santos, 1977: 4).

Asimismo, una característica atractiva del comercio de huevos era el alto porcentaje del precio final recibido por el productor. Sobre la base de los valores acordados en el viejo mercado concentrador de Parque Patricios, los técnicos del CONADE calculaban que la participación de los productores oscilaba entre el 80 y el 85 % del precio de venta, una suma muy superior “a otros productos agropecuarios, como ser carne, pollos leche, etc.,” un factor adicional que hacía tentador el emprendimiento (CONADE, 1969a: 110). Este porcentaje, si bien tendió a bajar durante la década de 1970, se mantuvo en general por encima del 70 %, excepto en algunos momentos de alteración de los mercados y desmadre inflacionario, pero nunca cayó del 50 %, como podía verse en los registros mensuales publicados por *Orientación Avícola*, una de las revistas especializadas en el tema.

El alto porcentual del precio que retenían los productores tendía a poner en dudas el gráfico del circuito completo de producción y comercialización de huevos presentado por el CONADE en 1969, que establecía siete pasos. En la mayoría de los casos, esta cadena de intermediación no pasaba de cuatro etapas, ya que los acopiadores del conurbano bonaerense fusionaban las tareas de transporte, mayorista y distribuidor zonal, por lo que el pasaje entre el acopiador local y la boca minorista que vendía al público se concentraba en un solo operador comercial. Por otra parte, a medida que avanzó la integración vertical, el ciclo tendió a concentrarse todavía más y fue eliminando a los acopiadores, tanto locales como regionales (CONADE, 1969b: figura s/n).

Por supuesto, el sector también tenía riesgos y puntos negativos. Entre ellos, los especialistas del Consejo Nacional de Desarrollo mencionaron la alta mortalidad de las gallinas por falta de infraestructura, pestes, escasez de vacunas y falta de veterinarios especializados. Aunque resulte difícil de creer, a finales del decenio de 1960, se había relevado la magra existencia de “unos 30 o 40 médicos veterinarios especializados en patología aviar. La mitad de ellos [trabajaba] en laboratorios particulares, vale decir entre unos 15 y 20, unos 10 en la actividad oficial y los restantes en la actividad privada” (CONADE, 1969a: 167).

Una nueva publicación oficial salió a la luz en agosto de 1970. En esa oportunidad, el entonces director nacional de Economía Agraria, Planeamiento y Desarrollo Agropecuario, Humberto Pereira, dio a conocer un trabajo que presentaba un nuevo conjunto de medidas para mejorar la situación de la producción avícola y fomentar el consumo de carnes blancas. Pereira estimaba que, ya en ese momento, el 17 % de la producción de pollos parrilleros se obtenían con el denominado “régimen de integración”,

es decir, el sistema de gestión en el que una misma firma principal proveía los pollitos bebés (BB) y el alimento balanceado y le aseguraba al criador un precio promedio anual. El funcionario explicaba también que las cuestiones de habilitaciones, jurisdicción y tributos estaban muy poco claras, amén de resultar imposible hacer cualquier estimación seria, tanto de producción como de consumo. Un dato notable era que, al tomar el porcentaje de carne aviar absorbido por el área metropolitana (donde era difícil criar pollos caseros y la gente tendía a abastecerse en centros de consumo mensurables), se obtenía un promedio anual de 11.3 a 12.4 kilos por persona, mientras que para el resto del país el consumo per cápita registrado era de 3.7 a 4.1 kilos, lo que evidenciaba la incidencia del autoconsumo, o de la provisión en mercados fuera del alcance de las autoridades censales e impositivas.

Con todas las limitaciones estadísticas del caso, las cifras brindadas por Pereira parecen consistentes. Varios años después, según datos ofrecidos por la Junta Nacional de Carnes, entre 1966 y 1977 el consumo de carnes de todas las especies de aves subió desde 6.9 a 13.6 kilos por habitantes. A su vez, dentro de ese universo, la ingesta de carne de pollos parrilleros ascendió de los 4.8 a los 10.3 kilos por persona.²⁰⁶

Pero más allá de toda duda, sí se podían comparar los precios en las bocas de expendio principales (supermercados y comercios minoristas), con resultados que hoy día resultan sorprendentes: en 1970 el kilo de pollo eviscerado solamente competía a la par del precio del lomo de novillo (el corte vacuno más caro), mientras que podía situarse entre 1.5 a 2.6 veces sobre el kilogramo de asado. Como decía el autor, a pesar de tener la carne de pollo

²⁰⁶ *Orientación Avícola*, año 3, Suplemento del n.º 37, agosto de 1979, p. 68.

un precio internacional promedio (apenas más caro que en los Estados Unidos), el problema central era el bajísimo precio de la carne vacuna en el mercado argentino (Pereira, 1970: 4-5).

Pereira proponía una serie de medidas novedosas destinadas a estimular la producción y el consumo de pollos parrilleros, con el viejo y anhelado sueño de ampliar los saldos exportables de carne bovina para conseguir dólares: que el gobierno fomentara la distribución de alimentos balanceados a granel dando créditos a los criadores para instalar silos y comederos automáticos; que se promoviera la fabricación de camiones para transporte de alimento a granel (su importación estaba prohibida en ese momento); y que se desgravaran impositivamente las inversiones. Asimismo, pedía producir pollos de menor peso, que tenían mejor tasa de conversión costo del alimento/costo del animal, hacía hincapié en legislar o controlar la producción integrada, sistema que perjudicaba a los criadores en favor de los grandes jugadores del sector, y pensaba que una política de subsidio del precio del maíz lograría bajar los costos del engorde.

Además, ofrecía algunas iniciativas para incentivar el consumo (la presentación por piezas trozadas en bandejas, por ejemplo) y solicitaba dar “especial importancia a la estructuración de un sistema de recolección sistemática de datos sobre la producción, comercialización y precios”, ya que no consideraba representativos los datos informados por el Mercado Concentrador de Aves y Huevos (Pereira, 1970: 12).

Las iniciativas de Humberto Pereira iban más allá de los planteos anteriores porque este funcionario ya advertía cómo el proceso de concentración de la actividad podía acabar con un negocio de grandes dimensiones en manos de un puñado de empresas. En esa dirección, en 1973, el dirigente coopera-

tivista Felipe Gai publicó un artículo más que revelador sobre los avances hacia la monopolización del sector.

Este publicista mostraba que, mientras que todavía a esa altura la genética era completamente importada (y, en consecuencia, producía salidas de divisas), el resto de los procesos involucraba un pequeño grupo de grandes empresas –mayormente transnacionales– que controlaban la producción de los pollitos BB, la provisión de los alimentos balanceados y las plantas de faena. Una de ellas era, incluso, dueña de los supermercados Minimax, por lo que cerraba el ciclo hasta la venta al detalle. Asimismo, estos auténticos pulpos estaban asociados con los laboratorios, de modo que aun el paquete sanitario estaba “integrado”, como empezó a llamarse a este sistema productivo.

El único eslabón de la cadena donde existía un lugar para el pequeño emprendedor familiar era la cría. Pero, justamente en esa etapa –donde, por otra parte, era necesaria una buena inversión en instalaciones–, se concentraban los riesgos del negocio. El desarrollo y engorde de los pollos hasta su punto de venta (70 a 75 días) era el momento cuando las enfermedades, el calor extremo, el apiñamiento, y otros problemas podían culminar con una tasa de mortandad capaz de dejar pérdidas en lugar de reportar beneficios.

Además, siempre según Gai, estos productores quedaban atados de pies y manos al tener que vender sus pollos terminados a precios fijados por los centros de faena, establecimientos que habían remplazado a los antiguos “peladeros”. En realidad, el proceso de cría se estaba convirtiendo cada vez más en un “alquiler” de lugares y mano de obra para engorde, mediante un “contrato de integración” firmado entre empresas gigantescas, como Cargill-INSA, Molinos Río de la Plata, Provita o San Sebastián, y pequeños agentes rurales, sobre todo bonaerenses y

entrerrianos. Para el autor, la complicidad de la dictadura de turno era notoria, ya que, entre otras medidas, había favorecido a las empresas mencionadas al aplicar una serie de regulaciones sanitarias, en especial en la etapa de faena, cuyas consecuencias fueron la eliminación de los pequeños establecimientos de procesado (Gai, 1973).

En este sentido también debe leerse un decreto del gobernador bonaerense de mediados de 1971, que prohibió el comercio de aves vivas en el territorio provincial. La medida -reglamentaria de la Ley 18,819- fue dura y rápidamente cuestionada por la filial Saladillo de la Federación Agraria Argentina, que elevó un petitorio al mandatario para pedir su revisión. En esa nota, los agrarios locales sostenían que la prohibición perjudicaba a muchos chacareros,

al hacer desaparecer lo que se llama la industria de la producción de la gallina y los pollos de campo, producto que ayuda en forma particular a la economía casera de muchos productores del campo, formando un renglón más en las explotaciones agropecuarias.

La representación agrícola también cuestionaba esta política porque conspiraba contra el envío de huevos de campo a cámaras de frío, en favor de los de criaderos, que según la FAA eran más caros que los de chacra, preferidos por los consumidores, del mismo modo que los pollos camperos lo eran por sobre los híbridos.²⁰⁷

Las dificultades coyunturales de la avicultura se reflejaron asimismo en otro trabajo estatal, en los últimos instantes del gobierno militar de Lanusse. El primer párrafo de ese diagnóstico aviar, confeccionado a inicios de 1973, sostenía: “[La] actividad avícola ha atravesado reciente-

²⁰⁷ “Petitorio de la filial local de la F.A.A. sobre venta de aves vivas”, *El Argentino*, 24/06/1971.

mente por una severa crisis cuyos efectos se sienten con rigor en la actualidad". En el informe se hacían estimaciones de existencias de pollos destinados al mercado de carnes para consumo. Según esos cálculos, a fines de 1972 había en crianza unos 170 millones de ejemplares, de los cuales alrededor de 10 millones eran criados en el campo (Ministerio de Industria y Minería [MIYM], 1973: 1 y 15).

Sin embargo, y como forma de corroborar lo oscuro de las estadísticas sectoriales, esas cifras no eran consistentes con las de producción de alimentos balanceados, provenientes de la propia cámara sectorial. En el mismo estudio, se resaltaba el aumento sostenido de la producción de alimentos para pollos parrilleros, que pasaron de menos de 250,000 toneladas a casi 781,000 entre 1965 y 1971, pero también decía que los balanceados para crianza de pollos comunes mantuvieron en ese período una participación que, si bien era decreciente, se mantenía constante: de un mínimo de 53,000 toneladas en 1967, crecieron a un máximo de 130,000 en 1971, números que no guardaban relación alguna con las supuestas proporciones del párrafo anterior. Asimismo, el balanceado para gallinas ponedoras también mantuvo un incremento incesante y una participación algo menor al 20 % del volumen total entregado por las fábricas en el lapso temporal relevado (MIYM, 1973: 32-33).

Otro aspecto que se consignó en este análisis fue la persistente buena reputación de la que todavía gozaban los "huevos de campo" entre los consumidores. Al hablar de los circuitos de negocios del huevo, los voceros del Ministerio decían lo siguiente:

Puede ocurrir que los avicultores comercialicen directamente su producción. Este tipo de distribución se apoya en la preferencia que el público demuestra por los huevos 'caseros' a los que

considera más frescos y nutritivos, cualidades que en la mayoría de los casos no reúnen (MIYM, 1973: 64).

Justamente antes de dejar el poder, las autoridades de facto dictaron el decreto 3,891/73, que estableció la regulación para el procesado de los huevos destinados a salir al mercado. Con esta reglamentación, y dada la complejidad y el costo del procedimiento, solamente las grandes firmas podían estar presentes en las bocas de expendio y, de hecho, apenas dos plantas habían obtenido la habilitación correspondiente en todo el país, una de ellas perteneciente al grupo Cargill-INSA (MIYM, 1973: 65-66).

El negocio del huevo se favoreció por el aumento de la demanda en los centros urbanos. Entre 1960 y 1972, según estimaciones del Departamento de Granjas del entonces Ministerio de Agricultura y Ganadería, el consumo por persona había subido desde las 109 unidades a 136. Aunque es difícil validar cifras basadas exclusivamente en la suma de las operaciones negociadas en los mercados concentradores de las grandes ciudades y la producción destinada a materia prima de alimentos que incluían al huevo como ingrediente, sí resultan más confiables los guarismos de las exportaciones de aves y huevos.

En este caso, los números eran contundentes sobre el peso del mercado doméstico en el consumo: desde 1960 ambas categorías se habían hundido como bienes exportables; en el caso de los huevos, de las casi 30 millones de docenas enviadas al exterior en 1960, se había llegado a cero en 1971, mientras que el caso de las aves congeladas mostraba un comportamiento similar. No obstante, el aumento de la producción registrada seguía siendo modesto: apenas un 24.26 % en los doce años comprendidos entre 1960 y 1972 (MIYM, 1973: 77 y 82).

Con la asunción del gobierno justicialista, se produjeron una serie de cambios. El primero, y acaso el más

significativo, fue la sanción de la Ley 20,535, en 1973. Por esta norma se incorporó la avicultura a la Junta Nacional de Carnes, lo que colocaba al sector en cierto plano de igualdad de condiciones con la ganadería vacuna, ovina y porcina. Un logro de la Junta fue la reanudación de las exportaciones de carne aviar congelada, pero poco más pudo hacer por la actividad. Además, cuando desde 1976 la dictadura militar inició el dismantelamiento de las juntas reguladoras, la avicultura volvió a ser relegada dentro de la rama ganadera.²⁰⁸

Otra decisión específica se anunció en abril de 1974, cuando el equipo económico presentó los lineamientos del Plan Avícola Nacional. El programa era un “conjunto de medidas tendientes a instrumentar una política integral para el sector, buscando superar los problemas de las crisis cíclicas, de la dependencia exterior y del aprovisionamiento de materia prima”. Una parte central de las acciones era la centralización de información, controles, inversión y regulación del mercado por la Junta Nacional de Carnes, así como el apoyo crediticio al sector y el estímulo para la incorporación de las aves a la dieta familiar.²⁰⁹ En términos mensurables, se fijó como meta alcanzar una producción de 190 millones de pollos, de los cuales se destinarían 173 millones al consumo interno, y el resto, a la exportación (unas 22,000 toneladas de carne).²¹⁰

Estas nobles iniciativas tuvieron escasa materialización debido a las dificultades políticas y económicas que se precipitaron en la segunda mitad de 1974, e hicieron eclosión al año siguiente. En un reportaje concedido a *Cátedra Avícola*, a inicios de 1977, el empresario avícola Emilio Rasic manifestó que, en su opinión, la integración de la

²⁰⁸ *Orientación Avícola*, año 1, n.º 3, octubre de 1976, p. 5.

²⁰⁹ *Boletín Semanal del Ministerio de Economía*, n.º 27, 26/04/1974, pp. 1-2.

²¹⁰ “Avícola”, *El Argentino*, 21/02/1974.

producción de pollos parrilleros tuvo una dramática aceleración a partir del Rodrigazo, como un mecanismo desesperado para sobrevivir ante un contexto catastrófico.²¹¹

Los efectos de la crisis tuvieron una notable repercusión en la avicultura. Una sola cifra marca su profundidad: de acuerdo con datos de la CAFAB (Cámara Argentina de Fábricas de Alimentos Balanceados), responsable de la elaboración del 80 % del total nacional, la producción de alimentos para pollos parrilleros bajó de 1,082,407 toneladas en 1975 a 792,965 en 1976, o sea, una merma del 26.74 %; el balanceado para gallinas ponedoras, en cambio, apenas se redujo de 364,439 toneladas a 360,466. En 1977, las cifras fueron nuevamente decrecientes: la comida de los parrilleros cayó a 664,304 toneladas, y las de ponedoras, a 322,681. En 1978 los números mostraron un nuevo deterioro: el balanceado para parrilleros bajó a 623,516 toneladas, y el de ponedoras, a 284,449.²¹²

Cuando se produjo el golpe de Estado, las cámaras de la actividad pensaban que las cosas iban a mejorar, optimismo que, por otra parte, compartían casi todas las corporaciones agropecuarias. Aun en tiempos en que el pesimismo ganaba terreno, *Cátedra Avícola* todavía reivindicaba los cambios producidos en marzo de 1976. En la editorial de enero de 1978, la revista advertía sobre el ingreso de la avicultura en una nueva etapa, regida por la concepción industrial de su producción y comercialización: “[...] una nueva fase que poco o nada tiene que ver con el pasado inmediato”. El mensuario festejaba las reglas de juego impuestas por la administración militar desde abril de 1976, “removedor de trabas o condicionamientos para el creador y el realizador”, y agregaba la siguiente arenga:

²¹¹ *Cátedra Avícola*, febrero de 1977, pp. 8-10.

²¹² *Orientación Avícola*, año 1, n.º 8, marzo de 1977, p. 15; año 2, n.º 22, mayo de 1978, p. 36; y año 3, n.º 31, febrero de 1979, p. 46.

Bajo estas condiciones ya no existirá la opción del Estado paternalista. Ni los créditos para subsidiar la ineficiencia. Esta avicultura 1978, no perdonará a aquellos que no apliquen tecnología, ni a los que no trabajen intensamente en el área de los costos.²¹³

Lo notable de esta apología es que, durante 1977, tanto esta revista como *Orientación Avícola*, ambas muy vinculadas a las cámaras del sector aviar, no dejaron de mostrar las dificultades en que se hallaba la actividad. Por ejemplo, en el invierno de 1977, la Cámara Argentina de Productos Avícolas advirtió sobre la nula rentabilidad de la producción de huevos. Según sus cálculos, el costo por docena de huevo blanco grande era de \$231, mientras que el producto se vendía puesto en granja a \$240, es decir, con una utilidad mínima.²¹⁴ El mes siguiente, los precios se desplomaron hasta \$170, lo que asestó un nuevo golpe al negocio, ya que los costos mantenían una presión ascendente.²¹⁵ La situación tocó su punto culminante a mediados de septiembre, cuando la docena cayó hasta \$150.

Solo en medio de tales turbulencias las corporaciones aviares empezaron a ejecutar tres medidas de respuesta: buscar los mercados exteriores a través de exportaciones convenidas por la Junta Nacional de Carnes; iniciar una campaña en favor del consumo de huevos; e incrementar el envío de cajones a cámaras frigoríficas a la espera de una recuperación de las cotizaciones.²¹⁶

Sin dudas, la primera era una medida de largo plazo y que implicaba mucho esfuerzo y compromiso. Además, ya existía el antecedente desde mediados de 1976, cuando las condiciones todavía parecían auspiciosas y se había formado el Comité para la Exportación de Huevos, que

²¹³ *Cátedra Avícola*, enero de 1978, p. 8.

²¹⁴ *Cátedra Avícola*, agosto de 1977, p. 30.

²¹⁵ *Cátedra Avícola*, septiembre de 1977, p. 24.

²¹⁶ *Cátedra Avícola*, octubre de 1977, p. 20.

habilitó una oficina en el microcentro de Buenos Aires, bajo el auspicio de la Asociación de Productores de Huevos (APROHUE).²¹⁷ La segunda iniciativa podía tener resultados más o menos mediatos, y la tercera era básicamente coyuntural. Como en tantos sectores productivos argentinos, el moderado éxito de las dos medidas cortoplacistas postergó la decisión de pelear por un lugar en el comercio mundial.

Así, *Cátedra Avícola* informó en octubre de 1977 que “las negociaciones sobre exportación de huevos entraron, lamentablemente, en una vía [...] definitivamente muerta, pese al formal compromiso de 5,000 cajones de 30 docenas cada uno, efectuado por CAPIA a la Junta Nacional de Carnes, con ese destino”. La revista atribuía ese paso atrás a la recuperación del mercado interno, y criticaba la falta de mentalidad empresarial del sector.²¹⁸

Esta limitación también fue subrayada por la otra revista aviar de circulación nacional. En agosto de 1977, la editorial de *Orientación Avícola* mostraba su preocupación por el nivel de dispersión y fragmentación de las entidades vinculadas con la avicultura, lo que conspiraba contra la posibilidad de tener una representación conjunta ante las autoridades y los organismos intermedios del sector ganadero. El mensual remarcaba la creciente incidencia de las aves y los huevos dentro de los negocios agrícolas (un 13.7 % de la ganadería total y un 5.6 % del producto bruto agropecuario), pero reclamaba la institucionalización del sector para conformar un frente empresario poderoso, y enfatizaba en que:

[...] el individualismo que siempre caracterizó a los agricultores, si en otras épocas podría disculparse debido a la disminución y

²¹⁷ *Orientación Avícola*, año 1, n.º 1, agosto de 1976, p. 21.

²¹⁸ *Cátedra Avícola*, octubre de 1977, p. 30.

dispersión de las explotaciones, es imperdonable que subsista a esta altura del desarrollo y tecnificación de la industria, cuando cada establecimiento avícola configura una empresa por el monto del capital invertido y el volumen de sus negocios.²¹⁹

En noviembre de 1977, la editorial de esta publicación repasó las vicisitudes de la actividad avícola argentina durante ese año. En su penúltimo párrafo, reclamaba la formación de un sistema de registros estadísticos medianamente confiable para la avicultura. Según la revista, el principal obstáculo eran los propios productores, que no suministraban “con exactitud y a tiempo la información primaria correspondiente”, lo que hacía inútil cualquier tipo de elaboración o recopilación por parte de los organismos públicos.

Asimismo, el último segmento estaba dedicado a la falta de proyectos para mejorar la venta de pollos, con base en las experiencias existentes (y exitosas) en otros países: “El troceado de aves, la venta de comidas preparadas con elevados porcentajes de carne de aves son, entre muchos otros, dos de esas posibilidades.”²²⁰ Cabe recordar que esta propuesta ya figuraba entre las recomendaciones efectuadas por Humberto Pereira en 1970, cuando era funcionario del Departamento de Agricultura, lo que no hablaba demasiado bien de un sector privado al que, teóricamente, debía importarle comercializar más pollos. Recién a mediados de 1978, comenzó a venderse en los supermercados de la Cooperativa El Hogar Obrero de las grandes ciudades del país el “pollo en trozos”. La primera firma en prepararlo fue Avekash S.C.A., que lo presentaba en bandejas individuales de patas y pechugas, con 350 gramos de contenido neto.²²¹

²¹⁹ *Orientación Avícola*, año 2, n.º 13, agosto de 1977, p. 6.

²²⁰ *Orientación Avícola*, año 2, n.º 16, noviembre de 1977, p. 6.

²²¹ *Orientación Avícola*, año 3, n.º 37, agosto de 1978, p. 6.

En cambio, fue una experiencia más interesante el lanzamiento de la campaña publicitaria destinada a estimular el consumo de huevos, que aspiraba a incorporar este alimento en el desayuno, una costumbre común en muchos países, pero de escasa penetración en Argentina. La campaña fue costeada por la CAFAB y encargada a la agencia Trivex, y resultó la primera de esas características, que luego fue acompañada con publicidad para la ingesta de pollos parrilleros.²²²

Por supuesto, para los funcionarios de la dictadura militar, la situación del sector avícola era muy buena. Según ellos, como en tantos aspectos, la avicultura del país había ingresado en una fase del capitalismo moderno y competitivo, sobre todo gracias a la capacidad de las grandes empresas. Así lo sostenía un artículo de la publicación mensual del Ministerio de Economía en 1977. Allí se promocionaban las ventajas del sistema productivo industrial de carnes de aves y huevos, e incluso figuraba el listado de las principales firmas exportadoras de pollos eviscerados. Si bien se reconocía que esto era un fenómeno mundial, el texto remarcaba:

En la Argentina, esa evolución ha sido más acentuada. De una producción estacional extensiva o semi-intensiva con animales de doble propósito, a partir de 1960 se pasó a su industrialización. Al modificarse el modo de producción e incluso la comercialización, el consumo de aves de corral que en 1960 había sido de 1.5 kilogramos por habitante y por año, aumentó en 1975 a 12 kilogramos. Tecnología, eficiencia, presentación y agresividad en el mercado, fueron factores fundamentales que incidieron en la obtención de esos resultados. Por diversos motivos, este ritmo de desarrollo no fue acompañado por el subsector de huevos, que totaliza el proceso industrial de la avicultura.²²³

²²² *Cátedra Avícola*, diciembre de 1977, pp.10-12.

²²³ "Desarrollo intensivo de la industria avícola", en *Información Económica de la Argentina*, Secretaría de Programación y Coordinación Económica del Ministerio de Economía de la Nación, n.º 74, julio de 1977, p. 15.

Un año más tarde, la información oficial seguía desbordando optimismo. El mismo boletín reseñaba la importancia que la rama aviar había tenido dentro de la ganadería durante 1977:

La producción anual del sector ascendió a más de 500 millones de dólares durante 1977, fijando una participación en el producto bruto agropecuario del 6,3 por ciento. De esta cifra el 3,9 por ciento correspondió al total de carne de aves y el 2.4 por ciento a huevos. Respecto del producto bruto pecuario -aves y huevos- representan un 14 por ciento, colocándose a continuación de la producción de carne vacuna y superando a renglones como la lechería y la producción de lana.²²⁴

La confianza transmitida por las autoridades de facto no era compartida por los publicistas de la avicultura, aunque muchos de ellos distaban de ser críticos del gobierno. Un estudio sobre la producción de huevos publicado en agosto de 1978 sostenía:

Todo el sector productor de huevos está en condiciones de ratificar que desde abril de 1976, en que comenzó el sistema de libertad en materia de fijación de precios, se viene deteriorando -a igual fecha de distintos años- la relación precio de la docena de huevo/costo del kilo de alimento balanceado.

Este cuadro completaba las malas noticias con las dificultades para colocar excedentes en el mercado externo y la cada vez mayor industrialización de la avicultura. En este sentido, para el autor del informe, “el sector productivo de huevo de consumo” había “entrado en un período crítico” que se extendería “más allá de la coyuntura y del corto plazo”, del que solamente podría rescatarlo el aumento del

²²⁴ “Más de 500 millones de dólares de producción anual. La industria avícola”, en *Información Económica de la Argentina*, Secretaría de Programación y Coordinación Económica del Ministerio de Economía de la Nación, n.º 90, noviembre de 1978, p. 32.

consumo por persona o el mejoramiento del poder adquisitivo de la población.²²⁵

En ese mismo año, y con idéntica mirada, se expresó un artículo aparecido en la revista *Coyuntura y Desarrollo*, suscripto por la Federación de Investigaciones para el Desarrollo (FID). El texto arrancaba de forma contundente: “La actividad avícola atraviesa hoy por una etapa de estancamiento y caída de la rentabilidad de difícil reversión en el corto plazo”. Tras la modernización y una expansión concluida en 1975, los indicadores mostraban una clara declinación. Así, la cantidad de docenas de huevos anuales apenas había subido de las 246 a 256 millones entre 1970 y 1977, mientras que el consumo por persona incluso mostraba una baja, desde las 128 unidades a solamente 119, con una ingesta promedio de pollo por habitante estabilizada en torno de los siete kilos por persona (FID, 1978: 32).

Tanto para los pollos como para los huevos, la tendencia de los años setenta fue la persistente baja de precios. Según esta investigación, la combinación del freno al consumo (por razones médicas en el caso de los huevos, o por la caída del precio de la carne vacuna en el de los pollos parrilleros), la apreciación del peso impulsada por el equipo de Martínez de Hoz, con su consecuente imposibilidad para colocar saldos en el mercado externo, los subsidios de las economías centrales a sus granjeros, y la cada vez más agresiva política de integración productiva ponía al pequeño y mediano productor en una situación de gran compromiso (FID, 1978: 40).

Además, la relación entre las grandes firmas y los engordadores avanzó tanto en su asimetría que redujo a los últimos a un nivel de dependencia absoluta: a pesar de ser los dueños de las instalaciones, aportar el trabajo y ser

²²⁵ *Orientación Avícola*, año 3, n.º 25, agosto de 1978, p. 29.

sujetos fiscales plenos, quedaron minimizados a comerciar bajo una relación que apenas les garantizaba un ingreso laboral modesto (aunque relativamente estable). Asimismo, al basarse todo el sistema en fórmulas de concertación del ámbito privado, desapareció la referencia representativa de la cotización del kilo de pollo vivo y cualquier indicio de determinación de precios por la oferta y la demanda. La consecuencia de esto era la facilidad para manipular el mercado y colocarlo en la única clave de la rentabilidad de un conjunto reducido de grandes firmas (FID, 1978: 14).

La situación se agravó debido a los problemas del equipo económico para domesticar la inflación, que, entre febrero de 1978 e igual mes de 1979, registró un alza del 171.6 % (solamente en enero y febrero de 1979, se detectó un acumulado del 21.2 %). La solución intentada entonces por Martínez de Hoz para detener esa escalada de los precios fue la apertura de las importaciones. Tras el remplazo del secretario de Agricultura y Ganadería -Jorge Zorreguieta sustituyó a Mario Cadenas Madariaga-, estas medidas llegaron también a los productos de granja.

Por una primera disposición, se autorizó la importación de carne y productos de origen porcino desde Australia, Nueva Zelanda, Gran Bretaña, Alemania Federal, Dinamarca, Países Bajos y Estados Unidos.²²⁶ Poco después se anunciaron aranceles cero para la importación de huevos en épocas de alta postura, y del 10 % en temporada de baja postura. Como entre febrero y marzo de 1979 el precio de la docena de huevos tuvo un incremento significativo, al pasar la docena desde \$650 a \$1,050, pagados en granja o criadero, el gobierno anunció el permiso de importación desde Brasil. El 27 de marzo de 1979, la APROHUE se dirigió por carta a la Secretaría de Comercio y

²²⁶ *Orientación Avícola*, año 3, n.º 32, marzo de 1979, p. 61.

Negocios Económicos Internacionales pidiendo la suspensión de la libre importación de huevos desde Brasil, desde donde los productos llegaban con *dumping* y subsidios a las exportaciones.

Para la cámara sectorial, los aumentos del verano estaban reacomodando los precios y permitían empezar a superar la larga crisis de rentabilidad que arrastraba la avicultura nacional. Una medida como la anunciada favorecía a los productores brasileros (con la ayuda de su gobierno) a limitar los efectos de su superproducción de 1978, mientras podía volver a postergar a los emprendedores argentinos. En simultáneo, se manifestó también la Cámara de Productores de Huevos, que además enfatizaba en los problemas sanitarios del sector aviar de Brasil, y le proponía al gobierno militar algunas medidas adicionales para preservar a los avicultores argentinos.²²⁷

El 19 de octubre de 1979, la APROHUE volvió a dirigirse a las autoridades para alertar sobre los efectos que ya estaban haciendo sentir las importaciones sobre los precios, y denunciaron la incapacidad para competir debido al atraso cambiario y la rigidez de los costos nacionales, anclados a una fuerte inflación en dólares. Además, el gobierno había mantenido el arancel cero a las importaciones hasta inicios de octubre, en contradicción con lo prescripto originalmente por la resolución que abrió la importación de huevos.²²⁸ Según se ve, la crisis económica complicaba seriamente la actividad, pero las medidas gubernamentales tenían la capacidad necesaria para destruirlo.

²²⁷ *Orientación Avícola*, año 3, n.º 33, abril de 1979, pp. 12, 14, 16-17.

²²⁸ *Orientación Avícola*, año 4, n.º 40, noviembre de 1979, pp. 14-15.

La importancia de la pequeña ganadería en Saladillo

En su meticuloso relevamiento sobre la riqueza de Saladillo, José Antonio Rossi indicó la existencia de 38 productores de cerdos, que en conjunto disponían de 2,264 animales. Este autor individualizó a cada una de las personas a cargo de aquellos establecimientos, y así se puede conocer que, en el total de las chacras, existían unos 220 animales, mientras que la mayoría de las piaras mayores a las 100 cabezas pertenecían a propietarios o enfiteutas; tal es el caso de Dionisio Pereyra, que, con sus 333 ejemplares, era el mayor poseedor de porcinos del partido (Rossi, 1871: 70-88).

Una década más tarde, el censo provincial de 1881 ofreció buenos indicadores sobre el estado de la pequeña ganadería en Buenos Aires. La encuesta no solamente detallaba las cantidades de cerdos, cabras y mulas, sino que aportaba también los números de las aves (discriminadas entre “gallinas en general” y otra categoría donde se agrupaban “patos, gansos, pavos, etc.”), los avestruces (separados entre los “del país” y aquellos “de África”), los gusanos de seda y las colmenas de abejas. Cada una de esas divisiones tenía además un valor estimado en pesos, que se consignaba en la columna derecha final. En ese momento, en Saladillo se contaron poco más de 4,000 cerdos (entre ellos, 122 de pedigrí), casi 11,000 aves entre gallinas, gallos y pollos, unas 2,300 de la otra categoría, 4 colmenas y 65 avestruces, todos ellos de los autóctonos.

Ninguno de esos guarismos impresionaba. Al comparar la incipiente avicultura local con otros distritos, Saladillo ocupaba una posición periférica, lejana del primer municipio gallinero bonaerense, que era Quilmes, con más de 35,000 cabezas, seguido por Flores (hasta 1887, parte de la provincia), con 27,000, y Pilar, donde disponían

de unos 26,000 ejemplares. Entre los porcinos, en cambio, sobresalía el vecino municipio de General Alvear, que, con sus 12,000 cerdos, ocupaba un lugar destacado en el mapa bonaerense.

Cuadro 5.3. Evolución de los porcinos y las aves en Saladillo

Censo		Porcinos		Aves de corral	
Tipo	Año	Explotaciones	Cantidad	Explotaciones	Cantidad
Rossi	1871	38	2,264	No informa	N/I
Provincial	1881	No informa	4,063	No informa	10,971
Nacional	1888	No informa	5,437	No informa	S/D
2° Nacional	1895	No informa	7,356	No informa	77,644
Nacional	1908	No informa	34,755	No informa	S/D
3° Nacional	1914	No informa	56,278	No informa	167,817
Ganadero	1916	1,108	47,591	No informa	N/I
Provincial	1930	No informa	103,444	No informa	324,247
Nacional	1937	1,550	118,837	1,832	361,425
Complem.	1938	No informa	88,062	No informa	N/I
4° Nacional	1947	1,204	38,168	2,284	345,538
Ganadero	1952	No informa	44,900	No informa	S/D
5° Nacional	1960	1,109	34,087	1,628	331,676

MAA	1964	No informa	27,986	No informa	N/I
Nacional	1974	955	48,883	No informa	N/I
Nacional	1988	638	26,989	No informa	N/I

Fuente: elaboración propia sobre las cifras de los censos provinciales y nacionales disponibles en la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC). Los datos de 1871 son los consignados por José Antonio Rossi en sus *Cuadros Estadísticos* (véase bibliografía). Los datos de 1964 corresponden a la Encuesta Anual de la Dirección de Estadística del Ministerio de Asuntos Agrarios, publicada por *El Argentino* el 5 de noviembre de 1964. En los censos de 1888, 1908, 1952 y 1969, se consignan datos sobre aves, pero el nivel de desagregación es provincial.

Según puede verse en el cuadro 5.3, el crecimiento productivo general del distrito, la llegada del ferrocarril y los inmigrantes y la proliferación de chacras también hicieron sentir su influencia en la expansión de la pequeña ganadería local. Si, al menos hasta 1908, ese aumento fue moderado en el rubro porcino, sí se hizo muy perceptible en el sector avícola, donde las existencias estuvieron a punto de multiplicarse por siete entre 1881 y 1895, para incrementarse un 116 % entre esa última fecha y 1914. Por desgracia, si bien el censo de 1908 relevó las aves, no consignó esas cifras por partido, pero, según se aprecia en el cuadro 5.2, en territorio bonaerense se produjo una suba sostenida del *stock* aviar, en particular en el período 1908-1914.

Más allá de toda conjetura, según lo informado por el Ferrocarril del Sud, las cinco estaciones del partido (con inclusión de Roque Pérez) transportaron en 1906 unos 640,950 kilos de aves y huevos, y 13,151 cerdos en pie, un movimiento nada despreciable (Pereyra, 2015e). Sin dudas, estos números ya reflejaban el impresionante incremento del ganado porcino saladillense a principios del

siglo 20. Desde 1895 hasta 1908, las existencias estuvieron cerca de quintuplicarse y, lejos de sufrir un estancamiento al separarse Roque Pérez, hacia 1914 habían dado un nuevo salto, para superar las 56,000 cabezas, lo que ubicaba en ese año a Saladillo como el primer productor de cerdos de la Provincia de Buenos Aires.

Además, aunque el censo de 1908 no consignó la cantidad de explotaciones porcinas, sí desagregó a los productores por cantidad de cabezas. Gracias a eso, puede decirse que, a diferencia del ganado vacuno, con su concentración de rodeos entre las grandes propiedades, en el universo suino los chacareros de hasta 100 hectáreas poseían casi la mitad del todos los ejemplares (16,357 cabezas) y, al sumarles los establecimientos de hasta 300 hectáreas, reunían 24,076 de los 34,755 animales, es decir, un 70 % del total.

Lamentablemente, el censo de 1914 no ofreció una información de este tipo. Sin embargo, se encargó de revisar los animales considerados como “puros” dentro de cada especie, un indicador para ilustrar el proceso de mejora de los planteles ganaderos del país. En lo referente a los porcinos, Saladillo también se destacaba dentro de los lugares donde se hacían mayores esfuerzos por remplazar los viejos cerdos criollos por razas europeas o estadounidenses: con 2,122 cerdos catalogados de pedigrí, solamente era superado por Carlos Casares, donde los productores locales contaban más de 4,000 animales puros de los 40,000 existentes en todo el territorio bonaerense.

El censo ganadero de 1916 dejó una foto de mejor calidad sobre los pormenores de la producción porcina de Saladillo. Si bien las existencias totales de cabezas eran inferiores a las de 1914, en buena medida esto tenía que ver con la fecha de la encuesta, realizada en marzo, bastante antes de las pariciones. Pero aquí se contaron las

explotaciones dedicadas al cerdo, que sumaban 1,108, y se volvió a fragmentar unidades productivas, en esta ocasión por número de cabezas. De allí surgía la enorme preponderancia de los pequeños y medianos propietarios: el 90 % de los establecimientos (992) tenía menos de 100 animales cada uno. Otro dato muy interesante de ese relevamiento fue la distinción de la nacionalidad de los dueños de haciendas, así como las cantidades que correspondían a cada grupo: el mundo de las porquerizas mostraba una clara preponderancia de los inmigrantes italianos, con el 58 % de los animales, mientras que los argentinos poseían un 27 % y los españoles, poco más del 10 %.

En cuanto a las aves de corral, en 1914, a pesar del gran incremento mostrado, Saladillo marchaba décimo en las estadísticas provinciales de gallinas, gallos y pollos. Todavía las zonas cercanas a la Capital Federal lideraban las existencias, con el partido de Avellaneda a la cabeza (516,000 unidades), seguido por La Plata, que declaraba casi 350,000 aves. Junto a ellos, Lomas de Zamora, Quilmes, Morón y San Martín sumaban más de 100,000 ejemplares cada uno.

Esa situación había empezado a cambiar para 1930, cuando la mayoría de esos municipios ingresó en un importante proceso de urbanización, acelerado aún más en la década siguiente. Según el censo ganadero de ese año, aunque los partidos antes señalados todavía conservaban cifras superiores a las 100,000 cabezas, el centro aviar se había desplazado al Interior. Pergamino, con sus 412,000 gallinas y pollos, lideraba con comodidad un table-ro en el que Saladillo ya era el segundo productor. En realidad, toda la zona del Salado mostraba cifras importantes en materia avícola: 25 de Mayo y Las Flores tenían más de 300,000 ejemplares, mientras que Roque Pérez, Lobos, Chivilcoy, Bragado y Bolívar estaban sobre los 200,000.

En el ámbito del ganado porcino, las existencias se duplicaron entre 1916 y 1930. Ese notable incremento llevó a que, en otoño de 1927, se desarrollara en el partido la Primera Exposición de Reproductores Porcinos, que fue un auténtico acontecimiento. Contó con el apoyo del Ministerio de Agricultura bonaerense, de la Sociedad Rural Argentina y de la Asociación Argentina de Criadores de Cerdos, además de conseguir el respaldo de frigoríficos, instituciones y empresas vinculadas a la producción agropecuaria. Si bien el encuentro fue el 3 de abril de 1927, desde marzo la prensa local anunciaba en sus primeras páginas los detalles, el programa, las autoridades que participarían y los premios para entregar. Una de esas notas enfatizaba en “la indiscutible y notable trascendencia para la selección y mejoramiento del ganado porcino”, que constituía “para el partido de Saladillo la base de una floreciente industria y una copiosa fuente de riqueza.”²²⁹

La crónica de la exposición fue la noticia principal de la edición de *La Semana* del 10 de abril. Además de describir las distintas actividades, se expuso la lista de compradores de los padrillos, una nómina que reunía a buena parte de los hacendados locales, muchos de los cuales hicieron también donaciones para instituciones de salud y beneficencia locales.²³⁰

En 1930 Saladillo ya superaba las 100,000 cabezas de cerdos. Con esa cantidad, se mantenía en el podio bonaerense, que tenía a Pehuajó en lo más alto, con 141,631 ejemplares, seguido muy de cerca por Bolívar, que registraba 140,439. Esa tendencia ascendente en las cantidades de cabezas se continuó durante toda la década, ya que, como sostuve más arriba, las exportaciones argentinas de

²²⁹ “La Exposición de Reproductores Porcinos”, *La Semana*, 26/03/1927.

²³⁰ “La 1.º Exposición de Reproductores Porcinos. Se verificó el domingo 3 en Saladillo. Asumió brillantes proporciones. Crónica del acto”, *La Semana*, 10/04/1927.

carne porcina se recuperaron muy rápido de la crisis de 1929 y, para 1937, habían mejorado en volumen y precios los valores anteriores al colapso capitalista.

En efecto, el censo agropecuario de ese último año exhibió el número de ejemplares porcinos más alto de la historia local, con 118,344 animales. Saladillo era el primer productor provincial, y nada más lo superaban los departamentos cordobeses de Río Cuarto y Marcos Juárez a nivel nacional. La cría de cerdos comprendía a 1,550 productores, de los cuales 519 eran propietarios, y 995, arrendatarios. Si bien un tercio de esos establecimientos poseía menos de 25 unidades (con un promedio de 11 cerdos por cada uno), y casi el 94 % de los productores eran dueños de menos de 200 cabezas, entre todos ellos sumaban más de 80,000, que eran el 68 % del total. Solamente los 243 propietarios del segmento de entre 101 y 200 cerdos contaban con alrededor de 34,000 ejemplares. En el extremo superior, las piaras de seis explotaciones pasaban de las 900 unidades y, de ellas, cuatro eran manejadas por arrendatarios. No en vano en el trabajo preparado por Ricardo Levene y su equipo sobre las historias de los pueblos de la provincia, al hablar de la riqueza ganadera del partido, el texto resaltaba que Saladillo figuraba “entre los distritos bonaerenses que [poseían] mayor existencia de ganado suino” (Levene, 1940: II, 591).

Es muy probable que esa extraordinaria presencia del negocio porcino haya contribuido a minimizar los efectos de una década particularmente difícil en el campo saladillense, en especial para las explotaciones pequeñas, que todavía en 1947 representaban una cantidad significativa. Como sea, entre 1914 y 1937, las unidades productivas del partido subieron un 57 % contra un promedio provincial del 38 %, y volvieron a aumentar por sobre la media bonaerense en la década siguiente (15.23 % y 12.73 %, respectiva-

mente), si bien es cierto que, en la medición de 1947, ya se estaban perdiendo un gran número de explotaciones en el Gran Buenos Aires por efectos de la urbanización.

La importancia de la actividad porcina fue evocada décadas más tarde por Osmar Pallero, quien le dedicó uno de los trece capítulos en que organizó sus remembranzas juveniles:

Hubo un tiempo en que Saladillo era la zona de más criadores de cerdos el país, y no cuesta nada averiguar el porqué: esta zona no está compuesta por grandes estancias, y la mayoría de los pobladores, partiendo radialmente desde la ciudad, viven en chacras. [...]. Como hay que extraerle todo el jugo posible a la tierra, cada productor que siembra, procesa y transforma su producción. Por lo tanto, todo el maíz sembrado no estaba dedicado al acopiador, sino que se transformaba en kilos de carne, ya sea de cerdo o de gallina (Pallero, 1981: 47-48).

Por otra parte, todo indica que, para muchas personas, los cerdos representaron una gran oportunidad para cambiar su estatus económico y social, antes que una simple estrategia de subsistencia. Al igual queG en el capítulo 3, me parece oportuno revisarlo a través de historias de vida, como la de Germán Frontalini. Cuando falleció, su obituario destacaba el origen de su ascenso:

Comenzó desde el plano más modesto, en el negocio de porcinos, en el que llegó a ser uno de los acopiadores más fuertes de la provincia. Al tiempo que afirmaba su posición económica, ampliaba la esfera de sus actividades y así le vimos como dirigente de empresa en varias firmas industriales, en la explotación rural propia y asociada y también en la dirección de la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo Ltda.

Además, Frontalini también tuvo participación en la política del municipio, a la que ingresó en 1946, en el bando radical. En 1956, al dividirse la UCR, se inclinó por los

intransigentes, que lo llevaron a la presidencia del Concejo Deliberante en 1958. Dentro de sus ocupaciones en el campo de la industria, no es menor el dato de haber sido uno de los impulsores de la fábrica de alimentos balanceados de INDESA, el establecimiento que en 1963 fue absorbido por el grupo Cargill-INSA.²³¹

Algo parecido, pero en menor escala, podía decirse de don Valentín Calvitti, fallecido el 22 de diciembre de 1964, a los 80 años. Su necrológica recordaba el origen inmigrante (“italiano de origen, llegó a nuestro pueblo en la primera década del siglo [20]”) y remarcaba que, producto de su superación, “llegó a constituirse en uno de los más fuertes comerciantes del negocio del cerdo, vastamente conocido en todo el ámbito provincial.”²³²

De todas formas, mientras la producción agrícola y las carnes bovinas se estaban recuperando, el censo de 1937 midió la cresta de la ola de la producción porcina. En la encuesta complementaria realizada el 30 de junio de 1938, publicada por el Ministerio de Agricultura en 1940, ya se observaba una disminución muy sensible de las existencias: de un año a otro, se produjo en Saladillo una pérdida de 30,000 animales, es decir, una merma superior al 25 %, por encima incluso de la baja del *stock* provincial, que igualmente llegaba al 19 % con respecto a 1937. Según se puede ver en los cuadros 5.1 y 5.3, los números se habían desplomado en 1947: entre un censo y otro, hubo una contracción de un millón de cabezas a nivel nacional, pero solamente en los campos bonaerenses se esfumaron más de 755,000 cerdos, lo que significaba un 41 % de los animales relevados en 1937. A nivel local, la caída resultó estrepitosa: la cantidad de productores tuvo una baja del 22 %, pero la disminución del rodeo total fue de

²³¹ *El Argentino*, 22/10/1964.

²³² *El Argentino*, 31/12/1964.

80,000 ejemplares, el equivalente al 67.75 % del número del censo anterior.

En la misma tendencia del nivel nacional, y a pesar de algunas recuperaciones parciales, la producción porcina quedó estancada y ya no volvería a conocer un ciclo de expansión. Esta larga declinación, originada sobre todo por la baja de los precios internacionales desde el fin de la Segunda Guerra, tuvo una corta primavera en 1971, a raíz de la instauración de la veda de carnes vacunas. En ese momento, se registró un importante incremento de las existencias, y aumentaron de forma significativa los envíos al mercado de Liniers.²³³ Para desgracia de los productores de Saladillo, las contingencias climáticas del año les impidieron sacar provecho de la situación.

Mientras las puertas ofrecidas en su momento por los cerdos se iban cerrando, los indicios parecen indicar que la pequeña ganadería de Saladillo se recompuso en torno a la avicultura. En 1937, a pesar de haber perdido la primacía aviar entre los distritos de la provincia, se registró un incremento del 11.47 % con respecto a 1930, y el número de explotaciones –que fue consignado por primera vez en un censo agropecuario– superaba los 1,800 productores, lo que daba un promedio de casi 200 cabezas por cada establecimiento. Una década después, si bien el total de unidades retrocedió ligeramente, se habían sumado al sector 452 nuevos emprendedores, lo que lógicamente bajó el promedio por unidad productiva a 150 animales. La cantidad de avicultores es sorprendente, porque rebasaba al total de explotaciones indicada por el censo para Saladillo, que eran 2,245.

A pesar de todo, creo que esta aparente contradicción puede explicarse de manera razonable. En primer lugar,

²³³ “La producción porcina”, *El Argentino*, 25/11/1971.

es probable que los censistas hayan registrado emprendimientos avícolas del propio casco urbano, o de su inmediata periferia (la zona de quintas, por ejemplo), poseedores de una cantidad de aves lo suficientemente importante como para considerarlos una explotación y no un simple gallinero doméstico. Esta situación no era novedosa, ya en el censo de 1937, en el registro de existencias de aves de corral por partidos, hubo una categoría denominada “centros urbanos”. En esa oportunidad, para Saladillo se consignó la presencia de 33,733 gallos, gallinas y pollos, que resultaban poco menos del 10 % del total del distrito.

Luego –y esto me parece lo más atendible–, en aquellas chacras donde vivía más de una familia, pero se mantenía la unidad productiva de la finca, es posible que a los censistas les fueran declaradas explotaciones aviares separadas por cada grupo de habitantes. Digo esto con base en la experiencia comercial de mi padre, que tenía al menos dos clientes que eran hermanos y no habían dividido la propiedad familiar heredada. Si esta era única para la agricultura y la ganadería bovina, en ambos casos disponían de cuentas separadas en el caso de los porcinos, las gallinas y la venta de huevos, por lo que el acopiador llevaba dos registros en un solo establecimiento.

Fuera de esos detalles, en la década de 1940, la rama aviar exhibía una dinámica muy intensa e incluso vivió unos años de cierto esplendor. En el apartado anterior, reseñé el aumento notable de las exportaciones de huevos durante la Segunda Guerra, oportunidad en la que también se enviaron al mercado exterior aves congeladas. Por las escasas necesidades de inversión y la relativa sencillez de su manejo, pudo ser una buena alternativa para los 346 productores porcinos que se bajaron de esa actividad entre 1937 y 1947.

A ello se sumó el aliciente del mercado interno, con una gran expansión debida a los efectos de la urbanización. Para la actividad de los avicultores de Saladillo, este proceso tuvo dos consecuencias significativas. La más obvia fue el aumento de la demanda de un conglomerado urbano relativamente cercano. Bastaban unas pocas horas de transporte ferroviario para colocar la producción local en los mercados del cinturón bonaerense o en la capital provincial, y ya mostré en el capítulo 2 cómo el trazado de los ferrocarriles dejaba a una enorme mayoría de las chacras en cercanía de las estaciones.

Pero no menos importante resultó otro hecho: las zonas que se estaban urbanizando más velozmente habían tenido una fuerte presencia en la producción avícola. En 1937, uno de los distritos que en 1914 tenían más de 100,000 aves de corral, el partido de San Martín, lindero a la Capital Federal, ya había bajado sus existencias a 25,000 cabezas. Aunque menos notable, también Quilmes estaba perdiendo su antiguo sector avícola, a pesar de mantener todavía unos 84,000 ejemplares. Pero en 1947, esa retracción se hizo impresionante en algunos distritos como Avellaneda, donde apenas quedaban unas 2,800 aves de las 250,000 relevadas un decenio antes. También era impactante la baja en Lomas de Zamora, donde sobrevivían solo 7,500 de los 143,000 ejemplares contados en 1937. En los partidos de San Martín y San Isidro, las existencias eran de una quinta parte con respecto a 1937, de una cuarta parte en La Matanza, de un tercio en Esteban Echeverría y Tigre, y de la mitad en Caseros, Florencio Varela, Quilmes y San Fernando. De todos modos, ningún municipio mostraba una declinación tan espectacular como La Plata, que en 1937 era el partido con mayor cantidad de aves de corral: de las 462,000 cabezas de aquel censo, bajó a 92,000, lo que equivale a una contracción del 80 % en una década.

En conclusión, para la avicultura de Saladillo –como para varios partidos del interior bonaerense–, lo mejor de la explosión urbana del área metropolitana fue que, mientras creaba un mercado gigantesco de consumidores, se encargaba de liquidar a los principales competidores. En los terrenos donde hasta pocos años antes se levantaban los criaderos, la industrialización liviana dio lugar a las fábricas y los loteos, que se multiplicaron como hongos.

El auge aviar no solamente produjo una legión de pequeños productores, también desarrolló un buen número de agentes comerciales que adquirían esos bienes y los colocaban en el mercado. En general, recibieron el mismo nombre que los viejos compradores de cereales, hacienda u otros bienes del país: acopiadores. Al principio, la gran mayoría de ellos eran de las zonas cercanas a las chacras donde operaban, algo entendible en una época en que los caminos rurales –y los medios de transporte para enfrentarlos– constituían un verdadero desafío. La ampliación del negocio y la mejora de la red vial convocaron luego a otros intermediarios, ya fueran del casco urbano o, directamente, del conurbano bonaerense.

Es imposible nombrar a todas esas personas, porque de varias de ellas no existe recuerdo escrito de su presencia, pero se pueden citar algunos ejemplos. Al menos hasta mediados de los años treinta, en la zona de Micheo, La Barrancosa y El Mangrullo, recorrían las chacras en busca de aves, huevos y afines José Rogelio Aimo y su cuñado Francisco Gascó.²³⁴ Según los datos que pude recoger, esta familia procedía de Lobos, pero Gascó y su esposa se dedicaron a la agricultura en las dos primeras localidades mencionadas, para finalmente adquirir una fracción de campo en La Barrancosa.²³⁵

²³⁴ *El Argentino*, 20/05/1965.

²³⁵ *El Argentino*, 13/12/1973.

Por cuestiones cronológicas, mi padre no recordaba esos nombres, pero sí se acordaba de Manuel Torres, quien, si bien falleció en Avellaneda, trajinó durante años caminos similares a los que luego serían los suyos. Como decía su necrológica: “Durante muchos años fué su oficio el de acopiador en la campaña, y su llegada a casa de los medios rurales era recibida con placer y confianza.”²³⁶ También tenía presente que, hasta fines de la década de 1950, operaban en el área de La Barrancosa los acopiadores De Paula, Piersantelli y los hermanos Martínez.

De las lecturas de las necrológicas de la prensa local, puedo asimismo destacar a Enrique Fanesi y Miguel Dibiasse. Sobre este último, *El Argentino* señalaba que había llegado en 1921, procedente de Ripacandida (Potenza), para radicarse en Cazón, donde se instaló en una chacra y fue “acopiador de aves y huevos durante más de 20 años.”²³⁷

Según me refirió Lorenzo Espíndola, en las décadas de 1960 y 1970, solamente en la reducida área de Santa Elina el negocio de los huevos y las aves estaba a cargo de los hermanos Pasucci, de Saladillo, y de los acopiadores Incolla y Ferreyra, de Toledo, además del ya nombrado Fanesi. En Polvaredas operaban los hermanos Blanco, a quienes conocí personalmente porque venían al comercio de mi padre para intercambiar opiniones. En cambio, es muy exhaustiva la enumeración de algunos de estos comerciantes que puede leerse en el atractivo trabajo sobre el paraje Emiliano Reynoso de Luis Lambert. A fines de la década de 1970, este autor resaltaba de este modo la importancia de la pequeña ganadería aviar en esta zona:

La avicultura ha alcanzado gran difusión y desarrollo, siendo ella una de las más importantes fuentes de ingresos. Entre los vecinos

²³⁶ *El Argentino*, 11/08/1960.

²³⁷ *El Argentino*, 06/03/1969 y 27/03/1969, respectivamente.

que se han dedicado al acopio de la producción avícola, figuran los señores Antolín Bullón, Francisco E. Dalto, e hijo, César J. Freccero e hijos, Luis Martínez y Pedro Di Pascual. De los procedentes de otros lugares se registran los nombres de los señores Roque Cecceri, Mateo Serna, Domingo Trentino, Alfredo Bilén e hijos, Osmar J. Pallero, Miguel Pace, y los hermanos Carlos y Tomás Carrasco (Lambert, 1979: 19).

Tal vez el nombre que durante mucho tiempo tuvo más importancia en el mundo de los acopiadores avícolas de Saladillo fue el de Mario Schenardi. Llegado desde el área metropolitana hacia 1940, junto a su cuñado, de apellido Cisi, abrió un local en la avenida Cabral y Alem, al costado de las vías del Ferrocarril del Sud, y bastante cerca de la estación de trenes del pueblo. Como bien reseña Marcelo Pereyra, el emprendimiento se denominaba “Casa Mario”, y, al contar con refrigeración, podía clasificar hasta 25,000 cajones de huevos anuales. También poseía un peladero, donde se limpiaban y evisceraban cerca de 60,000 pollos y gallinas, luego congelados para su colocación en Buenos Aires. Además, parece que, a principios de los años sesenta, también realizaba otras actividades conexas: “En la temporada de caza faenaban alrededor de 40,000 liebres, de las que además de sus cueros vendían trozados los cuartos y lomos. Estos tenían gran aceptación en Alemania Occidental” (Pereyra, 2017b).

Casa Mario tenía una sede en Buenos Aires, a la que enviaba parte de su producción, y además abastecía a varias fábricas alimenticias metropolitanas que usaban huevos en sus preparados, pero, entre finales de la Segunda Guerra y la inmediata posguerra, el negocio de Schenardi fue parte activa en las enormes exportaciones hacia Gran Bretaña. Fue un tiempo breve, pero esplendoroso, que descansó sobre el agotador trabajo de un grupo de obreros (entre ellos, un adolescente que mucho después sería mi progenitor), quienes laboraban hasta 14 horas por

jornada. Excepto dormir, todo se hacía en la planta, desde el almuerzo a los refrigerios. La tarea principal era seleccionar y clasificar los huevos destinados al embarque, que además debían ser sellados uno por uno con una rúbrica provista por los propios británicos, quienes incluso enviaban regularmente inspectores para controlar el proceso.

La mayoría de esos bienes se despachaban por ferrocarril, pero las dificultades para conseguir vagones de carga y los compromisos de envíos llevaron al propietario a adquirir un camión Caimán. Esta bestia motorizada de origen estadounidense podía transportar 1,500 cajones de huevos (45,000 docenas) en cada viaje, y además estaba equipado como para enfrentar el derrotero por la antigua traza de tierra de la ruta nacional 205, que en días lluviosos podía convertirse en una aventura extrema.

Como dije más arriba al citar a Pereyra, Casa Mario llegó a procesar 25,000 cajones de huevos por año, o sea, 750,000 docenas. La cifra puede asombrar, pero es perfectamente compatible con la información ofrecida por aquellas mediciones que dieron cantidades sobre la producción de este alimento. Según el censo de 1937, los 1,809 productores de huevos de Saladillo habían recolectado casi 11 millones de unidades (915,833 docenas) durante los 365 días anteriores a la encuesta. De esta suma, 9.2 millones procedían del campo, y 1.8, de la ciudad.

Es difícil saber cuán acertados son estos números, porque solamente en un sistema productivo industrial se podría tener una aproximación cuantitativa de ese tenor, ya que es improbable creer que los más de 1,800 entrevistados tuvieran un registro diario de la postura de sus gallinas e hicieran acumulados mensuales y anuales. Igualmente son objeto de discusión las cifras consignadas en 1960, cuando los censistas aseguraron que, desde el 1.º de julio de 1959 al 30 de junio de 1960, los productores

saladillenses juntaron 1,257,560 docenas de huevos. De todos modos, aun con errores, eran cantidades significativas e ilustraban la importancia de la avicultura local. Por lo pronto, vale la pena recordar que, en 1960, Saladillo era el único distrito de la provincia donde la producción de huevos superaba el millón de docenas.

Asimismo, los datos permiten hacer estimaciones de postura, que coinciden con la baja productividad de las gallinas bonaerenses antes de los cambios genéticos y las mejoras de los planteles. De acuerdo con los guarismos de 1937, el promedio de postura era de 36 huevos por animal por año, un número verdaderamente bajo (un huevo cada 10 días). En cambio, en 1960, y solamente con la adopción de razas más aptas y mejores técnicas, ya que los avances en alimentación y sanidad apenas estaban disponibles, el promedio de postura pasaba los 60 huevos por gallina.

En 1960, además, el censo agropecuario devolvió a Saladillo al primer lugar provincial por existencias de aves de corral, pero el análisis de los datos dejaba también otras consideraciones. El total aviar (con inclusión de gallos y pollos) estaba un poco por debajo de los números de 1947, había unas 55,000 gallinas menos que en esa fecha, y el número de explotaciones avícolas descendió de forma considerable, dado que, entre censo y censo, se perdieron 656 productores, un 28.72 % con respecto a 1947. La contracara de esa baja fue el aumento del promedio de animales por explotación, que llegó a 204 ejemplares. En 1960 no se informó sobre existencias en centros urbanos, de manera que no se puede inferir si en los gallineros pueblerinos estaban las aves faltantes, o si el auge de 1947 había sido producto de ese momento exportador que luego desapareció. Pero, más allá de cualquier conjetura, vale la pena recordar como contexto un hecho señalado en el capítulo

anterior: la caída de pequeñas explotaciones y población rural saladillenses que señaló el relevamiento de 1960.

Más allá de los resultados de esta encuesta, los chacareros y la ciudadanía del partido conocían el lugar destacado de la pequeña ganadería local en el ámbito provincial. Por eso, a fines del invierno de 1960, la prensa anunció la primera exposición de la Asociación de Avicultores, Cunicultores, Apicultores y Afines de Saladillo, pautada entre el 27 de septiembre y el 2 de octubre de ese año, en el salón de los Bomberos Voluntarios.²³⁸ Al año siguiente, y ante el “éxito” que había tenido “la muestra realizada el año anterior”, la cita se repitió, pero esta vez en la pista del Club Colegiales. En esa ocasión, además de los animales y productos de los sectores avícola, cunícola y apícola, se anticipaban “atractivos *stands*” que mostraran “maquinarias y otras manifestaciones industriales estrechamente vinculadas al agro”.²³⁹

Por cierto, los cerdos, a pesar de la pérdida de importancia y la permanente baja del número de animales, todavía ocupaban una posición provincial destacada. Según el censo de 1960, Saladillo era el séptimo productor bonaerense de ganado porcino y, aun en la peor medición (la de 1988), mantenía el décimo puesto, en un universo cada día más restringido.

En parte debido a eso, y por el recuerdo de los buenos tiempos, cuando el 25 de marzo de 1961 se llevó a cabo la primera exposición anual de reproductores porcinos en Saladillo, *El Argentino* sostuvo que era normal la inauguración del calendario de muestras en el partido, en cuanto era “una plaza tradicional para este ramo de la ganadería”. Se trató de la 134.º Exposición Regional, organizada por el Ministerio de Asuntos Agrarios de la provincia y la

²³⁸ *El Argentino*, 08/09/1960.

²³⁹ *El Argentino*, 10/08/1961.

Asociación Argentina de Criadores de Cerdos, con la presencia de un jurado reconocido a nivel nacional. La ceremonia de apertura estuvo presidida por el propio ministro. El acontecimiento fue exitoso, aunque los montos pagados por los animales premiados resultaron “en general bajos, a pesar de la calidad de los ejemplares expuestos”, y ello se atribuyó a “la declinación” que había “experimentado la industria porcina, debido a precios poco remuneradores de plaza”.²⁴⁰

Sin embargo, al año siguiente, el ciclo de exposiciones se abrió en 25 de Mayo, para continuar por Bolívar, Rojas y Vedia, sin que Saladillo figurara siquiera en el plan anual, a pesar de haber sido el lugar donde hacía “alrededor de 35 años” se había realizado “la primera exposición de ese tipo”, como informaba con acritud la prensa local.²⁴¹ El desplante se repitió en 1965, cuando nuevamente Saladillo no formó parte del plan anual de exposiciones de reproductores, que incluía cuatro muestras y que se iniciaría en Roque Pérez, a finales de marzo.²⁴²

En compensación al primero de los desprecios, en marzo de 1964 el Ministerio de Asuntos Agrarios bonaerense y la Asociación Argentina de Criadores de Cerdos realizaron en la estación del Ferrocarril Roca la 146.º Exposición Regional de Reproductores Porcinos, en la que participaron animales de distintas cabañas y establecimientos, tanto de la zona como de frigoríficos del área metropolitana, y de la propia Facultad de Agronomía y Veterinaria de la UBA.²⁴³ La segunda ofensa fue subsanada en 1967, al determinarse que el plan de exposiciones regionales de esa

²⁴⁰ *El Argentino*, 09/02/1961, 23/03/1961 y 30/03/1961.

²⁴¹ *El Argentino*, 29/03/1962.

²⁴² *El Argentino*, 11/02/1965.

²⁴³ *El Argentino*, 19/03/1964.

temporada volvía a abrirse en el municipio, otra vez en el terreno del ferrocarril.²⁴⁴

A pesar de la lenta declinación de Saladillo como zona de producción porcina, todavía en 1970 volvió a ser elegido como uno de los partidos sede de las exposiciones. El 27 de junio, siempre en los terrenos del Roca, se llevó a cabo otra de estas muestras, y en ella participaron unas cuarenta cabañas bonaerenses.²⁴⁵ Lo mismo se repitió en 1973, cuando la exposición de reproductores volvió a abrirse en Saladillo.²⁴⁶ Por otra parte, el INTA siguió atendiendo a los productores por medio de la capacitación, como sucedió el 13 de agosto de 1974, cuando la Escuela 8 de Del Carril prestó sus instalaciones para una conferencia de técnicos denominada “La cría del cerdo”, que formaba parte del programa de extensión que la agencia agropecuaria sostuvo durante ese año en esta localidad.²⁴⁷

Igualmente, y fuera de los esfuerzos para racionalizar la producción, todavía en 1975 sobrevivían rasgos alarmantes en sus métodos de engorde. Por ejemplo, en la sesión del 6 de febrero de ese año, el Concejo Deliberante consideró la propuesta de un vecino para adquirir toda la basura recolectada en el casco urbano, por la que ofrecía \$1,500 por mes. La negativa unánime de los ediles se sostuvo en el conocimiento del destino de esos residuos: servir como fuente alimenticia de un criadero de cerdos.²⁴⁸

La cuestión de los criaderos porcinos recién se terminó de reglamentar en territorio bonaerense en 1978, cuando el Ministerio de Asuntos Agrarios dictó un resolución

²⁴⁴ *El Argentino*, 26/01/1967 y 23/03/1967.

²⁴⁵ “Saladillo será sede de la 173a. Exposición de Reproductores Porcinos”, *El Argentino*, 18/06/1970.

²⁴⁶ “Exposiciones”, *El Argentino*, 01/02/1973.

²⁴⁷ “Conferencia en Del Carril”, *El Argentino*, 29/08/1974.

²⁴⁸ “Realizó una sesión extraordinaria el Honorable Concejo Deliberante de Saladillo”, *El Argentino*, 13/02/1975.

en que determinaba las características mínimas que los establecimientos debían reunir, su localización exclusiva en zonas habilitadas por los municipios, el equipamiento indispensable, las conductas frente a las epizootias, el control rutinario por parte de las autoridades y la prohibición de “ser alimentados los cerdos con residuos de comidas, cualquiera sea su procedencia”, así como la instalación de criaderos en “basurales (quemados o depósitos de basura)”.²⁴⁹

Con sus idas y venidas, durante toda la década del sesenta, Saladillo fue sede de muestras vinculadas con la pequeña ganadería. Por ejemplo, en el otoño de 1964, se llevó a cabo en la localidad Del Carril una de las exposiciones regulares de Fomento de Granja, organizada por la Dirección de Agricultura del Ministerio de Asuntos Agrarios provincial. Entre los días 29 de abril y 2 de mayo, se mostraron, evaluaron y remataron “reproductores de raza de aves, conejos, pavos, gansos y patos, libres de taras o enfermedades, debidamente controlados”, lo que los hacía “aptos para el mejoramiento de los planteles existentes o a formarse”. También se brindaron cursos de asesoramiento “referentes a temas avícolas” y se proyectaron “películas alusivas a temas granjeros”.²⁵⁰

Además, en uno de los momentos en que se buscó incrementar la producción de carnes blancas y huevos como sustitutos de la carne bovina (véase el capítulo 1 y arriba en este), la avicultura también se nutrió del crédito oficial. Para *El Argentino*, la apertura de una de las líneas de préstamos fue tan relevante que colocó la noticia en la tapa de su edición del 2 de julio de 1964. El periódico juzgaba la iniciativa como especialmente buena para Saladillo, donde “uno de los rubros más fuertes” de sus chacras lo constituía

²⁴⁹ “Se fijan normas para la instalación de explotaciones porcinas en la provincia”, *El Argentino*, 16/03/1978.

²⁵⁰ *El Argentino*, 09/04/1964.

“la cría de aves”. La financiación apuntaba a asistir a quienes deseaban lanzarse a la avicultura, buscaban aumentar sus posibilidades ampliando la infraestructura (galpones, silos, calefacción, comederos, incubadoras, etc.), mejorar sus planteles, o producir alimentos balanceados.²⁵¹

Asimismo, la vitalidad del sector podía medirse por la gran cantidad de publicidades que llenaban semanarios como el de la familia Volonté. Junto con las propagandas de concesionarios de tractores, maquinaria agrícola y camionetas, se hacían presentes también los avisos vinculados a los productos de las chacras, como el de Granja Nelly, donde se convocaba a los vendedores de pollos, gallinas, gallos, pavos y lechones mediante la siguiente promesa: “Pagamos altos precios. Defienda sus intereses.”²⁵² También tenían cabida las primeras muestras de anuncios de los avances sanitarios de la ganadería. Así, a principios de 1961, los laboratorios Lederle costearon una página entera de *El Argentino* para publicitar su antibiótico Aurofac, que prometía “Rápido crecimiento – mejor carne – mayores ganancias”, e ilustraba sus votos con el dibujo de un vacuno, un porcino y un pollo, todos rozagantes y risueños.²⁵³

Bajo todo punto de vista, uno de los motores de ese apogeo temporal de la pequeña ganadería en general y de la producción aviar en particular fue la difusión casi explosiva de los alimentos balanceados. En una fecha tan temprana como los inicios de 1960, una publicidad de Provita animaba a los productores bajo el lema “Criar cerdos es el mejor negocio”, y los instaba a alimentarlos con balanceados, que permitirían obtener un gran peso en poco tiempo.

²⁵¹ “El Banco Nación otorga créditos para avicultura”, *El Argentino*, 02/07/1964.

²⁵² *El Argentino*, 31/03/1960.

²⁵³ *El Argentino*, 02/02/1961.

Pero nada tuvo tanto impacto como la radicación local de una de las plantas de elaboración de balanceados del grupo transnacional Cargill. Este hecho fue producto de una negociación que condujo a la absorción y luego ampliación del pequeño establecimiento de INDESA SA, que estaba instalado desde hacía poco tiempo en uno de los accesos al pueblo, sobre la avenida Ibáñez Frocham, muy cercano a la ruta nacional 205. Esta modesta fábrica de mezclas era propiedad de emprendedores saladillenses, como el caso ya visto de Germán Frontalini (Pereyra, 2017b).

Los acontecimientos se precipitaron a comienzos de 1963. El 24 de marzo de ese año, la firma anunció su asamblea general ordinaria. Además de cumplir con la normativa para las sociedades y revisar las cuentas del ejercicio anterior, el punto 2 del orden del día hablaba de considerar la propuesta de Cargill SA.²⁵⁴ Sin dudas, los socios aceptaron esa proposición, porque, en agosto, un comunicado del directorio llamaba a suscribir acciones, o ampliar sus tenencias, a fin de poder culminar el engrandecimiento de la planta. El texto enfatizaba en “el ritmo acelerado” con que se estaban “llevando a término los trabajos de la Planta Industrial de Alimentos Balanceados, con el firme propósito de proceder a la inauguración de la misma para el último trimestre del año en curso”.²⁵⁵

En efecto, los trabajos finalizaron a finales de 1963. La reestructuración amplió las instalaciones y las dotó con maquinaria de última generación, lo que permitía una capacidad productiva de 80,000 toneladas anuales de balanceados (Pereyra, 2017b). La fábrica de alimentos de Cargill fue la primera industria moderna importante instalada en el distrito. No solamente daba trabajo a varias

²⁵⁴ *El Argentino*, 21/03/1963.

²⁵⁵ *El Argentino*, 29/08/1963.

decenas de obreros, técnicos y administrativos, sino que colocó a Saladillo como uno de los centros de distribución de balanceados más importantes de la provincia. A los playones de la empresa, llegaban los camiones de proveedores desde Buenos Aires –con insumos nunca vistos por estas latitudes, como la harina de pescado, fácilmente reconocible por su pestilencia–, pero también se daban cita los transportistas regionales que repartían el alimento por toda la zona, ya fuera en las tradicionales bolsas de cartón de 25 kilos, como aquel despachado a granel en los vehículos con tolva.

La elección de Saladillo como centro de fabricación y distribución, así como el momento histórico en que se produjo la radicación, tiene su explicación. Cargill (en realidad, el nombre del establecimiento era ALINSA SA) era una empresa de capitales estadounidenses y larga trayectoria en el país, vinculada sobre todo a los cereales, a las exportaciones de granos, y luego a la naciente industria avícola, que, si bien en Saladillo tenía su mayor exponente provincial, era de gran relevancia en toda la zona. Apenas asfaltada la ruta nacional 205, y con las facilidades que esto significaba, esta planta abrió el mercado de balanceados a la cuenca del Salado, pero también hacia las regiones serrana y atlántica, gracias a la pavimentación de la ruta provincial 51.

Junto con la instalada en territorio saladillense, que, una vez inaugurado el asfaltado de la ruta provincial 63 hasta Las Flores, permitía también la vinculación directa con el sur de la provincia y la Patagonia, Cargill tenía otras plantas en Concepción del Uruguay, con la que atendía la avicultura entrerriana, la más fuerte detrás de la bonaerense, en Pilar, sobre la ruta nacional 8, desde donde irradiaba la producción a la zona norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe, y en Capilla del Señor (partido de Exaltación

de la Cruz), que servía para cubrir el área surcada por la ruta nacional 7, con acceso a todo el oeste bonaerense. Con estos dos establecimientos, abarcaba por completo lo que después se conocería como “zona núcleo” del sistema agropecuario argentino. Como se ve, la de Saladillo era otra pieza fundamental de esa telaraña expansiva. La poderosa avicultura local fue un factor de conveniencia, pero el desarrollo carretero hizo a la oportunidad.

Hoy día sería impensable imaginar una planta de estas características en pleno casco urbano, aunque, a inicios de los años sesenta, su ubicación resultaba todavía algo alejada. El lugar no solamente era una romería de camiones y un auténtico ir y venir de gente, sino que, además, el proceso de elaboración del balanceado generaba un olor bastante desagradable, que se sentía con fuerza en el centro del pueblo cuando soplaban vientos del norte.

Pero, más allá de toda consideración sonora u olfativa, la presencia de una fábrica de balanceados tan importante a pocos pasos fue una gran ventaja para los avicultores locales, que podían abastecerse con precios más competitivos que sus contrincantes de los partidos vecinos. Por otra parte, para promocionar sus productos, Cargill llegó a hacer reuniones de difusión que culminaban con servicios de confitería, como la desarrollada en el Club Social el 18 de julio de 1975. Allí, antes de los bocadillos, la empresa mostró los beneficios de sus balanceados para la cría de aves y otros ganados.²⁵⁶

Y, de hecho, aprovecharon esa comodidad y el beneficio. Hasta mediados de los años setenta, la avicultura saladillense continuó con su época dorada. Por desgracia, el censo agropecuario de 1969 midió las existencias avícolas, pero sus fichas no fueron procesadas con acierto y buena

²⁵⁶ “Cargill ofreció una charla sobre alimentos balanceados”, *El Argentino*, 30/07/1975.

parte de la información resulta inaccesible. Igualmente, es sencillo hacer cálculos cuando un negocio mediano, como el de mi padre, llegó a comerciar hasta 12,500 kilos (500 bolsas) de balanceados por mes y, por supuesto, no era el único distribuidor del municipio. La gran mayoría de ese volumen lo constituían las mezclas especiales para pollos parrilleros (BB y engorde) y gallinas ponedoras, que en conjunto se llevaban casi todo el movimiento. Incluso el comercio familiar abastecía a criaderos independientes, algunos de ellos de tamaño respetable, como aquel ubicado detrás de la planta de tratamiento de líquidos cloacales,²⁵⁷ que hacía adquirir unas tres toneladas de alimento a granel por medio de un intermediario, dado que Cargill solamente lo vendía en esa forma a sus criaderos integrados.

Ese mundo de la avicultura y los porcinos (de a poco, los balanceados para cerdos también fueron ganando espacio) era, sin dudas, un mundo de pequeños productores. De chacareros que llevaban sus explotaciones con sus familias y en el que la diversificación era una estrategia y una herramienta a la vez. No obstante, la complejidad de ese universo no solamente provenía de los bienes generados para el mercado: también se fundaba en una serie de pertenencias que iban más lejos de aquellos susceptibles de ser medidos en términos económicos. Parte de la trama social y cultural de esa colmena será el objeto de la siguiente sección.

²⁵⁷ Debo reconocer que poner ahí los galpones para cría de pollos era de una astucia extraordinaria: ¡escondía un vaho molesto detrás de uno insoportable!

Más allá del dinero: escenas y retratos sociales del mundo chacarero

Al prologar un texto sobre la vida en pequeños poblados bonaerenses, Eduardo Archetti escribió que “uno de los hallazgos fundamentales del libro es la persistencia de relaciones que no están regidas exclusivamente por el lucro”. En el mejor de los casos, la afirmación resulta candorosa, porque nadie puede creer que, ya sea en una comunidad de pequeñas explotaciones rurales (como es el caso), o en un conglomerado fabril de grandes dimensiones, sean los lazos monetarios o las ganancias el ordenador único de los vínculos (Ratier, 2009: 5).

En realidad, creo que la frase está condicionada porque, al hablar del mundo chacarero, la enorme mayoría de las investigaciones se centran en la cuestión económica, sobre todo poniendo como eje el punto de la producción. Actividades de la explotación (agricultura, ganadería u otras), rentabilidad, capitalización, técnicas y manejo de la unidad productiva, régimen de tenencia, relaciones contractuales, trabajo familiar, o comercialización de los excedentes son los aspectos abordados con principal frecuencia. Todos ellos tienen, además, un elemento común: se trata de variables mensurables en dinero, o al menos en bienes susceptibles de ser transados en el mercado.

Es indudable el peso del factor económico en la existencia, el desarrollo y el final de una explotación agropecuaria, pero pienso que también hay otros elementos

dignos de ser revisados, y que, asimismo, ellos ayudan a entender de una forma más completa la vida de las personas que llevan adelante esas tareas y, con ello, el tejido mismo de las comunidades donde accionan. Por otra parte, mi opinión es que esa mirada retroalimenta una comprensión más amplia del propio funcionamiento económico.

En este sentido, resultan muy oportunas las palabras de Susana Marini:

[...] la vida de una comunidad pequeña no se agota en la satisfacción de sus necesidades inmediatas, motivo por el que el campo de estudio se extiende a aquellas instituciones que la regulan: la familia, la escuela, la iglesia, la policía o los sindicatos. A diferencia de la macrohistoria, que se ocupa de los aspectos penosos de la condición humana, la microhistoria presta atención también al ocio y a la fiesta, a cada tipo de espectáculo, especialmente si refleja una tradición asentada. No menos importante en la vida de la comunidad es el conjunto de creencias, de ideas, de devociones y de sentimientos religiosos, que son producto y se convierten en patrimonio de una sociedad dada (Marini, 1991: 218).

También es necesario aclarar que el análisis de esas conexiones no puede restringirse sin más al ámbito de la campaña. En un distrito como Saladillo, se dan las condiciones planteadas por Alejandro Ratier acerca de la articulación de redes sociales que “enlazan campo y ciudad en una trama única”. Así, lo rural no funcionaría “en términos dicotómicos como opuesto y contrario de lo urbano, sino como continuidad entre dos realidades emparentadas e intercomunicadas” (Ratier, 2009: 30). De todos modos, y más allá de estas yuxtaposiciones, cada espacio conforma sus propias organizaciones, que marchan con lógicas independientes, atienden demandas diversas y canalizan impulsos diferentes. En definitiva, es factible que la urdimbre sea una, pero, dentro de ella, pueden existir (y de hecho los hay) intereses contrapuestos.

En este capítulo trataré justamente de aspectos que van más allá de la ecuación chacarero = productor. Pretendo transitar por un conjunto de relaciones regidas por contactos humanos en los que la búsqueda de un beneficio no constituye algo esencial o, aun cuando pueda existir, ella está mediada por otro tipo de acercamientos, cuyo examen es más relevante que el propio resultado comercial que pudiera perseguirse. Se trata de lo que Ratier denominó “núcleos de sociabilidad”, que abarcan las distintas asociaciones, como clubes de fútbol, cooperadoras de escuelas, salas de primeros auxilios, grupos confesionales, peñas folklóricas o tradicionalistas, corporaciones productivas, agremiaciones agrarias y otros colectivos, donde se reunía la población del campo (Ratier, 2009: 76).

En cuanto a los temas escogidos, se podrá coincidir o no con el listado y la importancia asignada, pero responden también a los condicionamientos derivados de las fuentes documentales a disposición del historiador. En este caso, seleccioné las asociaciones corporativas, la política (sobre todo la municipal), la religiosidad, el universo amplio de la recreación, y la educación, vista a partir de su sistema institucional, es decir, la escuela. Asimismo, la ventaja de hacer una pesquisa muy concentrada en términos temporales y espaciales es que permite la utilización de herramientas de microanálisis histórico, pieza fundamental para un acercamiento profundo, algo no viable en un trabajo de mayor alcance.

Pero, antes de abordar estos ejes analíticos, deseo detenerme un poco en un aspecto material que sirve para ilustrar las condiciones en las que se desarrollaba la vida cotidiana en el medio rural. Es cierto que todavía en los años sesenta del siglo pasado, en una ciudad chica como Saladillo, no abundaban el confort ni el esparcimiento –o al menos no estaban al alcance de todas las personas–,

pero la vida era mucho más dura aún en el campo. A quien vive en la época actual, incluso a quienes tienen limitaciones para acceder a los bienes domésticos más sofisticados, debe resultarles difícil imaginar un día sin gas, electricidad, heladera, teléfono, o siquiera un dispositivo sencillo para calentar el agua del baño. Para la mayoría abrumadora de los chacareros de hace unas décadas, esa era no la realidad excepcional de una jornada, sino la usual de todo el tiempo. En buena medida, esas carencias también contribuyeron a buscar en la comunidad las respuestas para mejorar el nivel de existencia, o al menos para hallar el consuelo de su aceptación.

La dureza de las condiciones de vida en el medio rural

En 1871, el escrupuloso notario de la riqueza saladillense José Antonio Rossi calificó como “ranchos” a 1,515 de las 2,114 casas del partido. De ellas, 1,107 estaban en el área rural (Rossi, 1871: 107). En esa era, nadie podía asustarse de tales cifras: los rancharíos eran la realidad habitacional del país, y ni siquiera la Ciudad de Buenos Aires había iniciado el tránsito hacia una urbe moderna. Pero uno de los problemas centrales de la vida en la campaña fue la lentitud con que se produjeron las mejoras de las condiciones de vida, sobre todo en el rubro vivienda, y eso aun en la pampa bonaerense, una de las áreas más prósperas del país.

No todos los censos registraron los tipos de construcciones donde habitaban las personas encuestadas, pero, a través de los pocos relevamientos que sí lo hicieron, puede seguirse la persistencia del atraso. Sin dudas, uno de los factores más influyentes fue la dificultad para el acceso masivo de los chacareros a la tenencia de sus parcelas. La

vigencia de los arrendamientos de corto plazo, sin contratos, y la correspondiente incertidumbre acerca de cuánto tiempo permanecería una familia en la explotación constituyeron un obstáculo para realizar una inversión significativa, como podía ser la de levantar un hogar con materiales nobles.

El censo agropecuario de 1937 aportó datos contundentes sobre la cuestión. En la zona rural de Saladillo, de las 1,909 viviendas relevadas, solamente 278 estaban construidas con ladrillos (un 14.56 %), 31 eran de cinc, 162 fueron catalogadas como ranchos de barro y paja (un 8.48 %), y las 1,438 restantes estaban apenas un escalón arriba de las anteriores, al ser categorizadas como de barro y cinc, lo que significa que tres cuartas partes de las residencias del campo local eran ranchos con techo de chapa, y una enorme mayoría de ellas no tenían más de cuatro ambientes habitables, en una época en que todavía eran habituales las familias con mucha descendencia. Como puede verse, los hogares campestres no se habían modernizado demasiado a lo largo de seis decenios.

El cuadro se completaba asimismo con la carencia absoluta de comodidades domésticas, y el resultado final era una imagen de pobreza material que impactaba a un observador llegado de donde eran comunes los bienes de confort. Fue el caso de Carl Taylor, el antropólogo estadounidense que, en 1946, recorrió las zonas rurales argentinas durante 100 días. Este investigador, al pasar por el área ganadera de cría (entre ellas, Saladillo, véase el capítulo 4), señaló el contraste entre las fabulosas residencias de los estancieros y las moradas de los arrendatarios y dependientes rurales. Según sus observaciones, al menos un cuarto de las casas de chacareros y puesteros estaban construidas con paredes de barro y techo de paja, y el 48

% de esos hogares tenían tres o menos habitaciones (Taylor, 1948: 218).

Al año siguiente de la visita de Taylor, el cuarto censo nacional publicó las cantidades de residencias y edificios discriminadas por partidos, pero no diferenció entre las zonas urbanas y rurales. En todo el municipio de Saladillo, había casi 5,000 viviendas, divididas en mitades casi iguales entre las de dueños y las alquiladas, y 3,000 de ellas disponían de solamente una o dos piezas. Además, si bien existían un 52 % de las construcciones de mampostería, todavía un 25.6 % eran viviendas de adobe, y otro 20 % fue colocado en la incierta categoría de “sin determinar”, que seguramente agrupaba casas levantadas con partes de ladrillos, barro y chapas. Aunque el censo no lo especificaba, si se tienen en cuenta los antecedentes anteriores, es muy posible que la mayor cantidad de esas residencias de menor calidad constructiva estuvieran ubicadas en el área rural.

En 1960, el censo nacional hizo un exhaustivo relevamiento de las viviendas. Si bien no presentó resultados por partidos, el análisis de las casas de la zona agraria bonaerense todavía mostraba importantes condiciones de retraso. Un 27 % de las 204,000 viviendas fueron tipificadas como “casa de construcción rústica del tipo predominante en zonas rurales”, y todavía 26,352 residencias tenían paredes de adobe. Un dato interesante es que el porcentaje de hogares levantados con ese material era más elevado entre los propietarios (un 14 %) que en las otras categorías (inquilinos, empleados, ocupantes gratuitos), lo que demuestra que la construcción precaria no era una condición exclusiva de los arrendatarios, sino que, quizás, tal concepción espartana se hundía en la propia cultura chacarera, al menos en la de esa generación que hizo los más grandes sacrificios para procurarse la propiedad de

la finca, algo también observado por Horacio Giberti en un análisis del partido de Pergamino, sobre los datos del censo de 1937 (Giberti, 1998: 10-11). Del mismo modo, un 28.35 % de estas viviendas tenía piso de tierra, y solamente el 42 % del total poseía inodoro con descarga de agua. La gran mayoría de las casas rurales de la provincia usaban un retrete sin ese accesorio, pero incluso un 13 % ni siquiera tenía un retrete, lo que habla de condiciones de vida verdaderamente arcaicas.

Como bien señaló Carlos Rodríguez Sánchez, uno de los obstáculos principales para mejorar el desarrollo humano en el campo era la carencia de luz eléctrica, un tema estructural de complicada resolución, al depender “de importantes inversiones, de lenta y difícil recuperación” (Rodríguez Sánchez, 1987: 75). En efecto, si bien, en las dos décadas que separan los censos nacionales estudiados en este texto, hubo una mejora sensible en la cantidad de viviendas con electricidad, aún en 1980 un 36 % de las casas ubicadas en las áreas rurales estaban privadas de este servicio.

Es cierto que en esos veinte años hubo notables avances, dado que en 1960 un 71.5 % de las casas del campo no tenían electricidad, pero, en el caso de Saladillo, ese progreso resultó tortuoso y tardío. No por nada Alberto Benítez incluyó dentro de su cronología la fecha de llegada del suministro eléctrico a las distintas localidades del partido. Para este cronista, era una efeméride que merecía ser destacada dentro de la historia local. De acuerdo con él, la electrificación rural del distrito se inició en marzo de 1973, y cinco meses más tarde llegó a Cazón. En enero del año siguiente, le tocó a Del Carril, y luego se fue extendiendo por otros parajes y cuarteles, pero hubo que esperar hasta fines de 1996 para inaugurar la electrificación en El Mangrullo. Recién el 21 de marzo de 1998, y gracias a aportes

provenientes del municipio y de la nación, pudo arribar la luz eléctrica a La Razón, mas solo en el filo del cambio de milenio se consiguió dar fluido a Blaquier (Benítez, 2000: *passim*).

La lentitud y la disparidad en la extensión del tendido eléctrico marcaron también los distintos tiempos de evolución del interior saladillense. En La Barrancosa, La Razón y La Mascota, durante la década del setenta, la situación de confort prácticamente había dado pocos pasos, pero en otras zonas los cambios se hicieron notar con cierta rapidez. En Emiliano Reynoso, por ejemplo, Luis Lambert destacaba la desaparición de los “antiguos ranchos de paredes de barro y techos de paja”, a excepción de uno que la poetisa Rosa García Costa había dejado en pie para su conservación.

Además, este autor enfatizaba el proceso de sustitución de las características construcciones de adobe con techo de chapas, que estaban siendo reemplazadas por otras “de estilo más moderno, de paredes de ladrillos, buenos techos, instalaciones sanitarias, y comodidades tales como cocinas a gas de kerosene y envasado, lavarropas, estufas, televisores y muchos otros artefactos modernos,” que hacían “a un mayor bienestar”. En su opinión, gran parte de esa prosperidad obedecía al desarrollo zonal del “plan de electrificación rural de Saladillo, cuyas líneas” sobrepasaban ya “los cuatrocientos kilómetros de longitud” y que alcanzaban “a varios en el cuartel tercero” (Lambert, 1979:26).

Igualmente, este proceso de extensión de la red fue particularmente lento. Según las fuentes periodísticas disponibles, la llegada de la electricidad a Del Carril recién empezó a plantearse como algo posible en 1969, cuando la Dirección de Energía de la Provincia (DEBA) inició las gestiones para la provi-

sión de un grupo electrógeno, mientras una cooperativa de esa localidad avanzaba con el tendido de la red doméstica.²⁵⁸

A principios de la década de 1970, la electrificación rural se convirtió en uno de los grandes temas de quehacer saladillense. La Municipalidad y la Cooperativa Eléctrica estuvieron muy activas recorriendo los parajes donde se consideraba viable la extensión del tendido, y trataron de formar comisiones locales para difundir el asunto y convencer a los vecinos y chacareros sobre la importancia de encarar la inversión, que era bastante significativa en términos de costo. Un buen ejemplo de ello fue la importante movilización en Emiliano Reynoso, donde el compromiso de la comunidad empujó la llegada de la electricidad.²⁵⁹

Por su parte, a nivel provincial, el Ministerio de Asuntos Agrarios y DEBA proyectaron un ambicioso plan para dar servicio eléctrico a una superficie de 3.5 millones de hectáreas.²⁶⁰ Gracias a esta iniciativa, a fines de 1971, un vasto proyecto con financiación internacional y nacional parecía hacer posible el sueño de la electrificación rural. La Intendencia, la Cooperativa Eléctrica y representantes de varias localidades del campo mantuvieron reuniones donde se discutieron las posibilidades de un gran plan eléctrico. Incluso se conformó una comisión municipal que reunía a vecinos de casi todas las zonas y parajes, a la vez que cada localidad tenía una pequeña subcomisión. En sus primeras manifestaciones públicas, la comisión estimaba que, con este adelanto, la “familia campesina” podía “equiparar su confort y sistema de vida al de las ciudades.”²⁶¹

²⁵⁸ “Electrificación para Del Carril”, *El Argentino*, 06/11/1969.

²⁵⁹ “Importante reunión”, *El Argentino*, 18/03/1971.

²⁶⁰ “Electrificación rural”, *El Argentino*, 10/06/1971.

²⁶¹ “Reunión Sobre Electrificación Rural”, *El Argentino*, 04/11/1971; “Se constituye la Comisión Pro Electrificación Rural de Saladillo”, *El Argentino*, 11/11/1971; “Electrificación Rural”, *El Argentino*, 23/12/1971.

El ambicioso plan para electrificación puesto en marcha en el comienzo de 1972, una vez firmado el convenio de apoyo con DEBA y el Ministerio de Asuntos Agrarios, incluyó una amplia encuesta en todo el partido, destinada a recabar el interés de los pobladores del campo. Se capacitó a un grupo de encuestadores, se dividió el partido en once zonas y se puso en marcha un relevamiento, primera parte del amplio programa.²⁶² Para septiembre de ese año, el personal a cargo de las encuestas había registrado la opinión de 989 establecimientos agropecuarios, que representaban casi 108,000 hectáreas del partido, y a 891 familias, compuestas por 2,975 integrantes.²⁶³ Sin embargo, después de ese auspicioso movimiento, el proyecto se frenó.

En agosto de 1974, una carta de lectores contrastaba la situación de Saladillo con la de Chacabuco, donde la insistencia de las autoridades y los chacareros había llevado a buen término el tendido de la red en la zona rural del partido.²⁶⁴ Tiempo después, en julio de 1976, el exintendente de facto Fernando López acusó directamente a la administración municipal justicialista por haber desatendido completamente la cuestión de la electrificación rural, al no producir ninguna acción para darles continuidad a las iniciativas en curso desde 1972. En cambio, López reconocía la actitud de la Cooperativa Eléctrica, que había hecho “llegar parcialmente el beneficio de la electrificación rural al Cuartel I (Saladillo Norte), para continuar la línea hasta los cuarteles III y VII”.²⁶⁵

Mientras tanto, las familias chacareras debían arreglarse con medios alternativos. Por ejemplo, para poder

²⁶² “Electrificación Rural en Saladillo. Encuesta a productores rurales”, *El Argentino*, 11/05/1972.

²⁶³ “Electrificación Rural en Saladillo: paso al progreso”, *El Argentino*, 14/09/1972.

²⁶⁴ “Carta de Lectores. Es necesario extender la electrificación rural”, *El Argentino*, 22/08/1974.

²⁶⁵ “Carta de Lectores”, *El Argentino*, 01/07/1976.

ver la televisión, podían conseguirse aparatos que funcionaban abasteciéndose de una batería de doce voltios. Al menos, así lo sostenía un aviso publicitario de “El rey de los precios”, que anunciaba la posibilidad de seguir la programación televisiva en “toda granja, chacra o estancia.”²⁶⁶ Si, en cambio, se deseaba iluminación eléctrica en todas las instalaciones, debía atenderse la promesa de la firma de grupos electrógenos Wincolux, representada en Saladillo por las firmas Mazza Hermanos y Tordó & Rivanera, quienes anunciaban lo siguiente: “Disfrute de todo el confort de la Ciudad en su Estancia o Chacra.”²⁶⁷

Más allá de estos detalles, para un estudioso del agro como Adolfo Coscia, la electrificación rural fue una de las causas importantes del acercamiento intercultural entre el habitante del campo y el urbano, y quizás en Pergamino, la zona en que él se desempeñó como agente del INTA, en los años sesenta ya se había impulsado este proceso, que significaba un gran salto adelante, tanto en lo productivo como en lo relativo a la calidad de vida de las familias rurales (Coscia, 1983: 108-109); pero buena parte de los parajes de Saladillo no participaban del adelanto, ya que el censo de 1980 mostró un 46.13 % de viviendas rurales sin electricidad, y un 11.72 % que solamente contaba con la energía que podía generar, mientras que un 42 % sí podía disponer en sus casas y establecimientos de fluido eléctrico distribuido por red.

En este sentido, en esa fecha seguía teniendo vigencia el comentario realizado por Arturo Frondizi muchos años antes. Al reflexionar sobre el modelo de industrialización liviana argentino, el expresidente remarcaba acertadamente la relación paradójica entre ese desarrollo (con su consecuente aceleración de la urbanización) respecto del campo

²⁶⁶ *El Argentino*, 16/04/1970.

²⁶⁷ *El Argentino*, 03/02/1972.

y la población rural: mientras que el éxodo rural se radicó en la industria liviana y en los servicios, que además pudo expandirse gracias a recursos aportados por las exportaciones primarias, los productos de la industria liviana arribaron “al campo en proporciones limitadas por la escasa capitalización de las explotaciones; los servicios –electricidad y transporte– no llegan por su escasa o nula expansión” (Fronidzi, 1965: 25).

El censo nacional de 1980 dejó además un buen cuadro de situación sobre las viviendas rurales en Saladillo, que sumaban entonces 2,534 unidades. Todavía en ese momento existían 328 ranchos y 63 construcciones precarias, es decir, más de un 15 % del total. Aunque un 23.41 % de las casas particulares del campo local tenían una antigüedad inferior a los 10 años, un 60 % se habían levantado hacía más de dos décadas. Una enorme mayoría estaban hechas de ladrillos, pero aún 520 eran de adobe, y 379 de ellas tenían piso de tierra (casi un 15 %, lo que superaba el promedio provincial, que era del 10.8 %). Por cierto, en cerca de la mitad de esos hogares, se cocinaba sin gas, y 700 residencias conseguían el agua de una bomba, ya que carecían de cañerías hídricas interiores. Como consecuencia de esto, 739 viviendas no tenían descargas en sus retretes, y 53, ni siquiera un retrete.

Finalmente, esta foto del atraso se completaba con un dato que clarificaba sobre la categórica ausencia del mínimo bienestar en gran parte del mundo chacarero saladillense: apenas 866 casas poseían agua fría y caliente, 851 solo contaban con agua fría, y 817 directamente no tenían ni ducha ni bañera. Todas estas cifras ponen sobre la mesa una existencia cotidiana realmente severa. Son testimonios que raramente se divulgan cuando se evoca –con nostalgia o idealismo– el antiguo paisaje rural.

El asociacionismo rural de Saladillo: la Cooperativa y la Sociedad Rural

Desde inicios del siglo pasado, los chacareros locales formaron parte de organizaciones colectivas. Algunas de estas los convocaron por su nacionalidad de origen, como forma de preservar su pertenencia cultural, pero también como medio eficaz para ser reconocidos por los cónsules de sus países en la defensa de intereses más concretos. En términos de la protesta contra los abusos de propietarios, acopiadores y proveedores, muchos productores rurales locales se acercaron a la Federación Agraria Argentina (FAA), que logró constituir una institución de reconocimiento y presencia territorial de fuerte injerencia en la región pampeana.

Una de las acciones derivadas de estas luchas fue el inicio de la acción cooperativa. Marcelo Pereyra efectuó un análisis más que pormenorizado sobre la formación de las primeras cooperativas saladillenses, que incluyó sus antecedentes más importantes, como la frustrada experiencia de La Fraternal en los años veinte, finalmente barrida por la crisis en la década siguiente, y continuó con el gran impulso recibido por estas asociaciones durante el primer peronismo. Fueron muchas las que se formaron, pero solamente dos sobrevivieron al tiempo: la Cooperativa Eléctrica, creada en 1944, para mejorar el suministro de ese servicio en el casco urbano; y la Cooperativa Agrícola Ganadera y de Consumo Limitada (Pereyra, 2015a).

El acto constitutivo de esta última asociación se celebró el 15 de enero de 1950, en el Teatro Español, y contó con la presencia de representantes y autoridades de la FAA y de la Federación Argentina de Cooperativas Agrícolas (FACA). Esa primera asamblea, compuesta por 152 socios, dictó el estatuto, eligió la comisión directiva y resolvió

afiliarse a la FACA. El primer presidente fue Marcelo Almada, y lo secundaban, entre otros, dos productores de la Barrancosa ya presentados en el capítulo 3: Joaquín Ripoll, como secretario, y Ángel Abarca, que era uno de los vocales (Pereyra: 29-30).

Pese a los tiempos aciagos en que dio sus primeros pasos, la Cooperativa no solamente sobrevivió al derrumbe del justicialismo (que significó el final de las otras asociaciones de reciente creación), sino que pudo consolidarse. Así, el número de socios aumentó a gran velocidad en los años siguientes: tenía 856 en 1955, y ya eran 1,261 cinco años más tarde; además, solo durante su quinto ejercicio vendió veinte tractores y tres cosechadoras, al margen de otros equipos para la labranza (Borracer, 1984: 131-134).

Durante la década de 1960, las actividades siguieron a muy buen ritmo. Para mostrar algunos datos, puede decirse que, en noviembre de 1962, la Cooperativa presentó el cierre de su doceavo balance, operado el 31 de agosto de ese año. Las cifras consignadas, ya fuera por ventas de mercaderías, maquinaria, semillas, cereales y combustibles, así como los planes de inversión en la ciudad cabecera y en la localidad de Álvarez de Toledo, eran muy auspiciosos. Además de marcar un crecimiento significativo con respecto al ejercicio anterior, los 1,317 asociados señalaban la fuerza del movimiento cooperativo agrario local.²⁶⁸

En la asamblea del ejercicio sucesivo, más allá de resultar los números generales bastante buenos, tanto en comercialización de cereales, semillas, maquinarias y mercaderías, el dato más importante consistió en que “la asistencia de socios fue la mayor registrada hasta ahora en actos de esta índole”, y también la participación de los accionistas, “que promovieron interesantes debates

²⁶⁸ *El Argentino*, 22/11/1962.

aclaratorios.”²⁶⁹ Ese ambiente optimista continuó en los años siguientes, como cuando, a fines de 1965, se aprobó el balance del quinceavo ejercicio, que mostraba buenos guarismos de transacciones y la existencia de 1,250 socios activos.²⁷⁰ Esa cifra se mantuvo estable durante el resto de ese decenio, pero en 1972, al cerrarse el vigésimo segundo ejercicio, la Cooperativa llegó a los 1,431 asociados, el número de cotizantes más alto de su historia, en un momento en que en Saladillo existían alrededor de 1,800 explotaciones agropecuarias.²⁷¹

La Cooperativa Agrícola se focalizó en la agricultura, en la venta de equipos y en facilitar el acceso de sus asociados a bienes de consumo básicos, como alimentos y artículos de despensa, rubros en los que competía con éxito contra los almacenes rurales, el lugar tradicional de abastecimiento de los chacareros, quienes también vendían allí parte de su producción de granos, cueros y otros artículos menores. Su tarea principal era centralizar la compra de cereales y oleaginosas y eliminar su intermediación, con beneficio directo para los productores (incluso a principios de los años cincuenta se pensó en hacer una cooperativa paralela para fabricar aceite de girasol), pero también se dedicó a comercializar papas, un cultivo que, como mostré en el capítulo 4, tuvo un gran desarrollo en el Saladillo de los años sesenta.

Como muestra de esa pujanza, en diciembre de 1971, la Cooperativa Agrícola inauguró su actual edificio de Moreno y Alem. En la cena realizada en el Club Colegiales para festejar el acontecimiento, se congregaron 1,500

²⁶⁹ “Asamblea de la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo”, *El Argentino*, 05/03/1964.

²⁷⁰ *El Argentino*, 09/12/1965.

²⁷¹ “Realizó su Asamblea anual la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo Ltda.”, *El Argentino*, 05/04/1973.

personas, que luego pudieron disfrutar de un baile. Poco después también levantó silos e instalaciones para mejorar el acopio de granos.²⁷² Pero, mientras que movía cantidades importantes en estos rubros, era escaso su volumen de operaciones en materia de ganadería, y prácticamente nula su acción en avicultura, pese a la importancia de esta rama en el partido. En este sentido, solamente en 1977 comenzó a incursionar activamente en el comercio ganadero, al organizar su primer remate feria el sábado 3 de septiembre de ese año.²⁷³

La Cooperativa no solamente reportaba a su entidad federativa de segundo grado (la FACA): también tenía lazos sólidos con la Federación Agraria Argentina (FAA). Así, no solo algunos de sus directivos lo eran también de la filial local de la FAA, sino que se realizaban muchas actividades en común y era bastante habitual que, tras las asambleas ordinarias de la Cooperativa, se llevaran a cabo reuniones de la Federación. Pero, en cuanto la Cooperativa era una organización de corte más doméstico y social, la Federación constituía un espacio corporativo para la defensa de los intereses globales del sector agrario y, en ese orden, se ocupaba de los problemas políticos y productivos.

En mayo de 1961, por ejemplo, la Federación Agraria Argentina reunió su asamblea comarcal en el Teatro Español de Saladillo. Unos trescientos delegados debatieron desde una temática tan amplia y ansiada como la reforma agraria hasta “cuestiones tales como el éxodo campesino, la mecanización agraria, los altos costos de producción y los escasos valores remunerativos.”²⁷⁴ Un año más tarde, en

272 “Se inauguró el edificio de la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo Limitada”, *El Argentino*, 09/12/1971.

273 “Realizó su remate feria inaugural la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo Ltda.”, *El Argentino*, 08/09/1977.

274 “Tuvo lugar la asamblea comarcal de la Federación Agraria”, *El Argentino*, 18/05/1961.

agosto de 1962, en el salón de los Bomberos Voluntarios, la filial Saladillo de la FAA celebró el cincuentenario de la fundación de esa institución. El encuentro sirvió además para renovar parte de la comisión directiva y nombrar a los delegados que asistirían al 50.º congreso, que se realizaría en Rosario.²⁷⁵

Fuera de su referencia con esta corporación agraria nacional, la Cooperativa mantuvo una prescindencia político-partidaria. Dentro de su comisión, había gente de distintas ideologías, desde peronistas hasta toda la tipología de radicales, pero también algunas de las escasas muestras de la izquierda rural del distrito. Los chacareros medianos y chicos componían el grueso de su conformación social, aunque también podía encontrarse en el registro de asociados (y muchas veces en la comisión directiva) a algún integrante de la familia Inda, propietaria del campo La Colonia, de 1,341 hectáreas de superficie, según el mapa de Edelberg de 1919.

Bajo todo punto de vista, ni la Cooperativa ni la Federación Agraria eran el lugar de los ganaderos ni de la mayoría de los estancieros. Por eso, el 23 de mayo de 1964, se fundó la Sociedad Rural de Saladillo.²⁷⁶ En su momento, unos 80 productores concurren a darle nacimiento, y un mes más tarde se conformó la comisión directiva. A diferencia de la otra institución, el grueso de sus miembros eran terratenientes importantes, consignatarios de hacienda, o profesionales vinculados al mundo vacuno, pero, en su primigenia lista de autoridades, también se podía encontrar a Valentín Calvitti y Agustín Saizar, claros representantes del universo de los chacareros. Asimismo, dadas las actividades, las pertenencias y las expectativas

²⁷⁵ *El Argentino*, 09/08/1962.

²⁷⁶ Desde varias décadas antes, existía la Sociedad Rural e Hipódromo de Saladillo, antecedente de la Sociedad Rural de Saladillo, pero sin las características estrictamente cooperativas de esta última.

de los socios de la Sociedad Rural, no venía a representar una competencia para la Cooperativa Agrícola, que, junto con la representación regional del INTA, dio una cordial recepción a la nueva entidad.²⁷⁷

La Sociedad Rural se afilió rápidamente a la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP) y, a través de ella, a Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), una asociación de emprendedores ganaderos de marcado cuño conservador. Su primera actividad destacada fue la organización de una exposición rural, que se desarrolló con singular éxito entre el 26 y el 28 de septiembre de 1964 en la feria de remates de la firma Raúl M. Seoane.²⁷⁸ A partir de allí, la Rural de Saladillo devino en un acontecimiento anual de gran resonancia, y una muestra a escala de la tradicional exposición de Palermo de la Sociedad Rural Argentina.

Años más tarde, con la puesta operativa del predio de la actual avenida Dellatorre, terminó de asegurarse un lugar significativo dentro de la agenda del municipio. Al igual que su hermana mayor –pero favorecida además por la realización en primavera–, se convirtió en un paseo obligado, con sus puestos de exhibición, demostraciones del maltrato animal conocido como “destreza criolla”, entretenimientos varios y práctica del juego del pato, un deporte ecuestre emparentado con el polo, de origen nacional, pero menos exclusivo a nivel social y más acorde con las pretensiones (y las billeteras) de los jinetes locales. Al éxito de sus exposiciones anuales, se sumó en 1971 la determinación de celebrar en la Rural de Saladillo la 7.º Exposición Ganadera de la Provincia de Buenos Aires, llevada a cabo entre el 10 y el 21 de septiembre de ese año.²⁷⁹

²⁷⁷ “Ha quedado fundada la Sociedad Rural de Saladillo”, *El Argentino*, 18/06/1964.

²⁷⁸ “Se realiza una importante Exposición rural”, *El Argentino*, 17/09/1964.

²⁷⁹ “Un éxito total acompañó a la Exposición de la Sociedad Rural”, *El Argentino*, 23/09/1971.

La política en el medio rural: entre la ideología y los votos del campo

El vínculo entre el mundo rural bonaerense y la política fue intenso durante todo el siglo 19. El papel jugado por las milicias y los jueces de paz, habitualmente estancieros o comerciantes destacados de la campaña, es una pieza central para entender la construcción del orden político provincial, desde 1820 y hasta por lo menos los albores de la centuria pasada. En el capítulo 3, ejemplifiqué incluso cómo esta relación podía abrir las puertas a un estatus económico y social relevante en partidos como Saladillo, que recién abandonó su posición como zona de frontera en la década de 1870.

Justamente en ese decenio, cuando las diferencias dentro de la coalición gobernante produjeron repetidas convulsiones, se pudo ver la movilización de una buena parte de los habitantes del campo en algunos de los episodios más extremos de esas tensiones, resueltos en general por medio de los métodos tradicionales, o sea, la revuelta y la violencia. Solo en 1874 hubo dos ejemplos claros: un contingente saladillense tomó parte en el combate de La Verde, que selló la derrota del intento revolucionario de Mitre; y grupos antagónicos referenciados con Alsina y el mismo Mitre se enfrentaron a tiros para dirimir la jefatura municipal, en un hecho que sería recordado durante mucho tiempo.²⁸⁰

En todos ellos participaron peones rurales, puesteros, mayordomos y otras personas al servicio de los estancieros locales, quienes no solamente los empleaban en sus establecimientos, sino que normalmente los utilizaban como reclutas o votantes. Además, al empadronarlos en la guardia nacional, se replicaban las jerarquías

²⁸⁰ Sobre los dos episodios, pueden verse los protagonistas y los detalles en sendos artículos de Marcelo Pereyra: "Tropas saladillenses en la batalla de La Verde" (2015), en bit.ly/3DsmYag, y "Las trágicas elecciones de 1874" (2015), en bit.ly/3oKJ3wD.

propias de sus funciones laborales: los estancieros figuraban como comandantes, los mayordomos hacían de oficiales, los puesteros cubrían los cargos subalternos, y la peonada era la base de la soldadesca.

La llegada masiva de los inmigrantes modificó el cuadro económico y social del distrito, pero no influyó (al menos por unos años) de manera determinante en el cambio de las formas y los actores de la política local. Si bien la participación política de los extranjeros estaba consentida a nivel municipal, tanto en el país como en la provincia y las intendencias existía un sistema representativo más que imperfecto. El acto comicial en sí mismo era una ficción (a veces un filme de aventuras, no exento de derramamiento de sangre), y solamente en 1912, con el dictado de una serie de normas que la posteridad simplificó bajo el sintagma “Ley Sáenz Peña”, comenzaron a hacerse modificaciones que introdujeron el reconocimiento de las minorías, mejoraron lentamente la confección de los padrones y tendieron a limitar la coerción sobre los votantes en el momento de elección de las papeletas de su preferencia.

Pero esos cambios –más allá de representar un avance sustancial– no sustituyeron otras cuestiones. En muchos comicios no se constituían mesas receptoras de sufragios en la zona rural, lo que limitaba la asistencia de los chacareros. Es cierto que muchos de ellos no estaban habilitados para votar (y posiblemente tampoco interesados) por su condición de inmigrantes, pero esa situación se empezó a revertir con la generación de sus hijos. Aun así, trasladarse al pueblo un domingo de votaciones era todo un trámite, excepto que se tuviera una gran vocación republicana, o –lo más probable– que se formara parte de la clientela de un terrateniente, donde la asimetría de las relaciones de poder significaba un compromiso para mantener el arriendo, el puesto o el sueldo.

En una época en la que la población del campo todavía era mayoritaria, una decisión de este tipo reducía la cantidad de sufragios a una expresión menor. Marcelo Pereyra reseñó estas limitaciones de la democracia vernácula en un artículo esclarecedor sobre las elecciones municipales de 1924 (Pereyra, 2014a). Sin embargo, en los comicios legislativos provinciales de 1927, sí se habilitaron mesas receptoras de votos en la campaña. Según la prensa local, mientras que en el casco urbano había once mesas de votación, se dispusieron cinco centros de votación rurales en las escuelas 14 de Toledo, 11 de Cazón, 8 de Del Carril (dos mesas), 10 de La Margarita y 21 de La Barrancosa.²⁸¹ Esa tendencia a habilitar mayor cantidad de centros electorales rurales se amplió en 1946, cuando, de las 33 mesas receptoras de sufragios, hubo 17 en el pueblo y 16 en la campaña, divididas en seis colegios receptores: Del Carril, Cazón, Toledo, Reynoso, La Margarita y La Barrancosa.²⁸² En 1958, en cambio, las 58 mesas electorales se dividieron de forma similar entre la planta urbana y el campo.²⁸³

Por otra parte, después de 1930, los conservadores convirtieron un mecanismo defectuoso en una farsa (por cierto, su violencia le quitaba todo aire de comedia), que incluso se permitió en determinados momentos sumar como comparsa a los opositores. Recién a mediados del siglo, las cosas parecieron corregirse, cuando se realizaron las elecciones nacionales de 1946, tal vez las primeras virtuosas en lo referente a la limpieza del acto comicial. En el ámbito local, el diario *Los Principios* las calificó como ejemplares, y enfatizó su “evidente contraste con los

²⁸¹ “Mesas receptoras de votos”, *El Argentino*, 24/03/1927.

²⁸² “Cómo votó Saladillo”, *El Argentino*, 02/03/1946. Agradezco la localización de este artículo a Silvina Krupitzky.

²⁸³ “Ubicación de los comicios”, *El Argentino*, 30/01/1958.

comicios fraudulentos y las violencias a que [los] tenían acostumbrados administraciones anteriores.”²⁸⁴

Poco después, la legislación subsanó la histórica postergación de las mujeres en materia de ciudadanía. Además, durante la década peronista, pudo verse en Saladillo incluso el raro fenómeno de la alternancia en el poder municipal: los radicales ganaron en 1948, perdieron contra el peronismo en 1951 y vencieron nuevamente en 1954. No obstante, una vez desalojado Perón del poder, se intentó construir una nueva democracia ficticia, que prescindía de la participación del justicialismo, la fuerza política mayoritaria.

Con todo, el desarrollo del radicalismo saladillense ya había ampliado de manera notable la participación de los vecinos en la política, aunque en esta cuestión todavía queda pendiente una investigación profunda. Tras los años conservadores, las posibilidades crecieron aún más con el surgimiento del peronismo. Cuando esa fuerza empezó a organizar su estructura municipal, logró una importante penetración entre la población rural. Según el estudio de caso de Julio Navarro acerca del perfil de la afiliación peronista entre 1948-1950, hecho sobre la base de la información contenida en las fichas de adhesión partidaria, un 30 % de los afiliados declararon ser agricultores, y seguramente entre el 40 % de los registrados como jornaleros había peones rurales. Este estudio es además interesante porque, al comprender los primeros años del justicialismo, muestra que la afiliación oportunista o compulsiva era todavía escasa o irrelevante y, en efecto, apenas el 5 % de los enrolados eran empleados estatales (Navarro, 2003; Pereyra, 2015a).

²⁸⁴ “En un clima de normalidad se realizó los comicios”, *Los Principios*, 03/03/1946. También agradezco el conocimiento de este artículo a Silvina Krupitzky.

En un análisis a nivel nacional, Mario Lattuada mostró igualmente el peso del voto del campo y el fuerte arraigo del primer peronismo en el ámbito rural. En el capítulo 1, señalé los esfuerzos de Perón por ganarse el voto de los chacareros, a lo que deben sumarse las medidas que favorecieron a los peones, desde el famoso estatuto, hasta los aumentos salariales y la sindicalización. De acuerdo con este autor, los “sectores y clases subordinadas de la estructura agraria representaban a mediados de la década del 40, como fuerza electoral –varones, argentinos y en edad de sufragar– alrededor del 31 % del total de votantes del país”, pero asimismo constituyeron un 59 % de los votos obtenidos por la coalición triunfante en las elecciones de 1946 (Lattuada, 1988: 33).

En Saladillo, de todos modos, esos beneficios no lograron el éxito de la fórmula Perón-Quijano, que, con sus 2,216 votos, quedó bastante lejos del binomio de la Unión Democrática, que superó los 3,300. No obstante, cuatro años más tarde, y con el oficialismo en su mejor momento, el peronismo pudo recortar gran parte de esa diferencia en la elección para gobernador y renovación parcial del parlamento y del Concejo Deliberante. En esa oportunidad, si bien el radicalismo volvió a ganar, apenas lo hizo por 463 votos. Además, la ventaja de la UCR se cimentó casi exclusivamente en la planta urbana, donde el partido de Alem e Yrigoyen consiguió 434 sufragios de ventaja sobre sus adversarios.²⁸⁵

En cambio, el voto rural fue decisivo en dos elecciones para intendente: primero para el triunfo radical en 1948, y luego para el peronista en 1951. En ambos casos, se dio

²⁸⁵ “Por 463 votos triunfó la U.C.R.”, *El Argentino*, 18/03/1950. Es cierto que, a diferencia de lo ocurrido en las elecciones de 1946, en esta oportunidad los partidos socialista y comunista presentaron candidatos propios. De todos modos, estas fuerzas sumaron apenas unos 140 sufragios entre ambas.

una votación muy cerrada en el casco urbano: en 1948 la UCR apenas se impuso por 33 papeletas en el pueblo y logró estirar la distancia final a 116 votos gracias al aporte rural.²⁸⁶ En 1951, en cambio, los radicales ganaron por ocho votos en el caso urbano, pero los casi 500 sufragios de la campaña a favor del justicialismo sellaron la victoria de su candidato a intendente, quien se impuso por 5,947 sufragios contra 5,458 de los radicales. La UCR venció en Reynoso, La Margarita y La Barrancosa, cayó en Toledo y Cazón por un margen apreciable, pero sufrió una dura derrota en Del Carril, donde se acumuló prácticamente la diferencia entre triunfadores y perdedores.²⁸⁷

Tres años más tarde, el 25 de abril de 1954, los radicales pudieron revertir esa caída gracias a un triunfo claro en la planta urbana y en la mayoría de los cuarteles, que permitieron absorber los habituales resultados negativos de Del Carril y Cazón y obtener una diferencia de 600 votos sobre el peronismo. En una elección en la que sufragó más del 90 % del padrón (a pesar de ser una jornada algo destemplada y por momentos lluviosa), se destacó el resultado de Toledo, donde la UCR dio vuelta el resultado adverso de 1951, mientras que reforzó sus guarismos en las localidades donde ya había vencido en aquella ocasión.²⁸⁸

A pesar del retroceso de la población rural entre 1947 y 1960, aún en esta última fecha el peso electoral del sector rural del partido era considerable, y no podía obviarse en caso de unos comicios reñidos. Por ejemplo, en las elecciones legislativas de marzo de 1960, el padrón de Saladillo era de 15,299 personas, de las cuales 6,471 (un 42.30 %)

²⁸⁶ Una particularidad de estos comicios fue que, en la categoría de senadores provinciales, el peronismo logró imponerse por casi 200 sufragios, en "Los cómputos finales", *El Argentino*, 13/03/1948. Agradezco la localización de este artículo a Silvina Krupitzky.

²⁸⁷ *El Argentino*, 15/11/1951.

²⁸⁸ *El Argentino*, 29/04/1954.

sufragaban en el campo. La mayoría de los cuarteles habilitaron tres mesas de votaciones. En La Barrancosa, se agrupó al electorado de los Cuarteles VIII y IX, con cinco mesas que funcionaron en el Club Carlos Calvo y en la Escuela 21, y un total de 1,150 inscriptos.²⁸⁹

Con la proscripción del peronismo y el desencanto de muchos votantes de Frondizi, los radicales del pueblo vencieron con cierta holgura en la renovación de la mitad de las bancas de concejales, aunque consiguieron menos votos totales que en 1958. Esta victoria fue en parte cimentada sobre una estrategia de apertura de comités en las localidades. A lo largo de todo el año, pueden seguirse en la prensa las distintas inauguraciones de locales partidarios. En septiembre, por ejemplo, la UCRP conformó el subcomité La Barrancosa, que funcionaba en la casa de Emilio Taddei. En una muestra de circulación de personas en espacios sociales superpuestos, muchos de esos mismos nombres reaparecieron unos días más tarde en la comisión directiva del club Carlos Calvo, de esa misma localidad.²⁹⁰

Vale la pena ahondar en esta cuestión. En 1962, el padrón radical era de 3,322 afiliados, pero 1,600 de esos simpatizantes residían en el campo. En términos proporcionales, los radicales del pueblo mantenían la lealtad de un 25 % del total del empadronamiento rural de Saladillo, una cifra considerable, y más si se tiene en cuenta que, fuera de los breves interregnos en que Hilario Armendáriz fue intendente municipal (1948-1951, 1954-1955, y un pequeño período durante la "Revolución Libertadora"), esa facción de la UCR no había ejercido ningún poder importante desde 1930.

Propiamente en 1962, los radicales del pueblo honraban otra vez su tradición de parcialidad belicosa. En pleno verano,

²⁸⁹ "Como se distribuirá el comicio en Saladillo", *El Argentino*, 28/01/1960.

²⁹⁰ *El Argentino*, 22/09/1960 y 29/09/1960.

también calentaban el clima político, mientras se acercaba la fecha de elecciones de intendente. Tras fracasar los intentos de presentar una lista unificada, en enero se conocieron las dos fracciones que disputarían una interna para dirimir las postulaciones. Por un lado, se presentaron los “blancos”, encabezados por Guillermo Hansen; por otro, los “amarillos”, enlistados tras la candidatura a intendente de Valerio de Iraola.

Ambas listas mostraban en sus nóminas a varios hombres (las mujeres brillaban por su ausencia, excepto en puestos del consejo escolar) del ámbito rural, como los vecinos Damián Urús, Juan Fagan y Juan Lambert por el grupo “blanco”, y Carlos Martini, Joaquín Ripoll (h), Baldomero Capponi y José Cacciagiú en el bando “amarillo”. El propio candidato amarillo a jefe municipal –un reconocido consignatario de hacienda– era una persona vinculada al mundo agropecuario, aunque exactamente no se lo podía catalogar como chacarero. Para contrarrestarlo, los blancos impulsaban como concejal a un colega y competidor suyo: Raúl M. Seoane. De las 19 mesas electorales habilitadas por las autoridades partidarias, 13 estaban en la campaña, lo que demostraba el valor potencial del voto rural en los comicios internos.²⁹¹

Los amarillos vencieron con comodidad esas internas, y la UCRP obtuvo también un sólido triunfo en las votaciones generales de marzo, aunque finalmente el gobierno anuló esas elecciones por la presión de los militares, que no tenían ningún encono especial contra los radicales de Saladillo, pero no podían soportar la victoria del sindicalista peronista Andrés Framini para gobernador de Buenos Aires. Todo terminó siendo una fea anécdota, pero debe indicarse que la UCRP venció con amplitud en La Barrancosa: obtuvo 530 votos contra 189 de la lista neoperonista (que usó el nombre “Unión Popular”), 180 de la UCRI, 60

²⁹¹ *El Argentino*, 04/01/1962 y 18/01/1962.

de la Unión Conservadora y 13 del Partido Conservador Popular.²⁹²

En la derecha del espectro político, y tras la experiencia justicialista, a principios de la década de 1960 la Unión Conservadora seguía representando a los viejos estancieros o a sus descendientes. Un claro ejemplo de ello era la lista de concejales presentada por esa agrupación para las elecciones de marzo de 1960: entre los siete puestos en disputa, al menos tres estaban ocupados por apellidos de terratenientes (Mario Candia, Miguel Riglos y Carlos Saralegui). Sus resultados fueron bastante alentadores, en especial en la zona rural, ya que recogieron parte de los sufragios perdidos por los radicales intransigentes y los del pueblo, para sumar 1,346 boletas, un poco atrás de los votos en blanco, que totalizaron 2,101.²⁹³

Mientras tanto, los radicales del pueblo –y De Iraola en particular– tuvieron su revancha en julio de 1963, cuando lograron alzarse con el triplete (presidente, gobernador, intendente), pero lo más novedoso de esa campaña electoral en Saladillo fue el intento de organizar una fuerza neoconservadora local, relacionada con la candidatura presidencial del general Aramburu. Su fogonero era Raúl Ondarts –un empresario vinculado a Álvaro Alsogaray que sería parte de la fórmula de la Nueva Fuerza en 1973– y llegó a Saladillo en otoño para organizar el armado de la agrupación.

También estuvo de visita Bernardino Horne, exsecretario de Agricultura del gobierno de Frondizi, quien fue presentado como “iniciador de un movimiento que promueve la fundación del Partido Agrario”. Estos esfuerzos aspiraban a constituir una Unión Vecinal, capaz de captar el apoyo de los grupos más conservadores de los partidos

²⁹² *El Argentino*, 22/03/1962.

²⁹³ “Cuadro de resultados provisionales”, *El Argentino*, 31/03/1960.

tradicionales y canalizarlo a la lucha municipal.²⁹⁴ La búsqueda de consensos y la deposición de egos tampoco resultaron fáciles entre las derechas. Finalmente, bajo la denominación de “Partido Social Agrario”, sin postular a ningún candidato a jefe de Estado (aunque sí presentaba aspirantes a electores de presidente), pero con el apoyo de un sector de la Federación Agraria Argentina, los vecinalistas lograron constituir una lista municipal, encabezada por Evelio Cotignola y Néstor Almada. Sus principales integrantes se nutrían del conservadurismo y el frondizismo desencantado.²⁹⁵

Gran parte de la entusiasta vida partidaria saladillense quedó congelada, al igual que en el resto de la nación, con el golpe de Estado de 1966. Sin embargo, la política siguió su curso, pese a carecer de un espacio institucional donde expresarse. El gobierno militar de Onganía no toleraba a los intelectuales, profesores, estudiantes universitarios y, en general, a cualquier persona progresista, pero soportaba a los políticos pueblerinos. Por eso, no fue extraño que, en marzo de 1967, al fallecer Salvador Di Benedetto, sus exequias se convirtieran en un pequeño acto radical. Al muerto le rindió homenaje Alejandro Armendáriz,

quien dijo en algunos párrafos de su oración fúnebre: su almacén y bar de La Razón, fue centro obligado del comercio de la zona, y también lugar propicio para la tertulia y la camaradería de ese importante y populoso barrio de nuestro partido.

Como puntero del radicalismo, su figura era tan sentida que *El Argentino* agregó una foto del difunto, algo verdaderamente inusual en las páginas necrológicas del semanario.²⁹⁶

²⁹⁴ *El Argentino*, 16/05/1963.

²⁹⁵ *El Argentino*, 13/06/1963.

²⁹⁶ *El Argentino*, 06/04/1967.

La política partidaria comenzó a descongelarse en 1971, cuando el fracaso de la “Revolución Argentina” abrió las puertas a un nuevo proceso electoral. Durante 1972, las agrupaciones retomaron sus actividades, iniciaron las acciones de afiliación y renovaron sus disputas internas. En Saladillo, y como era de esperar, los radicales fueron los primeros en lanzarse a la lucha. En sus elecciones internas de mayo de 1972, de los 1907 sufragios emitidos, 844 correspondían a las trece mesas ubicadas en las localidades y parajes del interior partido, lo que resultaba un significativo aporte del 44 % a la masa de votantes.²⁹⁷

Para las elecciones de marzo de 1973, el padrón cerrado en julio del año anterior incluía a 18,109 personas, distribuidas en 11,747 de la planta urbana y 6,362 del área rural. Como puede apreciarse, el registro electoral del campo había perdido un centenar de votantes con respecto a 1960. Además, la opinión pública hablaba de un empadronamiento carente de depuración, que contenía a personas fallecidas y tal vez un millar de casos excedentes.²⁹⁸ Igualmente, y pese a su declinación en el total del padrón, fueron los votos del campo los que permitieron al peronismo hacer la diferencia para imponerse como primera fuerza municipal (contra todo pronóstico), ya que, en el casco urbano, se dio un virtual empate entre el Frente Justicialista (FREJULI) y los radicales en el segmento presidencial.

En la categoría de intendente, el corte de boleta sufrido por el candidato de la UCR, Rodolfo Pérez, sentenció con mayor holgura el resultado a favor del postulante peronista. A pesar de mantener la primacía en gran parte de la zona rural del distrito, los radicales sufrieron duras

²⁹⁷ “Categorico triunfo de la Lista 1 en Saladillo en los comicios de la U.C.R.”, *El Argentino*, 11/05/1972.

²⁹⁸ “El padrón electoral del partido de Saladillo contiene 18.109 inscriptos”, *El Argentino*, 22/02/1973.

derrotas en Del Carril, Polvaredas y Cazón, amén de ser superados en Toledo (el pago chico de su candidato), y habían perdido 300 votos con respecto a las elecciones de 1965.²⁹⁹

Según mostraron una y otra vez los resultados de los comicios, la gran mayoría de los chacareros dividían sus lealtades partidarias entre peronistas y las variopintas fracciones radicales, pero también existían productores rurales que optaban por expresiones minoritarias del arco partidario nacional. Sus principales referentes eran personas muy respetadas en la sociedad y aquilataban una vasta experiencia en la política y en la militancia corporativa en la Federación Agraria. Representaban lo que los encuestadores contemporáneos califican como dirigentes con alto nivel de imagen positiva y escasa intención de voto, y que el dicho popular sentencia como “predicador en el desierto”.

Uno de ellos provenía del socialismo y se llamaba Isidoro Medina. Su historia de vida es la de un luchador incansable, y un muy documentado artículo de Marcelo Pereyra reseña su trayectoria en los ámbitos del ruralismo y la política, desde los duros años treinta, cuando se convirtió en una de las principales voces contra los abusos de los propietarios, en especial contra los desalojos de arrendatarios. Tenía una explotación agropecuaria en la zona de El Trigo, en el este del partido, donde impulsó la radicación de una escuela rural (ver más adelante). Se presentó repetidas veces como candidato a diputado provincial por el Partido Socialista y publicó un periódico partidario junto a Julio Falasco, cuyos ejemplares forman parte del acervo del Museo local. Una curiosidad adicional es que su hija Irma –también ruralista, publicista y militante socialista– fue la

²⁹⁹ “Análisis de la elección”, *El Argentino*, 15/03/1973.

primera mujer en postularse como candidata a intendenta municipal, en 1987 (Pereyra, 2016a y 2016c).

Isidoro Medina falleció a los 83 años, el 1.º de marzo de 1973. *El Argentino* le dedicó un importante obituario, donde puede leerse: “Desde su juventud militó siempre en el socialismo, defendiendo con entusiasmo sus ideales políticos; su nombre estuvo así ligado durante varias décadas a cuanta representación o lista debiese designar el Partido Socialista de Saladillo”. Como buen antiperonista, había formado parte de la comisión asesora municipal surgida tras el golpe de septiembre de 1955. También tuvo un significativo reconocimiento social al integrar la Comisión del Centenario, en 1963.³⁰⁰

La otra rara *avis* de la izquierda que pobló el universo rural de Saladillo fue Agustín Castorina, a quien tuve la suerte de conocer, ya que, al volante de su Rastrojero, solía frecuentar el negocio de mi padre. Castorina tenía una chacra en La Campana, también fue dirigente de la Federación Agraria y, como señalé más arriba, un socio muy activo en la Cooperativa Agrícola. En política, fue un histórico exponente del comunismo local, al que los conservadores y el peronismo persiguieron con entusiasmo. Incluso pasó una breve temporada en el penal de Sierra Chica en 1955, como represalia por el bombardeo contra la multitud reunida en la Plaza de Mayo, en junio de ese año. Era una persona amable y muy leída, con quien resultaba agradable conversar. Luego de esa charla, el interlocutor quedaba con dos certezas: la primera era que había cruzado comentarios con alguien totalmente convencido de su ideario y de extrema lealtad a su fe; la segunda, que las posibilidades de éxito del comunismo en Argentina eran decididamente nulas, más allá de lo imprevisible de la política nativa.

³⁰⁰ *El Argentino*, 08/03/1973.

Como en el caso de Isidoro Medina y su prédica socialista, los suelos de Saladillo podían ser más o menos aptos para el maíz o el girasol, pero eran absolutamente infértiles para las semillas del marxismo, en cualquiera de sus múltiples presentaciones.

La religiosidad: de santos, procesiones y fiestas

Si las conexiones y los reclamos vinculados con la política podían servir para conseguir ciertas mejoras materiales, por ejemplo, arreglos de caminos, nombramiento de delegados, alivios tributarios, algún subsidio, o mayor atención a las localidades por parte de los intendentes municipales, era poco lo que los referentes partidarios locales o nacionales podían hacer en cuestiones de mayor peso, como la gentileza de la naturaleza para con las cosechas, la liberación de las posibles pestes y enfermedades de plantaciones y ganados, la salud de las personas, la fortuna de las decisiones, o, más importante aún, la posible trascendencia humana después de la muerte. Estos eran asuntos de la religiosidad, y no se regían por el calendario electoral del país o de las agrupaciones políticas, sino por el santoral.

La masiva llegada de inmigrantes provenientes de países de tradición católica romana no solamente proveyó a la nación de una gran cantidad de fieles que, en casos como el de los italianos, debieron ser atendidos también por sacerdotes venidos de los países de origen (e incluso de las regiones) de los creyentes, quienes tenían dificultades para expresarse en castellano. Además, el aumento demográfico resultó tan significativo que desnudó la carencia de curas locales, por lo que la importación de clérigos se convirtió también en una necesidad.

En el caso de Saladillo, están muy bien documentados el proceso de construcción del primer templo y, luego, su remplazo por el actual en las primeras décadas del siglo pasado. Hay menos datos sobre cómo se institucionalizó la presencia de la Iglesia romana en las zonas rurales, aunque las descripciones de las grandes estancias hablan de las capillas instaladas en muchas de ellas, donde seguramente se practicaban los cultos con alguna regularidad, en especial en las principales celebraciones.

Fuera de estos lugares, sin dudas los crucifijos, las imágenes, las vírgenes y los santos tenían su lugar dentro de las viviendas de chacareros, encargados, puesteros y otros dependientes el mundo rural. Asimismo, el panteón se fue enriqueciendo con la llegada de migrantes provenientes de determinadas zonas de España o Italia, que portaron a sus santos originales y los integraron rápidamente en la religiosidad popular local. Al producirse los casamientos entre migrantes de distintos orígenes, esas devociones se fueron entremezclando.

Una de las décimas compuestas por mi abuelo, descripción en verso de su entonces flamante realidad en el rancho que pasó a compartir con la esposa, en 1929, da una buena muestra de ese sincretismo:

Un cuadro de San José / que me regaló mi mama / enfrente mismo a la cama / con cariño lo colgué; / una rama le agregué / y una vela bendecida / y pa' más seguro 'e vida / en la pared sin revoque / también lo colgué a San Roque / un poquito más arriba.

Y, por lo que recuerdo, no era un hombre particularmente dado a la religión (Quinterno, 1973: 30).

En la difícil coyuntura de los años treinta, el mundo chacarero y el de la Iglesia romana se entrelazaron con mucha fuerza gracias al accionar del entonces párroco de Saladillo, el Dr. José Raed. Marcelo Pereyra da un buen

panorama sobre la vida de este sacerdote y de su destacado papel contra los desalojos de arrendatarios, que le valieron un gran reconocimiento público. Según su artículo, el ministro ya había hecho una buena experiencia en las cuestiones rurales mientras se desempeñaba como cura en Carhué, entre 1927 y 1933, localidad donde llegó a participar como representante local en congresos de la Federación Agraria Argentina, lo que es todo un dato en sí mismo.

Raed, hijo de inmigrantes sirio-libaneses, llegó a Saladillo tras la muerte del anterior párroco, en marzo de 1933, y demostró enseguida su capacidad de emprendedor. Entre otras varias realizaciones, puso la piedra basal para la construcción de la capilla de Del Carril, en 1938. Estuvo en su cargo hasta 1953, momento en que lo destinaron al conurbano bonaerense, donde murió en 1958. La “repatriación” de sus restos a Saladillo originó una demostración popular muy recordada, y años más tarde se dio su nombre a una plaza en el Barrio Obrero. El destino de la toponimia local hizo que una de las calles laterales de ese espacio verde recibiera la denominación del representante agrario y militante socialista Isidoro Medina, a quien me referí en el apartado anterior (Pereyra, 2017a). Por determinación o azar, la conjunción urbanística entre un cura católico y un político marxista convirtió ese lugar del norte de la ciudad en un pequeño homenaje a la obra de Giovanni Guareschi.³⁰¹

³⁰¹ Giovanni Guareschi (1908-1968) fue un escritor y humorista italiano. Su obra más importante fue la trilogía de libros sobre el cura Don Camilo y su eterno amigo/enemigo, el alcalde comunista Peppone, publicada desde 1948. Los textos narran el permanente enfrentamiento ideológico entre ellos, así como su cercanía personal y la estrecha colaboración entre ambos en defensa de los intereses de la comunidad y en el marco de la pobreza y el atraso de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial en un pueblo del norte de Italia. La saga fue llevada al cine por Julien Duvivier, entre 1952 y 1953.

Más allá del indiscutido vínculo que pudo constituirse entre el clérigo y su feligresía, la comunidad rural siempre había expresado su pertenencia religiosa a través de las fiestas patronales. Si bien los relatos de Guido Gandolfo están ambientados en el norte de Córdoba, su descripción de esas celebraciones es aplicable a cualquier otro sitio de la región pampeana, así como las actividades desarrolladas durante esa jornada de conmemoración, que comprendían misa, procesión, banquete, entretenimientos para grandes y chicos, baile, servicio de cantina, cantos de la región de origen y juegos de naipes (Gandolfo, 1995: 57).

Estas ceremonias no eran distintas en Saladillo. Por ejemplo, para festejar las fiestas patronales locales del 15 de agosto de 1961, el club Carlos Calvo de La Barrancosa planeó un programa de día completo: una vez liquidada la liturgia, la diversión empezaba a las 12:00, con carreras de sortijas y pollas; continuaba con un cuadrangular de fútbol; y finalizaba con un “gran baile en el salón del Club”, que amenizaron “el conjunto de jazz de Rudy Varela y el cuarteto de Esteban de los Santos”. La convocatoria era tan importante que habría colectivos desde la ciudad, La Razón, General Alvear y desde El Parche, servicio este que incluía una escala en El Mangrullo.³⁰²

La mencionada festividad del 15 de agosto evocaba a la Virgen de Nuestra Señora de la Asunción, elegida como patrona del pueblo. Era (y es) la celebración religiosa católica más importante, y, hasta 1976, ese día aparecía en los almanaques locales con rojo, equiparado a los feriados. Pero, para los apasionados de las veneraciones, a la jornada siguiente se conmemoraba a San Roque, el patrono todoterreno de peregrinos, enfermos de peste, personal sanitario y mascotas y, por extensión, de los animales en

³⁰² *El Argentino*, 27/07/1961.

general, si bien en este último rubro comparte jurisdicción con Francisco de Asís. Como la fama de este santo fue igualmente sostenida por italianos y españoles, San Roque se mantuvo siempre como otro de los puntos altos de la movilización religiosa popular y conservó el reconocimiento de la población rural.

Una muestra tomada de entre las tantas documentadas por la prensa local es la nota que anticipaba el programa del 16 de agosto de 1968, cuando se llevarían a cabo “diversos actos en celebración de la festividad de San Roque, de hondo arraigo” en el pueblo. Conforme era habitual en estos casos, a lo largo del día se efectuaría una misa, el recuerdo de los difuntos devotos y la tradicional procesión, prevista para las 14:30, que culminaría con la bendición sacramental.³⁰³ Los avisos se repetían puntualmente cada año y, en más de una oportunidad, se cerraban anticipando una “crecida adhesión popular a esta clásica celebración”.³⁰⁴ En 1975, asimismo, la festividad de San Roque incluyó como cierre el “reparto de estampas y pan bendecido”, algo que antes no se había anunciado y que se hizo costumbre a partir de entonces.³⁰⁵ Todavía en 1979 y 1980, esta fiesta se siguió haciendo, pero para ese momento el programa se había abreviado a una misa y la tradicional procesión.³⁰⁶

Asimismo, algunas colectividades de inmigrantes aportaron sus propias figuras. Aunque posteriormente el auge de las quinielas y juegos de azar lo desacreditaron, al convertirlo en referente de una actividad poco relacionada con la espiritualidad, la presencia en Saladillo de un buen

³⁰³ “Fiesta de San Roque”, *El Argentino*, 14/08/1968.

³⁰⁴ “Fiesta de San Roque”, *El Argentino*, 07/08/1969.

³⁰⁵ “Fiesta de San Roque”, *El Argentino*, 14/08/1975.

³⁰⁶ “Fiesta de San Roque”, *El Argentino*, 09/08/1979.

número de inmigrantes de Salerno (y en especial de Teg-giano) generó una fuerte devoción por San Cono.

Una curiosidad accesoria –cuya respuesta aún no pude resolver– es la fecha determinada por esa feligre-sía para su celebración, el 27 de septiembre de cada año, cuando el día indicado por el santoral es el 3 de junio, momento en que se llevan a cabo las festividades en el res-to del mundo donde se lo venera. Esto ya era así al menos en 1930, cuando se celebró al santo con un gran progra-ma de actividades que incluyó una vigilia de bombas de estruendo desde la puesta del sol del 26 de septiembre. Al día siguiente, la celebración siguió con una salva de bombas para recibir el día, concierto de la banda 25 de Mayo a las 07:00, misas varias hasta el mediodía, procesión con quema de baterías desde las 14:30 y un cierre a toda orquesta a las 20:30, cuando frente al templo se quemaron “variados y vistosos fuegos artificiales.”³⁰⁷

Más allá del traslado de día, a principios de la década de 1960, se realizaba su conmemoración y la tradicional procesión. En 1962, por poner un caso, la comisión organi-zadora convocaba a los fieles a las fiestas de ese año, que se iniciaban con una “misa por los socios difuntos”, a las 8:30; a continuación, había otra misa, esta vez en honor del propio santo; y, finalmente, la procesión, pauta-da para las 15:00.³⁰⁸ San Cono volvería a ser reconocido el viernes 27 de septiembre de 1963, con misa de difuntos, panegí-rico del santo y la tradicional “procesión conduciendo la imagen del Santo alrededor de la plaza y bendición en el interior del templo.”³⁰⁹ Como en otros casos, los avisos se sucedieron sin solución de continuidad hasta 1969.³¹⁰

³⁰⁷ “Fiesta de San Cono”, *Las Noticias*, 13/09/1930.

³⁰⁸ *El Argentino*, 13/09/1962.

³⁰⁹ *El Argentino*, 19/09/1963.

³¹⁰ “Fiesta de San Cono”, *El Argentino*, 25/09/1969.

Luego de varios años de ausencia, en 1975 reapareció en la prensa la fiesta de San Cono. En este caso, y por primera y única vez, se nombraba con todos sus cargos a la comisión oficial dedicada a la gala del santo, a la vez que se invitaba a la comunidad a concurrir a los actos.³¹¹ No tengo elementos para asegurar que la conmemoración dejara de realizarse en los años siguientes, pero sí para afirmar que desaparecieron sus anuncios.

Además de la celebración, no fueron pocos los charcaros y pobladores del pueblo que bautizaron con ese nombre a sus hijos. La importancia de esta inmigración y de su santo fue recordada en junio de 1965 por *El Argentino*, al publicar el obituario de uno de sus devotos destacados. Al fallecer Francisco Cimino, el semanario recordó que había nacido en Teggiano, Salerno, “la región que rinde culto a San Cono y que volcó prácticamente su población en los campos de Saladillo y Lobos, trayendo su tradición familiar, su dialecto y hasta su propio santo”. El difunto llegó a Argentina con 16 años, el 8 de enero de 1900, y se dedicó a las faenas agrícolas en Emiliano Reynoso,

desde el primitivo trabajo de boyero por 6 pesos mensuales, hasta que pudo adquirir su propia tierra en 1918 y también en 1929. Su actividad social se desplegó además en la Sociedad Italiana y en la fundación de la escuela 16, en 1921, junto a Juan Arrospide y Agustín Saizar.³¹²

Tal vez gracias a las facilidades en las comunicaciones y los desplazamientos que se abrieron en la década de 1960, reseñados en el capítulo 2, la propia parroquia de Saladillo amplió sus vínculos con los parajes y las áreas rurales. En 1972, se había organizado incluso el denominado “Equipo Parroquial Rural” (EPAR), que, en noviembre

³¹¹ “Fiesta de San Cono”, *El Argentino*, 19/08/1975.

³¹² *El Argentino*, 13/06/1965.

de ese año, se desplazó hasta Azul para participar de un encuentro de jóvenes católicos rurales. En esa oportunidad, la delegación saladillense estuvo en una misa especial, que fue transmitida por Radio Azul.³¹³

Una muestra significativa de ese accionar pudo apreciarse en diciembre de 1973 cuando, gracias a las donaciones del vecindario, pudo inaugurarse la capilla de El Mangrullo, puesta bajo el patrocinio de San José.³¹⁴ Las tareas para levantar ese templo se habían iniciado varios años antes. En un claro ejemplo de la interrelación entre las fiestas laicas y las religiosas, el fútbol y el baile también podían ser el soporte para una causa mística. Así, el 12 de octubre de 1969, en el Club El Mangrullo y el salón de la Escuela 17 se realizó un campeonato octogonal y un evento danzante, amenizado por Apolo VI (la orquesta de Miguel Ángel Rial) y organizado por la “Comisión Pro-Capilla de El Mangrullo”.³¹⁵ Una vez puesta en operaciones la capilla, cada año pasó a festejarse en esa localidad la fiesta de su santo, aunque adaptada a la agenda de los trabajos rurales, ya que, en caso de caer el 19 de marzo en día laboral, como aconteció en la primera ocasión, no había dudas de celebrar a San José con dos días de anticipación.³¹⁶

Desde su puesta en marcha y durante toda la década de 1970, el Equipo Parroquial Rural desarrolló una actividad intensa. Además de efectuar reuniones de manera sistemática, impulsó la realización de programas litúrgicos en las localidades. Estos se incrementaron desde 1973 y, para 1975, ya estaban utilizando con regularidad a las escuelas rurales como sedes para los cultos de comuniones

³¹³ “Parroquiales”, *El Argentino*, 09/11/1972.

³¹⁴ “Donaciones para la Capilla de El Mangrullo”, *El Argentino*, 20/12/1973.

³¹⁵ “Torneo octogonal”, *El Argentino*, 09/10/1969.

³¹⁶ “Festividad de «San José»”, *El Argentino*, 14/03/1974.

y confirmaciones.³¹⁷ Incluso en ese último año, se organizó un conjunto de actividades denominado “Semana Santa en el Campo”, que incluyó celebraciones pascuales simultáneas en Del Carril, Toledo, Reynoso, La Barrancosa y El Mangrullo.³¹⁸

Asimismo, a mediados de 1975, la parroquia local recibió una donación desde Italia, con la que adquirió un automóvil Peugeot 404 cero kilómetro, herramienta fundamental para el “trabajo pastoral que [realizaba] en las zonas rurales”, como se decía en la prensa local.³¹⁹ Según puede seguirse a través de *El Argentino*, las reuniones del EPAR mantuvieron su buen ritmo en los años siguientes, y en 1978 volvió a programarse la Semana Santa en el Campo, en ese caso con actividades en Polvaredas, Cazón, El Mangrullo y Reynoso.³²⁰

Poco después, en septiembre de 1978, se celebraron las fiestas patronales de La Barrancosa, dedicadas a la exaltación de la cruz, y realizadas entre el miércoles 13 y el sábado 16, día en que el cierre de las actividades concluyó con una cena comunitaria a la canasta.³²¹ Además, desde abril de 1979, todos los terceros viernes se llevaba a cabo la “misa del campo”. Si bien cada una de estas celebraciones era organizada por una comunidad rural, la liturgia se desarrollaba en el templo de la ciudad.³²²

Pero no todos los inmigrantes, o sus descendientes, eran personas religiosas. Del mismo modo que entre italianos, españoles e irlandeses existía una gran mayoría de fervorosos creyentes del catolicismo romano y sus santos, también estaban presentes las minorías anticlericales. Las

³¹⁷ “Parroquiales”, *El Argentino*, 06/03/1975.

³¹⁸ “Prosiguen los oficios de Semana Santa”, *El Argentino*, 27/03/1975.

³¹⁹ “Un Peugeot 404 para la Parroquia de Saladillo”, *El Argentino*, 30/07/1975.

³²⁰ “Parroquiales”, *El Argentino*, 09/03/1978 y 16/03/1978.

³²¹ “Fiestas Patronales en La Barrancosa”, *El Argentino*, 07/09/1978.

³²² “Parroquiales”, *El Argentino*, 12/04/1979.

influencias del anarquismo en las penínsulas itálica e ibérica, los malos recuerdos de una infancia transcurrida en colegios de comunidades religiosas, la convivencia de las jerarquías eclesiásticas de esos países pobres con los sectores sociales y políticos privilegiados, el conservadurismo de muchos integrantes del clero, y seguramente muchas otras causas de alcance personal y privado convirtieron a no pocos sujetos en acérrimos enemigos de la Iglesia romana y sus representaciones.³²³

Aunque prefiero dejar al protagonista en el anonimato, recuerdo un par de anécdotas contadas a mi padre –y también por él– sobre este tipo de comportamientos. La primera de ellas refiere a una de las grandes sequías que afectó a la zona rural de Saladillo en los años setenta. Mientras que el chacarero miraba con preocupación los efectos de la falta de lluvias sobre sus maizales, su esposa rezaba todos los días para que Dios enviara el agua desde el cielo. Cuando finalmente el milagro de la meteorología no se produjo y la cosecha quedó irremediabilmente arruinada, el agricultor acabó a escopetazos con el crucifijo de la casa que servía de sitio a las plegarias de su señora, bajo la acusación de simbolizar una divinidad inútil. Poco después, al morir el padre, que era un inmigrante italiano, el mismo chacarero y su hermano removieron con un destornillador la cruz incrustada sobre la tapa del ataúd. Ante el asombro del dueño de la casa funeraria, los hijos del difunto les recordaron a los presentes en el velatorio que su progenitor detestaba a los curas y la religión, un sentimiento adquirido en el internado católico donde había pasado su niñez.

³²³ Una antigua tradición de los países latinos, en especial en Italia y España, pero que también se afirmó en Argentina, es la de atribuir a los sacerdotes el estigma de ser portadores de mala suerte.

Las fiestas laicas: los espacios de recreación y divertimento

Fuera de la importancia propia y la posibilidad de expresar los sentimientos religiosos de buena parte de la población rural, las fiestas devotas muchas veces eran a la vez la ocasión para enmarcar reuniones recreativas con contenidos laicos. Apenas unos párrafos más arriba, expuse cómo el club de La Barrancosa planeó toda una jornada de esparcimiento y actividad social a partir de la celebración de la fecha de la patrona de Saladillo. Los días especiales, como los feriados, eran la mejor oportunidad para la diversión, pero también cada domingo permitía una pausa y un desahogo de las pesadas faenas del campo.

En el mismo poema donde se refería a los santos colocados como protección de su casa y conjuro contra las desgracias, mi abuelo dejó esta estrofa, que ejemplifica el valor de esos momentos dedicados a la distracción:

Muy poca comodidad / en aquel rancho tenía, / pero le juro vivía / con toda tranquilidad; / borracho de libertad / ningún impuesto pagaba. / Los domingos no faltaba / en mi rancho 'e barro y paja / juegos de bochas, barajas, / la lotería y la taba (Quinterno, 1973: 30).

Esto no significa que el resto de la semana, de permitirlo las ocupaciones, un chacarero y su familia estuvieran confinados en su propiedad. La imagen del paisano que toma mate con su china bajo el alero del rancho, solamente rodeados por la inmensidad de la pampa, tan popularizada por los almanaques de Molina Campos, caricaturizó al campo y sus personajes en los años cuarenta del siglo pasado, pero no guardaba parecido alguno con la realidad. Como bien pudo apreciar Carl Taylor, los literatos, artistas e intelectuales argentinos se sentían en esa época mucho más atraídos por los gauchos de los tiempos coloniales o de

los años de las guerras civiles que por el universo chacarero contemporáneo, al que rara vez retrataron. El mundo rural tenía una grande y permanente cantidad de contactos, tanto intercomunitarios como con las pequeñas ciudades cercanas, e incluso con las grandes urbes, especialmente la de Buenos Aires (Taylor, 1948: 426-432).

El almacén

En el siglo 19, uno de los espacios más significativos de esa comunicación fueron las pulperías. En la centuria pasada, en gran medida ese lugar pasó a ser ocupado por los almacenes y comercios rurales. Ubicados cerca de las estaciones de tren o en encrucijadas de caminos rurales, estos negocios no eran solamente centros de abastecimiento o recepción de bienes producidos por los chacareros de la zona, sino también sitios de información sobre precios, expectativas y condiciones del mercado agropecuario, centro de reunión política, ámbito para los juegos por dinero, lugar para cierre de un trato, o, simplemente, un parador para tomar un trago y socializar con vecinos.

En Saladillo existieron muchísimos, algunos de ellos célebres, como el almacén de La Lola, en Emiliano Reynoso, el Veterano, sobre la actual ruta 63, el de Manuel Villanueva en el Parche, el de Urbano en San Blas, el de Frontalini en Atucha, el de La Unión, en ese paraje, o el de Cardillo, junto a la Escuela 15. En La Razón se destacó el de Salvador Di Benedetto, un puntero radical al que ya mencioné, que se inició en las tareas rurales, pero luego pudo montar “un almacén y acopio de cereales y lanas y cueros, [y] últimamente contaba con una carnicería.”³²⁴ No demasiado lejos de allí, en La Mascota, se encontraba el almacén de Grassi, y sobre la ruta 51 se hallaba el de Evelio

³²⁴ *El Argentino*, 06/04/1967.

Candia, que, como se verá más adelante, hasta en términos organizativos tenía otros objetivos y una constitución más sofisticada. Para una mejor evocación de sus dueños y localizaciones, en el largo recorrido de las estrofas de su poema “Almacenes de campo”, Ramón Brun nombra 41 firmas de este rubro, entre ellas muchas de las ya citadas más arriba (Brun, 2002: 37-44).

Además, la zona rural era normalmente visitada por vendedores ambulantes, que iban por las chacras ofreciendo sus productos, especialmente ropas y telas. Los nombres de algunos de estos comerciantes itinerantes aún se conservan en la memoria colectiva, o sus pertenencias forman parte del patrimonio del Museo, como fue el caso de Yasem Balleto,³²⁵ pero también un hermano de mi abuelo, Rodolfo Quinterno, trajinó los caminos camperos como vendedor y comisionista; y hasta se vio envuelto en un episodio dantesco, el 22 de marzo de 1956, cuando un rayo mató los dos caballos de su carro, hecho que aparece en la cronología histórica de Alberto Benítez (Benítez, 2000: 108). En los años setenta, cuando los caminos y los medios de transporte habían mejorado de manera sustancial, también las principales tiendas de Saladillo destacaban comisiones que recorrían la campaña ofreciendo sus productos, según me informó Lorenzo Espíndola.

Junto con los clubes, los almacenes daban movimiento a una vida rural que no tenía nada que ver con el aislamiento. Basta leer las crónicas de los periódicos locales para ver la riqueza de ese ajetreo social. En la década del treinta, por ejemplo, el semanario *La Semana* editó durante un tiempo *Agriconda*, un mensual de contenidos exclusivamente agrarios, que tenía corresponsales en cada una de las localidades más importantes del partido.

³²⁵ Véase el artículo de Pereyra, Marcelo (2016): “Yasem Balleto y su bicicleta”, en bit.ly/3iPrzLM.

Allí se leían, entre otras cosas, las vicisitudes de las vidas de muchos vecinos, que excedían sus chacras y los alrededores, dado que algunos se permitían pequeños viajes a Buenos Aires o La Plata, y no solo por trámites o cuestiones de salud, sino también para gozar de las grandes ciudades; algo que podía resultar peligroso para quienes no estaban acostumbrados a su tráfico, como aparentemente le ocurrió a Alberto Abarca, hijo de Ángel, del que se informó el regreso a La Barrancosa después de su recuperación por el accidente sufrido al ser embestido por un colectivo porteño.³²⁶ *Agriconda* intentó convertirse en un medio para otorgar voz al mundo rural saladillense, daba cabida a opiniones de profesionales agropecuarios, y distribuía en forma gratuita unos 3,500 ejemplares, pero su publicación se hizo en un decenio difícil y su existencia terminó siendo breve (Pereyra, 2013).

La radio

Los periódicos locales, si bien reproducían noticias del ámbito nacional, mayormente se restringían a cuestiones domésticas, donde los temas rurales solían estar bien representados, de modo que eran un medio importante para vincular a los habitantes del campo con los del pueblo. Pero, sin dudas, el nexo principal entre las familias chacareras y la gran ciudad fue la radio. Como acotó Carl Taylor, esa relación era unidireccional, porque los pobladores del campo no tenían forma de influir sobre las emisoras de la capital, pero, además de las noticias, llevaban la música (en ese tiempo el tango, que pasaba por su era dorada), las propagandas y la atracción de los radioteatros, un género particularmente exitoso. El estadounidense reconoció que, de todos modos, era imposible saber

³²⁶ *Agriconda*, año 2, n.º 15, 30/04/1936.

cuánta gente del medio rural poseía un aparato radial en 1946 (Taylor, 1948: 428-429).

Su curiosidad fue saciada parcialmente al año siguiente, por el censo nacional de 1947, que contabilizó unas 620,000 radios entre el millón de viviendas de la Provincia de Buenos Aires, aunque solo dio un número total de aparatos, sin discriminar siquiera entre ciudades y campaña. Sin dudas, esa cantidad fue aumentando en las décadas siguientes, al difundirse las radios a transistores que funcionaban con pilas. Por otra parte, en 1952 en Saladillo empezó a captarse una nueva emisora, LU10 radio Azul, que ampliaba la difusión de las novedades a los partidos circundantes y, por sus temáticas relacionadas con asuntos agropecuarios, era muy escuchada en los parajes del interior del distrito.³²⁷

A ello se sumó, el 5 de mayo de 1956, el recordado Orlando "Lito" Andriuolo, quien salió al aire por primera vez en Radio Mitre, en un programa matinal sobre el estado del tiempo y la evolución de los cultivos en el área de Saladillo (Benítez, 2000: 108). La expansión de la radiofonía agregó cada vez más detalle informativo. En lo que concierne a este trabajo, por ejemplo, se puede decir que, en la década de 1970, los productores e interesados en el mercado del huevo y las aves disponían de audiciones diarias para conocer las novedades y cotizaciones de los productos. Por un lado, desde 1969 y todas las mañanas, entre las 07:00 y las 07:20, se emitía *La hora avícola* en Radio Argentina. Por Radio Splendid, a la misma banda horaria, salía al aire *Cátedra avícola*.³²⁸

³²⁷ Al principio funcionó como repetidora de LR3 Radio Belgrano. Después de 1957, al obtener una licencia oficial, comenzó a producir una programación propia dedicada a la región y adoptó el eslogan "La voz del centro de la provincia".

³²⁸ *Orientación Avícola*, año 3, n.º 36, julio de 1979, p. 11.

La penetración de Radio Azul en Saladillo se intensificó en 1969, gracias a la construcción de una nueva antena transmisora de 120 metros de alto, ubicada sobre la ruta 51, a la ampliación de la frecuencia de difusión del programa Saladillo, que primero pasó de una a dos veces por semana, para ir desde 1970 de lunes a sábado, y a la incorporación de noticias saladillenses de forma regular en los boletines diarios de la emisora.³²⁹ Asimismo, para mejorar la captación de la audiencia rural, en diciembre de ese mismo año Radio Azul convirtió en cotidiana la audición “Campo y Progreso (...al campo lo que es del campo)”, que hasta entonces se transmitía solamente en ocasión de la temporada de exposiciones, comprendida entre julio y octubre.³³⁰ Además, en septiembre de 1970, se sumó a la oferta LU29 Emisora Cóndor de Las Flores, que también tenía corresponsalía en Saladillo y se presentaba como una emisora zonal.³³¹

Pero la radio no solamente podía traer entretenimiento e información. A principios de 1973, la Provincia de Buenos Aires puso en marcha un programa de alfabetización y enseñanza para adultos a través de una emisión denominada *Nunca es tarde*. El personal docente de cada distrito debía efectuar el seguimiento y la evaluación de quienes desearan participar de esta iniciativa, cuyo objetivo era la acreditación del ciclo primario.³³²

³²⁹ “Radio Azul construye una nueva antena irradiante de 120 metros de altura” y “Saladillo en Radio Azul”, *El Argentino*, 24/07/1969; y “Lu 10 Radio Azul”, *El Argentino*, 29/10/1970.

³³⁰ “Audición”, *El Argentino*, 10/12/1970.

³³¹ “Inauguróse LU 29 Emisora Cóndor de Las Flores”, *El Argentino*, 10/09/1970.

³³² “Pan Radial de Alfabetización y Educación de Adultos”, *El Argentino*, 03/05/1973.

Los bailes de campo

Fuera de esta última acotación, las radios servían para anoticiarse de las cosas y como pasatiempo, en especial para oír música. Mientras pasaban una grabación o un concierto en vivo, quienes receptaban los sonidos podían ensayar sus pasos para el baile, aquella ocasión en que se disfrutaba del ritmo sin intermediación. Las reuniones bailables fueron un clásico del mundo rural durante largo tiempo. El sitio habitual de realización eran los salones de las escuelas rurales, los clubes y algunos de esos almacenes que tenían un lugar suficientemente amplio para montar una cantina, recibir a la orquesta y habilitar una pista destinada a las personas con deseos de danzar. Cada jueves, la sección “Bailes anunciados” de *El Argentino* ofrecía el programa de los encuentros pautados para esa semana y las siguientes, así como la disposición de medios de transporte para quienes no contaran con una forma de traslado propia.

Para dar algunas muestras, puedo citar el anuncio de un baile en la sede del club Carlos Calvo de La Barrancosa, programado para el 10 de diciembre de 1960. El aviso consignaba las facilidades para llegar en colectivos especialmente rentados desde General Alvear, La Razón y los Cuatro Caminos, con previo paso por El Mangrullo.³³³ Meses más tarde, otro mensaje citaba en el salón de la escuela del paraje El Mangrullo, donde tendría lugar una “matiné danzante” organizada por el club Defensores. Antes de bailar, se iba a disputar un partido de fútbol entre los anfitriones y La Razón.³³⁴

En la primavera del mismo año, el club El Arriero convocó para un baile el 27 de noviembre de 1960, amenizado

³³³ *El Argentino*, 01/12/1960.

³³⁴ *El Argentino*, 15/06/1961.

por la orquesta de José Scarcini. Al igual que en otros casos, un colectivo que salía de la plaza principal de Saladillo llevaría a quienes desearan participar.³³⁵ Un tiempo después, esta misma institución anunció un programa múltiple para las vísperas de las fiestas patrias del 25 de mayo, cuando se realizarían “carreras de sortijas, fútbol y otros juegos y esa misma noche un gran baile con una buena orquesta.”³³⁶

Estas son apenas selecciones discrecionales, pero, a lo largo de toda la década, esos anuncios proliferaron, sobre todo entre los meses de febrero y noviembre. En determinadas fechas el menú era abundante, como en carnaval y en primavera, y solamente decaía a una expresión mínima entre mediados de diciembre y enero. A mitad de la década de 1960, la oferta de bailes en los parajes era tan surtida que las propias orquestas anunciaban dónde actuarían. Un claro ejemplo de ello es una publicación del 1.º de julio de 1965. En un suelto, Carlos Beneventano informaba sus presentaciones durante las semanas siguientes: “Julio 8, en La Barrancosa; julio 10, en El Cañuelero de Saladillo Norte; Julio 24, Escuela n.º 4; agosto 7, en San Benito y agosto 14, en Cazón.”³³⁷ Ese sería el primero de la habitual tanda de avisos mensuales de este conjunto, que trabajó a agenda completa durante muchos fines de semana, hasta bien entrados los años setenta.

En 1970, por ejemplo, la orquesta de Beneventano comenzó a publicar avisos de media página con todos los bailes anunciados de cada año. En esa oportunidad se podía ver que estaban tomados todos los fines de semana, pero, además, la realización de reuniones en la festividad del Carnaval y las vísperas de los feriados hacía que el conjunto tuviera previsto actuar en más de sesenta

³³⁵ *El Argentino*, 17/11/1960.

³³⁶ *El Argentino*, 23/04/1964.

³³⁷ *El Argentino*, 01/07/1965.

oportunidades. De todas ellas, cerca de cuarenta estaban pautadas en clubes o salones de la zona rural.³³⁸

Lo mismo se repitió al año siguiente. Según un cronograma publicado en las vísperas de la Navidad de 1970, el conjunto tenía ocupado todos los fines de semana de 1971. Sin contar los bailes de carnaval, habría 56 salidas, de las cuales 37 eran en clubes, escuelas y salones de la zona rural.³³⁹ En 1972, la orquesta de Beneventano tenía previstas 59 presentaciones, a las que debían sumarse los tradicionales bailes de las carnestolendas, a realizarse en Colegiales. De ellas, 47 eran en el campo y apenas doce en el casco urbano; curiosamente, todas en el salón de Bomberos.³⁴⁰

El auge de estas reuniones determinó incluso la aparición de un sujeto especializado en su conducción: el presentador profesional de baile y eventos. Tal vez el mejor ejemplo fue el de Carlos Ferrario, quien también publicaba su agenda en la prensa local. Por este anuncio podía conocerse que no tendría ningún sábado libre entre marzo y abril de 1968, ya que todos los fines de semana animaría bailes en la zona rural del partido, fuera en la Escuela 6 de Campo Gorch, el salón de Urbano, Cazón o La Barrancosa.³⁴¹

Kermeses y carreras varias

Muchos de esos encuentros bailables se inscribían en las llamadas “kermeses”, que eran jornadas de diversión de larga duración y variedad de atracciones, muchas veces desarrolladas en ocasión de las conmemoraciones patrias. Lo normal era que comenzaran a mediodía, con alguna

³³⁸ *El Argentino*, 15/01/1970.

³³⁹ *El Argentino*, 24/12/1970.

³⁴⁰ *El Argentino*, 23/12/1971.

³⁴¹ *El Argentino*, 21/03/1968.

actividad lúdica y almuerzo, para extenderse a lo largo de todo el día. Si la danza llegaba al atardecer –algo común en domingos–, era una matiné; si, en cambio, la música se dejaba oír de noche, se convertía en baile. Un ejemplo de ellas se observa en los festejos del 25 de mayo de 1969, cuando la Cooperadora de la Escuela 10 de La Margarita organizó un programa de día entero, con carreras de sortijas, cuadreras, un campeonato octogonal de fútbol y el tradicional baile, amenizado por Beneventano. Además, se ofrecería “todo el día parrillada y asado con cuero”³⁴².

Al igual que en el caso mostrado, entre las actividades competitivas, un clásico eran las carreras de caballos, conocidas como “pollas”, o “cuadreras”, dado el corto trayecto que recorrían equinos y jinetes. A veces estas competencias se realizaban en forma solitaria, como las anunciadas para el 4 de diciembre de 1960, en La Barrancosa,³⁴³ o la pautada para el 10 de marzo de 1968, en el hipódromo local.³⁴⁴ El problema con estos encuentros era que usualmente generaban apuestas en dinero, y por eso muchas instituciones preferían descartarlas de sus programas de entretenimiento.

Fue lo acontecido en una reunión de la Asociación Cooperadora de la Escuela 40, en marzo de 1967. En esa oportunidad, la comisión directiva propuso la realización de un festival a beneficio del colegio, que incluía una cuadrera. La respuesta de la docente responsable del establecimiento fue tajante: “Ante la posibilidad de organizar una carrera de caballos, la señorita Directora [...] deja absolutamente aclarado que no puede permitir la realización de la misma, sin consultar antes la opinión de la Inspectora de Enseñanza”. Después de esta ducha helada, la justa

³⁴² “Gran fiesta en La Margarita”, *El Argentino*, 22/05/1969.

³⁴³ *El Argentino*, 01/12/1960.

³⁴⁴ *El Argentino*, 07/03/1968.

ecuestre se dejó de lado.³⁴⁵ Sin embargo, no todas las directoras escolares eran tan reacias a las carreras hípicas. En noviembre de 1971, por ejemplo, la Cooperadora de la Escuela 36 organizó un amplio programa de cuadreras, con interesantes premios en efectivo.³⁴⁶

Otras carreras que atraían sobremanera a la población de Saladillo, tanto urbana como rural, fueron las de automóviles, en especial las del Turismo de Carretera (TC). Esta categoría fue creada en 1937 y es la más antigua con continuidad hasta nuestros días de la que se tenga conocimiento a nivel mundial. La gran ventaja de las competencias del antiguo TC era que, además de poder seguir las por la radio, en algunas ocasiones los propios actores acudían hacia su público, al pasar por las rutas locales. Quienes vivían en el campo apenas tenían que trasladarse al margen de los caminos principales para vitorear a sus ídolos del volante, en un espectáculo que, por si fuera poco, era gratuito. En parte, este fue el secreto de su fulgurante éxito, al convertirse en la disciplina más federal del país, que, a lo largo de su calendario, transitaba por las carreteras de muchas provincias.

Así, cuando todavía esos caminos no estaban asfaltados, el 1.º de octubre de 1961 una multitud se agolpó a la vera de las rutas 51 y 205 para ver las glorias del TC. Aquellas “500 Millas Mercedinas”, finalmente ganadas por Juan Gálvez, ya habían movilizado a la gente desde los meses previos, al decidirse que en Saladillo habría una comisión encargada del control de paso. Bastante antes de la carrera, esta junta anunció la venta de rifas para costear sus gastos.³⁴⁷ La misma carrera volvió a pasar por Saladillo el 4 de noviembre de 1962, con idéntico recorrido. Fue la décima

³⁴⁵ *Libro de Actas de la Asociación Cooperadora de la Escuela 40*, p. 7.

³⁴⁶ “Hípicas”, *El Argentino*, 18/11/1971.

³⁴⁷ *El Argentino*, 10/08/1961.

edición de esta tradicional competencia, disputada entre 1952 y 1975, y aquella vez venció Dante Emiliozzi.³⁴⁸

Unos años más tarde, en marzo de 1965, la ruta provincial 51 –ya pavimentada– fue escenario del gran premio “Dos Océanos”. El día 7 se corrió la primera etapa, y el 17, la sexta; en ambas ocasiones, y con diferente sentido de circulación, los participantes cubrían el trayecto entre Venado Tuerto y Mar del Plata.³⁴⁹ Si bien, con la incorporación a principios de la década de 1970 del macabro circuito rutero de 25 de Mayo, el espectáculo llegó a la vecindad, todavía había posibilidades de ver TC gratis desde los alambrados. En febrero de 1976, el gobierno bonaerense organizó y financió el denominado “Gran Premio de Turismo Carretera de la Provincia de Buenos Aires”, una competencia sin puntaje para el campeonato, pero que recorría 1,716 kilómetros del territorio provincial, dividido en dos etapas, una de las cuales pasaba por Saladillo.³⁵⁰

Además de las tradicionales carreras del Turismo de Carretera, no faltó la ocasión para que, desde los márgenes de la vieja traza de ruta 205, pudiera verse una competencia internacional. El 11 de mayo de 1970, a las 22:00, Saladillo fue punto de partida de una de las maratónicas etapas de uno de los desafíos automovilísticos más exóticos de la historia: el *rally* Copa del Mundo, que, a lo largo de 25,000 kilómetros, se desarrolló entre Europa y América, bajo el auspicio del diario británico *Daily Mirror*.³⁵¹

El frenesí por las carreras de autos quizás condujo a que, en 1968, un socio de la Cooperadora de la Escuela 40 llevara a la asamblea una propuesta tan ambiciosa como

³⁴⁸ *El Argentino*, 10/10/1962.

³⁴⁹ *El Argentino*, 25/02/1965.

³⁵⁰ “Competencia”, *El Argentino*, 29/01/1976.

³⁵¹ “Rally Copa del Mundo. Pasará por Saladillo el 11 de mayo”, *El Argentino*, 30/04/1970, y “El Rally Copa del Mundo”, *El Argentino*, 14/05/1970.

distinta a las habituales. Según el libro de actas de la institución, a la hora de evaluar mecanismos para recaudar fondos, los asociados debatieron lo siguiente: “Se trata la realización futura de una carrera de automovilismo, buscando para ellos un asesoramiento completo”.³⁵² Esta vez, la directora no pudo presentar objeciones éticas, pero igualmente la iniciativa nunca llegó a efectivizarse.

Los clubes y el fútbol agrario

En los ejemplos de bailes y reuniones citados poco antes, presenté algunos de los clubes que poblaban la zona rural saladillense. Muchos eran asociaciones civiles nacidas al calor de la importante movilización agraria desarrollada desde los años treinta. No todos esos colectivos sobrevivieron al paso del tiempo, como fueron los casos de la Agrupación Cultural de Agricultores Bernardino Rivadavia, creada por Isidoro Medina en mayo de 1935, o el Club Juventud Agraria Pedro Goyena, impulsado por Joaquín Ripoll en agosto de 1944 (Pereyra, 2015a).

Uno de ellos, el Centro Juvenil Agrario de Capacitación Carlos Calvo de La Barrancosa, fundado el 15 de agosto de 1930, se fue reconvirtiendo con los años en un club social y deportivo, y tuvo una gran incidencia en ese paraje y en el Cuartel IX en general. La sede original del club Carlos Calvo era de chapas, lo que provocó más de una voladura y reconstrucción, hasta que se levantaron nuevas instalaciones y en 1958 fue inaugurado el piso de mosaicos.³⁵³

Desde sus orígenes, este club agrario desarrolló actividades de todo orden, desde las simplemente recreativas, deportivas, o sociales, hasta aquellas vinculadas a

³⁵² *Libro de Actas de la Asociación Cooperadora de la Escuela 40*, p. 10.

³⁵³ “Bodas de Oro del Centro Juvenil Agrario ‘Dr. Carlos Calvo’ de La Barrancosa”, *El Argentino*, 28/08/1980.

cuestiones de asesoramiento y apoyo a los productores, o centro de fomento del cooperativismo y el asociacionismo rural. En septiembre de 1946, por poner un caso, el club organizó una reunión destinada a tocar “temas de índole cultural y técnico de sumo interés para el hombre de campo”. El encuentro preveía varios oradores: Sara Abarca, quien disertaría en nombre de la “mujer campesina”, Agustín Castorina, por la Federación Agraria, un veterinario, un ingeniero agrónomo y un delegado de los clubes agrarios, que dedicaría su discurso a “candentes temas del agro y a la importancia de la asociación campesina”.³⁵⁴

Tal vez la última expresión de una asociación de este tipo se dio a finales de 1976, cuando un grupo de 30 jóvenes vinculados a la producción agropecuaria de todos los cuarteles del partido fundó el Centro de Juventud Agraria de Capacitación Rafael Obligado, creado en las instalaciones de la Cooperativa Agrícola, cuya presidencia se confió a Lorenzo “Lolo” Espíndola, chacarero, militante radical y asiduo publicista de *El Argentino* (véase el capítulo 2, por ejemplo).³⁵⁵ En sus primeros meses de vida, el colectivo logró desarrollar talleres de manualidades y artesanías, así como un curso de mecánica diésel para reparación de tractores, ambas actividades bajo el auspicio de la Federación Agraria.³⁵⁶

Sin dudas, el acontecimiento más importante organizado por el centro en su primer año de existencia fue una conferencia de Humberto Volando, presidente de la FAA, realizada en el Salón de Bomberos, en agosto de 1977. En plena dictadura, más de 300 asistentes oyeron el discurso

³⁵⁴ “Un acto cultural agrario tiene lugar en La Barrancosa”, *El Argentino*, 28/09/1946. Agradezco la localización del artículo a Silvina Krupitzky.

³⁵⁵ “Quedó Constituido en Saladillo un Centro Juvenil Agrario”, *El Argentino*, 23/12/1976.

³⁵⁶ “Se realizaron dos cursos organizados por el Centro Juvenil Agrario ‘Rafael Obligado’”, *El Argentino*, 14/04/1977.

del líder ruralista, quien fustigó al gobierno por un régimen tributario que penalizaba la producción y no la tenencia de la tierra, y criticó la unificación de las tasas crediticias, que eliminaron los préstamos de fomento con tasas pasivas.³⁵⁷

El centro permaneció muy activo al menos hasta 1980. En septiembre de 1978, por ejemplo, festejó el Día del Agricultor con una cena en las instalaciones del Club Huracán y la participación de unos 200 comensales/agricultores. Por supuesto, hubo discursos de dirigentes de la Federación Agraria sobre la situación del agro en aquel momento, pero también una serie de actividades artísticas.³⁵⁸ Fuera de las actividades gremiales y sociales, además publicaba notas de interés sobre sanidad animal, en especial de las epizootias vacunas, como las firmadas por su asesor veterinario, Horacio Morena.³⁵⁹

No muy lejos del Carlos Calvo funcionaba un espacio físico donde convivían un emprendimiento comercial, un centro de reuniones y un club conformado bajo la figura de una asociación civil. Según el momento del día, o la actividad desarrollada, podía ser respectivamente el almacén de Evelia Candia, el salón de fiestas de El Arriero o el club El Arriero.³⁶⁰ La publicación de una noticia acerca de la renovación de autoridades del club, cuyo presidente obviamente era el propio dueño del almacén, permite conocer buena parte del elenco de chacareros que eran clientes de mi padre en la zona. Además, como desarrollaré en el próximo capítulo, el club jugó un papel muy destacado en las

³⁵⁷ "Humberto Volando y la Realidad del Agro", *El Argentino*, 25/08/1977.

³⁵⁸ "Los agricultores festejaron su día", *El Argentino*, 14/07/1978.

³⁵⁹ "La fiebre aftosa como zoonosis", *El Argentino*, 22/02/1979.

³⁶⁰ El almacén de Candia se levantaba al costado de la ruta provincial 51, kilómetro 287.3, sobre la mano derecha en el sentido Saladillo a General Alvear, distante unos 750 metros de la Escuela 40. El edificio fue demolido hace varios años.

gestiones que concluyeron con la instalación de la Escuela 40 en sus cercanías.³⁶¹

En el club El Arriero, se practicaban muchos juegos, pero no había lugar para la principal atracción que podía ofrecer una asociación de este tipo, garantía asimismo de convocatorias seguras: el fútbol, o “fóbal”, como lo llamaban comúnmente las personas de mayor edad. De acuerdo con los registros históricos, en Saladillo el primer partido de fútbol se jugó en la plaza Falucho, el 27 de julio de 1904, entre dos equipos (azules y colorados) de un mismo club. Se trataba del Club Atlético, formado apenas diez días antes de ese encuentro y a su efecto. La iniciativa correspondió a Manuel Ibáñez Frocham, y en la comisión de la entidad se daba cita la flor y nata de la sociedad local, desde hijos de estancieros hasta los notables del pueblo.³⁶²

Al igual que en el resto del país y el mundo, el juego se difundió en los decenios siguientes con un éxito sin parangón con respecto a los otros deportes colectivos o individuales. Alberto Benítez relevó en su cronología las fechas fundacionales de varios de los clubes del interior del partido, así como sus primeros directivos y jugadores, entre ellos: el Club Atlético Pampero, de Polvaredas, fundado el 15 de julio de 1928, bajo la presidencia de Américo Giordano, posteriormente un importante político peronista local; Defensores de Del Carril, creado el 9 de julio de 1941, que jugó su primer partido contra el Club Álvarez de Toledo (que, sin dudas, ya estaba en funcionamiento); o el Club La Unión, que inició sus actividades futbolísticas en febrero de 1960 (Benítez, 2000: *passim*).

³⁶¹ “Club El Arriero”, *El Argentino*, 23/04/1964.

³⁶² “Estampas del pasado local”, *El Argentino*, 07/04/1966. Para un relato más completo sobre este acontecimiento, puede leerse el artículo de Marcelo Pereyra (2017): “El primer partido de fútbol”, en bit.ly/3AvPCp5.

Además de estos clubes con mayor formalidad documental, también existían muchos otros de conformación institucional más sencilla, o directamente nula. En realidad, no eran ningún tipo de asociación, sino, simplemente, cuadros de fútbol. Uno de ellos fue El Tropezón, conformado en el vecindario de la Escuela 15, bajo los auspicios del almacén de Cardillo, que también facilitaba el predio donde se desarrollaban los partidos, un escenario donde –según una décima de mi abuelo– los anfitriones hacían valer su condición de locales (“No saben que el Tropezón / en esta cancha es un lobo”). A esta escuadra le dedicó un poema, que evocaba un encuentro contra el poderoso representativo de La Barrancosa y que había finalizado en un épico empate.³⁶³

Uno de los aspectos que hace atractivo el trabajo de Luis Lambert es su esfuerzo por describir la vida social de su paraje. Vale la pena detenerse en el apartado dedicado al club La Lola, el fútbol y la Liga Agraria. Según cuenta el autor, La Lola tuvo una primera y frustrada fundación en 1927. Sin embargo, en 1940:

[...] un grupo de jóvenes, a los que se unieron enseguida los jugadores de la primera hora, reanudan la práctica permanente del fútbol, compitiendo con equipos de La Margarita, la Rabia, Monteverde, Saladillo Norte y otras zonas, en un terreno ubicado frente al almacén [La Lola] donde está actualmente la sede social, cancha que cambian luego tres veces, pero siempre en el mismo predio.

Unos años más tarde, el 21 de septiembre de 1952 –y siempre bajo el impulso principal de la familia Elordi–, se fundó el Club Social y Deportivo la Lola, con el objetivo de

³⁶³ “Al cuadro de Barrancosa y El Tropezón de Saladillo”, en Quintero, Luis (1973): pp. 56-57. Por los nombres que aparecen citados, como el de los hermanos Papavero, el partido podría haberse disputado a principios de la década de 1950.

“fomentar las relaciones sociales, las actividades deportivas y culturales en esa comunidad rural”. Un hecho extraordinario es que, en la década de 1970, La Lola formó un equipo femenino, en el que descollaba Julia Oyhanart. Ese dato de color citado por este autor puede referenciarse en la realización de un torneo de fútbol femenino llevado a cabo en la Exposición de la Sociedad Rural, en 1974.³⁶⁴

La Liga Deportiva Agraria de Saladillo se fundó el 11 de mayo de 1968, y un mes después dio inicio el primer campeonato organizado por esta entidad (aunque oficialmente se lo denominó “segundo campeonato”). En esa edición inicial, participaron siete equipos (San Benito, La Campana, San Blas, Atucha, La Barrancosa, El Mangrullo y La Unión), pero, a partir de la segunda fecha, se sumó Santa Elina, y así se completaron los ocho clubes que disputaron las catorce fechas del torneo.

Además de las primeras divisiones, también jugaban las reservas de estos equipos, y en julio se formó un combinado al que se denominó “Seleccionado de la Liga Agraria”, que jugó su primer partido contra la reserva de Apeadero como parte de los festejos del aniversario 105.º de Saladillo. En el novel torneo, el campeón fue San Benito, vencedor por 4 a 1 de San Blas, en un partido de desempate, ya que ambos terminaron la fase regular con la misma cantidad de puntos.³⁶⁵

La Liga Agraria, que según Lambert no contaba con otros “antecedentes conocidos en el país según investigaciones de la Federación Agraria Argentina” (Lambert, 1979: 31), tuvo una gran convocatoria y organizó campeonatos

³⁶⁴ “Se inaugurará el domingo próximo la 11ª Exposición de Ganadería, Granja y Exhibición Industrial de la Sociedad Rural”, *El Argentino*, 12/09/1974.

³⁶⁵ “II Campeonato oficial organizado por la Liga Deportiva Agraria”, *El Argentino*, 13/06/1968; “Seleccionado agrario”, *El Argentino*, 18/07/1968; “Auténtico San Benito obtuvo el campeonato agrario de fútbol”, *El Argentino*, 28/11/1968.

regulares muy competitivos, al menos hasta finales de la década de 1980. Además de los equipos ya mencionados, participaron en sus distintas ediciones El Cristo, La Lola, La Mascota, Toledo, Cazón y La Margarita, en una competencia donde jugaban partidos todos contra todos, de ida y vuelta, lo que extendía el torneo a lo largo de casi 20 semanas. Todos eran clubes de localidades o parajes, aunque no todos sus futbolistas vivían en el campo. Por distintos motivos, Defensores de Del Carril y Pampero de Polvaredas, también equipos de la campaña, no participaban de esta liga y jugaban el campeonato con los equipos del pueblo.

Las condiciones para formar parte de los equipos agrarios eran el nacimiento en la jurisdicción del club al que se representaba o una vinculación probada con esa institución, aunque, al momento de fichar, el futbolista viviera en otra zona rural. Además, ninguna formación podía tener más de tres jugadores con residencia en las zonas urbanas establecidas (la ciudad de Saladillo y las localidades de Del Carril y Polvaredas). Sin embargo, a principios de 1973, se flexibilizaron algo las condiciones para incluir futbolistas, al habilitarse la categoría “semi-agrario” y autorizar a los clubes a fichar cuatro integrantes de esta clase, que podían sumarse a los tres “urbanos”. Asimismo, en esa oportunidad la Liga decidió catalogar a Cazón y Toledo como “zona agraria”.³⁶⁶

El éxito del campeonato inicial de la Liga Agraria llevó a la incorporación de Deportivo Cazón y Defensores de El Cristo en 1969, aunque el torneo perdió a La Unión, participante del anterior.³⁶⁷ En 1971, la Liga Agraria recibió un nuevo integrante: el Athletic Agro Club, una nueva entidad que funcionaba en Toledo y tenía su campo de

³⁶⁶ “Liga Deportiva Agraria”, *El Argentino*, 01/02/1973.

³⁶⁷ “Deportivas”, *El Argentino*, 10/04/1969.

juego en la chacra de Puricelli.³⁶⁸ De todas formas, este club se disolvió en febrero de 1973, y fue absorbido como departamento de fútbol del Club Atlético Álvarez de Toledo, que desde entonces mantuvo su participación regular en la asociación.³⁶⁹

El entusiasmo con el fútbol rural saladillense condujo a que, a comienzos de 1972, el Club Social San Enrique solicitara su afiliación a la Liga Agraria, que fue rechazada porque la localidad no pertenecía al partido de Saladillo, restricción impuesta por los estatutos de entonces.³⁷⁰ En cambio, poco después, se aceptó sin observaciones la afiliación de La Lola, que se había retirado de la liga de fútbol de Saladillo en el marco de un serio conflicto interno. Como pasivo, en ese año se produjo la defección definitiva de Defensores de El Cristo.³⁷¹

El éxito de la actividad impulsó la necesidad de mejorar ciertos aspectos de la competencia que en sus inicios no habían recibido demasiada atención, como el estado de los campos de juego, sometidos a medidas de regularización e inspecciones para verificar sus condiciones. Por otra parte, esto estimuló que algunos clubes sin cancha propia se pusieran en campaña para tenerlas y fortalecer la localía. Fue el caso de Defensores de Atucha, la entidad nacida sobre la base aportada por “algunos jóvenes que practicaban regularmente fútbol en las proximidades de la Escuela n.º 24” (Lambert, 1979: 31). Los azulgranas pudieron disponer de un campo de juego propio en abril de 1971, gracias a la cesión de una parcela propiedad de Mario D’Aloia.³⁷²

³⁶⁸ “Deportivas - Liga Deportiva Agraria”, *El Argentino*, 04/02/1971.

³⁶⁹ “Club A. Álvarez de Toledo”, *El Argentino*, 08/03/1973.

³⁷⁰ “Realizó su asamblea la Liga Deportiva Agraria”, *El Argentino*, 03/02/1972.

³⁷¹ “Liga Deportiva Agraria”, *El Argentino*, 08/02/1973.

³⁷² “Inaugura su field Defensores de Atucha”, *El Argentino*, 15/04/1971.

La cara más notoria del suceso del fútbol agrario fue su convocatoria popular. En 1972, cuando la igualdad en puntos al cabo del torneo regular llevó a la necesidad de dirimir el campeón del balompié chacarero mediante un partido de desempate en campo neutral, la prensa informó de la presencia de 4,000 espectadores. En aquella oportunidad, Deportivo Cazón venció a La Barrancosa por tres a uno.³⁷³ Al año siguiente, el último partido del campeonato, entre La Lola y San Blas, fue incluso transmitido por Emisora Cóndor de las Flores. Ese encuentro, jugado bajo la lluvia y con la presencia de más de 2,000 espectadores, culminó con la consagración del recién afiliado equipo de Emiliano Reynoso como campeón.³⁷⁴

Por supuesto, el fútbol rural no fue ajeno a las peripecias hídricas del distrito. En 1975, por ejemplo, luego de anular el campeonato iniciado en el otoño y programar otro torneo especial para octubre en su remplazo, la Liga Agraria debió cancelar todas sus actividades oficiales debido a las inundaciones, ya que, en el momento en que la situación mejoró, los productores rurales estaban abocados a las tareas agrícolas, en pos de salvar un año particularmente difícil. La única solución fue la realización de un gran campeonato nocturno en enero de 1976, donde además participarían los equipos de la Liga Deportiva local.³⁷⁵

Las complicaciones meteorológicas llevaron también a que, en 1977, el torneo de fútbol agrario se realizara en una sola rueda. La tardanza en comenzar se vio agravada por la temprana llegada del calor. Finalmente, la Liga Agraria decidió cancelar la actividad oficial en noviembre. Según comunicó la institución, junto con la canícula, debían comenzar las tareas de recolección de la cosecha

³⁷³ "Fútbol Agrario", *El Argentino*, 26/10/1972.

³⁷⁴ "Deportivas. Fútbol Agrario", *El Argentino*, 19/10/1973 y 01/11/1973.

³⁷⁵ "Deportivas. Deporte Agrario", *El Argentino*, 06/11/1975.

fina, otro hecho que conspiraba contra el normal desarrollo del torneo. Por otra parte, la solución pensada para evitar nuevas complicaciones fue la de alentar la instalación de iluminación de algunas canchas para disputar partidos nocturnos.³⁷⁶

La situación fue todavía más difícil en 1980, cuando las grandes inundaciones redujeron el número de participantes a ocho equipos. Además, se disputaban jornadas dobles en los estadios de los cuarteles menos afectados por los anegamientos. Aun así, en septiembre debieron programarse todos los encuentros en una sola cancha, la de La Lola en Emiliano Reynoso.³⁷⁷

Las escuelas rurales de Saladillo: vida y nervio de las comunidades

Todo ese variado cosmos de recreación abordado en el apartado anterior demuestra que, aunque áspera en términos materiales, la vida rural hasta 1980 era bastante animada en su faceta social. Como también mostré, gran parte de esas actividades de esparcimiento se organizaron en torno a las escuelas rurales, que, por su importancia y significado, merecen ser consideradas con detenimiento.

Cuando la ciudad de Saladillo cumplió 100 años, la Comisión de Festejos encargó a Carolina Buren la tarea de hacer un recorrido histórico del sistema educativo del distrito. Dentro de esa investigación, pueden encontrarse detalles de la evolución de la instrucción básica en el ámbito rural del partido. Según esta autora, ya en 1872 funcionaban algunos colegios en la zona de chacras y en unas pocas estancias. Sea en La Barrancosa o en La Razón, es

³⁷⁶ "Deporte Agrario", *El Argentino*, 09/06/1977, y "Deporte Agrario", *El Argentino*, 24/11/1977.

³⁷⁷ "Deportivas. Fútbol Agrario", *El Argentino*, 10/07/1980 y 12/09/1980.

factible rastrear la continuidad de la presencia institucional escolar, que conoció una permanente ampliación de la oferta, en especial en el período 1920-1930, cuando los establecimientos ubicados en el campo pasaron de catorce a veintidós. Ese número se mantuvo hasta la década de 1940, cuando se produjo otro impulso en la creación de escuelas rurales, para llegar a las 34 operativas en 1963, momento en que Buren efectuó su trabajo. A ellas debía sumarse la Escuela 186, creada en el marco de la Ley Láinez de 1905 y, por lo tanto, bajo jurisdicción nacional hasta su provincialización en 1968 (Volonté, 1964: 78-81).

Asimismo, hay constancias de emprendimientos privados de enseñanza en la zona rural desde 1871 y, como destaca esta autora, era sabida la existencia de maestros que daban clases en los grandes latifundios entonces existentes (Volonté, 1964: 85). Esta situación era común en todo el territorio nacional y constituía un motivo recurrente de queja de los funcionarios del Ministerio de Educación, especialmente porque muchos de los docentes *ad hoc* eran extranjeros, y muchas veces también ellos eran trabajadores de las estancias. Sin ir más lejos, fue la realidad en la que se encontró mi propio abuelo, sin paso a lo largo de su vida por colegio alguno, al haberse convertido, con solamente siete años, en uno de los once huérfanos que un padre recolector de maíz dejó a su viuda en 1912. Como él escribió en su poema “Así soy de criollazo”: “Escuela no conocí / ni tampoco tuve infancia / mi escuela fue alguna estancia / donde a vivir aprendí” (Quintero, 1973: 9).

Más allá de toda anécdota, la evolución del sistema escolar saladillense resulta avalada por los datos de los distintos relevamientos escolares oficiales llevados a cabo en la primera mitad del siglo 20, que exhiben un crecimiento permanente –aunque lento, es cierto– para el sector

primario y un registro mínimo para la educación media y superior. Así, es posible aislar algunos indicadores interesantes del censo nacional educativo de 1909. En ese año, de 3,932 niños de Saladillo en edad escolar (menores de 14 años), solamente asistían a las veinte escuelas del partido el 36.8 %. Además de ello, de los 1,926 escolares registrados, 467 había aprendido a leer en sus domicilios, algo que incluía a los establecimientos donde trabajaban sus padres, lo que respalda la afirmación de una enseñanza básica impartida en las estancias.

En el censo provincial de 1931, se registraron 4,075 menores de 14 años, de los cuales 2,105 concurrían a los colegios primarios (casi un 52 %), pero también se contabilizaron 1,901 analfabetos de entre 7 y 14 años. La gran mayoría de esa joven población vivía en la zona rural (3,276 niños). Además, dentro del universo considerado alfabetizado, el 86 % de los casos solamente había asistido hasta el viejo tercer grado del ciclo primario (de 2,343 casos relevados, 2,021 declaraban haber llegado a ese nivel), y apenas el 13.74 % había culminado el antiguo sexto grado, punto de llegada de la educación primaria. Otro dato destacado de esa información era que 1,733 de los menores censados trabajaban y que, de ellos, 1,624 lo hacían en sus casas o con sus grupos familiares.

En 1943 se realizó el cuarto censo nacional escolar. Esta encuesta contenía además una gran cantidad de información adicional, como datos acerca del hábitat de la niñez, los motivos de la deserción y la educación de los padres, al mismo tiempo que extendió los cuestionarios hasta las personas de 22 años, lo que amplió la muestra de Saladillo a 17,856 casos. En aquel año, 2,394 niños de hasta 13 años concurrían a la escuela, pero 1,278 personas de ese universo nunca habían ido al colegio, y 692 habían asistido, pero ya no iban. Del grupo de entre 14 y 21 años, el

81 % había concurrido, pero sin finalizar el ciclo primario completo. Un aspecto significativo era que se consultaban los motivos del abandono de la escolaridad primaria. De ahí surgía que 1,122 personas solo habían llegado a tercer grado, y que 503 abandonaron la escuela para ir a trabajar, 285, por falta de oferta de grado en el lugar donde vivían, 444, por “negligencia”, 263, por la distancia a los establecimientos, y 57, por pobreza. Asimismo, se detectaron 271 analfabetos de 14 a 21 años (177 varones y 94 mujeres), pero los padres y madres de todos los entrevistados que no sabían ni leer ni escribir alcanzaban un 18 %.

Ese mismo porcentaje ya había sido consignado por el censo agropecuario de 1937, al preguntar por el nivel de instrucción de los emprendedores rurales saladillenses, cuando se informó como analfabetos a 338 de los 1,866 productores. Borracer sostiene que todavía en 1960, y según el censo de ese año, vivían en el campo saladillense 2,085 personas analfabetas, es decir, un 17.7 % de la población rural del partido (Borracer, 1984: 85); pero esa cantidad parece excesiva si se tiene en cuenta una investigación hecha poco más tarde, los días 8 y 9 de noviembre de 1965, cuando se realizó en el territorio provincial un “relevamiento general de analfabetos” y se pudo conocer que, en el partido de Saladillo, había 1,080 personas que no sabían leer ni escribir, aunque apenas 43 eran menores de 20 años y 646 de ellas habitaban en la campaña.³⁷⁸

De todas maneras, más allá de la lentitud con que bajaba, ese índice ignominioso continuó su curva descendente en los años siguientes. Para 1980, la situación bonaerense en materia de educación rural era la mejor a nivel nacional, con un índice de analfabetismo del 6.8 % (era del 9.5 % en 1960), muy por debajo del 14.8 % indicado por el

³⁷⁸ *El Argentino*, 25/11/1965.

censo de 1980 como tasa nacional de analfabetismo rural (Rodríguez Sánchez, 1987: 77).

La permanencia de malos indicadores de nivel educativo en la zona rural tenía sus múltiples explicaciones. Allí estaban esas escuelas que no podían ofrecer clases desde cuarto a sexto grado, y era el sitio donde el trayecto que separaba la residencia familiar del colegio sumaba una dificultad anexa. En efecto, un hecho que impresionó a Carl Taylor fue la distancia entre las casas y las escuelas en aquellos pueblos o pequeñas ciudades que visitó. De acuerdo con sus cálculos, casi un 53 % de las viviendas de chacareros distaba a más de tres millas (5 kilómetros) de la escuela más cercana, y el 31.6 %, a más de 9 millas (14.5 kilómetros) de los centros comerciales (Taylor, 1948: 218-219). Ese dato fue acopiado también por el censo agropecuario de 1937, bajo una planilla especial denominada "Ubicación de las explotaciones con relación a la escuela pública". Para Saladillo, la relación de cercanía era algo mejor, ya que un 52 % de las unidades productivas estaban a menos de 5 kilómetros de una escuela estatal, pero también hay que decir que más de un cuarto de las explotaciones tenía su colegio a más de 5 kilómetros de recorrido, y, en un 16 % de las fichas, los censistas no pudieron determinar cuán lejos quedaba la escuela más cercana de la chacra donde realizaron su encuesta.

La distancia entre las chacras y las escuelas era un problema importante, pero más relevante aún resultaba el abismo entre las posibilidades de educación y acceso a otros bienes de desarrollo humano entre la población de las ciudades y la campaña. Una de las observaciones más agudas de Taylor es la siguiente: "El aislamiento cultural de las clases medias y bajas de la agricultura argentina es mucho más grande que su aislamiento físico" (Taylor, 1948: 431). Para la época de la observación del estadounidense,

esto tenía una muestra determinante en la limitadísima propuesta de los colegios del campo para con sus estudiantes, al punto que, en 1948, un estudio oficial informaba que apenas el 9 % de las 10,335 escuelas rurales argentinas ofrecían los siete años de educación primaria.³⁷⁹

Este dato contundente explicaba la función original asignada a los establecimientos educativos radicados en las zonas rurales: la alfabetización básica. La lucha contra el analfabetismo se intensificó con la aplicación de la Ley n.º 4,874, sancionada en 1905 y conocida por el nombre de su impulsor –el senador Manuel Laínez–, que difundió la instalación de escuelas primarias de jurisdicción nacional en las áreas más postergadas del país, como complemento de la Ley n.º 1,420, cuyo alcance se restringía a la Ciudad de Buenos Aires y los territorios nacionales.

Este esfuerzo, y el realizado por la Provincia de Buenos Aires, logró mejorar de forma notable las cifras de niños con escolarización mínima, pero gran parte de esa población apenas recibió unos conocimientos esenciales, y solamente a partir de la década de 1950 la mayoría de las escuelas rurales bonaerenses pudo completar la oferta educativa de siete grados, algo que las ponía en un relativo pie de igualdad con los establecimientos urbanos.

De hecho, la escuela rural fue el tema de las jornadas pedagógicas panamericanas de 1960, desarrolladas en el Instituto Bernasconi de la Capital Federal, en la primavera de ese año, bajo el auspicio del Ministerio de Educación de la nación, y con la participación de representantes de gran parte de Latinoamérica, docentes de casi todas las provincias argentinas, y delegaciones de la Federación Agraria, el Ministerio de Agricultura y el INTA. Las propias autoridades partían del supuesto del atraso de la educación de

³⁷⁹ *El Monitor de la Educación Común*, Año LXX, n.º 933-934-935, septiembre, octubre y noviembre de 1960, p. 114.

campana, a punto tal que la calificaban como anclada en el tiempo, con una acción casi inmutable desde 1884, “sin entrar en el ritmo de vida de la hora presente”.³⁸⁰

La gran cantidad de exposiciones y trabajos presentados insistían en la escasa calidad de la educación ofrecida por la mayoría de las escuelas rurales, debida a las malas condiciones edilicias, la falta de formación específica de sus docentes, las dificultades representadas por las distancias y los caminos, la carencia de recursos pedagógicos y didácticos, la inexistencia de una dependencia específica del Consejo de Educación que atendiera las cuestiones propias de estos colegios, o la imposibilidad de cumplir con los objetivos de los programas de cada ciclo de enseñanza en aquellos casos en que un único maestro debía dar las clases.

Además de esto, la homogenización nacional de programas y contenidos, confeccionados sobre la base de modelos, necesidades, consumos y estilos de vida eminentemente urbanos –ampliados por la difusión masiva de bienes de confort desde finales de los años cuarenta–, contribuyó a un progresivo divorcio entre las escuelas rurales y sus comunidades. Según decía una de las ponentes del congreso:

El fracaso de nuestra escuela rural incide en su desentendimiento con el ambiente. Siempre es la misma escuela urbana, transplantada con maestra y todo al campo, sin más semejanza con el medio rural que la miseria de sus materiales y útiles de trabajo.³⁸¹

Casi todas las personas participantes de las jornadas reclamaban la adopción de cambios y solicitaban esfuerzos que permitieran a las escuelas de campaña dejar de ser

³⁸⁰ *El Monitor de la Educación Común*, ejemplar citado, p. 4.

³⁸¹ *Ídem*, p. 42.

colegios de segunda categoría, pero hubo también algunas posturas que consideraban normal y apropiado ese estatus marginal. Uno de ellos fue Luis María Monferrer, quien, en su colaboración (por llamarla de algún modo), sostenía que el objetivo de la educación en el campo debía ser “la formación de niños argentinos con la mínima capacitación”. Sus contenidos tenían que instruir a la descendencia de chacareros y campesinos en “el amor al trabajo, a la familia y a la Patria”: “[...] el hijo de un agricultor no puede convertirse en médico o abogado. Este hecho puede sólo producirse excepcionalmente, en razón de las inteligencias superdotadas.”³⁸²

Más allá de estas consideraciones, en lo relativo a la matrícula primaria de Saladillo, a principios de la década de 1960 todavía concurrían más estudiantes a las escuelas rurales que a las urbanas. De acuerdo con las cifras recabadas por Carolina Buren, en 1963 había en el sector público 1,550 escolares en la ciudad y 1,807 en la campaña, a quienes debían sumarse respectivamente 230 del colegio confesional local y 39 de un establecimiento rural (Volonté, 1964: 86); pero esa situación cambió en unos pocos años, cuando el despoblamiento del campo y el estancamiento demográfico general del distrito comenzaron a mostrar sus efectos.

Así puede verse en dos fotos ofrecidas por Luis Borracer. La primera corresponde a 1968, cuando, según sus investigaciones, concurrían a las escuelas primarias de gestión oficial 3,371 estudiantes. Aunque el número total era casi igual al de 1963, en apenas un lustro los establecimientos rurales habían perdido un 32 % del alumnado, ya que registraban 1,056 escolares. La segunda instantánea, de 1975, capturó uno de los peores momentos del

³⁸² *Ídem*, pp. 174-175.

descenso de la matrícula del municipio, debido a la retracción demográfica: la inscripción total había caído a 2,184 alumnos, con una pérdida superior al 54 % en apenas siete años. En cambio, en este lapso temporal, la zona rural retrocedió un 14 %, con una presencia de 926 estudiantes. De todas formas, esto significaba que, en las escuelas de campo, quedaba la mitad de la población escolar de 1963. Solamente los colegios de gestión privada escapaban al vaciamiento de las aulas, al pasar de 343 estudiantes en 1968 a 443 en 1975 (Borracer, 1984: 75-78).

Por otra parte, uno de los temas abordados de manera más recurrente en las jornadas pedagógicas de 1960 fue la imposibilidad de las escuelas rurales de ofrecer la continuación de estudios formales a sus comunidades una vez terminado el ciclo primario. Por desgracia, esta limitación no pudo ser resuelta en lo inmediato y se convirtió en una de las grandes debilidades del sector. No obstante, en el tiempo en que se realizó ese congreso, este no era un problema exclusivo del campo, ya que, en el Saladillo de esa década –y a pesar del alto índice de escolarización primaria–, el acceso, la permanencia y el egreso en la educación secundaria todavía seguía siendo muy restringido, tanto por motivos sociales y económicos, como de género.

El primer gran inconveniente para la expansión de la educación media en el distrito fueron las dificultades para lograr el funcionamiento regular de un colegio público secundario, que no pudo estabilizarse hasta la década de 1940. Esas vicisitudes se reflejaron en el censo de 1943, donde se informó que apenas 142 estudiantes locales, de entre 14 y 21 años, habían pasado por el nivel medio (un misérrimo 3.8 % de la matrícula primaria), mientras que nada más que 92 concurrían en ese año. Por supuesto, en cuanto a los estudios universitarios, sobaban los dedos de

la mano, ya que se contaron apenas nueve universitarios saladillenses, entre ellos, ocho varones y una sola mujer.

Pero, veinte años más tarde, la situación no era tanto mejor. Para poner unos pocos ejemplos, puedo decir que, en el año académico de 1961, el Colegio Nacional apenas produjo dieciocho egresados, y, entre ellos, solo había una única mujer.³⁸³ Al año siguiente, la ceremonia de graduación involucró a trece estudiantes, aunque pudieron contarse dos mujeres.³⁸⁴ Al finalizar el ciclo lectivo de 1963, el Nacional produjo diez bachilleres (que se dividían en mitades iguales entre varones y mujeres), pero ese año también egresó la primera cohorte de peritos mercantiles, compuesta por nueve estudiantes (siete varones y dos mujeres). En cambio, durante todo ese decenio, fue numerosa la promoción de maestras normales salidas del Instituto Niño Jesús, con una cifra constante cercana a las cuarenta egresadas.³⁸⁵

Recién en 1966 pudo superarse la barrera de las 30 graduaciones, pero aún en esa fecha la cantidad de mujeres recibidas seguía siendo exigua.³⁸⁶ Todavía en 1968 el número de egresados del Colegio Nacional era bajo: veinte bachilleres y once peritos mercantiles, y, de estos últimos, únicamente dos eran mujeres.³⁸⁷ Solamente a principios de la década siguiente, el nivel de egreso comenzó a incrementarse de modo regular: en 1971 egresaron del Nacional veinte bachilleres y dieciséis peritos mercantiles, en tanto

³⁸³ "18 nuevos bachilleres egresan del Colegio Nacional", *El Argentino*, 07/12/1961.

³⁸⁴ *El Argentino*, 06/12/1962.

³⁸⁵ *El Argentino*, 12/12/1963. En esa ocasión, las graduadas fueron 39, pero en otros años llegaron hasta 42.

³⁸⁶ *El Argentino*, 22/12/1966.

³⁸⁷ "Veinte bachilleres y once peritos mercantiles egresan del Colegio Nacional 'Manuel Pardo'", *El Argentino*, 12/12/1968.

se produjo la colación de la primera cohorte de técnicos electromecánicos, que eran ocho estudiantes.³⁸⁸

Este incremento de la graduación media, que acompañaba las cifras nacionales aportadas por las estadísticas de Ministerio de Educación (una suba de casi el 17 % para el quinquenio 1967-1971, y un crecimiento del estudiantado universitario de un 21 % en ese mismo lustro),³⁸⁹ siguió en el decenio su curso ascendente en Saladillo, con un número cada vez mayor de egresados del Colegio Nacional, a quienes se sumaban el grupo de técnicos de la Escuela Industrial. Como puede seguirse en este recorrido, e incluso contando a las alumnas del magisterio, que carecieron de oferta en el sector estatal local hasta inicios de la década de 1970, la gran mayoría de los adolescentes –habitaran en el pueblo o en el campo– estuvo mucho tiempo marginada de la escuela secundaria.

Pero tampoco fue sencilla la tarea de ampliar la cantidad de establecimientos rurales de nivel primario, ni puede emitirse un juicio solamente por la cantidad de locales. En el detrás de la escena de esos momentos ya señalados en que creció el número de escuelas, además de la voluntad de la administración pública, siempre estuvo la presión de la comunidad, que fatigó todas las instancias burocráticas hasta conseguir su objetivo. Algunos casos han sido nombrados al paso, en el marco de exposiciones de biografías de personajes locales que comprometieron sus esfuerzos para hacer realidad la apertura de la escuelita del paraje, como fue el caso de Isidoro Medina.

Justamente este representante agrario tuvo mucho que ver en la radicación de la única escuela Laínez del

³⁸⁸ “Veinte Bachilleres y Dieciséis Peritos Mercantiles Egresaron del Colegio Nacional ‘Manuel Pardo’ y ‘Ocho Técnicos Electromecánicos Egresan de la Escuela Industrial’”, *El Argentino*, 16/12/1971.

³⁸⁹ “Aumentó la población estudiantil en 1971”, *El Argentino*, 27/01/1972.

partido, la entonces numerada como 186 (actualmente, es la Escuela 43, situada en La Campana), donde atendió un verdadero anhelo de educación, ya que el ciclo lectivo inicial contó con 68 estudiantes y, sin embargo, según la prensa local, había al menos 100 niños que aspiraban a ingresar, lo que motivó a los vecinos a escribir al Consejo Nacional de Educación para pedir la designación de al menos otra maestra, a fin de colaborar con la primera docente designada para atender el establecimiento.³⁹⁰ En 1936 la escuela tenía 90 alumnos, pero en 1963 la matrícula había descendido a 53 estudiantes (Volonté, 1964: 78).

La historia de la Escuela 27, en el paraje San Blas, no resulta muy distinta. Según una reseña hecha con motivo de su 75.º aniversario, en 1942 Francisco Bagnato prestó un salón donde se dictarían las clases a las que concurrirían 98 estudiantes. Un año después, con la designación de la primera maestra, se consiguió la oficialización. Pero el local donde funcionaba el colegio no soportó un fuerte temporal, y la docente con sus escolares debieron reasentarse en el almacén de Ángel Urbano, donde estuvieron hasta que, producto de los petitorios del vecindario para conseguir una sede definitiva, el gobierno provincial pudo construir el edificio de material que aún se conserva, junto a la ruta nacional 205, en un solar de una hectárea que habían donado los hermanos Bagnato en 1943.³⁹¹

Del mismo modo, el surgimiento de la Escuela 10 de La Margarita, en 1908, se debió a una donación de Cecilia Eusebia y María Teresa Risso,³⁹² y la Escuela 15, fundada en 1921, también se instaló sobre una cesión, en este caso el de la Sra. Emilia Soria de García. Cincuenta años después,

³⁹⁰ *Agriconda*, año 2, n.º 15, 30/04/1936.

³⁹¹ "El aniversario 75 de la Escuela 27. Historia", en *La Síntesis*, 14/10/2020. Disponible en bit.ly/3ltDKQb.

³⁹² "La fiesta del reencuentro en la Escuela Nro. 10", *El Argentino*, 16/12/1976.

la misma familia concedió asimismo el predio donde se levantó un renovado salón de fiestas.³⁹³ También la Escuela 11 recibió en su totalidad los terrenos, las mejoras y las construcciones que durante muchos años ocupó el club El Cañuelero, gracias a la donación efectuada por los hermanos Lili, depositarios legales de la disuelta asociación.³⁹⁴

Del mismo modo, muchos clientes de mi padre tenían compromisos fuertes con las comunidades escolares de sus vecindarios. En el próximo capítulo, me ocuparé con detalle de la Escuela 40 de La Barrancosa, pero algunos de sus chacareros de La Mascota integraban la Comisión Cooperadora de la Escuela 31, como los hermanos Pérez y Ventura Moreno, el suegro de ambos, los hermanos Recalde y Juan Baiocco.³⁹⁵

También varios clientes de La Razón hacían lo suyo con la Escuela 15. Incluso cuando este colegio inauguró su nuevo salón de actos en el invierno de 1971, algo que no hubiera sido posible sin las donaciones y el apoyo de la comunidad, muchos de los contribuyentes que aparecieron en un listado de agradecimiento no regatearon en aportar dinero, lechones, corderos, cajones de vino o gallinas, aunque varios de ellos enviaban a su descendencia a las Escuelas 40 y 31. En esa oportunidad –y de forma casi simbólica–, también efectuaron donaciones instituciones como la Cooperativa Agrícola, que hizo la modesta contribución de una damajuana de vino. Además, no faltó quien enviara como presente una botella de coñac y otra de Hesperidina.³⁹⁶

Según se aprecia en estos y otros ejemplos, para satisfacer sus necesidades la comunidad debía anteponerse al

³⁹³ “Cumple sus Bodas de Oro la Escuela Nro. 15”, *El Argentino*, 28/10/1971.

³⁹⁴ “Donación”, *El Argentino*, 05/11/1970.

³⁹⁵ “Comisión Cooperadora de la Escuela n.º 31”, *El Argentino*, 13/06/1974.

³⁹⁶ “Donaciones”, *El Argentino*, 15/07/1971.

Estado, a fin de forzarlo a convalidar los hechos. Las escuelas rurales podían ser creadas y hasta las autoridades se permitían dotarlas con una planta orgánica mínima, pero la materialización del deseo solo llegaba cuando se lograba el edificio, y esta tarea, la mayor parte de las veces, era producto del aporte de los chacareros de la zona. Ello se constata asimismo en el caso de la Escuela 34 (situada entre La Barrancosa y José María Micheo), que debió su radicación a las donaciones de particulares.³⁹⁷ Más allá de la voluntad puesta por el vecindario, la sede escolar no pasaba de ser una escuela rancho, y su déficit edilicio fue motivo de gestiones oficiales desde principios de la década de 1970. Si bien en 1975 se la incluyó en un plan de obras de emergencia,³⁹⁸ solamente el 30 de noviembre de 1979 pudo inaugurarse el edificio definitivo de material.³⁹⁹

Aunque precario durante muchos años, la Escuela 34 tenía un inmueble. Por el contrario, muchos colegios no disponían de instalaciones propias, y a veces padecían las vicisitudes y vaivenes de las propiedades donde funcionaban, además de la recurrente falta de recursos de la Dirección General de Escuelas provincial. Una muestra clara pudo verse a principios de 1962, cuando el comisionado escolar del municipio, Lorenzo Aparicio, se dirigió al Ministerio de Obras y Servicios Públicos nacional “solicitando un tranvía en desuso” para que pudiera funcionar la Escuela n.º 36 del distrito. El funcionario explicaba que la escuela se hallaba en el paraje La María Antonieta, en Álvarez de Toledo, y a unos 30 kilómetros de Saladillo, pero la situación era grave:

³⁹⁷ “Colaboración del vecindario para construir una escuela”, *El Argentino*, 09/07/1959.

³⁹⁸ “Una nueva sesión realizó el Concejo Deliberante de Saladillo”, *El Argentino*, 30/07/1975.

³⁹⁹ “Se inauguró el nuevo edificio de la Escuela n.º 34”, *El Argentino*, 06/12/1979.

[Va a] ser desalojada del galpón que ocupa y que es cedido por el propietario de la tierra, Sr. Mateo Defelippis. Y digo galpón, cuando en verdad es sólo medio galpón de barro, piso de tierra, con una puertita y dos ventanucos, donde funciona esta escuela del Estado Argentino.

La nota continuaba describiendo una situación de aislamiento y miseria propia del siglo 19, ya que el medio tinglado restante estaba ocupado como depósito de granos. Aparicio elogiaba de todos modos al dueño del lugar, ya que lo había ofrecido generosamente, pero comentaba la necesidad del dueño de recuperarlo para guardar cereales y herramientas. La nota del comisionado continuaba así:

Hace dos años y medio que lo tiene prestado en estas condiciones. Para reemplazar al derruido e inhabitable galpón, el señor Defelippis ha donado a la Dirección de Escuelas una esquina de lo más alto de su campo, 50 x 50 metros, para que allí se instale la nueva escuela. Solo hace falta hacerla.

La misiva cerraba indicando que asistían a ese colegio 18 estudiantes, “hijos de chacareros afincados en la zona.”⁴⁰⁰

Otras historias recompensaron la tenacidad vecinal con un final feliz. Fue la situación de la Escuela 23, situada en San Benito. La construcción de un edificio nuevo, de material y con mayor comodidad, motorizó una pertinaz acción de su Asociación Cooperadora durante 1962. El punto culminante fue una gran celebración para festejar el feriado del 12 de octubre. En esa ocasión, los cooperadores organizaron un amplio programa de festejos, destinados a juntar fondos para la biblioteca del colegio. La diversión incluía, en primer término, “números de arte folklórico”. Después del almuerzo, se anunciaban carreras de sortijas

⁴⁰⁰ *El Argentino*, 15/04/1963.

y cuadreras, carreras de bicicletas, “y un partido de fútbol entre el cuadro local y Carlos Calvo de La Barrancosa, disputando una copa donada por el presidente del Club, Sr. Mariano Bruno”. La competencia hípica incluía un premio de \$60,000. Como atractivo adicional, el anuncio se cerraba de esta forma: “Habrá parrillada desde la mañana para comodidad del público”.⁴⁰¹

El nuevo local se inauguró el 17 de agosto de 1963. La asociación comunitaria agradeció luego “la brillante cooperación del vecindario y público en general, y del cura párroco”. También se destacaba el gesto de la señora Ilda Gallo, quien “donó a la Cooperadora el sol de noche que le correspondiera en la rifa”. Según puede verse, en una empresa de este tipo, contaban hasta los gestos más sencillos.⁴⁰²

Igualmente, la presencia del esfuerzo privado y comunitario en la construcción de edificios escolares no fue solamente una cuestión de las escuelas rurales. El nuevo establecimiento del Colegio Nacional (inaugurado en 1977) fue costeado principalmente por la comunidad local, que aportó el 85 % de los recursos necesarios para levantarlos. En 1969, cuando se iniciaron los trabajos, se calculó que la sede costaría \$120,000,000, de los que el Ministerio de Educación contribuiría apenas con \$18,000,000.⁴⁰³ Aunque es cierto que las autoridades municipales lograron subsidios estatales para aliviar los pagos, el edificio no se hubiera culminado sin el aporte extraordinario de su cooperadora y el vecindario.

En su carácter de centro referencial de las comunidades del campo, las escuelas sirvieron asimismo para la

⁴⁰¹ *El Argentino*, 27/09/1962.

⁴⁰² *El Argentino*, 29/08/1963.

⁴⁰³ “El edificio del Colegio Nacional ‘Manuel Pardo’ de Saladillo”, *El Argentino*, 13/11/1969.

divulgación de cuestiones relacionadas con la vida económica y social chacarera. Bien decía *El Argentino* al sostener que “la escuela rural no sólo puede educar a los niños, sino también orientar y enseñar a los mayores”. Esta reflexión era el corolario de una nota que daba cuenta de una reunión desarrollada en la Escuela 20, el sábado 7 de septiembre de 1968, donde la Cooperadora escolar, padres y madres de estudiantes y vecinos participaron de una serie de charlas guiadas por profesionales sobre los temas más diversos: las enfermedades de los animales, el cuidado de los perros de la chacra, la apicultura, la polinización de frutales, etc.⁴⁰⁴ Ese mismo día, pero en la Escuela 19 de La Razón, se festejó el día del productor agrario, en este caso con una exposición de un técnico del INTA acerca del control de malezas.⁴⁰⁵

De todas formas, el edificio en sí mismo no constituye una escuela. Es imposible pensar la educación sin su comunidad, el estudiantado y el o la docente. Tanto en las mencionadas jornadas de 1960, como en un trabajo de la Dirección General de Escuelas de 1984, uno de los problemas más citados era la escasa preparación y experiencia de la mayoría de los maestros rurales.

En un sentido lógico, la asignación de un puesto en una escuela del campo era comúnmente el primer paso de una carrera profesional, y la mayoría de las personas del magisterio que llegaban a esos colegios alejados y muchas veces marginales deseaban transitarlo de la manera más veloz posible. Este problema de la docencia rural fue objeto de un proyecto de ley de Fernando Volonté y otros dos diputados radicales en la legislatura bonaerense, por el que se pretendía aumentar el cómputo por antigüedad en un

⁴⁰⁴ “Reunión en la Escuela n.º 20”, *El Argentino*, 12/09/1968.

⁴⁰⁵ “En la Escuela n.º 19 de La Razón se celebró el Día del Productor Agrario”, *El Argentino*, 19/09/1968.

50 % para quienes ejercieran en ese ámbito, como una forma de estímulo para mantener las plantas docentes en el campo.⁴⁰⁶

Aunque en 1978 se creó la carrera de Asistente Rural, con dictado en los institutos de formación docente de la provincia, con el objeto de “establecer un nexo entre la Escuela Rural y la Comunidad”, esta titulación no logró despertar entusiasmo ni, mucho menos, colmar las necesidades profesionales de los docentes de campaña.⁴⁰⁷ La cuestión no tuvo solución en el mediano plazo, y en el próximo capítulo podrá notarse cómo desfilaban docentes y directivas por la Escuela 40, donde permanecían por períodos fugaces.

Pero no todos los maestros rurales se desempeñaron en forma tan efímera. Otros mostraron que la tarea emprendida era el producto de la convicción y la vocación, y lograron enraizarse con las comunidades donde sirvieron. Sin dudas, podrán citarse varios casos, pero tal vez el de Jorge Novella es el más reconocido, a punto tal de ser retratado en un libro, al tiempo que Marcelo Pereyra escribió un artículo donde hace una distinguida semblanza sobre su vida personal y laboral. Allí puede leerse que su abuelo fue arrendatario en Tres Bonetes, para luego convertirse en propietario, y que su propia madre también ejerció como maestra rural (Pereyra, 2018e). Su huella resultó tan profunda que, al momento de jubilarse, en mayo de 1994, recibió un homenaje de los vecinos de La Razón, La Mascota y Los Gatos (partido de Alvear), tres de las localidades donde fue docente (Benítez, 2000: 155).

⁴⁰⁶ “Solicítanse mejoras para el magisterio rural a través de una ley”, *El Argentino*, 06/09/1973.

⁴⁰⁷ “Instituto Superior de Formación Docente de Saladillo. Carrera de Asistente Rural”, *El Argentino*, 04/05/1978.

Asimismo, en el texto de Mario Bianchini, puede comprenderse hasta dónde podía ampliarse el papel de un maestro rural. Según este autor, una de las tareas cotidianas de Novella era llevar el pan a su escuela, así como proveer a los padres y madres de sus estudiantes bienes, repuestos o insumos que debían ser conseguidos en Saladillo (conocidos como “encargos”). También recogía a algunos escolares, cuyos padres los acercaban en *sulky* al camino por donde pasaba. Como queda dicho, al tiempo que trabajaba de docente, era comisionista, chofer, representante, vocero, etc. Un cúmulo de responsabilidades que solo podía descansar sobre la base de una actitud y una aptitud férreas (Bianchini, 1994: 8-12).

El edificio, el personal docente, los escolares, la cooperadora, las celebraciones patrias, los encuentros sociales, los bailes, el centro de reunión, etc. No hay dudas de que las escuelas rurales constituyeron el alma de la vida de los parajes, e historias como las reseñadas podrían multiplicarse en cada cuartel. En esta investigación, el interés, el recorte geográfico escogido y los actores involucrados me llevan a bajar la lupa sobre un caso concreto: el de la Escuela 40. La intención de poner en movimiento el juego de variables que han ocupado los apartados de este capítulo será entonces el objetivo de la próxima sección.

La Escuela 40: sueño, realidad y agonía de una comunidad

Pocos argumentos pueden movilizar a una comunidad o a un vecindario con la fuerza de la educación. Valor instalado, desarrollado y jerarquizado como pocos por la sociedad burguesa surgida en el siglo 19, en la centuria siguiente se convirtió en una de las demandas sociales más significativas.

En este caso, el impulso del mundo chacarero que analizo en particular tiene una serie de ventajas adicionales para ser revisado, y por eso le dedico una sección especial. En primer lugar, su principal desarrollo transcurre dentro de las coordenadas temporales del trabajo; en segundo término, las personas que se pusieron al frente de esta singular batalla formaban parte del “reparto” de mi padre, es decir que me refiero a un grupo de mujeres y varones a quienes conocí personalmente; en tercer lugar, pude disponer de una gran cantidad de archivos, documentos y fotografías para poder seguir la evolución de la cuestión, en especial los libros de actas de la Asociación Cooperadora y del Club de Madres y el Registro de Matrícula Escolar; en cuarto orden –y gracias a lo anterior–, ese amplio conjunto de fuentes me permite utilizar herramientas de análisis microhistórico; finalmente, se ajusta en buena forma a la hipótesis central de la investigación.

A la vez, la historia de la Escuela 40 revisada en este capítulo puede dividirse, en mi opinión, en dos tramos

perfectamente distinguibles: el primer período está comprendido entre los inicios del decenio de 1960 y se extiende hasta finales de 1972; el segundo comienza en 1973 y, puede decirse, no ha concluido aún, por lo que su duración excede largamente esta pesquisa. Como sea, mi análisis se prolongará hasta la década de 1980.

Fuera del carácter discrecional de cualquier cronología, cada uno de los segmentos tiene características muy disímiles. En el primer tramo, el eje central de análisis es la comunidad. En esos años la iniciativa le perteneció y fue la voluntad del vecindario la que obligó a los gobiernos provincial y municipal a involucrarse y comprometerse. Ambas administraciones se vieron obligadas a convalidar y acompañar ese empuje, que dio como resultado una secuencia de triunfos para la población del paraje: la aprobación de la escuela en 1964, la inauguración del primer edificio en 1965 y la construcción del local definitivo de material, que aún se mantiene en pie, en 1972. Ese fue el punto alto de envión comunitario, y es notable cómo, una vez conseguido tal logro, la actividad vecinal se derrumbó.

En la segunda etapa, desde 1973 en adelante, se observa un debilitamiento de la red comunitaria. Al examinar la Asociación Cooperadora, el Club de Madres y la evolución de la matrícula, se aprecia un cambio de tendencia, cuyas manifestaciones fueron la aparición de dificultades de índole administrativo en la Cooperadora, la culminación de la labor del Club de Madres, el alejamiento de algunos protagonistas centrales de la primera etapa, en especial de las madres y los padres “fundadores” (debido, por otra parte, a distintos motivos), y la baja notable de la matrícula escolar. La característica central de ese recorrido es que el retroceso comunitario comenzó a ser llenado por las instituciones oficiales, cada vez con mayor intensidad. Como podrá verse más adelante, en este tramo la Comisión

Directiva de la Cooperadora iba cada día más a la zaga de la conducción docente de la escuela. Una funcionaria estatal reemplazó al vecindario, fijó sus prioridades, dictó la agenda y estableció incluso los mecanismos de recreación y vinculación social.

La comunidad vecinal por delante del Estado (1963-1973)

Por desgracia, el repositorio documental y las fuentes disponibles no me permiten aportar algún elemento concreto sobre lo que se denomina habitualmente “antecedentes del tema”, es decir, cuándo, cómo, dónde y a través de quienes se puso en marcha la decisión de dotar a este paraje de una escuela primaria. Desde ya, hay un dato insoslayable: la mayoría de los chacareros de la zona tenían, en esos años, hijas e hijos en edad escolar. Ninguna de estas familias se componía de una prole como aquellas en las que se habían criado las madres y los padres (siete, ocho u once hermanos, conforme podía encontrarse a inicios del siglo 20), pero sí existían casas donde habitaban cuatro, tres o al menos dos menores, y eso era una buena fuente de reclutamiento para un colegio elemental.

En todo caso, es más fácil explicar el porqué. Al mirar un plano del partido de Saladillo, puede verse que la Escuela 40 ocupa el centro de un polígono formado por otros establecimientos educativos. Los puntos que delimitan esa geometría son al norte la Escuela 15, al este la Escuela 19, al sur la Escuela 31, y al oeste la Escuela 21. Actualmente, el acceso a cualquiera de estos sitios parece bastante sencillo –aunque, para llegar a la Escuela 21 de La Barrancosa, hay que internarse varios kilómetros por caminos de tierra, y la vinculación con la Escuela 19 de La Razón también implica recorrer algún tramo hostil–, pero,

a principios de la década de 1960, esta tarea no era tan fácil. Como analicé en el capítulo 2, la ampliación y la mejora de la red vial y la pavimentación de las rutas provinciales 51 y 63 facilitaron de forma cualitativa las comunicaciones de Saladillo con los partidos vecinos y agilizaron los desplazamientos internos dentro de la zona rural del partido.

Más allá de esto, existe evidencia de movimientos y gestiones concretas del vecindario para tener su propia escuela rural. Así, en la primavera de 1963, la prensa local informaba en un suelto acerca del inicio de los trámites para “establecer una nueva escuela, que llevaría el número 40 del distrito”. El periódico no tenía todavía claras las coordenadas geográficas del establecimiento, y la ubicaba “en el límite de los partidos de Saladillo y 25 de Mayo, a 15 kilómetros de las actuales [escuelas] de El Mangrullo y de Pueblitos”.⁴⁰⁸

El primer triunfo de la comunidad fue precisamente la creación oficial de la escuela, formalizada en mayo de 1964, mediante la Resolución 75/1964 de la Dirección General de Escuelas de la provincia. Tal validación fue acompañada con la designación de la primera maestra, Alba Rina Faretta, quien inició el dictado de las clases en la casa de la familia Di Virgilio.

De acuerdo con los datos del Libro de Matrícula Escolar, el 27 de mayo la docente anotó los datos de quince alumnos: tres asistían por primera vez a clases, en cuanto formaron parte del antiguo primero inferior; un chico provenía de la Escuela 15; y once se pasaron desde la Escuela 31. El 3 y 4 de junio, fueron anotados una alumna y dos alumnos más; la niña ingresó en primero inferior y los varones trajeron su pase desde la Escuela 15. El 1.º de septiembre, se completó la matrícula, con la llegada de otra

⁴⁰⁸ *El Argentino*, 17/10/1963.

menor, que venía también de la Escuela 15 para primero superior, actual segundo grado.⁴⁰⁹

Apenas ocho días después, se formó la primera Comisión Directiva de la Asociación Cooperadora. Los participantes se reunieron en la residencia donde funcionaba provisoriamente la escuela y decidieron elegir como presidente a Leopoldo Abelenda, a quien secundaron en los principales cargos Evelio Candia (secretario) y Nicolás Gianonni (tesorero). La única mujer en la lista de catorce autoridades era la dueña de casa, que ocupaba uno de los cargos de vocal suplente.⁴¹⁰

Con la escuela en marcha, quedaba pendiente la cuestión edilicia, y allí pusieron el empeño las familias chacareras. En la primavera de 1964, la comisión impulsora de la Escuela 40 formó un gran colectivo fusionándose con el club El Arriero, cuyas actividades presenté en el capítulo anterior. A diferencia de las autoridades de la asociación social que funcionaba en el almacén de Candia (sobre este sitio y su ubicación, véase el capítulo 6), en este nuevo elenco abundaban las mujeres, tal vez porque la preocupación central del grupo era la cuestión educativa. Alberto Ortalli fue designado presidente, secundado por un vicepresidente, un secretario, un prosecretario, un tesorero, un protesorero y ¡34 vocales!, lo que constituía un conjunto de 40 personas. Muchos de los nombres de la comisión del club se repetían, pero, en el multitudinario grupo de vocales, surgían 17 mujeres. Si bien en esta categoría cumplían a rajatablas con la paridad de género en la representación, por supuesto que los tres delegados a

⁴⁰⁹ *Registro de Matrícula, Pases y Retiros de la Escuela n° 40*, Año 1964; en adelante RMPR-E40: 1964.

⁴¹⁰ *Libro de Actas de la Asociación Cooperadora de la Escuela n.º 40*, p. 1; en adelante LAAC-E40: 1.

la comisión central eran varones: Alberto Ortalli, Armando Candia e Ítalo Bravo.⁴¹¹

La primera actividad concreta se llevó a cabo el 28 de noviembre de 1964, justamente en el salón del club El Arriero. Esa noche se realizó un baile organizado por la cooperadora escolar. Para la parte musical, se había contratado al “conjunto de C. Beneventano y la voz de Gonzalito”. Era entonces una de las primeras apariciones de esa orquesta que, según mostré en la sección anterior, fue una de las grandes animadoras de las reuniones danzantes del medio rural, en especial cuando poco más tarde se agregó como cantante el popular y recordado Rodolfo Casavalle, más conocido como Maneco.⁴¹²

Los recursos conseguidos por este medio, distintas donaciones y el aporte económico y de trabajo de los miembros de la comunidad lograron levantar la primera sede del colegio, una construcción bastante básica, pre-moldeada y de madera, es decir, una “prefabricada”, como se designaba por entonces a este tipo de local. El sueño no hubiera sido posible sin la donación de un solar de 2,500 metros cuadrados, sobre el denominado “Callejón de Candia”, a unos 500 metros de la ruta 51, cedido por Hipólito “Polo” Rodríguez.

Al iniciarse el ciclo lectivo siguiente, la matrícula de la Escuela 40 mostró un gran crecimiento: los 19 estudiantes del año anterior se convirtieron en 26. Tres niños fueron inscriptos para primero inferior: dos de ellos eran hijos de chacareros que formaban parte del grupo fundacional del colegio, y el tercero, descendiente de un arrendatario vecino. El grupo de los cuatro restantes se formaba con la niña de un chacarero que desde 1964 enviaba a su hijo varón a la Escuela 40 y tres chicos (dos de ellos hermanos)

⁴¹¹ “Subcomisión Escuela Nro. 40”, *El Argentino*, 12/11/1964.

⁴¹² “Bailes anunciados”, *El Argentino*, 12/11/1964.

cuyos padres figuraban como jornalero y empleado, aunque no se consignó la escuela de la que venían (para la evolución de la matrícula, véase el cuadro 7.1, inserto más adelante).

El acto de inauguración del establecimiento y la imposición del nombre “Rafael Zamorano”, en memoria del primer maestro que impartió clases en Saladillo, empezaron a ser organizados por la Cooperadora en la reunión del 4 de abril de 1965.⁴¹³ De acuerdo con lo asentado en el acta n.º 2, ese fue el motivo único de la reunión. En primer lugar, se eligieron a la madrina y al padrino de la escuela, honor que recayó en la Sra. María Mancini de Di Virgilio y en Polo Rodríguez. No podía ser de otra forma: la primera había prestado una habitación de su vivienda para permitir el inicio del dictado de clases en 1964, mientras que el segundo, como quedó dicho, era el donante del terreno. Los socios y las socias presentes decidieron también que, una vez concluida la ceremonia, se efectuara “una cena y baile en el local del Sr. Evelio Candia [...], cuyos fondos a recaudar” serían “destinados a la escuela para su mejoramiento y proveer así los elementos de mayor necesidad”.⁴¹⁴

Tres semanas después, el 25 de abril de 1965, se realizó la ansiada inauguración del edificio. El acto comenzó a las 17:00, con el discurso de la directora del establecimiento, Elba Galpasoro. Luego de la bendición religiosa, habló el presidente de la Cooperadora, Leopoldo Abellanda, quien agradeció: a los hermanos Hipólito y Santiago Rodríguez la donación de la parcela; a Juan Bautista Di Virgilio, quien “facilitó el año anterior su casa para que funcionara la escuela”; y a Evelio Candia, por su compromiso

⁴¹³ Sobre la vida y el accionar de Rafael Zamorano, puede consultarse el interesante artículo de Marcelo Pereyra (2017): “Don Rafael Zamorano: El primer maestro”, disponible en bit.ly/30hYzWB.

⁴¹⁴ LAAC-E40: 2.

con la causa comunitaria. Abelenda destacó que “todo ello era fruto del esfuerzo y que hasta la última tabla del edificio había sido clavada por los vecinos”. Una vez terminada la ceremonia, de acuerdo con los planes y como se había previsto, “tuvo lugar en el local cercano de los señores Candia Hnos. una cena y baile que congregó una numerosa concurrencia.”⁴¹⁵

Al año siguiente, mientras que el núcleo de familias fundadoras aportaba cuatro nuevos ingresantes a primero inferior (todos ellos varones), para llevar la matrícula a 30 escolares,⁴¹⁶ comenzaron a verse dos fenómenos constantes: el permanente recambio de docentes y la pérdida de matrícula a lo largo del desarrollo del período anual del curso.

El primero se constata por la habitual modificación de la caligrafía y las actas de la Cooperadora, que usualmente citaban la presencia del cuerpo docente y confiaban a las maestras o directoras su redacción. Sobre lo segundo, ya en 1966 hubo siete bajas. Una de ellas, la de un niño de once años, se produjo el 31 de agosto y fue anotada como “trabajo” en la columna reservada para la causa del abandono. Dos hermanos regresaron a la Escuela 15, de donde habían venido; uno de los alumnos de primero inferior dejó el colegio el 11 de abril por “enfermedad”; dos más, hijos de un jornalero rural, por motivos no señalados ni pase informado y también el 11 de abril; el último caso, aunque la anotación es confusa, parece haber emigrado a la Escuela 15 el 19 de mayo, y su padre constaba como jornalero rural.⁴¹⁷

⁴¹⁵ “Inauguración del edificio de la nueva Escuela Nro. 40”, *El Argentino*, 29/04/1965.

⁴¹⁶ RMPR-E40: 1965.

⁴¹⁷ RMPR-E40: 1966.

De todas formas, y no obstante estas contingencias, la vida comunitaria seguía boyante. En marzo de 1967, la Cooperadora, con la asistencia del personal docente, se reunió para evaluar la realización de acciones destinadas a generar recursos. Tras discutir un par de alternativas, la comisión se inclinó por llevar a cabo un baile y, con ese propósito, concluyeron en consultar “las fechas libres de la orquesta Beneventano, solicitar la cesión del Club Carlos Calvo de la Barrancosa y convocar oportunamente a una nueva cita para definir la cuestión”. Poco más tarde, se estableció la fecha del baile para el 22 de abril de 1967. El resultado de la actividad dejó más de \$57,000 en las arcas de la Cooperadora, con las que se decidió adquirir una bandera nacional e instalar juegos infantiles en el patio.⁴¹⁸

En 1968, los cooperadores volvieron a escoger como sede de su baile de otoño al club Carlos Calvo, pero esta vez confiaron la música a la orquesta de “José Antonio y sus tropicales, de la Cap. Federal”. Asimismo, se añadió un incentivo a la reunión danzante: “Se hará una rifa de \$100 el número, para una mesa servida”. Unas semanas después, en la reunión del 27 de abril de 1968, además de aprobarse el balance del ejercicio 1967-1968, que había sido debidamente comunicado al Consejo Escolar, se acordó el arreglo de los techos. Por otra parte, la formalización de la actividad cooperadora ganaba lugar al informar la Comisión Directiva sobre la apertura de una cuenta corriente en el Banco de la Provincia, por lo que en la asamblea se definió quiénes tendrían firmas para librar cheques.⁴¹⁹

En cuanto a la fuga escolar, en 1967 cinco estudiantes se cambiaron de establecimiento: una pareja de hermanos (primos de emigrantes del año anterior) también se fueron a la Escuela 15, mientras que otros dos hermanos, hijos de

⁴¹⁸ LAAC-E40: 5-7.

⁴¹⁹ LAAC-E40: 8-11.

una ama de casa que a veces fue registrada también como agricultora, se marcharon a la Escuela 33 de 25 de Mayo. La quinta mudanza correspondió a una chica de 12 años y alumna de cuarto grado, que se fue de la escuela el 26 de junio, sin indicación de motivo y nuevo destino.⁴²⁰ En 1968, en cambio, se perdió una sola estudiante, de 12 años y en cuarto grado, que retornó a la Escuela 33 de 25 de Mayo el 24 de abril. Una hermana suya se había mudado a la Escuela 1 en marzo, pero se reintegró a la 40 en el mes de julio.⁴²¹

El año 1969 fue el más prolífico en actividades y reuniones e inició un período muy rico en lo concerniente a la actividad comunitaria, culminado en 1972, con la inauguración del actual edificio. En realidad, fue el momento álgido en el que, con la aparición del Club de Madres, el vecindario puso su máximo esfuerzo en pos de la gran meta de construir un local de material para remplazar la prefabricada, que, por otra parte, mostraba problemas en techos y pisos, y no era la mejor sede para albergar a un grupo estable de más de veinte estudiantes.

En primer término, después de cinco años de labor, Leopoldo Abelenda cedió la presidencia a Ítalo Argentino Bravo. En este recambio, y por primera vez, dos mujeres del vecindario pasaron a formar parte de la comisión.⁴²² La nueva conducción se juntó el 19 de abril para determinar las principales actividades del año: el consabido baile –esta vez planeado para el 23 de agosto, con la orquesta de Carlos Beneventano– y la pintura del local escolar, tarea confiada a los padres del alumnado.

Dos semanas más tarde, se produjo lo que considero que es el hecho más significativo para explicar el notable

⁴²⁰ RMPR-E40: 1967.

⁴²¹ RMPR-E40: 1968.

⁴²² LAAC-E40: 11-12.

dinamismo comunitario vivido hasta 1972 y su posterior declinación. El 1.º de mayo de 1969, se formó el Club de Madres de la Escuela 40. Las catorce mujeres que se dieron cita esa tarde lo hicieron al solo efecto de registrar el inicio formal de las actividades del grupo y elegir una comisión, a cuyo frente resultó electa Juana Natalini de Mengoni. La primera actividad oficial anotada se produjo el 25 de mayo siguiente, para festejar el aniversario del primer gobierno patrio. En el local escolar, a las 15:00, se inició “una reunión infantil, en unión con los alumnos de la escuela n.º 40, con los siguientes números: poesías, recitados y bailes folclóricos.”⁴²³

Justamente la organización del baile citado más arriba motivó un nuevo encuentro cooperador, el 7 de agosto de 1969. En el acta levantada para testimoniar la reunión, aparece citada por primera vez la presencia del Club de Madres, mientras que, curiosamente, no figura representación del personal docente. Una semana más tarde, se afinaron los detalles del baile: el presidente de la Cooperadora se encargaría de contratar un colectivo para que hiciera viajes desde la plaza del pueblo a La Barrancosa, se designó a los encargados de la boletería, se establecieron las actividades a cargo del Club de Madres y la participación de las docentes de la escuela y se pidió la colaboración de todos para limpiar el salón una vez finalizadas las actividades.⁴²⁴

Sin embargo, y esta es la riqueza de la fuente documental producida por las mujeres, la versión de esa reunión es bastante más densa en el libro de actas del Club de Madres. Por ejemplo, en él se asentó la realización del balance de un bono donación, que dejó en las arcas de la

⁴²³ *Libro de Actas del Club de Madres de la Escuela 40*, pp. 1-3, en adelante LACM-E40: 1-3.

⁴²⁴ LAAC-E40: 14-15.

Cooperadora \$99,000. Luego, en efecto, se habló del baile del 23 de agosto, que ocuparía una reunión operativa de las madres antes de la fecha. Pero, además, se agregó otro tema de debate: “A continuación, se considera la compra de juegos infantiles, con lo que se adeuda de merienda” por parte del Consejo Escolar. Así las cosas, el 19 de agosto el Club de Madres se dio una nueva cita para planear los quehaceres propios del baile, que finalmente se llevaría a cabo en el Salón Cardillo y no en La Barrancosa, como se había determinado originalmente.⁴²⁵ Para contribuir, la comisión de mujeres ponía “su total colaboración en atendimiento de kioskos y café.”⁴²⁶ Como no podía ser de otra manera, la reunión tuvo su espacio publicitario en la sección permanente de bailes anunciados de *El Argentino*.⁴²⁷

A diferencia del registro formal de la Asociación Cooperadora, las madres llevaron su libro de actas al lugar del baile. Allí escribieron lo siguiente:

A las once y cuarenta horas [pm], se da por descontado el éxito, ya que el Salón cedido gentilmente por la Comisión Cooperadora de la escuela n.º 15, se ve colmado de Público, en el cual las Sras y Sritas del Club de Madres, como también las Señoras maestras de la escuela n.º 40, ofrecen su desinteresada y valiosa colaboración, la cual es aceptada con agradecimiento, ellas se encargan de atender kioskos y ventas de café, que contribuyen en gran parte a la remuneración obtenida.⁴²⁸

Según lo anotado, el baile se dio por finalizado a las 03:30 de la madrugada, momento en que los cooperadores

⁴²⁵ El almacén de Cardillo se ubicaba vecino a la Escuela 15, sobre el llamado “Camino a Estragamou”, relativamente cerca de la Escuela 40. Junto al almacén había un salón de reuniones utilizado para fiestas y bailes. En los libros de la Cooperadora y del Club de Madres, muchas veces también son referidos como el Salón de Actos de la Escuela 15.

⁴²⁶ LACM-E40: 4-5.

⁴²⁷ *El Argentino*, 07/08/1969.

⁴²⁸ LACM-E40: 6.

y las madres contaron los ingresos, que llegaron a \$157,356. Todavía con fuerzas y energizadas por el éxito, a las cuatro de la mañana debatieron “en forma breve la organización de una pequeña rifa”, aunque prefirieron dejar la discusión para otra oportunidad, “quedando tal como base de un nuevo propósito de este grupo colaborador”, para que la escuela “siguiera en continuo a[s]censo”.⁴²⁹

En un año verdaderamente prolífico, la Comisión y las madres volvieron a juntarse el 20 de octubre, con tres puntos para revisar: la aprobación de la compra de los juegos infantiles; la realización de una fiesta de fin del año escolar en la parrilla de Ocampo, un acontecimiento que iba a reunir a las seis escuelas que formaban parte del mismo núcleo de establecimientos rurales; y la organización de un almuerzo de camaradería para la comunidad exclusiva de la Escuela 40.⁴³⁰

Luego de un breve receso, a mediados de 1970, la Cooperadora y el Club de Madres sesionaron en asamblea para abordar tres temas de importancia: el recurrente baile, esta vez planeado para el 1.º de agosto en el salón de Cardillo; el urgente arreglo de los pisos del colegio; y la iniciativa del Club de Madres, “con el fin de recaudar fondos, en pro de obras benéficas para la escuela y los desgraciados sucesos acontecidos en el Perú, mediante la iniciación de ventas de pequeñas rifas”.⁴³¹ Este último punto no deja de ser curioso, ya que, en toda la existencia revisada de la Cooperadora y el Club de Madres, fue la única vez en que un hecho internacional, además totalmente ajeno al país, como fue en este caso el tremendo terremoto y aluvión de Áncash –que dejó más de 60,000 víctimas–, se coló en la agenda de la asociación.

⁴²⁹ LACM-E40: 6.

⁴³⁰ LAAC-E40: 17.

⁴³¹ LAAC-E40: 20.

Asimismo, en esta oportunidad el libro de las mujeres fue más escueto que el de la Cooperadora. En su entrada, las madres anotaron como primer asunto que recibían la propuesta del presidente para organizar el baile anual el 1.º de agosto. Luego, señalaron que Ítalo Bravo les cedió la palabra, para que declarasen sus proyectos. Así, la presidenta dio “a conocer la intención de formar socias, cosa esta que [era] indispensable para poder inscribir esta institución como Entidad de Bien Público”.⁴³² Como puede verse, las madres aspiraban a conformar algo más que una simple agrupación destinada a funcionar como soporte de la Cooperadora. El anhelo era adquirir personería como organización legalmente reconocida, deseo que, finalmente, nunca pudo materializarse.

No había pasado un mes cuando tuvo lugar una nueva asamblea conjunta. En esta ocasión, con un único tema: la realización de un carro alegórico para participar de la fiesta de la primavera, que se desarrollaría en Saladillo el 21 de septiembre siguiente, organizada por la novel Asociación de Amigos de la Avenida Belgrano.⁴³³ En efecto, la Escuela 40 fue parte de esa fiesta con su carroza, denominada “Jardín Primavera”, y postuló como reina de la fiesta a Graciela Casella. Ni una ni otra obtuvieron los premios mayores en sus categorías, pero al menos la Cooperadora se alzó con \$10,000 Ley 18,188, o un millón de la anterior denominación, una suma nada desdeñable.⁴³⁴

En plena tarea de culminación de los detalles ornamentales de la carroza, el 15 de septiembre de 1970, el Club de Madres se reunió en el local escolar en forma independiente. De ese encuentro salió la decisión de realizar un festival de largo aliento el 4 de octubre, en el local de

⁴³² LACM-E40: 8-9.

⁴³³ LAAC-E40: 21.

⁴³⁴ “El éxito coronó la Fiesta de la Primavera”, *El Argentino*, 08/10/1970.

Ocampo.⁴³⁵ La jornada comenzaría a las 14:00, con dos partidos de fútbol: el primero entre las reservas de La Barrancosa y El Mangrullo, y el segundo, “un encuentro infantil interescolar entre la Escuela n.º 40 [y] la n.º 37 [de] San Blas”. Las actividades competitivas se cerrarían por el juego entre los equipos de primera de La Barrancosa y El Mangrullo. Luego, la actividad sería solamente recreativa, a través de “kermeses y baile con servicio de cantina y bufet”.⁴³⁶ La kermés se anunció en la prensa local con suficiente antelación. En el aviso se presentaba el programa de actividades completo y la nota cerraba con el tradicional recordatorio de bailes y fiestas: “Partirá colectivo de la plaza principal”.⁴³⁷

En la primavera de 1970, la Cooperadora y el Club de Madres iniciaron el abordaje de un tema central: la construcción de un nuevo edificio, hecho de material. El 13 de octubre, en un encuentro donde además se hizo el balance del baile anual, se fijó la fecha para un torneo de fútbol interescolar y se organizó la fiesta del Día de la Madre; los presentes aprobaron por unanimidad impulsar la edificación del nuevo local y pedirle una colaboración monetaria a la Intendencia para poder llevarla a cabo.⁴³⁸ Por su lado, esta vez las mujeres volcaron en su libro una versión similar, con una única adición: dar cuenta del cambio del horario de funcionamiento de las clases.⁴³⁹

Tomada entonces la decisión de avanzar con el gran proyecto del nuevo local escolar, las madres iniciaron una espiral de trabajo formidable. Como he de exponer, la Comisión Directiva de la Cooperadora hizo su parte, pero,

⁴³⁵ A mediados de 1970, el almacén y salón de Candia fue adquirido por Ángel Ocampo.

⁴³⁶ LACM-E40: 9-10.

⁴³⁷ “Kermeses”, *El Argentino*, 17/09/1970.

⁴³⁸ LAAC-E40: 23.

⁴³⁹ LACM-E40: 10-11.

al leer ambos registros, es inevitable pensar que el edificio debía en buena medida su existencia a la capacidad de estas chacareras para movilizarse y ocuparse de la cuestión.

Con esa meta en sus mentes, el 17 de noviembre de 1970, las madres se juntaron para empezar la organización del baile/kermés planeado para inicios del año siguiente. El festival se llevó a cabo el 17 de enero de 1971 y, según el programa publicado por *El Argentino* el jueves anterior, comenzaría a las 08:30, con un torneo cuadrangular de fútbol, seguiría con campeonato de truco y remataría con un baile y kermés en el club Carlos Calvo.⁴⁴⁰

De acuerdo con el acta siguiente, levantada el 20 de marzo de 1971, el balance de esa actividad dio una ganancia de \$87,021, que el club acordó entregar a la Cooperadora “para la construcción de un nuevo salón”.⁴⁴¹ La maratón de acciones continuó el 31 de marzo de 1971, cuando, en conjunto con la Cooperadora, se convino hacer un festival en abril, “en el establecimiento del Sr. Ángel Ocampo”.⁴⁴²

El 4 de mayo de 1971, y con la presencia del inspector de enseñanza primaria del partido, se renovó la Comisión Directiva de la Cooperadora y Ramón Mengoni quedó a la cabeza de la institución. El encuentro comenzó con la consideración de los avances de la obra del nuevo edificio, que había arrancado finalmente en febrero de 1971. La participación del inspector tenía además el efecto de anunciar que el Consejo Escolar colaboraría “para poder concluir con dicha obra”.⁴⁴³ Sobre este punto, las mujeres se expresaron así: “El Señor Inspector ofrece la posibilidad de una donación de dinero, con destino a la construcción del

⁴⁴⁰ “Festival en La Barrancosa”, *El Argentino*, 14/01/1971.

⁴⁴¹ LACM-E40: 12-13.

⁴⁴² LAAC-E40: 23.

⁴⁴³ LAAC-E40: 25.

salón". De paso, ellas también renovaron sus autoridades y confirmaron a la presidenta.⁴⁴⁴

Por lo que surge de ambos libros, esta fue la primera vez que hubo una intervención de un representante estatal en la decisión de edificar la nueva sede. En un sistema absolutamente institucionalizado, como es el marco de la educación pública, resultaría hoy impensable la distancia de la Dirección General de Escuelas, la Intendencia o el Consejo Escolar en una cuestión tan sensible como la construcción de un local dedicado a impartir enseñanza primaria. Si bien es cierto que la directora del establecimiento estaba anoticiada y seguramente debió haber informado a la superioridad acerca del emprendimiento, no existe en los registros ningún dato sobre el diseño de la obra, la confección del plano y la contratación de las tareas de edificación. Es un ejemplo claro de lo que sostengo en el título del apartado acerca de la manera en que la comunidad iba por delante del Estado.

Mientras tanto, las actividades seguían con gran dinámica. El domingo 20 de junio de 1971, dada la coincidencia entre la fiesta de la bandera y el Día del Padre, el Club de Madres repitió su celebración del primer año: "[...] una reunión infantil con los siguientes números: poesías, recitados. Y luego los alumnos de dicha entidad [la Escuela 40] les hacen entrega a sus padres de un hermoso presente, conmemorando su día".⁴⁴⁵

Un par de meses más tarde, se trató la organización del baile y kermés previstos para el 26 de septiembre en el salón de Ocampo. Sin descanso veraniego, las madres se juntaron otra vez el 20 de diciembre para dar forma a otra reunión bailable y recreativa en el mismo sitio, pauta para el 8 de enero de 1972. El primero de esos encuentros

⁴⁴⁴ LACM-E40: 14-15.

⁴⁴⁵ LACM-E40: 16.

trasladó a la caja de la Cooperadora \$103,276, mientras que el segundo dejó \$115,836, aunque en este caso no dejaron constancia de haber cedido fondos a la Cooperadora.⁴⁴⁶ Incansables, las madres aprovecharon el feriado del 25 de mayo de 1972 para planear el enésimo baile/kermés, esta vez para el 17 de junio y en el salón que cedía sin cargo la Escuela 15. Una semana más tarde, el Club de Madres hizo el balance de esta última actividad, que generó \$240,000, de los que decidió traspasar \$200,000 a la Cooperadora, “para la finalización del nuevo edificio”.⁴⁴⁷

Por su lado, y mientras la obra del nuevo local continuaba, la Cooperadora se dio cita en marzo de 1972, para tratar una nota del intendente, en la que el jefe comunal deseaba la remisión de un “pedido de las necesidades más imperiosas de la escuela, detallando los trabajos” que se debían “realizar y el monto aproximado de cada obra”. La petición de los cooperadores fue concreta: “La Comisión resuelve presentar un pedido para refacción de techos, con un costo aproximado de 950 pesos”,⁴⁴⁸ y así lo anotaron en el acta respectiva.⁴⁴⁹

Por otra parte, el 29 de abril se renovaron las auto-ridades, con una particularidad: por primera vez, toda la Comisión estaba conformada por varones. En este caso, la docente de la escuela quedaba excluida, y se daba la razón de tal decisión: “Se aclara que como secretario de la Comisión directiva no es colocada una maestra por problemas ya habidos anteriormente, o sea la falta de continuidad

⁴⁴⁶ LACM-E40: 17-20.

⁴⁴⁷ LACM-E40: 21-22.

⁴⁴⁸ Téngase en cuenta que desde 1970 regía el peso Ley n.º 18,188, llamado de forma usual “Peso Ley”, que le había quitado dos ceros al histórico peso Moneda Nacional. De todos modos, por la dificultad para hacer la conversión, la mayoría de las personas seguía expresándose en los viejos valores. Tal es así que, en los libros de Cooperadora y Club de Madres, las sumas de dinero se consignaban en moneda nacional y luego se remarcaba la coma antes de los dos últimos ceros.

⁴⁴⁹ LACM-E40: 29-30.

en el cargo, resolviéndose colocar en el lugar a un padre de familia.”⁴⁵⁰

Más arriba señalé que el permanente recambio docente se estaba convirtiendo en un verdadero fastidio para la comunidad educativa y, al influir también sobre el normal desenvolvimiento de los ciclos lectivos, alimentaba la otra cuestión anotada: la circulación de escolares y pérdida de matrícula.

Al revisar estos años, se encuentran los siguientes movimientos: en 1969 iniciaron las clases 22 estudiantes, pero el 10 de marzo ya habían emigrado hacia la escuela confesional del casco urbano de Saladillo los hijos de un conocido comerciante de la zona; dos hermanas se pasaron a la Escuela 38, una en marzo y la otra el 1.º de agosto; y un alumno de séptimo grado, hijo de un empleado rural, emigró a la Escuela 2 el 13 de marzo, lo que era lógico, porque, al momento de la inscripción, su padre había denunciado un domicilio sobre la ruta 205. Como curiosidad de ese año, el 30 de abril llegaron al colegio cuatro hermanos, procedentes de la Escuela 2, e hijos de un jornalero. El 1.º de julio, ya se habían ido. Según las anotaciones correspondientes, los dos mayores (tercero y cuarto grado) continuaron su escolarización en la Escuela 35; una niña que iba a segundo fue informada como baja por “enfermedad”, y la más chica, alumna de primer grado, fue anotada como “desertora.”⁴⁵¹

Tras un año de relativa tranquilidad, en 1971 solamente abandonó el ciclo escolar el hijo de uno de los chacareros del paraje, y el motivo de esto no se conoce. En cambio, llegaron cuatro hermanos, hijos de un empleado rural y el hijo de otro chacarero vecino, proveniente de la

⁴⁵⁰ LAAC-E40: 30-31.

⁴⁵¹ RMPR-E40: 1969.

Escuela 31, quien ingresó en cuarto grado.⁴⁵² En 1972 volvió el drenaje, al retirarse de la escuela seis estudiantes: los cuatro hermanos arribados en 1971, quienes volvieron a su lugar de origen (Marcos Paz, Provincia de Buenos Aires), y dos hermanas que habían ido y vuelto varias veces en períodos anteriores, y se marcharon esta vez definitivamente a la Escuela 38.⁴⁵³

Finalmente, llegó la conclusión del nuevo edificio y hubo un nuevo motivo de fiesta. El 23 de agosto de 1972, se trató la inauguración del nuevo edificio y el baile anual, programado esta vez para el 30 de septiembre.⁴⁵⁴ Tras la rendición del baile (cuyos números no se consignaron), efectuada en una asamblea el 8 de octubre de 1972, la Asociación Cooperadora comenzó un período turbulento.

Escuela n.º 40 Rafael Zamorano. Evolución de la matrícula

Año escolar	Matrícula inicial	Matrícula final	1º a 4º grado	5º a 7º grado	Familia chacarera	Fº Otra profesión
1964	19	19	12	7	16	3
1965	26	26	17	9	23	3
1966	30	23	23	7	23	7
1967	24	19	19	5	19	5
1968	25	24	18	7	22	3
1969	22	17	14	8	19	3
1970	19	17	11	8	15	4
1971	21	20	11	10	15	6
1972	23	17	9	14	16	7

⁴⁵² RMPR-E40: 1971.

⁴⁵³ RMPR-E40: 1972.

⁴⁵⁴ LAAC-E40: 32.

1973	13	12	6	7	12	1
1974	10	10	6	4	10	0
1975	10	10	4	6	9	1
1976	18	16	11	7	14	4
1977	22	20	11	9	17	5
1978	25	21	17	8	17	8
1979	22	20	12	10	14	8
1980	21	8	11	10	12	9
1981	16	14	9	7	8	8
1982	23	16	18	5	5	18
1983	24	20	15	9	1	24
1984	23	20	16	7	2	21
1985	25	20	17	8	1	24
1986	29	19	22	7	2	27
1987	23	19	16	7	3	20
1988	23	19	16	7	2	21
1989	25	17	17	8	4	21

Fuente: elaboración propia sobre datos de los libros de registro de matrícula, pases y retiros de la Escuela n.º 40 Rafael Zamorano.

Nota: en "Familia chacarera" consigno a hijas e hijos de propietarios y arrendatarios de chacras de la zona, con residencia real en el paraje, aunque a veces en el registro aparezcan como "comerciante" o "mecánico", como es el caso de dos vecinos. En "Familia con otra profesión", incluyo a hijas e hijos de mensuales, peones rurales, empleados, puesteros, encargados, amas de casa, albañiles, mecánicos y otros oficios anotados en el registro, en casos de personas que, además, no reúnen las características del grupo anterior.

El Estado en remplazo de la comunidad (1973 y después...)

Al iniciarse el ciclo lectivo 1973, la asamblea ordinaria de la Asociación Cooperadora renovó la Comisión Directiva, pero uno de los puntos del acta enfatiza acerca de la discusión “sobre algunos problemas”. El inconveniente emergió en términos documentales el 30 de noviembre de 1973, cuando la Comisión se dio cita para anoticiarse del rechazo del balance 1972-1973, dado que no se habían presentado los números del año anterior. La falta de cumplimiento de la normativa establecida para rendir fondos por la dependencia oficial que controlaba a las cooperadoras se anexó al enésimo relevo del cuerpo docente y el resultado fue un marcado inmovilismo, al menos desde el punto de vista burocrático.⁴⁵⁵

Todavía en marzo de 1974 el asunto seguía sin resolverse y en esa oportunidad se decidió que un miembro de la Comisión viajaría a La Plata para tratar de solucionar el inconveniente. Por otra parte, el Banco de la Provincia cerró la cuenta de la Cooperadora, “por falta de reconocimiento de autoridades por [parte de la Dirección de] Cooperación Escolar”, de modo que en esta oportunidad debió comisionarse a un gestor para enmendar la situación, movida que terminó con un categórico fracaso y motivó que la propia directora de la escuela debiera acudir a la capital provincial a entrevistarse con las autoridades.

Finalmente, la actuación de la funcionaria dio sus frutos y la situación comenzó a regularizarse. Si, por un lado, los problemas sirvieron para recuperar cierta actividad, ya que, en el otoño de 1974, la Cooperadora se reunía cada quince días para evaluar el curso de los acontecimientos,

⁴⁵⁵ LAAC-E40: 33-34.

por otra parte, el atolladero administrativo impedía a la Comisión abordar cualquier iniciativa.⁴⁵⁶

En cuanto al Club de Madres, una vez concluida la faena extraordinaria del nuevo edificio, no se reunió hasta mayo de 1973, cuando el único motivo del encuentro fue la renovación de la Comisión Directiva. Luego, los conflictos de la Cooperadora parecen haber bloqueado también al colectivo femenino, porque la siguiente entrada del libro corresponde a marzo de 1975, cuando se procedió a elegir autoridades para 1975-1976. Esta asamblea se hizo con la presencia de los esposos, quienes incluso –y por única vez desde 1969– firmaron el acta; tuvo además un formato procedimental bastante rígido, similar al de las asambleas de Cooperadora (lectura del acta, aprobación del balance, elección de autoridades), y es la última constancia de existencia del club.⁴⁵⁷

Las cosas tampoco iban bien en lo relacionado con la matrícula. En 1973 iniciaron el ciclo lectivo apenas 13 escolares y lo finalizaron 12, ya que durante el curso emigró hacia el Escuela 23 el hijo de un empleado rural.⁴⁵⁸ De acuerdo con el cuadro 7.1, en 1972 concluyeron el período de dictados de clases 18 estudiantes, pero cinco de ellos egresaron de séptimo grado y al año siguiente apenas había una alumna en primer grado. En esa misma tabla, puede seguirse la cuestión del descenso de escolares del ciclo primero a cuarto grado: si en 1966 eran 23 de los 30 matriculados, en 1972 las cifras se habían invertido a favor del nivel superior (quinto a séptimo grado), donde cursaban 14 de los 23 menores.

Así, en 1974 y 1975 apenas concurren diez niños y, en el segundo de esos años, la llegada de una alumna a

⁴⁵⁶ LAAC-E40: 35-39.

⁴⁵⁷ LACM-E40: 23-25.

⁴⁵⁸ RMPR-E40: 1973.

tercer grado, proveniente de la Escuela 24 y cuyo padre fue inscripto como agricultor, alcanzó a compensar el egreso de un estudiante en diciembre de 1974. De todas maneras, y aun con la recién arribada, solamente había cuatro estudiantes de primero a cuarto grado.⁴⁵⁹

El fenómeno que se estaba produciendo tenía que ver con una cuestión estructural, y es posible que un estudio de la evolución de la matrícula de otras escuelas rurales muestre similitudes: desde mediados de la década de 1950, las familias chacareras rara vez tenían más de tres hijos, si no menos. Como lo han señalado los estudios agrarios, las causas remiten al cambio del régimen de propiedad, al proceso de división de las chacras por la herencia familiar y, sobre todo, a los efectos de la mecanización del agro, con la consecuente disminución de la necesidad de mano de obra.

En el caso de la Escuela 40, desde fines de la década de 1960, pero especialmente a principios del decenio siguiente, estaban egresando de séptimo grado las hijas y los hijos del núcleo de las familias impulsoras de la creación de la escuela, que fueron el motor para la cuestión edilicia. Este movimiento tuvo su pico culminante en 1972, cuando finalizaron la escuela primaria cinco hijos de las madres y los padres "fundadores". Además, la mayoría de estas personas estaban en rangos etarios similares, lo que contribuyó a reducir el universo de la niñez calificada para ingresar a la escolaridad básica. Las hijas y los hijos mayores de estos chacareros eran todavía demasiado jóvenes para reponer una nueva generación, o, si ya eran mayores, no seguían viviendo en las chacras.

Si bien es cierto que algunos de los miembros históricos de la comunidad siguieron formando parte de la

⁴⁵⁹ RMPR-E40: 1974 y 1975.

Cooperadora, lo hicieron por lealtad a la vieja causa, pero con muchas menos motivaciones. En definitiva, ese decaimiento de la intensidad estaba justificado: habían luchado por la escuela e incluso dejaron como símbolo de su compromiso un edificio moderno, pequeño pero digno, para el usufructo de las nuevas camadas.

En este nuevo y difícil contexto, la Cooperadora tuvo su primera reunión del año 1975 el día 11 de abril. Allí se trató la organización del consuetudinario baile anual, previsto para fines de ese mes, la colocación del nombre de la escuela en la entrada, la pintura del frente del edificio, el corte del césped y la reparación de los juegos infantiles “para poder utilizarlos”. En este encuentro, apenas se dieron cita doce padres y madres, además de la responsable de la escuela, en tanto que al mes siguiente se desarrolló la asamblea anual ordinaria destinada al exclusivo objeto de la renovación de la Comisión Directiva.⁴⁶⁰

No solamente el resto del período careció de actividad, sino que, a principios de 1976, la Asociación volvió a reunirse con un temario idéntico al de abril del año anterior, al que solamente se le agregó “recaudar fondos para gastos de librería”, pero, en esta última asamblea, apenas pudieron juntarse ocho socios y la nueva directora a cargo de la escuela.⁴⁶¹

En esa tendencia, entre abril de 1976 y el año siguiente, la Comisión ya no se encontró más que para designar sus autoridades, excepción hecha de una asamblea en octubre de 1976, cuyo único objeto fue la organización del baile anual, nuevamente en el salón de Cardillo, y la puesta en circulación de una rifa. Ese sería, por otra parte, el último baile organizado por la Cooperadora de la Escuela

⁴⁶⁰ LAAC-E40: 44-46.

⁴⁶¹ LAAC-E40: 47-48.

40. La crítica situación acababa también con una de las tradiciones más sentidas de la comunidad escolar.⁴⁶²

Mientras la participación del vecindario iba decayendo, las preocupaciones de las distintas directoras que pasaban por la escuela eran otras y muy serias: reclutar escolares para recuperar la matrícula y así evitar una posible disminución de la planta orgánica del establecimiento, en un momento en que se iniciaba en el país una dictadura que no tenía para la educación otro plan que la contención presupuestaria, la eliminación de docentes sospechados por su ideología y una revisión profundamente conservadora de los contenidos programáticos.

Este esfuerzo dio sus frutos en 1976, con la incorporación de nueve estudiantes. Dos alumnas llegaron para primer grado, una de ellas hija de una familia chacarera del paraje. La otra escolar vino con una hermana mayor, sin que se registrara su colegio de origen. Tampoco se anotó la proveniencia de cuatro estudiantes más, hijos de dos chacareros cuyas parcelas estaban algo distantes de la zona de influencia de la Escuela 40 y que ingresaron en segundo y quinto grado. Entre abril y junio, vinieron para el ciclo superior los hijos de dos puesteros, uno de ellos con pase de la Escuela 19 y el otro de la Escuela 21. El primero de estos chicos abandonó el curso el 31 de agosto y fue anotado como “desertor” en el registro, mientras que una de las arribadas emigró luego a la Escuela 21.⁴⁶³

Al año siguiente, la matrícula tuvo un nuevo impulso al subir a 22 inscripciones. Este incremento se respaldó con el arribo de ocho escolares, siete de los cuales provenían de la Escuela 31. Cuatro de los recién llegados eran hijas e hijos de familias con chacras más cercanas a La Razón, aunque uno de estos chicos era primo de un

⁴⁶² LAAC-E40: 50-51.

⁴⁶³ RMPR-E40: 1976.

antiguo estudiante de la Escuela 40. Los otros tres eran hermanos (dos mujeres y un varón) que, si bien llegaban de la Escuela 31, tenían un domicilio correspondiente al acceso a Saladillo por la ruta 51, comúnmente llamado “El Cristo”, y el padre fue anotado como “empleado”. El alumno restante trajo su pase de la Escuela 36, se puso como responsable a la madre, cuya ocupación para el registro era “ama de casa”, vivía en el Cuartel II y en septiembre se marchó a la Escuela 21. La otra baja de ese año fue la del hijo de un puestero, que se mudó a 25 de Mayo.⁴⁶⁴

La curva ascendente tocó su techo en 1978, cuando la escuela recibió seis estudiantes; dos de ellos venían de General Madariaga, eran familia de un puestero y abandonaron el distrito y la Escuela 40 el 31 de octubre; otros dos eran hermanos provenientes de la Escuela 2, hijos de un albañil, con domicilio consignado como “Saladillo”, y también dejaron el colegio en abril, por cambio de domicilio. Los otros dos casos pertenecen a un chico de diez años que vino para tercer grado, con pase de la Escuela 19, quien estaba a cargo de una ama de casa que no parece ser su madre, sino una tutora, y a una alumna de la Escuela 4 de quien no se registraron otros datos.⁴⁶⁵

De todas formas, y más allá del aspecto cuantitativo, desde 1976 es notable el cambio en la matriz de reclutamiento de la Escuela 40. Si bien –como se expone en el cuadro 7.1– el número de escolares integrantes de familias chacareras mantuvo todavía su preeminencia hasta 1980, llegaban desde un radio más alejado que en la década anterior, cuando se nutrían casi en exclusiva de las chacras vecinas al establecimiento. Por otra parte, en forma paulatina pero sostenida, se fue incrementando la cantidad de hijas e hijos de familias de otras profesiones, e

⁴⁶⁴ RMPR-E40: 1977.

⁴⁶⁵ RMPR-E40: 1978.

incluso empezaban a aparecer estudiantes con domicilios de otros cuarteles.

En cuanto a la Cooperadora, desaparecido el baile anual, los escasos (y difíciles) esfuerzos para recaudar fondos se concentraron en las rifas. Así, el 19 de abril de 1978, esta fue la iniciativa que trajo a los socios a una asamblea. El objetivo era un sorteo de \$200,000 en premios, con la última jugada de junio de la Lotería Nacional.⁴⁶⁶

Asimismo, y en un hecho insólito, cuando un mes más tarde se renovaron las autoridades de la Comisión Directiva, el acta se confeccionó a máquina y se adhirió al folio 56 del libro, mientras que en otra página se colocaron las firmas de quienes daban fe de la reunión. El testimonio no solamente era atípico (y nulo, desde el punto de vista de la legalidad, ya que las actas deben escribirse a mano), sino que además salta a la vista la perfección de la escritura mecanografiada, sin errores, enmiendas, ni correcciones, lo que lleva a pensar que fue pasado en limpio antes o después de la cita, si es que esta efectivamente se llevó a cabo.

Su contenido, como todas las actas desde 1975 en adelante, era una suma de formalidades más propias de una sociedad que de una cooperadora o un consorcio de propietarios: lectura y aprobación del acta anterior, informe de los revisores de cuentas, aprobación del balance, designación de socios para firmar el acta, elección de la nueva comisión directiva y fijación de la cuota social. Aquella espontaneidad de las actas de los años anteriores había desaparecido por completo para dar paso a un trámite rutinario, en el que solamente se modificaban las fechas, las cifras del balance, algunos nombres del elenco cooperador y –debido a una inflación fuera de control como la de aquellos años– el monto de la cuota societaria.

⁴⁶⁶ LAAC-E40: 55.

La excepción a estos encuentros de la Cooperadora fueron reuniones como la de diciembre de 1978, en que el acta registró la entrega de las llaves, los bienes y toda la papelería propia de la actividad docente por parte de la directora de la escuela, para custodia por la Comisión Directiva, en coincidencia con el cierre del ciclo lectivo de ese año. Pero no era nada más que un trámite burocrático institucional.⁴⁶⁷

Esa apatía comunitaria fue quebrada en octubre de 1979 por un encuentro para determinar qué días se realizarían “las fiestas [de cierre del curso] y una misa de fin de año”. Tras convenir que el 30 de noviembre se efectuaría la ceremonia de clausura del ciclo lectivo, se acordó:

[...] [se realizará una] misa de fin de curso y a continuación, en el local Candia (ahora Moreno), se servirá una cena. Para dicha cena se venderán tarjetas. En esta reunión los padres hablan con la catequista sobre reuniones, lugar y fecha de la Primera Comunión de los alumnos.

El cónclave cooperador terminó a las 19:00, para dar lugar “a la reunión que realizan los asesores de Inta”. Por lo demás, no es posible saber cuántas personas asistieron ese día, el acta solamente estaba suscripta por la directora de la escuela.⁴⁶⁸

En todo sentido, fue una asamblea muy especial. Por una parte, el punto central del encuentro fue la deliberación sobre cuándo y cómo efectuar la celebración del fin de las clases. La única actividad comunitaria consistía en una comida en el antiguo almacén de Candia. En segundo lugar, es la primera constancia en la documentación oficial de la Cooperadora acerca de la realización de una misa para conmemorar el cierre del ciclo lectivo, aunque, según

⁴⁶⁷ LAAC-E40: 58-59.

⁴⁶⁸ LAAC-E40: 60-61.

un suelto de *El Argentino*, el sábado 25 de noviembre de 1978 se había anunciado una misa de primera comunión en las instalaciones del colegio.⁴⁶⁹

Es cierto que los edificios, tanto el viejo como el nuevo, habían sido benditos por el párroco de Saladillo en el momento de su inauguración, pero allí terminó la actuación religiosa, que, por lo demás, no expresa en términos simbólicos más que la rotura de una botella de vino espumante contra la proa de un barco en el instante de su botadura. Según se verá más adelante, a partir de la misa de 1979, creció la injerencia eclesiástica sobre la comunidad escolar del colegio. Finalmente, la cita cooperadora terminó casi abruptamente para dar lugar a la presencia de los funcionarios de la agencia nacional de tecnología agraria. Nunca tampoco se había hecho presente en el libro de actas la interacción entre la comunidad y el mundo productivo, a pesar de ocupar las escuelas un papel importante en la distribución de formularios y en la realización de los censos y encuestas agropecuarios o ganaderos.

Mucho más modesto resultó aun el encuentro de octubre de 1980, en el que solamente se arregló fijar la fecha del acto escolar de fin de año para el 6 de diciembre, y se convino en que, luego de eso, se serviría un almuerzo, con una presencia societaria mínima, ya que en el acta quedaron consignadas las firmas del presidente de la Asociación y su esposa, una socia y un socio.⁴⁷⁰

No podía ser de otro modo; en el otoño de 1980, se produjo una de las mayores inundaciones del siglo en la depresión del Salado (véase el capítulo 9). Ello tuvo un efecto demoledor en todo el partido de Saladillo ya que una inmensa masa de agua cubrió gran parte de las zonas cercanas a los arroyos y canales. En ese contexto, la Escuela

⁴⁶⁹ "Parroquiales", *El Argentino*, 23/11/1978.

⁴⁷⁰ LAAC-E40: 64.

40 perdió cuatro estudiantes en marzo, cinco más entre mayo y junio –donde se anotó el pase “por inundación” hacia otras escuelas, sobre todo del casco urbano, aunque una alumna se mudó a 25 de Mayo–, dos en agosto y dos en octubre. A fin de año, se habían ido 13 de los 21 escolares de la matrícula.⁴⁷¹

La desesperada situación no hizo más que reforzar el peso de la autoridad institucional. Así, la directora de entonces tomó cartas en el asunto y decidió anotarlas en el viejo libro de actas del Club de Madres, que fue reconvertido en un registro de reuniones de padres y de anotaciones propias del seguimiento escolar. Antes señalé que la última entrada correspondía a 1975. La siguiente, en la página 26, pertenece a 1981 y testimonia la nueva función de ese registro.

En concordancia con el desplazamiento verificado en la Asociación Cooperadora, la directora del establecimiento absorbió las funciones antes desempeñadas por la comunidad, con el solo auxilio y colaboración de la maestra de turno. En esta nueva realidad, el 20 de junio de 1981, no hubo fiesta, sino una típica reunión de padres con el equipo docente. No asistieron escolares, y el programa cambiaba por completo. Las poesías y los recitados dejaron lugar al siguiente temario:

- 1) Buena conducción del aprendizaje, aprovechamiento del tiempo; 2) Gran firmeza en la conducta de los alumnos; 3) Cultivar las normas de cortesía; 4) Panorama de los alumnos de la escuela de 4° a 7° grado [que] piensan continuar estudios secundarios; 5) Fiel control de los deberes en el hogar; 6) Buena relación entre maestros – padres.

⁴⁷¹ RMPR-E40: 1980.

A la firma de la directora, le siguen las rúbricas de las cuatro personas presentes.⁴⁷²

En espejo, la Cooperadora se reunió abocándose a un amplio temario, que incluía principalmente la aceptación de distintas donaciones (una pelota de fútbol, elementos para el botiquín, pintura, caños para hamacas) y el reconocimiento de diversas reparaciones y trabajos menores, como la colocación de las hamacas, la limpieza de las mechas de las estufas y el arreglo de los juegos del parque. Curiosamente, la mayoría de los donativos fueron de comerciantes del pueblo o de otras comunidades escolares, como los caños para las hamacas, cedidos por la Cooperadora de la Escuela 5. Apenas si algunos arreglos eran obra de padres de estudiantes, y, de forma llamativa, los miembros de la comisión directiva no aparecían nombrados en ninguna de esas acciones. Como actividad comunitaria, se estableció la circulación de una rifa y la realización de un festival en el salón de la Escuela 15.⁴⁷³

El programa recreativo se celebró en octubre de 1981 y se conformó con una peña folklórica, un partido de fútbol contra el representativo de la Escuela 19, un concurso de barriletes y un baile familiar, acciones que dejaron un buen beneficio monetario, según se informaba. Las actividades se planearon un par de semanas antes, pero, excepto la directora del colegio, de la reunión de la Cooperadora solamente participaron seis personas, y eran apenas cuatro cuando, el 26 de octubre, se hizo el balance y la rendición de cuentas del acontecimiento.⁴⁷⁴

Poco más tarde, el 18 de noviembre, una Cooperadora que expresaba cada vez más la voluntad de la responsable de la escuela decidió hacer una movida especial por

⁴⁷² LACM-E40: 28.

⁴⁷³ LAAC-E40: 67-68.

⁴⁷⁴ LAAC-E40: 71-73.

el cierre del curso académico. En efecto, la fiesta escolar y comunitaria planificada tuvo ribetes nunca vistos hasta el momento. Una vez terminada la fiesta de fin de año en el establecimiento, se serviría un “almuerzo criollo en la chacra de Mario Abarca. Menú: 15 kilos de asado. Lechones: 4. Corderos: 3”. Ello sería acompañado de “vino blanco y tinto, soda [...], pan miñón”, ensalada y fruta.

Lo notable de la fiesta no era su magnitud gastronómica, sino que se agregara una lista de invitados especiales, apartado en el que constaban las siguientes figuras públicas municipales: “Intendente y secretario, Srta. Inspectora y Secretaria, Cura Párroco”. También se invitó a algunos de los viejos cooperadores y gente de las Escuelas 5, 15 y 19. Asimismo, se pensaron “actividades después de almorzar”, pero, por pudor o dudas, los presentes dejaron cuatro renglones en blanco, jamás completados. Todo se financiaría mediante la venta de tarjetas que costaban \$13,000 (Ley 18,188) el cubierto, aunque los alumnos no pagarían el derecho al menú.⁴⁷⁵

Junto con esto, seguía la emergencia matricular. Si bien en 1981 la llegada de cuatro estudiantes, tres de ellos hermanos provenientes de la Escuela 1, trajo la ilusión de la mejora de los números, estos se morigeraron por dos bajas debido a cambios de domicilio. Según la reunión de padres de agosto de 1981, en ese momento había apenas ocho estudiantes que asistían a la escuela.⁴⁷⁶ La situación determinó que, a principios del año siguiente, la directora hiciera una serie de entrevistas a vecinos para pedirles que enviaran a sus hijas e hijos a la Escuela 40.

En el primer caso documentado, la familia vivía a once kilómetros del colegio, en dirección hacia General Alvear, pero enviaban a su hijo a la Escuela 1, en el centro de la

⁴⁷⁵ LAAC-E40: 74-75.

⁴⁷⁶ LACM-E40: 30-31.

ciudad. También iban a ese colegio la pareja de vástagos de una segunda familia de encargados de un campo, distante a quince kilómetros de la Escuela 40. Mientras que el primer intento fue fallido, en el segundo caso, la funcionaria logró los dos pases.

La tercera visita fue a una familia con un chico de trece años a cargo (no un hijo), que había abandonado la Escuela 1 en 1979. El problema para este grupo era la escasez de recursos económicos, ya que, según la docente, estaban a tres kilómetros de distancia. Para hacer tentadora la oferta, la directora decidió proveerlos de guardapolvo y útiles, al tiempo que gestionó el regalo de una bicicleta. Una última entrevista fue con otra familia que también tenía un varón a cargo. Este chico había cursado algunos grados en la Escuela 40 años antes y, aparentemente, se había pasado a la Escuela 15. Para garantizar su vuelta, la directora tenía que trasladarlo desde su domicilio, distante a cuatro kilómetros del colegio.⁴⁷⁷

Al mismo tiempo, la directora reunió a la Cooperadora el 8 de marzo de 1982, apenas iniciadas las clases: en esta oportunidad, la docente propuso un plan de acciones para el mejoramiento del edificio, a saber: la pintura de los interiores, exteriores, bancos y sillas de los estudiantes, preparar una rifa que circularía desde el 15 de marzo y la limpieza total del edificio y el terreno. Como representación de los poderes actuantes, la firma de la responsable docente de la escuela tomaba todo el centro del pie de acta, mientras que los cuatro cooperadores asistentes (el presidente de la Comisión, su esposa y dos madres más) suscribían cada uno en un renglón, pegados al margen izquierdo.⁴⁷⁸

Unos días después, el 25 de marzo, se renovaron las autoridades. En esta asamblea, donde participaron unos

⁴⁷⁷ LACM-E40: 32-39.

⁴⁷⁸ LAAC-E40: 76-77.

pocos varones (tal vez cinco, por lo que se deduce de las firmas), se conformó un cuadro directivo para el período 1982-1984, en el que desaparecían casi todos los viejos apellidos fundacionales, a excepción de algunas de sus esposas.⁴⁷⁹

En un cambio de rumbo, lo burocrático dio lugar a una actividad social el 21 de septiembre de 1982, cuando la directora comenzó “una campaña de la formación del equipo de fútbol ‘Padres de la escuela n.º 40’, para participar en la reunión comunitaria del 2.10.82, a llevarse a cabo en la localidad [de] La Razón, escuela n.º 19 ‘Nicolás Avellaneda’”. Participarían de este campeonato cuadrangular los padres de la escuela anfitriona, de la 43 (La Campana) y de la 13 de General Alvear. Además del fútbol de padres, se programaba comida a la canasta, fútbol inter-escolar y truco.⁴⁸⁰

Las últimas tres actas del libro de Cooperadora que analizo pertenecen a 1982. Una era de finales de junio, y está relacionada con la organización de una lotería familiar en conjunto con otras escuelas rurales, con una actividad escolar municipal en la que participaría la Escuela 40, planeada para el 4 de julio en el club Colegiales, donde se esperaba recibir entre 4 y 5 millones de pesos Ley 18,188, y con un breve debate sobre qué hacer con remanentes de los bonos del Fondo Patriótico destinados al apoyo de la guerra del Atlántico Sur entregados a la escuela, que habían quedado sin vender al finalizar el conflicto.

La segunda acta corresponde a la reunión del 17 de agosto de 1982, donde se buscaba “algún beneficio, destinado a mantener los bienes y alumnos de la escuela”. Para ello, el vicepresidente de la Comisión presentó un “plan de trabajo” que incluía una cena en las instalaciones de la

⁴⁷⁹ LAAC-E40: 78-79.

⁴⁸⁰ LACM-E40: 47-48.

Sociedad Rural, con menú criollo y guitarreada. Por tentador que fuera, los presentes quedaron en pensarlo y contestar, pero la iniciativa no tuvo eco.

La última acta es del 31 de agosto y tuvo el mismo objeto que la cita anterior: “realizar algún beneficio para solventar gastos escolares y mantenimiento de alumnos gratis”. Esta vez la propuesta fue organizar una carrera cuadrera en la rural en forma conjunta con la Escuela 15 y “rifar un lote de animales donados (ovejas o cerdos)”. Junto con ello, se inició la campaña para vender una rifa a sortearse en noviembre, que contaba con la autorización oficial del municipio, a punto tal que se incorporó en una hoja del libro de actas una copia fiel del decreto municipal que lo disponía. Firmaban la directora, la maestra interina y cuatro socios de la Cooperadora.⁴⁸¹

Por otra parte, no quiero pasar por alto las actas 39 y 40 del libro de actas del Club de Madres. En la primera de ellas, la directora de la escuela reunió a los padres de los tres niños de la escuela que se confirmarían en el rito católico romano en octubre de 1983. El tema tratado fue la caravana desde el colegio hasta la capilla de La Barrancosa, donde el obispo de Azul llevaría adelante la ceremonia, “la vestimenta de los niños; los padrinos” y si querían hacer un almuerzo a la canasta en el lugar de la ceremonia religiosa o preferían un festejo en la misma Escuela 40. En el acta siguiente, el tema fueron las comuniones, previstas para el lunes 24 de octubre de 1983, y la duda esencial era si el festejo se podía hacer junto con el de los confirmandos, “con apertura comunitaria [sic]”. Luego, el documento dice así: “Se conversa sobre la vestimenta, la colecta y la compra de una cruz de madera. La visita de la catequista [...], que los preparará para la confesión”. Luego se anotó el listado de quienes tomarían su primera comunión.⁴⁸²

⁴⁸¹ LAAC-E40: 80-83.

⁴⁸² LACM-E40:61-63.

Es lo que se puede llamar un final a toda orquesta. Si alguien lo leyera en forma aislada, podría pensar que este texto pertenece a un cuaderno de comunicaciones de una escuela confesional. Sin embargo, en este caso, no hace sino confirmar el nivel de corrimiento de los actores al que me dediqué en este apartado. Asimismo, desde el antecedente de las misas de comunión de 1978 y de fin de año de 1979, el espacio cada vez mayor ocupado por celebraciones religiosas dentro de un ámbito laico (una escuela de gestión estatal) puede leerse como muestra de la confusión entre lo público y lo privado, un reflejo de la combinación entre la política municipal y la acción de jerarquía eclesiástica local que hubo en Saladillo durante la última dictadura militar.

Para concluir, y volviendo al problema de la matrícula, es justo decir que la campaña de “reclutamiento” iniciada por la directora en 1982 tuvo cierto éxito, al menos cuantitativo. Entre el 16 de marzo y el 4 de abril de ese año, la escuela recibió diez nuevos alumnos. Dos venían de la Escuela 1, y otros dos, de la 11; en un caso no se consignó el origen; otro era un alumno de primer grado que se sumó a su hermana, con pase de la Escuela 42 de 25 de Mayo; un estudiante figuró como proveniente de una escuela privada; hubo uno arribado de la Escuela 15; y el último llegó de la Escuela 21.

El 16 de abril, la visita de la inspectora dejó constancia de una “matrícula real de 20 alumnos”, pero no logró contener la sangría, que siguió con cuatro bajas: dos retornos a la Escuela 1, y los dos hermanos llegados de 25 de Mayo, que volvieron a cambiar su domicilio. Por primera vez, asimismo, los padres señalados con la profesión de “agricultor” quedaron como minoría, con apenas cinco casos, que respondían por seis estudiantes. En cuanto al resto del universo de progenitores, un albañil era responsable

de cinco hermanos, había tres puesteros, un comerciante y un encargado de campo, y los dos padres y la madre restantes fueron inscriptos respectivamente como empleados y empleada.⁴⁸³

En 1983, en la escuela se produjo una nueva recuperación de la matrícula, gracias a la llegada de nueve estudiantes de otros establecimientos: seis de escuelas locales y tres de partidos vecinos (dos de General Alvear y uno de 25 de Mayo). En el pasivo, a lo largo del ciclo lectivo, se perdieron cuatro alumnos, todos por cambio de domicilio, según la constancia del libro, que además no consigna hacia dónde se fueron. Además, y por primera vez en la historia del colegio, un solo alumno era hijo de un chacarero, lo que mostraba un tremendo desplazamiento de la comunidad social donde se nutría el grupo de escolares.⁴⁸⁴

Al año siguiente, la escuela recibió dos nuevos estudiantes, llegados desde las escuelas 1 y 26 de Saladillo, pero tres alumnos emigraron por cambio de domicilio. Solamente dos padres figuran como “agricultor”, mientras que la mayoría fueron consignados como “empleado”, uno como “mecánico” y dos mujeres como “ama de casa”. En este año hubo un “sinceramiento” con relación a la propiedad de la tierra que trabajaban muchos de ellos, ya que las mismas personas que en 1984 eran empleados habían sido anotadas como agricultores en el año anterior. También es llamativo que madres y padres que en 1983 figuraban con domicilio en otros cuarteles pasaron a consignarse como habitantes del Cuartel IX.⁴⁸⁵

En 1985, la Escuela 40 recibió a tres estudiantes de otros colegios, uno de ellos de Roque Pérez y dos de las Escuelas locales 1 y 34, mientras que cinco alumnos la

⁴⁸³ RMPR-E40: 1982.

⁴⁸⁴ RMPR-E40: 1983.

⁴⁸⁵ RMPR-E40: 1984.

abandonaron, por cambio de domicilio. En la planilla de padres, se anotó un solo agricultor, dos albañiles y dos amas de casa, y el resto figuraba como empleados y todos los progenitores fueron declarados vecinos del paraje.⁴⁸⁶

La escuela tuvo su último auge de inscripción en 1986, cuando los guarismos llegaron a 29 escolares, gracias a la llegada de seis estudiantes, venidos de las Escuelas 15 (tres), 1 (dos) y 26 (uno), pero eso se vio más que matizado por la pérdida de diez estudiantes. Todas las salidas fueron por cambios de domicilio, pero en estos casos se anotaron las escuelas o distritos de destino: cuatro hermanos se mudaron a una escuela privada; dos estudiantes, a Roque Pérez; una alumna, a Morón; uno, a la Escuela 15; otro, a la 1; y el restante, a la 21. Solamente había dos padres agricultores en el registro, mientras que en la plantilla figuraba un mecánico, un albañil y cinco amas de casa, y al resto se lo inscribió como “empleados”.⁴⁸⁷

En 1987, con el ingreso del nieto de uno de los chacareros fundadores, llegaron a tres los propietarios de la zona que enviaban sus vástagos a la Escuela 40, pero al año siguiente la hija de uno de ellos egresó de séptimo grado y el número volvió a dos, para recuperarse en 1989 con el ingreso de la hija y del hijo de otras familias chacareras de la zona.⁴⁸⁸ Justamente ese año se hizo la fiesta del 25.º aniversario de la escuela, la última reunión comunitaria de importancia, documentada con fotos, y la cooperadora confeccionó una medalla conmemorativa para entregar a los antiguos estudiantes, docentes y directivos.

En la década siguiente, la última de la centuria pasada, el número de las inscripciones osciló entre los once y los ocho alumnos, pero la matrícula real rara vez se mantuvo

⁴⁸⁶ RMPR-E40: 1986.

⁴⁸⁷ RMPR-E40: 1986.

⁴⁸⁸ RMPR-E40: 1987, 1988 y 1989.

por sobre los nueve estudiantes. En 1997, por ejemplo, de los ocho escolares anotados a comienzo del año escolar, se habían perdido tres antes de finalizar el curso.

En 1999, solamente un alumno pertenecía a las viejas familias que tanto habían soñado y trabajado por la Escuela 40. El hermano de su abuelo había sido secretario de la Cooperadora en una época –la década de 1960– en que la palabra “futuro” equivalía a “mejor”. Incluso su propio abuelo fue presidente de la Cooperadora un tiempo más tarde, ya cuando los años de esplendor habían quedado lejos. Sin embargo, al menos aquellos eran todavía tiempos en que ni la Escuela 40 ni el paraje donde se levantó su edificio podían imaginarse como páramos, donde apenas habitaban los recuerdos.

Senderos y experiencias de un acopiador: los recorridos por las chacras y el mercado del huevo

En el capítulo 5, me referí a la importancia económica de la avicultura en Saladillo y hablé de Casa Mario, tal vez el comercio más relevante de este rubro en la historia del partido. Fue justamente en ese lugar donde mi padre se empleó siendo apenas un adolescente. Allí trabajó duramente más de una década (entre mediados de 1940 y finales de 1950), aprendió los secretos del negocio de las aves y los huevos y se relacionó con un buen número de los chacareros que le vendían su producción a Mario Schenardi, su dueño.

Con esos antecedentes, ya casado y con una hija, abandonó su condición de asalariado y se dedicó al oficio de acopiador. En el principio llevó a cabo su actividad en el marco de un emprendimiento familiar, que comprendía a su propio padre (Luis) y a dos primos. Luego, el grupo se redujo a su progenitor y un hermano, y posteriormente él siguió con la actividad en forma individual. En 1960 adquirió el solar de la calle Empananza donde, junto con mi madre, levantaron la casa y un negocio que, con cambios y ampliaciones, se mantuvo abierto durante cincuenta años.

Los recorridos de lunes, martes y viernes

En los primeros años, la escasez de recursos materiales y las dificultades operativas circunscribieron las tareas a un recorrido entre las quintas y fincas que rodeaban a la Escuela 4, en el Cuartel I, un lugar no demasiado lejano del casco urbano –y hoy día casi integrado a él–, aunque en esa época era un área rural donde prevalecían los tambos y otros rubros relacionados al abasto de alimentos para el mercado urbano saladillense.

A ese periplo inicial, se le sumó más tarde otro poco más distante, ya ubicado en el Cuartel II, en una zona de chacras medianas que habían sido parte de la estancia 7 de Diciembre y de una gran fracción nominada en 1905 por De Chapeaurouge a favor de Carlos Darnley, que se desplegaba formando un rectángulo de unas 500 hectáreas delimitadas por la ruta 51 en el norte, las vías del Ferrocarril Roca en el oeste, la actual traza de la ruta nacional 205 camino a Bolívar en el este y un camino rural en el sur.

Ambos acopios los hacía con una “chata”, el tradicional carro plano de cuatro ruedas iguales, sin paredes laterales, generalmente arrastrado por seis caballos, que, a pesar de su simpleza y aspecto rudimentario, podía soportar cargas importantes de hasta 70 bolsas de cereal, de acuerdo con la precisa descripción ofrecida por Osmar Pallero en su texto de memorias juveniles (Pallero, 1981: 27-30).

Por cuestiones cronológicas, no anduve en aquel carro, ni conocí esos establecimientos, aunque sí a algunas de esas personas, ya retiradas y viviendo en el pueblo. De todas formas, puedo citarlos invocando la memoria de mi padre: Américo Magi y su primo Ricardo, Osvaldo Ciampichini y su hermano, Luis Calvitti, Aroza, Ruiz, Pacheco, Goñi y Carmiglio. La mayoría eran pequeños propietarios,

y varias de esas familias estaban emparentadas entre sí, como los Magi, los Ciampichini y los Giannoni. Mayormente eran argentinos de primera generación. Por ejemplo, Américo Magi era hijo de Amadeo, un italiano que murió en julio de 1971, a los 75 años. Además del nombrado, tenía otros siete vástagos.⁴⁸⁹

Según los recuerdos paternos, todos eran buenos clientes, y, sin dudas, las restricciones impuestas sobre la producción y comercialización de leche en 1963 (ver capítulo 4) habían sacado de circulación a varios de ellos para mediados y fines de la década de 1960. Por supuesto, también la naturaleza hizo su parte; tal fue el caso de Juan Goñi, quien falleció el 29 de junio de 1962, a los 75 años, y fue recordado por la prensa como un “antiguo y apreciable vecino, quien vivía en su chacra en las proximidades de la Escuela n.º 4”.⁴⁹⁰

En el capítulo 2, dediqué bastante espacio a la pavimentación de la ruta provincial 51 hacia Azul y al mejoramiento de los caminos rurales, proceso iniciado a principios de los años sesenta. En el caso laboral de mi padre, este factor fue determinante para planear una red de proveedores mucho más amplia y organizar repartos que lo alejaban a más de 20 kilómetros del pueblo. A fin de poder aprovechar las oportunidades que abrían estas mejoras, hizo el gran sacrificio económico de dejar la chata y adquirir un camioncito Chevrolet, modelo 1937, que unos años después cambió por un Dodge De Soto de 1960.

La primera extensión de su elenco lo llevó hasta la zona vecina a la estancia Leonchos. Allí tuvo un grupo de clientes que estuvieron activos en los primeros años de esa década, pero que habían abandonado su agenda a inicios de los años setenta, cuando yo ya pude sumarme a

⁴⁸⁹ *El Argentino*, 22/07/1971.

⁴⁹⁰ *El Argentino*, 05/07/1962.

la aventura por los campos. Entre otros motivos, eran personas bastante mayores, sin descendencia o con parientes sin interés en continuar viviendo en la campaña, de modo que fueron vendiendo sus campos, o los alquilaron, pero abandonaron la pequeña ganadería, motivo de la relación comercial entablada en su momento.

Este conjunto lo constituían las familias Refort, López, Ortalli (los hermanos Alberto y Juan Carlos), Wriqth y Vidal, junto a tres productores que sostuvieron sus actividades un tiempo más: Valentín Calvitti (h), los Salguero, un matrimonio ya mayor, y Pío “El Guapo” Marcelli, un personaje muy atractivo que –siempre según los recuerdos transmitidos por él a mi padre– había sido amigo personal de Hipólito Yrigoyen, quien lo pasaba a visitar por su rancho cuando andaba por Saladillo.

Con respecto a los primeros de la lista, la mayoría eran antiguos propietarios de la zona y estaban vinculados entre ellos por relaciones parentales. De hecho, ya figuraban como tenedores de parcelas medianas (entre 150 y 200 hectáreas) en los planos de Edelberg de 1919, al noreste del ángulo formado por la ruta 51 y el Canal 16. En el atlas de De Chapeaurouge, esos predios estaban a nombre de los hermanos García y de Santiago Cartier, pero, quince años más tarde, se habían subdividido por efectos sucesorios.

Uno de estos antiguos chacareros era Juan Ortalli, quien falleció el 5 de diciembre de 1969, a los 92 años. Según su obituario, vino de Italia y se instaló en La Barrancosa. A través del casamiento de sus hijas, su familia se cruzó con los Refort y los Cartier.⁴⁹¹ Por los registros de mi padre, dos de sus hijos siguieron con la explotación, aunque, ya en el invierno de 1963, Juan Carlos Ortalli ofrecía en un aviso publicitario “buen pastoreo con atención

⁴⁹¹ *El Argentino*, 11/12/1969.

personal” en su campo en ruta 51 y Canal 16, una muestra de la búsqueda de otro rumbo para su emprendimiento agropecuario.⁴⁹²

Alberto, otro de los descendientes de don Juan Ortalli, contrajo matrimonio con Aurelia, hija de Benicio Wright (en realidad, la gente los conocía como los Urí), lo que marca cómo estas familias estaban enlazadas entre sí.⁴⁹³ En cambio, es poco lo que puedo aportar sobre López y Vidal, a excepción del aviso necrológico de Juan Vidal, fallecido el 18 de mayo de 1972, de quien se decía que “nunca pudo recuperarse de una fractura de cadera provocada por la caída desde un caballo”.⁴⁹⁴

Con su posición comercial ya mucho más consolidada y otros medios a su disposición, en el segundo lustro del decenio de 1960, mi padre pudo organizar finalmente los tres repartos que mantendría casi sin cambios hasta 1980. Cada uno de ellos le demandaba entre cinco y seis horas. Arrancaba hacia las 06:00 de cada lunes, martes y viernes, y regresaba sobre el mediodía, más allá de las variaciones derivadas del nivel de actividad de cada momento del año. Así, si en invierno las vueltas resultaban más cortas por la baja postura de las gallinas, desde la primavera las tareas eran más arduas, para llegar al clímax de diciembre, cuando las fiestas de fin de año incrementaban la búsqueda de productos de granja, en especial la compra de lechones, pollos y pavos, destinados a ser plato principal de las celebraciones.

Cada uno de estos recorridos tenía puntos en común y compartían segmentos de caminos rurales, y ocurría que los martes y viernes pasaba por delante de chacras visitadas el lunes, aunque desde ya no volvía a entrar en ellas.

⁴⁹² *El Argentino*, 04/04/1963.

⁴⁹³ *El Argentino*, 03/11/1960.

⁴⁹⁴ *El Argentino*, 25/05/1972.

Pero, fuera de la vecindad, eran a su vez tres secciones bien diferenciadas y centradas en parajes distintos. El lunes la acción se desarrollaba en La Barrancosa, en las proximidades de la Escuela 40; el martes, en La Mascota, en el entorno de la Escuela 31; y el viernes, en La Razón, donde una parte de las fincas era cercana a la Escuela 15.

Así, los lunes se dirigía por la ruta 51, en dirección a General Alvear, hasta el kilómetro 287, donde giraba a la izquierda hacia el llamado “callejón de Candía”. Apenas salirse de la cinta asfáltica, ya tenía sus dos primeros clientes, los hermanos Hipólito y Tomás Rodríguez. Junto con otros siete hijos, ambos descendían de don Juan Rodríguez, español, fallecido en Lomas de Zamora, en septiembre de 1969, a los 85 años. Según el aviso de su muerte, se había dedicado a las faenas agrícolas durante más de veinte años, antes de dejar sus hectáreas a los dos vástagos que continuaron como productores.⁴⁹⁵ Hipólito Rodríguez estaba casado con Eusebia Rodilla, también de una familia de La Barrancosa.⁴⁹⁶

Luego de dejar atrás a estos hermanos y pasar por delante de la Escuela 40, continuaba por el callejón hasta su fin. En la bifurcación, tomaba hacia la derecha e iba a la propiedad de Tito Casella. Esta familia estaba asentada desde bastante tiempo en el país y en la zona. En las necrológicas se puede leer que José Ernesto Casella, muerto a los 74 años, en diciembre de 1962, había nacido en Lobos. Desde allí acompañó a sus padres y tíos en las labores agropecuarias en el campo Gorchs y en El Mangrullo, “pero desde 1932 se estableció en Barrancosa y merced a sus hábitos laboriosos pudo adquirir la tierra que trabajaba”. Su esposa era María La Regina, y su descendencia comprendía cuatro mujeres y dos varones.⁴⁹⁷

⁴⁹⁵ *El Argentino*, 18/09/1969.

⁴⁹⁶ *El Argentino*, 06/09/1973.

⁴⁹⁷ *El Argentino*, 20/12/1962.

Desde ese lugar, retomaba sus pasos y recorría el callejón en dirección norte, para ingresar en varias chacras contiguas. La primera era la de Roque Di Virgilio, un inmigrante del Abruzzo, nativo de Orsogna, provincia de Chieti, quien falleció el 13 de marzo de 1974, a los 79 años.⁴⁹⁸ Desde que yo recuerdo, la finca estaba a cargo de su hijo Juan Bautista y su familia. Del lado septentrional de sus linderos, se hallaban los hermanos Vicente y Domingo Mengoni, quienes a su vez tenían otros dos parientes colindantes por el este, pero que formaban parte del reparto de los viernes. Tres de estos cuatro Mengoni estaban casados con hermanas de apellido Natalini. En los orígenes de este clan, estaba César Mengoni, italiano de nacimiento y fallecido el 5 de julio de 1969, a los 71 años.⁴⁹⁹

En el fondo de ese sendero (calificarlo de “camino” sería un abuso vial), estaban las familias de Ítalo Bravo y Leopoldo Abelenda. No encontré en las fuentes periodísticas nada relacionado con los parientes de Bravo, pero hallé que el 21 de agosto de 1973, a los 77 años, falleció Pedro Abelenda, padre de Leopoldo, que era el primogénito.⁵⁰⁰ La esposa de Leopoldo era Emilia Renzi, integrante de otra familia muy tradicional y prolífica de La Razón, parte de la cual estaba integrada al recorrido de los viernes. Una vez cerrados los tratos con Abelenda, mi padre rehacía el camino a casa.

El amanecer de los martes se iniciaba como una copia del día anterior, pero variaba al llegar al mojón del 287, cuando, en vez de doblar, ingresaba al campo de los hermanos Candia. Desde ese sitio, había que seguir avanzando unos kilómetros más, para adentrarse en las chacras de la familia Abarca, habitadas por la prole de don Ángel

⁴⁹⁸ *El Argentino*, 21/03/1974.

⁴⁹⁹ *El Argentino*, 24/07/1969.

⁵⁰⁰ *El Argentino*, 30/08/1973.

-a quien presenté en el capítulo 3- y su esposa, Baltasara Mangas, cuyo deceso se produjo en marzo de 1964.⁵⁰¹

El predio que había pertenecido a este colono tuvo más de 300 hectáreas, que se dividieron en seis fracciones tras su muerte, un número bastante limitado teniendo en cuenta que el matrimonio dejó once hijos. No todos siguieron en la propiedad original: uno de ellos se mudó tras casarse con la hija de un chacarero de La Razón, que estaba incluido en el reparto de los viernes. Desconozco el destino de todos ellos; sin embargo, puedo precisar que una de las mujeres (Teresa) se había mudado al pueblo, donde murió a la temprana edad de 43 años, aparentemente soltera.⁵⁰² Otro de los varones, Julio, vivía en el campo familiar, pero se dedicaba al oficio de amansar potros, a punto tal de ser conocido como El Domador Abarca.

El fraccionamiento del campo se reflejaba en el número de clientes del recorrido de ese día, ya que, de los catorce chacareros visitados cada martes, seis eran Abarca, a saber: Ángel (h) y Luis Mario, dueño del taller de soldadura junto a la ruta 51, Luis, Pedro, Atilio, el Vasco, y Carlos. Entre ellos, mi padre siempre recordaba que Atilio supo criar más de 500 gallinas ponedoras, y era uno de los más grandes abastecedores de huevos de toda su clientela.

Después de atravesar estas chacras, cosa que hacía por dentro de los campos, sin salir a la ruta, cruzaba a visitar a otro clan, el de los Pérez-Moreno. En esas parcelas se encontraban los hermanos Víctor y José Pérez y el suegro de ambos, don Ventura Moreno. En el capítulo 3, hablé del padre de estos hermanos, don Víctor, un inmigrante español instalado en ese predio en 1941 y fallecido en 1965. Como queda dicho, ambos se casaron con hijas de Moreno. Estas familias compartían una importante extensión, que,

⁵⁰¹ *El Argentino*, 12/03/1964.

⁵⁰² *El Argentino*, 10/05/1962.

por su lado norte, limitaba con la chacra de Casella, la cual, según señalé más arriba, estaba en el reparto del lunes, y con la de Giannoni, último integrante del recorrido de los viernes.

Una vez atendidos los Pérez-Moreno, la gira continuaba por la calle que servía de lindero oriental de esta propiedad. Mi padre tomaba rumbo a su derecha y por allí encontraba el camino principal que une la ruta 51 con La Mascota, en la intersección donde se levantaba el edificio de la Escuela 31, hoy en ruinas. Tras girar a la izquierda, llegaba a la finca de Juan Carlos Baiocco, hijo de Agustín, a quien también presenté en el capítulo 3. Según su obituario, Agustín Baiocco tenía además una hija, Enriqueta, casada con un Recalde, otro habitante vecino de la zona.⁵⁰³

Desde esta chacra, la ruta seguía hasta encontrar el cliente más distante de todos, el campo de Gualberto. Junto con Baiocco, esta familia poseía una importante parcela, adquirida también en forma temprana. Si bien es cierto que ni uno ni otro aparecían en las mediciones de Edelberg de 1939, en un plano catastral muy aproximativo mandado a hacer por el Distrito Militar 21 en 1953 ya figuran ambas propiedades a cargo de sus dueños. Sin dudas, eran predios suficientemente importantes para ser señalados, aunque el dibujo y las dimensiones relativas en comparación con las grandes estancias evidencian que no eran producto del trabajo de agrimensores profesionales.⁵⁰⁴

Una vez alcanzado el punto más alejado, mi padre deshacía su camino en dirección a la ruta 51. Casi al encontrarse con el asfalto, atendía a sus últimos clientes, los hermanos Ramón y Enrique Recalde y los también hermanos Fermín y Agustín Rodríguez. Apenas terminaba, cerraba

⁵⁰³ *El Argentino*, 12/03/1964.

⁵⁰⁴ El original de este plano, en regular estado, está resguardado en el Museo de Saladillo. Agradezco su localización a Romina Virgili.

tras de sí las tranqueras de estos chacareros, retomaba el pavimento en el kilómetro 290.5 y desde allí regresaba a casa.

A diferencia de lunes y martes, si bien el periplo de viernes arrancaba en la continuación de la avenida Rivadavia en el tramo conocido como “acceso al Cristo”, al llegar a la actual calle que recuerda al intendente Carlos Arrospeide, el camión enfilaba a la izquierda por el llamado “camino a Estrugamou”. En el trayecto mi padre pasaba por el lugar de su niñez (una vieja construcción cercana al almacén de Cardillo), dejaba atrás la Escuela 15 y, antes de cruzar el enlace entre las rutas 51 y 63, ingresaba en la primera chacra del día, la de la viuda de Abarca. La señora vivía con su padre tras el fallecimiento de su esposo, Ramón Abarca, a los 43 años, en marzo de 1963 y en la Capital Federal, donde se hallaba en tratamiento contra el cáncer.⁵⁰⁵

Del otro lado del asfalto, el recorrido continuaba con la finca de Pedro Fasano y su familia, ubicada a la vera del Canal 16, justo antes de atravesar el nuevo puente de cemento inaugurado en 1971 (ver el capítulo 2). Cerca de allí, el siguiente destino era la propiedad de Braulio Aguilar, anfitrión que además ofrecía sistemáticamente a su comprador/huésped un mate cocido, infusión oportuna para encarar el resto de una todavía larga jornada.

De nuevo sobre el camino a Estrugamou, a un lado y otro de él se encontraban las parcelas de los hermanos José y Carlos Ripoll. Herederos ambos de Joaquín Ripoll, celebridad local presentada también en el Capítulo 3, se habían dividido en partes iguales las hectáreas de su padre, al tiempo que tenían una fracción menor un poco más al sur, en lo que habían sido las tierras de Cartier.

⁵⁰⁵ *El Argentino*, 27/03/1963.

José Baltasar Ripoll era un miembro activo y presidente de la Cooperadora de la Escuela 15. Murió de forma súbita de un ataque cardíaco el 30 de agosto de 1973, a los 50 años.⁵⁰⁶ Su esposa era María Celestina Renzi, y sus suegros, José Renzi y Adelina Foresi (otro apellido renombrado de la zona, emparentado con varias familias, como la de Américo Magi, cuya madre era una Foresi). Su única hija, Marta, se casó poco después con Armando Piersantelli, miembro de un reconocido clan de La Barrancosa que eran buenos proveedores de mi padre, pero que no estaban en un reparto y traían su producción directamente al negocio.

El derrotero continuaba por la misma carretera rural hasta una encrucijada con un camino menor, y allí se accedía a la parcela de Tito Nanni. Vecino a él estaba el campo de Saralegui, la última posesión de una estancia que en su momento fue gigantesca. Si bien en el atlas de De Chapeaurouge no figuraba esta propiedad y el territorio que ocupaba todavía estaba asignado a Toledo y Atucha, en los planos de Edelberg aparecía en cambio un imponente conjunto de 5,400 hectáreas divididas en dos fracciones de 2,700 hectáreas cada una. La sección norte se hallaba aún indivisa, y se registró como estancia San Miguel, a nombre de Miguel Saralegui. La parte sur ya se había dividido por efectos hereditarios en ocho parcelas irregulares de entre 270 y 360 hectáreas. La suma de estos campos formaba un gran cuadrado, seccionado en diagonal por el camino a Estrugamou, cuyos límites eran las estancias Santa Isabel, de Santiago Gómez, por el sur, La Barrancosa, de Matilde Anchorena, por el oeste, La Razón, de Isabel Arrayagaray, por el este, y la nombrada San Miguel, por el norte.

⁵⁰⁶ *El Argentino*, 06/09/1973.

Detrás de ese retazo sobreviviente, normalmente arrendado a algún chacarero de la zona, se hallaba la finca de los Renzi. Varias veces nombré a esta familia, que, gracias a su tamaño, estaba vinculada con muchos otros clanes del área. Ni siquiera mi padre recordaba con precisión cuál rama de ellos eran sus clientes, pero, en las necrológicas de *El Argentino* de 1960, se puede observar una breve reseña de la señora Celestina Pierdominici de Renzi. Nacida en Osimo (Ancona), había llegado a Argentina en 1902, ya casada. Luego de cuatro años viviendo en Roque Pérez, se radicó con su esposo y cuatro hijos (entre ellos, uno de nombre José) en La Barrancosa.⁵⁰⁷

Por macabro que suene, los Renzi ocuparon con asiduidad esa sección del semanario. Así, Juan Renzi falleció el 2 de enero de 1961.⁵⁰⁸ El 30 de agosto de ese mismo año, hizo lo propio Anunciada Sampaoli de Renzi, viuda de Enrique Renzi y presentada como vecina de La Razón.⁵⁰⁹ Por su parte, a mediados de 1962, murió José Renzi, y el 2 de junio de 1963 se produjo el deceso de su esposa, Asunta Massaccesi, a la edad de 77 años. Según las necrológicas, se habían casado en Italia en 1908 y al poco tiempo emigraron a Saladillo.⁵¹⁰

El reparto en ese ángulo de La Razón culminaba con la chacra de Manuel Capobianco. Desde ella, mi padre iniciaba el regreso desandando el recorrido hasta el primer cruce con un camino secundario, en el que doblaba a la izquierda para internarse en las propiedades de la familia Angelani, integrada por don Alfredo, migrante italiano fallecido en 1976, y sus hijos Alfredo y Julio. A continuación, ingresaba en la propiedad de los hermanos Faustino

⁵⁰⁷ *El Argentino*, 21/07/1960.

⁵⁰⁸ *El Argentino*, 12/01/1961.

⁵⁰⁹ *El Argentino*, 06/09/1962.

⁵¹⁰ *El Argentino*, 13/06/1963.

y Ramón Mengoni, y finalmente en la de Nicolás Giannoni. Como era lógico, estas dos familias estaban emparentadas, ya que la esposa de Giannoni era María Luisa Mengoni, fallecida a la joven edad de 46 años, el 13 de febrero de 1973.⁵¹¹

Asimismo, al igual que los Renzi, los Giannoni eran una parentela amplia. Algunos miembros de esa familia vivían al norte de las vías del Roca y eran los clientes mencionados más arriba. Otro Giannoni tenía un campito en el cruce de las rutas 51 y el enlace hacia la ruta 63, en la zona conocida como Las Gallaretas, debido al nombre la laguna cercana. También ocuparon varias veces las necrológicas, y aquí van varios ejemplos: en diciembre de 1962, se informó la muerte de Juana La Regina de Giannoni, de 55 años.⁵¹² Años más tarde, una nota escueta anunció el fallecimiento de Juan Giannoni, italiano de nacimiento, asentado en La Barrancosa y padre de nueve hijos.⁵¹³ A mediados de 1971, dejó de existir Gerónimo Giannoni, de 67 años, quien según, el semanario de los Volonté, era el padre de Raúl y Juan Giannoni y vivía en La Garita, Cuartel ix.⁵¹⁴ Por último, en junio de 1975, se produjo la defunción de don Carmen Giannoni, de 75 años, esposo de Ángela Casella, que, como se ha visto, era otro apellido del vecindario.⁵¹⁵

Más allá de estas notas fúnebres, cuyo objeto principal es exhibir el entrecruzamiento entre familias de la zona, con la chacra de Giannoni concluía el trabajoso reparto de los viernes. Tras haber abierto y cerrado un sinfín de tranqueras, mi padre salía a la huella que bordeaba el campo de Casella, para volver a la bifurcación del callejón de

⁵¹¹ *El Argentino*, 22/02/1973.

⁵¹² *El Argentino*, 13/12/1962.

⁵¹³ *El Argentino*, 16/05/1968.

⁵¹⁴ *El Argentino*, 22/07/1971.

⁵¹⁵ *El Argentino*, 12/06/1975.

Candia. A continuación, pasaba frente al colegio y subía a la ruta 51 en el kilómetro 287, donde sus actividades habían empezado con las primeras luces del lunes anterior.

Un agente económico en acción: anatomía del “reparto”

En 1961, al publicar su trabajo sobre la actualidad de la industria avícola en ese momento, Enrique Álvarez y Erasmo Gobbi dejaron esta observación: “A veces los pobladores rurales suelen entregar sus productos en forma directa al acopiador, recibiendo en pago artículos comestibles o de vestir. El trueque también lo practican los compradores ambulantes” (Álvarez & Gobbi, 1961: 82). Gracias a la constatación directa, puedo afirmar que esto era así en el caso de mi padre, aunque el grueso de las operaciones se transaba con dinero en efectivo y en el propio instante del intercambio.

En realidad, la preparación de cada reparto era una tarea que comenzaba el día anterior e insumía un tiempo nada despreciable. En primer lugar, se requería efectuar el cálculo de los cajones para huevos necesarios en cada itinerario, cantidad variable según la época del año. El sistema era simple: en cada recorrido mi padre recogía los cajones llenos con la producción de cada cliente y dejaba otros vacíos.

Un cajón completo contenía (y aún contiene) 30 docenas de huevos, divididas en dos secciones de quince docenas cada una, separadas por una tabla fina. Hasta principios de la década de 1970, se acomodaban en cinco compartimentos de cartón blando con cuadrículas unitarias para tres docenas de huevos. En esos años irrumpieron los envases de cartón duro de dos docenas y media, conocidos como “maples”, que se estibaban de a seis por cada mitad del cajón.

Los cajones ocupaban la parte delantera de la caja del camión, y se disponían de forma tal que facilitaran el ingreso de

los llenos y la salida de los vacíos. La caja tenía dos accesos, uno chico por el medio y otro grande en la parte trasera. La apertura lateral servía para definir un pasillo de tránsito de subida y bajada de los productos, por lo que debía quedar libre. En la parte trasera, se acomodaban las bolsas de alimento balanceado, mayormente destinado a gallinas y pollos, pero también a lechones. En la sección posterior, se ubicaban unas jaulas para transporte de aves, de madera y alambre tejido. En el llamado “buche” (la parte delantera de la caja que se eleva por sobre la cabina de conducción), se colocaban damajuanas o envases de botellas, además de la lona prevista para caso de lluvias. En la mitad de la caja, frente a la puerta, viajaba un cajón grande de madera, en el que mi padre transportaba provisiones para sus clientes.

En realidad, un segmento importante de programar cada reparto se consumía en preparar los artículos que servirían para este intercambio. La oferta de bienes alimenticios se constituía de yerba, azúcar, café, té en hebras, galletitas saladas, latas de tomate para salsa, sal, fideos secos, vino en damajuanas de diez y cinco litros, y –muy rara vez– botellas de bebidas gaseosas; el menú de artículos de limpieza comprendía jabones de lavar ropa y de tocador, hojas de afeitar y escobas de paja. También proveía cigarrillos. A ellos se sumaban pedidos especiales, es decir, requerimientos puntuales de cosas demandadas de forma esporádica. Algo que me llamaba la atención eran las damajuanas de veinte litros de un solvente de alta combustión conocido como “nafta blanca”, utilizado para las viejas planchas de ropa. Recuerdo que estaban contenidas en una especie de cesto de madera y acolchonadas con paja, como forma de evitar los golpes y la fricción.⁵¹⁶

⁵¹⁶ La “nafta blanca” se usaba como combustible en planchas de ropa de fundición de hierro. Estos aparatos tenían un depósito en el que se introducía el solvente. Con ello se generaba el calor para poder alisar la ropa. De todos modos, la mayoría de las casas de campo utilizaba la plancha de hierro, que formaba parte de los implementos de la llama-

Según lo expuesto, era una lista bastante sencilla y de necesidades básicas. Por ejemplo, jamás vi que mi padre portara pasta dental, desodorantes, o cepillos de dientes, ni siquiera por encargo. Justamente los encargos eran otro componente del reparto. Entre un viaje y otro, muchas veces mi padre recibía pedidos puntuales, que podían ser una marca especial de cigarrillos, tabaco y papel para armar cigarros caseros, bolsas de galletas de piso o galleta nuez, algún producto de librería. Excepcionalmente, podían solicitarle alguna gestión determinada, como llevar a reparar una radio, por ejemplo. Nunca supe que hiciera algún tipo de trámite a nombre de sus clientes.

No todos los chacareros adquirían estos bienes en el reparto. La mayoría de ellos los compraba directamente en los negocios del casco urbano (la Cooperativa Agrícola era el principal centro de abastecimiento de quienes estaban asociados a ella), o en los almacenes más cercanos a sus chacras, acerca de los que hablé en el capítulo 6. Pero, para algunos clientes con menos recursos y medios de movilidad, como quienes solamente tenían un *sulky*, esta prestación era una solución simple, sencilla y barata, dado que mi padre apenas obtenía una ganancia de estas actividades, que eran mucho más un servicio al cliente que un factor de ingresos.

Como reconocimiento de este gesto, era muy común que recibiera regalos de su clientela. Los obsequios eran inevitablemente alimentos. Los más apetecidos (al menos en mi caso) los constituían los productos de la factura del cerdo, esa tradición comunitaria celebrada en cada invierno, a la que mi padre era a veces invitado, pero rehusaba participar debido a sus obligaciones laborales y familiares. Junto con los chorizos frescos, las longanizas,

da "cocina económica", alimentada a leña chica, ramas, o mazorcas desgranadas (marlos de maíz).

las morcillas, el queso de chanco y los chicharrones, en la época fría lo normal podía ser la ofrenda de un queso “cavallo”,⁵¹⁷ o algún zapallo, ya fueran los blancos para puchero o los rayados destinados a hacer dulce. Por el contrario, en primavera y verano el buche del camión siempre volvía con duraznos, ciruelas, melones y sandías (esta última, la fruta más obsequiada). De esta forma, aunque en mi niñez no sabía que existía una disciplina llamada “antropología”, pude conocer de manera empírica el juego de la reciprocidad.

Más allá de toda disquisición etnográfica, y junto con la venta de alimentos balanceados, el negocio familiar se nutría principalmente de la compra y venta de huevos. Una vez que el reparto terminaba, comenzaba la etapa de clasificación, preparación y colocación en el mercado. En el capítulo 5, me explayé sobre los ritmos y los ciclos productivos de la avicultura a campo, con una baja postura en otoño e invierno, y un alto rendimiento en primavera y verano. Esto se reflejaba en los volúmenes de recepción y despacho del comercio de mi padre.

En temporada alta, no era raro que cada acopio concluyera con el ingreso de 70 cajones de huevos (2,100 docenas), lo que daba una recolección de 200 cajones semanales, a lo que debía agregarse el aporte de quienes traían sus huevos directamente al galpón de la calle Emparanza, que, lejos de ser casos aislados, resultaban una contribución sistemática y consistente. En esos meses, el trabajo se multiplicaba y apenas si todas las manos familiares podíamos tener al día el proceso de selección. Por el contrario,

⁵¹⁷ El queso “cavallo” o *cacciocavallo*, como es su nombre original, es un producto de leche vacuna cruda, de masa media y compacta, que tiene forma de pera o lágrima. Su maduración se hace colgando las piezas. Su sabor es suave y debe comerse joven, ya que la crianza lo termina secando y agrietando y lo vuelve picante. Es originario del sur de Italia.

en los meses fríos, las cantidades disminuían de manera sensible, con un promedio de 25 a 30 cajones por salida, cifra que incluso a veces era menor por efectos de cuestiones climáticas.

El procedimiento de clasificación era el pasaje de los productos arribados en los cajones recolectados en el reparto a otros cajones dispuestos para el mercado. En ese traspaso se descartaban los huevos cuyos estado, tamaño o aspecto los excluían de ser vendidos como productos de calidad. Una acción que de niño me resultaba divertida era ver si estaban podridos. Para ello se acercaba el huevo a una lámpara y se comprobaba la situación de la yema, que debía verse de manera nítida dentro de la albúmina. Si esos huevos se rompían, invadían al ambiente con un olor sulfúrico insoportable.

Esta revisión era más exhaustiva en verano, cuando a veces los chacareros dejaban el producto demasiado tiempo en las nidadas, y el calor y la humedad aceleraban la descomposición. También se descartaban los que estaban demasiado sucios, normalmente con barro o estiércol de gallina (a los poco o apenas enlodados, se los raspaba suavemente en seco con una esponja de alambre, dado que a los huevos no se los puede lavar porque se degradan rápidamente), los rotos o cachados, los pequeños, y los "infiltrados", como los huevos de pata o de pavita (estos últimos eran muy ricos, los primeros demasiado grasosos). Los descartados pero frescos se vendían a precio mucho más bajo. Sus demandantes eran las familias pobres que ni siquiera podían permitirse comprar huevos comunes, o negocios como las panaderías o fábricas de pasta, quienes se beneficiaban de su costo inferior y a quienes el aspecto o el tamaño poco les importaba.

Una parte menor de lo recogido se colocaba en los propios cajones de mi padre, identificados con una hoja

impresa que contenía el nombre, la dirección completa y la leyenda “Ferrocarril General Roca”, folio pegado con engrudo en las caras frontal y posterior de cada cajón. Estos envases se utilizaban para el despacho local. Si iban a ser vendidos a acopiadores mayoristas, el traspaso se hacía directamente a los cajones de esos comerciantes.

La enorme mayoría de los huevos tenían como destino el mercado de la actualmente denominada “Área Metropolitana de Buenos Aires”. De esto se encargaban dos compradores: uno de ellos era de la Zona Sur del conurbano bonaerense (Temperley) y el otro de la Zona Oeste (Gregorio de Laferrere). En general, se mantenían muy buenas relaciones con ambos, a quienes mi padre les hacía creer que era su proveedor exclusivo y balanceaba las existencias para asegurarles cuotas lo más parejas posibles.

El mayorista de Temperley venía los martes a la tarde, por lo que se llevaba la recolección de los viernes y una parte de la de los lunes; el de Laferrere llegaba los viernes después del mediodía, y se hacía con algo del reparto del lunes y la totalidad de la del martes. A diferencia de su colega sureño, este comprador también aumentaba su frecuencia en épocas navideñas, ya que adquiría pollos de campo y lechones para atender la demanda estacional. Incluso a veces hacía viajes específicos e iba directamente con mi padre a las chacras a proveerse de lechones.

En los tiempos de gloria de la producción avícola local y en la temporada de mayor postura, cada comprador se llevaba unos 100 cajones semanales para el Gran Buenos Aires, es decir, unas 12,000 docenas de huevos mensuales que se volcaban en ese gigantesco mercado, y supongo que otros acopiadores, como Carlos Carrasco o los hermanos Blanco, por ejemplo, no despachaban una cantidad menor que esa. A fines de la década de 1970, cuando la actividad comenzó a declinar, mi padre perdió a Enrique Cristiani,

su comprador de Temperley. Domingo Villarroel (h), el representante de Laferrere, se mantuvo fiel durante varios años más. Todavía bien entrados los años ochenta, seguía viniendo a Saladillo, aunque entonces el botín era cada vez más magro. Nunca supe nada más de ellos, y creo que mi padre tampoco.

El fin de una era: una lluvia de asteroides sobre el mundo chacarero

Conforme con lo expuesto hasta aquí, desde 1975 la economía y la política argentinas se sumergieron en un abismo de problemas. Lejos de corregirse esas dificultades con el derrocamiento del gobierno de Isabel Perón, la dictadura instalada en marzo de 1976 aceleró la destrucción de la matriz productiva nacional, desalentó la inversión, favoreció la especulación financiera, ayudó a la concentración empresarial y –al fracasar en su intento de contener la inflación– produjo un marcado retroceso del poder adquisitivo de la población. Ninguna de todas estas desgracias eludió a los pequeños y medianos emprendedores rurales locales, que fueron alcanzados también por las duras condiciones impuestas a sus vecinos urbanos y a una enorme mayoría de sus connacionales.

Pero, además de este contexto general, el mundo chacarero de Saladillo debió enfrentarse a otros cataclismos que concurrieron a su desaparición, al menos en los términos de interacciones económicas, sociales y comunitarias evocadas en las secciones anteriores. Por supuesto, esta lluvia de asteroides no se ensañó de manera exclusiva con el campo saladillense, y trabajos como el de Javier Balsa muestran de forma adecuada cómo colapsó ese universo en distintos lugares de la geografía bonaerense, a pesar de la diversidad productiva.

Sin embargo, en la medida en que Saladillo había logrado conformar hacia la década de 1960 un conglomerado económico y social de una gran vitalidad, basado sobre la dinámica de la propiedad chica y mediana, esa destrucción tuvo un impacto tal que ya no hubo recuperación posible. Desde ya, y aunque fueran bastante menos en números, la zona rural del partido siguió teniendo productores, pero el paisaje social donde ellos habían existido era una completa ruina en el decenio de 1980.

Como señaló Balsa: “Dos factores causaron esta transformación: por un lado, la ya analizada drástica reducción en la cantidad de pequeñas explotaciones agropecuarias; por el otro, la radicación urbana de la mayoría de los productores que lograron sobrevivir” (Balsa, 2007: 162). Cada uno de ellos implicó asimismo una serie de motivaciones adicionales, cuyo análisis desagregado ayuda a entender mejor un proceso que puso fin a casi un siglo de paciente construcción colectiva.

Los cambios estructurales y el peso de la coyuntura económica

Buena parte de las circunstancias que liquidaron el complejo socioeconómico representado por los pequeños chacareros tuvo que ver con el resultado de mediano plazo de las transformaciones producidas desde 1960, examinadas en el capítulo 1. El auge de la agricultura, la mecanización, las nuevas técnicas y la preeminencia del capital de trabajo por sobre la mano de obra redefinieron la viabilidad de las unidades productivas y fijaron la necesidad de superficies mayores para generar una rentabilidad mínima.

De acuerdo con Alfredo Pucciarelli, entre 1960 y 1988 hubo una importante ampliación de la extensión media global de las explotaciones bonaerenses, que pasaron de

262 a 316 hectáreas por unidad (un 38 % de incremento). Si bien un segmento de ese aumento se debió a la pérdida de importancia de la gran tenencia,

[...] la explicación de aquel fenómeno se halla, como es de suponer, en los cambios operados en el otro extremo de la escala; allí, las pequeñas unidades de menos de 200 ha parecen haber entrado en un proceso de virtual descomposición: desaparecen 25,780 representantes de esa especie y por esa causa entregan a los estratos mayores casi 1,3 millones de ha, es decir un tercio de la superficie que controlaban antes de iniciarse el proceso de agriculturización; su participación cae del 17 % al 12 % del total. Este es el cambio fundamental, el que parece tener mayor trascendencia social y permite, a la vez, explicar en su mayor parte el aumento de la superficie media global (Pucciarelli, 1993: 76).

También sobresale la abrumadora caída de la mano de obra familiar en las explotaciones agropecuarias de Buenos Aires: de las 91,729 personas ocupadas en 1960, para 1988 solamente quedaban en actividad 27,212, lo que representa una baja del 70 %. El número de productores, asimismo, descendió de 140,858 en la primera fecha a 68,673 en la segunda, es decir, un 51 % menos (Pucciarelli, 1993: 87). Del mismo modo, otro trabajo remarca que las explotaciones bonaerenses de entre 25 y 100 hectáreas disminuyeron desde las 30,442 existentes en 1969 hasta las 25,138 de 1981, en tanto las de entre 100 y 200 hectáreas se mantuvieron casi constantes alrededor de las 16,000 unidades (Obschatko, 1988: 134).

Estos datos dan cuenta de las difíciles condiciones en que se fueron encontrando la mayoría de los pequeños productores desde la década de 1970. El proceso de eliminación de las chacras más chicas no era algo totalmente nuevo, porque, en el capítulo 3, mostré el notable descenso operado entre 1947 y 1960 en el segmento de las unidades de menor tamaño en Saladillo, en especial en las

explotaciones por debajo de las 25 hectáreas. Ese movimiento continuó, dado que muchas de las fincas de mayor extensión se fueron subdividiendo por motivos hereditarios. Allí donde uno de los hijos no conseguía mantener la unidad de la explotación, el resultado era el surgimiento de chacras demasiado chicas para la operatoria agrícola o ganadera, que tarde o temprano salieron de producción.

Aquellas propiedades cercanas a la planta urbana, o bien comunicadas con ella gracias al desarrollo caminero y las rutas asfaltadas, tuvieron además la presión para la venta que significó el inicio de la expansión de las “casas quintas”, o residencias alternativas de familias acomodadas del pueblo. Antiguas zonas de campaña se convirtieron en loteos periurbanos y, donde allí habían existido productores de leche, artículos de granja, frutas y verduras, se levantaron clubes o viviendas particulares con piscina. La transformación sufrida en la zona de El Cristo, en la continuación de la avenida Rivadavia en dirección al cruce con la ruta 51, es uno de los ejemplos más nítidos.

Por otra parte, en los años setenta, comenzó a verse también un fenómeno cada vez más común: la aparición de compradores del Área Metropolitana de Buenos Aires, que adquirirían chacras y campos como inversión, sin interés en sostenerlas en su función agropecuaria. Este hecho tuvo, sin dudas, relaciones con la incertidumbre económica nacional, el descontrol inflacionario y la necesidad de muchos tenedores de dinero físico de optar por bienes seguros como la propiedad inmobiliaria, ya fuera esta urbana o rural.

Estos nuevos propietarios no eran productores, ni estaban interesados en serlo, solamente buscaban un refugio seguro contra la crisis económica y política desatada después de 1975. A finales de 1976, por ejemplo, el entonces joven chacarero Lorenzo Espíndola reflexionaba sobre

el abandono de las fincas por parte de los jóvenes y el cambio en el modelo de tenencia en la zona rural de Saladillo, donde, remarcaba, “muchas extensiones de campo” habían sido “absorbidas por inversionistas o capitalistas”.⁵¹⁸

No fueron pocos los chacareros que se vieron tentados por una suma importante para enajenar la propiedad, sobre todo quienes disponían de una explotación mínima que cada día se convertía en más inviable. Se enfrentaron en aquel momento a una verdadera encrucijada: ¿para qué seguir luchando por la supervivencia cotidiana, cuando tenían un capital cuya venta les permitiría mudarse al pueblo, vivir cómodamente, y conseguir una renta financiera gracias a los fondos sobrantes depositados en el banco?

Más allá de su costado comercial, con ello pusieron fin a un recorrido familiar de una o más generaciones, un viaje iniciado en Europa por un padre o un abuelo. Fue el caso de varios de los clientes de mi padre. Uno de ellos, tras vender su chacra en La Barrancosa, pasó a saludar por el negocio en un momento en que había otro cliente presente, quien lo recibió con una aclamación categórica: “¡Acá llega un millonario!”. Otro ejemplo fue el de aquel antiguo productor, vecino de la Escuela 4, que, a principios de 1973, vendió su parcela a un comprador forastero. Este le pagó en efectivo con una cantidad de billetes que el chacarero jamás había visto en su vida. En ese momento, era un hombre mayor de 60 años, viudo desde 1963, sin hijos.⁵¹⁹ Con el monto de la operación, compró una casita y un Renault 12 cero kilómetro, y destinó el excedente monetario a unos plazos fijos con el fin de suplementar largamente la jubilación.

Como alguna vez contó en el comercio de mi padre (que desde entonces satisfizo en parte sus necesidades de

⁵¹⁸ “Hacia nuevas generaciones agrarias”, *El Argentino*, 18/11/1976.

⁵¹⁹ *El Argentino*, 07/03/1963.

socialización), uno de sus ancestros se había suicidado durante la crisis de los años treinta, agobiado por las deudas y una prole a la que no podía mantener, y él no pensaba llegar a una situación semejante. Aunque la esperanza rentista se hundió con la caída de la moneda nacional, la casa, el auto y su modesta pensión lo acompañaron hasta la muerte. Bastante antes había perdido a su mascota, Gastón, el perro que evocaba el único recuerdo viviente de sus tiempos de labriego.

Buena parte de la modernización que se dio en la campaña bonaerense desde 1960 estuvo relacionada con la abundancia de créditos baratos, convertidos por efectos de la inflación en virtuales subsidios a la producción. En 1975 se llegó al tope de la situación, porque el desmadre de los precios hizo que los préstamos tuvieran tasas muy negativas, pero fue también el canto del cisne de ese mecanismo de transferencia de ingresos. Desde 1977, con el cambio de la política financiera implementado por la dictadura, el recambio de maquinaria y equipo se volvió muy dificultoso. De acuerdo con Felipe Solá, el capital “pasó a ser el factor más caro”, a la vez que el proceso de innovación lo había convertido en el recurso central de los cambios. Así, las

empresas familiares que habían ingresado a la agricultura moderna liquidando en muchos casos sus existencias de ganado y realizando inversiones con crédito, estaban fuertemente endeudadas y no tenían ya la posibilidad de usar la ganadería como fuente de financiación de corto plazo (Solá, 1985: 43).

En idéntica dirección se manifestó Lucio Reca, al sostener que, después “de la reforma financiera de 1977, la demanda de crédito a períodos extensos para financiar inversiones en maquinaria, tractores, almacenamiento, etc., declinó drásticamente”. La tendencia alcista y la incertidumbre generaron el corte de la vía crediticia para

proyectos de largo aliento (Reca, 1982: 31-34). Una muestra de ello es el derrumbe de la venta de tractores: de los 22,000 colocados en 1977, la cantidad bajó a 6,300 en 1978, y a alrededor de 3,000 para 1981 (CEPA, 1984: 103-104). Justamente, en mayo de 1978, una de las revistas avícolas se hizo eco de la preocupación de la Asociación de Fábricas Argentinas de Tractores (AFAT) y publicó la queja de esta entidad ante las autoridades nacionales, en la que calificaban “la crisis más grave de su historia”⁵²⁰ Si bien en 1979 la fabricación tuvo un repunte importante, las ventas, en cambio, no lograron mejorar.⁵²¹

Fueron años en que los precios internacionales tampoco acompañaron a los productores de maíz y sorgo. Los tiempos dorados de principios de los setenta, cuando ambos granos superaron holgadamente los 100 dólares por tonelada, se acabaron desde 1976. En efecto, la tonelada de sorgo bajó desde el precio récord de USD 115 de 1973 hasta USD 71 en 1979, tras haber perforado el piso de los USD 70 en 1978. En 1980, cuando el precio se recuperó hasta superar los USD 97, las inundaciones impidieron a la mayoría de los chacareros de la zona el goce del aumento. En el mismo sentido, el maíz se desplomó desde los fantásticos USD 145 por tonelada de 1974 a los USD 86.50 de 1979. Al igual que el sorgo, en 1980 el precio volvió a superar los USD 100 por tonelada, pero en esos días las mazorcas saladi-lenses se pudrían en el agua estancada (CEPA, 1984: 119).

La crisis profunda afectó también la ganadería vacuna. Según el trabajo de Graciela Martínez Dougnac sobre este sector pecuario bonaerense entre 1960 y 1988, buena parte de los 26,000 emprendimientos desaparecidos durante el plazo de pesquisa eran de pequeños propietarios, ya que la disminución del número de explotaciones llegó al 45.6% entre aquellos que poseían hasta 100 cabezas (Martínez Dougnac, 2000: 107).

⁵²⁰ *Orientación Avícola*, mayo de 1978, p. 60.

⁵²¹ *Orientación Avícola*, agosto de 1979, p. 96.

En gran medida, a este hundimiento contribuyeron los bajos precios relativos de las carnes bovinas del período 1978-1987, coincidente “con una de las fases de liquidación (1978-1982) más prolongada desde 1960”. Una consecuencia accesoria de esto fue el desaliento a las inversiones y a la “adopción de tecnologías mejoradoras de la producción”. Según sostiene Jorge Pizarro, esta

situación fue más severa en la zona ganadera que en la zona agrícola o mixta, probablemente porque en estas últimas los beneficios logrados por la agricultura permitieron mantener la infraestructura ganadera a la espera de su recuperación por mejores precios (Pizarro, 1998: 37).

Muchos contemporáneos pudieron dar cuenta de esa realidad. En el plano local, en abril de 1978, una nota del Centro de Juventud Agraria Rafael Obligado se pronunció sobre la pérdida de rentabilidad del negocio agrario. Según el artículo, entre 1976 y el momento del comunicado, los precios de los insumos y bienes de uso habían tenido fuertes subas, que, en el caso de los combustibles, repuestos de tractores, gastos de transporte y productos y servicios veterinarios, superaban el 500 %, mientras que los cereales se habían incrementado un 240 % y la hacienda vacuna, un 300 %; todo ello sin contar el aumento del impuesto inmobiliario (un 1,100 %), ni el aludido abandono de la política de tasas de interés negativas, que ya no compensaban las pérdidas en forma de subsidios.⁵²² Al año siguiente, un informe de CONINAGRO indicó que, entre septiembre de 1979 y febrero de 1980, mientras que los precios agropecuarios crecieron un 8.5%, los no agropecuarios aumentaron un 28.2 %, y los minoristas, un 38.4 %.⁵²³

⁵²² “Análisis de la Política Agropecuaria”, *El Argentino*, 06/04/1978.

⁵²³ “CONINAGRO analiza la realidad de la gestión económica nacional”, *El Argentino*, 15/05/1980.

A diferencia de las crisis que afectaron la ganadería mayor en las décadas de 1930 y 1960, su hermana menor no pudo convertirse en una alternativa para superar las dificultades. La tijera entre costos y precios de mercado iniciada en 1976 se profundizó en los años siguientes y favoreció el fuerte proceso de concentración que ya estaba en marcha (ver capítulo 5). La política de apertura de las importaciones de productos de granja impulsada por Martínez de Hoz para controlar la inflación dio un golpe mortal a la actividad. El ingreso de huevos desde Brasil, iniciado en 1979, continuó en el año siguiente, a punto tal que la prensa saladillense se hizo eco de una de las recurrentes notas de la Asociación de Productores de Huevos contra esta medida.⁵²⁴ Ese año, la situación sectorial era tan difícil que los productores entrerrianos decidieron suspender la xv Fiesta Nacional de la Avicultura, tradicional encuentro desarrollado en Crespo.⁵²⁵

En 1984, Horacio Pereira –nuevamente en la función pública en la Secretaría de Agricultura y Ganadería del gobierno de Alfonsín– remarcaba la delicada situación del sector en una monografía propositiva de medidas para corregir la crisis de las empresas avícolas. En su diagnóstico, enfatizó en que uno de los principales desfasajes era el aumento constante de los alimentos balanceados, cuyo incremento fue del 15 % en términos reales entre 1973 y 1982, y que contrastaba con la baja del precio de la carne aviar, donde se observaba un descenso del 33 % en el mismo período. También la cada vez mayor injerencia de la genética y la farmacéutica veterinaria conllevaba una dependencia extrema de las empresas transnacionales con base en Estados Unidos (principalmente), Israel y la Comunidad Europea (Pereira, 1984: 6).

⁵²⁴ "Huevos", *El Argentino*, 12/09/1980.

⁵²⁵ "Suspensión", *El Argentino*, 09/10/1980.

A nivel de la base productiva, la concentración sectorial adquirió un carácter casi compulsivo, a punto de poner a los criadores independientes ante el dilema de integrarse a las grandes empresas verticales o desaparecer. Así, en 1983 el mercado de pollos parrilleros estaba reducido a un grupo de 39 empresas que controlaban un 85 % del negocio, a la vez que durante la década anterior hasta la geografía aviar había cambiado: más allá del predominio de la Provincia de Buenos Aires en la actividad (un 56 % del total), Entre Ríos desplazó a Santa Fe y Mendoza, al consolidarse con un 27 % de la producción (Pereira, 1984: 10-12).

El desaliento productivo no pudo ser compensado con la ayuda que otrora habían brindado los organismos estatales, en particular el INTA. Adolfo Coscia destaca sobremedida el impacto de la política de destrucción de la autonomía y desfinanciamiento de esa agencia, implementada a partir del desplazamiento de los sectores más progresistas durante el mismo gobierno peronista, después de 1974, pero culminada por los militares, que cercenaron el sostén con los recursos propios en 1980 y colocaron al instituto como una dependencia burocrática de nivel inferior, dependiente del presupuesto general de la nación (Coscia, 1983: 46-47). Por supuesto, la persecución política, la expulsión de técnicos y la transferencia de investigaciones a favor de las empresas privadas también afectaron la experimentación científica en genética avícola, que tanto había avanzado en los años previos (Gárgano, 2014).

En marzo de 1980, al aprobarse el balance cerrado el 30 de noviembre anterior, la memoria anual de la Cooperativa Agrícola de Saladillo hablaba de un rubro agropecuario “sumergido en el desamparo y la indiferencia del sector oficial”. El informe continuaba:

Nos encontramos con un panorama desolador: gente que abandona sus chacras ante la imposibilidad de seguir trabajando,

grandes extensiones de tierra improductivas puestas al servicio de la especulación y de los grandes capitales, falta de apoyo oficial para aumentar la producción, y lo que es peor aún, falta de perspectivas favorables que alienten esperanzas en los productores.

Dos datos contundentes completaban este oscuro panorama: el cierre del ejercicio con una pérdida superior a los \$800,000, debida sobre todo a los costos financieros; y la baja de 256 socios por falta de operaciones.⁵²⁶

“Y más allá, la inundación”

A estas cuestiones de raíz económica y financiera, se les sumaron las inclemencias climatológicas. Las inundaciones de 1980 comenzaron a gestarse con una situación meteorológica bastante particular, que produjo una intensa ola de calor entre fines de marzo y abril, con temperaturas tan elevadas que obligaron a suspender las clases. A partir del 20 de abril, se iniciaron las lluvias, prolongadas con intensidad hasta el 29 de ese mes debido a una situación de boqueo atmosférico, en el que se mantuvieron las condiciones de humedad intensa y reciclado de las precipitaciones.

Pero uno de los efectos más destructivos fue la caída de más de 650 milímetros en poco tiempo en las zonas altas (Tandil, Olavarría, Azul), que primero provocó un aluvión en esas ciudades y luego se desplazó hacia las áreas más bajas. En los primeros días de mayo, el agua desbordó los cauces del arroyo de Las Flores y el Canal 16, y provocó el corte de las rutas 51 y 63. Durante unos días,

⁵²⁶ “Realizó su Asamblea anual la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo Ltda.” *El Argentino*, 03/04/1980.

Saladillo quedó aislada de General Alvear y Las Flores, aunque las vías del Ferrocarril Roca se mantuvieron operativas y sirvieron para desviar el tránsito de los ramales desde Las Flores hasta Azul, afectados por las avenidas hídricas. Como decía una editorial de *El Argentino*, se trataba de “un siniestro meteorológico que por sus características” no tenía “antecedentes en la historia”. Al concluir ese otoño, al menos cuatro millones de hectáreas bonaerenses estaban anegadas.⁵²⁷

A finales de mayo, la Comisión de Emergencia Agropecuaria del partido determinó el nivel de afectación por las inundaciones en cada uno de los nueve cuarteles de Saladillo: mientras que el Cuartel I (zona de quintas y periurbana) no estaba comprometido en absoluto, los Cuarteles III y VI registraban anegamientos muy menores; los Cuarteles IV y VII alcanzaban el 40 % afectado, pero, en los Cuarteles II, V, VIII y IX, el área inundada era del 90 % o más.⁵²⁸ Meses más tarde, cuando la situación ya había mejorado, la agencia local del INTA calculaba que la superficie de trigo sembrada en Saladillo apenas había alcanzado a 500 hectáreas, contra las 12,000 o 15,000 que eran el número habitual. Asimismo, debido a la falta de forrajes, se estimaba una drástica reducción en la producción de carne, superior a la mitad, medida en kilos por hectárea anuales.⁵²⁹

Todavía a principios de 1981, la representación local de la Federación Agraria reclamaba por la extensión de la emergencia y el alivio tributario para Saladillo, dado que, aun allí donde las aguas no habían cubierto el 90 % de los terrenos, la altura de la vertiente era tal “que imposibilitó la

⁵²⁷ “Ante las gravísimas inundaciones”, *El Argentino*, 08/05/1980.

⁵²⁸ “Zonas afectadas por las inundaciones en Saladillo”, *El Argentino*, 05/06/1980.

⁵²⁹ “Datos referentes a perjuicios causados por inundaciones”, *El Argentino*, 16/10/1980.

siembra de cosecha fina, salvo pequeñas parcelas de niveles muy altos". Además, entre noviembre de 1980 y enero de 1981, volvieron a caer lluvias copiosas que provocaron grandes pérdidas en el maíz y girasol apenas sembrado, debidas a la imposibilidad de absorción de los suelos.⁵³⁰

En el capítulo 2, revisé la cuestión de los ciclos sequía/inundaciones en la cuenca del Salado, caracterizada por la ausencia de inversiones y respuestas para atender un problema de larga data. Si, por un lado, la fitotecnia contribuyó mucho para el desarrollo del cultivo del girasol en suelos pobres como los del Salado, por otro, alentó la sobreexplotación en las décadas de 1960 y 1970, lo que motivó una gran degradación de esas áreas pampeanas. Esta causa, aunque tal vez no fue la más importante, contribuyó también a hacer más impactantes los efectos de los excesos hídricos de los años ochenta de la centuria pasada (Coscia, 1983: 86-87 y 128-130).

El aumento de los niveles de precipitación, la falta de obras y la saturación de los suelos dieron como resultado inundaciones más frecuentes y de un poder devastador cada vez mayor, en consonancia con las observaciones hechas por Carlos Posadas muchas décadas antes. Cuando algunas zonas apenas se habían recuperado de los efectos del meteoro de 1980, los campos volvieron a llenarse de agua en 1985. Así, el censo agropecuario de 1988 determinó que en Saladillo había 65,952 hectáreas aptas pero no utilizadas, y 20,788 se consideraron no aptas o de desperdicio, lo que significaba la existencia de 86,740 hectáreas fuera del sistema productivo, casi un tercio de la superficie total del partido.

Ese relevamiento también marcó una baja notable de la cantidad de explotaciones agropecuarias en el partido,

⁵³⁰ "La filial local de la Federación Agraria Argentina reclama beneficios para zonas afectadas", *El Argentino*, 12/02/1981.

según expuse en el capítulo 4 (ver cuadro 4.1), y reforzó el fenómeno de despoblamiento rural observado desde las décadas anteriores. Un gran estudio colectivo sobre el agro pampeano no deja dudas al respecto, al afirmar que, en los años posteriores a 1960, tanto el productor chico como el mediano continuaron radicándose en los pueblos cercanos a sus predios, situación que contribuyó a ampliar la planta urbana y la capacidad de esos centros para posibilitar un mejor y diferente desarrollo de las aspiraciones de la familia rural. Uno de los resultados de este proceso fue el vaciamiento poblacional de las áreas rurales (Barsky & otros, 1988: 581).

A principios de la década de 1980, Adolfo Coscia enfatizaba el avanzado estado de despoblamiento del campo:

Las taperas o las pequeñas isletas de árboles dispersas en los campos agrícolas, resto de lo que fueron viviendas de productores hasta hace una década o poco más, constituyen hoy un elocuente testimonio de una agricultura que en pocos años ha sufrido cambios muy profundos en todos los órdenes (Coscia, 1983: 79).

Sin dudas, muchas de esas casas vacías pertenecían a emprendedores mudados al pueblo en busca de educación para su descendencia, confort y mejores condiciones de vida.

A lo largo de este trabajo, en varias oportunidades enfatice en que este fue uno de los puntos irresueltos de la modernización productiva de las actividades agropecuarias. En la medida en que el campo no podía ofrecer los bienes necesarios para acompañar el disfrute de productores más eficientes, se empeñaba en generar la radicación urbana de los chacareros, y con ello contribuía a destruir no solo el modo de vida, sino también a las propias comunidades rurales.

La falta de electricidad, gas, escuelas de calidad, etc. convencía a cualquier emprendedor más o menos próspero de que la única manera de hacer valer la condición económica era vivir en el pueblo y disfrutar de idénticas (o superiores) comodidades a aquellas a las que podía acceder un simple asalariado urbano. Coincido con Javier Balsa en que las transformaciones productivas acabaron por cambiar la autopercepción de los actores (de chacarero a capitalista), porque, aunque en términos de posesión de bienes pudiera ser rico, mientras viviera en su finca, en materia de bienestar seguía siendo un marginal (Balsa, 2007: 161-235).

El despoblamiento afectó especialmente la pequeña ganadería. A diferencia de la cría de vacunos, la avicultura requería una dedicación temporal constante. La alimentación de gallinas, pollos y cerdos, la recolección de los huevos, el mantenimiento de gallineros y chiqueros, la revisión de la sanidad de los animales, y otras tareas específicas de la actividad implicaban una movilización familiar continua, al menos si se buscaba producir para el mercado. Pero la caída de la rentabilidad le quitó el papel de alternativa, y con ello hizo que las chacras pequeñas o poco aptas para la agricultura y la cría vacuna no pudieran siquiera asegurar la supervivencia familiar.

Estos chacareros no pensaron en trasladarse a la ciudad para participar de las comodidades que ofrecía, sino simplemente como única opción para pasar su vejez, si estaban cerca del retiro, o para reinsertarse en cualquier actividad posible. En estos casos, el fruto de la venta de la explotación solo alcanzó para una vivienda modesta, tal vez apenas un poco superior al rancho que dejaban atrás.

La suma de las circunstancias desarrolladas más arriba liquidó el mundo chacarero de Saladillo, tal como se lo había conocido hasta ese momento. Muchos productores

vendieron sus campos para pagar sus deudas y se retiraron al pueblo. Los más viejos tratarían de vivir con algún ahorro derivado de la enajenación de su predio y una exigua jubilación. Buena parte de los todavía económicamente activos probaron suerte con la apertura de un comercio. Aquellos menos favorecidos buscaron en un empleo su forma de sustento. Quienes no se vieron obligados a desprenderse de su tierra trataron de reconvertirse con los elementos a su alcance: la especialización, el contratismo rural o el arrendamiento de su establecimiento a otros productores mayores.

Incluso quienes salieron favorecidos con la cruda transición, sin dejar de producir en sus chacras, se establecieron en la ciudad con el afán de dar mayores posibilidades de instrucción y desarrollo humano a sus hijos, o simplemente para acceder a una mejor calidad de vida. Pero, ya les fuera peor o mejor, los campos se fueron quedando sin gente, como si alguien hubiese lanzado una gigantesca bomba neutrónica.

Del mismo modo, también mi padre consideró un día que ya carecía de sentido hacer unos recorridos en los que cada día encontraba más tranqueras cerradas con candado. Aunque mantuvo su negocio por otro cuarto de siglo, y siguió en contacto con muchos de sus antiguos clientes, no volvió a trajinar esos caminos. Cuando, mucho tiempo después, rehízo sus viejos derroteros, fue para acompañarme en esta investigación. Para entonces, una buena parte de su vida era simplemente una postal irreconocible.

Conclusiones

Un mundo pequeño, lejano y perdido

El 28 de marzo de 1981, al aprobar el balance del ejercicio finalizado el 30 de noviembre del año anterior, las autoridades de la Cooperativa Agrícola Limitada de Saladillo describían una situación crítica para el sector agropecuario local:

Nadie puede negar hoy que la rentabilidad de una explotación mediana es escasa o nula (ni hablemos de explotaciones pequeñas), porque el valor de los productos agropecuarios sigue decreciendo tomado a nivel del costo de los consumos, que el crédito sigue siendo prohibitivo porque las tasas de interés superan la capacidad de devolución que tienen los productores y que la presión tributaria se acentúa, afectando a todas las ramas de la producción.⁵³¹

Por oscuro que parezca, este crudo diagnóstico solamente exponía una parte del problema: la del mundo charcarero visto desde el costado de la actividad económica. La otra cara de esa situación era el final de un sistema de relaciones humanas que había caracterizado largas décadas de la vida rural de Saladillo. Ese conglomerado social al que me referí especialmente en el capítulo 6.

Es innegable que, más allá de la crisis iniciada en 1975, el escenario productivo y social de la campaña saladillense –en consonancia con el del resto de la región pampeana–

⁵³¹ "Realizó su Asamblea anual la Cooperativa Agrícola Ganadera de Saladillo Ltda.", *El Argentino*, 09/04/1981.

también evidenciaba a esa altura del siglo los efectos de las transformaciones profundas descritas al inicio de este texto, pero lo asombroso resultaron ser el dramatismo y la velocidad con que, a principios de la década de 1980, se produjo ese “desvanecimiento”, para usar la eficaz expresión de Javier Balsa (2006).

En términos económicos, una de las consecuencias más significativas de la llamada “segunda revolución agrícola”, caracterizada por las nuevas técnicas, la mecanización, la ingeniería biológica, la agroquímica y la política de créditos baratos, fue la fijación de un nuevo “piso tecnológico” de viabilidad de las explotaciones, que colocó a la superficie de una finca competitiva por encima de las 200 hectáreas. Como bien sostiene Alfredo Pucciarelli, ningún grupo sufrió tanto la fijación de ese umbral como el de los minifundios de entre 5 y 25 hectáreas, que perdió el 46 % de las unidades entre 1960 y 1988, y el segmento de entre 26 y 100 hectáreas, donde dejaron de existir el 33 % de las explotaciones (Pucciarelli, 1993: 77).

Para exponer ejemplos concretos de la realidad rural de Saladillo, puedo citar dos casos puntuales, separados apenas por unos años. En julio de 1976, una nota de Lorenzo Espíndola sobre problemas en su zona (Santa Elina) era una pequeña foto de un modelo productivo agrario que, aunque con dificultades, aún funcionaba: “[...] hay nueve chacareros que ocupan alrededor de 996 Has, [...] donde podemos ver que se producen de 320 a 400 terneros, de 600 a 850 cerdos, y además cosecha gruesa y fina”⁵³² Solo un lustro después, Osmar Pallero comparaba la situación del mundo rural en sus años mozos (las décadas de 1930 y 1940), con inicios del decenio de 1980:

⁵³² “Obligaciones y Derechos”, *El Argentino*, 08/07/1976.

Hoy no se ven en el campo más que taperas. Un ejemplo: en el campo donde vivimos de chicos –trescientas Has– en un momento dado éramos 97 habitantes; hoy lo explota una sola persona que ni siquiera vive en él (Pallero, 1981: 25).

En el capítulo 1, reseñé que los cambios productivos se sintieron mucho más en la agricultura que en la ganadería y repercutieron en una zona como la de Saladillo, que, según la clasificación regional formalizada por Slutzky en 1968, quedaba dentro de la tipología “área de producción ganadera, zona de cría, con menos del 30 % de la superficie bajo explotación correspondiente a forrajeras” (Slutzky, 1968: 133). Fuera de lo rígido de esta categorización general, que, al delimitar grandes zonas por actividad prevalente, pasaba necesariamente por alto una riqueza y diversidad productiva como la presentada en el capítulo 4, no puede soslayarse el peso pecuario en la riqueza del distrito.

En este sentido, vale la pena detenerse en las complicaciones propias de este sector en la década de 1970. Lucio Reca señala tres hechos significativos sobre la ganadería vacuna en ese decenio: la rotura del modelo de crecimiento excluyente, es decir, que la expansión de la agricultura fue concurrente y no inversa a la de la ganadería, como había pasado desde los años cuarenta; la evolución del precio de la hacienda, que subió más de un tercio entre 1970 y 1974, para luego precipitarse sin recuperación hasta el inicio de los años ochenta, algo que determinó un período extenso de baja rentabilidad, aunque sin impactar en las existencias, una cosa que resultó novedosa; y el inicio del desplazamiento de los bovinos hacia nuevas áreas productivas, antes consideradas marginales (Reca, 1982: 14-17).

Los bajos precios se combinaron con el fin de los créditos baratos que permitían capear las dificultades de

corto y mediano plazo. Si entre 1975 y 1977 los chacareros no se desprendieron de sus rodeos a pesar de las malas cotizaciones de la hacienda, fue porque la inflación desbordada favorecía la política de mantener los animales antes que convertirlos en pesos. Desde la reforma financiera, eso cambió, ya que algunos tuvieron que liquidar sus existencias para pagar préstamos cada vez más caros, mientras que otros lo hicieron para volcar el efectivo a la especulación financiera.

Pero, según señalé con detalle al analizar la matriz productiva rural saladillense, una de las características salientes del partido fue la importancia de la pequeña ganadería, en este caso la de los porcinos y la avicultura. Si bien la economía local del cerdo tuvo relevancia nacional y provincial en las décadas de 1920 y 1930, se hallaba en clara decadencia desde los decenios siguientes (al igual que en todo el país) y nunca pudo recuperar su nivel, a pesar de seguir representando un inciso no menor en las explotaciones, y el detalle de la actividad en las fincas de Santa Elina enunciado más arriba da cuenta de ello.

No obstante, fue la producción aviar y de huevos la que colocó a Saladillo en el tope de las mediciones sectoriales en los censos de 1947 y 1960, y seguramente un correcto procesamiento de los datos de 1969 hubiera ratificado esos números. Así, en su momento no resultó extraño que, al presentar un memorando al intendente municipal en ocasión de los graves daños provocados por las inundaciones del verano de 1971, la filial Saladillo de la Federación Agraria no solamente hiciera hincapié en “la gran cantidad de productores que crían aves”, sino que calificara ese sector local como “un factor de equilibrio financiero de nuestras explotaciones mixtas”.⁵³³

⁵³³ “Nota de la Filial Saladillo de la Federación Agraria Argentina”, *El Argentino*, 01/07/1971.

A pesar de esta importancia, los productores y las autoridades locales nunca pudieron dar el salto para colocar a Saladillo como una referencia simbólica nacional en esta área, ni consiguieron sacar provecho de ello. Con muchos menos pergaminos en los rubros de explotaciones y existencias aviarias, Rauch implementó en 1975 la Fiesta del Ave de Raza, que se repitió en septiembre de 1978. En esos años, esta ciudad se había convertido en la “capital nacional del ave de raza”, a punto tal que se registraban unos cincuenta criaderos de especies de pedigrí, dedicadas al doble propósito (carne y huevos).⁵³⁴

En este sentido, Saladillo perdió la oportunidad de sumarse a la tendencia de diversas ciudades de identificarse con un producto (ya fuera un bien tangible o cultural), declararse su “capital” y organizar una fiesta nacional o regional para celebrarse a sí misma. Para citar solo unos pocos ejemplos de municipios bonaerenses, puedo señalar que, desde 1966, Lobos realizaba en noviembre de cada año la Fiesta de la Tradición, que durante dos días convocaba a jinetes, domadores y artistas reconocidos del folklore nacional.⁵³⁵

Poco más tarde, el éxito de esa primera Fiesta del Ternero de Ayacucho, en 1969, hizo que el acontecimiento se difundiera por toda la provincia. Por ejemplo, para la segunda edición, a inicios de mayo de 1970, *El Argentino* publicó el detalle de las actividades en primera plana, como si se tratase de una noticia local de relevancia, y con la certeza de que una buena cantidad de saladillenses se desplazarían para participar en ella.⁵³⁶ Si Ayacucho tenía su celebración del ternero, la localidad de Rivadavia consi-

⁵³⁴ “La gran fiesta de los avicultores”, *El Argentino*, 31/08/1978.

⁵³⁵ “Fiesta”, *El Argentino*, 12/10/1972.

⁵³⁶ “Segunda Fiesta Nacional del Ternero y Día de la Yerra”, *El Argentino*, 30/04/1970.

guió también en 1969 dar regularidad a la Fiesta Nacional del Novillo, que se realizaba en octubre de cada año.⁵³⁷

Tampoco faltaron las festividades relacionadas con la agricultura tradicional, al sumarse Chacabuco en 1970 con su Fiesta Nacional del Maíz, desarrollada de forma anual a principios de agosto.⁵³⁸ En este ramo productivo, en Saladillo se intentó implementar en 1971 la Fiesta del Girasol, cuya primera y única edición se llevó a cabo en el salón del Centro de Comercio. Nada indica que haya sido particularmente exitosa y, de hecho, la celebración no se repitió.⁵³⁹

Además, el estancamiento del producto bruto interno del sector ganadero vacuno entre 1970 y 1985 se contrastó con el marcado incremento del PBI de los denominados “productos de granja”. Sin embargo, el agente dinámico de este último indicador ya no eran las chacras, sino las estaciones integradas vinculadas a las grandes firmas que concentraban el negocio, únicas favorecidas con ese crecimiento (Obschatko, 1988: 95).

De todos modos, ya fuera que se produjeran vacas, cerdos o gallinas, lo que quedó claro desde la reforma financiera de Martínez de Hoz fue que las tasas de interés conspiraban contra cualquier emprendimiento productivo, aunque siguieran siendo negativas, como ocurrió en 1978, cuando el Banco Provincia promocionaba créditos para la campaña maicera a números astronómicos (las de plazos más extensos superaban el 100 %). A pesar de esos guarismos, todavía estaban bastante por debajo de la inflación, que ese año llegó al 171 %. Por supuesto, cabe pensar si a ese nivel de intereses tenía sentido apostar por los riesgos de una cosecha, o si era mejor negocio constituir un plazo fijo.⁵⁴⁰

⁵³⁷ “Fiesta”, *El Argentino*, 03/05/1973.

⁵³⁸ “Fiesta”, *El Argentino*, 29/07/1976.

⁵³⁹ “Fiesta del Girasol”, *El Argentino*, 08/04/1971.

⁵⁴⁰ “Los créditos implementados por el Banco Provincia para la campaña maicera”, *El Argentino*, 31/08/1978.

La fiebre de las colocaciones de dinero a término se aceleró con la política oficial, a punto tal que, en el invierno de 1979, por primera vez *El Argentino* incluyó un cuadro comparativo de las tasas de interés ofrecidas por las cinco entidades financieras que operaban en la plaza local, con el detalle desagregado de los porcentajes que comprendían desde los siete hasta los 365 días, una tabla que se mantuvo hasta la crisis bancaria de 1981.⁵⁴¹

Junto con ello, desde 1979 en el semanario se incrementaron las propagandas de las instituciones crediticias dedicadas a captar ahorristas, y, en mayo de 1980, de manera inédita, una de ellas pagó un aviso de página entera. A pesar de su tamaño, el texto era sencillo y esclarecedor de un tiempo recordado por la posteridad como el de la “Plata Dulce”: “Compañía Financiera Saladillo le propone realizar la mejor inversión con garantía total de la Nación Argentina en depósitos de hasta \$100.000.000.”⁵⁴² Mientras que en la década de 1960, la competencia por los anuncios más vistosos era entre los vendedores de tractores, camionetas e insumos agrícolas, en 1980 la puja era por atraer rentistas. Pocos elementos, como detenerse a revisar las publicaciones comerciales de una y otra época, ilustran el hundimiento productivo del país.

Los efectos de esta catástrofe fueron de tal magnitud que, en 1983, las plataformas del radicalismo y el justicialismo para el sector agropecuario, lejos de prometer como antaño la reforma agraria o transformaciones estructurales, enfatizaban sus propuestas en la necesidad de que los bancos oficiales refinanciaran las deudas impagas (e impagables) de los productores rurales (Nun & Lattuada, 1991).

A los desastres de la conducción económica de la dictadura, se les sumó la furia de la naturaleza. Según un

⁵⁴¹ *El Argentino*, 09/08/1979.

⁵⁴² *El Argentino*, 15/05/1980.

estudio realizado en 1987 por Oscar Domínguez y Stella Carballo, basado en el uso de satélite, en 1972 se ingresó en un ciclo climático húmedo de aumento de las precipitaciones que, al concentrar “en pocos días importantes volúmenes de lluvia, superó la capacidad de infiltración del suelo y la capacidad de desagüe de aguas superficiales por cursos naturales o canales”, un fenómeno que se extendió hasta 1986 (Pereyra, 2005: 91). También la especie humana hizo su parte, ya que, en esa misma época, el desarrollo intensivo de la agricultura pampeana contribuyó a elevar los niveles de precipitaciones. El punto culminante de ese incremento pluvial fue la inundación de 1980, tal vez la más importante del siglo.

Según sostuve al inicio de esta sección, el colapso productivo fue apenas una parte del final del mundo chacarero saladillense repasado en este texto. El costado tal vez más notable de esa descomposición fue la considerable caída de la población rural del partido y el consecuente desmantelamiento de las redes comunitarias y sociales que lo caracterizaban.

Desde ya, aunque las dificultades económicas agudizaron el despoblamiento de la campaña, este fenómeno tenía raíces más profundas y se había iniciado muchos años antes. En primer lugar, fue un proceso mundial que la historiografía vinculó a la mecanización, el uso intensivo de fertilizantes y agroquímicos y la llamada “revolución verde” (aplicación de la ingeniería genética, principalmente). La dimensión en la disminución de la población rural global permitió designarlo como “la muerte del campesinado”, y es habitual fecharlo a partir de 1950, en concurrencia con la fase expansiva del capitalismo industrial finalizada con las crisis petroleras de 1973 y 1979.⁵⁴³

⁵⁴³ Hobsbawm, Eric (1999): *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica/Grijalbo Mondadori, pp. 292-297.

Sin embargo, para un representante del mundo agrario local, en Saladillo este movimiento se había iniciado un tiempo antes, aunque, en el censo de 1947, no se había podido registrar todavía su intensidad. Así, Aquilino Álvarez, presidente de la Cooperativa Agrícola, expresó en 1970 que el problema del despoblamiento rural era de larga data, e hizo el siguiente resumen de la situación:

Saladillo, en los años 1942, 1943 y siguientes, fue escenario de un éxodo continuo, principalmente de gente de campo. Ayudó a ello las dificultades con que se enfrentaban los que trabajaban la tierra, por falta de precios remunerativos, poca ayuda económica (en años en que las condiciones climáticas fueron desfavorables), la mala legislación sobre la tenencia de la tierra, que no daba ninguna seguridad al productor en su explotación, ya que no se querían romper las viejas y caducas estructuras, mientras se aceptaba todo cambio en la evolución que el progreso y la modernización traían aparejados; fue la causa que hizo buscar nuevos horizontes a los chacareros. La mecanización del campo trae también menor empleo de mano de obra, que al no ser ocupada y no haber industria local, tiene por fuerza que emigrar.⁵⁴⁴

Por supuesto, fueron las cifras del censo de 1960, que reflejaron una reducción alarmante de la campaña saladillense (los habitantes cayeron de 17,000 a poco más de 10,000), lo que inició un largo período de discusiones e interpretaciones acerca de porqué los campos del distrito se estaban vaciando de gente. Para Miguel Ángel Volonté –fiel a su ideario antiperonista–, el éxodo radicaba en el descontento sectorial, originado en “las consecuencias de ensayos demagógicos de los gobiernos argentinos” de esos “últimos 20 años”. Al menos, lo presentó en estos términos en el invierno de 1962, cuando, en una de sus editoriales, manifestó lo siguiente: “En el agro no hay seguridad; no hay estímulo para el esfuerzo, y el bienestar va siendo cada

⁵⁴⁴ “Despoblación e industrias (X)”, *El Argentino*, 18/02/1971.

día menor. No existe comunismo en el campo argentino, pero sí descontento". En su opinión, ese desaliento explicaba el éxodo, y, si bien la vieja generación seguía soportando la situación en sus chacras, "el hijo, en cambio", atravesaba "las fronteras que separan el campo de las ciudades" y llegaba a estas "para radicar su malestar y sumarse a las falanges que aspiran a cualquier cambio con tal de que [mejorase] su suerte".⁵⁴⁵

También lo veía en estos términos Luis Borracer, quien, en su trabajo de historia local, se mortificaba por la sostenida caída poblacional del partido, y ponía como ejemplo justamente los datos del censo de 1960. Tras cartón, ensayaba el planteo de una cuestión estructural, que desbordaba lo estrictamente demográfico y contra la cual no habría remedio:

Existe otro fenómeno internacional que se repite en Saladillo, con persistente intensidad, la emigración rural: El campo viene al pueblo, y el pueblo va a las capitales. Hay en las zonas rurales infinidad de chacras abandonadas, mermando por ese motivo la producción tradicional de la familia chacarera. Huevos, aves, verduras y frutas, dejan de producirse en la quinta tradicional para venir de los grandes mercados de concentración hacia las ciudades del interior (Borracer, 1984: 54).

Más allá de los lamentos de Volonté y Borracer sobre el despoblamiento rural, en 1960 el proceso recién estaba comenzando, y, de acuerdo con las cifras de ese censo, en Saladillo existía el mismo porcentaje de viviendas desocupadas en el campo y en el pueblo, un 10 % del total.

Aquellas reflexiones de los años sesenta fueron eclipsadas por la amplia cobertura dada en el periódico a este problema a partir de octubre de 1970, tras conocerse los resultados provisionales de la encuesta poblacional de ese

⁵⁴⁵ "Comunismo en el Campo", *El Argentino*, 09/08/1962.

año. La primera muestra resultó una nota donde se planteaba que era necesario ayudar al hombre de campo, pero no con medidas económicas o crediticias, sino con apoyo de la “logística”. El artículo explicaba:

De nada le servirá disponer de dinero, si no dispone de buenos caminos para transportar su cosecha. Tampoco le servirá ese capital si no tiene un mínimo de comodidades urbanas para su diario vivir. Porque es comprensible que aspire a comodidades.

Para el semanario, el problema de la despoblación abrevaba en cuatro cuestiones: las necesidades de estudios por parte de los hijos del chacarero, originadas por el nuevo piso de conocimientos mínimos que se estableció entre una generación y la siguiente; los déficits de infraestructura (caminos aceptables y luz eléctrica); migración de los hijos por falta de expectativas; y disminución del tamaño de las familias, que impedía la continuidad de algún descendiente en la explotación.⁵⁴⁶

Luego de esa intervención, *El Argentino* mantuvo su mirada sobre las dos cuestiones centrales que dejaron las cifras censales todavía frescas: el nulo crecimiento poblacional del total del municipio y la incesante baja de habitantes en la campaña.⁵⁴⁷ Estas dos variables fueron la base de una serie de diez entrevistas a autoridades y referentes institucionales del distrito, desarrolladas por Fernando Volonté entre mediados de noviembre de 1970 y febrero del año siguiente. Los coloquios se presentaron bajo el título “Despoblación e industrias” y se publicaron en la primera plana de cada edición.

En general, hubo una tendencia a asimilar los dos fenómenos en uno solo, a pesar de que eran cosas distintas

⁵⁴⁶ “Porqué el campo va despoblándose”, *El Argentino*, 15/10/1970.

⁵⁴⁷ “Después del censo”, *El Argentino*, 05/11/1970.

y tenían orígenes disímiles, más allá de sus obvias interrelaciones. El intendente Fernando López, por ejemplo, pensaba que, si se aceleraba la tecnificación del campo, se frenaría su drenaje poblacional, cuando, en realidad, y como ya se sabía a esa altura, la mecanización era una de las causas principales de la caída demográfica rural.⁵⁴⁸

Para otros entrevistados, mientras los habitantes de Saladillo emigraban por la falta de industrias (carencia mayormente atribuida al mal abastecimiento de energía eléctrica), la población del campo decrecía por las dificultades propias del sector agropecuario, como los bajos precios, los desalojos provocados por la Ley de Arrendamientos de Onganía, la presión fiscal, y el levantamiento de los servicios del Ferrocarril Provincial.

Ninguna de estas causas puede desecharse por completo, pero claramente no alcanzan para dar una explicación consistente. En los capítulos 4 y 5, puede apreciarse que el decenio de 1960 no fue particularmente negativo para el campo, ni en lo relacionado con la agricultura, ni con la ganadería, ya fuera esta la del bovino o la aviar. Desde ya, las cosechas se vieron afectadas en varios años de ese período por inundaciones y, en menor medida, debido a alguna sequía, al tiempo que la ganadería porcina no consiguió quebrar la tendencia de bajos precios que arrasaba desde varios años antes.

El cambio de legislación sobre los alquileres de campos sancionado bajo la dictadura gobernante entre 1966-1973 produjo asimismo en Saladillo algunos lanzamientos importantes, en especial en los campos de la familia Navarro Viola y en la estancia San Blas, junto con otros de menor cuantía, pero no solamente estaban lejos de lo vivido en el período conservador, sino que algunos de

⁵⁴⁸ "Despoblación e industrias (1)", *El Argentino*, 19/11/1970.

los propios opinantes sostenedores de esta argumentación como causa del éxodo rural aclaraban que varios de los desalojados eran a su vez propietarios de parcelas. Mucho menos podía calificarse como asfixiante a la demanda tributaria de aquellos años, aunque son ciertos los intentos para gravar la producción agropecuaria y controlar la evasión, que significaron una mayor supervisión de la agencia impositiva sobre las actividades rurales.

En cuanto al levantamiento de los servicios ferroviarios, sobre todo el del Ferrocarril Provincial, es también innegable su peso en las localidades que perdieron sus estaciones y cuya vinculación con los mercados se complicó, pero, más allá de ciertas áreas específicas, en el capítulo 2 presenté el importante desarrollo vial producido en los años sesenta. Esto no solamente alivió la interrupción de unos servicios ferroviarios que, por otra parte, desde varias décadas se venían degradando en sus prestaciones, sino que facilitó las comunicaciones de Saladillo con otros centros urbanos y mejoró la red y el estado de los caminos de la campaña.

Por otra parte, la explicación no responde por qué perdieron población rural distritos bonaerenses donde los servicios ferroviarios siguieron vigentes, o por qué migraron los habitantes de parajes que nunca habían tenido estaciones de tren, como San Blas, La Campana, La Mascota o La Razón. Asimismo, muchas de las personas se marcharon porque trabajaban en las instalaciones ferroviarias que cerraron, pero eran asalariados radicados en zonas rurales y no podían calificarse como chacareros, campesinos o gente dedicada a la producción agropecuaria.

No obstante lo expuesto, en mi opinión el desmantelamiento de los ferrocarriles sí destruyó gran parte de la trama comunitaria que las estaciones habían ayudado a construir, como los almacenes y centros de reunión, y, allí

donde no había un club o una comunidad escolar fuerte para mantener las redes de relaciones aceitadas, se produjo un desgranamiento social.

Mas no todos los contemporáneos restringían sus miradas a estos determinantes. Dentro de las opiniones recabadas, se destacó por su lucidez la de Donato Doti, comerciante, poeta y militante peronista. Por un lado, distinguió con claridad que se trataba de dos problemas distintos. Para él, mientras el éxodo poblacional general se producía por la falta de industrias y las tentadoras posibilidades ofrecidas por la cercanía al Área Metropolitana de Buenos Aires, la acelerada emigración rural se asentaba en “la desaparición de las viejas patriarcales familias con numerosos descendientes, hecho que no se repite en la actual familia agraria.”⁵⁴⁹ Del mismo modo, Aquilino Álvarez –quien ya mostré que vinculaba caída demográfica con mecanización– agregó que: “Si no se dota de comodidad al campo, trabajar por trabajar, ya sean chacareros o peones, se ubicarán en las ciudades, donde siempre hay más comodidad para vivir, pasear y divertirse.”⁵⁵⁰

En contraposición con estos ricos debates, no quedaron registros periodísticos sobre la problemática tras el censo siguiente, realizado en 1980, a pesar de mostrar este relevamiento la persistencia del estancamiento poblacional saladillense, y una nueva baja en los habitantes del sector rural, donde incluso se registró una tasa de hogares deshabitados del 15 %.

En una revisión general sobre la región pampeana, a inicios de la década de 1980, Adolfo Coscia calculaba que, en algunos lugares de esa zona, al menos el 50 % de los productores se había radicado en las áreas urbanas cercanas a su explotación, elemento que diferenció esta movilidad

⁵⁴⁹ “Despoblación e industrias (vi)”, *El Argentino*, 24/12/1970.

⁵⁵⁰ “Despoblación e industrias (X)”, *El Argentino*, 18/02/1971.

espacial de la registrada en los decenios de 1930 y 1940, cuando la pobreza y los desalojos de chacareros expulsaron a la gente hacia las grandes ciudades industriales. En su opinión, ese proceso finisecular sería paradójicamente irreversible, al coincidir con las notables mejoras de la vida en el campo gracias a la mecanización, la difusión del automóvil (y yo agregaría de las motocicletas), la evolución de la red carretera, y la electrificación. Incluso se reforzaría aún más unas décadas después, cuando el impacto de la soja revitalizó la renta agrícola hasta en comarcas antiguamente marginales (Coscia, 1983: 222-223).

En este sentido, ya fuera por los efectos del éxito o el fracaso económico de las explotaciones, el destino del mundo chacarero estaba sellado desde que se sintieron los efectos de los grandes cambios productivos. Quienes eran alcanzados por la fortuna de la rentabilidad buscaban en los centros urbanos cercanos ese bienestar y disfrute que el campo no les ofrecía. Lo que para la generación anterior había sido un destino anhelado una vez llegada la hora del retiro y de confiar la finca a la descendencia se convirtió en una necesidad.

En el caso de algunos clientes de mi padre, ese proceso se había iniciado ya en el decenio de 1970. En particular con dos chacareros de La Mascota, que adquirieron casas urbanas para asentarse. Uno de ellos, propietario de una fracción no demasiado extensa, pero que se había convertido tempranamente en contratista, convirtió la vivienda en la base operativa para que su descendencia pudiera continuar los estudios secundarios en la ciudad. Incluso la mayor de sus hijas consiguió un título universitario, lo que seguramente satisfizo las ansias de superación del padre y la madre.

El otro -titular de un predio mediano con diversidad productiva y capacidad para timonear tiempos difíciles-

compró un lote bastante céntrico y construyó un hogar pensado originalmente para sus progenitores, pero que sirvió también para su propio grupo familiar. Ambos se ajustaban al modelo de reconversión competitiva y, de hecho, en los años siguientes, pudieron comprar más tierras, según las comprobaciones que efectué en distintas ediciones de mapas rurales de la década de 1990 y del presente siglo. Por casualidad (o no), ambas residencias estaban en la proximidad del negocio de mi padre.

Para aquellos afectados por los magros beneficios entregados por una chacra que no garantizaba siquiera la subsistencia, el pueblo fue el lugar donde tratar de sobrelevar mejor una vida de escasez. Uno de los chacareros del reparto de La Razón, por ejemplo, con la enajenación de su pequeña finca, apenas obtuvo para una casita en una zona entonces subvaluada del pueblo (junto a uno de los viejos canales a cielo abierto que acompañaban algunas avenidas). La vivienda era apenas mejor que el rancho donde vivían, pero al menos disponían de electricidad y agua de red (no así de cloacas). Los ingresos del grupo se limitaban a la jubilación del padre y el escaso salario del hijo, empleado municipal en tareas de limpieza.

Asimismo, para ellos y otros tantos forzados a la misma encrucijada, el tremendo costo de esta elección fue la venta de una parcela adquirida por el enorme sacrificio propio o de sus ancestros, una situación que superaba la angustia de los duros años treinta, cuando muchos arrendatarios fueron expulsados de sus chacras, aunque habían sido más raros los casos de propietarios que debieran venderlas.

De hecho, en el capítulo 3, creo haber demostrado que, inclusive en los tiempos de crisis, no se detuvo el proceso de acceso a la propiedad por parte de pequeños productores, y basta una mirada a los periódicos de esos años para obser-

var cómo siguió la venta de fracciones medianas y chicas de antiguos predios importantes. Por citar un solo ejemplo, en el verano de 1939, *La Semana* publicó las transferencias de campos realizadas durante ese enero por solamente una de las firmas más destacadas de martilleros, la de Raúl M. Seoane. Allí se daba cuenta de la venta de varias fracciones del campo Los Guaypos a favor de tres familias de chacareros, que adquirieron parcelas de 200, 150 y 80 hectáreas, respectivamente.⁵⁵¹

No obstante, y aunque muchos productores se quedaron en el campo, hasta ellos fueron cortando los lazos que los habían unido a su comunidad, principalmente el envío de sus hijos a las escuelas rurales más cercanas. En el caso analizado de la Escuela 40, puede verse el cambio de matriz de reclutamiento, que cada vez dejó en las aulas menos estudiantes de familias chacareras. Y esto no se debió solamente a la disminución del número de potenciales alumnos por la caída demográfica, sino también a la aparición, desde los años setenta, de la convicción de sus padres de enviar a sus vástagos a los colegios primarios de la ciudad, a fin de darles una educación de más calidad y facilitarles el tránsito hacia la escuela media o los estudios superiores.

El marcado desfase entre el nivel formativo de los establecimientos urbanos y rurales no puede soslayarse. Era uno de los puntos centrales del congreso sobre escuelas de campaña realizado en 1960, donde se afirmó que las “calidades de las ofertas de la escuela rural las conoció el padre, y sabe que son las mismas que les van a transmitir a sus hijos”,⁵⁵² algo que resultaba frustrante a gente que tenía otras esperanzas para sus familias.

⁵⁵¹ “Ventas de tierras realizadas durante el mes de Enero, en particular y en remates”, *La Semana*, 19/02/1939.

⁵⁵² *El Monitor de la Educación Común*, año LXX, n.º 933-935, septiembre-noviembre de 1960, p.72.

Incluso, y debido a la baja de la matrícula, la última dictadura intentó adoptar una iniciativa que hubiera dado un rápido y anticipado golpe de gracia a la situación. A fines de 1977, corrieron versiones sobre un proyecto para la concentración de los colegios de campo, una medida por la cual se agruparían establecimientos y los estudiantes pasarían a estar más tiempo en las aulas, pero para la mayoría significaba un desplazamiento físico mayor. El rumor generó un artículo en el que Lorenzo Espíndola advertía de sus nefastas consecuencias (favorecer la desertión, por ejemplo), a la vez que también reflexionaba sobre las escuelas de campaña: “[...] nunca se reformaron para que sean más atractivas, porque no es cuestión de que el niño concurra para cumplir y nada más”⁵⁵³.

Si bien seguramente hubo escuelas donde el compromiso entre la comunidad y el cuerpo docente consiguió reducir la brecha cualitativa y gestionar el proceso de aprendizaje con algún logro, se trató de excepciones. Tal vez una de ellas fue la Escuela 12 de Emiliano Reynoso, de la que Lambert describe un crecimiento inaugurado en la década de 1950, cuando pudieron completar todos los grados y obtuvieron la designación de maestros. Incluso el autor señalaba con orgullo que, para la época en que dejó su texto póstumo, “exalumnos de la escuela” cursaban “estudios universitarios habiéndose ya graduado algunos de ellos” (Lambert, 1979: 34).

Pero, más allá de esos casos extraordinarios, el panorama era desolador. Un trabajo diagnóstico sobre la situación escolar en el campo efectuado apenas recuperada la democracia describía de manera sencilla y categórica la ruptura del antiguo vínculo entre estos establecimientos educativos y el mundo chacarero: “En virtud de que las

⁵⁵³ “Escuelas de Campo”, *El Argentino*, 15/12/1977.

escuelas rurales, en la mayoría de los casos, no han realizado una efectiva acción, fueron perdiendo influencia sobre las comunidades viendo disminuidas sus posibilidades de agentes de cambio social y económico". Por otra parte, las cifras de concurrencia eran lapidarias. En 1982, el 67 % de los servicios escolares bonaerenses se brindaban en la campaña, pero apenas atendían al 8 % de la matrícula provincial. Además de inadecuada, la prestación era un despropósito presupuestario, ya que la cantidad de directivos de los colegios rurales casi igualaba a los de los establecimientos urbanos (López de Branca & Piaggio de Pioli, 1984: 10 y 40).

Esa desconexión con sus comunidades quedó notablemente expuesta al revisar lo acontecido en la Escuela 40. Conforme mostré en el capítulo 7, desde mediados de la década de 1970 el libro de actas del desaparecido Club de Madres, una de las fuentes más ricas para apreciar el empuje y el compromiso con la educación pública de esas mujeres chacareras, devino en un cuaderno de comunicaciones de la directora de la escuela, regido por una lógica burocrática no exenta de autoritarismo y jerarquías. Al cabo de poco tiempo, la voz del Estado sustituyó a la del vecindario.

Asimismo, la ferocidad de la dictadura militar instalada en 1976 también impuso el silencio entre la gente. La clausura de la política cerró los espacios institucionales donde los chacareros (y toda la sociedad, por supuesto) podían manifestarse, a pesar de que *El Argentino* mantuvo sus columnas abiertas para receptor las críticas contra el levantamiento de los servicios ferroviarios, el desmantelamiento de las dependencias locales de organismos públicos como Vialidad Provincial, las medidas gubernamentales para con el sector agropecuario, el alza de las tasas municipales, y la falta de mantenimiento de los caminos

rurales, aunque ello significó el hostigamiento y la persecución para Fernando Volonté y algunos de sus colaboradores más cercanos.

En este sentido, el Centro de Juventudes Agrarias Rafael Obligado, creado a finales de 1976, fue un espacio en el que, tras el formato de una asociación civil de jóvenes productores, pudo mantenerse un mínimo grado de participación, discusión y activismo políticos, orientado hacia la problemática agrícola y con un claro contenido contestatario con respecto al accionar del gobierno militar nacional y sus secuaces locales. Como me señaló en una entrevista telefónica su entonces primer presidente, resultó una forma sutil y posible de sostener la llama de la militancia política en una época de oscurantismo y maldad.

Con la despoblación, la radicación pueblerina de los productores y el colapso de la matrícula escolar rural, desapareció también la animada vida social y de divertimento retratada en el capítulo 6, de la que los bailes de campo y el fútbol agrario habían sido sus muestras más rutilantes. Es notable cómo la sección de “Bailes anunciados” de *El Argentino* se fue achicando desde 1975, para convertirse en una expresión mínima a fines del decenio, cuando ya era poco frecuente la realización de al menos una reunión danzante semanal.

Así, a principios de 1980, la orquesta de Carlos Benaventano había pasado del aviso recurrente de media página a uno pequeño y aislado en página par, donde se publicaban solamente las actuaciones correspondientes a los bailes del carnaval de ese año.⁵⁵⁴ De hecho, este mítico conjunto no sobrevivió mucho más y su director volcó sus esfuerzos hacia la enseñanza musical particular y la reparación de televisores a color.

⁵⁵⁴ *El Argentino*, 21/02/1980.

La Liga Agraria logró sobreponerse mejor a los tiempos tempestuosos y extendió todavía su actividad durante toda la década de 1980, aunque sin el éxito y la convocatoria de sus momentos gloriosos. Incluso recibió algún nuevo equipo, como el de La Mascota, sumado a las competencias en 1981. Poco antes, en el campeonato de 1979, se había inscripto otro club. Su nombre era “El Cambalache”⁵⁵⁵, y, por pintoresco que parezca, retrataba de manera cabal un tiempo de desconcierto y desventura, preludio de una era que se acercaba a su final.

⁵⁵⁵ “Fútbol Agrario”, *El Argentino*, 10/05/1979.

Anexos

Cuadro comparativo de confort, propiedad, movilidad y producción

Clien- te	CA	RA	HAS	TR	PI	AU	SU	TG	MA	SO	GI	VA	CE
01		X	46				X		X			X	X
02		X	66	X		X			X			X	X
03	X		101	X	X	X			X+			X	X
04	X		61	X	X				X			X	X
05	X		68	X		X			X			X	X
06	X		67	X	X				X			X	X
07		X	s/d				X		X			X	X
08	X		30		X				X			X	X
09	X		s/d				X		X			X	X
10		X	136			X			X			X+	X
11	X		79	X	X				X			X+	X
12	X		82				X		X			X	X
13	X		107	X		X			X- R			X	
14	X		61		X			X	X	X		X	X
15	X		43			X			X			X	X
16	X		65	X			X	X	X			X	X
17	X		52	X	X				X			X	X+
18	X		53		X				X			X	X
19		X	104				X		X		X	X	X

20	X		105	X		X				X	X	X
21	X		120	X	X			X+			X	X
22	X		180	X	X			X+			X	X
23	X		150	X	X			X+			X	X
24	X		68	X+	X			X- C	X		X	X
25	X		104	X			X	X			X	X
26	X		40	X		X		X			X	
27	X		100	X		X		X			X	X
28	X		100	X	X			X			X	X
29		X	s/d				X			X	X	X
30	X		45	X	X			X		X	X	X
31	X		112		X			X			X	X
32	X		50	X	X			X			X	X
33	X		50	X	X			X			X	X
34	X		57	X	X			X			X	X
35	X		59	X	X			X			X	X
36	X		62	X	X			X			X	X

Referencias:

CA: casa de material.

RA: rancho o vivienda precaria.

HAS: número de hectáreas según lo informado en los mapas rurales.

TR: tractor.

PI: *pickup* o camioneta.

AU: automóvil.

SU: *sulky* o vehículo de paseo de tracción a sangre.

TG: trigo.

MA: maíz.

SO: sorgo.

GI: girasol.

VA: vacunos.

CE: porcinos.

X+: productor intensivo de cereales, oleaginosas, o ganado; poseedor de maquinarias dedicadas a tareas de contratista.

X-R: productor que arrendaba la parte agrícola de la explotación.

X-C: productor que era contratista rural.

S/D: sin datos catastrales sobre la extensión de la chacra.

Fotos actuales de las Escuelas 40, 15 y 31

Escuela 40 de La Barrancosa (edificio escolar y salón de actos)



Ruinas de la Escuela 31 de La Mascota**Escuela 15, sobre el "camino a Estrugamou". Sede escolar**

Escuela 15. Salón de actos



Bibliografía

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2003): “Invitación a *otra* microhistoria: La microhistoria italiana”, en *Histórica*, xxvii.2, pp. 283-317.
- Ansaldi, Waldo (1991): “La pampa es ancha y ajena. La lucha por las libertades capitalistas y la construcción de los chacareros como clase”, en Terceras Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia de Universidades Nacionales, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Ansaldi, Waldo (1998): “¡Ojalá que llueva! Una vez más sobre la propuesta de conceptualizar a los chacareros pampeanos”, en xvi Jornadas de Historia Económica Argentina, Simposio 7: “¿Qué es/era un chacarero?”, Universidad Nacional de Quilmes.
- Arana Bustamante, Luis (2011): “Reflexiones sobre método y teoría en microhistoria, etnohistoria e historia colonial andinas”, en *Investigaciones Sociales*, vol. 15, n.º 27, pp. 421-444.
- Archetti, Eduardo & Stølen, Kristi Anne (1975): *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Ascolani, Adrián (1998): “¿Trabajadores o empresarios? Visiones y proyectos proletarios en torno a los agricultores pampeanos, durante la primera mitad del siglo xx”, en xvi Jornadas de Historia Económica Argentina, Simposio 7: “¿Qué es/era un chacarero?”, Universidad Nacional de Quilmes.
- Balsa, Javier (2003): “Transformaciones en la tenencia del suelo en el *Corn Belt* norteamericano y en la Pampa

- Maicera argentina, 1947-1988”, en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, n.º 18, pp. 397-428.
- Balsa, Javier (2006): *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense. 1937-1988*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Balsa, Javier & Colombo, Guillermo (2007): “Estructura productiva y sujetos sociales en la expansión del ovino. El caso del partido de Saladillo en 1870”, en *Mundo Agrario*, vol. 7, n.º 14. Disponible en bit.ly/3AHKjmD.
- Barsky, Osvaldo (editor) (1991): *El desarrollo agropecuario pampeano*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano/INDEC/INTA/IICA.
- Barsky, Osvaldo & Gelman, Jorge (2009): *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. 3.º edición, Buenos Aires, Sudamericana.
- Barsky, Osvaldo & Murmis, Miguel (1986): *Elementos para el análisis de las transformaciones en la región pampeana.*, Buenos Aires, CISEA.
- Barsky, Osvaldo & otros (1988): *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-IICA-CISEA.
- Barsky, Osvaldo & Pucciarelli, Alfredo (1997): *El agro pampeano. El fin de un período*, Buenos Aires, Flacso y Oficina de Publicaciones del CBC de la Universidad de Buenos Aires.
- Beltrán, José L., Espino López, Antonio & García Cárcel, Ricardo (1993): “Antropología y Microhistoria: Conversaciones con Giovanni Levi”, en *Manuscrits*, n.º 11, pp. 15-28.
- Benítez, Alberto (2000): *Allá lejos y acá cerca. Cronología histórica de Saladillo*, Saladillo de Buenos Aires, Municipalidad de Saladillo.

- Benítez, Marcela (2000): *La Argentina que desaparece. Desintegración de comunidades rurales y poblados en vías de desaparición*, tesis doctoral, Universidad de Belgrano.
- Bianchini, Mario (1994): *Homenaje a un maestro rural por su vocación*, Saladillo, edición del autor.
- Bidaseca, Karina (2009): “Antes de la tormenta. Signos de la identidad colona en el desdoblamiento del tiempo. Una tesis sobre su identidad intersticial y la búsqueda de comunidad en un siglo de existencia”, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, inédita.
- Bjerg, María & Reguera, Andrea (1995): *Problemas de la historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación*, Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales de la Universidad Nacional del Centro.
- Bonaudo, Marta & SONZOGNI, Elida (1998): “La construcción histórica de un actor: el *chacarero* de la pampa santafesina 1850-1912”, en XVI Jornadas de Historia Económica Argentina, Simposio 7: “¿Qué es/era un chacarero?”, Universidad Nacional de Quilmes.
- Borracer, Luis Alfredo (1984): *Saladillo. Mi pueblo, su pueblo*, Saladillo de Buenos Aires, Municipalidad de Saladillo.
- Bragoni, Beatriz (1998): “Historiografía, microhistoria. Algunas consideraciones adicionales en torno a un tema recurrente”, en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, n.º 15, pp. 135-148.
- Brun, Ramón Alfredo (2002): *Enlazando Recuerdos*, Saladillo de Buenos Aires, Municipalidad de Saladillo.
- Causee Cathcart, Mercedes (2009): “El concepto de comunidad desde el punto de vista sociohistórico-cultural y lingüístico”, en *Ciencia en su PC*, n.º 3, pp. 12-21. Santiago de Cuba, Centro de Información y Gestión Tecnológica. Disponible en bit.ly/3FOg3Kw.

- Ceccarelli, Alessandro (2006): "Contesto e concetto. Alcune riflessioni sulla microstoria". Disponible en bit.ly/3lEAcuf.
- Centro de Estudios y Promoción Agraria (1984): *El sector agropecuario pampeano en la década del 70*, Buenos Aires, CEPA.
- Centro de Estudios y Promoción Agraria (1990): "Transformaciones sociales en el agro pampeano. 1970-1985", en *Realidad Económica*, n.º 92-93, pp. 214-219.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (1988): *Tendencias y fluctuaciones en el sector agropecuario pampeano*, Buenos Aires, Cepal.
- Coscia, Adolfo (1983): *La Segunda Revolución Agrícola de la Región Pampeana*. Buenos Aires, CADIA.
- Cutolo, Vicente (1971): *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750/1930)*, Buenos Aires, Elche.
- De Arce, Alejandra (2009): *Las mujeres en el campo argentino, 1930-1955. Trabajo, identidades y representaciones sociales*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- De Arce, Alejandra & Patiño Alcívar, Isabel (2008): "Género y trabajo en el campo argentino. Discursos y representaciones sociales (1946-1962)", en *Mundo Agrario*, vol. 9, n.º 17. Recuperado de bit.ly/2YSpqIp.
- Fernández García, Blanca (2014): "Carlo Ginzburg, microhistoria y escala. El caso del viñatero calvinista", en *Historiografías*, n.º 8, pp. 108-120.
- Flichman, Guillermo (1986): *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 3.º edición.
- Fundación de Investigaciones para el Desarrollo (1978): "El sector avícola en la economía argentina", en *Coyuntura y Desarrollo*, n.º 3, pp. 32-40.

- Gaignard, Romain (1989): *La Pampa argentina. Ocupación - poblamiento - explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
- Galafassi, Guido (coordinador) (2004): *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo xx*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Gandolfo, Guido P. (1995): *Chacarero*, San Francisco de Córdoba, edición del autor.
- Gárgano, Cecilia (2014): “Experimentación científica, genética aviar y dictadura militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria”, en *Mundo Agrario*, vol. 15, n.º 28. Disponible en bit.ly/2YUUGX5.
- Gear, Juan R. E. (2010): “Recuerdo de semillas”, en bit.ly/3mMBQti, acceso al archivo el 13/05/2020.
- Giai, Felipe (1973): “Pollos híbridos (parrilleros). Todas las etapas del proceso están monopolizadas”, en *Realidad Económica*, n.º 12, pp. 58-65 y 97-101.
- Giberti, Horacio (1986): *Historia Económica de la Ganadería Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Giberti, Horacio (1998): “Una estructura agraria chacarera: el partido de Pergamino (Buenos Aires en 1937)”, en XVI Jornadas de Historia Económica Argentina, Simposio 7: “¿Qué es/era un chacarero?”, Universidad Nacional de Quilmes.
- Ginzburg, Carlo (1995): “Microhistoria; dos o tres cosas que sé de ella”, en *Entrepasados*, n.º 8, pp. 51-73.
- Girbal-Blacha, Noemí M. (2000): *Ayer y hoy de la Argentina rural. Gritos y susurros del poder económico (1880-1997)*, Buenos Aires, Página 12.
- Girbal-Blacha, Noemí M. (2003): “Riqueza, poder y control social. Acerca de las estrategias empresariales agrarias en la Argentina (1900-1950)”, en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, n.º 18, pp. 367-395.

- González, Luis (1991): "Terruño, microhistoria y ciencias sociales", en Pérez Herrero, Pedro (editor): *Región e Historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, México, Instituto Mora/UAM, pp. 23-36.
- González, María del Carmen & Paglietini, Liliana (1984): "El crédito al sector vacunos durante la década del 70", en *Realidad Económica*, n.º 56, pp. 119-128.
- Graciano, Osvaldo & Lázzaro, Silvia (2007): *La Argentina rural del siglo xx. Fuentes, problemas y métodos*. Buenos aires, La Colmena.
- Gras, Carla & Bidaseca, Marina (directoras) (2010): *El mundo chacarero en tiempos de cambio. Herencia, territorio e identidad en los pueblos sojeros*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- Grendi, Edoardo (1996): "¿Repensar la microhistoria?", en *Entrepasados*, n.º 10, pp. 131-140.
- Gutiérrez, Talía Violeta (2002): "El peronismo y el 'Mundo Agrario'. Una visión sobre el agro argentino, 1945-1955", en *Mundo Agrario*, vol. 2, n.º 4. Disponible en bit.ly/3BGVVY8.
- Gutiérrez, Talía Violeta (2009): "Agro pampeano y roles familiares en la década de 1960", en *Mundo Agrario*, vol. 10, n.º 19. Disponible en bit.ly/3DDHgh2.
- Ibáñez Frocham, Manuel (1963): *Apuntes para la historia de Saladillo*, La Plata, Fondo Cultural Bonaerense, 2.º edición [1937].
- Jiménez Becerra, Absalón (2012): "Carlo Ginzburg: reflexiones sobre el método indiciario", en *Esfera*, vol. 2, n.º 2, pp. 21-28.
- Kabat, Marina (1998): "La renta diferencial y el desarrollo del sector chacarero en el período 1880-1930", en xvi Jornadas de Historia Económica Argentina, Simposio 7: "¿Qué es/era un chacarero?", Universidad Nacional de Quilmes.

- Lambert, Luis Santiago (1979): *Reseña histórica del Paraje Emiliano Reynoso*, Saladillo, Grupo Amigo de las Letras.
- Lattuada, Mario (1986): *La política agraria peronista (1943-1983)*, 2 volúmenes, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Lattuada, Mario (1988): *Política agraria y partidos políticos (1946-1983)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Lázzaro, Silvia (2003): “El problema agrario durante el gobierno de Arturo Illia”, en *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Profesor Carlos A. S. Segreti”*, año 2-3, n.º 2-3, pp. 63-80.
- Lázzaro, Silvia (2013): “Inequidad rural, desarrollismo y políticas de reforma agraria. El caso de la provincia de Buenos Aires en la década de 1950”, en *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 48, n.º 2, pp. 151-190.
- Lázzaro, Silvia y Galafassi, Guido (coordinación) (2005): *Sujetos, políticas y representaciones del mundo rural. Argentina 1930-1976*. Buenos Aires, Siglo XXI Editorial Iberoamericana.
- Levene, Ricardo (1940): *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, Volumen II, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales.
- Llovet, Ignacio (1986): *Tenencia de la tierra y estructura social en la provincia de Buenos Aires (1960-1980)*, Buenos Aires, CISEA.
- López Alconada, Bernabé & López Lanús, Bernabé (editores) (2017): *El Saladillo de los López. Historia de una familia argentina por nueve generaciones entre el campo y la ciudad (1733-2017)*. *Compendio de datos preliminares*, edición en CD, Buenos Aires, Audiornis Producciones.

- López de Branca, María Elena & Piaggio de Pioli, Nilda (1984): *La Situación de las Escuelas Unitarias en la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Departamento de Asuntos Educativos de la Organización de Estados Americanos.
- Man, Ronen (2013): “La microhistoria como referente teórico-metodológico. Un recorrido por sus vertientes y debates conceptuales”, en *Historia Actual Online*, n.º 30, pp. 167-173.
- Manildo, Luciana (2009): *La identidad chacarera en las grietas del paisaje sojero*, tesis de maestría, Universidad Nacional de General Sarmiento, inédita.
- Marini, Susana (1991): “De continente a continente. Reflexioni sulla microstoria”, en *Revista di Storia dell’Agricoltura*, xxxi.2, pp. 217-224.
- Marrone, Irene & Moyano Walker, Mercedes (2003): “Gringos chacareros y utopía agraria en la filmografía argentina de la primera y segunda posguerra”, en *Revista del CEMLA*, n.º 51, pp. 417-447.
- Marrone, Irene & Moyano Walker, Mercedes (2005): “Actores y escenarios rurales en el Noticiero Bonaerense”, en *Mundo Agrario*, vol. 6, n.º 11. Disponible en bit.ly/3p1JwKV.
- Martínez Dougnac, Gabriela (1998): “Análisis de la explotación familiar en la agricultura bonaerense: las condiciones de trabajo del ‘chacarero’ pampeano”, en XVI Jornadas de Historia Económica Argentina, Simposio 7: “¿Qué es/era un chacarero?”, Universidad Nacional de Quilmes.
- Martínez Dougnac, Gabriela (2000): “Estancamiento, crisis y concentración. Reflexiones acerca de algunos indicadores estadísticos de la evolución reciente de la ganadería vacuna bonaerense”, en *Ciclos*, año x, vol. x, n.º 20, pp. 95-112.

- Muzlera, José, Poggi, Marina & Carreras Doallo, Ximena (comps.) (2011): *Aportes, sujetos y miradas del conflicto agrario argentino (1910-2010)*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- Nario, Hugo (1983): "Pasión y muerte de la chacra argentina", en *Todo es Historia*, año XVII, n.º 195, pp. 8-43.
- Navarro, Julio (2003): "La composición del peronismo saladillense en su época formativa a través de sus fichas de afiliación (1948-1950)", en Del Valle, María Cristina (directora): *Saladillo. Su gente y sus instituciones*, La Plata, Instituto de Formación Docente n.º 16 de Saladillo.
- Newton, Jorge (1972): *Diccionario biográfico del campo argentino*, Buenos Aires, Sociedad Rural Argentina.
- Nun, José & Lattuada, Mario (1991): *El gobierno de Alfonsín y las corporaciones agrarias*, Buenos Aires, Manantial.
- Obschatko, Edith S. de (1988): *La transformación económica y tecnológica de la agricultura pampeana*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas/Ministerio de Educación y Justicia de la Nación.
- Palacio, Juan Manuel (1995): "Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana: el problema del otro", en *Entrepassados*, n.º 10, pp. 46-66.
- Palacio, Juan Manuel (2000): "La antesala de lo peor: la economía argentina entre 1914 y 1930", en Falcón, Ricardo: *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Palacio, Juan Manuel (2006): *Chacareros pampeanos, Una historia social y productiva*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Pallero, Osmar J. (1981): *Recuerdos de muchacho*, Saladillo de Buenos Aires, Grupo Amigo de las Letras.

- Paredes, Rogelio (1995): *Origen y poder. Administración política y poder económico en Buenos Aires (1850-1910)*, Buenos Aires, CEAL.
- Pecker, Alberto (2007): *La fiebre aftosa. Su paso por la Argentina*. Buenos Aires, Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA).
- Pereyra, Adriana (2005): *Inundaciones en el partido de Bolívar, provincia de Buenos Aires. Aportes metodológicos para su comprensión*, tesis de maestría en políticas ambientales y territoriales, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Pereyra, Marcelo (2013): “El tesoro. Una aproximación a la historia de nuestra prensa”, en bit.ly/3BLpFmE, acceso al archivo el 08/06/2018.
- Pereyra, Marcelo (2014a): “Las elecciones municipales de 1924: la democracia renga”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 25/03/2020.
- Pereyra, Marcelo (2014b): “Saladillo en estadísticas - Año 1927”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 05/02/2018.
- Pereyra, Marcelo (2015a): “El cooperativismo agrario durante el gobierno peronista (1945-1955), en un pueblo radical”, en bit.ly/2YLEA1F, acceso al archivo el 08/06/2018.
- Pereyra, Marcelo (2015b): “Recuerdo de una vida en los pagos de Reynoso”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 05/02/2019.
- Pereyra, Marcelo (2015c): “Estancias del antiguo Saladillo”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 14/02/2020.
- Pereyra, Marcelo (2015d): “Federico Álvarez de Toledo: el ministro de Yrigoyen”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 08/04/2020.

- Pereyra, Marcelo (2015e): “El Ferrocarril del Sud a principios del siglo xx”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 08/04/2020.
- Pereyra, Marcelo (2016a): “Isidoro Medina, el defensor de los trabajadores agrarios”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 05/02/2019.
- Pereyra, Marcelo (2016b): “Desvío Toledo: el origen de un pueblo”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 08/04/2020.
- Pereyra, Marcelo (2016a): “Irma Medina, la primera mujer candidata a Intendente en Saladillo”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 04/06/2020.
- Pereyra, Marcelo (2017a): “El padre Raed: cura de los chacareros”, en bit.ly/3p2tYGJ, acceso al archivo el 08/06/2018.
- Pereyra, Marcelo (2017b): “La industria local en los tiempos del Centenario”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 18/03/2019.
- Pereyra, Marcelo (2018a): “Los ferrocarriles económicos: su trazado original en Saladillo”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 08/04/2020.
- Pereyra, Marcelo (2018b): “La construcción del Canal 16”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 05/02/2019.
- Pereyra, Marcelo (2018c): “‘La Razón’: razón de un nombre”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 04/09/2018.
- Pereyra, Marcelo (2018d): “La creación de la escuela técnica industrial”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 05/02/2019.
- Pereyra, Marcelo (2018e): “Jorge Novella: ‘El maestro’”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 05/02/2019.
- Pereyra, Marcelo (2018f): “La ruta, el comercio y la industria”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 18/03/2019.

- Pereyra, Marcelo (2018g): “La Enfitéusis: el reparto de la tierra en manos de unos pocos”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 14/02/2020.
- Pereyra, Marcelo (2018h): “El nacimiento de un pueblo”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 08/02/2020.
- Pereyra, Marcelo (2018i): “La inauguración del Ferrocarril Provincial”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 08/02/2020.
- Pereyra, Marcelo (2019): “Don José Ramón Sojo: Un hombre de la primera hora del pueblo”, en bit.ly/2Xc3aIC, acceso al archivo el 14/02/2020.
- Petitti, Eva Mara (2016): “La educación primaria en los campos de la provincia de Buenos Aires (1943-1955)”, en *Mundo Agrario*, vol. 17, n.º 34. Recuperado de bit.ly/2XfSEQI.
- Pizarro, José Baldomero (1998): “Evolución y perspectiva de la actividad agropecuaria pampeana argentina”, en *Cuadernos del Programa Interdisciplinario de Estudios Agrarios*, n.º 6, pp. 13-57.
- Pucciarelli, Alfredo (1986): *El capitalismo agrario pampeano. 1880-1930. La formación de una nueva estructura de clases en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Pucciarelli, Alfredo (1991): “Evolución del proceso de desconcentración de la propiedad rural en la Pampa bonaerense: 1920-80”, en *Ruralia*, n.º 2, pp. 57-93.
- Pucciarelli, Alfredo (1993): “Cambios en la estructura agraria de la pampa bonaerense (1960-1988)”, en *Ciclos*, año III, vol. III, n.º 5, pp. 69-91.
- Pujol, Gloria (1980): *Problemas geográficos de la cuenca media y baja del Río Salado del sur*, tesis de licenciatura en Geografía, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

- Raccolin, Teresa, Fernández, María Inés, Gaggero, Horacio & Quinterno, Hugo (2012): *Las penas y las vaquitas. Estancamiento económico y declinación de la ganadería vacuna en la Argentina (1974-2007)*, Buenos Aires, UAI/Teseo.
- Ratier, Hugo (2009): *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*, Buenos Aires, La Colmena.
- Reca, Lucio (1982): *El sector agropecuario pampeano*, Buenos Aires, FUNDECO.
- Reca, Lucio & Gaba, Ernesto (1973): "Poder adquisitivo, veda y sustitutos: un reexamen de la demanda interna de carne vacuna en la Argentina, 1950-1972", en *Desarrollo Económico*, n.º 50, pp. 333-346.
- Revel, Jacques (1996): "Microanálisis y construcción de lo social", en *Entrepasados*, n.º 10, pp. 141-160.
- Rodríguez Sánchez, Carlos (1987): *Transformaciones económicas y sociales en el campo argentino. 1960-1980*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca.
- Romero, Fernando Gabriel (2014): "Los agroquímicos: concentración y dependencia en la Argentina (1976-2014)", en *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, n.º 41. Disponible en bit.ly/3BK7pdl.
- Romero, Luis Alberto (1999): *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Sábato Jorge F. (1980): *La pampa pródiga: claves de una frustración. El agro pampeano argentino y la adopción de tecnología entre 1950 y 1978, un análisis a través del cultivo del maíz*, Buenos Aires, CISEA.
- Salomón, Alejandra (2011): "El surgimiento del peronismo bonaerense en clave local y rural. Propuestas y problemas", en *Revista Pilquen*, año XIII, n.º 14. Disponible en bit.ly/3DFZwGt.

- Senesi, Sebastián & Palau, Hernán (2008): "Coordinación del agronegocio avícola en Argentina. Perturbaciones y adaptación organizacional", ponencia presentada en la XXXIX Reunión Anual de la AAEA, 2.º Congreso Regional y 2.º Congreso Rioplatense de Economía Agraria, Montevideo, República Oriental del Uruguay.
- Slutzky, Daniel (1968): "Aspecto social del agro argentino", en *Desarrollo Económico*, vol. 6, n.º 29, pp. 95-136.
- Solá, Felipe (1985): *Empresas y sujetos sociales en la agricultura moderna. Hacia un nuevo modelo de comportamiento*, Buenos Aires, CISEA.
- Tauber, Fernando (1996): *Saladillo. Reflexiones y datos para una estrategia de desarrollo*, La Plata, Municipalidad de Saladillo/Fundación Foro.
- Torrado, Susana (1992): *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Urcola, Marcos (2010): "Transformación del estilo de vida 'chacarero'", en *Realidad Económica*, n.º 249, pp. 134-155.
- Valencia, Marta (2005): *Tierras públicas, tierras privadas. Buenos Aires, 1853-1876*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata/Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
- Villanueva, Silvana (2015): "Fiesta Nacional del Ternero y Día de la Yerra (Ayacucho, 1969). La construcción de las identidades locales en la provincia de Buenos Aires en un contexto de transformación", en *Mundo Agrario*, vol. 16, n.º 32. Disponible en bit.ly/3AEytlL.
- Villafañe, Alicia (1995): "Producción familiar en el agro, modelos productivos y transformación estructural. El caso de los productores ganaderos de la región pampeana bonaerense", en *Revista Etnia*, n.º 40-41, pp. 9-41.

- Volonté, Miguel Ángel (1964): *Anales del centenario de la fundación de Saladillo*, Comisión Popular de Festejos del Primer Centenario de la Fundación de Saladillo, La Plata, Taller de Impresiones del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- Volonté, Miguel Ángel (2013): *Estampas del pasado*, La Plata, compendio y compaginación de Fernando & Julia Volonté.

Publicaciones oficiales, trabajos de contemporáneos y fuentes primarias

- Álvarez, Enrique & Gobbi, Erasmo (1961): *Situación actual de la industria avícola*, Buenos Aires, CAFADE (Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico), Presidencia de la Nación.
- Ameghino, Florentino (1984): *Las secas e inundaciones en la Provincia de Buenos Aires. Obras de retención y no de desagüe*, La Plata, Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires (reimpresión de la obra original de 1884).
- Bonino, Manuel (1964): "Resultados del primer concurso de gallinas ponedoras con muestras tomadas al azar", *Boletín de Divulgación* n.º 30, Pergamino, Estación Experimental Agropecuaria Pergamino del INTA.
- Bustingorri, Miguel (1953): *El muchacho del jagüel*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Limitada.
- Carrera, Rodolfo (1956): *La reforma agraria del radicalismo*, La Plata, edición del autor.
- Consejo Agrario Nacional (1977): *La colonización nacional en la República Argentina. 1850-1975*, Buenos Aires, Consejo Agrario Nacional.

- Consejo Nacional de Desarrollo (1964): *Estudio del mercado avícola. Análisis de la oferta y demanda de carne de aves*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Desarrollo; Banco Industrial; Cámara Argentina de Productores de Alimentos Balanceados; Laboratorios Biona; Asociación Argentina de Criadores de Aves, Conejos y Abejas.
- Consejo Nacional de Desarrollo (1965): *Programas de desarrollo agropecuario*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Desarrollo, Sector Agropecuario.
- Consejo Nacional de Desarrollo (1969a): *Estudio avícola*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación.
- Consejo Nacional de Desarrollo (1969b): *Mapas y gráficos del estudio avícola*, s.l., s.e.
- De Bruyn, Adolfo (1932): *El medio oeste argentino. Prosperidad de sus estancias. La industria porcina*, Buenos Aires, s/e.
- De Chapeaurouge, Charles (1905): *Atlas del plano catastral de la República Argentina*, Buenos Aires, Eigendorf und Lesser.
- Dirección de Desagües de la Provincia de Buenos Aires (1930): *Dictamen de la Comisión Asesora designada para estudiar los distintos desagües existentes e Informe del Ing. Agustín Mercau (Director de la Oficina Técnica) sobre el mismo. Año 1929*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Tomás Palumbo.
- Dirección General de Enseñanza Agrícola (1967): *La educación y formación profesional de la mujer campesina*, Buenos Aires, Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería de la Nación.
- Edelberg, Gregorio (1919): *Plano catastral del partido de Saladillo - Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Estudio de Ingeniería de Gregorio Edelberg.

- Edelberg, Gregorio (1922): *Planos catastrales de 50 partidos de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Estudio de Ingeniería de Gregorio Edelberg.
- Edelberg, Gregorio (1939): *Planos catastrales de los partidos de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Estudio de Ingeniería de Gregorio Edelberg.
- Fronzizi, Arturo (1965): *El problema agrario argentino*, Buenos Aires, Editorial Desarrollo.
- Henin, Luis Alberto (1960): *La actividad avícola en la República Argentina*, Buenos Aires, Banco Industrial de la República Argentina.
- Horne, Bernardino (1959): *Discurso del Sr. Secretario de Agricultura y Ganadería*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación.
- Kugler, Walter (1964): *La agricultura argentina en el año 1964*, Buenos Aires, Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería.
- Lemée, Carlos (1887): *el Chacarero. Tratado de agricultura adaptado á las condiciones climatéricas y económicas de la República Argentina*, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de El Censor.
- Lurati de Paoli, Marta & Femia, Ana (1974): *Estudio del potencial redox en suelos alcalinos de las depresiones de la Provincia de Buenos Aires (depresión del Salado)*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.
- Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (1943): *Estadística Policial. Decenio 1934-1943*, La Plata, Dirección de Identificación Civil y Estadística General.
- Ministerio de Industria y Minería (1973): *Diagnóstico de la industria avícola*, Buenos Aires, Dirección de Publicaciones del Ministerio.

- Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires (1895): *Desagües del Sud de la Provincia de Buenos Aires. Recopilación de Antecedentes*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires (1913): *Informes sobre Desagües en el Sur de la Provincia*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales.
- Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires (1945): *Catálogo general de mensuras de la Provincia de Buenos Aires. Existentes en el Archivo de la Repartición desde 1824 al 30 de junio de 1944*, La Plata, Archivo de la Dirección de Geodesia, Catastro y Tierras.
- Müller Defradás, Roberto (1946): *Administración de estancias y colonias. Consideraciones generales para la explotación de los establecimientos agrícologanaderos*, Buenos Aires, Ediagro.
- Pereira, Humberto Armando (1970): *Medidas para mejorar la situación relativa de la producción avícola y fomentar el consumo de carne aviar*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación.
- Pereira, Humberto Armando (1984): *Plan nacional de reactivación y desarrollo avícola*, Buenos Aires, Programa Producción de Carne de la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación.
- Posadas, Carlos (1933): *La solución al problema de los desagües e inundaciones en la provincia de Buenos Aires*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales.
- Presidencia de la Nación (1953): *El campo recuperado por Perón*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones.
- Provincia de Buenos Aires (1863): *Contribución Directa. Registro Catastral de la Provincia de Buenos Aires. Con exclusión de la Capital. Año 1863*, Buenos Aires, Publicación Oficial.

- Provincia de Buenos Aires (1940): *Cuatro años de Gobierno. 1936-1940*, Volumen v · Hidráulica · Pavimentación · Obras Sanitarias · Geodesia y Catastro, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Guillermo Kraft Limitada SA.
- Quinterno, Luis (1973): *De mi tierra. Décimas*, Saladillo de Buenos Aires, Editorial Raíces.
- Ramos Mexía, Ezequiel (1897): *Estudio sobre los desagües del Sud en la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma e hijo.
- Rossi, José A. (1871): *Cuadros estadísticos de la población, riqueza, industria y comercial del partido de la Asunción del Saladillo*, Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Fundición de Tipos de la Sociedad Anónima.
- Sanguinetti, Orlando (1934): *Ensayo histórico sobre el origen del nombre de la estancia 7 de diciembre en el Partido de Saladillo*, Saladillo de Buenos Aires, Imprenta Saladillo.
- Sanguinetti, Orlando (1939): *Las estaciones ferroviarias del partido de Saladillo*, Saladillo de Buenos Aires, Imprenta Saladillo.
- Sanguinetti, Orlando (1949): *Las primeras elecciones en Saladillo*, Saladillo de Buenos Aires, Imprenta Saladillo.
- Santos, Ramón (1977): "Inversiones y costos comparativos en la producción de pollos parrilleros y pavos híbridos", *Boletín de Divulgación Técnica* n.º 31, Pergamino, Estación Experimental Agropecuaria Pergamino del INTA.
- Taylor, Carl (1948): *Rural life in Argentina*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- Wauters, Carlos (1920): *El problema del Salado en la Provincia de Buenos Aires. Contribución al estudio técnico del problema de los desagües*, La Plata, s/e.

Censos agropecuarios, de población y de educación

- (1872) *Primer Censo de la República Argentina. Verificado en los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869*, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir.
- (1883) *Censo General de la Provincia de Buenos Aires. Demográfico, Agrícola, Industrial, Comercial. Verificado el 9 de octubre de 1881*, Buenos Aires, Imprenta de El Diario.
- (1889) *La Agricultura y la Ganadería en la República Argentina. Según el censo de la primera quincena de octubre de 1888*, París, Imprimerie Typographique P. Mouliot.
- (1890) *Censo General de la Provincia de Buenos Aires levantado el 31 de enero de 1890*, La Plata, Dirección General de Estadística de la Provincia de Buenos Aires.
- (1898) *Segundo Censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.
- (1909) *Censo Agropecuario Nacional. La Ganadería y la Agricultura en 1908*, Buenos Aires, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.
- (1910) *Censo Nacional de Educación. Levantado el 23 de mayo de 1909*, Buenos Aires, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Nacional.
- (1916) *Censo Ganadero de 1916. Provincia de Buenos Aires*, La Plata, Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires.
- (1917) y (1919) *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1° de junio de 1914*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso & Cía.
- (1923) *Extracto Estadístico del Censo Ganadero Nacional*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura.

- (1931) Censo de la Población Escolar de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales.
- (1932) *Censo Ganadero Nacional de 1930. Ley n.º 11563. Existencia al 1º de julio de 1930*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.
- (1939) *Censo Nacional Agropecuario de 1937. Ley n.º 12343. Levantado el 30 de junio de 1937*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda.
- (1942) *Población de la Provincia. Censo de 1938 y Cálculo a 1942*, La Plata, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, Taller de Impresiones Oficiales.
- (1943) *IV Censo Nacional de Educación*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación.
- (1952) *Censo Nacional Agropecuario de 1947. Levantado el 30 de septiembre de 1947*, Buenos Aires, Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación.
- (1954) *Censo Nacional Agropecuario de 1952*, Buenos Aires, Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación.
- (1964) *Censo Nacional Agropecuario de 1960*, Buenos Aires, Dirección Nacional de Estadística y Censos.
- (1976) *Empadronamiento Nacional Agropecuario y Censo Ganadero. 1974-1975*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura y Ganadería, Instituto Nacional de Estadística y Censos y Junta Nacional de Carnes.
- (1979) *Censo Ganadero 1977. Existencias de ganado al 30 de junio de 1977 en las 18 provincias situadas al Norte del Río Colorado*, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura y Ganadería e Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- (1980) *Censo Nacional Agropecuario de 1969*, Buenos Aires, Dirección Nacional de Estadística y Censos.

(1992) *Censo Nacional Agropecuario de 1988*, Tomo 5 (Provincia de Buenos Aires), Buenos Aires, Dirección Nacional de Estadística y Censos.

Periódicos locales y revistas especializadas

El Argentino

Agriconda

La Semana

Las Noticias

Cátedra Avícola

Orientación Avícola

